OBRAS EN VENTA DEL MISMO AUTOR

1. EL AMOR
   Barcelona, Ed. Acervo, 2.ª ed. 1972. — Encuadernado en guaflex, 668 págs.
2. LA VIRGEN Y EL CORAZON DE JESUS
   Barcelona, Ed. Acervo, 1971. — 296 págs.
3. LA AMADA
   Barcelona, Ed. Acervo, 1974. — 382 págs.
4. MADRE VIRGEN
   Barcelona, Ed. Acervo, 1976. — Encuadernado en tela, 536 págs.
5. MADRE DE DIOS Y MADRE NUESTRA
   Barcelona, Ed. Acervo, 1978. — 475 págs.
6. MADRE CELESTE
   Barcelona, Ed. Acervo, 1978. — 373 págs.
7. AMOR DIVINO Y LIBERTAD CREADA
   Barcelona, Ed. Acervo, 1978. — 520 págs.
8. CONDICIONAMIENTOS DEL HECHO RELIGIOSO
   Barcelona, Ed. Acervo, 1975. — 110 págs.
9. LA PASION DE LA IGLESIA
   Zaragoza, Ed. Círculo, 3.ª ed. 1974. — 191 págs.
10. EL AMOR Y LA PREDESTINACION
    Barcelona, Ed. Acervo, 1979. — 288 págs.

Pedidos: Al autor, Rosellón, 175 — 08036 Barcelona

Otras obras del mismo autor:

1. CRISTO Y LO SINTELECTUALES (Agotada).
   Madrid, Ed. Rialp, 1955
2. LO MUDABLE Y LO INMUTABLE EN LA VIDA DE LA IGLESIA
   (Agotada). Bilbao, Ed. Paulinas, 1967.
3. LA DISPUTA DE TORTOSA
   Madrid, C.S.I.C., 1957, 2 vols. 390 + 617 págs.

P. ANTONIO PACIOS, M. S. C.

AMOR POR AMOR

CONSAGRACION Y REPARACION AL CORAZON DE JESUS

A cuantos sabiéndose infinitamente amados por el Corazón de Jesús quieren corresponder a su amor.

EDITORIAL ACERVO, S. L.
Julio Verne, 5-7 – Apartado 5319
BARCELONA

© ANTONIO PACIOS, 1985

NIHIL OBSTAT: Antonio Cao, Censor

IMPRIMATUR:: José Junoy, Provincial

20 octubre 1983

Impreso en España

Printed in Spain

I.S.B.N. 84-7002-375-6
Depósito Legal: B. 22.593-1985

Novagráfik, Puigcerdà, 127, 08019 Barcelona

PROLOGO

Hemos contemplado el amor maravilloso con que Jesús nos ama en EL AMOR, y su acción en nosotros en orden a salvarnos y hacernos eternamente felices con EL en AMOR DIVINO Y LIBERTAD CREADA y EL AMOR Y LA PREDESTINACION. Vimos también la acción de ese amor ya cumplida en la Virgen María, nuestra Madre, así como el modo perfectísimo con que Ella correspondió a tanto amor, en los cinco libros ya publicados sobre Ella —LA VIRGEN Y EL CORAZON DE JESUS, LA AMADA, MADRE VIRGEN, MADRE DE DIOS Y MADRE NUESTRA, y MADRE CELESTE—: lo que hizo con la Madre eso quiere hacer con los hijos, y como correspondió la Madre así han de corresponder los hijos. Faltaba, para que nuestra visión del Corazón de Jesús fuera completa, tratar de nuestra correspondencia personal a su amor, imitando a nuestra Madre. Y eso es lo que hacemos en el presente volumen.

Esa correspondencia nuestra entraña, tanto en las revelaciones del Corazón de Jesús, como en la enseñanza de los Papas, dos actos fundamentales: la Consagración al Corazón de Jesús y la Reparación a ese mismo Corazón. A ellos conviene añadir tres disposiciones complementarias, sin las cuales no sería auténtica ni la consagración ni la reparación: la intimidad, la intercesión, y la imitación perfecta del Corazón de Jesús, para del todo asimilarnos a El y ser Uno con El. Es la exposición de estos aspectos lo que hallará aquí el lector.

El Libro primero se centra en la consagración: su significado según los Documentos pontificios (Cap. I), su doble fundamento según la Sagrada Escritura (Cap. II), sus tres grados que nos llevarán gradualmente a la consagración per-

Capítulo primero

LA CONSAGRACION SEGUN LOS DOCUMENTOS PONTIFICIOS

1. Significado de la consagración

León XIII nos lo da a conocer con estas palabras: «Jesucristo, Dios a la vez que Redentor, es sumamente rico, ya que posesión suya perfecta son todas las cosas; nosotros, en cambio, somos tan pobres y miserables, que nada tenemos propio que podamos ofrecerle como obsequio. Pero es tal su amor y su bondad hacia nosotros, que no desdeña el aceptar que le demos y ofrezcamos lo que es suyo, cual si fuera nuestro; y no sólo no lo rechaza, sino que nos lo pide y suplica: Hijo mío, dame tu corazón. Podemos, pues, obsequiarle con nuestra voluntad y afecto pues consagrándonos a El no sólo reconocemos y aceptamos su dominio franca y gustosamente, sino que realmente testificamos que, si fuese nuestro lo que como don le entregamos, se lo daríamos de todo corazón, y simultáneamente le suplicamos no se moleste en tomar de nosotros nuestro don, que ya era suyo, pues para eso se lo damos. Este es el significado de la consagración, y este es el sentido de nuestras palabras» (Encicl. *Annum Sacrum,* del 25 de mayo de 1899.)

Pío XI es aún más breve: «Entre todas las prácticas que miran propiamente al culto del Sagrado Corazón sobresale, digna de recordarse, la piadosa consagración con la cual ofrecemos al Corazón de Jesús nuestro propio ser y todas nuestras cosas, reconociendo que las hemos recibido del eterno amor de Dios» (Encicl. *Miserentissimus Redemptor,* del 9 de mayo de 1928).

Entraña así la Consagración un acto de *humildad* —reconociendo nuestra miseria y pobreza—; un acto de *agradecimiento* —reputando como don divino todo cuanto somos y tenemos—; un acto de *justicia* —dando a Dios lo que es suyo—; y, sobre todo, un acto de *amor*, dándoselo por cariño y manifestándole que aún en el imposible de que fuera nuestro y no de El lo que le ofrecemos, igualmente se lo entregaríamos dichosísimos.

2. Fundamentos de la consagración

Como principales, dos son los que señala León XIII:

1.º) Cristo tiene la suprema potestad sobre todas las cosas por derecho nativo o de herencia, como Hijo natural de Dios: es verdadero Rey universal. Este título hace de la consagración un deber de justicia, no sólo para todo cristiano sino para todo hombre. El móvil principal que impulsa a cumplirlo es el temor de Dios.

2.º) Cristo tiene potestad regia sobre todos por derecho adquirido, a título de Redención: «Dióse como rescate por todos» (1a.Timot.2,6), y así no sólo los católicos y cuantos recibieron el bautismo cristiano, sino todos y cada uno de los hombres son «pueblo adquirido o comprado por El» (1a. Petr.2,9): su sangre y su vida fueron la moneda con que nos compró. Este título hace de la consagración un deber, no sólo de justicia, sino también y sobre todo de amor, para corresponder amando a Quien tanto nos amó que no vaciló en dar su vida por nosotros. Ansia de correspondencia amorosa que surge tanto más potente en el alma generosa en cuanto más ve despreciada esa potestad de Cristo, que tarda en ejercerla porque su amor le induce a esperar se mueven a penitencia cuantos ahora le rechazan. Eso ha sido, de hecho, según Pío XI, lo que ha promovido el movimiento, siempre creciente, de consagración entre los cristianos.

3. Efectos o frutos de la consagración

Según el Papa León XIII: 1.º) Los que ya conocen y aman a Jesucristo sentirán crecer su fe y su amor. 2.º) Los que le conocen pero descuidan su ley y mandamientos, podrán sacar del Sagrado Corazón la llama del amor de que carecen. 3.º) Será una impetración del divino auxilio en favor de los infieles para que Dios los ilumine y convierta. 4.º) Contribuirá a remediar los males que afligen a la sociedad por su separación de Dios, volviendo a cimentarla en El. El único remedio de todos los males es Cristo: entonces sanarán todas las heridas cuando todos reconozcan su imperio. Su Corazón se nos presenta como símbolo de victoria: En El hay que colocar toda esperanza.

Pio XI compendia en uno sólo todos esos frutos: la implantación del reino de Cristo: 1.º) Derecho de Cristo a este reino: toda la Humanidad le pertenece por derecho hereditario y adquirido. 2.º) Significado de este reino: el sumo y absoluto dominio de Cristo sobre todas las cosas, en el individuo y en la sociedad doméstica y civil. Sometidos a este imperio los pueblos por el amor, se unirán también entre sí en cristiana paz y caridad. 3.º) Este reino será una realidad. En León XIII aparece todavía como mera esperanza: «Si todos de corazón nos obedecieran (consagrándose al Sagrado Corazón), esperamos, no sin motivo, que se seguirán frutos insignes, primero para el nombre cristiano, y después para toda la sociedad de los hombres, y que esos frutos serán permanentes». En Pio XI es ya absoluta seguridad: Al instituir la fiesta de Cristo Rey «no sólo pusimos en evidencia el sumo imperio que Cristo tiene sobre todas las cosas, sobre la sociedad civil y doméstica, sobre cada uno de los individuos, sino que, ya desde entonces, pregustamos las alegrías de aquel día dichosísimo en el cual el mundo entero se someterá de buen grado y con gusto al dominio dulcísimo de Cristo Rey». Y para acelerar la hora de ese reinado prescribe la renovación anual de la consagración del mundo «para estrechar en el Corazón del Rey de reyes y Señor

de los señores a los pueblos todos, unidos en amor cristiano y comunión de paz»

Al contemplar el estado actual del mundo, la apostasía de las naciones y de los individuos, el odio entre los pueblos, la invasión del neopaganismo, el auge de los Sin-Dios, un espíritu superficial podría pensar que las palabras de Pío XI expresan un puro sueño. Mas no debe olvidarse que el Papa, en sus enseñanzas, es asistido por el Espíritu Santo, que el remedio divino está más cerca cuando mayor es la necesidad, que Dios escribe derecho con líneas torcidas, y que los mismos que le odian como enemigos son, en sus manos, instrumentos para la ejecución de sus designios misericordiosos, que expresó a la vidente de Paray cuando le dijo: «Reinaré a pesar de mis enemigos y de cuantos a ello se opusieren». ¿No fue el odio de los judíos el instrumento de que Dios se sirvió para obrar la Redención por su Pasión y muerte, y su glorificación por la resurrección? Igualmente ahora, los enemigos de su Cuerpo Místico, que es la Iglesia, serán los instrumentos para que Cristo implante su reino universal por medio de la misma Iglesia.

Mas si sabemos que el Reino se implantará, no sabemos cómo ni cuándo, ni ello nos interesa: «No pertenece a vosotros conocer los tiempos o momentos que el Padre puso en su potestad» (Act. 1,7). Pero sí sabemos que está cerca: las razones aducidas nos lo indican, y lo confirma el progreso que se advierte desde la esperanza de León XIII hasta la seguridad de Pío XI. Y lo que sabemos sobre todo, y sobre todo nos interesa, es que está en nuestra mano acelerar el día de ese reino mediante la práctica fiel de la consagración.

Y dado que el reino ha de implantarse en el individuo, en la sociedad doméstica y en la civil, también esa consagración que a él nos conduce puede considerarse como individual, familiar y mundial.

4. Consagración individual

Hay muchos consagrados; bastantes que se esfuerzan en vivir la consagración que una vez hicieron; pocos los que la viven en realidad.

Se consagra el que promete darse al servicio del amor; procura vivir la consagración quien se esfuerza en que su promesa no sea vana; la vive quien de hecho ya sólo vive para el amor.

El amor busca tan sólo el gusto del Amado. Si sólo pienso en lo que le agrada y porque le agrada, sólo quiero lo que le agrada y porque le agrada, sólo amo lo que le agrada y porque le agrada, sólo hago lo que le agrada y porque le agrada, es perfecta mi consagración, y el reino de Cristo *ya se ha implantado* en mí. Todas mis heridas son curadas, todos mis males remediados, pues Dios cumple la promesa que hiciera al Padre Hoyos, «cuida tú de mí y de mis cosas, que yo cuidaré de ti y de las tuyas», simple transcripción de la sentencia evangélica: «Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura» (Mt. 6,33). Con ese cuidado de Dios vive el alma en la paz y confianza más absolutas.

Si me esfuerzo en agradar a Dios, en pensar sólo en sus intereses, pero todavía pienso en los míos a veces, mi consagración aún no es perfecta, pero voy camino de ella. Hay muchas almas así, y Dios cumple su promesa asistiéndolas, cual si su consagración fuera perfecta. Experimentan con frecuencia esa asistencia divina, pero a pesar de esa experiencia repetida, por pensar en sí y de sí mismos preocuparse, por no dejar definitivamente en manos de Dios todo su cuidado, fluctúan de continuo entre el amor y la esperanza, entre el abandono filial y la preocupación. «Echa en manos del Señor todo tu cuidado, y El te alimentará» (Salm. 54,23); si así lo hiciéramos, experimentaríamos en seguida la confianza plena, la paz perfecta de la consagración intensamente vivida.

Pero muchísimos, la inmensa mayoría de los que una vez

se consagraron, no se esfuerzan luego por vivir su consagración: siguen buscándose a sí mismos, olvidados de Dios, cual si nunca se le hubieren entregado. ¿Podrán éstos argüir de ineficaz una consagración que ellos mismos se empeñan en hacer puramente formularia? Y no obstante, creemos que aún para éstos será eficaz. El Sagrado Corazón no dejará perderse un alma que, siquiera una vez, se le consagró sinceramente: desde ese momento pasó a ser suya por propia decisión, y Jesús no dejará perecer lo que es suyo (Io. 10,28): la buscará como buscó la oveja extraviada y el dracma perdido, y no descansará hasta encontrarla (Luc. 15,1-10). ¿Qué otro significado entraña, si no, la maravillosa promesa de salvación hecha a la práctica de los primeros viernes de mes?

Empecemos, pues, a vivir desde hoy la consagración, es decir, a buscar en todo dar gusto a Jesús; y no olvidemos que ese complacerle ha de ser, sobre todo, en las cosas pequeñas, en lo más ordinario de la vida. Las delicadezas del amor no se manifiestan en los grandes servicios, sino en las pequeñas pero continuas atenciones de la vida cotidiana. Y siempre que algo nos inquiete, o ejecutemos alguna obra con solicitud o angustia, estemos ciertos de que en ella nos buscamos a nosotros mismos. Rectifiquemos la intención: no nos importe la obra, sino el dar gusto a Dios en ella, y volverá la paz.

5. Consagración de la familia

Por ella implantamos el reino del Corazón de Jesús en el hogar: de ahí la práctica de la entronización, que cada día se va extendiendo más y más.

Como la anterior, no basta hacerla: hay que vivirla o, al menos, esforzarse en vivirla. Este vivirla comprende dos elementos. El primero, que la preocupación de todos, y especialmente de los padres, no sea el propio interés económico o temporal, sino el que Jesús se halle allí contento: que todos le agraden y nadie le ofenda, y, si alguno pecara, todos se hagan solidarios de su pecado reparando a Jesús por

él con renovados obsequios de amor, con las más delicadas atenciones. La familia que esto hace no se inquieta por las crisis económicas: sabe que Dios cuida de ella (1.ª Petr. 5,7), que *es familia del Corazón de Jesús*, y El cumplirá su promesa de velar por los intereses de quienes se le confían y entregan, y por su amor los olvidan.

El segundo elemento, es que cumplan entre sí el precepto de Cristo: «En esto se conocerá que sois mis discípulos, en que os améis los unos a los otros» (Io. 13,35). La consagración vivida en la familia supone que cada miembro se olvida de sí y se desvive por servir y agradar a los demás, y esto por complacer al Corazón divino. El resultado de ello es convertir a la familia en un cielo anticipado. ¿Qué otra cosa es el cielo sino el estar con Dios? Y Jesús dice: «Donde quiera que hubiera dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mt. 18,20). «El que guarda mis mandamientos y los cumple, ése es el que me ama. Y el que me ama será amado por mi Padre, y yo le amaré y me manifestaré a él» (Io. 14,21). «Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y estableceremos en él nuestra morada» (Io. 14,23).

Empecemos a ser amables unos con otros, a no buscarnos a nosotros mismos sino el bien y dicha de los demás, la complacencia de Jesús, y experimentaremos la verdad de estas promesas.

6. Consagración del mundo

Somos parte de él y, como parte, podemos y debemos hacerla, no buscando ni deseando para los hombres otro bien que la sujeción de todos al amor de Cristo.

Como la salud de un miembro influye en los demás, así nuestra consagración vivida en la del mundo. Somos pequeños, pero somos semilla. Una semilla sembrada al azar puede llenar la tierra en poco tiempo. Consagrados a Cristo, semillas de Cristo, si procuramos fructificar en su amor, llenaremos también la tierra, transformaremos la Humanidad.

Oremos por todos, y esas oraciones, como gotas pequeñísimas elevadas del mar del amor divino, se agruparán en nubes, se desharán en lluvias, formarán ríos que arrastren toda inmundicia de la tierra y la transformen en un jardín.

Oremos de veras al Corazón de Cristo. Si todos los consagrados viven su Consagración y oran por que venga el Reino de Cristo, ese reino será muy pronto realidad. Somos gotas, somos semillas... Agrúpense esas gotas y habrá ríos; fructifiquen esas semillas, y se llenará la tierra del conocimiento y del amor de Dios.

Capítulo II

LA CONSAGRACION SEGUN LA SAGRADA ESCRITURA

A) *EL TEMOR Y LA CONSAGRACION*

«El temor de Dios es el principio de la sabiduría»
(Eccli. 1,16; Salm. 110,10).

1. Relación entre temor y amor

Consagración es la entrega perfecta y total al Amado de todo nuestro ser y actividad: todo en El, con El y por El.

Esta entrega la debemos a Cristo por dos títulos: por derecho nativo o de herencia, y por derecho adquirido o de rescate: el primer título nos impulsa a consagrarnos por el temor; el segundo por el amor. Mas como a Jesús amante sólo le satisface la entrega por amor, el mismo temor nos impulsa al amor, siendo así el temor de Dios el principio de la sabiduría, de la caridad que nos transforma y justifica.

La Ley antigua era ley de temor; la nueva, ley de amor. La primera se ordenaba a la segunda; por eso San Pablo la llama pedagogo, guía o maestro que nos introduce al amor de Cristo (Gal.3,24.25): no era ella quien justificaba o justifica, sino el amor que engendra, cuando lo engendra, y en la medida que lo engendra.

Lo mismo pasa en la Consagración: no es el temor quien nos hace agradables a Cristo; pero nos lleva al amor de Cristo, en que El se complace, y lo conserva y ayuda a mantener.

La plenitud de la Ley está en la caridad (Rom.13,10): el

que la tiene no ha de preocuparse de la Ley, pues la cumplirá toda sin cuidarse de ella. Por eso dice San Agustín: «Ama y haz lo que quieras». Pero es el cumplimiento de esa Ley quien engendra la caridad, quien la mantiene viva: «Aquel me ama, que cumple mis mandamientos» (Io.14,21).

La misma relación que existe entre el cumplimiento de la Ley y la caridad, media también entre el temor y el amor. El temor de nada nos valdría por sí mismo; pero impulsa a nuestra voluntad al primer acto de amor, y la mantiene luego en él en los momentos de desfallecimiento.

Sólo el amor es capaz de hacernos perseverar, el amor que hace espontáneo el bien obrar y quita del alma todo estado violento. Pero la función del temor es conducirnos a ese estado de amor, y es mantenerlo y avivarlo cuando el egoísmo amenaza marchitarlo. Tal es el fin que pone San Ignacio en la meditación del infierno:« «para que si, por desgracia, alguna vez me olvidare del amor que debo a Dios, al menos el temor de las penas me vuelva a El».

2. Síntesis de la doctrina del temor

La doctrina del temor puede resumirse brevemente: Cristo es el Amo absoluto, que hará en nosotros, con nosotros y de nosotros cuanto le venga en gana: aunque la actuación plena de su dominio omnímodo la retarde algo para darnos oportunidad de servirle por amor, y así salvarnos, llegará pronto el día en que lo ejerza por completo. Nuestra elección sólo es posible entre estos dos extremos: o servirle como esclavos, o servirle como hijos: o servirle rabiando, o servirle amando y gozando. Pero el servicio es inevitable, porque El es el Amo, es el Señor.

Amamos de tal modo nuestra independencia que jamás la entregaríamos por las buenas. Pero sabiendo que la entrega se hará, de grado o por fuerza, el mismo amor a esa independencia y el temor de verla pisoteada nos impulsa a la entrega por amor, a la consagración verdadera.

Tal es lo que se deduce del primer fundamento de la

Consagración, según nos lo enseña la Sagrada Escritura. Escogeremos para demostrarlo algunos textos del Evangelio, del Antiguo Testamento y de la predicación apostólica.

3. El temor en el evangelio

Jesús se nos presenta a sí mismo en el Evangelio como el Amo y Señor absoluto de todas las cosas, con dominio total, exhaustivo, en todas ellas.

«Todas las cosas me han sido entregadas por mi Padre» (Mt.11,27;Luc.10,22), «Todo poder me ha sido entregado en el cielo y en la tierra» (Mt.28,18). Nada hay por tanto que se sustraiga a su dominio: todo lo que está en poder de creatura, aún los actos libres de ésta, no se sustrae al poder de Cristo, ya que a El le ha sido entregado todo poder, y así el poder de toda creatura en El reside, de El deriva y de El es recibido. Su dominio se extiende a todo cuanto alcanza el dominio de Dios: «Todo lo mío es tuyo, y lo tuyo mío es» (Io.17,10).

Su dominio absoluto alcanza de modo especialísimo al ser libre,, a nosotros los hombres: «Dístele poder sobre toda carne» (Io. 17,6), «tuyos eran, y Tú me los diste» (Io.17,6).

Donación tan plena, que el Padre renunció en cierto modo a su dominio para entregarlo a su Hijo:nuestra suerte depende de Este, y no del Padre: «El Padre a nadie juzga... pues todo juicio lo entregó al Hijo» (Io.5,22). Ya no somos de Dios, sino de Cristo, según el orden que establece San Pablo: «Todas las cosas son vuestras, vosotros de Cristo, Cristo de Dios» (Ia. Cor. 3,22;23). Dios ya no quiere ejercer su dominio sobre nosotros sino mediante Cristo, a quien lo ha entregado, y en quien y por quien encuentra toda la glorificación que de las creaturas desea.

Este dominio lo tuvo Cristo y lo sentía en sí desde el primer momento de su Encarnación, bien que, por el amor que nos tiene, no siempre usara de él; y conservó ese sentimiento de poder en su misma pasión, cuando parecía ser el lu-

dibrio y el esclavo de sus creaturas: cuanto éstas hacían, lo hacían porque El quería permitirles hacerlo, y en la medida en que se lo permitía. Por eso San Juan nos advierte que cuando se disponía a volver a su Padre por la muerte «sabía que el Padre puso en sus manos todas las cosas» (Io.13,3).

Su dominio no es artificial, sobreañadido, accidental como el nuestro, sino dominio natural, personal, por herencia, consubstancial a su ser. Por eso no necesita distintivo para darse a conocer, o ayudadores para ejercerse y hacerse obedecer, cual sucede con los reyes humanos. Bástale presentarse a cualquier creatura para que ésta sienta de modo irremediable su absoluto poder y la impotencia de resistir a su querer.

De ahí que observemos en el Evangelio que aquellos a quienes El se manifestaba más, más le reconocían como Señor, aunque El les tratase con el amor más tierno y delicado: esa comunicación de amor iba siempre envuelta en la majestad del poderío, a El connatural, sin que por ello perdiera nada de su delicada intimidad. De ahí que los Apóstoles, para quienes su Corazón no tenía secretos (Io. 15,15) le llamaban de ordinario «Señor», y el mismo San Juan, el discípulo amado que se reclinara sobre su Corazón, cuando le reconoce en la pesca milagrosa no halla otras palabras para indicar quién es, sino éstas que expresan su poder: «Es el Señor» (Io.21,7): es que, cuanto más se le trata y se le ama, cuanto más se adentra uno en su Persona, más se adentra también en su poder. De ahí las palabras de la Virgen, la creatura que mejor le conoció y más le amó: «He aquí la esclava del Señor: hágase en mí según tu palabra» (Luc. 1,38).

De esta mezcla maravillosa de amor y poderío, de delicada ternura y de dominio omnipotente, que mutuamente se completan, compenetran y perfeccionan, hallamos un ejemplo hermoso en la paternidad humana.

El niño pequeño siente, como por instinto, el poder y dominio que su padre tiene sobre él, sin que su padre necesite de distintivos especiales para manifestárselo: el niño

lo percibe en el mismo hecho de conocerlo como padre. Y ese sentimiento de dependencia y de temor, que le impulsa a obedecerle en todo, en nada disminuye su sentimiento de amor y confianza. Cuando se porta bien, es este último el que domina: nada le asusta entonces el temor, aunque no deje de sentir perfectamente la autoridad del padre; pero sabe que de su autoridad y poder nada tiene que temer, antes mucho que esperar. Cuando se ha portado mal, siente el temor del poder paterno; mas como sabe y siente que no puede sustraerse a él, el mismo temor que de su padre siente le fuerza a dirigirse a él, a echarse en sus brazos y obtener su perdón, para volver a sentir el amor, a obrar por el amor. Así, ni el poder, ni el temor que ese poder engendra, disminuyen nada la intimidad y el goce del amor, antes contribuyen a aumentarlo, a hacerlo más estable, y a repararlo cuando padece quiebra.

Mas el dominio de aquéllos que no son su padre no lo reconoce el niño sobre sí, ni lo acepta de grado, porque no es connatural, sino sobreañadido; y así sólo lo conoce por distintivos externos y, lejos de animarle a la entrega confiada, tanto más lo teme y procura a él sustraerse cuanto mayor lo ve: su dicha la ve en la huida, y no en la entrega, y de ahí su timidez ante quienes cree poderosos: sólo haciéndose niños como ellos, es decir, renunciando a todo poder y boato, se les puede atraer a la familiaridad e intimidad.

De un modo análogo, el poder y dominio que el alma siente en Cristo, tanto más percibido cuanto más a El se une y le contempla, nada disminuye la intimidad del amor, porque lo percibe y siente como poder de Padre y Creador, a quien debe cuanto es o puede ser en el orden natural y sobrenatural. Por eso, la sensación de ese dominio no la aparta o repele, sino que la atrae, pues sólo unida a El puede conservar cuanto ahora tiene, sólo de El puede recibir cuanto aún le falta, cuanto ama y desea.

Ese dominio engendra respeto, reverencia y temor filial; pero no temor servil, mientras obre el bien, sino sólo cuando

obra el mal, cuando ya no actúa ella guiada por amor; y entonces ese temor servil, lejos de alejarla de Dios, más bien la inclina a volverse a El, uniéndose otra vez a El por el amor. Así, es ese temor servil principio de sabiduría, de justificación; aunque no la justificación misma que sólo el amor nos puede dar, el amor al que el temor conduce como guía y pedagogo, tal como la Ley hizo con la Gracia.

Lo contrario sucede en todos los demás dominios y poderes de las creaturas. El alma los rechaza por instinto, porque, en cuanto dominio, la humillan y, en cuanto dominio de creatura, no son esenciales, sino accidentales, y así no pueden darle el bien sustancial, sino sólo bienes accidentales inmensamente menos preciosos para ella que la libertad que le arrebatan. Y como la huida de ese dominio es siempre posible, ya que no depende el ser de ella de tales dominadores, el temor que tal dominio engendra la mueve a sustraerse a él.

Este dominio absoluto de Jesús, aunque realísimo, no lo experimentamos de presente, porque tampoco El de presente lo ejerce en todos los hombres, ni aun completamente en ningún hombre. Ese ejercicio pleno, y por tanto esa experiencia plena, los reserva el Señor para después de la muerte, no porque no pueda ejercerlo ya ahora, sino por el excesivo e incomprensible amor con que nos ama.

En efecto, «no envió Dios a su Hijo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él» (Io. 3,17), no vino Jesús para muerte eterna nuestra, sino «para darnos vida, y vida más abundante» (Io. 10,10), y su deseo es la salvación, no de algunos o muchos hombres, sino «de todos los hombres» (1.ª Timot. 2,4).

Pero esa salvación y vida sólo podemos obtenerla mediante la entrega voluntaria y libre hecha por amor. En los que así se entregan, Cristo ejerce su dominio, y lo ejerce en la medida en que se entregan; y ese ejercicio sería total y absoluto si total y absoluta fuera nuestra entrega: lo único que lo limita es la resistencia de nuestra libertad que El, ahora, quiere respetar, para darnos ocasión de me-

recer la vida, ya que la presente es el tiempo reservado para tal merecimiento.

Mas a los que no se entregan, a los que le resisten, Jesús les conmina con su absoluto dominio; pero espera, misericordioso, a ejercerlo, para darles oportunidad de salvarse; sólo en parte lo ejerce para moverlos al amor. Si del todo lo ejerciera, los dominaría como a esclavos por el temor y el poderío, pero no los dominaría como a hijos por el cariño y el amor, tal como es su deseo. Es lo que expresa el Apóstol San Pedro cuando dice: «No retarda Dios su promesa —de justicia y poderío —;pero se conduce con paciencia por causa vuestra, no deseando la perdición de nadie, sino que todos se conviertan a penitencia» (2.ª Petr. 3,9).

Todo el que, aprovechándose de esta paciencia misericordiosa del Corazón de Jesús, entra por la vía del temor a «Aquél que puede condenarlo al fuego eterno» (Luc. 12,5), oye sus amenazas, cree en su justicia y su poder, y se decide a echarse en brazos del amor para escapar al rigor de la justicia, «no tendrá juicio ni lo experimentará, sino que de esta muerte temporal pasará a la vida eterna» (Io. 5,24), y conocerá por dichosa experiencia que «no envió Dios su Hijo al mundo para que juzgue al mundo, sino para que el mundo se salve por El» (Io. 3,17).

Mas «el que desprecia las riquezas de la bondad, paciencia y longanimidad de Cristo» (Rom. 2,4) y, con sus obras, muestra «ignorar que la benignidad de Dios tiene por fin atraerle a penitencia» (Rom. 2,4), «no escapará al juicio de Dios» (Rom. 2,3): «según su dureza y la rebeldía de su corazón amontonará ira para el día de la ira en que se manifieste el justo juicio de Dios, que dará a cada cual según sus obras» (Rom. 2,5.6.).

Este tal experimentará eternamente que «el Padre dio a su Hijo poder de hacer juicio» (Io. 5,27) y que «para juicio vino a este mundo el Hijo» (Io. 9,39), y esto no porque el Hijo le juzgue —ya que el mismo Jesús nos dice que «El no juzga a nadie» (Io. 8,15;12,47)—, sino porque, por medio del Hijo, se cumplirá y verificará en él el juicio eterno y el

orden por Dios establecido de toda eternidad. Y ese orden es que todo ha de someterse al Hijo, de grado o por fuerza (Ephes. 1,22; 1.ª Cor. 15,27.28): el que no quiera servirle por amor y como hijo, de necesidad ha de servirle por temor y como esclavo. Si «el que cree en El no es juzgado, el que en El no creyere *ya está juzgado* —aunque ese juicio no se ha manifestado todavía (Rom. 2,5)— porque no cree en el nombre del Unigénito Hijo de Dios» (Io. 3,18).

De necesidad han de servirle todos. O voluntariamente, y sentados a su mesa como hijos, abrasados por el fuego delicioso del más hermoso amor; o rabiando y contra su voluntad, como esclavos y enemigos vencidos y encadenados, abrasados por el fuego inextinguible del infierno; pero la sumisión será plena y eterna en unos y otros.

«Dios no es aceptador de personas» (Rom. 2,11; Act. 10, 34). No ha destinado a unos al cielo y a otros al infierno, ni creado a unos para vasos de ignominia y a otros para vasos de honor, aunque, como amo y Señor, pudiera haberlo hecho (Rom. 9,21): a todos los destinó *de modo absoluto* al servicio de Cristo y al ejercicio del dominio y poder de su Hijo.

Que ese poder y dominio se ejerza en bien o ruina de la creatura, en su honor o en su ignominia, depende exclusivamente de la libre voluntad de ésta. Dios a todos quiere salvar (1.ª Timot. 2,4); pero a nadie salvará contra su voluntad: este su querer ya no es absoluto como el del dominio de Cristo, sino condicionado a nuestra voluntad. «Todo el que le teme, y obra la justicia, le será acepto» (Act. 10,35), y «la vida eterna, la gloria y el honor y la paz sin fin serán la herencia de todo el que cree en Cristo y se le somete y obra el bien» (Rom. 2,7.10.). Mas «los que resisten a Cristo, ni en El creen, y no prestan fe a la verdad, y obran el mal, ira e indignación serán su herencia, tribulación y angustia anegarán su alma eternamente» (Rom. 2,8.9.).

El panorama de nuestra situación está clarísimo en el Evangelio. Al hombre, tan amante de su libertad e independencia, no se le presenta ni ofrece la oportunidad, ni aun

la más remota posibilidad, de elegir entre servir a Cristo o sustraerse a su dominio, entre consagrarse a El o no consagrarse. Ese servicio y ese dominio es un hecho de absoluta necesidad, que en nada depende de nuestro libre albedrío, sino del decreto eterno e inmutable del Dios que nos creó: como el agricultor hará en su viña lo que le plazca, así Cristo hará en nosotros lo que quiera, pues viña suya somos. (Io. 15,1 ss.; Is. 5,1 ss.; Jer. 2,21), y su campo de cultivo (Ia Cor. 3,9) y su casa (Ia Cor. 3,9), y su rebaño (Io. 10,1 ss.; Ez. 34,31); y como el amo hará lo que le plazca de su viña, de su campo, y de su casa y rebaño, así Cristo hará de nosotros y con nosotros cuanto le venga en gana, sin que nadie ose ni pueda resistirle.

Y no menos absolutamente necesaria es nuestra consagración. Como dispone el amo a su capricho de los frutos de su viña y de su campo, y de las comodidades de su casa, y de la leche y de la lana, y de las crías, y de la vida de sus ovejas, así Cristo dispondrá a su gusto de todos los frutos de nuestra actividad, de nuestras obras, y aún de nuestra vida y nuestra muerte.

Lo único que está en nuestra mano es hacer que ese dominio se ejerza para nuestro bien o nuestro mal; es elegir entre la sumisión amorosa y la sujeción forzada y desesperada; es optar por nuestra vida o nuestra muerte: servirle como hijos en su casa, gozando de su amor y de su dicha, mirándonos en sus ojos de Padre y usando a manos llenas de sus bienes, o bien servirle como esclavos, en prisión y cadenas y desesperación, lejos de su presencia, de su sonrisa y de su amor, en el infierno, pero no exentos de su poder y su dominio.

La cepa que no produce, se arranca y echa al fuego (Io. 15,2.6); la oveja estéril será sacrificada. El amo siempre hará lo que le plazca en su cepa o en su oveja; pero de sus frutos dependerá el que el amo quiera hacer en ella algo útil o dañoso.

¿Quién no se moverá, en vista de ello, a entregarse al Amor y consagrarse de veras al Corazón de Cristo? Si de todos modos hemos de ser de El, ¿cómo no decidirnos a

serlo por amor, y en ese amor hallar la vida y dicha —pues por amor y para amar hemos sido creados—, en vez de esperar a que nos obliguen por la fuerza y nos sometan a un estado eterno de amargura, desesperación y esclavitud?

Por eso, conviénenos exclamar con el Salmista: «Traspasa con tu temor mi carne» (Salm. 118, 120), para que ese temor sea el principio de mi sabiduría (Prov. 1,7; Salm. 110,10; Eccli. 1,16), y el cimiento inconmovible en que el amor se asiente, para que nunca desfallezca, se extinga, derribe o venga abajo.

4. Doctrina del temor en los Salmos

Igual doctrina se nos enseña en los Salmos: el dominio absoluto de Jesús, y la conveniencia de que lo acatemos por las buenas.

«Tú eres mi Hijo: Yo hoy te engendré. Pídeme, y te daré las naciones como herencia, y por posesión tuya los confines de la tierra: los regirás o quebrantarás con vara de hierro, y como vaso de barro los desmenuzarás. Por lo tanto entended ahora, oh reyes; aprended la lección, oh jueces de la tierra: servid al Señor con temor, y alegraos en El con temblor: besad al Hijo (o prestadle obsequio), no sea que se enoje, y perezcáis extraviados en la senda. Cuando su ira en breve se inflamare, dichosos serán cuantos en El confían» (Salm. 2,7-12).

»Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra, mientras pongo a tus enemigos por escabel de tus pies. El cetro de tu poder enviará el Señor desde Sión: Domina en medio de tus enemigos. Desde el día en que naciste, tuyo es el principado, adornado de esplendor de santidad: como se forma el rocío en el seno de la aurora, así antes de la aurora de los tiempos te engendré. Juró el Señor, y no volverá atrás... El Señor a tu diestra: en el día de su ira quebrantará a los reyes: juzgará a las naciones, apilará los muertos, machacará las cabezas sobre la haz dilatada de la tierra» (Salm. 109, 1-6).

El dominio de Cristo se nos presenta como un hecho ineluctable: es el mismo dominio de Dios, pues lo posee por el hecho de ser su Hijo, lo tiene por herencia: «Tú eres mi Hijo, yo hoy te engendré. Pídeme, y te daré las naciones como herencia, y serán tu posesión los confines de la tierra.»

De ahí que ese dominio es inseparable de su Persona, acompañándole desde el primer momento de su ser: «Desde el día en que naciste, tuyo es el principado, adornado de esplendor de santidad: cual se forma el rocío cuajado en el seno de la aurora, así antes de la aurora de los tiempos te engendré Yo en mi seno.»

Y es dominio absoluto, cual dominio de Dios: nada ni nadie será capaz de resistirle: «a las naciones o pueblos que resistan, las regirás o quebrantarás con vara de hierro, y como a vaso de barro los desmenuzarás».

Y se ejerce sin fatiga, sin dificultad, sin esfuerzo, como son sin esfuerzo todas las obras de Dios: cuantos intenten resistirle serán sometidos, sin que para ello haya tan sólo de levantarse del asiento que ocupa a la diestra de su Padre: «Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra, mientras pongo a tus enemigos por escabel de tus pies.»

Es el mismo poder omnipotente del Padre quien desde el cielo impondrá a todos el cetro de su Hijo y le hará dominar en medio de sus enemigos: «El Señor a tu diestra: en el día de su ira quebrantará los reyes: juzgará a las naciones, apilará los muertos, machacará como el que maja las cabezas sobre la haz dilatada de la tierra.» Y ese dominio será eterno e implacable: nadie jamás podrá a él sustraerse: «Juró el Señor, y no volverá atrás.»

No está, pues, en mi mano el someterme o sustraerme a su dominio. Sólo está en mi mano el sujetarme a él de grado o por fuerza: como amigo que participa de sus bienes, o como enemigo cautivo, esclavizado y pisoteado. O formar parte de su pueblo —del pueblo que le seguirá gozoso en el día de su poder y de su triunfo, participando de la gloria y esplendor de su santidad, reflejando en mí eternamente el brillo de su filiación divina, cual el rocío cuajado en el seno

de la aurora refleja la luz de la alborada (Salm. 109,3,H.)—, participando en el cortejo como vencedor, con la alegría eterna de una eterna victoria, o formar parte del desfile de cautivos, en la desesperación y angustia eterna de una eterna y forzada sumisión. O sentarse como hijo a la mesa de Dios, poseyendo con El el reino que me está destinado, o ser pulverizado para alfombrar las sendas por las que los hijos de Dios caminarán, según lo que está escrito: «los justos dominarán en ellos» (Sap. 3,8; Salm. 48,15).

Y el tiempo de la elección es esta vida: «por lo tanto entended ahora, oh reyes, aprended la lección, oh jueces de la tierra». Cuanto más amo mi libertad e independencia, y más deseo ser rey, y tal me siento, más debo someterme al Rey de Reyes y Señor de los que dominan. Yo seré rey ciertamente, y lo seré eternamente, pues tal es la Majestad de Cristo que sólo reyes quiere por sus súbditos; pero seré rey amigo, si con amor acato su dominio, o rey esclavo y cautivo si a El resisto.

La sumisión se inicia por el temor y egoísmo, se continúa por la alegría y complacencia, y se consuma por el amor.

Se inicia con el temor: «Servid al Señor con temor», para no ser objeto de su ira. Pero pronto a ese temor se junta la alegría, la complacencia en el dominio del Rey divino: el alma que le sirve experimenta que servir a Dios es reinar, porque sus mandatos son mandatos de Padre que busca nuestro bien; su dominio es dominio de amor, que todo lo ordena a nuestro honor, gloria y alegría: no es bien o utilidad suya lo que busca, sino nuestro bien y utilidad.

Por eso añade: «Alegraos en El con temblor.» Alegría, porque me siento feliz a El sometido y por El amado. Temblor, porque temo, no estando aún confirmado, cometer un día la locura de separarme de El. Sólo cuando el amor lo absorba todo, cuando, enamorado de un Dios que tanto me ama, ya no pueda pensar más en mí o en cosa mía, cuando todas las fuerzas de mi alma sean absorbidas en la ocupación de amarle y de besarle, y en ese beso ponga toda mi dicha y alegría, sólo entonces estaré seguro y seré dichoso

sumergido en el amor, siendo rey con la misma realeza y libertad de Cristo, pues que su voluntad será la mía, y la mía suya, como es voluntad de El la del Padre y la suya es voluntad del Padre.

Por eso añade: «Besad al Hijo, no sea que se enoje y perezcáis extraviados en la senda.» Mientras no lleguemos a ese beso, mientras no nos sumerjamos en ese amor que elimina todo temor, todo egoísmo (1.ª Io. 4,18), mientras no nos hallemos en el cielo sumergidos en Dios, contemplando su rostro, siempre será posible errar la senda, y nunca se extinguirá del todo el temor en nuestra alma, el temor que ya dimana del amor, bien que amor imperfecto.

Por eso, todo el deseo del alma es recibir ese beso y devolverlo en la inmutabilidad y fijeza de la eterna unión, y por eso suplica mientras vive: «Béseme con el beso de su boca» (Cant. Cant. 1,1). Recibido ese beso, y en sus brazos reclinados, contemplaremos cómo se inflama su ira, sometiendo a sus enemigos y a cuantos a nosotros, por seguirle, nos persiguieron y angustiaron; y sentiremos la dicha de haber en El confiado, de habernos acogido bajo la sombra de sus alas, de habernos reclinado en su regazo, dejándonos estrechar entre sus brazos.

5. El temor en la predicación apostólica

Pero lo que sobre todo es de admirar y meditar es el puesto que el temor ocupa en la predicación de los Apóstoles, encargados por Jesucristo de implantar en el mundo la ley y el reinado del amor. Ello nos incitará a ahondar debidamente en este primer fundamento y preliminar de la consagración al Corazón de Jesús, si queremos que el amor que la constituye se asiente con firmeza y no quiebre al tiempo de la tentación.

El amor es el fin; pero el temor es el principio y el medio para conseguirlo. El amor ni se daría ni perseveraría si no asienta sobre el cimiento del temor. El cimiento se

oculta, a medida que se edifica sobre él; pero no desaparece. El cimiento no es el edificio en que se habita, en que se mueve y vive; pero es el que sostiene y da firmeza a ese edificio.

Así el temor deja de ser perceptible al alma en la medida que ama; y el ambiente ordinario en que ésta actúa y se mueve es el amor, que constituye el edificio de nuestra santidad: en el cimiento sólo habitan los ratones y gusanos, los que temen la luz de Dios que nos inunda; pero la solidez del amor depende de la firmeza del sentimiento del temor en que se haya asentado, del conocimiento íntimo de nuestra dependencia absoluta como creaturas.

Como el orden sobrenatural no destruye al natural, sino que se edifica sobre éste, lo envuelve y lo supera, así la filiación divina, que por la caridad recibimos, no destruye nuestra condición de creaturas, sino que la presupone, se asienta sobre ella, la supera, envuelve y dignifica. Queda así ocultada por el amor, como oculta al cimiento el edificio que sobre él se construye.

Pero cuando soplan los vientos, y los ríos de la tentación embisten el templo de nuestra alma, aparecerá el cimiento del temor. Si éste es firme como roca, nuestro edificio se mantendrá en pie: la humildad verdadera, el conocimiento de nuestra propia nada y de nuestra absoluta dependencia nos hará resistir todo conato de loca rebeldía. Si ese sentimiento vivo de nuestra propia nada se hubiere disipado, si el cimiento del temor se hubiere disuelto como arena, toda la hermosura del edificio del amor se vendrá abajo, convertido en un montón de ruinas.

De ahí la importancia de investigar con frecuencia el estado en que se encuentra ese temor, no dejándolo socavar con una falsa seguridad, contra la cual nos previene la Escritura. Hemos de alegrarnos por ser hijos de Dios, y la alegría ha de ser nuestro alimento, el aire que respiramos; pero alegrarnos con temblor, porque, mientras vivamos, podemos dejar de ser hijos de Dios. Sólo en el cielo cesará ese temblor, porque, perfecto allí el amor, ya no necesitará

del cimiento del temor, porque el amor se bastará a sí mismo (1.ª Io. 4,18).

De ahí que el Príncipe de los Apóstoles resuma el objeto de su predicación diciendo: «Jesús nos mandó predicar al pueblo y testificarle que El es quien ha sido constituido por Dios juez de vivos y muertos» (Act. 10,42); y exhorta a este temor a sus cristianos, cuando les dice: «Conducíos con temor durante el tiempo de vuestra peregrinación (1.ª Petr. 1,17)... y procurad hacer cierta vuestra vocación y elección mediante las buenas obras, pues, haciendo esto, no pecaréis jamás» (2.ª Petr. 1,10).

Y el Apóstol de las Gentes, que nos exhorta a «alegrarnos siempre en el Señor» (Philip. 3,4), no es menos explícito en inculcarnos la doctrina del temor, exponiendo el fundamento en que se basa: el supremo dominio de Cristo, centro universal al que se ordena todo y todo ha de servir.

El designio divino, eterno e inmutable, no es otro que «vincular a Cristo, como a Cabeza, cuanto existe en los cielos y en la tierra» (Eph. 1,10). «Todas las cosas por El y en El fueron creadas: y El es antes que todo y sobre todo, y todo en El mantiene su ser: y El es la Cabeza del cuerpo de la Iglesia» (Colos. 1,16-18). Su plenitud llena de modo tal el plan divino que «Cristo es todo en todas las cosas» (Col. 3,11), y así a nada mira el Padre sino a El, y en nada sino en El se complace. Por eso a El ha ordenado todas las cosas, y ninguna ha sustraído a su dominio omnímodo, aunque de presente no se revele del todo la sujeción a ese dominio, porque se está obrando: «Por cuanto todo le sometió, nada dejó sin sujetárselo. Mas ahora todavía no vemos que le estén sometidas todas las cosas» (Hebr. 2,8).

Pero esa sujeción plena, absoluta y universal se revelará en toda su realidad en el día de la resurrección y del juicio, «cuando, llegado el fin, entregue Cristo el reino a su Dios y Padre, tras haber destruido todo principado, y poder y virtud. Pues ha de reinar hasta que ponga bajo sus pies a todos sus enemigos. Y el último enemigo destruido

será la muerte: pues todo lo sometió bajo sus pies... Y cuando todo le estuviere sometido, entonces también el Hijo se someterá con todas sus cosas a Aquél que todo se lo sometió, para que sea Dios todo en todas las cosas» (1.ª Cor. 15,24-28): una misma será entonces su gloria y la nuestra, y una misma la sujeción de amor filial en El y en nosotros.

Este designio divino nos constituye en dominio exclusivo de Cristo: «Yo soy de Cristo» (1.ª Cor. 1,12); «todas las cosas son vuestras, ya los hombres, ya el mundo, ya la vida, ya la muerte, ya lo presente ya lo futuro: todo es vuestro: mas vosotros de Cristo; Cristo de Dios» (1.ª Cor. 3,21-23).

Todo lo dio el Padre a Cristo: sólo a su Hijo reservó para sí; y todo me lo ha dado a mí Cristo, pero a mí me ha reservado para El, y El es mi Dueño. Como dispone el amo de su casa o de su campo de cultivo, así dispondrá El de mí según le plazca, ya que «de Dios soy campo, y de Dios edificio, de Dios templo» (1.ª Cor. 3,9.16).

Y como en una carta escribo yo lo que quiero y como quiero, sin que ella pueda resistir ni quejarse, así Cristo hará en mí cuanto quiera y como quiera, pues carta suya soy: «Carta sois de Cristo, aprestada por nosotros, y escrita, no con tinta, sino con el espíritu del Dios vivo: no en tablas de piedra, sino en tablas de carne, en las tablas de vuestro corazón» (2.ª Cor. 1,4).

Su poder en mí es tan absoluto como el del alfarero sobre el vaso que fabrica de la tierra: «¿Quién eres tú, para pedir razón a Dios? ¿Es que dice el cacharro al que lo hizo: por qué me hiciste así? ¿O no puede hacer, si quiere, el alfarero, de una misma masa de barro, un vaso para honor y otro para ignominia?» (Rom. 9,20.21).

Podía, pues, haberme Dios creado para el infierno, para que allí le glorificara y le sirviera en el dolor desesperado, sin tener en cuenta mis obras o correspondencia, y sin que yo tuviera derecho a protestar, ni aún capacidad de hacerlo, ya que toda mi capacidad proviene de El.

Mas Dios no lo ha hecho así, porque me amaba. San Pablo afirma el derecho que Dios tiene a crearme para el in-

fierno; pero niega el hecho de que para eso me creara, antes asegura que a todos nos ha creado para el cielo, pues que dice: «Dios quiere que todos los hombres se salven y vengan al conocimiento de la verdad» (1.ª Timot. 2,4). Lo mismo certifica la Iglesia, al condenar a los que afirman que Dios ha destinado a algunos al infierno antecedentemente a la previsión de sus deméritos.

Pero si no es verdad que Dios me haya destinado a ser vaso de ignominia en el infierno, sí lo es que Dios ha puesto en mi mano el ser vaso de honor o de ignominia, el salvarme o condenarme; y que, salvado o no, le serviré igualmente, bien que para usos distintos.

Esto es lo que escribe San Pablo a Timoteo, aclarando lo que dijera en su Carta a los Romanos: «Conoció el Señor quiénes son suyos... En una casa grande no sólo hay vasos de oro, y de plata, mas también de madera y de barro: y unos para usos honorables, otros para usos de ignominia. Si alguno se purificare de todos estos pecados, será vaso santificado para honor, y útil para el Señor para ser empleado en toda obra buena» (2.ª Timot. 2,19-21).

No depende de mí, sino de mi Autor, el ser hecho vaso de oro, plata, madera o barro. La distinción de esencias, aun en el orden sobrenatural, es obra de Dios, y de ahí que obra suya, y no nuestra, sean los diversos grados de gloria; obra suya, y no nuestra, el destino fijado a cada creatura.

Pero tanto el vaso de oro como el de barro pueden usarse para honor y para ignominia: si se usa para honor, tanto mayor el honor cuanto más precioso sea el vaso; y si para ignominia, tanto mayor ignominia también cuanto más precioso. Por eso el que se condena padecerá tanto más cuanto mayor fuere el honor al que Dios le destinara en el cielo.

Eso es lo que depende de mi libre elección, de mi amorosa correspondencia: el ser vaso para honor o para ignominia. Del servicio a Dios no podré liberarme, no cae en mi elección. Sólo puedo elegir entre servirle para honor o para ignominia, entre ser feliz en su servicio, o desgraciado,

según trabaje ahora en purificarme de todo pecado o me deje contaminar por ellos.

Dios nos quiere a todos para vasos de honor, ya que a todos quiere salvar; aunque de honor distinto a cada uno, pues en el cielo hay muchas moradas diferentes (Io. 14,2). Pero si alguno no quisiere ese honor, Dios lo hará servir igualmente, aunque para ignominia.

El que construye un edificio, compra y quiere los ladrillos enteros, mas no por eso dejará de emplear los que accidentalmente se partieren: servirán, si no para el edificio, sí para el relleno y para pavimentar los caminos donde los hijos se paseen. Un vaso de oro roto no puede ponerse ya en la mesa, pero puede servir como lujosa escupidera, o para echar en él la basura. Dios hará el palacio del cielo de piedras vivas y escuadradas, que somos nosotros: quien por su culpa no valiere, por haberse estropeado por el pecado no reparado, no por eso dejará de servir a Dios, aunque fuera de su casa.

Dios elige libremente el destino de cada uno, la materia más o menos noble de que le forma. Pero, puesta esa elección, no es aceptador de personas (Act. 10,34; Rom. 2,11; Gal. 2,6; Ephes. 6,9; Colos. 3,25; 1.ª Petr. 1,17; Is. 42,2): al vaso de oro, si no sirve a su designio, lo desechará con la misma facilidad que al de plata o madera: riqueza le sobra para hacer otros nuevos que cumplan el oficio del desechado y no le cuesta más hacer un vaso de oro que uno de madera o de barro.

De ahí el temor con que cada uno ha de procurar su salvación, por encumbrado que se vea en méritos o virtud. Temor que experimentaba San Pablo, cuando decía: «Castigo mi cuerpo, y lo reduzco a servidumbre, no sea que, habiendo predicado a otros, sea yo reprobado» (1.ª Cor. 9,27). Temor que inculca a todos cuando dice: «El que cree estar en pie, mire no caiga» (1.ª Cor. 10,12); «en pie estás por la fe; pero no te engrías, antes bien teme... pues si no permanecieres en la bondad, también tú serás cortado» (Rom. 11,20.22).

Incluso debe ser tanto mayor nuestro temor cuanto mayores sean los méritos adquiridos, las gracias recibidas, y las muestras gustadas del amor e intimidad divinos, porque cuanto mayor fuere todo esto tanto más tenderá a ser irreparable la ruina del pecado, si por ventura sobreviniere a nuestra alma, «ya que es imposible que aquéllos que, una vez iluminados, gustaron el don celestial y fueron partícipes del Espíritu Santo, y percibieron en su alma la suavidad deliciosa de la palabra amorosa de Dios, y no obstante cayeron, vuelvan a renovarse por la penitencia, cuando ellos han vuelto a crucificar en sí mismos al Hijo de Dios y expuéstolo al desprecio (o: transfigurándose a sí mismos nuevamente en la imagen de Jesús crucificado, y mostrándolo en sus obras)» (Hebr. 6,4-6), «pues si voluntaria y deliberadamente pecamos después de recibida la noticia de la verdad, ya no nos queda víctima expiatoria del pecado —pues no hay más víctima que Cristo, a quien por el pecado rechazamos—, sino una pavorosa expectación del juicio y el ardor vengativo del fuego, dispuesto a devorar a los enemigos» (Hebr. 10,26.27).

¡Con qué solicitud nos previene así el Apóstol contra la vana confianza a que pudieran inducirnos los méritos adquiridos! No es lo ya hecho o merecido a lo que hay que mirar, sino a lo que nos falta por hacer, a no descansar hasta lograr la final perseverancia, porque sólo quien hasta el fin perseverare será salvo (Mt. 10,22) y no es apto para el reino de los cielos quien atrás vuelve su vista (Luc. 9,62).

Y no menos nos previene contra la seguridad falsa y engañosa que podría causar en nosotros la certeza de que Dios nos ama, la experiencia de las gracias y muestras de bondad de El ya recibidas: «porque la tierra que bebe la lluvia que frecuentemente cae sobre ella, si produce plantas provechosas a aquellos por quienes es labrada, recibe bendición de Dios; mas si produce espinas y abrojos, reprobada es, y cercana está a la maldición, y su término final serán las llamas» (Hebr. 6,7,8).

Cierto es el amor de Dios, que no perdonará cuidado ni

desvelo que pueda conducirnos a hacer fruto. Pero también es cierto que ese fruto no se hará sin nosotros, y que si nos empeñamos en hacer estériles los amores divinos será tanto mayor nuestra reprobación cuanto más aburdante haya sido en nuestra alma la inundación del amor y del fervor divinos. Por eso dice San Pedro: «Mejor les fuera no haber conocido nunca el camino de la justicia, que el abandonarlo y dejarlo una vez conocido y practicado, apartándose del mandato santo del amor que recibieran, como perros que vuelven a comer lo que antes vomitaron y cerdos que se revuelcan en el fango» (2.ª. Petr. 2,21.22).

Y si el temor ha de empapar la vida de los que sirven a Dios, no menos ha de agitar el corazón de quienes procuran adormecerlo y acallarlo, viviendo al margen de Dios y prometiéndose con presunción un tardío arrepentimiento de última hora, no sea que les pase como a Esaú «que por una sola comida perdió su primogenitura: mas sabéis que después, aun deseando heredar la bendición, fue reprobado, pues no encontró oportunidad de penitencia, aunque con lágrimas la buscó» (Hebr. 12,16 17).

Si el que vive bien ha de tener saludable temor de su flaqueza e inconstancia, que le mueva a ser cada vez más generoso con el Amor a fin de asegurar su perseverancia y hacer cierta su elección, quien vive mal sin preocuparse y peca sin arrepentirse, confiando en que cambie su voluntad a última hora, o en un «ya me enmendaré» sin decidirse a hacerlo de presente, ha de temer fundadamente que esa enmienda no vendrá jamás y que el arrepentimiento en que espera le será prácticamente imposible aunque en un cierto modo llegue a desearlo, porque acabará extinguiéndose en él el amor, en que debería basarse.

La voluntad endurecida difícilmente se vuelve atrás, por más que lamente el no volver. De esta división de voluntad está llena la experiencia de la vida cotidiana, aun en cosas que para nada se refieren al pecado. Una decisión libremente tomada se mantiene frecuentemente con tozudez inverosímil por más que uno la vea un disparate y lamente ha-

berla tomado; y tanto más difícil se hace retractarla cuanto más largo tiempo se persevera en ella.

Por lo mismo, toda confianza es poca con respecto al pecado pasado y detestado, ya que media la pasión de Cristo para garantizarnos su perdón; pero toda desconfianza es también poca respecto a las disposiciones futuras de nuestra voluntad, cuando no sabemos, o no queremos, poner buenas disposiciones actuales, que son las únicas que de presente están en nuestra mano.

La confianza vana en posibles arrepentimientos futuros engendra primero el pecado, luego la perseverancia en el pecado, y por último la reprobación final. Lo lógico es no contar *ahora* con ellos, ya que no el futuro, sino sólo el presente, está *ahora* en nuestra mano. Así lo hacían los santos, y por eso evitaban el pecado, porque daban por asentado que ese pecado les llevaría al infierno, no que *quizás* les llevaría.

Conocido es el caso de aquel solitario del Egipto que, tras cuarenta años de ejercitarse en la práctica de la virtud, fue solicitado al pecado. Arrastrado por la concupiscencia y el amor sensible, el amor divino se nubló en su corazón; mas la hoguera de fuego que delante tenía le recordó el infierno, y, descalzo, comenzó a pasear sobre las brasas, hasta ampollarse todo. Sólo entonces dio su respuesta a quien le solicitaba: «Con gusto haría lo que me propones, si pudiera resistir el fuego del infierno; mas, ¿cómo lo resistiré, si me es imposible sufrir éste unos momentos?». Y apagada por el temor la concupiscencia, de nuevo inundó su alma el amor, sintiendo despreciable la tierra, y fácil la victoria de toda tentación. Lo cual logró porque *dio como cierto* el infierno e inevitable si a ella accedía.

Mas si hubiera argüido al siguiente estilo: «puedo pecar ahora, y luego me arrepentiré y evitaré el infierno», sin duda hubiera caído; y como un pecado llama a otro pecado, la tentación siguiente hubiera sido más fuerte que la primera, el discurso se repetiría, y el pecado también, y el arrepentimiento se iría dejando siempre para *después* —un

después cada vez más difícil de llegar—, hasta que, endurecida y confirmada en el mal la voluntad, acabara en reprobación eterna.

Fácil es retractar el pecado de debilidad; pero sumamente difícil el de cálculo, que se basa friamente en la presunción de un futuro y problemático arrepentimiento.

Por eso Dios, que nos incita a la más absoluta confianza respecto al pasado *si ahora le amamos*, nos previene amorosamente contra la falsa presunción de aprovechar un futuro problemático descuidando el presente, y nos advierte por el Apóstol que «de Dios nadie se ríe o burla: lo que el hombre siembre de presente ahora, eso recogerá después» (Gal. 6,7). Y la sabiduría de nuestro pueblo ha maravillosamente penetrado la psicología fatal de las disposiciones de la humana voluntad en su proverbio: «Por la calle del mañana se llega a la plaza de nunca».

6. Dios, Creador y Padre: Ley de amor y ley de temor

Según la Ley Nueva, Dios es amor (1.ª Io. 4,8), y por amor ha querido hacernos hijos suyos. Pero a la vez que Padre por amor, es necesariamente el Señor por ser Dios y creador.

Su paternidad y cariño se ofrecen a todos; pero a nadie se imponen, pues el amor no gusta de imponerse, sino de conquistar y de ser correspondido libremente. De ahí que nuestro destino de hijos puede fallar, no por parte de Dios, más sí por parte nuestra.

Pero El no puede renunciar a su dominio, a ser el Señor, pues si para hacernos hijos suyos pide nuestra aceptación, para crearnos en nada contó con nosotros. Por eso puede fallar nuestro destino de hijos de Dios, pero no el de creaturas, destinadas al divino servicio: si alguno no le aceptare como Padre, Dios seguirá siendo su Creador, y se le impondrá como Señor.

Porque nos ama y no sólo desea nuestro servicio sino

también nuestra felicidad, nos exhorta a tener presente nuestra condición de creaturas, nuestra sujeción ineludible a su absoluto dominio, advirtiéndonos que «es horrendo caer en las manos del Dios vivo» (Hebr. 10,31) como enemigos suyos y rebeldes, e incitándonos a temer «a Aquél que puede condenar nuestra alma y cuerpo al fuego inextinguible» (Mt. 10,28). Tal conminación no nos la hiciera, de no habernos amado. Precisamente porque nos ama y busca nuestra felicidad en el triunfo del amor, nos advierte del abismo a que corremos, si a ese amor no nos entregamos.

Porque nos ama, no hemos de temer que El nos falte o abandone, sino el que nosotros le abandonemos a El. No es de la eficacia de la voluntad salvífica de Dios de lo que hemos de temer, sino de la inconstancia y testarudez de nuestra voluntad que, mientras vivimos, siempre puede resistirse a ser salvada.

Temor que ha de incitarnos a multiplicar nuestro amor para, enamorados de Dios, no abandonarle; redimiendo el tiempo ya perdido para neutralizar en lo posible la inclinación de rebeldía que nuestros pecados han dejado; no rechazando en el presente a Jesús que nos habla (Hebr. 12,25), y esforzándonos en hacer ya siempre el gusto de Jesús para confirmar la sumisión a El de nuestra voluntad, pues cuanto más temiéremos de nuestra inconstancia más nos esforzaremos en la perfecta fidelidad, para asegurar así nuestra elección.

De este modo, será el temor principio de sabiduría, fuente perenne de amor y caridad. El temor servil nos inducirá al amor. Y el amor fomentará el temor filial, que no teme por sí, sino el disgusto del Padre a quien ama. Y este temor filial nos llevará a la perfección del amor, que excluirá ya todo temor porque, abrasada en él la voluntad y sumergida en la divina esencia, ya le será imposible en absoluto el disgustarle, o el separarse de El en poco o mucho.

Sólo quedará entonces con el amor la reverencia y el respeto, el conocimiento sentido del infinito poderío de Dios. Conocimiento que engendrará alegría, porque es poder de Padre, poder del que nada temeremos, porque todo él se

empleará para hacernos felices; no para nuestra ruina, sino para nuestra dicha inmarcesible.

B) *LA CONSAGRACION Y EL AMOR*

1. El temor no basta

Fue Acab el más impío de los reyes de Israel, induciéndole su esposa, la malvada Jezabel. Junto a su palacio, poseía una viña Nabot, piadoso israelita. Quiso Acab adquirirla, pero se encontró con la resistencia inesperada de Nabot, que no quería en modo alguno quebrantar la ley de Dios renunciando a la herencia de sus padres. Esta resistencia le valió la muerte: Jezabel le hizo calumniar como a blasfemo y, apedreado como tal, su sangre fue lamida por los perros.

Eliminado así el legítimo dueño de la viña, baja Acab a tomar posesión de ella. Sálele al encuentro el Profeta Elías, amargándole la adquisición al conminarle el castigo de Dios: los perros lamerán su sangre, como la de Nabot, y los perros devorarán también el cuerpo de su esposa Jezabel; y, como paga de la muerte del inocente, será aniquilada toda la familia de Acab: sus hijos, sus familiares, sus criados, sus siervos: ni uno solo quedará o dejará progenie que le sobreviva.

Prestó Acab fe a las palabras de Elías, y el temor invadió su corazón: «rasgó sus vestiduras, se ciñó un saco sobre su carne, y ayunó, y durmió con el saco, y andaba abatido» (I Reg. 21,27). Y fue a Dios tan agradable este temor, que dijo inmediatamente a Elías, para que lo notificase al Rey: «¿Has visto cómo se ha humillado Acab delante de mí? Por cuanto se ha humillado en mi presencia, no traeré la desgracia en sus días; en los de su hijo acarrearé la desventura sobre su casa» (I Reg. 21,29).

Pocos lugares de la Escritura Santa son tan aleccionadores como éste de la vida de Acab para darnos a conocer la eficacia e ineficacia del temor: eficacia como principio de

sabiduría, o inicio de salvación; ineficacia para obtener esa misma salvación, si el temor no desemboca en el amor.

El temor de Acab fue meramente servil: temor del castigo. Con todo agradó a Dios, y Dios dulcificó la pena impuesta. Esa dulcificación era, por sí misma, una llamada al amor, al arrepentimiento verdadero. Dios se mostraba bueno para el pecador, y éste debería haberse enamorado de tanta bondad, sirviéndole por la simpatía que en él excitara este principio de perdón; y ese servicio de amor y simpatía habría acabado por enamorarle de Dios, logrando de El el perdón pleno.

Pero Acab no sintió en su alma simpatía alguna hacia un Dios tan bueno que se mostraba inclinado a perdonarle; no salió del temor para echarse en brazos del amor. Y como el obrar siempre por temor es algo violento al alma, pronto se olvidó también de su temor, volvió a obrar peor que antes, y, después de perder su vida, fue causa de la ruina de toda su familia y aun del reino entero de Israel.

En efecto, si el temor es necesario para empezar a amar a Dios quien de El se halla alejado, ese temor no basta para mantenerse en su servicio ni para agradarle de modo eficaz. Y no basta por dos motivos: 1.º Porque el temor no es suficiente para perseverar con constancia en el bien obrar. 2.º Porque Dios no se contenta con que le temamos, sino con que le amemos.

2. Sin amor no es posible la perseverancia

Sólo el amor hace fácil y connatural el vivir para servir y agradar al amado. Sólo el amor puede satisfacer a un Dios que tanto nos ama. Nuestra consagración al Corazón de Jesús, ni puede darse si no la informa más que el temor, ni, aunque se diera, podría agradarle a El que, amándonos, sólo busca el ser amado. Si el temor le agrada, es sólo como dispositivo, como puente de tránsito para el amor.

¿Podría una esposa mantenerse siempre fiel a su marido,

si sólo el temor la impulsara a esa fidelidad? ¿Podría prestarle de debido modo las pequeñas, pero continuas atenciones que exige la unión del matrimonio? ¿Sería lo bastante feliz en esa vida para hallar fuerzas con que perseverar en ella? ¿Podrá un hijo cumplir debidamente y con constancia los preceptos y deseos de su padre, si sólo el temor le impulsa a ella, sin que el amor anide en su corazón, ni sienta simpatía hacia su padre, ni le importe nada el que él esté contento?

La vida de tal esposa o de tal hijo sería un prolongado infierno. Los obsequios que prestan, son sólo doblez y fingimiento; su condición, condición es de esclavos; la rebeldía se incuba sordamente, y el odio a aquél en quien ven un enemigo y un tirano, tras encenderse en el interior del alma, acabará por consumirlo todo e irrumpir irresistible al exterior.

Lo que es violento no es durable, y nada más violento para el alma que el obrar siempre por temor, prestando externamente obsequios que en su interior no siente, que en su interior detesta y aborrece. Por eso Dios, que puso dominio y señorío en la familia, en cuantos la constituyen infundió el amor, y al amor confió el mantenimiento de la sujeción y de la unión. Y por eso, si un día el amor llega a faltar, la familia se deshace sin que ningún temor pueda impedirlo.

Mas cuando el amor es vivo en la familia, la sujeción, el servicio y los obsequios no sólo nada cuestan, sino que constituyen la dicha y felicidad de quien lo presta. Nada hay más dulce y placentero que sacrificarse, inmolarse y sufrir por el amado; el prestarle toda clase de obsequios no es molestia: lo que costaría sería el negarle el más pequeño.

Como de la fuente brota espontáneamente el agua cuando la tierra está empapada de humedad, y, por más que se intente impedir su salida, siempre revienta con más fuerza por otros lugares, así del alma empapada en amor brotan incontenibles los obsequios y servicios a su amado, sin que haya dificultad u obstáculo que puedan detener ese fluir: si

no puede manifestar su amor de un modo, lo manifestará de otro, duplicándolo.

El corazón del que ama es fuente que mana inagotable y, no pudiendo contener en sí sus aguas, antes reventará para entregarlas todas que contenerlas en su interior sin comunicarlas. Y en esa comunicación halla el descanso, el reposo y la dicha, aunque en cambio no reciba nada, aunque se le pague su don con resistencias y desprecios: el amor no busca recibir; se contenta con dar, y dando se satisface.

Jesús es el Señor; pero ha querido ser también Padre y Esposo, derramando en nuestro corazón la caridad, como lluvia de amor que empape la tierra de nuestra alma: su dominio lo quiere asegurar por el amor, y en el servicio por el amor ha colocado nuestra dicha.

Si endurecemos la tierra de nuestra alma, no dejando penetrar en ella la lluvia de su amor, si nuestra libertad no se entrega y rinde enamorada a quien, también enamorado, con amor infinito ha querido conquistarla, ¿qué le podremos dar?

Si por el temor oprimimos y acongojamos nuestra alma, lo más que podremos darle será barro, pero nunca agua limpia; y como ubre agotada, que se irrita e inflama si se le quiere extraer un jugo que no tiene, así se irritará e inflamará contra Dios nuestro corazón al ver que se le exige de continuo un obsequio y una entrega que no siente.

¿Quién podrá describir la desesperación del alma que se siente, por el temor, forzada a prestar obsequio a Dios a quien no ama, y cuyo agrado y beneplácito nada le importa? Si ningún gozo encuentro en que El esté contento y sea feliz, ¿qué gozo podré hallar en vivir para agradarle, y en que todas mis acciones, pensamientos, afectos y deseos sean sólo para El?

Y si, a pesar de todo, el temor que me inspira me hace vivir por El y para El, si el amor no viene a tiempo a suplantar ese temor, es evidente que acabaré por no ver en El más que un tirano, un enemigo odioso que me esclaviza. Mi consagración —mi vivir sólo para El—, ya no será verdadera

sino ficticia: un puro fingimiento y disimulo; y ni aun como ficción será durable porque, encendido el odio, llegará a tener tal fuerza que acabará por rebelarse, pisoteando todo temor.

La situación del alma que teme a Dios sin amarle es tan difícil, insostenible e imposible, como la de la esposa que sólo teme a su marido sin amarle, o la del hijo que sólo por el terror presta obediencia.

Y aun mucho más violenta, porque esposa e hijo saben que pueden engañar con su exterior a su marido y padre, saben que él no conoce, al menos en toda su extensión, el secreto del odio interno que los consume; mas el alma sabe que para Dios no tiene ella secreto; siente que Dios conoce la cobardía y villanía del corazón, y, al verse y sentirse descubierta y desnuda a la mirada de Aquél que la reclama, romperá toda valla de temor, que para nada puede ya servirle.

Mas si al acercarse a Dios por el temor comienza a amarle, al darse cuenta de su suma bondad, y el obsequio que en principio originó el temor empieza a fluir de la fuente del amor, entonces cambia todo el panorama.

Se abre a la lluvia del amor, y se maravilla de que un Dios tan grande y tan hermoso pueda amarla a ella, pobre creatura; y comprende que todo cuanto exige, para bien de ella es, no para bien de Dios; y le sorprende que quien tiene derecho a pedirlo todo para sí, nada le pida si no es para bien de ella, para dicha de ella, como el buen padre sólo exige al hijo lo que para bien del hijo es conveniente; y viendo cuán segura está su suerte entregada en manos de quien así la ama, se olvida de sí y de su interés, para ocuparse sólo de amar al amado que la ama y complacerle en todo, empezando a vivir la consagración verdadera al Corazón de Cristo.

El corazón del hombre es una fuente, y el amor es el agua que de ella mana sin cesar. Cuando el manar se inicia, sale el agua contaminada con barro y arenillas: no sirve para beber, ni para aplacar la sed del que a ella acude. Pero

las nuevas aguas van arrastrando y eliminando toda impureza, hasta brotar limpias, frescas y cristalinas, siendo encanto a quien las mira, delicia y refrigerio a quien las bebe.

Nuestra alma es esa fuente, fuente sellada por el mismo Dios, que se reservó todas sus aguas, todas las hermosuras del jardín cerrado que ellas vivifican. Cuando Dios vierte en ella las primeras lluvias y rocíos de sus amores, y ella los deja penetrar en su interior, empapándose de ellos, comienza a devolverlas al Amor por la fuente del corazón amante y agradecido; pero esas aguas arrastran al principio las impurezas del alma, llevan consigo el barro del temor, ya que de barro son las creaturas, y en ser creaturas se funda y cimenta el temor. Mas el amor, que nos transforma en hijos, va echando fuera y eliminando todo temor, porque el temor «no puede coexistir con el amor» (1.ª Io. 4, 18); y salen cada vez más puras y limpias las aguas del amor, más agradables a Dios, más fecundas para el vergel de virtudes que el mismo Dios plantó en el alma.

Con todo, su pureza nunca será perfecta en esta vida, porque nunca será perfecto nuestro amor hasta que nos hallemos en el cielo amando a Dios como El nos ama, y con el mismo amor con que nos ama. Por eso, en esta vida, nunca se destierra del todo el barro del temor: siempre, en nuestro amor, se moverán las arenillas de nuestros intereses, de nuestros egoísmos, de nuestras preocupaciones.

Sólo cuando, en la oración tranquila, dejamos reposar en la divina presencia las aguas del amor, se depositan los elementos impuros de egoísmo, formando los estratos y terreno firme de la humildad y conocimiento propio, en que germinarán luego las semillas de virtudes que Dios siembre en nosotros, y dejando nuestro amor perfectamente limpio para que Dios lo beba, y reproduzca en él la divina hermosura de su rostro, reflejando su imagen en la superficie serena de nuestra alma, y brotando de lo más profundo de ella, como parece emerger la imagen reflejada de lo más profundo de las aguas en las que se refleja.

Aun la fuente más limpia, cuando son muchas las llu-

vias, o excesiva la inundación del agua en la tierra de la que toma origen, vuelve a manar barro con sus aguas, y, limpiándose así la tierra más y más, su agua es después mucho más pura que no lo fuera antes.

Tal sucede al alma que ama a Dios: Dios vierte en ella más y más sus favores, más y más sus amores, que arrastran escondidas impurezas, larvados egoísmos de los que se creía libre: por eso los favores divinos humillan tanto al alma y le hacen sentir tanto su miseria. Su amor lo ve ella entonces indigno de su Dios.

Pero el amor nada desprecia, ni siquiera las miserias del alma: arrastradas en suspensión en su corriente, y remansadas en la más dulce confianza, van depositándose y ampliando el fértil campo de la humildad, único terreno en que la virtud puede crecer, regada por la fuente del amor. Y así, tras cada favor divino, queda el alma con un amor más puro y humildad más profunda; y así toda la vida, hasta que toda su miseria, su egoísmo y su temor se hayan transformado en humildad, y ya el amor que de Dios recibe lo devuelva incontaminado como lo recibió.

Es entonces cuando es llevada al cielo, cuando ya está en el cielo, donde sólo quedan la humildad y el amor: la humildad para recibirlo todo; el amor para devolverlo todo a Aquél que se lo da: la humildad que es adoración de Dios, el amor que es gozo de Dios, unión con Dios, igualamiento a Dios.

Allí será la consagración perfecta y verdadera: gozarse en recibirlo de Dios todo, porque es su gusto el darlo; gozarse en devolvérselo todo, porque es su gusto el recibirlo. Como el espejo limpio recibe y da en un mismo acto la imagen del objeto, y al recibirlo y darlo se reviste de la forma y hermosura del objeto, de modo que parece el mismo objeto y nada se vea en él que no sea el objeto reflejado, así el alma, del todo purificada y libre de sí misma allá en el cielo, recibe de Dios y vuelve a Dios la imagen de Dios que en ella se mira con infinito amor.

Y al recibirlo y devolverlo se reviste ella misma de la

forma, la figura y la hermosura de su Dios, de tal modo que ya nada se ve en ella que no sea el mismo Dios; y de El llena, su gozo es el gozo de Dios, bien que gozo recibido, gozo de adoración y de humildad, gozo de dependencia, pero goce indistinto del goce de su Dios, y tan digno de Dios que el mismo Dios se satisface al recibirlo de ella.

Mientras dura la vida, la consagración se va haciendo en el que ama. Y se hace sin que nada cueste, ya que el amor nunca se cansa ni fatiga. Los actos más heroicos nos parecen tales porque los miramos sin amor, mas para aquél que ama son tan connaturales, fáciles y placenteros como el ver con los ojos un delicioso paisaje u oír con los oídos una suave melodía.

Es heroico velar junto al lecho de un extraño durante quince días; pero no hay ningún heroísmo en una madre que vela por el hijo que ama: lo que exigiría de ella heroismo sería el tener que abandonarle.

Juzgamos heroico el que uno trabaje toda la vida para alimentar a extraños; pero no vemos ningún heroismo en que eso mismo lo hagan todos los padres por sus hijos: es que el amor de éstos lo comprendemos fácilmente, cuando se nos oculta el del primero.

Lo que juzgamos heroismo, es en realidad la dicha y la exigencia del alma si ese heroísmo proviene del amor; y tanta mayor dicha y exigencia, cuanto mayor y más puro es el amor.

¿Quién podrá, pues, decir la inmensidad de dicha en que vive sumergida el alma que ama a Dios, y la inclinación irresistible y deliciosa que siente a darse a El, a vivir en El, con El, por El y para El, consagrando a su servicio y en su obsequio todas sus acciones y sus fuerzas, todos sus pensamientos e ilusiones, todos sus afectos y deseos? Solo aquél que pueda comprender la inmensidad del amor del alma a Dios, y aún ese no hallaría palabras para expresarlo, porque esas palabras se inventaron para amores humanos y finitos, y el amor a Dios del alma que se deja amar por El no es amor creado ni finito, sino amor infinito e increado, el mis-

mo Espíritu del Amor divino que en ella mora y se difunde, y en ella y por ella ama a su Dios (Rom. 5,5; 8,26).

Como la fuente no da otras aguas que las que se filtran en su tierra, así el alma no puede devolver a Dios amor que el mismo Dios no haya vertido en ella. Mas amándola Dios con amor infinito, infinitamente también se vierte en ella: y en la medida que ella se abra a esa inundación y se empape de sus aguas, en esa misma medida brotará de su corazón la corriente del amor.

Si quita por entero todas las resistencias a dejarse amar, la inundación divina la anegará por entero, agotando toda su capacidad de amor, de dicha, de sacrificio y heroísmo, y ya no le quedará amor posible para cosa ninguna.

El amor de esposa no agota su capacidad de amar, ni el amor de madre, ni el de esposo, ni el de hijo o hermano. Por eso un hombre, por mucho que ame a una persona, todavía puede amar a otras con el mismo o distintos amores, porque todos son amores limitados, y así no agotan su capacidad. Por eso tampoco le llevan a la consagración perfecta, ni a la dicha completa, ni a la inmolación total; por eso siente a veces dificultad en cumplir con lo que el amor exige.

Mas el alma en que ha prendido el amor divino, de tal modo se siente saturada que no puede amar ya cosa ninguna; y, si las ama, las ama sólo en Dios y para Dios, porque en ellas ve la imagen de El. Y como ese amor la llena por entero, halla su dicha plena en el amar, en consagrarse por entero al objeto de su amor, en inmolarse a El totalmente: absorbida por el amor, necesariamente se olvida de sí misma y de las creaturas, y nada en sí o en cuanto la rodea puede impedirla o refrenarla en su entregarse a Dios.

En esa entrega total halla su dicha, porque en ella se satisface el amor. Y como su amor engloba y supera todos los amores creados, así su dicha y felicidad supera y engloba todas las dichas terrenas. Todo el deleite que experimentan los padres y los hijos, los esposos y esposas, los hermanos y los amigos, al amarse, y aun los mismos viciosos al gozar-

se en el vicio al que entregaron su corazón, lo experimenta esa alma al amar a Dios y vivir para El.

Y lo experimenta sin mezcla de aflicción, porque su corazón está lleno (Io. 15,11;16,24; Apoc. 21,4); mientras cuantos se gozan en amores de tierra padecen tribulación en su carne (Iª. Cor. 7,28), porque experimentan el vacío en sus almas, ya que tales amores son incapaces de llenarlos, y, por eso, poseídos no les sacian, y en parte les desengañan. Mas el alma que ama a Dios no sufre vacío ni desengaño.

Y si aun a veces ese amor no le sacia, no es porque desee algo fuera de él, sino por sentir no lo posee todavía perfectamente, como debiera y deseara, y así ese vacío, lejos de causarle hastío de Dios y desengaño, engendra en ella mayor ansia, más intenso enamoramiento del objeto de su amor, y mayor multiplicación de sus esfuerzos y energías para abrazarlo.

Por esta vía se hace imposible en el alma consagrada todo pecado, toda infidelidad.

Difícil es que una esposa que ame falte a la fidelidad debida a su consorte. Esa dificultad se trocaría en imposibilidad, si el amor que le tiene agotara toda su capacidad de amar; mas como no la agota, por ser amor finito, siempre la infidelidad será posible.

Pero tal posibilidad no puede darse en el alma que ama a Dios: su amor agota toda su capacidad, y así no le queda posibilidad de apartarse de su Dios ni de darse a las creaturas; nada fuera de Dios puede ofrecérsele, ni en sí misma ni fuera de sí misma, que pueda seducirla o atraerla, porque ya Dios la seduce por entero, y nada fuera de Dios desear puede.

Así la consagración que empezó por el temor, se hace estable y firme, indestructible, por el amor que baña al alma, y en el que vive sumergida, nadando en dicha y en felicidad: si por amor ha dado todas las cosas y a sí misma se ha olvidado, como si nada fuera cuanto dio lo desprecia ahora, que goza de las riquezas de ese amor (Cant. Cant. 8,8).

Seguridad y dicha que en nada es impedida por las de-

bilidades y flaquezas del alma: los pecados de debilidad no la ponen en peligro, aunque sean muchos; de ellos dice la Escritura que «el justo peca siete veces al día, y de ellos se levantará» (Prov. 24,16). Los pecados que no provienen de malicia ni de frialdad en el amor, sino de la miseria natural del alma, son arrastrados y purificados de continuo por las aguas del amor y, transformados en humildad, son fuente de nuevo amor y nuevo mérito, engendrando una adhesión más fuerte a Dios.

Sólo el pecado de malicia, sólo la resistencia libre a dejarse amar por Dios, la limitación voluntaria y consciente del amor que a El le debemos, pone en peligro al alma, y eso por restringida que parezca esa limitación. Por eso nos advierte la Escritura: «El que menosprecia lo pequeño, poco a poco vendrá a caer» (Eccli. 19,1).

Y ello es natural. En la medida en que uno se cierra voluntariamente al divino influjo deja de llenarse del divino amor, y, no saciada ya su capacidad, experimenta el vacío en su corazón, despertándosele el deseo de llenarlo con algo que no sea Dios, a quien cerró las puertas para que no llene ese vacío. La consagración ya no es total; ya no es toda para Dios, ni vive del todo para El, y la seducción de lo creado acabará por atraerla, suplantando el lugar del Creador y acabando por secar la fuente del amor.

Y mientras llega la hora del hundimiento total del palacio encantado del amor, sufrirá el alma violencia y agonía, y sentirá trabajo y dificultad en servir limitadamente a Dios.

Como la esposa que, viviendo aún con su marido, se entiende ya con otro, se siente violenta en su unión de matrimonio, haciéndosele una carga inaguantable el seguir manifestando un amor ya marchito, hasta acabar con la separación para librarse de la cruz del fingimiento y división del corazón, así a esa alma que ha dado ya cabida a otros amores sin renunciar aun del todo a Dios, se le hace amargo y violento todo obsequio prestado, toda manifestación de amor, porque su fingimiento la avergüenza, y la tortura la división del corazón. Y como en ese estado violento le es

imposible perdurar viviendo, o bien dará de mano a los amores creados, o bien acabará separándose del todo de su Dios.

No hay dicha mayor que servir a Dios del todo; pero no hay cruz que pueda compararse a un servirle a medias: es cruz que ningún alma podrá largo tiempo resistir.

Como en lo humano no hay dicha mayor que la unión de la familia, cuando es el amor quien la preside, ni hay entonces sacrificio que sea costoso al alma, en que no experimente gran placer; pero no hay cruz más pesada que esa unión cuando el amor ha muerto, o, sin morir del todo, empieza a dar lugar a otros amores, a otras simpatías fuera de él.

Todo lo puede perdonar el amado, menos la división del corazón; y todo lo puede soportar con gozo el alma, menos el servir a dos amores que se oponen, sin poder en ninguno de ellos reposar.

Por eso, en nuestra vida consagrada, hemos de velar sobre nuestra voluntad, cuidando de que habitualmente sea toda de Jesús, aunque muchas veces broten faltas, desatenciones e ingratitudes al amor. Mientras de verdad *queramos* sinceramente ser totalmente de Jesús, nuestra alma se sentirá contenta, y contento estará el Corazón de Cristo, a quien no apenan nuestros desfallecimientos repetidos pero reparados por el amor, sino la división voluntaria de nuestro corazón y sus afectos.

Por eso la debilidad no es nunca obstáculo a la consagración, pero sí lo es la ruindad de corazón y la entrega a medias de nuestra libertad. Si ésta se entrega de veras, el vivir para Cristo será nuestra dicha; el llorar en sus brazos nuestros desfallecimientos y tropiezos, recibiendo su perdón y sus caricias, será el gozo más intenso del amor.

Nuestra vida parecerá dura y heroica a quienes la contemplan desde fuera, ignorantes del secreto del amor; pero nada en realidad hay más suave, y sus actos heroicos fluirán tan sin esfuerzo, tan espontáneamente, como las aguas fluyen hacia el mar: ni vientos, ni murallas, ni dificultades de ningún género podrán represar esas corrientes ni hacerlas volver hacia su fuente: todo lo vencerá y arrastrará. Y así

tampoco ninguna dificultad ni violencia será capaz de detener las aguas del amor, o hacer que el alma las reserve para sí sin entregarlas: lo más que pueden hacer es detenerlas momentáneamente, para que rompan luego en inundación mayor, incontenible, que arrastra y desmenuza todos los obstáculos que la impiden el tender a su Dios.

3. Sin amor no es posible contentar a Dios

Si por parte del alma la consagración es imposible si el amor no sustituye al temor, no es menor esa imposibilidad si miramos a Dios.

Dios es el Dueño y Amo, pero ha querido amarnos con todos los amores. Y el que ama de veras jamás puede contentarse con ser sólo temido: sólo le satisface el ser amado.

A un padre puede gustarle el que su hijo le tema, y aun le agrada el que le obedezca por temor alguna vez, cuando el amor no basta; pero le sería insoportable el que el temor fuera el móvil ordinario del obrar de su hijo. Amándole, quiere que ese móvil ordinario sea el amor, que su hijo le mire y le venere como un padre, y no como un tirano; el temor sólo ha de quedar como un recurso, raro y extraordinario, y aun entonces ese temor no le agrada y satisface si no desemboca en el amor. Que la obediencia empiece por temor, puede pasar; pero que acabe también por el temor, y que el hijo tiemble en su presencia sin desahogarse en efusión de amor e intimidad, eso no hay padre amante que lo pueda sufrir.

Igualmente, a un marido no deja de agradarle que su mujer le tema y le respete; pero le desagradaría sobremanera, si ese temor, y no el cariño, fuera quien informase las relaciones que median entre ellos.

El amor gusta de ser tratado con amor, intimidad y confianza; obra igualdad entre los que se aman, aunque medie entre ellos una diferencia natural: el desnivel viene igualado por el amor, que hace de dos uno, poniendo al más fuerte al servicio del más débil.

Lo mismo se diga de las relaciones entre hermanos o amigos: siempre que amamos a alguno deseamos la correspondencia por amor, no por temor. Unicamente con relación a aquéllos que no amamos nos desinteresamos de su correspondencia amorosa, contentándonos con su temor servil y obediencia forzada.

Mas no es tal el Corazón de Cristo, que ama a cada uno de nosotros con un amor inconcebible. El nos ha hablado de ese amor, nos lo ha manifestado, y nosotros hemos creído en él, lo hemos conocido (1.ª Io. 4,16). ¿Cómo vamos a suponer que estaría contento y satisfecho con nuestra sujeción de hecho y por temor, si ésta sujeción no va guiada e impulsada por el amor, no mana del enamoramiento y la locura hacia Aquél que tanto nos ha amado?

De ahí que la consagración al Corazón de Cristo no puede ser otra que consagración de amor, entrega plena, absoluta y sin reserva por amor.

Al entregarnos así nada le damos que no sea ya antes suyo plenamente por dominio absoluto como Creador: nosotros y todo lo nuestro limosna suya es, y no deja de seguir siendo cosa suya por el hecho de que nos lo haya dado todo. Pero el devolverlo todo a El *por el amor* es cosa libre, pues El, que nos ha impuesto de modo irremediable su dominio, no ha querido imponernos el amor: ése lo suplica y solicita, porque nos ama, y ningún amante verdadero impone el amor.

De ahí que lo que le agrada en nuestra consagración no es lo que le damos —pues ya es suyo, y no pasa a ser más suyo porque se lo entreguemos—, sino el amor con que se lo damos, el amor que informa nuestra consagración.

Es ese amor lo que El busca en nosotros, ese amor que no quiso someter a su dominio absoluto, que no quiso imponernos. La entrega efectiva por las obras no es más que el vestido con que ese amor se viste y hace ostensible; las obras son como el cuerpo, el amor como el alma que las vivifica y especifica, dándoles mérito y vida que de suyo no tienen.

Por eso, por ser el amor lo principal y como el alma, que constituye a las obras en su ser sobrenatural, Dios agradece cuanto le damos por amor como si le diéramos algo nuestro, cuando en realidad le damos lo que es suyo.

4. La ley del amor

De ahí que el espíritu cristiano, el espíritu de la Ley nueva, en que plugo a Dios manifestar el inmenso amor con que nos ama, no es ni puede ser otro que espíritu de amor. Si, según hemos visto, se insiste no obstante en el temor, es sólo como medio de procurar y salvaguardar el amor, que es lo que Dios busca, lo que desea, y lo que nos ha de salvar.

Así Cristo resume toda la Ley y los Profetas en el precepto del amor: amor a Dios, y amor al prójimo porque Dios lo ama, porque también los demás son hijos del mismo Padre Celestial (Mt. 22,40). Y al dejarnos su testamento en la última Cena, no es el temor lo que recomienda, sino la permanencia en el amor: «Permaneced en mi amor» (Io. 15,9), aunque a esa misma permanencia en el amor les mueva por el temor, recordándoles la desgracia inmensa de la separación definitiva que acaecerá a cuantos en ese amor no permanezcan; no recomienda, por tanto, el temor por sí mismo, sino como medio para el amor y garantía de él.

Y el amor a Dios manifestado en el amor a los hermanos será lo único que se tendrá en cuenta en la sentencia del último juicio (Mt. 25,31-46), con lo cual claramente nos indica, no que no haya otros preceptos que deberán cumplirse para salvarse, sino que el que haya cumplido el precepto del amor de necesidad habrá cumplido también todos los otros, o habrá, al menos, acabado reparando las infracciones en que tal vez haya incurrido.

San Pablo que, según hemos visto, insistía tanto en el temor, nos advierte, no obstante, claramente que el espíritu que ha de informar nuestra vida y obras no es el de temor,

sino el de amor, propio de quienes son hijos de Dios, y que como tales cifran su mayor gozo en agradar a Dios y saberle contento, no porque a ellos se les siga algún bien de ello —aunque en realidad se les sigan muchos e inmensos—, sino porque es su Padre tiernamente amado. De modo que así como Cristo no tuvo otro gusto que el agradar a su Padre, al cumplimiento de cuya voluntad llamaba El su manjar (Io. 4,34), así también cuantos participamos de la filiación de Cristo comuniquemos en sus sentimientos, no queriendo ni teniendo otro gusto que el agradarle y cumplir su beneplácito y tenerlo contento, siendo eso como nuestro manjar, como la respiración que mantiene nuestra vida.

Por eso nos dice: «He aquí que no recibisteis de nuevo el espíritu de servidumbre en el temor, sino que recibisteis el espíritu de adopción de hijos, en el cual clamamos: Abba (Padre). Pues el mismo Espíritu Santo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos: herederos de Dios, coherederos de Cristo: si es que se dan en nosotros las mismas pasiones y sentimientos, para que seamos con El glorificados» (Rom. 8,15-17).

La Ley antigua era ley de temor: por eso no justificaba por sí misma, según el mismo San Pablo nos lo advierte (Gal. 2,16; 3,11). Y no justificaba por dos motivos: porque la justificación estaba reservada a la ley de la gracia y del amor, y porque no daba fuerzas para cumplir los mandatos que imponía. El mismo San Pedro reconoció esta insuficiencia de la Ley y la imposibilidad de su cumplimiento, en el Concilio Apostólico: «¿Por qué tentáis a Dios, queriendo imponer a los discípulos *lo que ni nosotros ni nuestros padres pudieron soportar?* Mas creemos salvarnos por la gracia de Jesucristo, al igual que ellos.» (Act. 15,10.11; cf. Gal. 2,11-16).

Son los dos motivos que antes alegamos: el temor no basta para agradar a Dios, ni es suficiente para hacernos perseverar en su servicio.

Pero esa Ley de temor encerraba en sí misma un bien muy grande: era el maestro, guía y *pedagogo* que conducía a Cristo, que conducía al amor (Gal. 3,14-26). Y conducía a

ese amor mediante la humildad: manifestando en nosotros el fondo de corrupción y de pecado que permanecía oculto a nuestra vista antes de que esa Ley lo revelara (Rom. 7,7-13), haciéndonos conocer nuestra impotencia para remediar nuestra desgracia; así nos impulsaba a buscar ese remedio en el amor, en la ley de gracia, en la gracia de Cristo: «Infeliz de mí, ¿quién me librará del cuerpo de esta muerte? la gracia de Dios por Jesucristo Señor nuestro» (Rom. 7,25).

A ese amor de un Cristo anunciado y esperado llegaron, más tarde o más temprano, cuantos antes de su venida se salvaron. Y a ese amor llegan después de su venida cuantos ahora se salvan, bien que llegan más pronto y más fácilmente porque es El más conocido. Pues tanto en el antiguo como en el nuevo Testamento, nadie se salva si no es por el amor, pues la salvación es unirse con Dios eternamente y, siendo Dios amor, nadie puede unirse a El si no es amor o está en el amor transfigurado y transformado.

La diferencia entre las dos economías de salvación no está en el medio de lograrla, sino en el camino más o menos largo que a ese medio conduce.

En la antigua, era el amor el término de un prolongado camino de temor y experiencia de la propia impotencia, porque el Amor aún no se había revelado plenamente para ser desde el principio conocido. En la nueva, el Amor se ha revelado de tal modo que ya desde el principio de la vida puede el alma abrazarlo.

Por eso la ley antigua es de temor, porque el temor predomina largamente en la vida de los que a ella estaban sometidos. Y por eso la Ley nueva es ley de amor, porque cuantos la reciben conocen desde el primer momento el precepto dulcísimo del amor, y és ése amor no sólo el termino de su vida, sino el principio vital que desde su primer alborear ya la anima.

Mas como esa revelación del Amor aún hoy no es plena, ni lo será hasta que lo contemplemos cara a cara en la visión beatífica, por eso queda aún en la Ley nueva el elemento del temor, aunque disminuido, como necesario para apoyar un

amor vacilante e imperfecto. En la medida en que el amor progrese en cada alma, actuará menos en ella ese temor servil; mas sólo en el cielo desaparecerá del todo, porque sólo allí será perfecto nuestro amor y se bastará a sí mismo, cumpliéndose lo que dice San Juan: «El temor no se da en la caridad; antes la perfecta caridad echa de sí todo temor... el que todavía teme, no está perfecto en el amor» (1.ª Io. 4,17).

Así la historia de cada individuo es resumen y compendio de la historia de la Humanidad entera, algo así como, según quieren algunos, el desarrollo del individuo es el compendio de la evolución de la especie.

El primer estadio de la Humanidad caída es la ley del temor, antes de Cristo; el segundo, una vez redimida, es la ley del amor, pero de amor no exento del todo de temor, pues no es amor perfecto todavía, sino amor que se está perfeccionando, se está haciendo, pues es amor de hijo, y «nos estamos haciendo hijos de Dios» (Io. 1,12); el tercero, cuando ya esté glorificada, destruido este mundo transitorio, será ya la ley del amor puro, exento de todo temor de perder a Dios o disgustarle, cosa imposible en aquel reino del amor y de la dicha.

Mientras dura el combate de la vida, junto con el amor de la victoria va siempre algún temor de la derrota, mayor o menor, según que se vea esa victoria más cerca y más segura, o más en lontananza y problemática. Mas obtenida la victoria eterna, ya todo temor es imposible: el triunfo del amor echará todo temor de nuestra alma.

Y esos son los estadios por los que pasa toda alma que se salva. Nuestra victoria es la conquista de Dios por Jesucristo. Cuando éste aún no se había manifestado como hombre, Dios aparecía tan lejano, tan remota su consecución, que el temor predominaba en el alma del hombre, y el amor no brotaba arrollador hasta que esa revelación de la amabilidad de Cristo no se hacía en el interior de cada alma, cosa que no solía acaecer, en la gran mayoría de los casos, si no a última hora, en el último instante de la vida,

en que a todos esa revelación se hace según en otro lugar dijimos.

De ahí que la tónica y el sello de la vida era el temor; temor que disponía a aceptar el amor de Cristo cuando se les manifestase. No es que el amor se hallase completamente ausente de su vida, puesto que la esperanza del Redentor futuro y el conocimiento oscuro de su venida y de su amor a nadie le faltó, como efecto de la promesa primitiva, adulterada, pero nunca extinguida al correr de los tiempos, y por efecto de la gracia que actuaba en el interior de cada alma, destinada a ser hija de Dios: y no es Dios Padre que jamás abandone. Pero no era el amor la nota dominante, porque la luz de Cristo era como un crepúsculo, y así la luz principal de la que usaban era la artificial de las creaturas.

Obrada ya nuestra Redención, y revelada claramente nuestra filiación divina y el infinito amor que Dios nos tiene, el amor es la nota predominante de la vida. Nuestro primer estadio es el temor, pues emana de nuestro ser de creaturas, y es el ser de creaturas lo que primero conocemos; pero ese estadio puede ser brevísimo, y brevísimo quiere Dios que sea, pues no más conocer la creatura es capaz de percibir la revelación divina, y así sentir su divina filiación, de donde emana el amor.

Lógicamente es primero el temor, porque primero es el conocer como creatura, y sólo supuesto ese conocimiento natural somos, mediante él, capaces de entender la revelación de Dios. Pero prácticamente puede decirse simultáneo, en la mayoría de los casos, porque los niños nacidos en hogar cristiano reciben la noticia de que Dios es su Padre casi a la vez que se abre su alma a los primeros conocimientos de la razón. De ahí que la nota predominante de la Ley nueva es el amor, porque la filiación adoptiva de hijos de Dios lo llena todo, y a ella queda subordinada nuestra condición de creatura.

Mas como esa absorción en Dios aún no es definitiva, como depende del consentimiento perseverante de la libre

voluntad de la creatura, el temor no se excluye aún del todo aunque sea el amor lo que predomina.

El amor jugará papel tanto más dominante, cuanto más el alma se sepa y se sienta hija de Dios, más se goce de serlo y se complazca en ello. Y tanto más habrá que excitar y fomentar el elemento del temor, cuanto más el alma se olvide de que es hija de Dios, más menosprecie su dignidad divina. Aunque en ningún caso deba prescindirse de ninguno de los dos.

Por eso en el principio de la conversión predomina el temor. Por eso en las almas que ya gustan de Dios, el móvil ordinario que las mueve es el amor, y muy rara vez obran impulsadas por el temor, y si por temor empiezan algo, siempre lo acaban en amor y por amor. Hasta que llegados a la visión divina, ya sólo el amor reine como principio, como medio y como fin, y Dios, que es amor, nos lo sea todo en todo, sin que pueda ya de El separarnos nuestra libertad de creaturas.

5. La verdadera consagración y sus diversos grados

Entre tanto, mientras dura la vida, tanto más agradaremos a Dios y tanto más cerca estaremos de ese estado de la eterna dicha, cuanto más nos sumerjamos en el amor, cuanto más el espíritu de amor informe nuestra vida, y, ya que el amor es dar gusto al amado, cuanto más en todo procuremos agradar a Dios, sin otra ulterior finalidad que ver contento a quien tanto nos ha amado, de modo que sea nuestro manjar y nuestra dicha el dar gusto a Jesús, como lo dio al Padre Jesucristo, quien al dárselo llamaba su manjar. Esa es la Ley del Nuevo Testamento, la ley del amor: agradar al amado.

Eso es lo que con toda insistencia se nos recomienda: «Presentes o ausentes, sólo una cosa procuremos: agradarle a El» (2.ª Cor. 5,9), «el amor de Cristo nos impulsa y presiona: sabedores de que si uno murió por todos, todos deben estar dispuestos a morir por El: y por todos murió

Cristo, para que los que viven, *ya no vivan para mí*, sino para Aquél que por ellos murió y resucitó» (2.ª Cor. 5,15).

Nada nos importa agradar a los hombres: «si buscase todavía agradarles, ya no sería siervo de Cristo» (Gal. 1,10); nada me importa mi propio agrado y gusto, pues «crucificado con Cristo en su cruz, aunque parezca vivir yo, ya no soy yo quien vivo, sino Cristo quien vive en mí» (Gal. 2,19).

Para agradarle a El sean nuestras palabras: «hablamos, no para agradar a los hombres, sino a Dios» (1.ª Tesal. 2,4); y a honrarle a El se dirija nuestra actividad: «ya comáis, ya bebáis, cualquier cosa que ejecutéis, hacedlo todo para gloria de Dios» (1.ª Cor. 10,31), «todo cuanto hagáis, sea de obra o de palabra, sea todo ello ordenado a Jesucristo» (Colos. 3,17), «teniendo sólo gusto en lo que a Dios agrada» (Ephes. 5,10), «a fin de que en todo sea honrado y glorificado Dios por Jesucristo» (1.ª Petr. 4,11), sin preocuparnos ya nada de nuestros intereses, de nuestro propio bien, antes «abandonando en sus divinas manos toda nuestra solicitud y preocupación, ya que El cuida de nosotros» (1.ª Petr. 5,7).

Esa es la verdadera consagración al Corazón de Cristo: olvidarnos de nosotros mismos y de nuestros intereses, como si no existiéramos, y vivir enamorados, sólo para Cristo, para agradarle a El, para verle contento. ¿No es eso por ventura lo que hace todo enamorado con la persona que ama? Y eso, y no otra cosa, es la consagración: el triunfo del amor ya en esta vida, pero de un amor que supera y engloba todos los amores, que absorbe y agota todas las energías del alma, y aun su misma vida, de modo que ya nada pueda emplear fuera de Dios, ni aun siquiera pueda ocurrirse al alma tamaña sustracción. Es vivir ya sólo para Aquél, que sólo para nosotros vivió en el mundo, murió, resucitó y reina en los cielos.

Esa consagración, esa dedicación plena, total y exclusiva al servicio del Amado, siendo una continua inmolación, es la dicha suprema del alma enamorada; y siendo una sola e indivisible, pues absorbe toda el alma por entero, se llama no obstante individual, familiar o mundial, según se consi-

dere al alma procurando agradar a Dios en todas sus cosas, o esforzándose en que le agrade su familia o entidad, o ansiando y deseando que la sociedad a que pertenece, que toda la Humanidad a que está vinculada, no se emplee en otro oficio que en amar y agradar al Dios de amor.

Comenzando por la consagración individual, que es la primera y base de las otras, se distinguen en ella tres grados de perfección.

En el primero, el alma, por amor, busca sustancialmente el gusto de su Amado, sin por eso renunciar del todo a sí misma en aquello que en algo pueda disgustarle. Vive ya en Cristo y para Cristo; pero sin dejar de vivir aún en sí y para sí misma. Tal es el alma que, por amor, evita el pecado mortal que de Dios la separaría.

En el segundo, de tal modo el alma se enamora de Dios que, aunque sin olvidarse de sí misma, nunca enfrenta poco o mucho sus propios intereses con los de El, pues nada quiere hacer que a El desagrade. Tal es el alma que, por amor, evita el pecado venial: vive en Cristo y para Cristo; pero sigue aún viviendo en sí y para sí, aunque esta vida suya la someta a la vida divina de Jesús. Pero, en fin, como esa vida suya permanece distinta, es imposible la fusión perfecta que el amor exige, y la situación del alma es violenta, como solicitada por contrarios, y la rebeldía puede estallar cuando menos lo piense.

En el tercero, de tal modo está el alma enamorada que completamente se olvida de sí misma, no teniendo en poco o mucho vida propia: su vida es Cristo, y así ya sólo en El, por El y para El obra; su estado es tan connatural y fácil como el del mismo Cristo que la absorbe. Tal es el alma que, evitando toda imperfección, no tiene otro gusto ni lo quiere que el dar gusto a Jesús, y así nadie ni nada la detiene o estorba en su vida de amor. Es la consagración plena, la única sincera y verdadera.

Capítulo III

PRIMER GRADO DE LA CONSAGRACION INDIVIDUAL: LA HUIDA DEL PECADO MORTAL

«Amemos, pues, a Dios, ya que Dios primero nos amó»

(1.ª Io. 4,19).

«En esto está el amor, en que caminemos según sus mandamientos»

(2.ª Io. 6).

1. Diversos modos de disgustar al Amado

El amor de Dios, que se nos ha revelado como Padre, nos incita a la correspondencia en el amor. Y esa vida de amor, informando toda nuestra actividad, es la consagración, es decir, la entrega al servicio del amor, el triunfo del amor en nuestra vida.

Mientras el amor anide en nuestra alma, será verdadera nuestra consagración, aunque con diversos grados de perfección, según los grados de perfección de nuestro amor; y segura será nuestra salvación, y perfecto el triunfo definitivo del amor, mientras, según la exhortación del Señor, permanezcamos en su amor (Io. 15,9.10).

Amar es dar gusto al Amado, y se le da gusto haciendo lo que El quiere. Por eso nos advierte San Juan que el amor está en que caminemos según los preceptos del Señor (2.ª Io. 6), y el mismo Señor nos dice: «Aquél me ama, que cumple mis mandamientos» (Io. 14,21.23; 15,10). Todo amor que no aboque a este cumplimiento será amor de palabras y engañoso; pero no amor sincero, no amor de corazón (1.ª

Io. 3,18; 4,20): no puede ser amor verdadero el de quien conscientemente y sin motivo contrista y apena al que dice amar.

No todos los disgustos inferidos al Amado tienen la misma eficacia y cuantidad. Los hay que provocan la ruptura y separación definitiva, causando la muerte del amor; los hay también que sólo enfrían las relaciones entre el amante y el amado, entibiando el amor, aunque sin extinguirlo. Los primeros constituyen el pecado mortal; los segundos el venial.

Y es que, siendo Dios nuestro Padre, sus preceptos no tienen otra mira ni finalidad que nuestro bien, nuestra transformación progresiva en hijos de Dios: de ahí que unas cosas nos las manda porque son necesarias en absoluto para obtener o mantener la filiación divina; otras tan sólo porque, sin ser necesarias para la obtención de ese objetivo, son sin embargo convenientes porque facilitan su consecución.

Desobedecer a las primeras es pecado mortal, porque es perder a Dios, dejando de ser sus hijos; resistir a las segundas es pecado venial, porque con ello no se destruye nuestra filiación divina, aunque se pone en peligro su estabilidad, y así contrista al Corazón de Cristo, que está solícito y angustiado por los peligros a que tontamente exponemos el bien sumo que en su amor nos desea.

Estos varios estados se observan también en la filiación humana. El deseo de un padre es que su hijo llegue a ser hombre perfecto y cabal como lo es el mismo padre, y a lograrlo se dirigen sus enseñanzas y mandatos.

Puede el hijo ser absolutamente dócil en todo y, en ese caso, supuesta en el padre la debida capacidad para formarle, el objetivo se obtiene con seguridad y perfección, sin que el hijo cause a su padre inquietud o le contriste, aunque esto no le exima de fatigas y trabajo.

Puede el hijo amar a su padre, pero carecer de delicadeza, y, sin separarse de él ni enfrentársele en franca rebeldía, desobedecerle, no obstante, en muchas cosas: la obra de educación será mucho más difícil, y el corazón paterno

estará siempre en tortura, atenaceado por la inquietud, temiendo siempre que el hijo acabe al fin en rebeldía y separándose de él.

Y puede, en fin, el hijo separarse de la tutela de su padre, y alejarse definitivamente de él, renunciando a su amor y providencia, crucificando su corazón, y yéndose, olvidado del amor y tristeza paternas, en busca de otros amores, de otras ocupaciones: es la ruptura completa.

Esto último hacemos al pecar gravemente. Con dos diferencias muy notables. Es la primera, que Dios nos ama tanto que no podemos separarnos así de El sin darle muerte antes en nuestro corazón, en donde habita; como si el padre de que hablábamos amara a su hijo en tal manera que se empeñara en acompañarle a todas partes, y el hijo, por verse libre de él, acabara matándole. Así nos ama Dios: presente en nuestro corazón, a donde quiera que queramos ausentarnos El nos acompaña; y cuando esa compañía nos molesta, cuando en nuestro corazón murió su amor, acabamos por darle muerte nuevamente, entregándole a nuestros enemigos para que otra vez lo crucifiquen. Y con el mismo amor con que en la cruz ofreció por nosotros su vida, vuelve a ofrecerla de presente por el alma de ese hijo pecador que ahora le entrega.

Es la segunda, que ese hijo separado de su padre tiene quizá manera de valerse por sí mismo y defenderse. Mas nosotros, separados de Dios por el pecado, no podemos valernos ni en lo poco ni en lo mucho: nuestra situación es parecida a la del niño pequeñito e inválido separado de su padre en lugar lleno de enemigos y de fieras: si éstas no dan fin a su vida, la dará pronto el hambre, a la que él no puede subvenir. Así nosotros, separados de Cristo sin el cual no podemos hacer nada (Io. 15,5), perecemos de hambre y de miseria, si es que esa muerte nuestra no viene acelerada por las acometidas de numerosos enemigos, visibles e invisibles, que por todas partes nos rodean.

Estas dos diferencias hacen del pecado mortal la mayor ingratitud y ruindad de corazón que concebirse pueda, y la

mayor locura, la más ingente desgracia que nadie pueda imaginar: no hay nada en el orden natural que pueda compararsele, y por eso jamás podremos entender debidamente lo que es el pecado.

La clase del pecado poco importa. Lo terrible en él es el perder a Dios, dando muerte al Corazón que más nos ama. Perdiéndole a El, todo está perdido, sea cual sea el motivo que nos indujo a abandonarle

Por eso dice Santiago: «El que guardare toda la Ley, pero quebrantare un solo mandato, se hace reo de todos los preceptos, aun de los cumplidos.» (Jac. 2,10). Con faltar a uno solo ya damos muerte a Dios, y lo perdemos, extinguiendo su amor en nuestras almas. Lo que sigamos cumpliendo, ya no lo cumplimos por Dios, ni para Dios, ya no lo hacemos guiados por amor.

«Guardáos y conserváos en el amor de Dios», nos dice San Judas (Jud. 21): he ahí lo que ha de ser nuestra solicitud: que aunque todo se hunda, no se extinga en nosotros el bien del amor por el pecado mortal. Mientras se conserve una centella de él, allí está Dios, y el fuego podrá volver a reanimarse. Mas si la centella se apaga y Dios se ausenta, ¿quién la reencenderá, cuando sin Dios nada podemos?

Por eso todos los santos alimentaron en sus almas el horror al pecado mortal. Lo aborrecían por temor; pero lo detestaban sobre todo por amor. Si nosotros lográramos ese aborrecimiento, habríamos echado los cimientos más sólidos para la consagración. Esta supone enamoramiento total de Cristo; pero es Cristo tan sumamente amable, que es imposible convivir largamente con El sin enamorarse locamente. Y el que evita el pecado grave convive con Cristo, y Cristo vive en él; y ese trato continuo acabará por robarle del todo el corazón y, ya del todo enamorado, su consagración será perfecta.

2. El pecado mortal

Suele el pecado grave definirse «aversión de Dios y conversión a las creaturas»: un renunciar a Dios, para entregarse a las creaturas.

Ese dejar a Dios, ese romper con El todas nuestras relaciones de amor y simpatía, es lo que formalmente constituye el pecado: en este elemento radica nuestra ingratitud y mezquindad de corazón: matar a Dios, matar a nuestro Padre, despreciar su amor y su cariño, pisotear su Corazón. Y en él se halla toda la inmensidad de nuestra locura y desgracia: perder a Dios, que es nuestra vida y nuestra dicha.

Poco importa cuál sea la creatura que nos impulsa al rompimiento; que seamos nosotros mismos o lo que nos rodea, que sea el placer, la avaricia, la hermosura creada, o el orgullo: todo eso especifica el pecado, pero no cambia fundamentalmente su malicia, que será siempre el abandonar a Dios, dándole muerte, y el vernos privados de su amor y de su dicha.

Pero si el elemento creatura no cambia la malicia fundamental del pecado, sí la hace resaltar más por contraste, porque ilumina con luz deslumbradora el desprecio de que a Dios hacemos víctima, la desgracia a que nos arrojamos, la humillación en que a Cristo sumergimos.

El desprecio de Dios. Tanto mayor cuanto más vil es la cosa por la que le dejamos. ¡Y es tan vil la creatura, comparada con Dios! Todas las cosas son ante El cual si no fueran, y el universo entero, a El comparado, es cual la gotita de rocío, que cuaja sobre la yerba en el crepúsculo matutino, y se evapora sin dejar rastro a los primeros ardores del sol que se levanta. ¡Y por esa gotita de rocío abandoné a mi Dios! (Sap. 11,23).

Es verdad que esa gotita de rocío brillaba, y era hermosa y seductora; pero todo su brillo y hermosura recibida era del sol que la irisaba; y, al cogerla y separarla de la luz, desapareció su seducción y su belleza, y aun su forma

dejó de existir. Así el bien y la hermosura de creatura, reflejo es de Dios, y deja de poseerlos cuando de Dios la separo; y su mismo ser se desvanece, pues también ese ser de Dios venía, cual proviene del sol el rayo luminoso. De ahí la decepción y amargura del pecado: como el rocío deshecho, deja fría y decepcionada al alma que lo abraza. ¡Y por una cosa así abandoné a Dios! ¡Y establecí juicio entre esa gotita de rocío y la inmensidad de Dios, y fallé contra Dios, despreciándolo!

«Judas, mercader pésimo, vendió a Jesús por treinta monedas.» Así comenta la Iglesia la hazaña del discípulo traidor. Y, en efecto, a pesar de su avaricia, jamás Judas hizo negocio tan ruinoso, ni pudiera nunca haberlo hecho, por más que expresamente se empeñara en arruinarse. Vender a Jesús, de valor infinito, por treinta monedas de plata que de nada le sirvieron, puesto que luego le quemaban las manos como fuego y las arrojó lejos de sí! En realidad su negocio aún fue peor: vendió a Cristo a cambio de la soga en que se ahorcó.

Por mucho menos precio vendemos nosotros a Jesús, renunciándole por cosas que no valen ni esas treinta monedas. Pero el resultado del negocio es siempre el mismo: la muerte de Jesús en nuestra alma, en la que agoniza rogando por sus verdugos; la desilusión y amargura nuestra en el pecado, que nos abrasa, quema y desespera; y nuestra ruina temporal y eterna, que es lo único que nos queda del negocio, si es que las lágrimas y amores de Jesús moribundo no logran ablandar nuestro corazón endurecido.

Y el desprecio de Dios es siempre el mismo. Ya le dejemos por una bagatela, por un pedazo de pan, por el placer o capricho de un momento, o por el dominio de todo el universo, siempre será verdad que abandonamos la fuente de aguas vivas para ir en pos de la gotita de rocío; que dejamos la luz del sol por el cristalito que la reflejaba, quedándonos a oscuras y sedientos; que despreciamos el único amor sincero y verdadero por amores ilusorios y engañosos: que dejamos a nuestro mejor padre para poner nues-

tra afición y confianza en los que son sus enemigos y los nuestros.

Y pensar que después de ese desprecio, todavía Dios nos ama y nos busca, olvidado de la atroz injuria recibida, recordándose sólo de nuestra miseria y desgracia! ¡Pensar que aunque mil veces repitamos ese injurioso abandono, mil veces le pospongamos, mil veces le traicionemos pasando al enemigo, no por eso se extingue o disminuye su amor tiernísimo de Padre, que sólo vive para rescatarnos de nuestro cautiverio, para librarnos de nuestra angustia y aflicción, ansiando la hora en que le dejemos consolarnos y resarcirnos de todas nuestras privaciones, de toda el hambre de cariño experimentada en el pecado, reclinándonos en sus brazos y colmándonos de caricias, como a la oveja perdida y encontrada! ¿No es para volverse locos de amor hacia un Dios que así nos ama? ¿Cómo poder pensar de nuevo en ofenderle, y en pisotear corazón tan hermoso?

NUESTRA DESGRACIA: Está cumplidamente descrita en el Profeta: «Me abandonaron a Mí, fuente de aguas vivas, y se cavaron para sí cisternas rotas, que dejan escapar el agua» (Jer. 2,13).

Todo hombre está sediento: sediento de dicha y de felicidad; sediento de amor, que es la vida del alma: el mismo cielo se trocaría en infierno con sólo quitar de él el amor; y el mismo infierno se trocara en cielo, con sólo que el amor iluminara y bañara sus tormentos. Y es que el cielo del alma es el amor, y su infierno es el odio: en el amor reposa y encuentra su descanso; en la frialdad del odio se despedaza y halla su tormento. Es la ley del amor, con el que Dios mismo formó al hombre: nadie puede sustraerse a esa ley, como nadie puede cambiar el ser que Dios le dió.

Y no hay más que una fuente que apague esa sed: «Si alguno tiene sed, que venga a Mí y beba» (Io. 7,37; Apoc. 22, 17; Is. 55,1). Fuente que siempre mana, sin jamás agotarse: «Todo el que bebiere de esta agua terrena volverá a tener sed; mas quien bebiere del agua que Yo le daré no tendrá sed jamás, antes se hará en él una fuente de agua que brote

hasta la vida eterna» (Io. 4,13.14). Fuente que brota de continuo en el interior del alma, inundándola de dicha como un río, y llevándola en sus corrientes hasta Dios: «El que cree en Mí, ríos de agua viva fluirán de sus entrañas» (Io. 7,38). «Yo me verteré en él como río de paz, y como torrente que causa inundación de gloria» (Is. 66,12).

Y esa fuente es Dios. Dios que en el cielo se manifiesta como mar de amor en que el alma se sumerge; Dios que, en la presente vida, se manifiesta como fuente y como río.

El agua es una misma, en el mar, en los ríos y en las fuentes; y uno mismo es el amor de Dios, y el mismo el Dios, aunque de modo distinto se manifieste y aparezca en el tiempo y en la eternidad.

Fuera de las aguas del mar, o de las aguas que del mar son derivadas, no se dan aguas reales, sino sólo espejismos y apariencias ilusorias, que no quitan la sed ni la mitigan. Y fuera del amor de Dios, o de los amores que de Dios derivan, no se da amor alguno que tenga realidad, sino sólo ilusiones falsas del verdadero amor; cuando el alma abre su boca para beber esos amores, la ilusión se desvanece, y el ardor la consume sin hallar refrigerio.

Y eso hacemos cada vez que pecamos: abandonar la realidad por la ilusión; dejar el Amor por los amores. Abandonamos la fuente de aguas vivas, y nos empeñamos en cavar cisternas rotas, que no dan agua, y si por ventura la reciben, la dejan escapar. Nuestra sed de amor aumenta y se exacerba en la búsqueda y afán inútil para conseguirlo; y nuestro tormento no tiene nunca alivio, porque buscamos el amor donde no está: huimos de la verdadera fuente, que es Dios solo, y la buscamos en las creaturas que, como cisternas, sólo pueden recibir el amor que Dios les dé, y, como rotas, no pueden retener lo que reciben para ofrecérnoslo y hacérnoslo gustar.

En vano iremos de cisterna en cisterna, de creatura en creatura. En vano nos agotaremos excavando, para extraer de ellas el placer y la dicha que no nos pueden dar: si la ilusión mantiene nuestro esfuerzo, el desengaño y la amar-

gura serán el colofón de nuestra obra. Pues sólo cisternas, y cisternas rotas, son las creaturas.

La cisterna no tiene agua propia, sino sólo recibida: la que le viene del cielo por las lluvias, la que a ella arroya de las fuentes. Y la creatura no tiene de sí misma ser, ni realidad, ni hermosura, belleza o perfección alguna: todo cuanto en ella contemplamos, todo cuanto en ella nos seduce y atrae, deriva a ella de la única fuente de todo ser y toda vida; de Dios recibe todo su encanto y alegría. Y lo recibe como cisterna rota. Esta sólo contiene agua mientras la recibe; no más cesar las lluvias que la nutren, no más romper su unión con la fuente que la alimenta, ella se queda seca, derramadas las aguas que la humedecían y bañaban.

Tal es la creatura. No sólo recibe de Dios cuanto es y tiene, sino que necesita de continuo recibirlo para conservarlo. Es como rayo de luz que se extingue, si se separa del foco luminoso; como espejo que pierde su reflejo no más dejar de recibir la luz: Dios no sólo es para ella Dador de cuanto tiene, mas también Conservador.

La creatura puede así seducirnos por lo que de Dios tiene, porque en sí ostenta el reflejo del amor. Mas cuando por el pecado la abrazamos, separándola de Dios, nos sucede como al que quiere robar el esplendor del espejo separándolo del sol: nada hallamos ya en ella de cuanto a nuestro anhelo prometía; el agua de dicha con que nos incitaba, se ha misteriosamente evaporado; la que se nos presentaba como cisterna llena de agua, la encontramos sin gota. Allí no hay más que barro. Y cuanto más cavamos y ahondamos, en busca de la felicidad soñada, cuanto más usamos y abusamos de esa creatura, ansiosos por hallar algún goce en sus reconditeces, tanto más nos fatigamos, tanto más nos hundimos en el barro, alejándonos de la fuente de la luz y del agua, de la fuente de la vida; tanto más nos exaspera nuestra sed, hasta hacernos perecer.

Tal es la desilusión amarga que consigo lleva el pecado cometido, tal la muerte y desesperación a que conduce el

endurecerse en él, buscando en iniquidades nuevas el placer que la primera no nos dio.

Y pensar que para eso dejamos la fuente verdadera, que a la vera teníamos! ¡Pensar que morimos de sed por olvidarnos de que en nuestro corazón mana la fuente, y por hacernos sordos al suave rumor con que nos llama! Y Dios se queja con razón por el Profeta: «Dos males está haciendo esta alma amada: me abandonó a Mí, que soy fuente de aguas vivas, y se fatiga en vano excavándose cisternas que no pueden contener el agua» (Jer. 2,13). ¡Qué vida de tortura inútil la del pecador, para acabar al fin en sed eterna y en desesperación inacabable! ¡Y qué dicha la del amor del justo, para acabar por siempre sumergido en el amor!

LA HUMILLACION DE CRISTO: Está descrita en el episodio evangélico de Jesús y Barrabás. Un juez inicuo propone la elección; y un pueblo ciego y loco elige a Barrabás, condenando a Jesús al suplicio de la Cruz. Jesús no sólo se siente rechazado por un pueblo a quien tanto amaba, a quien colmara de tantos beneficios, sino comparado primero a un homicida, y al fin pospuesto a él.

Esa humillación se repite con todos sus detalles en cada pecado grave. Nuestra razón hace el papel triste de Pilatos: nos presenta a Jesucristo, ya maniatado por la tentación y las pasiones, diciéndonos que El es nuestro Rey, y que el pecado por el que queremos renunciarle es un homicida, que dará muerte a nuestra alma. Y nosotros escogemos el pecado; y para que la vista de Jesús no nos estorbe, pedimos a voces que le crucifiquen. Tal es la elección loca de nuestra voluntad. Y como en aquel día memorable, Jesús devora hoy su humillación, entregándose a la muerte que le damos, y como entonces ofrece ahora esa muerte para obtenernos el perdón. El pecado extingue en nosotros el amor; pero jamás lo extingue en el Corazón de Cristo.

Y aun, en cierto modo, humilla más a Jesús nuestro pecado que el haber sido pospuesto a Barrabás. Peor y más infame que Barrabás es el demonio; y, cuando pecamos, no sólo nos pasamos del bando de Jesús al del demonio, sino

que le entregamos a Jesús, para que nuevamente le crucifique en nosotros.

Gran ofensa para el amor es que un amigo nos plante cuando vamos en su compañía para irse con otro. La ofensa crece si el otro es enemigo nuestro: a la ofensa se añade entonces el desprecio. Pero alcanza los límites de la locura, si aquél por quien nos deja es también su mayor enemigo, que sólo busca separarle de nosotros para impunemente asesinarle. Y todo eso cabalmente se da en nuestro pecado.

Jesús es nuestro compañero de destierro. De la mano nos lleva a do quiera que vamos, con la misma solicitud y ternura con que un padre lleva de la mano a su pequeño: todo su poder está a nuestro servicio; toda su ternura se vuelca sobre nosotros: somos felices en el abrazo de su amor. Felices, hasta que se atraviesa en el camino el demonio, solicitándonos con el atractivo de la tentación, espejuelo que brillará tan sólo mientras la luz de nuestro divino compañero lo ilumine.

Entonces se esfuerza el alma en separarse de Jesús. En vano Este la recuerda que el demonio es enemigo suyo: con tal de dar satisfacción momentánea a su capricho, nada le importa el desprecio y amargura de su Jesús y Padre. En vano la avisa de que el demonio la engaña, y con el engaño sólo su ruina busca: lo sabe, y no lo cree, porque la ciega el deseo de su capricho; elige al demonio, y abandona a Jesús.

Pero aún no basta. ¿Qué hacer con ese Jesús ya abandonado? El demonio exige, como condición, que le dé muerte; y el alma no vacila, con tal de obtener su capricho. Y Jesús, voluntariamente y por amor, sin defenderse, se deja crucificar en su corazón, ofreciendo esa muerte para liberarla de la cautividad a que se entrega. Esa muerte de Cristo es el pecado; y el alma queda sin defensor a merced del demonio, su mayor enemigo; ya no habrá para ella el goce que soñaba: sólo le queda la esclavitud y la miseria... y la esperanza en un Dios que quiso morir por ella, morir para salvarla.

Horrible es que un hijo abandone a su padre, para ir con un extraño; más horrible si ese extraño odia a su padre; más aún si, por seguir al extraño, ha de matar al padre que lo impide; peor si ese extraño le lleva consigo con el plan de darle muerte; e inconcebible si todo eso hace el hijo sabedor de los planes del extraño.

Y eso, que es imposible suceda entre un padre y su hijo, tiene lugar entre Dios y el alma, a la que Dios ama más que todos los padres y madres reunidos; y sucede cada vez que pecamos, cumpliéndose en todos sus grados y detalles.

Dios es mi Padre, que entregó su vida para dármela a mí; y yo le abandono para seguir al demonio su enemigo. Y como no puedo abandonarle sin antes darle muerte, se la doy para poder ir en pos de su enemigo. Y todo eso lo hago sabiendo que el demonio no es menos mi enemigo que de Dios, y conociendo que lo único que él busca es separarme de Dios, mi protector, para esclavizarme y darme muerte. ¿Puede haber algo más monstruoso que el pecado?

Y con todo hay una cosa más inconcebible todavía que el pecado: es el amor de Dios que sobrenada en esa inundación de iniquidad; es que Dios siga amando al pecador y olvidado de su ofensa, sólo piensa en su desgracia, deseando remediarla, y la remedia no más el pecador se lo permite, dejándole ayudarle.

Nadie podría creerlo, si Dios no lo afirmara. Mas El nos lo ha afirmado: nos ha dicho que ama al pecador; que por éste vino al mundo, no por el justo; que por él murió. Como en su vida mortal todos sus pasos se dirigían a salvar al pecador, así en su vida celeste y en las almas todas sus gracias se ordenan a llamarlo, a invitarlo al perdón; y esto por muchas veces que vuelva a abandonarle. Antes se cansará el pecador de ofenderle, que Dios de querer su perdón y salvación. Y si eso nos ha de animar a la confianza y al arrepentimiento cuando ya hemos caído, ¡cómo nos debe hacer horrible el pecado cuando la tentación nos solicita! ¿Cómo tener valor para destrozar y pisotear Corazón tan amante?

3. Las fuentes del pecado

Parece imposible cometer el pecado a sabiendas de que lo es. Sin embargo, la experiencia nos certifica que no sólo es posible, sino fácil; no sólo fácil, sino frecuente.

Su fuente última se encuentra en el orgullo, en el deseo, más o menos oculto, de romper nuestra sujeción a Dios. Siempre este estado de orgullo latente precede al pecado manifiesto, y sin él sería imposible el pecado, según explicamos en otro lugar.

Mas la fuente próxima, y que cae en nuestra experiencia, es la concupiscencia, según el proceso que describe el Apóstol Santiago: «Cada uno es tentado por su concupiscencia, que primero lo distrae de Dios, y luego le atrae a sí; y cuando la concupiscencia ha concebido, pare el pecado; y el pecado, una vez consumado, engendra la muerte» (Jac. 1,14,15).

Gozábamos de Dios; mas la presencia de la creatura nos distrae de Dios, cuyo gozo dejamos por lo mismo de gustar: es entonces cuando la creatura atrae y seduce. Unido ese atractivo a nuestra voluntad, se concibe el deseo, único momento en que goza el alma, olvidada de Dios; y concebido el deseo pecaminoso, al hacerse voluntario, pare el pecado, y con él el desengaño y la amargura; y ese pecado, consumado en el acto plenamente libre, engendra la muerte. Un ejemplo quizá pueda ilustrarlo.

LA FLOR EN EL ABISMO: Cierto padre quería tanto a su hijo, que para él plantó un jardín maravilloso. Para que allí no se perdiera, ni pudiera ser alcanzado por las persecuciones de enemigos, todo el parque estaba cortado a pico, rodeado por un abismo cenagoso, a donde iban a parar todas las aguas sobrantes, todos los detritus de la vegetación, todas las inmundicias que pudieran afear o contaminar el jardín. En este vivía el hijo con su padre, y rodeado del cariño y simpatía de todos sus hermanos, compañeros de sus juegos y alegrías.

Pero un día, en el abismo cenagoso brotó una flor. Como ella había millares en el huerto, pues provenía de una de las

plantas desechadas; pero a su tallo se enrolló una serpiente, y sus ojos, inmóviles entre los pétalos, brillaban a lo lejos como perlas. Nunca había visto el hijo una flor así; y cuanto más la mira, más desea poseerla, más se abstrae de cuanto le rodea, y más olvida las mil flores que en su jardín puede gozar, y más se esfuma el recuerdo de su padre. Los ojos de la serpiente, cual rubíes, le fascinan con su brillo, y se lanza al abismo por poseer la flor; mas, hundida en el fango por su peso, no es ya su color lo que percibe, ni su aroma lo que aspira: todo lo que en ella le atraía se ha desvanecido como el humo; sólo siente la mordedura de la sierpe venenosa, encontrando la muerte entre terribles y dolorosas convulsiones.

Esa es la historia del pecado primero en el paraíso terrenal: los ojos de la serpiente pusieron en el fruto prohibido un atractivo que en ningún modo tenía; y donde creyó el hombre encontrar vida, se tropezó la muerte.

Y ésa es también la historia de cada pecado posterior. Es el mundo el jardín en que vivimos; y todas las creaturas, flores por Dios plantadas y cuidadas para que nos deleiten. Todas ellas, para nosotros fueron hechas, y podemos gozar en Dios de todas ellas. Aquéllas cuyo uso se nos prohibe, son como las flores ya marchitas, por eso eliminadas del jardín de los hijos; pero todo el goce que ellas puedan darnos, toda la hermosura con que puedan atraernos, los hallaremos con creces sin de Dios separarnos; no hay amor de creatura que no podamos gozar mejor con Dios que separados de El; no hay goce de pecado del que no podamos disfrutar sin el desorden del pecado: el precepto de nuestro Padre no limita nuestro gozo, sino que lo asegura y ennoblece, evitándonos la ilusión y el engaño.

Es gozo usar la lengua; pero al prohibirnos maldecir y calumniar con ella, no hace más que asegurar nuestro goce y el ajeno, evitándonos las amarguras mutuas que de un tal uso provendrían, y haciendo así amable y placentera nuestra conversación.

Es gozo el dominar a otros; mas al limitar Dios ese do-

minio, y prohibirnos hacer mal a los demás, no extingue nuestro gozo, sino que lo asegura, salvaguardando nuestra propia independencia y vida, e induciéndonos a la dicha del dominio por amor.

Gozo es la satisfacción sexual; pero al limitarlo al matrimonio, no hace más que ennoblecerlo y aumentarlo, librándolo de la inestabilidad del amor libre que jamás podría saciar el corazón.

Gozo es el disfrutar de los bienes terrenos; pero al prohibirnos la avaricia, no hace más que defender ese gozo, manteniéndose dueños de esos bienes, e impidiendo nos convirtamos en esclavos.

Podemos recorrer todos sus mandamientos, y veremos cómo ninguno de ellos nos prohibe gozar de las creaturas, sino tan sólo el desorden que a ese gozo pudiera acompañar, y que, por ser desorden, lo vicia, lo corrompe y lo destruye. Ni aún el quitar la vida está por sí mismo prohibido —la prueba es que hay circunstancias en que lícitamente lo podemos hacer—, sino sólo el quitarla injustamente: es esa negación de la justicia lo que se nos prohibe, no la acción misma, que siempre es en sí buena, y por eso Dios concurre a ella.

Todos esos goces desordenados son como las flores marchitas y corrompidas, que se eliminan del jardín; pero a su vera quedan otras flores iguales, aunque incontaminadas, otros goces sin mezcla de desorden ni corrupción.

Toda agua es en sí buena para beber; mas cuando está encharcada, nos inficiona. Si nos prohiben beber de esas aguas encharcadas, ofreciéndonos en cambio beber cuanto queramos de la fuente pura y cristalina, nadie dirá que la prohibición tiene por fin el impedirnos el goce de beber, sino más bien asegurárnoslo sin inconvenientes. Cuando Dios nos prohibe el uso de alguna creatura, es porque es agua infecta y encharcada; pero al lado de esa prohibición, nos ofrece siempre la fuente de agua pura, como en el paraiso puso el árbol de la vida junto al de la ciencia del bien y del mal, que prohibiera.

Loco reputaríamos a quien, bajo pretexto de la sed que le abrasa, bebiera en el charco pantanoso, en vez de hacerlo en la fuente cristalina, que a sus mismos pies mana. Pero mayor locura cometemos, cuando buscamos el placer del pecado, pudiendo gozarlo mucho mejor sin él; locura tal, que sólo los ojos de la serpiente pueden explicárnosla.

Ese enemigo nuestro reviste al pecado de un encanto y atractivo que no tiene; sus ojos nos atraen y fascinan, y olvidados de cuanto nos rodea, nos precipitamos a la muerte.

Por eso nunca hallamos satisfacción ni reposo en el pecado: sólo sentimos el veneno infernal que nos agita; por eso el corazón del impío no tiene paz, y se agita como mar hirviente (Is. 57,20), a causa del veneno amargo que el demonio le inocula: nos abrazamos a la flor, y nos hallamos envueltos por la serpiente que nos muerde.

Pero nuestro caso es peor que el del niño del ejemplo. El no sabía la muerte que acechaba... y yo me echo al abismo, sabiendo el engaño y la muerte que me espera, y las mil flores que en Dios puedo gozar. ¿Se podrá concebir mayor locura, mayor ingratitud?

EL GORRION Y LA TRAMPA: «Vigilé como gorrión solitario en el tejado» (Salm. 101,8).

Todos saben cuán difícil es coger a un gorrión en una trampa. Desde el alero del tejado lo otea todo, antes de descender al suelo; y comerá todas las migas que rodeen nuestro cepo, sin tocar tan sólo la que lo haría dispararse. Sólo el hambre puede hacerle caer, lo cual sucede cuando las nevadas invernales cubren toda la tierra donde halla su alimento: sólo entonces, tras largas vacilaciones, se decide a tragar la miga de la trampa.

Sabe que en eso halla la muerte: sus mismas vacilaciones lo demuestran pero su hambre puede más que su prudencia. Toma el bocado, mas no llega a gustarlo, ni mucho menos a alimentarse de él: antes de que pueda tragarlo o paladearlo, siente su pescuezo atenaceado, abre su boca en último espasmo, y la vida se le escapa junto con el bocado que cae en tierra.

Imagen bien expresiva del pecado. No es más que un cepo que el demonio nos prepara. Lo adorna con el atractivo del placer para atraernos; pero no logra del todo disimular la muerte que bajo él se esconde. Mientras el alma atiende a Dios, halla en El la plenitud de su alimento: no la seduce el cebo de la tentación; ésta es para ella un incentivo meramente externo, que en nada la conmueve, porque se encuentra satisfecha en Dios; y como sabe que en ese cebo está la muerte, sin dificultad alguna lo renuncia.

Pero sucede lo contrario cuando el alma aparta su atención de Dios, y empieza a vivir al margen de El. Entonces siente hambre de dicha, porque ya no la satisface en Dios. Los bienes divinos la rodean como antes, y lo mismo que antes se le ofrecen; pero, olvidada de ellos, es cual si no estuvieran a su disposición.

Lo que hace la nieve al cubrir la superficie de la tierra, eso hace el olvido de Dios en esta alma: no destruye los bienes divinos de que puede alimentarse, pero los oculta de su vista. No es Dios quien se los quita; es ella quien no los ve, porque de ellos ha apartado sus ojos: si no hay peor sordo que quien no quiere oír, tampoco hay peor ciego que el que no quiere ver.

Privada así el alma, por su olvido, de todos los bienes que la hacían feliz, siente el hambre insatisfecha de la dicha; y esa hambre es tan intensa, que donde quiera que la vea irá a saciarla, aunque con la complacencia momentánea sepa unida la muerte: sin vacilar, el hombre lo sacrifica todo a su felicidad.

Es entonces cuando el demonio le ofrece el cebo del pecado: ella lo ve, y sabe que bajo él está la muerte —si no lo supiera, no sería pecado, por falta de deliberación y de advertencia—; por eso vacila, lucha consigo misma, y juega con la tentación, dándole vueltas, antes de consentir. El placer engañoso del pecado se une cada vez más al deseo de felicidad que tiene el alma: la tentación no es sólo externa, sino también interna: la concupiscencia está ahora concibiendo bajo la acción embriagadora del objeto... no tardará

en parir el pecado, en lanzarse a la satisfacción de su deseo.

Pero el pensamiento de que tal satisfacción lleva a la muerte, trae a su memoria el recuerdo de Dios, y de los bienes deliciosos que sin peligro alguno en El gozaba: es la última actuación de la divina gracia. Sí, arrancándose a la seducción presente, vuelve a Dios su mirada por la oración sincera, la inundará la inmensidad de bienes con los que Dios la brinda: el atractivo del pecado se desvanece como un sueño; la tentación queda vencida, y el alma, satisfecha, llena de paz y dicha.

Mas no es esto lo ordinario. No es fácil al alma, seducida ya por el pecado, por su atractivo sugestionada y unida a él por la concupiscencia, apartar de él su mirada para ponerla en Dios. La oración sale frecuentemente de los labios, como ir y venir de pajarillo que se acerca y se aleja de la trampa, pero difícilmente sale del corazón, como arranque de ave que emprende el vuelo a otras regiones: es difícil interrumpir el abrazo, cuando ya es cómplice de él el corazón.

Y entonces sobreviene la caída: la concupiscencia ha parido el pecado, y la voluntad se lanza decidida al señuelo engañador; y se lanza a sabiendas de que hallará la muerte. ¿Qué importa ésta, si es que aplaca su sed y hambre de dicha? Mas el pecado consumado engendra la muerte de un modo simultáneo, y morirá sin apagar su sed.

Como el gorrión no experimenta el sabor del manjar, sino sólo la angustia de la muerte, así el alma no llegará a gustar la dicha que se le ofrecía en el pecado: antes de que la sienta, se revuelve en las agonías de la muerte, mientras el placer que buscaba lo deja abandonado y despreciado. De ahí la desesperación y la amargura que hallamos siempre que pecamos, de ahí la decepción siempre experimentada; el placer que soñábamos ha resultado ilusorio y falaz: no hay placer alguno que acompañe a la agonía de esa muerte.

Nuestro caso es más triste aún que el del gorrión. Este muere impulsado por su hambre, cuando en realidad ya no

le queda otro alimento con que poder satisfacerla. Mas el hombre muere por propia estupidez, por un hambre ficticia, que está en su mano aplacar con alimento sano; ese alimento le rodea y se le ofrece: mas él cierra los ojos para no verlo, se lanza al cebo sabiendo que es su muerte, cuando podría encontrar todo el placer que busca con sólo apartar su vista del pecado.

Y a pesar de la experiencia repetida, y de las innumerables resurrecciones con que el amor divino nos ha tantas veces reparado, todavía volvemos a pecar tan fácilmente. Hay dos testarudeces estupendas y de todo punto inconcebibles: la testarudez del hombre en repetir un pecado que jamás le satisface, y la testarudez de Dios en amar al pecador, volviéndole a ofrecer siempre su perdón. Y de las dos, la mayor es la de Dios, pues puede el hombre cansarse de pecar, pero jamás Dios se cansará de amar y perdonar.

Estos dos ejemplos —la flor en el abismo cenagoso, y el pajarillo y la trampa —no sólo nos manifiestan la locura del pecado, más también, al señalarnos la vía por la que a él nos deslizamos, nos enseñan el único medio que hay para evitarlo. Y éste es la humildad, la sujeción a Dios, la vida pendientes de El, cuya manifestación es la oración que de Dios lo quiere todo, en El lo busca todo, de El lo espera todo.

Cuando el alma vive unida a Dios, cuando mantiene en El fija su mirada, y en El lo busca todo, y de El lo desea todo recibir, no es posible el pecado, porque su sugestión no encuentra eco en nuestro corazón, ni complicidades en un deseo nuestro insatisfecho.

Ese estado es el estado de humildad, que nada quiere ser por sí y lo quiere ser todo por Dios, y de El lo espera todo, en El lo busca todo, y en El lo encuentra todo. Y esa humildad es amor, porque consiste en tener fija en el Amado la mirada, y en El sólo gozarse y recrearse, y en sólo con El entretenerse.

Y ese amor es consagración perfecta al Sagrado Corazón, pues sólo para Cristo vive el alma, sólo a Cristo desea,

y de El sólo vive, según lo que está escrito: «Mi Amado para mí, y yo para El» (Cant. Cant. 2,16).

Y esa Consagración es oración continua, no ciertamente de palabras, pero sí de obra, ya que el alma está vuelta de continuo hacia Dios, abierta por completo a su acción bienhechora, dispuesta a recibir cuanto Dios quiera darle: si la boca abierta a Dios es oración, ¿cuánto más lo serán los ojos abiertos que le miran, el alma misma abierta que le desea y ansía? Sin intermisión es su oración, según el consejo del Apóstol (1ª Thes. 5,17), y sin desfallecimiento es su plegaria y vigilancia, según el mandato del Señor (Luc. 18, 1; Mt. 26,38.41), puesto que todo su ser está empleado en mirar a su Dios y esperar de El. Por eso toda caída es imposible.

Pueden, en este estado, darse tentaciones externas, aunque no suelen ser frecuentes, porque al demonio no le interesa suscitarlas, pues sabe de antemano el resultado negativo que tendrán. Pero esas tentaciones no pueden turbar el alma ni hacerle sentir inclinación alguna hacia el pecado; no pueden despertar la concupiscencia ni el deseo.

Cuando dos que de verdad se aman se encuentran conversando, pueden oir, aun sin quererlo, conversaciones de extraños; pero no sentirán ningún deseo de prestar atención; antes bien, ese rumor extraño les molesta, y cambiarán de puesto, para seguir más a placer su coloquio donde nadie les distraiga ni moleste. Y tal pasa cuando el demonio tienta al alma entretenida con Dios: en lugar de atraerla, la molesta, y se le hace cada vez más odioso.

Tentaciones así las tuvo Cristo en el desierto, porque no incluyen imperfección moral, ya que no producen división de energías en el alma, ni minimizan la corriente de su amor. Así las tuvo de seguro también la dulce Virgen Madre, para asemejarse aún en eso a su Hijo. Pero ninguno de ellos tuvo tentaciones internas, ninguno sintió la inclinación al mal, porque los dos fueron perfectamente humildes, los dos vivían unidos a Dios.

Mientras la razón se somete perfectamente a Dios por

la contemplación de fe, por la sujeción voluntaria, Dios somete perfectamente a la razón la fuerza del deseo, y así no puede la concupiscencia declararse en rebeldía. Sólo en la medida en que la razón se separa de Dios por el orgullo, se sustrae también la concupiscencia a su dominio.

Esto nos acaece a todos con frecuencia; y nos acaece por el excesivo amor que tenemos a nuestra libertad, por el deseo de sentirnos nuestros, independientes, de bastarnos a nosotros mismos. Ese orgullo incipiente es la anemia, cuando no la muerte, del amor, de la consagración y la oración: cuanto más me miro a mí, menos miro al Amado y le contemplo. El que ama necesita del amado; cuando quiero bastarme a mí, sentirme mío, prescindo del amado, y amortiguo su amor en la medida que no lo siento necesario; cuando de mí quiero sacar lo que deseo y necesito, ya no lo pido a Dios.

Separada así de Dios por el orgullo el alma, empieza a sentir hambre; hambre de amor, al que se ordena, y sin el que jamás puede vivir; y esa hambre ya no la sacia el Dios que deja, ni tampoco puede hallar remedio a ella en su propia pobreza. La tentación se presenta entonces sugestiva; y como halla en el alma la complicidad de un deseo oculto insatisfecho, la tentación no es ya sólo externa, sino interna: el alma siente inclinación hacia el pecado, y la concupiscencia la empuja a él con frenesí, roto el freno divino que a la razón y voluntad la sujetaba, mientras razón y voluntad gozaban de la unión e intimidad con Dios.

Esa tentación, aunque todavía no pecado, por no ser consentida, es ya imperfección moral, pues procede del desorden del orgullo, de la vida de independencia, sin la cual jamás pudiera darse, y porque incluye división del alma, restando energías al amor de Dios, cuando todas a él le son debidas. Por eso no se dio nunca ni en Cristo ni en María, ni se daría en nosotros de no preceder a ella el abandono total o parcial de la oración, de la humildad, de la consagración y del amor.

El demonio la suscita porque es el momento oportuno

para hacernos pecar. Y Dios la permite como único medio de despertarnos del letargo y volvernos a la vida del amor. Amándonos como nos ama, nada le interesa ya nuestro estado de gracia si contempla como muerto nuestro amor: es el amor lo único que desea, y prefiere el peligro del pecado, y aún el mismo pecado que ha de servir para despertarnos, antes que la tibieza y frialdad de un corazón, cuyo amor está siempre deseando y solicitando sin cesar.

«Para que la magnitud de los dones o revelaciones recibidas no me ensoberbezca, me ha sido dado el aguijón de mi carne, el ángel o enviado de Satanás, que me abofetee» (2.ª Cor. 12,7). He ahí el fin a que se ordena la permisión divina de las tentaciones. Ara un buey, y se adormila, olvidándose de su trabajo: entonces se le clava el aguijón, para que apriete el paso y se despierte.

Gozando de los bienes de Dios, tendemos a complacernos en ellos como en cosa propia, olvidándonos de Dios que es su fuente; y, a medida que de Dios nos apartamos, se secan y marchitan esos bienes, al no regarlos y nutrirlos la divina corriente de la gracia. Mas, en ese estado de adormecimiento y olvido de Dios, se despierta el aguijón de nuestro mal deseo, y, al enfrentarnos con la ignominia del pecado, nos obliga a pedir a Dios socorro en nuestra miseria, a apretar hacia El nuestro paso, a volver hacia El nuestra mirada, renovando la intimidad de nuestro amor. Si eso hace el alma, no cae en la tentación: ésta se desvanece, una vez obtenido el fin de humillación y amor que Dios perseguía en ella.

Esta es la reacción normal en las almas en que el amor no ha muerto, o no se ha marchitado en demasía por el orgullo. Mas cuando uno tiene aún nombre de vivo, estando muerto (Apoc. 3,1), cuando el amor prácticamente se ha extinguido en el alma, y es demasiado profundo el sueño del olvido, no reacciona al aguijón de la tentación, y cae en la ignominia del pecado. Es entonces esta desgracia necesaria para despertarla y hacerla volver a Dios; es menester experimente la muerte para que sienta la necesidad de volverse

a Dios, fuente de vida. Y si se vuelve, Dios la saca del pecado y resucita. Sólo si ni la muerte del pecado basta para recordarla, se condena.

Siempre es y será ese volverse a Dios el remedio del pecado: ese volverse por la humildad y el amor, que es todo uno. Si se vuelve antes de la tentación, ésta no viene; si se vuelve al sentirla, ésta es vencida; y si se vuelve después de haber pecado, es éste perdonado y destruido.

Así lo enseña el Señor cuando nos dice: «Velad y orad, para que no caigáis en tentación» (Mt. 26,41): velar es tener los ojos abiertos para mirar a Dios; orar es desear de El nuestro remedio y bien. Si esto se da, la tentación no viene; si no se da, la tentación sobrevendrá; si ésta nos despierta y hace orar, la venceremos; mas si no, necesariamente caeremos en pecado.

E igual dice el Apóstol: «El demonio, como león rugiente, anda vagando a ver quien puede devorar; mas resistidle fuertes en la fe» (1.ª Petr. 5,8): sólo la fe puede salvarnos de su ataque: y la fe es sujetar a Dios nuestra razón, es contemplar y amar el bien divino.

Y la eficacia absoluta de ese volverse a Dios, cualquiera sea el estado en que el alma se encuentre, la consigna lapidariamente San Pablo cuando afirma: «Todo el que invocare el nombre del Señor será salvo» (Rom. 10,13; Act. 2,21; Joel, 2,32).

De aquí aparece claro cómo la Consagración al Corazón divino de Jesús es el único preventivo, y el único remedio del pecado. Consagración que se condensa en esta frase del Cantar de los Cantares: «Mi amado para mí, y yo para El» (Cant. Cant. 2,16): todo lo busca en El —mi Amado para mí—, y todo lo vuelve a El, pues, al querer de El todo recibirlo, es como un espejo que siempre le está mirando, o como los ojos que miran al Amado y a la vez reciben su imagen y se la devuelven.

Mientras el alma permanece en ese estado de perfecta enamorada, está tan alejada del pecado que ni siquiera puede ser tentada: Dios llena por entero su mirada y su cora-

zón, no quedándole visión ni amor posible para otra cosa alguna.

Mas si el alma desfallece en ese estado, apartando sus ojos del Amado para complacerse y recrearse en sí misma, surge la tentación que la humilla; pero esa tentación queda vencida, si el alma se vuelve prontamente a su mirada amorosa de antes, si renueva su consagración, que momentáneamente dejara de vivir. Si no la renueva, sobreviene la muerte del pecado, sintiendo en sí la hondura abisal de su miseria. Si ese abismo de ruina la conmueve, y recuerda la dicha de su primer amor, volviendo a El su mirada en busca de remedio y renovando su consagración, todo su mal es remediado al instante. Mas si ni el pecado basta para moverla a amar, entonces se condena.

La condenación sobreviene solamente cuando el amor ha muerto de modo irremediable, cuando la voluntad se ha endurecido como cristal de hielo eterno, hasta el punto de no querer volver a Dios, prefiriendo el infierno antes que la humillación de tener que deberle su perdón y su bien, cuando de tal modo el odio sustituye al amor que le es amargo el saber que Dios la ama.

Mas mientras quede en el alma una chispa de su primera simpatía, siempre queda esperanza: el día en que se guíe por su luz vacilante, se volverá a Dios, encontrándolo, y se incendiará en la hoguera del amor divino, que todo lo consume, todo lo repara y lo remedia, pues no hay límite a la eficacia del amor.

Visto el único medio de evitar el pecado, o de remediarlo y repararlo si ya se ha cometido, veamos ahora algunos de los efectos del pecado en el alma, considerándolos bajo el aspecto del amor, a fin de movernos a evitarlo o dejarlo, sembrando en nosotros el amor.

4. Efectos del pecado, según la Sagrada Escritura

1) «EL ESPEJO SIN MANCHA» (Sap. 7,26)

El amor es la hermosura del alma; hermosura tal cual es la de Dios mismo, como que una misma es la hermosura de los dos.

Es el alma un espejo ideal, que no ostenta en sí sino lo que recibe; y, al igual que el espejo, se viste del objeto que refleja; y, como espejo vivo, siente en sí y goza la hermosura del objeto reflejado, y es foco de luz y belleza para otros, transmitiéndoles y haciéndoles sentir lo que de Dios ella recibe. Pero esa recepción se verifica sólo por el amor. Es el amor quien nos transforma en el objeto amado y nos semeja a él; es el amor el que hace presente en nuestra alma, de un modo misterioso, y hace vivir en nuestro corazón el objeto que amamos.

Cuando el alma ama a Dios solo, toda ella está llena de Dios, y nada se puede ver en ella que no sea la divina belleza, como cuando el espejo refleja sólo al sol, sólo el sol se ve en él, y con él se confunde, no siendo perceptible a los ojos ni aún la materia de que está hecho el espejo. Así el alma, con sus imperfecciones naturales, desaparece en el abrazo del amor perfecto, sintiéndose y pareciendo el mismo Dios. ¿Quién podrá, pues, concebir la hermosura del alma del todo enamorada de su Dios, que a El sólo ama, en El sólo piensa, y sólo para El vive?

Mas cuando amamos alguna creatura junto con Dios, la imagen y limitación de creatura se funde en nuestra alma con la imagen de Dios, y así aparece ésta absurdamente limitada, afeada y manchada. Tal es la fealdad que causa en nuestra alma el pecado venial. Pero incomparablemente mayor es la fealdad que la llena por entero con el pecado mortal: la imagen divina deja de reflejarse en ella, porque se ha vuelto de espaldas a Dios, al dejarle a El por seguir a la creatura; y ni siquiera hace suya la hermosura creada, porque, en la oscuridad, nada refleja el espejo, y, separada

de Dios, que es luz del mundo (Io. 8,12), no puede reflejar ni hacer suya hermosura ninguna, creada o increada: es así la negación de toda hermosura, la fealdad absoluta.

Para parar en esto, basta un solo pecado, porque ahí se llega no más perder a Dios. Toda la actividad del espejo consiste en reflejar; y toda la actividad y ansia del alma es reproducir el bien divino en su interior; bien que goza, hace suyo, y siente como suyo, por ser espejo vivo. De ahí la pobreza, la miseria con que queda, y el hambre insaciable que la devora y consume cuando admite el pecado. Todas sus energías tienden a Dios, y todas ellas quedan defraudadas: todo su ser ansía belleza, y sólo contempla fealdad.

2) LA FLOR DEL CAMPO

«Yo soy la flor del campo» (Cant. Cant. 2,1). Sólo el amor produce vida, que pulula pujante donde quiera él actúa. Donde el amor se extingue, sobreviene la muerte por sí misma, porque no hay quien renueve la vida que se escapa.

Nada deseamos tanto como la vida, y Dios la prometió eterna a cuantos le aman. Mas el pecado, que extingue nuestro amor, causa la muerte.

Es el alma como un hermoso campo, lleno de flores y esperanzas. La flor es símbolo y compendio de fecundidad y lozanía: es emblema del amor, anunciador del fruto. Nuestra flor es Jesús, «flor del campo, y lirio de los valles» (Cant. Cant. 2,1): flor divina que nos hermosea, haciéndonos producir frutos divinos, transformando toda nuestra tierra de pecado y creatura en imagen de Dios, en flores, como Cristo, que nunca se marchiten. Mas el pecado mata la flor de nuestra alma, al dar muerte a Jesús, y extingue la esperanza del fruto, de la transformación divina que anhelamos, porque apaga el amor, y destruye toda fecundidad.

Si de la tierra desapareciese toda flor, y perdiesen las plantas la facultad de producirlas, no sólo se extinguiría su encanto, sino que también se atentaría contra su vida, hasta trocarla en árido desierto. Las plantas irían envejeciendo,

carcomida su hermosura por la muerte; los animales, que de ellas se sustentan, macilentos por el hambre, irían amontonando sus cadáveres sobre los detritus putrefactos, y el hombre mismo acabaría por perecer; las lluvias y los vientos arrastrarían entonces el humus antes fecundo, quedando desnudo y seco el orbe de la tierra, como un inmenso erial que infunde horror. Tal transformación, aunque insensible a los principios, sigue un curso implacable: sin flores no hay semillas; sin semillas no habrá más plantas jóvenes, la vida dejará de renovarse; y, destruida la esperanza de renovar la vida, lo que aún parece vivir se irá muriendo, más tarde o más temprano, hasta convertirse todo en árido desierto en que no se dará más que la muerte.

Eso hace el pecado, al matar a Jesús, la flor del alma, al extinguir el amor que la fecunda. Nuestra alma es un verdadero paraíso de delicias, lleno de encantos variadísimos y de hermosura arrobadora; pero el principio de esos encantos y hermosura, la fuente que allí difunde vida y lozanía, es Jesús, nuestra flor. El pecado lo destruye, y la más esplendente belleza es quitada del alma juntamente; pero quedan todavía muchas virtudes, muchas cualidades adquiridas por obra de la presencia de Jesús. Todas esas virtudes y cualidades, ya sean del orden sobrenatural o natural, son como árboles frondosos sin poder de engendrar: no tienen flor, carecen del principio vital, que es el amor; siguen largos años dando hojas que distraen, mas no fruto que satisfaga al alma y cause hartura: son un cadáver que permanece en pie, pareciendo vivo y actuante en virtud de la vida que antes tuvo.

Por eso se engaña el hombre cuando dice: «Pequé, y ¿qué me acaeció»? (Eccli. 5,4); por eso yerran quienes creen aun llenas de riquezas a esas almas, los que, guiados por solas apariencias, piensan que allí aún hay vida: esos cadáveres de virtudes y cualidades irán decayendo carcomidos, cual los troncos de los árboles añosos, hasta volverse polvo que el viento arrastrará; y el paraíso del alma irá apareciendo cada vez más árido y desnudo, como azotado por un invierno eter-

no: caerán sus últimas, falaces hermosuras, y vendrán las últimas lluvias de la gracia que, al ser rechazadas de su seno, arrastrarán consigo los despojos del bien divino que aún quedaba en ella; soplarán los vientos y huracanes, que arrancarán las hojas y podridos troncos, y aventarán el polvo que fue vida y hasta la tierra buena en que esa vida se asentaba, la nobleza natural de creatura. Nada, al fin, quedará en ella que nos indique vida, como nada queda en el desierto que recuerde la vida que antes tuvo: sólo la movilidad de la inconstante arena, lanzada y dispersada por los vientos, sin que encuentre reposo ni descanso: «estrellas errantes, a quienes está reservada eternamente la tempestad de las tinieblas», según dice San Judas (Judas, 13).

Dios es vida del alma. Por eso ésta tiene vida incorruptible mientras a Dios posee; pero cuando le pierde, nada hay tan corruptible como ella; tanto que sólo ella es susceptible de tener muerte eterna, muerte sin esperanza de resurrección; muerte que no es un estado de inconsciencia amorfa, como la muerte de los demás seres naturales, sino muerte consciente, vivamente sentida: más que estado de muerte consumada, es un morir eterno, una eterna agonía que jamás cesa, un combate sin fin, infructuoso, en busca de una vida que no alcanza.

Muere en ella todo aquello que hace amable la vida; pero, siendo ella indestructible, no mueren sus exigencias ni sus ansias, ni sus deseos de vida, de bien, de plenitud y de belleza; no muere su recuerdo y añoranza de las dichas goza das, ni se extingue el eco de las promesas de una vida divina; siente en sí la capacidad y el ansia de la vida, pero no encuentra ni encontrará jamás la vida que la sacie, porque la perdió por el pecado, en el que se obstinó.

Estrella errante y sin brillo, que ha perdido el camino, no tiene luz de amor que ilumine su senda, y, desatentada, se mueve a ciegas en todas direcciones, llevada en el huracán de su deseo, buscando el bien perdido, que no puede encontrar porque está ciega.

Hiélala el frío de los espacios siderales, abrásala el ardor

de su deseo, peor que fuego ardiente, espántala el sentirse hundir eternamente en los abismos de tinieblas en los que nada ve, impulsada por el vendaval incontenible de sus ansias infinitas; agótanse sus fuerzas en la inútil carrera en pos de lo infinito que ha perdido, porque ha errado la senda (Salm. 2,12); ni un momento puede descansar, empujada y violentada por sus ansias y exigencia de dicha. Y así, dividida en lucha eterna consigo misma, ni puede hallar reposo en la posesión del bien a que se ordena, ni alivio en la renuncia a él.

Y todo esto, basta para causarlo un pecado mortal, si en él perseveramos sin arrepentirnos, porque basta un solo pecado para matar la flor de nuestra alma, para dar muerte a Jesús. Las antiguas especies de animales y plantas se extinguieron de pronto, cuando más pletórica y plena era su vida: hay quien dice que su extinción se debe al agotamiento de su poder generador.

Por hermoseada en dones que esté el alma, sobrevendrá la muerte, si su principio de fecundidad se agota, si se extingue el amor, si Jesús muere en ella. Y el pecado mortal es el fin del amor, la muerte de Jesús, la esterilidad del alma.

3) «HUERTO CERRADO, FUENTE SELLADA» (Cant. Cant. 4,12)

Así describe al alma en gracia el Poema del Amor. Dios mismo la ha cercado con su ley y preceptos; y su poder, como muro inexpugnable, la protege para que ningún extraño pueda profanarla y pisotearla, ni robar sus tesoros y sus frutos, ni corromper o marchitar sus flores. Dios mismo la ha plantado por su mano de virtudes divinas, y sembrado en ella sus encantos, y héchola florecer: su Espíritu la orea como brisa suave, que la embriaga en el perfume del amor, y la fecunda en renovación de vida.

Y Jesús se ha aposentado en ella, brotando como fuente: fuente sellada e incontaminada, donde no cae polvo ni

inmundicia, donde el corazón nuestro bebe el amor sin tasa, en donde se sumerge y queda, a su vez, sellado y escondido en Cristo, para que ningún amor de creatura pueda contaminarlo ni mancharlo.

Y de esa fuente del Corazón de Cristo, en el que se halla el nuestro sumergido, fluyen las aguas del amor, que, irrigando el alma, la hacen fructificar, y la mantienen fresca, limpia, lavada y hermoseada por el rocío de la gracia que esa fuente desprende. Nada le falta nada desea, y se siente feliz.

El pecado mortal arrasa el muro de la divina ley que al alma protegía y defendía: y el jardín cerrado se convierte en camino, por todos pisoteado, que se endurece cada día más y más.

El pecado mortal seca la fuente, que regaba el jardín, mata a Jesús, que daba vida al alma, y deja al corazón como charco que evapora sus amores hasta quedar reseco: todos los bienes languidecen poco a poco, se marchitan y secan como plantas a las que falta el agua; y, al final de la jornada de esta vida, nada bueno quedará en el alma, ningún amor anidará en su corazón.

Por eso en el infierno no hay amor ni bien alguno: allí será la verdadera muerte, una muerte perfecta y consumada, porque todo cuanto significa vida se habrá secado ya: sólo queda el ansia de la vida, el tormento de querer revivir, sin la esperanza de jamás poder lograrlo.

Cuando el alma que ha pecado contempla esta sequedad creciente, cuando siente la muerte progresiva del amor, y la invasión de la desolación y la aridez, se pone como loca a buscar agua que la salve, a inquirir amores que la hagan feliz; y excava sin descanso en la tierra de las creaturas, en el barro miserable de sí misma, en busca de satisfacciones y de amores. Y lo único que logra, multiplicando sus pecados, es resecarse más, acelerar el proceso de su muerte total.

Como al remover la tierra de ese jardín marchito, y al ahondar en él pozos en busca de un agua inexistente, se

arrancan las plantas que aún vivían, y se reseca antes el suelo que aún conservaba la humedad, así al alma, al buscar, reiterando los pecados, su satisfacción en las creaturas, y querer calmar en ellas la sed de felicidad que la devora, que antes gozara en Dios, va desprendiéndose de las virtudes naturales, que aún sobrevivían al pecado, y va secando en ella los recuerdos y simpatías de amores que de la unión con Dios aún conservaba, hasta llegar a la sequedad de la desesperación y de la muerte.

No es el camino de la vida buscar la felicidad en la creatura, sino mirar al cielo, implorando las lluvias de la gracia, y hacer nacer de nuevo en nuestra alma la fuente de Jesús por el amor a El solo.

Sólo con esa fuente revivirá lo que caminaba hacia la muerte, resucitará lo que ya había perecido, cual revive el verde de los campos, agostado por los calores del estío, cuando llegan las lluvias del otoño; cual resucita la vegetación muerta del invierno, cuando las auras primaverales sacuden su letargo.

4) VIÑA DE DIOS

«Yo te planté, viña escogida» (Jer. 2,21; Is. 5,1-5). Símbolo del amor es el vino (Cant. Cant. 1,1.3; Eccli. 9,5; Zach. 9,17; Mt. 9,17); por eso Dios nos llama su viña, porque, al crearnos, sólo el amor busca en nosotros. Amar es nuestra vida y nuestra dicha, y el que le amemos es la dicha de Jesús.

Por el pecado entra el demonio en el alma cual jabalí furioso de la selva, que todo lo pisotea, lo arruina y lo destruye (Sal. 79,14): sólo queda entonces de la cepa el pie silvestre que sostenía el injerto, y así su fruto no serán ya uvas dulces, sino agraces y amargas; y tanto mayor sentirá esta amargura, cuanto más multiplique su actividad en el pecado.

Así el demonio destruye y pisotea el injerto de la gracia, quitándonos la corona de filiación divina, y deja al alma

en su ser natural, con ansias infinitas de felicidad y dicha; y toda su actividad para conseguirlas no hace sino aumentar su cosecha de amarguras, que no otra cosa puede gustar, si de Dios se separa.

5) CIUDAD DE DIOS

«Cuán desierta y silenciosa yace ahora la ciudad, antes llena de gente: parece como viuda abandonada la que antes señoreaba a las naciones» (Trenos. 1,1).

Es nuestra alma ciudad en la que Dios habita como Rey. Rey cuyo cetro está sobre sus hombros, porque su dominio no pesa sobre sus súbditos, sino que de sí mismo lo sustenta.

Los reyes de la tierra mantienen su gloria y su boato a costa de los tributos, sudores y privaciones de los que a ellos viven sometidos. El Rey del cielo nada busca de nosotros, sino enriquecernos y hacernos bien: gloria y riqueza le sobran, sin necesidad de nuestra ayuda, y sólo busca hacer que participemos de ellas.

El reparte su felicidad sobre todas las facultades y apetitos del alma, a cada cual la suya, pues todos, como ciudadanos con diversos oficios y aficiones, laboran por vías distintas, y avanzan por caminos diferentes hacia la perfección total de la ciudad de nuestra alma.

A todos les reparte el Rey divino, sin tasa ni medida, el pan de la felicidad y de la dicha, y a todos los pacifica y armoniza en el entrecruzarse de su actividad múltiple.

Y sólo una cosa busca, a cambio de tanto don y tanto bien: que ese pueblo esté contento, que se sienta feliz de debérselo a El todo, que le corresponda con amor y simpatía. Y es tal la delicadeza con que desea ese amor, que jamás lo impone por fuerza o violencia.

Los enemigos, como perros hambrientos, dan vueltas a la ciudad, aullando desde fuera, y envidiando la hartura y las riquezas que en su interior se encierran (Salm. 58,7.15.16); pero ninguno puede penetrar, pues es la gloria de Dios quien la defiende, cual muro impenetrable.

El pecado da muerte a ese Rey. Rey que ni siquiera se defiende, pues no le interesa vivir en nuestra alma, desde el momento que no es amado de ella. Rey que se deja asesinar gustoso, para con su muerte demostrarnos que nos ama; que es nuestro amor, no su dominio, lo que El ansía y desea.

Muerto El, empieza el hambre en la ciudad; y, con el hambre, el descontento, la revolución, las guerras intestinas. La voluntad humana ha suplantado a Dios en su reinado; pero, pobre y sin recursos, no puede satisfacer las continuas peticiones, ni acallar las justificadas quejas de las facultades, pasiones y apetitos del alma, a quienes el Rey divino satisfaciera antes.

Y, comenzando la lucha de la concupiscencia, las pasiones esclavizan a la voluntad; y como son muchas, diferentes y contrarias, todo en el alma es desorden, todo es lucha y anarquía, porque si una pasión se satisface de momento, las demás quedan por eso mismo defraudadas.

Todo es guerra, desesperación y amargura en el alma que peca: los perros hambrientos que rodeaban la ciudad ven llegada su hora: los muros han caído, porque su muro era Dios, a quien el alma rechazó, y en la ciudad del alma nadie piensa en defenderse. Como perros rabiosos, como lobos aulladores, con el odio acumulado en tantos años de espera, entran los demonios en el alma, azuzan las pasiones contra la voluntad, y con diabólica constancia van derribando y demoliendo, ayudados de la turba ciega de las tendencias desordenadas que se han desencadenado, cuanto hermoso y bello el amor de Dios había edificado.

El entendimiento ve apenado cómo todo se arruina, aún la dignidad humana natural; la voluntad llora impotente sobre las desolaciones por su pecado provocadas; pero ni una ni otro pueden hacer nada, y se dejan arrastrar y dominar, hasta que no queda piedra sobre piedra, hasta que el voraz incendio ha consumido hasta las últimas reliquias de los bienes y alimentos que en ella acumulara el amor de su Dios.

A la orgía de la destrucción sucede el sombrío silencio de la desesperación y la pobreza: «¡Cómo yace desolada la ciudad, antes llena de regocijo!». Los demonios contemplan satisfechos su obra, riéndose del hambre de las pasiones, de la ignominia y vergüenza de la voluntad, ahogando sus protestas con la tiranía de su dominio: «La que antes era reina cayó en cautividad.»

Y como viuda abandonada y pobre, rodeada de sus hijos macilentos que en vano piden pan, es sin cesar atormentada por sus expoliadores, que ya que de nada pueden despojarla, pues todo lo perdió, satisfacen al menos su furor haciéndola sufrir, que el único gozo del demonio es ver a los demás privados de bien y de alegría, sufriendo como él.

Esa será la suerte del alma pecadora, si no se vuelve a tiempo a su primer amor, si no repone al Rey que locamente destronó, antes de caer en la esclavitud total de sus enemigos, antes de perder definitivamente la iniciativa de su obrar y actuación: porque llegará para ella el día en que ya no pueda obrar (Io. 9,4), cuando la noche de la muerte la haya cubierto con sus tinieblas, y entonces ya no podrá invocar a Dios, ni hallar en El su redención.

6) TEMPLO DE DIOS

«¿No sabéis que sois templo de Dios? Al que violare el templo de Dios, le hará Dios perecer» (1.ª Cor. 3,16.17).

Templo de Dios es nuestra alma. Para eso fue creada, para eso adornada de toda clase de dones naturales y sobrenaturales, para eso ha recibido la filiación divina, para eso ha sido toda ella edificada, construida y recamada del oro de la más pura caridad: para que Dios habite en ella, y en ella more de asiento, se recree y complazca. Si para eso no valiere, ya no vale para nada. Allí puede conversar con El el alma, y saciar en El su sed de amor; allí puede pedirle cuanto necesite, recibiendo de El sin más medida que la de la limitación de su deseo.

Mas el pecado profana este templo, y arroja a Dios de él.

¿Para qué vale el palacio, si ya no hay morador? ¿Para qué sirve el templo, si en él no se da culto, ni hay en él oración ni adoración, ni susurro de amores y plegarias, ni conversaciones de amigos que se quieren, ni intimidades de tiernos amadores?

Dios lo destruirá; Dios quitará del alma todos los dones y hermosuras con que la embelleciera y agraciara, y sólo quedará un montón de ruinas donde se arrastren las serpientes y víboras, donde crezca la hierba, donde pululen sabandijas y ratones y toda suerte de animales inmundos y asquerosos: ruinas eternas y silenciosas como el abandono y el olvido, que la recuerden siempre la inestimable grandeza que perdió.

7) ESPOSA DE DIOS

«Yo quitaré de ellos toda voz de gozo y de alegría, y la voz del esposo y de la esposa, el rumor del molino y la luz de la candela» (Jer. 25,10). «He aquí que Yo haré desaparecer de tus ojos toda voz de gozo y de alegría, y la voz del esposo y de la esposa» (Jer. 16,9; 7,34; Baruc, 2,23). «Y la luz de la candela se extinguirá en ti para no lucir más» (Apoc. 18,23; Prov. 24,20).

El alma, esposa de Dios: he ahí el compendio de su dicha, de su felicidad: la dicha y felicidad del amor plenamente satisfecho. ¿Quién podrá describir la bienaventuranza de ese estado?

Dios, el esposo más rico, más bello, más hermoso y delicado, el más tiernamente enamorado, que del todo se ha entregado a ella, y con ella vive y para ella, acompañándola en toda circunstancia.

Y el alma no tiene más riquezas que la hermosura divina con que su Amado la adornó; pero tampoco tiene necesidad de ellas porque dispone de todas las de Dios. Su oficio no es ganar, sino repartir el bien divino entre los hijos que engendra espiritualmente de su Dios, pues, al tratar con El, y oír sus divinas enseñanzas, y descorrer los velos que ocul-

tan la gloria infinita prometida, siente nacer en ella de continuo nuevas capacidades y deseos que jamás sospechara, nuevas exigencias de dicha, nuevas facultades ansiosas de Dios, del infinito, que pululan como hijuelos pequeños y graciosos que piden la parte de su pan, la parte de su Dios.

Y es el alma feliz al repartírselo, llevándolos a Dios y hablando con Dios de ellos, comentando con El sus continuas exigencias, y soñando en la hora en que obtendrán la perfección completa en la visión de Dios.

Y cuanto más esos hijuelos de deseos y ansias divinas se multiplican, tanto más goza ella en satisfacerlos con la entrega de Dios, y tanto más goza el mismo Dios en saciarlos, como gozan los padres al ver el buen apetito de sus hijos numerosos cuando en la casa no se conoce la penuria: voz de gozo y de alegría, voz del esposo y de la esposa, inquietud y alegre revolotear de pequeños bulliciosos, paz y dulzura de amor, y, como música de fondo, el rumor del molino, el triscar y desmenuzar del pan entre los dientes y muelas de los niños.

Mas el pecado es la muerte del esposo; es la traición inconcebible de la esposa, que mata de dolor al que la amaba. Y queda el alma sola con su pobreza y con sus hijos en el hogar vacío; y malvende cuantos bienes aún le quedan para acallar el hambre de sus deseos, prostituyendo su belleza con toda clase de amadores mercenarios, que no sacian su hambre ni su sed, hasta marchitarla enteramente: «como viajero sediento abre su boca a toda fuente, y bebe de toda agua corrompida que esté al alcance de su mano, y se apoya en todo palo aunque se quiebre por podrido, y abre su seno a todo amor aun cuando como flecha aguda la vulnere, y no cesa en su locura hasta desfallecer» (Eccli. 26,15).

Es el clamor de sus hijos que piden pan quien la impulsa a venderse; son los deseos de felicidad y dicha, que Dios sembrara en ella, quienes la empujan ahora a más pecados; son las pasiones que, exacerbadas por el hambre, ni duermen ellas ni la dejan reposar. Mas en vano busca

el consuelo de amadores: ninguno trae el cariño de su primer esposo; ninguno es capaz de acallar con sus caricias y sus mimos los hijos de sus deseos, cual lo hiciera el primero.

Hasta que, marchita su belleza, y agotadas todas sus energías, abandonada de todos menos de sus deseos que cada vez más claman y más lloran, se recluye con ellos.

Terrible soledad, tristísimo abandono: desnuda ella, y desnudos sus hijos; sin pan que darles, sin fuego con que pueda calentarles: el amor se ha apagado, ya sólo queda el llanto y los reproches; el rumor del molino ya no suena, carecen de alimento; cuanto trabaja y sufre el alma, carece de valor, no hay quien lo compre, y así en vano se consume para salir de su miseria o aliviarla.

Las tinieblas la invaden. Sólo queda el vacilante resplandor de la candela, para hacerles conocer la magnitud de su pobreza y su miseria. Es ese resplandor lo último que se apaga: el horror a la oscuridad total de las tinieblas les hace mantenerla: es la luz de la fe..., lo único que sobrevive al pecado, a toda la multitud de los pecados, lo único que les habla del verdadero esposo, del verdadero padre, lo único que mantiene vivo su recuerdo avivado por la desnudez presente, lo único que les envía todavía algún destello de esperanza.

¡Si el esposo volviera! Todos los deseos del alma defraudada claman por esa vuelta: es el clamor de los pequeñuelos que llaman a su padre. Y el alma sabe que, si ella de veras lo desea, su esposo resucitará y volverá: mientras arda la pequeña candela, aún hay fuego de amor con que encender la hoguera.

Pero le cuesta tanto el humillarse... el volverse a darse a Aquél a quien tan vilmente ha traicionado! Y si el orgullo arraiga así en el alma, y no es vencido por el arrepentimiento y la humildad, se irán secando los últimos vestigios del amor, irá muriendo hasta el recuerdo del amado, se secará la mecha de la candela vacilante, se extinguirá su llama temblorosa, se apagará la fe, morirá la esperanza, y

sobrevendrá la oscuridad completa, los horrores y convulsiones de la muerte sin ayuda ni consuelo, de la agonía que ya no tendrá fin.

La voz llena de gozo y de alegría, la voz del esposo y de la esposa, el rumor del molino, el bullicio y las sonrisas de los hijos, y la luz de la candela que primero iluminaba tanta dicha, y la recordaba luego, han ya desaparecido para siempre. Sólo queda el crujir y rechinar de dientes (Mt. 8,12; 24,51; Luc. 13,28), en agonía eterna de hambre y frío: el amor era la dicha... y el amor ha muerto para siempre.

¿Qué otra cosa puede ser el infierno que la muerte del amor, la muerte de la alegría, la separación de Dios y, con ella, la pérdida de cuanto el alma desea, de todo cuanto podía hacerla feliz?

Toda herida es mala, pero ninguna como la del corazón (Eccli. 25,18), y toda muerte es terrible, pero ninguna como la del corazón: y el infierno es la muerte del corazón, la muerte del amor: «Voz de citaristas y de músicos, sonido de flautas y cantares no se oirá más en ti, ni se hallará en ti quien trabaje en obra de provecho, ni se oirá en ti más el monótono rumor de la rueda del molino, ni brillará en ti mas la luz del candil, ni se oirá en ti más la conversación del esposo y de la esposa» (Apoc. 18,22.23).

El amor de la esposa y del esposo es música y banquete, regocijo y armonía, abundancia y esplendor, ocupación fecunda y vida. Y la muerte de ese amor es lamento y hambre, estridencia y crujir de dientes, pobreza, desolación y oscuridad, esterilidad y muerte: la muerte del amor es el infierno; y su tormento, el de la madre abandonada y pobre, que oye el clamor de sus hijos pedir pan sin poder dárselo: clamor eterno, ansia loca con que claman por su bien todas las facultades del alma, sin que haya nada con que poder satisfacerlas.

Y todo eso basta un solo pecado a producirlo, si en él persevera el alma hasta la muerte. Y pecamos como por risa (Prov. 10,23), sin reparo, sin freno, porque sí. Con la

tranquilidad del que bebe el agua siempre que tiene sed, creyéndola incontaminada y pura, bebemos el agua empozoñada, sabiendo que lo está, y tragamos el veneno de la muerte siempre que su deseo surge en nuestro interior.

Hora es de despertar, cuando aún es tiempo: «El milano en el cielo conoció su tiempo, y la cigüeña y la golondrina el momento en que deben emigrar; mas Israel no me conoció, e ignoró el tiempo en que había de visitarlo y de juzgarlo» (Jer. 8,7): el invierno se acerca; viene la noche eterna en que ya nadie podrá obrar ni reparar (Io. 9,4).

Por un plato de lentejas vendió Esaú su primogenitura; y con ella vendió a Cristo, que de él había de descender, y perdió las promesas eternas a esa descendencia vinculadas; y vivió despreocupado muchos años, sin pensar más en las consecuencias de su acto, hasta que las experimentó; llegó la hora decisiva, y perdió la bendición tan esperada: Jacob le suplantó.

Y lloró Esaú desesperadamente, y por toda la casa resonaban sus lamentos (Gen. 27,34.38; Hebr. 12,17); y a pesar de que su padre quería a él bendecirle, y no a Jacob, a pesar de que Isaac le amaba tiernamente, mucho más que a su hermano, de nada valieron sus lamentos y súplicas: ni su mismo padre pudo darle bendición.

Vendemos a Cristo cada vez que pecamos, renunciando nuestro derecho al cielo; y vivimos después despreocupados, cuando aun es tiempo de enmendar las consecuencias, cuando basta decirlo todo a nuestro Padre, pidiéndole a El que lo remedie. Y llegará la hora en que el producto de esa venta sacrílega nos sea demandado sin posibilidad de aplazo alguno, llegará el día en que nos veamos despojados de la bendición de nuestro Padre: y nuestro llanto fluirá sin consuelo, la desesperación se apoderará de nuestra alma, y en todo el universo resonará nuestro clamor, ya que todo el universo se estremece cuando un alma se condena, pues si un pensamiento de hombre vale más que el universo entero, ¿cómo no estremecerse el mundo todo, cuando todo el hombre se condena?

Y no habrá entonces remedio a tanto mal. Ni nuestro mismo Padre, que tan tiernamente nos ama, podrá cambiar el destino que elegimos, ni nosotros tampoco podremos mudar la decisión infausta que un día aciago tomáramos, ni cambiar la mala disposición de nuestra pervertida voluntad.

5. El pecado y las postrimerías del hombre

«Acuérdate de tus postrimerías, y jamás pecarás» (Eccli. 7,40). Así nos exhorta el mismo Dios a tener presente en todas nuestras obras el fin de eterna dicha o de desgracia eterna que a todos nos espera, ordenando lo presente transitorio de tal modo que aseguremos el futuro eterno e inmutable. Si así lo hacemos, ya nunca pecaremos, porque cuanto más débiles y miserables nos sintamos más continua fluirá la oración de nuestros labios, y se arraigará en el alma la humildad, se encenderá y avivará el amor en nuestro corazón, y todo pecado se nos hará imposible.

Breve es la vida presente y, por lo mismo, pequeña es la desgracia que en ella pueda tocarnos como parte, ni es mayor la felicidad de que gozar podamos. Sin embargo, nadie se contenta con un empleo incierto, que le pueda dejar un día en la calle expuesto al hambre; y se dan por bien empleados los sudores y trabajos de un largo aprendizaje o de estudios prolongados, con tal de asegurar con ello veinticinco o treinta años de felicidad mezquina y acibarada por mil contradicciones y pesares. ¡Y olvidamos que esta vida es transitoria y que durante ella nos hemos de preparar con nuestro esfuerzo una morada eterna y permanente!

Es tan breve el goce o el dolor de esta vida, comparado con el dolor o goce de la eternidad que nos espera! Parece algo, porque la estamos pasando; pero cuando desde la eternidad la contemplemos nos pasmará su inconcebible pequeñez, y nos maravillará el que haya tenido eficacia para decidir nuestro destino, desesperándonos el no haberla debidamente aprovechado.

Grande nos parece la tierra en que vivimos; pero si, se-

parados de ella, nos lanzamos al espacio, acabaremos por divisarla como un punto pequeñísimo, y se nos hará al fin del todo imperceptible: la tierra es nada dentro de la inmensidad del universo. Y mucho menos todavía es la vida terrena vista bajo la luz de la eternidad inmensa, contemplada desde ese mar sin fondo: y toda esa eternidad depende del instante de esta vida. ¿Quién vacilará en asegurarla?

¡Con qué insistente solicitud y tierno amor nos previene nuestro Padre; con qué viveza nos habla de la brevedad de la presente vida! Sombra que no tiene consistencia, que se reduce a nada en el momento de abrazarla (Salm. 143,4; Sap. 5,9; 2,5; Eccli. 34,2; 1.ª Cor. 7,31); nave cuyo vestigio no se encuentra (Sap. 5,10); ave que no deja rastro de su vuelo (Sap. 5,11); flecha velozmente disparada, hendiendo el aire, que en seguida se cierra (Sap. 5,12): tal es el paso del alma por la vida.

Ella es la nave, siempre en movimiento hacia lo eterno; ella es el ave que no cesa de volar; ella, la flecha disparada por Dios a lo infinito: jamás puede detenerse en su carrera, pues es Dios quien la impulsa, y si deja a la voluntad la dirección del movimiento sustrajo a ella el movimiento mismo.

Y la vida presente es lo que queda detrás: la estela que se pierde, el rastro del vuelo que se extingue, la escisión de los aires que al instante se cierra. Por más que deseemos adherirnos a ella, no podemos: el gozo que sentimos ya pasó.

Así toda esperanza de la tierra está perdida sin remedio de antemano: la ilusión del impío será arrebatada como el tamo que dispersa el viento, como el humo que difunde el aire, como el heno que florece a la mañana y yace mustio y seco por la noche, como recuerdo del huésped de un día, que por breves instantes nos recreó para desaparecer luego por siempre del horizonte de nuestra vida, como graciosa y tenue espuma que la tempestad dispersa (Sap. 5,15; Salm. 1,4; 36,2; 91,8; 101,12; Is. 40,7; 51,12).

¡Espuma! Eso son las creaturas que nos atraen: cabellera de espuma en oleaje. Cuando la tempestad ruge potente, arranca de las cimas de las olas cabelleras de espuma, matizadas de irisación encantadora, que contrasta con la oscuridad del mar: su visión es de lo más bello y atractivo que el hombre pueda en la naturaleza contemplar; pero al instante de levantarse y de brillar fugaces como estrellas, húndense de nuevo en la masa lóbrega y amorfa de las aguas, perdido ya todo su fulgor.

Así, en medio de la tempestad de las pasiones, emergen del mar de corrupción y muerte, por el que atravesamos hacia el eterno puerto, maravillas de bellezas creadas que, como estrellas brillantes, nos seducen. Sólo un instante dura su belleza, volviendo a sumergirse en la masa amorfa y muerta de la que salieron: tal nos sucede si después de treinta años volvemos a contemplar la persona más hermosa y seductora: nada en ella nos atraería ya: la belleza ha perdido las irisaciones de su luz al inclinarse sobre el mar de la muerte, si es que en él no se ha ya sumergido, confundiéndose con el polvo de la tierra.

Quien por gozar de esa espuma y a ella unirse abandone la nave que al puerto le conduce, no sentirá el abrazo de la espuma, sino el frío de la muerte en que se hunde, arrastrado por ella.

Treinta años son menos que un instante, insuficiente para sentir el gozo, ya que mil años son a los ojos de Dios como el día de ayer que ya pasó (Salm. 89,4), y un instante indivisible, cual fulgor de relámpago, son cien años en el resplandor de su mirada (Salm. 89,8).

De la vida terrena sólo el presente vivimos; y ese presente no lo podemos gozar, porque se escapa, cuando a él miramos, ya pasó; y así, cual sueño que falaz se desvanece pasará todo lo que nos seduce: al alargar nuestra mano para poseerlo, nada encontraremos, sino vacío y sombra (Salm. 75,6).

«Como torrente que se precipita raudo hacia los valles, así pasaron a mi vera de largo todos mis amigos y amado-

res» (Job. 6,15), y la muerte pondrá fin definitivo a la fugitiva sucesión de las imágenes que pueblan y animan nuestro sueño.

¡Y la eternidad depende de esta vida! El juicio será según lo hecho en el cuerpo (2.ª Cor. 5,10). El que perseverare hasta el fin, será salvo (Mt. 10,22). ¡Y está ese fin tan cerca! Llega la noche, en que ya nadie puede obrar ni corregir sus yerros (Io. 9,4): como cayere el árbol, así eternamente quedará (Eccl. 11,3). Terrible es presentarse a Dios vacío de buenas obras, terrible caer de El apartado. «¿Es que no acabará en breve la poquedad de mis días? Déjame, pues, que llore un poco mi dolor, cuando aún es tiempo, antes de que vaya, y ya no vuelva, a la tierra tenebrosa, y cubierta de lobreguez de muerte, donde habita el desorden y la muerte y el sempiterno horror» (Job. 10,20-22).

Muerto el hombre, queda el alma sola, desprendida de todo lo terreno, como ave que en el arranque incontenible de su vuelo saliera de la atmósfera, como flecha tan raudamente disparada que se escapa a la atracción terrestre. Sola con su movimiento, que no puede frenar; fija ya la dirección del movimiento, que no puede cambiar.

El movimiento lo producen todas sus energías y deseos, que sólo a Dios anhelan, suspirando por el bien infinito a que El las ordenó, sin que ya nada las detenga el atractivo de las cosas creadas, cuyo influjo ha desaparecido para siempre, cuya vista se desvaneció como un sueño, esfumándose como ilusión nocturna: como el alma no puede cambiar su propio ser, así no puede modificar el movimiento y la tendencia a que su ser la induce.

La dirección la fijó definitivamente el alma en el último instante de su vida, y jamás la podrá ya cambiar.

Mientras el ave hiende la atmósfera hacia las alturas, puede a su gusto, sirviéndose del aire, mudar su dirección; pero, salida de ella, todo cambio le resulta imposible, por no encontrar resistencia o apoyo con que hacerlo.

Así el alma, mientras vive en el cuerpo, presionada por influjos variables, puede cambiar siempre que quiere la di-

rección de su voluntad, escogiendo entre Dios y las creaturas, o prefiriendo una creatura a otra; mas, salida del cuerpo, no puede ya mudar la dirección de su libre voluntad, que queda indeleblemente fija y orientada. Por eso nos dice la Escritura que «sus obras la siguen» (Apoc. 14,13), porque sigue la dirección que sus obras cuando estaba en vida le imprimieron.

Si a Dios se orientó, si a Dios amó, a Dios poseerá eternamente, y de El gozará, pues el amor es la atracción divina que necesariamente a Dios nos lleva. Mas si se orientó a la creatura, si amó la tierra, para siempre perdió a Dios y a la tierra: «se acabó para él toda esperanza» (Prov. 11,7): la tierra jamás la alcanzará —Dios se la ha arrebatado por la muerte—, y a Dios jamás lo encontrará, por no hallarse en la dirección en que se mueve.

Es la estrella perpetuamente errante, de que nos habla San Judas, eternamente impulsada por la tempestad de su deseo, que la tortura (Jud. 13). Todo bien creado se acabó para ella, que siempre gozó bienes, o al menos soñó en ellos. Y como el bien infinito no lo alcanza, de todo bien carece en absoluto.

Y ése es el infierno, en que se dan todos los males y tormentos, sin que los tempere ningún bien o placer.

Todo mal es privación de un bien. Privado de todo bien hacia el que tiende, experimenta en sí todos los males.

Todo dolor, todo tormento, no es más que la impresión molesta que causa la carencia de algo que nos conviene: así se sufre hambre, cuando el estómago carece del alimento que apetece; se padece calor o frío, cuando el ambiente no es aquél para el que está hecho y acomodado nuestro cuerpo; se siente el dolor de la enfermedad o de la herida cuando los agentes externos o internos rompen el equilibrio orgánico conveniente a nuestro bienestar e integridad; padecen la vista y el oído, si les faltan la luz o los sonidos a que se ordenan; sufre el entendimiento, si carece de la verdad que es su fin; se angustia la voluntad, si no alcanza la posesión del bien por que suspira.

Y tanto mayor es, en cada caso, el sufrimiento, cuanto más absoluta es la carencia, y más perfecta y vital es la potencia, facultad u órgano que la sufre.

Mas en el infierno es total la carencia: el bien creado ha desaparecido, y el bien increado e infinito no puede allí alcanzarse. Y así, bajo este aspecto, sumo es el dolor, tormento y aflicción del alma y cuerpo, pues carecen *de todo cuanto les conviene.*

Tan sumo, que ni puede concebirse uno mayor; ni aun facultad o parte alguna que carezca de la suma pena y dolor de que es capaz, porque todas las facultades, y todas las partes del hombre carecen allí de cuanto les conviene.

Esa ausencia total de cuanto les conviene explica las sensaciones dolorosas más contradictorias: el ardor en que el cuerpo se consume, y el frío que le atormenta; la sed y el hastío; el hambre y el empacho; el ansia de verdad y el odio a ella; la tendencia al bien y la repugnancia a ese mismo bien; el suspirar por Dios, y el odiarle a la vez y maldecirle: cualquier estado de esos lo engendra la carencia del bien que debía de colmarlo: careciendo de todo bien, es natural que todos esos estados se produzcan, por más que nos puedan parecer contradictorios.

Y aunque sea sumo el tormento en cada condenado, y sumo en cada una de sus partes, no es igualmente grande el tormento de cada uno, ni de la misma magnitud lo que en cada facultad le toca padecer. Cuanto más noble y perfecta es una facultad, tanto más grande es el bien a que se ordena, y, si de él carece, de tanto mayor bien está privada, y siendo el mal y dolor la privación del bien hacia el que tiende, tanto mayor será su mal y su dolor cuanto es mayor el bien de que carece.

Por eso padece inmensamente más en el alma que en el cuerpo, aunque en los dos padezca hasta agotar su capacidad de dolor; y por eso el tormento del entendimiento y voluntad raya en lo infinito, porque infinitos son el bien y la verdad a que se ordenan y que para siempre han ya perdido.

Todas las almas han sido destinadas para Dios; pero con destinos diferentes, con modos de participarle y de gozarle desiguales, y por lo mismo con deseos e inclinaciones sobrenaturales que de diversos modos han de satisfacerse. Por eso todas las almas sufren tormentos diferentes y diversamente matizados, según los distintos matices del mismo bien infinito que debían haber gozado y que perdieron.

Y todo ese tormento y aflicción, toda esa angustia en que se anega el condenado, serán sin disminución ni lenitivo, por provenir todo su mal de la errada dirección que lleva, que ni en poco ni en mucho cambiará, y porque sin disminución es también ni lenitivo la privación total del todo bien.

Sólo una gota de agua pidió el rico epulón al pobre Lázaro, a quien negara en vida las migajas de su mesa (Luc. 16,19-31): sólo una gota de agua que siquiera un instante humedeciera su lengua reseca por el fuego; y aun esa gota de agua momentánea le fue negada entonces, y le seguirá siendo negada toda la eternidad. ¿Qué le aprovechan ahora la soberbia, las riquezas, placeres y banquetes de que abusó en el mundo?

Mas si al salir el alma de este cuerpo se encuentra orientada hacia su Dios, «bienaventurados los muertos que mueren en el Señor» (Apoc. 14,13). La muerte es para ella fin de penas, de destierro, de peregrinación y de viaje; es llegar a su familia y reunirse para siempre con ella, tras los peligros y zozobras que pasó en el duro combate de esta vida.

Con la alegría con que el soldado deja el frente de batalla, una vez licenciado y obtenida la paz, encaminándose a su casa presuroso, sin darle pena alguna cuanto deja atrás, así ella se dirige alborozada al lugar de su reposo y de su dicha, donde la espera, para darle el abrazo, su Padre Dios, que la creó, la redimió y la conservó, su Madre la Virgen cuyos alientos la mantuvieron en el bien, y un sinnúmero de hermanos que la aman, y que la precedieron y la esperan.

Eternamente verá a Dios y le amará, y gozará de Aquél por quien siempre suspiró; y en El hallará todos los bienes, y en ellos se sumergirá su corazón; el mismo Dios enjugará todas sus lágrimas, y su gozo nadie se lo arrebatará; el cuerpo mismo le acompañará un día glorioso, y su dicha será eterna.

Cielo eterno, infierno eterno; eternidad feliz o desgraciada. Y el vestíbulo y puerta que da paso a esa eternidad inacabable, es la figura de este mundo, que pasa como sombra (1.ª Cor. 7,31). El que persigue la sombra, no la alcanza; quien la abraza, se sentirá vacío, ya que sólo la realidad puede saciarnos, la realidad que es Dios, cuya sombra y proyección son las creaturas.

La sombra se da sólo cuando la luz es imperfecta: cuando por todas partes ilumina, ya no existe la sombra; cuando la luz se extingue y suceden las tinieblas, tampoco se ven sombras ni figuras.

La luz es Dios: de modo imperfecto contemplado en esta vida, da lugar a la presencia de las sombras de las creaturas, que nos seducen por lo que de Dios tienen o reflejan; mas el día en que su luz divina nos envuelva en el cielo, o en el que del todo la hayamos rechazado en el infierno, ya no contará más la sombra de la creatura: no habrá ya más que Dios o privación de Dios, inundación de luz o abismos de tinieblas, cántico de exultación y gozo en las bodas eternas de la gloria o aullido y merodear de perros vagabundos y hambrientos que en vano rondan ciegos la ciudad de la luz sin acertar a hallar la entrada en ella.

Y todo depende de si ahora peco o no; de si permanezco en el pecado cometido o me levanto prestamente de él cuando aún es tiempo. No es hora de dormirse: la vida y la muerte ha puesto Dios ante nosotros (Deut. 30,15): y a nosotros nos toca el elegir (Deut. 30,19).

6. La huida del pecado

«Como a la vista de la culebra, huye del pecado» (Eccli. 21,2). Tal es el odio instintivo que el mismo Dios nos encarga tenerle. Y es que el pecado trae consigo la pérdida de Dios; y si alcanzar la posesión de Dios es nuestra perfección, dicha y belleza, el perderlo es nuestra ruina irreparable: nadie ni nada la podrá compensar: «¿De qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo si en su alma padece con ello detrimento? ¿O qué cosa dará el hombre a cambio de ella?» (Mt. 16,26.27).

Nadie mejor apreciador que Dios de los valores; y Dios dio su sangre por mi alma, y ése fue el precio en que tasó su valor. Y esa alma la perdemos por el pecado! ¡Lo más precioso lo vendemos para siempre por el atractivo de un momento, la eternidad por el capricho del instante de la vida presente! Por amor de una creatura, de la que fatalmente nos veremos despojados, renunciamos a Dios y arruinamos el alma para siempre, y, extinguiendo el amor, perdemos cuanto había de hacer amable nuestra eternidad.

Por eso el pecado es el mal sumo, único, irremediable. Todo lo demás no causa al alma verdadero daño, mas el pecado se lo causa total e irreparable. De ahí el odio inmenso que debemos tenerle, la aversión instintiva: como a la brasa que sin querer toca nuestra mano, como a la serpiente a cuya vista retrocedemos al instante: «Como a la vista de la culebra, huye del pecado» (Eccli. 21,21).

Mas tal vez el pecado ha echado hondas raíces en el alma, y, aun queriendo salir de él, no lo permite el desaliento: la desconfianza nos hace dudar del perdón, la debilidad engendra desconfianza de la enmienda: ya es demasiado tarde para volver atrás.

Engaño y falsedad: mientras el hombre vive, aunque sea el último instante de la vida, *nunca es tarde si es ahora.* Y el remedio es sumamente fácil: basta orar ahora, pedir ahora a Dios el perdón, suplicarle repare nuestra debilidad. No existe otro medio para salir del pecado, ni para perseve-

rar en la gracia recibida; pero él basta, y está siempre a nuestro alcance.

Si no podemos luchar, podemos al menos dirigir nuestra mirada suplicante a Jesús crucificado, cuyo amor nos librará de la muerte. Cuantos, en el desierto, miraron a la serpiente de bronce levantada en la cruz, recibieron la salud y la vida: tanto los que acababan de ser mordidos como los que ya yacían agonizantes. Todo el que suplicante mira a Jesús crucificado será salvo igualmente, tanto si el veneno del pecado acaba de penetrar en su alma, como si ya largo tiempo ha obrado en él, sumergiéndole en la impotencia y desolación de la agonía.

Por eso dice el Sabio: «Hijo mío, en tu debilidad no te desprecies a ti mismo, mas ora al Señor, que El te curará (Eccli. 38,9), «Pecaste: no añadas más, antes bien ora por los pecados hechos, para que se te perdonen» (Eccli. 21,1).

¡La oración! ¡Siempre la oración! Pero oración no dejada para un mañana incierto —por la calle del mañana se llega a la plaza de nunca—, sino la oración *ahora*, en el momento presente. Tal es nuestro remedio.

Las lágrimas de desesperación y de amargura se trocarán en lágrimas de gozo, nuestras tinieblas en senda luminosa y sin tropiezo, y la infinita misericordia de Dios de tal modo destruirá nuestros pecados y miserias, que sólo quedará de ellos el recuerdo del amor que nos libró, para enamorarnos más de El.

El trocará en gozo sin mezcla la amargura del arrepentimiento (Prov. 14,10); El hará avanzar a los que se arrepienten por el camino de la santidad y la justicia, reparando todo el tiempo perdido (Eccli. 7,20); El pondrá al alma blanca y pura, cual si nunca hubiere perdido la inocencia: «Si sus pecados fuesen como la grana, como nieve no hollada quedarán blancos; y si sus crímenes fueren rojos de sangre como la púrpura, serán como lana blanca, que sólo habla de suavidad y mansedumbre» (Is. 1,18).

Es tan grande la misericordia del Señor, la ternura con que, abajándose, abraza a los que a El se convierten! (Eccli.

17,28). »Si el impío hiciere penitencia de todos sus pecados, y en adelante cumpliere todos mis preceptos, vivirá y no morirá: de todas las iniquidades que obró Yo no me acordaré» (Ez. 18,21.22). «Cuando buscares al Señor tu Dios, lo encontrarás; siempre que lo busques de todo corazón, y con el alma verdaderamente arrepentida» (Deut. 4,29). «Yo sé los planes que sobre vosotros tengo, dice el Señor: planes de paz, y no de aflicción... y oraréis a Mí, y Yo os oiré: me buscaréis y encontraréis, cuando con todo vuestro corazón me buscareis» (Jer. 29,11-13).

Ninguna cosa alegra tanto al Corazón de Jesús como el lavar y perdonar al pecador; tanto, «que hay más regocijo en el cielo por un pecador que haga penitencia que por noventa y nueve justos que no la necesiten» (Luc. 15,7). El vino a salvar lo que había perecido, a morir por los pecadores, a dar vida a los muertos, a confortar a los débiles, a dar salud a los enfermos: su poder no alcanza sólo a perdonarlos, sino también a curar toda debilidad y flaqueza, todo desorden y enfermedad consecuentes al pecado. Y cuando le dejamos hacerlo, goza y se nos muestra agradecido, porque recibe el pago de su sangre, que derramó como precio del pecado, como precio de nuestro perdón.

Para los pecadores vino y vivió en la tierra, y con ellos conversaba, y con ellos comía, para atraerlos (Luc. 15,1.2). Y al corazón de los pecadores llama ahora con su gracia, con sus inspiraciones, solicitándolos al amor: «Yo estoy a la puerta y llamo; si alguno me abriere, entraré en él, y celebraré con él mi cena» (Apoc. 3,20): no más abrir a Jesús el pecador su alma, todos sus pecados quedan destruidos y olvidados, para sumergirse en la intimidad, el gozo, y la abundancia del amor de Cristo.

Y El no se cansa de llamar. Hasta la última hora de la vida sigue solicitándonos, cual aparece en la parábola de los llamados a la viña (Mt. 20,1 y ss.). Y con sólo que a esa última hora le sigamos, nos dará la paga del amor perfecto cual si le hubiéramos siempre correspondido (Mt. 20,9.10). ¿De qué otro modo más claro podría habernos indicado que

su amor era eficaz para reparar todas las ruinas y desastres que el pecado haya causado en nuestra alma, por muchos que hayan sido, por largo que sea el tiempo que en ellos hayamos vivido sumergidos?

Jesús nos llama a todos; y si no acudimos, nos espera; y si aun así no vamos, El nos busca, como a la oveja perdida (Luc. 15,4), como al dracma extraviado (Luc. 15,8): Nadie jamás amó tanto un tesoro como Jesús ama al pecador. Y cuando, por fin, logra entre sus brazos estrecharlo, lágrimas de alegría fluyen de sus ojos, y sobresaturación de dicha desborda su Corazón, como desborda el corazón de un padre que recibe a su hijo sano y salvo cuando ya lo creía muerto: El mismo es quien así nos lo asegura en la Parábola del Hijo Pródigo (Luc. 15,11-32).

Fuera, pues, de nosotros, toda desconfianza y desaliento. Recordemos las suaves caricias, la inundación de paz de que gozábamos antes de haber pecado: todo eso volverá.

Y si eso no basta, muévannos las lágrimas de Jesús que nos espera, decídannos las congojas y amarguras de su amante Corazón, y ahora mismo, sin esperar ni un instante más a consolarle, «me levantaré, e iré a mi Padre» (Luc. 15,18), y me echaré en sus brazos, y llenaré de gozo y alegría su corazón.

¿Por qué Dios así me espera y ama? ¿Por qué, si es el pecado la injuria más atroz, así desea olvidarlo y perdonarlo, y así nos sigue amando con locura? Porque hay una víctima —Jesús—, que se inmoló por mí, que tomó sobre sí mi maldición. Por mí se hizo hombre y esclavo, cubrióse de las miserias nuestras, tomó sobre sí nuestros pecados, y así los hizo suyos, satisfizo por ellos, y por ellos murió destruyéndolos, y como víctima perpetua sigue presente en el Sagrario, inmolándose siempre. Todo eso hizo Cristo por mí. Ya puedo estar tranquilo, que mis pecados, si se los doy, ya no son míos: bien pagados están y reparados.

Mas no; no hemos de estar tranquilos. Porque la caridad de Cristo nos apremia y atormenta, y es imposible reposar en la frialdad del egoísmo mientras en el corazón no se

encienda el amor de Dios, pues si El murió por mí, por El no he de cejar hasta morir a todo y a mí mismo, de modo que, viviendo, ya no viva por mí ni para mí, sino por Aquél y para Aquél que por mí murió y resucitó.

Perdón tan generoso me ha de llevar a la consagración plena y perfecta, a vivir sólo en el amor y para el Amor, dedicándole todas mis energías, ofreciéndole con afán todos mis frutos. Bien poco es que le dé todo por amor cuando por amor me lo dio El todo. He recibido el beso de mi Padre, y ya sólo amándole podré yo reposar, y sólo amándole haré a mi Dios feliz. Toda angustia y preocupación se ha disipado; sólo queda la angustia y preocupación del amor, de un amor sin límites, que nunca me satisfaga ni me sacie, porque nunca llegará a tal cual lo deseo, cual lo desea mi Dios y mi Jesús.

Su palabra llega a nuestros oídos, y se vierte en el corazón como un programa: el programa del amor fecundo: «Escuchadme, frutos divinos, y como rosa plantada junto a los arroyos de las aguas fructificad. Como Líbano tened perfume de suavidad y elevación de miras. Floreced, flores, como un lirio, y dad olor, y enverdeced en gracia; y entonad un cántico de amor, y bendecid al Señor en sus obras» (Eccli. 39,17-19).

Capítulo IV

SEGUNDO GRADO DE LA CONSAGRACION: LA HUIDA DEL PECADO VENIAL

«No des salida a tu agua, ni siquiera un poquito»
(Eccli. 24,39)

1. El afecto al pecado venial

La consideración del pecado mortal, del que Cristo, con su sangre, nos lavó, y el pensamiento del infierno, del que con su muerte nos sacó, ha de inducirnos a sentir vivamente el ansia de la consagración perfecta por amor, el deseo ardiente de vivir del todo para Cristo: «porque el amor de Cristo nos apremia, al pensar esto: que uno murió por todos; luego todos murieron; y por todos murió Cristo, para que quienes viven no vivan ya para sí mismos, sino para Aquél que por ellos murió y resucitó» (2.ª Cor. 5,14.15).

Realmente, si Cristo murió por mí para librarme de la muerte eterna y hacerme vivir vida perdurable, lo menos que puedo hacer es renunciar con gusto por su amor a mi vida temporal, y, ya que esto El no lo quiera, no querer ni usar esta vida para mí, sino para servirle y agradarle a El.

La paga con que a su amor correspondo aun así es bien mezquina: le ofrezco una vida temporal a cambio de la eterna, que es don suyo, y renuncio a todos los goces y satisfacciones de ella por amor a Aquél que por mí renunció, porque me amaba, no sólo a todos los goces de su vida, sino a su vida misma. Pero por mezquina e inadecuada que sea esta correspondencia, es todo cuanto podemos dar, y es todo lo que Jesús nos pide, Jesús que «murió para que los

que viven no vivan ya para sí mismos, sino para Aquél que por ellos murió y resucitó» (2.ª Cor. 5,15).

Esa es la consagración perfecta: no vivir para mí, sino para Jesús, de modo que ninguna actividad mía vital a El se sustraiga, ni a otro fin se dirija que a agradarle.

A esa consagración nos impulsa y apremia de continuo el amor con que Jesús nos ama, el amor con que vivió y murió por nosotros, para que nosotros vivamos y muramos para El. Sólo en esa entrega puede descansar el alma que ama: cualquier limitación que en ella haga la dejará amargada por la impresión de su ruindad e ingratitud.

Con esa consagración, con esa entrega, es incompatible a todas luces el pecado venial, y, más que él todavía, el afecto habitual a ese pecado, la despreocupación con que uno lo comete.

Todo pecado venial es, en efecto, una sustracción de nuestra actividad a Dios: sin robarle nuestra alma, que sigue perteneciéndole, le robamos la actividad de nuestra alma, que empleamos, no para El, sino para nosotros, al margen de El, y a sabiendas de que así le disgustamos.

En lugar de entregar del todo nuestra vida a Quien del todo la entregó por nosotros, preferimos reservárnosla, siquiera sea en parte, vivir para nosotros y para nuestros mezquinos intereses, anteponiéndolos a los intereses de Jesús que, en último término, son los nuestros verdaderos. Así se recorta la consagración, y se divide el alma en dos vidas contrarias que luchan entre sí, y es continuo el combate entre el amor y el egoísmo, y sobreviene poco a poco la anemia del amor, y por fin su colapso, y con él la destrucción en nosotros de la vida divina.

Tal es el término desgraciado a que necesariamente aboca la permanencia en el afecto al pecado venial, ya que esa permanencia es de todo punto incompatible, tanto con la vida de amor que el alma necesita, como con las exigencias de Dios, que es amador celoso (Ex. 20,5;34,14).

2. El afecto al pecado venial es incompatible con la vida de amor

La incompatibilidad del afecto al pecado venial con la vida de amor que necesita el alma, la hallamos bellamente expresada en la Escritura en el libro de los Números y en el Deuteronomio.

«Cuando pasareis el Jordán, y entrareis en la tierra de Canaán, destruid todos su habitadores, y haréis pedazos todas las piedras gravadas, y desmenuzaréis todos los ídolos, y arrasaréis todos los lugares destinados a su culto, y, purificada así la tierra, habitaréis en ella, pues yo os la he dado en posesión... Mas si no dierais muerte a todos los habitantes de la tierra, aquellos que quedaren os serán como espinas clavadas en los ojos, y como lanzas hundidas en los costados, y os acosarán en la tierra donde estéis, y todo lo que contra ellos había decidido hacer, lo haré contra vosotros» (Núm: 33,51-56).

«Cuando se acerque la batalla, los jefes hablarán al pueblo diciendo: ¿Quién es el hombre que edificó una casa nueva, y no la ha aún estrenado? Vaya, y vuelva a su casa, no sea que muera en el combate y la estrene otro hombre. ¿Y quién es el individuo que ha plantado una viña y no ha comenzado a disfrutarla? Váyase, y torne a su casa, no sea que muera en la pelea y otro hombre la disfrute. ¿Y quién es el individuo que se ha desposado con una mujer, y aun no se ha casado con ella? Váyase, y tórnese a su casa, no sea que muera en la guerra, y otro hombre la tome por esposa... ¿Quién es el hombre medroso y blando de corazón? Váyase, y vuelva a su casa, para que no intimide el corazón de sus hermanos conforme lo está su propio corazón» (Deut. 20,5-8).

Cuando Dios introduce a nuestra alma en la tierra de promisión, haciéndola gozar de la vida divina de la gracia, es menester dar muerte y aniquilar todo aquello que en nosotros vivía y nos profanaba cuando estábamos en pecado;

es menester que cese totalmente la vida antigua para que reine con exclusividad la nueva vida que, con el perdón, en Cristo recibimos.

Cualquier afecto desordenado que se deje, por pequeño que parezca, cualquier resabio de la antigua maldad, será como el puñado de fermento que acabará por corromper toda la masa: clavos en los ojos, que nos cegarán en medio de la luz que nos inunda, para que no advirtamos que corremos por senda que lleva a perdición; lanzas que abrirán nuestros costados, y, desangrándonos nos causarán la muerte.

En lugar de la paz con que Dios nos regaló al perdonarnos y reconciliarnos consigo, encontraremos una perpetua guerra: nuestra alma será un campo de batalla y de lucha. El amor de Dios exige reinar sólo; y los enemigos que hemos dejado convivir con él serán cada vez más exigentes, arrinconarán cada vez más el amor a Dios hasta extinguirlo.

Y nosotros nos sentiremos incapaces de protegerlo o defenderlo: los afectos desordenados que consentimos y mimamos, y a los que no queremos renunciar, nos inhabilitarán para la lucha. Ese afecto a mil cosas que hay que inmolar a Dios, nos llena de indecisión, temor y cobardía al presentarse el sacrificio y la renuncia. El que voluntariamente mantiene en su alma algún afecto que no sea para Dios, no sirve para el combate. Y el combate vendrá, porque los enemigos están dentro; y su fin inevitable es la derrota.

El alma obra según los hábitos que adquiere. Si por dar gusto a Dios se ha habituado a renunciar sus pequeños gustos y caprichos, mucho más fácilmente renunciará al pecado grave, por seductor que se presente, sabiendo que ese pecado la hará perder a Dios. Mas si continuamente prefiere disgustarle antes que renunciar a sus caprichos, cuando la tentación se le presente violenta, y se vea precisado a elegir entre Dios y creatura, obrará según siempre suele hacerlo, y antepondrá a Dios la creatura. ¿Cómo renunciará por Dios a un placer que se le presenta como grande, si su amor a El es tan pequeño que no la mueve a renunciar a

menudencias, y prefiere antes disgustarle que no el privarse de ellas?

Lo mismo nos enseña Jesucristo, cuando nos dice: «Cierto hombre hizo un gran convite, e invitó a muchos. Y llegada la hora del banquete envió a su criado para que dijese a los invitados que vinieran, pues ya todo estaba preparado. Y comenzaron *todos*, como de común acuerdo, a excusarse. El primero dijo: He comprado una quinta, y necesito salir y visitarla; ruégote, pues, que me des por excusado. Y otro dijo: Compré cinco yuntas de bueyes, y voy a probarla; te ruego que me excuses ante tu señor. Y otro dijo: He tomado esposa, y así no puedo ir. Y vuelto el criado, anunció todo esto a su señor. Entonces, airado dijo a su siervo: sal inmediatamente por las plazas y barrios de la ciudad, y trae aquí a los pobres, a los miserables, a los ciegos y a los cojos... Pues en verdad os digo, que ninguno de aquéllos que fueron invitados gustará mi cena» (Luc. 14,16-24).

El paralelismo con el texto citado del Deuteronomio es evidente. Se trata de afectos en sí buenos, no pecaminosos: afecto a la propiedad —aquí ya un poco excesiva: una quinta, *cinco yuntas*—, afecto a la esposa. El desorden empieza al no subordinar esos afectos de un modo positivo al amor de Dios: en no amar a la esposa, y no querer la propiedad puramente por dar gusto a Dios. Ahí está el pecado venial, que no ordena positivamente a Dios todo lo nuestro, que le sustrae algo, aunque permanezca amigo de El: tan amigos que son todos invitados a la cena.

Pero esos afectos no positivamente ordenados a Dios, engendran en *todos* ellos el pecado mortal, el rechazo de la invitación divina a la gloria cuando esta invitación se enfrenta con su afecto levemente pecaminoso, levemente desordenado. La sentencia de Jesús no puede ser más terminante: Ninguno de ellos gustará mi cena.

El amor es un fuego que, al arder, por sí mismo se extingue, si no se le alimenta; y la leña y combustible que mantiene encendido el fuego del amor no es otro que el sacrificio y la renuncia: el preferir de continuo al Amado a

cuanto no es El, el inmolarle nuestros pequeños gustos y aficiones.

El amor más intenso se apagaría insensiblemente hasta extinguirse, si no se le alimenta y le sostiene con pequeñas pero continuas delicadezas y atenciones, que son las vías por donde el amor actúa y se manifiesta: y todas las delicadezas y atenciones del amor consisten en sacrificar nuestros gustos y caprichos, para dar gusto al amado y seguir su capricho.

Cuando esas delicadezas cesan, extínguese el amor, como se apaga el fuego cuando no encuentra pábulo que pueda alimentarlo. El amor no puede mantenerse si no a base de consumirse de continuo en él el alma, como el fuego no puede mantenerse si no a base de consumir aquello en que ha prendido.

Es claro, pues, que el alma que está encendida en amor de Dios, pero no se consume en él, no se despoja de continuo de algo de sí misma para entregarlo a las exigencias del amor, no puede permanecer encendida mucho tiempo.

Y tal sucede al alma que ama el pecado venial: está encendida en el amor de Dios; pero pretende locamente perseverar siempre encendida sin entregar nada a la voracidad de ese fuego, pues quiere sustraerle toda su actividad, que emplea en sí misma y en sus satisfacciones, limitándose a no echar al fuego del amor el agua del pecado grave que lo apague. Su amor, cada vez más anémico y enteco, acabará extinguido por sí mismo. Una gota de lluvia basta para apagar el último punto de ignición de una hoguera; y la más leve tentación basta para extinguir ese amor agonizante.

El amor es como el agua: principio ésta de energía natural, principio aquél de energía sobrenatural.

La fuerza del agua es resultado de dos factores combinados: de su cantidad, y de la altura que alcanza. Esta altura es mayor cuanto el agua menos se desparrama. Por eso el agua del mar, a pesar de su inmensidad, no posee energía alguna aprovechable: es agua derramada, y, por eso, incapaz de todo trabajo y todo esfuerzo.

El amor es la energía y fuerza del alma, y, siendo ella finita y limitada, limitada y finita es también su energía, por grande que se la pueda suponer. Pero hay un modo de hacerla infinita, como también de reducirla a cero. Cuando todo el amor del alma se concentra en Dios, adquiere altura infinita e infinita fuerza: sin extensión el alma y simplicísimo Dios, el amor que, asentado en el alma, se dirige a Dios, es como columna de agua que no tiene grosor: por poca que sea el agua, alcanzará así infinita altura; por poco que sea el amor de que es capaz el alma, llegará a Dios.

No hay roca que resista una columna de agua de infinita altura; todo obstáculo desmenuzaría, y agujerearía con su peso hasta la misma tierra, si a ella se aplicase: no se conoce resistencia alguna, que pueda oponerse a la presión del agua, si su altura se eleva suficientemente. Y así tampoco hay dificultad u obstáculo que no arrolle y triture el amor del alma, cuando alcanza hasta Dios porque sólo en El se concentra: cuanto encuentre en su camino, que quiere dividirlo o detenerlo, lo desmenuzará y triturará.

Y nada puede herirlo o desviarlo, porque nada hay que pueda actuar en él: tiene la misma simplicidad de Dios, que es su término, y así ni aún el demonio puede obrar sobre él, pues carece de su simplicidad. Lo que carece de extensión no puede ser actuado por lo extenso, pues lo que es extenso sólo por contacto de extensión puede aplicarse; y lo que es simplicísimo no puede ser actuado por lo que no lo es, pues sólo por contacto de simplicidad puede ser influido, y de ese contacto es incapaz lo que no es simple. Así, el alma que ama a Dios solo, en todo obra y actúa, todo lo vence, lo sujeta y domina, mas ella de nadie sufre la influencia, por nada es dominada ni afectada.

Cuando el amor del alma se divide y desparrama extendiéndose también a las creaturas con afecto que sustrae a Dios, su altura baja cuanto más se desparrama, y ya no alcanza a Dios, aunque a El tienda, porque siendo ese amor finito y limitado, y extensa su base, necesariamente finita y limitada será también su altura, y por ende su fuerza. Tanto

más limitadas ambas, cuanto mayor sea la dispersión del amor y menor la perfección natural del alma; y así, no podrá ésta salvar la distancia infinita que de Dios la separa, llevada en alas de un amor que a El no llega.

Por eso jamás podrá unirse a Dios el alma con pecados veniales, con dispersión de afectos, hasta que de esa dispersión no se vea libre, en esta vida o en la otra. Y por eso no alcanza más a Dios quien más capacidad tiene de amar, sino el que más concentra en Dios esa capacidad.

Dispersado el amor, y derramado en las creaturas, se hace el alma vulnerable a todo ataque y tentación, pues carece de la simplicidad divina que la hacía inatacable. El mundo y la carne solicítanla, pues en ellos tiene puesto el corazón, y el demonio la veja y atormenta, pues la supera en simplicidad.

Y, lo peor de todo, carece de fuerza para vencer esos obstáculos. Su amor no tiene altura suficiente para arrollarlos y triturarlos; y así, a cada derrota, se derrama más su amor y disminuye su fuerza, hasta anularse, como se anula la fuerza de las aguas del mar, como se desparraman las aguas poco impetuosas cuando encuentran algo que las frena. Así se cumple en ella la maldición que Jacob diera a Rubén, su primogénito, porque se dejó llevar de sus desordenados apetitos: «Como agua te derramaste: no crezcas» (Gen. 49,4).

Es el alma como un vaso, que contiene el agua del amor: amor finito, aunque por razón de la simplicidad del alma que es su origen, y la de Dios su término, puede alcanzar infinita altura cuando a Dios se dirige. El pecado mortal desfonda el vaso, vaciándolo por completo en un instante: nos deja sin amor, sin tendencia hacia Dios ni ordenación a El. El pecado venial es como un pequeño agujero por donde el amor sale y se difunde a las creaturas, sin perder todavía por eso el alma todo su amor a Dios, ni su dirección u ordenación a El; pero si ese orificio no se tapa, si esa dispersión de nuestro amor a la creatura no se combate, todo nuestro amor irá saliendo, irá disminuyendo, hasta desaparacer enteramente.

La presión del agua al salir por una brecha o agujero, lo dilata y resquebraja cada vez más, de modo que lo que empezara siendo un hilillo despreciable, pasa a ser un arroyo, y aun un río, si no se le detiene prontamente. Así el pecado venial: es como un escape de agua muy pequeño; mas si de seguida no se le remedia, pronto el alma se resquebraja más y más, hasta venir por ahí a perder todo su amor, hasta caer derribados todos los muros que del pecado mortal la separaban.

Y ese efecto acelerador del pecado venial no combatido parece ser tanto mayor y más intenso, cuanto mayor grado de amor divino haya alcanzado el alma, cuanto más haya gustado la suavidad divina: cuanto mayor es la altura del agua, con tanta mayor presión dilata la vía abierta; y cuanto más el alma ha gustado de Dios tanto mayor ruindad y malicia supone el buscar algún gusto fuera de El.

A lo largo del dique que protegía a su pueblo y su campiña contra el furor del mar, caminaba un niño holandés de unos diez años con un hermanito suyo algo menor. Había tormenta, y las olas lo batían rabiosamente, sin poder derribarlo. De pronto observa el niño un pequeño agujero, por donde chorrea el agua, y ve cómo la fuerza del agua va arrastrando pequeños fragmentos de la roca, que lo hacen cada vez mayor. En un instante lo comprende todo: no hay tiempo para llegar al pueblo y avisar; antes de que llegue, habrá caído derribada la muralla, y perecerán todos anegados. En vano intenta taponarlo: todo cuanto pone, lo hacen saltar las aguas. Toma entonces una resolución desesperada: manda a su hermano corra a avisar al pueblo, y él tapona el agujero con su mano, apretando sobre ella todo el cuerpo. Cuando, a las varias horas, llegaron junto a él para poner remedio, allí permanecía él aún taponando. Inundósele el rostro de alegría, al ver que los suyos serían salvos, y al instante cayó muerto en sus brazos: la tensión, fatiga y agonía de tan terribles horas le mataron; pero su muerte no fue vana: había salvado con ella a su familia, y aun a todo su pueblo.

Como el pequeño héroe holandés, debemos estar prontos a pasar todas las agonías y fatigas para taponar y combatir cualquier afecto al pecado venial. Y aunque ello exija una tensión y esfuerzo heroicos, mantengámonos firmes en la brecha: sólo así evitaremos la ruina de nuestra alma, la inundación del pecado, la muerte del amor. Dichosos si, por lograrlo, perdemos nuestra vida.

Si ha de ser nuestra divisa: «Antes morir que pecar», debemos aplicarla al pecado venial, pues si a él no la aplicamos será inútil, irremediablemente caeremos mortalmente. Por eso, una vez que, por temor y amor, logramos desterrar de nosotros el afecto al pecado grave, el único modo de evitar la recaída no es orientar el esfuerzo a evitarla directamente, sino ejercitar el amor evitando el pecado venial, enderezando a esto todas las energías de nuestra alma. De no hacerlo así, nuestro arrepentimiento será efímero, y las caídas volverán a repetirse.

3. El afecto al pecado venial es incompatible con las exigencias de Dios

Si el pecado venial es incompatible con la vida de amor que el alma necesita, no menos lo es con las exigencias del amor que Dios a ella le tiene. Dios es un amante celoso y exclusivo, y por eso no tolera ni sufre que el alma que se le ha entregado coquetee todavía con las creaturas: «No te postrarás ante ellas, ni las servirás, pues Yo, el Señor tu Dios, soy Dios celoso» (Ex. 20,5), «guárdate de pactar alianza con los habitantes de la tierra a que te diriges... en verdad no adorarás a otro Dios, porque el Señor tiene por nombre Celoso, Dios celoso es. Cuida de no pactar alianza con los moradores del país» (Ex. 34,12.14.15).

Si Dios se entrega todo y sin reserva al alma, exige que también ella se le entregue toda y sin reserva; ni sería su amor verdadero, si se contentase con algo menos que una entrega exclusiva: no amaría entonces al alma como Esposo, sino como amante ruin y mercenario, y eso no cabe en

Dios. De ahí la indignación suma que su mismo amor le hace sentir cuando ve que el alma reparte sus favores entre El y la creatura. Por eso, el pecado venial es incompatible con la unión de amor que Dios desea y necesariamente exige.

Un hombre ve con gusto que su esposa trate a todo el mundo amablemente, y sea gentil con todos; pero le molesta, y no tolera el que ponga de asiento su afecto y corazón en algún otro hombre fuera de él. Y aunque ese afecto no llegue a incluir la infidelidad total, basta que sea deseo de agradar, y ser admirada y deseada, para que el verdadero esposo se sienta humillado y despreciado, y se rompa el encanto del amor y la armonía de la intimidad, preparándose la ruptura que necesariamente llegará, si la esposa no enmienda.

También Dios ve con gusto que tratemos con amabilidad a todas las creaturas, y usemos de ellas con agrado y placer, y las favorezcamos y ayudemos según nuestros alcances: todo eso está muy bien, y el no hacerlo le sería a El desagradable. Pero no tolera que en ninguna de las creaturas, cuyo trato gozamos, pongamos nuestro corazón o nuestro afecto, que a El sólo pertenece. Y aunque no lleguemos a la infidelidad total, abandonándole del todo por el pecado mortal, le humillamos, llenándole de oprobio y de desprecio, al tributar a otros afectos y caricias que a El solo son debidos, al aposentar en el santuario de nuestro corazón otros amores que hagan al suyo compañía. Ese desprecio hará que se retire cada vez más del alma, y ocuparán su puesto los amores creados hasta del todo suplantarlo.

Dios quiere reinar solo en nuestra alma. No admite componendas: es un Esposo, no un amante cualquiera. El nos hizo, y conoce todos los anhelos de nuestro corazón, y sabe cómo saciarlos, y los quiere saciar: El solo basta. Y cuando el alma no quiere con El solo contentarse, le hace la injuria de no creerle ya Dios omnipotente, de juzgar que fuera de El hay algo amable y bueno que El no puede darnos de lo cual carece, lo cual ya es pecar contra la fe.

Todas las creaturas son don suyo, con el cual quiere rega-

larnos; y es su deseo que en ellas nos gocemos; pero que nos gocemos junto con El, y en su amorosa compañía, no que le dejemos para estar con ellas, o que nos desprendamos de su dulce presencia, como si ella nos molestase el gozarlas. Tal como los regalos y diversiones que un esposo a su esposa facilita: siente gusto en que se goce en ellas, pero sin que por ellas a él le olvide ni le deje, sino que las goce y las contemple en unión de él. Y esa unión, donde hay amor, no disminuye el goce ni lo mengua, antes lo hace mayor y más amable.

Así, el amor exclusivo que Dios exige al alma, lejos de impedir en ella el goce de las creaturas, inmensamente lo realza y hermosea, como es mayor el goce y más crecido cuando se contempla un paisaje comentándolo con la persona amada, que no cuando a solas lo miramos.

Dios mandó a Moisés edificar el altar de los holocaustos «no sólido, sino vacío y hueco en su interior» (Ex. 27,8). Es el alma el verdadero altar, en que todo nuestro ser ha de arder y consumirse en el amor divino; y Dios la quiere vacía de todo afecto, para llenarla El. Y en la misma medida en que nosotros nos vaciemos, en esa misma El nos llenará: lo que dejemos libre de amor de creatura, lo llenará al instante el amor de Dios, que no otra cosa desea sino inundarnos. Cuanto más renunciemos a los amores creados, más sentiremos al ansia del amor de Cristo; y, según le ansiemos, así El se nos dará.

«Ve, pide prestados todos los vasos vacíos que puedas; y entra, y cierra tu puerta cuando estuviereis dentro tú y tus hijos, y vierte de tu alcuza en todos estos vasos; y cuando se llenaren, los tomarás» (4 Reg. 4,3.4), dijo Eliseo a una mujer pobre y adeudada, cuya única riqueza era un poquito de aceite con que se ungía, y a quien iban a vender como esclava, junto con sus dos hijos, para saldar sus deudas (4 Reg. 4,1.2). « Y marchóse la mujer, y cerró la puerta sobre sí y sobre sus hijos: ellos ofrecían los vasos, y ella vertía el aceite. Y cuando todos los vasos estuvieron llenos, dijo a su hijo: tráeme otro vaso. Y él respondió: no hay

ninguno más. Y al instante dejó de fluir el aceite de la alcuza. Fuése, pues, la mujer, e indicó al hombre de Dios lo sucedido. Y díjole éste: Vete, vende el aceite, y paga a tu acreedor; y tú y tus hijos vivid de lo restante» (4 Reg. 4,5-7).

Esta pobre viuda, cargada de deudas y miseria, y a punto de ser vendida, con sus hijos, como esclava, es bella imagen del alma que está en gracia, pero llevada al borde de la ruina por sus hábitos de pecado venial. Todavía tiene un poquito de aceite con que ungirse, para aparecer bella y atractiva a los ojos de Dios; un poquito de aceite con que mantener encendida todavía la lámpara del amor en el hogar del corazón ya frío. Pero es muy poco el aceite del amor, porque no tiene para él más que un vaso, y éste pequeño: una pequeña alcuza, cuyo contenido disminuye por momentos. No da para alimentar a sus dos hijos que piden pan: el entendimiento desfallece por falta de verdad, y languidece la voluntad, falta de bien.

Es menester alimentar a esos dos hijos exigentes, y el alma mendiga en las creaturas un poquito de pan con que engañar el hambre, que saciarla no la sacian jamás. Se van contrayendo cada vez más deudas, y es el demonio, príncipe de este mundo, su implacable acreedor. Cuando el alma ha agotado todas sus posibilidades y recursos, se presenta el demonio a cobrar su factura: la esclavitud del pecado mortal, que es lo único que busca y que desea con sus pequeños préstamos de pecado venial.

Sólo hay un medio de evitar el inminente cautiverio: aquel poquito de aceite, que aún no se ha agotado, aquel poquito de amor, que aun no se ha apagado: mientras la lámpara del amor esté encendida, no hay todavía nada irremediable.

Espantada el alma ante la desgracia que se le viene encima, renuncia a mendigar de las creaturas que quieren someterla a esclavitud, se aisla a meditar, y se encierra en sí misma con su entendimiento y voluntad, oculta a las miradas y al influjo de cuanto la rodea, y se provee de vasos, excitando los deseos y las ansias de su entendimiento

y voluntad: cuanto más y mayores sean estos deseos, tantos más vasos tiene, tanto más será llena: la pequeñita alcucita de su amor es fuente inagotable para llenar todo deseo de Dios. En esa oración callada, llénanse y satisfácense todos sus deseos; sólo deja de fluir en ellos la bendición divina cuando ya ella es incapaz de querer más.

Los vasos del alma quedan vacíos, cuando deja de desear las creaturas: tanto más vacíos los tendrá, cuanto más del amor de éstas se desprenda. Entonces se siente inundada de dicha y de riqueza. La inundación de amor en que se anega le sirve para pagar todas sus deudas, pues Dios lo suple todo ante el amor. Entendimiento y voluntad se sienten llenos y saciados, pues Dios se vierte en ellos hasta que ya no pueden contener más; y vuelve la abundancia y la riqueza, porque vuelve el amor a llenarlo todo, el amor del que está escrito: «Si el hombre diere toda su hacienda por el amor, cual si nada hubiere dado lo despreciará» (Cant. Cant. 8,7).

¡Oh, si supiéramos vaciarnos a todo afecto creado, para suspirar a solo Dios! ¡Cómo Dios nos llenaría y haría felices! Nada desea El tanto como esto, nada le hace sentirse tan feliz como hacernos dichosos; mas, aun volcándose en nosotros, no lo puede lograr, si no nos presentamos a El vacíos.

Si a un pequeño vaso lo mediamos de piedras y cemento, no podremos llenarlo, aunque en él vertamos todo el mar: donde están las piedras y el cemento, no podrá estar el agua. De igual modo, cuando el alma alberga en sí afectos creados, aunque del todo no la ocupen, y dejen algo para Dios, ya puede Dios, con infinito amor, verterse en ella, que no la llenará y seguirá el alma sintiéndose pobre, sedienta y seca, en medio de las aguas del amor y rodeada de los bienes de Dios.

Despojémonos de todo afecto a creatura, y Dios nos llenará, y entonces «veremos y gustaremos cuán suave es Dios» (Salm. 33,9).

4. El pecado actual y el pecado habitual

Sabemos que, de hecho, no podemos evitar por completo todo pecado venial, evitar el disipar nuestro amor y nuestra fuerza repartiéndolo a veces entre las creaturas que nos seducen.

Pero ello no debe desanimarnos. Cuanto llevamos dicho del pecado mira al habitual, no al actual. Es aquél, y no éste, quien impide la perfecta unión con Dios y el goce de ella; mientras el actual es, en el plan divino, un precioso reactivo que la aviva.

Lo que en nosotros impide y traba la acción divina es la mala disposición, la resistencia libre y permanente de nuestra voluntad: y eso es el afecto al pecado venial, el pecado venial habitual. Para ser tal, no basta que cometamos el mismo muchas veces, y en él de continuo recaigamos, como tampoco se requiere de suyo el que lo repitamos. Lo único que basta y se requiere es que no lo retractemos de seguida, no nos arrepintamos de él ni lo lloremos.

Un solo pecado venial que no detestemos y lloremos, es pecado habitual: porque deja al alma permanentemente apartada de Dios, porque la establece en la mala disposición de no importarle su disgusto, y así mata la delicadeza y exclusividad que exige el amor: la unión de intimidad será imposible, porque el alma resiste siempre a Dios, aunque el acto del pecado sea uno solo.

Y un pecado cien mil veces repetido en un día, no es pecado habitual, ni impide la unión plena con Dios, si inmediatamente, cada vez, lo lamentamos y lloramos, y queremos ser *sólo de Dios*: entonces Dios nos llena, pues, fuera del instante mismo del pecado, nos encuentra vacíos, y no halla en nuestra alma resistencia a su acción.

Es verdad que cuando uno repite muchas veces un pecado, suele acabar por cansarse de arrepentirse de él y detestarlo, y entonces se hace habitual; como también es verdad que cuando sinceramente se detesta cada vez que en

él se ha caído, suele primero disminuir su frecuencia, para al final no hacerse más. Pero son tantos en esto los matices, y tan insegura en cada caso esta presunción, que nada hay más expuesto a error que el juzgar del amor propio o ajeno a base de esos actos externos de pecado.

No es el que menos peca el que más ama, sino el que más vivamente siente y lamenta su pecado cada vez que lo comete, pues ese sentimiento indica la magnitud de su deseo de agradar en todo a Dios. Si uno peca diez veces en una hora, y otro solamente dos, aquél tiene más amor de los dos, que más sinceramente sufre por haber disgustado a Dios, pues el índice verdadero del amor es el deseo de agradar al amado, y, por tanto, la pena de que el amado haya sido disgustado.

Procuremos levantarnos siempre en seguida del pecado, y con todas veras detestarlo, dándonos de nuevo a Dios sin cortapisas, y esos pecados nada nos dañarán a sus divinos ojos, antes nos servirán para unirnos más a El, y para mantenernos en la humildad, sustrayéndonos a las alabanzas de los hombres, que, al verlos y no ver nuestro dolor, nos despreciarán y tendrán en menos. No nos importe no agradar a los hombres; bástanos bien el agradar a Dios.

Esta doble eficacia del pecado venial, salvadora o ruinosa, según el modo de reaccionar en él, aparece muy clara en la familia humana.

Por mucho que sea el amor que medie entre esposa y esposo, y entre padres e hijos, no pasa día sin que surjan una infinidad de disgustillos, provocados por los pequeños egoísmos que a cada paso afloran. Mas, si el amor es grande, todos esos disgustos se reparan enseguida con nuevas muestras de delicadeza y de ternura, que el alma amante exige de sí misma para consolar al amado que afligió, y así contribuyen, avivándolo, a renovar el fuego del amor, que jamás conocería tan tiernas expresiones si la reparación de esos disgustos no las provocaran.

Mas si el amor es poco en la familia, tal vez suele faltarse menos, se guardan más las formas para evitar chocar;

pero es mayor el egoísmo: si la persona amada se disgusta, a ella se da la culpa, y no se procura reparar con caricias, compensando con una mayor inmolación, una mayor fidelidad. Se siente frío en ese hogar: nadie riñe, pero nadie está contento, falta la intimidad y la ternura; sólo resta el respeto entre extraños. Y en un hogar así nadie es feliz, porque nadie es feliz sin el amor.

Igualmente, no impide la mutua armonía habitual en la familia el que un hijo no cumpla a veces bien la voluntad del padre, mientras repare esas faltas cada vez, mientras no ofrezca resistencia habitual o sistemática a sus mandatos: eso sucede con frecuencia cada día, sobre todo cuando es pequeño el hijo, y no por ello el amor padece merma.

Pero si el hijo se pusiese en determinación continuada de no hacer caso de algunos de los preceptos de su padre, y no sólo los desobedece, sino que mantiene luego su actitud desobediente, la armonía se deshace, y el padre siente pisoteada su autoridad, y ya no se atreve a mandar ni aun aquello que el hijo estaría dispuesto a realizar.

En realidad ya no se reconoce tal autoridad: desde el momento en que deliberadamente se distingue entre mandato y mandato, y a uno quiere obedecer, y al otro no, ninguno cumple en realidad por amor y obediencia, sino porque coincide con su propio parecer y voluntad.

La consecuencia de todo esto es que no debe preocuparnos gran cosa el que nuestros pecados veniales sean más o menos, ni debe desanimarnos el ver que se repiten. En lo que sí hemos de poner todo el ahínco es en detestarlos sinceramente de seguida, nada más cometerlos; es en no dejar ninguno de ellos sin la reparación de un acto de amor sincero y total, sin cortapisas, de una entrega sin restricciones.

Que la disposición frecuentemente actuada, ordinaria, habitual, sea de verdad *no querer nada* que poco o mucho desagrade a Dios, aprovechándonos de nuestros mismos tropiezos repetidos para más intensamente renovarla. Eso es lo importante en nuestra vida de amor; eso es lo que consuela y alegra a Jesús, que nos hizo de barro, y conoce y

comprende nuestra flaqueza; ahí está la perfección que Dios demanda a nuestra consagración.

Si así lo hacemos, nuestros pecados veniales no serán nunca habituales, y, lejos de impedir la unión con Dios, servirán para fomentarla, humillándonos y obligándonos a recurrir más a El, y más echarnos en sus brazos, cuanto más experimentamos nuestra debilidad, flaqueza e impotencia.

Mas en el momento en que dejemos de arrepentirnos de un solo pecado venial perseverando su afecto en nuestra voluntad, hemos abierto un orificio en el vaso del amor, y por ahí se marchará todo, si no lo remediamos.

Una sangría abundante puede ser saludable; y, de todos modos, pronto se recobra de ella el cuerpo. Una hemorragia lenta, pero continuada, por pequeña que sea, nos conduce a la anemia primero, y después a la muerte.

Capítulo V

EL TERCER GRADO DE LA CONSAGRACION Y LA TENDENCIA A LA PERFECCION

> «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el mayor y primer mandamiento. Y el segundo es semejante a él: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. En estos dos mandamientos están toda la Ley y los Profetas.»
>
> (Mt. 22,37-40)

1. Noción de perfección e imperfección

Vivir tan sólo preocupados para no disgustar a quien amamos es muy poca cosa para el amor. Amar es dar gusto al amado, y aquél ama con todo su corazón, con toda su alma, con todas sus fuerzas —según está mandado—, que totalmente se emplea y ocupa en darle gusto, nada omitiendo que pueda complacerle. Esa, y sólo ésa, es la consagración perfecta: vivir positivamente para Cristo, vivir para darle gusto, y el mayor gusto posible a cada instante.

Hay una infinidad de detalles en el amor cuya omisión no desagrada positivamente al amado, pero cuya ejecución le agradaría sobremanera: la omisión de esos detalles es la imperfección, y su repetición frecuente hace imperfecta la consagración.

Un ejemplo del amor humano nos lo hará fácilmente comprender. Una madre está consagrada al servicio y cuidado de sus hijos; es decir, sólo vive para hacerles bien, sólo su agrado procura, olvidada completamente de sí misma.

Ese olvido completo de sí hace que no pase por alto ni omita detalle alguno que pueda contribuir al mayor contento de sus hjos: sabe perfectamente las pequeñas preferencias y caprichos de cada uno, dando a cada uno la cuchara y el cuchillo que prefiere, el bocado que más le gusta, la caricia que ella sabe que desea. Nadie nota su heroismo y abnegación, ni aun ella misma, porque todo deriva de un modo connatural, sin violencia, de la sobreabundancia de su amor, como brota sin esfuerzo de la fuente el agua que no puede retener: sólo se advierte bienestar y florecer de vida y alegría en torno de ella, como brotan las flores y están verdes las plantas, y se siente la umbría y la frescura junto a la fuente.

Pero muere la madre, y es la hermana mayor quien cuida de la casa, quien vive consagrada al servicio y cuidado de los hermanos huérfanos. Tiene verdadero deseo de suplir en todo a la madre, tiene sincero amor a sus hermanos pequeños, avivado por la compasión que hacia ellos siente al verlos sin el cariño maternal, tiene corazón muy semejante al de la madre, como que de ella lo heredó, y hasta copia sus gestos y modales: tiene todo lo de la madre... menos el amor de madre, que no puede tener. Por eso carece de la intuición con que ésta adivinaba sus preferencias y caprichos, y, cuando los intuye, no pocas veces no sabe comprenderlos, y se resiste a complacerles por parecerle irrazonable: sólo el amor de madre puede ser tan loco que no conozca el cálculo frío de la razón.

Sus hermanos la aman y quieren, y ninguna queja tienen contra ella, ninguna acusación pueden formular su amor y cuidado; pero ya no recibe cada uno la cuchara que prefiere, ni la silla con que se halla encaprichado, ni la golosina que más gusta, ni la caricia en el preciso momento que la desea y espera.

Aquello no es la madre: se está bien, pero no tan bien como cuando vivía ella; con ella era otra cosa: muchas flores se han marchitado, y muchas ilusiones languidecen, porque la fuente ha disminuido su caudal, aunque queda la

umbría y el sosiego, y el verde prado de muchas ilusiones.

Y el agua del amor aun sale pura; pero no sabe tan bien como cuando fluía de la madre: por lo mismo que es su corriente de menor caudal, está más saturada de tierra de egoísmo que lleva en suspensión. Su consagración y entrega a la familia es perfecta como consagración de hermana, porque da cuanto de sí el amor de hermana puede dar; pero es imperfecta como consagración de madre, porque su amor, por más que haga, no llega al maternal. Por eso, a nadie disgusta o falta, pero todos sienten que lo haría mejor su madre, que falta algo indefinible que sólo su presencia podría dar.

La imperfección no sólo es omisión —aunque la implica siempre—: puede también ser acción. Tiene el niño un disgusto, y la hermana hace por consolarle, y ese esfuerzo de ella agrada al niño, y sus caricias y besos le consuelan. Pero el niño preferiría otro modo: el modo con que su madre le acariciaba y consolaba. Aunque no le desagrade, antes le gusta, el que su hermana emplea: pero se pondría mucho más contento si la hermana fuera como la madre: ese consuelo es, por tanto, imperfecto: es una imperfección en el amor. La imperfección no desagrada a Dios —si le desagradara ya sería pecado—; incluso le agrada; pero *le agradaría más* que procediéramos de otro modo.

2. La imperfección y el pecado

A Dios debemos todos los amores que es susceptible de sentir nuestro corazón: amor de amigo y de hermano, de madre y de padre, de esposo y esposa. Habiéndonos creado para sí, necesariamente exige y quiere que a El tendamos con todos nuestros afectos.

Y esos matices del amor han de ser sin medida, siempre crecientes, siempre en ansias de superación continua: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas, con toda tu mente» (Luc. 10,27; cf.

Luc. 10,29): cualquier limitación voluntaria y deliberadamente hecha a ese amor total que le debemos, es necesariamente pecado, al menos leve, por oponerse al primer y principal mandamiento que Dios nos dio, por no amar a Dios con todas nuestras fuerzas, según está ordenado.

Pero esa capacidad actual de amor, que íntegramente hemos de dar a Dios, no es la misma en todos los períodos, ni aun instantes, de nuestra vida. «Nos estamos haciendo hijos de Dios» (Io. 1,12; 1.ª Io. 3,2), y en la medida en que esa filiación se desarrolla y perfecciona, crece también nuestra capacidad de amor. Amándole siempre con todas nuestras fuerzas, le amaremos cada vez más, porque también cada vez más nuestras fuerzas son mayores.

Nuestro amor natural, como creaturas, es necesariamente egoista: no puede llegar a verdadera benevolencia, aunque la desee y tienda a ella. Por eso dicen los filósofos que cuanto amamos, lo amamos por percibirlo en algún modo como conveniente a nosotros mismos.

La elevación sobrenatural rompe este círculo de egoísmo básico, pues al hacernos hijos de Dios nos hace partícipes de su mismo amor, puro y desinteresado. Hijos de Dios, amamos con el mismo amor de Dios, que se difunde en nuestros corazones, llamándose caridad: «la caridad o amor de Dios se ha difundido en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo, que nos ha sido dado» (Rom. 5,5).

Ese amor así desinteresado, esa caridad, es de tal modo sobrenatural que nadie la tendría si Dios no se la diera. Es el mismo Dios que en nosotros y con nosotros ama quien la hace posible. Pero siendo el reino de Dios como una semilla, que paulatinamente se desarrolla (Mt. 13,31), la acción divina sólo progresivamente va tomando posesión de nuestro ser.

Como el hijo recién nacido sólo progresivamente se va haciendo semejante a su padre, así nosotros, verdaderos hijos de Dios desde el primer momento de recibir su gracia, sólo progresivamente llegamos a la perfección de esa filiación y a la plenitud del amor sobrenatural y desinteresado que

a ella está vinculado: hasta no alcanzar tal plenitud, siempre habrá algo en nosotros no informado por su amor.

Mas según el amor crezca, crecerá también nuestra delicadeza, nuestra sensibilidad para darnos cuenta de los más mínimos deseos y agrados de Jesús, y nuestras imperfecciones y egoísmos serán menos en número, aunque se darán siempre en esta vida, porque jamás en ella alcanzaremos la perfección del amor que Dios quiere de nosotros, ya que durante toda ella somos semilla en desarrollo y «nos estamos haciendo hijos de Dios».

El que en cada momento de su vida da a Dios todo el amor que actualmente puede darle, todo el amor de que entonces es capaz, en nada peca, y en nada desagrada a Dios, que no puede *ahora* exigir de él más que lo que él *ahora* puede dar. Mas el que consciente y libremente le niega algo que sabe Dios desea, que conoce le agrada, en eso mismo peca, porque ya no cumple del todo el primer mandamiento, que es amarle con todas sus fuerzas. No ama con todas sus fuerzas, quien pudiendo agradar más al amado no lo hace.

De ahí se deduce que la imperfección, en cuanto se la contradistingue del pecado, es siempre algo inconsciente, o al menos involuntario. El alma la comete sin saberlo, o al menos sin quererlo: si supiera que a Dios le agradaría más de un modo que de otro, y eligiera el que le agrada menos, ya faltaría, porque voluntariamente limitaría la entrega del amor que actualmente puede darle, y ya no le amaría con todas sus fuerzas como Dios le manda.

El mandamiento fundamental divino es el del amor: amor a Dios, amor al prójimo por Dios (Mt. 22,37-40). Los demás mandamientos no hacen sino especificar el modo de cumplir con el amor. Es una determinación general, válida para todos, que nos da certeza en muchas cosas —sin duda las principales—, de cuál es la voluntad divina en concreto, cuál su agrado.

Pero por el mismo hecho de ser general y válida para todos, no puede abarcar todo lo que es agrado divino en cada

individuo, pues siendo éstos distintos, distinto, al menos en parte, tiene que ser el amor que Dios les pide, la cooperación y correspondencia que les exige. Abarca, pues, lo que Dios exige en común a todos los hombres; si en algo la contrariamos, todos sabemos que pecamos.

Pero no abarca todo lo que Dios exige a cada uno determinado; exigencia que, al no manifestarse en los mandamientos generales que determinan el cumplimiento del amor, sólo por la inspiración divina del Espíritu Santo que vive en el alma puede manifestarse; quien, viendo clara esa exigencia a la luz de la divina inspiración, se resiste a ella, peca indudablemente contra el primer mandamiento del amor.

Respecto a los llamados consejos evangélicos, también ellos constituyen una determinación general de la perfección concreta del amor que Dios nos exige. Pero al decírsenos que el seguirlos es un don gratuito de Dios, que no a todos se da (Mt. 19,11; 1ª Cor. 7,7), se nos indica que esa determinación de los consejos como vía hacia la perfección del amor es algo ideal, algo hacia lo que todos debemos tender, pero no todos de un modo estricto y literal, sino cada uno en la medida que Dios le indica, que lo exige de él: a unos más, a otros menos; y cada uno estará obligado a conformarse con ellos en concreto en la medida en que Dios le indique claramente que tal es su deseo, pues sólo en esa medida han de contribuir al perfeccionamiento de su amor, al cumplimiento del grande y único precepto, a cuya salvaguardia se ordenan todos los demás.

Nuestras imperfecciones no dimanan así de la falta de integridad total de la entrega actual de nuestra voluntad —de esa falta es el pecado, grave o leve, lo que se origina—, sino de la imperfección del estado de amor en que esa voluntad se halla actualmente, que hace que, aun queriendo, no pueda adivinar, ni acierte a cumplir todos los gustos de Dios, como la hermana del ejemplo que arriba pusimos, por más que sinceramente lo desee, no sabe adivinar ni acierta a cumplir todos los deseos de sus hermanos, y esto no por-

que le falte buena voluntad, sino por la deficiencia del estado de amor en que se halla, que, siendo perfecto como amor de hermana, no alcanza la perfección y grado del amor de madre.

No olvidemos que la superación del egoísmo, propio del amor natural, sólo progresivamente se verifica mediante el amor sobrenatural, según se dijo más arriba con el ejemplo de la semilla y de la filiación divina que «se está haciendo», pero que no es perfecta todavía, ni lo será hasta que nos encontremos en el cielo.

3. Imputabilidad moral de las imperfecciones, y su existencia en las diversas etapas de la vida espiritual

Esto no quiere decir que nuestras imperfecciones no nos sean muchas veces imputables y que no tengamos de ellas responsabilidad remota.

Puede, en efecto, darse el caso —y se da en todos, menos en la Bienaventurada Virgen María—, de que nuestro estado de amor actual, —y por lo mismo de filiación divina—, sea más deficiente de lo que debiera y pudiera serlo actualmente, precisamente porque libremente resistimos antes a Dios por el pecado, mortal o venial, porque deliberadamente no le hemos amado antes con todas nuestras fuerzas.

Evidentemente, en este caso, nuestro amor no se ha desarrollado como debiera, no es el que debía ser, y, aunque ahora amemos a Dios cuanto podamos, nuestros actos irán revestidos de muchas imperfecciones de que se hubieran visto libres si no hubiéramos obstaculizado antes el desarrollo de nuestro amor.

De esas imperfecciones, de esa falta de delicadeza y sensibilidad al agrado divino, no somos ahora actualmente responsables, pues si amamos a Dios cuanto podemos, nada más podemos hacer; pero fuimos de ellas responsables antes, pues por la culpa pasada no tenemos ahora más capacidad de amor.

Y esas imperfecciones, que afean al alma porque no es

tan hermosa de presente como Dios de presente la quisiera, se dan hasta en los mayores santos, pues todos, menos la Virgen María, han pecado y obstaculizado libremente, en más o en menos, el desarrollo de la gracia y del amor en ellos, aunque si de presente aman a Dios cuanto pueden El trocará en su bien esas imperfecciones, convirtiéndolas en fuente perenne de humildad.

Un ejemplo podrá ilustrar lo dicho. Sabido es que las Constituciones religiosas no suelen obligar bajo pecado. Si consideramos la regla del silencio en tal lugar o tiempo, desde el momento en que es norma directiva, hay presunción de que a Dios le agrada más el que la guarde que no el que la quebrante; pero, por ser norma *meramente* directiva, esa presunción no pasa de tal, y por lo tanto puede fallar; y, en efecto, pueden intervenir motivos varios que hagan evidente que a Dios le agrada más el que quebrante ese silencio que no el que le guarde.

Por ejemplo, motivos de caridad: si veo que a mi vecino se le está quemando el vestido sin que se aperciba, agradaré más a Dios si lo quebranto para avisarle, que no si, por guardarlo, dejo que se le queme; y si me doy cuenta de que van a asesinar a uno, agradaré más a Dios si doy voces para espantar al asesino que no si me refugio en el silencio.

Pero de ordinario los motivos no traen consigo una evidencia tan patente, y entonces no es la regla en sí la que resuelve lo que agrada más a Dios, sino el mismo individuo, guiado por el amor que tiene a Dios. Manteniéndonos dentro del motivo de caridad fraternal, ¿agradará más a Dios que dirija una sonrisa amable a aquél con quien me cruzo, o diga una palabrita de aliento a quien veo triste, o mantenga una conversación larga y jocosa con el que sé violentamente tentado, o querrá más Dios que guarde mi silencio, dejando a cada cual cuidarse de sí mismo?

Es evidente que, en estos y otros casos, si obro lo que creo agrada más a Dios, en nada peco, tanto si hablo como si callo; y que si elijo lo que creo le agrada menos, peco, tanto si callo como si hablo, pues en el primer caso amé

a Dios cuanto supe y pude, y en el segundo no: en uno cumplí el primer mandamiento, y en el otro no.

Pero también es evidente que no todos, ni siquiera uno mismo en las diversas fases de su vida, resolverán el caso de igual modo. Este creerá agrada más a Dios callando, y aquél que le agrada más hablando; y uno mismo habla o calla ahora creyendo que así agrada más a Dios, y después ve le hubiera agradado más lo contrario de lo que hizo.

¿Qué es lo que falta? La delicadeza del amor que adivina sin error hasta los mínimos deseos del amado, y se anticipa a ellos: cuanto un alma ama más, más acierta y adivina, y así son menos sus imperfecciones porque acierta más a hacer lo que objetivamente más agrada a Dios. Cuando el estado de amor en que se encuentra el alma es muy imperfecto, las imperfecciones se multiplican, aunque pongan toda su buena voluntad; y aun juzgan fácilmente mal a quien no obra como ellos, por no interpretar como ellos el agrado divino.

Por eso la virtud del principiante es extremista, áspera y repulsiva, y aun alguna vez llega a increiblemente tonta en su terquedad: su amor es vino nuevo, y el gusto que deja no puede menos de ser áspero. Sus características de imperfección pueden reducirse a tres: se apega más a la letra que al espíritu; es incomprensiva con relación a los demás; es peyorativa en sus juicios.

Se apega más a la letra que al espíritu. Esto es una consecuencia necesaria de su estado todavía más carnal que espiritual, puesto que se halla en el principio de su evolución hacia lo divino, partiendo de lo humano (1ª Cor. 2,14).

Este apego a la letra alcanza a veces límites insospechados. Cuentan de un novicio a quien su Maestro encargó que *escardara* un campo de tomates: éstos estaban hermosísimos, y sus frutos aún verdes anunciaban una pingüe cosecha. El maestro quiso decirle que escardara el campo; pero, fuera que el novicio le entendiera mal, fuera que el Maestro confundiese la palabra, es lo cierto que el novicio entendió que lo arrancara. En vano sus connovicios le ad-

virtieron que el Maestro no pudo ordenar tal cosa, y que convenía al menos preguntarle de nuevo para asegurarse de su voluntad. Replicó que la obediencia ha de ser ciega, y arrancó los tomates todos hasta el último, en cuya tarea no dejaron de ayudarle sus compañeros, entusiasmados por la ceguera de lo que creían obediencia.

El Maestro no lo tuvo por acto de virtud, antes lo llamó tonto de capirote. Pero, a pesar de todo, siguió creyendo el buen novicio que su acto era comparable a los de los Padres del Desierto, y que de ningún modo debía haber obrado de otro modo, reputando por cruz que acompaña a la justicia cuantos inconvenientes se le siguieron de ello; y no pocos de sus compañeros opinaban como él.

Es de esperar que con el tiempo entrarán en razón: más adelante entenderán que la obediencia no es sujeción a las palabras de otro hombre, sino a su deseo y voluntad, o mejor aún, al deseo y voluntad divina que por el hombre se exprese, y en cuanto a él se exprese; con relación a ese deseo ha de ser ciega la obediencia, pero no con relación a las palabras con que se manifiesta, pues siendo éstas mero signo, de necesidad hay que aplicarles nuestro entender para mediante ellas conocer el deseo; y si hay motivos serios para dudar que ellas expresen el verdadero deseo del superior, el que ciegamente quiere obedecer se guardará muy bien de exponerse a contrariarlo, siendo tan fácil pedir aclaración.

Es incomprensiva con relación a los demás. La virtud de los principiantes se hace odiosa precisamente por la incomprensión que muestran de las imperfecciones ajenas, reales o aparentes, y por su manía de juzgar a todo el mundo. Como no han pasado a grados superiores del amor que les abran los ojos para ver las imperfecciones en que inevitablemente incurren en los inferiores, creen de buena fe que lo que ellos piensan agrada a Dios necesariamente tiene que agradarle, y que no se le puede complacer de otra manera distinta de la suya.

De aquí pasan a extrañarse de la actitud ajena, y, lo que

es peor, a juzgarles mal porque no obran como ellos, cuando tal vez en realidad obran mejor.

En lo cual no sólo incurren ya en imperfección, sino en pecado, por faltar al precepto formal del Señor que nos ha dicho: «no juzguéis, y no seréis juzgados» (Mt. 7,1); y fomentan el orgullo, pues en lugar de «sentarse en último lugar», como el Señor nos manda (Luc. 14,10), ellos se tienen por primeros, considerándose modelos de los otros.

Mas a medida que va el alma superándose en amor, y aumentando su sensibilidad para penetrar los deseos del Amado, va viendo con meridiana claridad las imperfecciones que cometía en sus estados anteriores. Y como sabe que su amor no es aún perfecto, llega al convencimiento de que tampoco de presente acierta siempre a interpretar debidamente el agrado divino.

Por lo mismo, cuando ve que otros lo interpretan de un modo diferente, lejos de juzgarlos mal, los tiene por mejores, pues sospecha que su amor es mayor y por eso adivinan de un modo más exacto lo que a Dios más agrada. Y si alguna vez no puede excusarse de reconocer la imperfección ajena, sobre todo si por razón de dirección o gobierno está obligado a juzgar, la comprende y la excusa, pues sabe por experiencia, que puede cometerse con la mejor buena fe.

Y como esa experiencia de la propia imperfección aumenta según crece el amor, que es el que nos ilumina para verla, de ahí que cuanto uno es más santo, más humilde es, menos apegado a su juicio, menos juzga a los otros, y más comprende y compadece toda miseria ajena, y más amablemente sobrelleva sus imperfecciones. El amor todo lo suaviza: por eso la virtud del alma que ama mucho es en gran manera amable y atractiva, aunque, como nunca es aquí el amor perfecto, siempre queda algún resabio amargo.

De lo expuesto se sigue que el principiante tiende a ser peyorativo en sus juicios sobre el prójimo, tanto porque se para en lo que aparece al exterior, sin entrar al corazón y la intención, cuanto porque constituye como norma de juicio el criterio propio, harto imperfecto.

Sabida es, por ejemplo, la importancia que dan los principiantes a la compostura externa en la oración, y, aunque teóricamente admiten, porque lo afirma San Ignacio, que la postura es indiferente, muy fácilmente juzgan relajados o menos fervorosos a quien no la tiene tan mortificada o tan humilde externamente como ellos. En cambio, el Cura de Ars, viendo que todas las tardes, después de su trabajo, estaba un hombre varias horas plantado ante el Santísimo, rígido como un poste, y con cara de desafío, o al menos de muy pocos amigos, no se atrevió a juzgarle sin antes preguntarle. Y la respuesta, sencilla como el hombre que la daba, dejó al Santo como quien ve visiones: «Yo no digo nada, porque soy ignorante; pero sé que El me ve; los reyes de la tierra tienen soldados que les hacen continuamente guardia, y al Rey de cielo y tierra no veo quien se la haga: por eso vengo en mis ratos libres a hacérsela como se la hace a los reyes de la tierra.»

Y el Santo, lejos de decirle cambiase de postura o modo de oración, quedó maravillado ante aquel amor sencillo, y lamentando que después de tantos años no lograra hacer él oración como ese hombre... y, sin embargo, su aspecto externo era una copia exacta del retrato que nos hace el Evangelio del fariseo orgulloso, puesto arrogante y en pie ante el altar (Luc. 8,10 y ss.); pero había un abismo entre el corazón de uno y otro... y Dios sólo mira al corazón. Un principiante hubiera juzgado por lo externo; pero un santo supo buscar hasta encontrar el corazón, y por éste juzgó.

Pero aún hay otro motivo por el cual no debemos jamás juzgar a nadie. Y es que Dios destinó a un fin distinto a cada hombre, a un grado de gloria distinto, y, por lo tanto, de diversa clase es el amor perfecto que cada uno ha de alcanzar.

Si suponemos ese grado obtenido —cosa que sólo puede darse en la otra vida— el alma no tendrá ya imperfección, pues, siendo su amor cual Dios lo quiere, también las obras que de ese amor derivan serán tales cuales Dios las quiere de ella. Pero de aquí no se sigue que la actividad de

las demás almas deba seguir las mismas vías y caminos, porque habiéndolas Dios destinado a otro amor, es con otra actividad con la que quiere le agraden; de ahí que diga San Juan de la Cruz que no hay dos santos ni dos almas que coincidan en la mitad de su camino. Por olvidar esto, no pocas veces hasta los mismos santos dejaron de entenderse y acabaron por juzgarse e interpretarse mutuamente mal.

Sin embargo, nada más claro y evidente: somos miembros diversos de un mismo Cuerpo en Cristo: lo que le agrada en un miembro no le agrada en el otro. A mí me agrada que mis pies sean veloces, y ágiles mis manos; pero de ahí no se sigue que me agrade el que mi nariz se mueva como las manos, o mis ojos brinquen como los pies. Así, de que yo sepa que agrado ciertamente a Dios obrando de un modo determinado, no he de concluir, ni mucho menos, que los demás deban obrar como yo para agradarle, antes es muy posible que deban agradarle obrando al revés que yo. El ojo me complace no oyendo, y el oído me sirve no viendo.

Esto se entiende cuando no hay mandamiento de Dios obligatorio para todos, pues faltar a esos no es imperfección, sino pecado, y lo que objetivamente es pecado para uno lo es también para los demás, pues es violación de un precepto a todos dado. El cumplimiento de esos preceptos es la vida y salud del miembro —vida, si obligan bajo grave; salud, si bajo leve—, y la salud me agrada en todos los miembros, aunque los quiera con actividades diferentes.

4. Imperfecciones morales y deficiencias naturales

Hemos visto cómo las imperfecciones son una consecuencia natural del estado de nuestro amor que, no habiendo alcanzado todavía su definitivo desarrollo, no puede acertar ni adivinar del todo lo que el Amado desea de él.

Estas imperfecciones se darán de necesidad mientras vivamos, pues sólo al acabar la vida alcanzaremos el grado definitivo de amor al que Dios nos destinó.

Pero no todas esas imperfecciones son iguales, aunque

externamente lo parezcan, pues mientras unas son imperfecciones morales que nos afean, porque de ellas somos en algún modo responsables y culpables, otras no son más que deficiencia natural de creatura, que nos limitan, porque son deficiencias, pero no nos afean, porque de ellas no somos responsables ni culpables: esa limitación no es fealdad, pues aún en el cielo seremos limitados y finitos; ni desagrada a Dios, pues que nos quiso limitados desde el momento en que nos hizo creaturas.

De las imperfecciones que cometa en cualquier estado de amor en que me encuentre, unas las hubiera evitado, si, correspondiendo siempre a la gracia, no hubiera frenado libremente el desarrollo de mi amor, que ahora sería mayor cual debería ser según el plan divino, y por tanto me haría adivinar mejor los deseos de Dios.

Las imperfecciones que ahora cometa, y que en ese estado mayor de amor, que por mi culpa no tengo, no hubiera cometido, son imperfecciones morales, pues, aunque no imputables en sí mismas, lo son en su causa, pues provienen de mi pecado anterior, de mi anterior infidelidad libre a la gracia. Por eso tales imperfecciones no se dieron en la Virgen María, porque correspondió siempre plenamente a toda gracia; pero se dan, en más o en menos, en todos los santos porque todos pecaron y resistieron a Dios, frenando la evolución de su amor.

Mas otras imperfecciones, que ahora cometo, las hubiera igualmente cometido aunque siempre hubiera sido plenamente fiel, aunque no hubiera impedido en nada el desarrollo de mi amor, la evolución de mi filiación divina: ese amor ni aún así sería ahora perfecto, ni habría alcanzado el grado definitivo, y por tanto dejaría de adivinar en muchas cosas el agrado objetivo divino: en la comparación de la filiación humana, mi amor sería todavía de niño, no de hombre perfecto y ya formado.

Por lo mismo, las imperfecciones que ahora cometo, pero que también cometería si estuviera en ese estado, no se deben a culpa mía anterior, y así no son imperfecciones

morales, de las que yo sea responsable, sino simples deficiencias de creatura, que en nada me afean ni perjudican ante Dios, aunque sirvan, al igual que las otras, para humillarme, haciéndome sentir mi nada limitada, y para impulsarme a buscar más a Dios, único remedio de mi impotencia, y así de ellas sólo bien se me sigue.

La distinción entre ambas clases de imperfección es, teóricamente, sumamente fácil. Un padre no reprocha a su pequeño el que caiga muchas veces cuando está aprendiendo a andar, porque tales caídas son connaturales con el estado normal de desarrollo de su filiación humana; pero le reprende si, ya más mayorcito, cae por atolondrado: ese atolondramiento ya no es connatural al grado de desarrollo humano que debiera tener.

Hay un perro en la finca, amigo de morder. El niño no lo sabe, porque nadie se lo ha dicho: juega con él, y es mordido; el padre no le reprende, porque ni el niño lo sabía, ni estuvo en su mano el saberlo: tenemos aquí una deficiencia natural, sin imputabilidad moral.

Mas supongamos que el padre avisó al hijo, mandándole no jugara con el perro; pero nuestro pequeño, en lugar de atender a lo que decía su padre, no quiso escucharle por no interrumpir un sueño muy bonito que le entretenía; se acerca luego al perro, porque nada sabe, y es mordido. Tenemos aquí la imperfección moral: la mordedura no pudo evitarla, porque nada sabía del peligro; pero de este no saber era culpable, porque voluntariamente se distrajo cuando el padre le hablaba; y así, con razón, se enfada el padre y le reprende, aunque la falta estuvo propiamente en no haberle escuchado, no en acercarse al perro.

Supongamos, por fin, que el pequeño sabe muy bien la voluntad de su padre, que no quiere que se acerque al perro; a pesar de ello, se acerca y es mordido: aquí ya no hay imperfección, sino pecado, pues se da verdadera y real desobediencia.

Algo semejante acaece cuando uno quebranta una ley cuya existencia ignora. Si no ha estado en su mano el salir

de la ignorancia, tal infracción no se le imputa; mas si estuvo en su mano, se le imputa, aunque su falta *no es el haberla quebrantado,* sino el no haber querido enterarse de la ley.

De ahí que mientras las imperfecciones morales son materia de confesión —no porque ellas sean en sí pecado, sino porque siempre suponen un pecado que las origina, aunque no siempre conozcamos cuál es—, las que son meras deficiencias naturales ni son materia de confesión, ni pueden serlo, porque no puedo arrepentirme de algo de que no tengo responsabilidad alguna. Podré ciertamente lamentarlas y esforzarme en prevenirlas, como lamento el haber dado, sin querer, un resbalón que me disloca un pie; pero *no me arrepiento* de haber resbalado, porque arrepentirse es apartar la voluntad de una cosa que se quiso, y eso nunca lo quise.

Mas si, teóricamente, es muy fácil distinguir la imperfección moral de la que es mera deficiencia, en la práctica resulta esto imposible en la gran mayoría de los casos, pues, consideradas en sí mismas, no difieren una de otra, y el rastrear su origen para ver si provienen de un pecado es cosa larga y laboriosa, y rara vez conduce a una conclusión cierta.

Así, si uno cometió una imperfección porque se distrajo voluntariamente cuando le prevenían contra ella, la imperfección tendrá su origen en la distracción voluntaria; pero no lo podrá saber, porque aunque conozca su distracción, no sabe, precisamente por haber estado distraido, que se le previno contra esa imperfección; de ahí que señalar el origen de una imperfección suele ser obra del director más que del dirigido.

Por eso el Salmista, que las advertía en sí, cansado de examinar e investigar, acabó por fiarlas todas a la divina misericordia, diciendo: «de mis desórdenes ocultos, purifícame, Señor» (Salm. 18,13). Esa ha de ser también nuestra plegaria, sin perder demasiado en exámenes prolijos un tiempo que emplearemos con más fruto en el amor.

Cuando veamos imperfecciones ajenas, pensemos siempre que son simplemente deficiencias, y así evitaremos juzgar mal. Y cuando las veamos en nosotros, presumamos que son imperfecciones morales, y así, doliéndonos de ellas y procurando repararlas con el amor, nos purificaremos y limpiaremos más y más: nada pierdo con lavar toda la cara, aunque sólo un punto de ella esté manchado.

5. El progreso en el amor y el sentimiento de la propia imperfección

El sentirnos imperfectos, jamás debe causarnos desaliento. Cuanto más imperfecciones nuestras conocemos, es indicio de que más crece nuestro amor: la imperfección la hacemos sin darnos cuenta, porque la luz de nuestro amor no era suficiente para iluminarla; mas si después la conocemos, es que esa luz ya es más brillante al acabar nuestra obra.

Por eso las almas que caminan generosas hacia la perfección todo cuanto hacen lo encuentran deficiente e imperfecto.

No más hacerlo lo mejor que supieron, ven clarísimamente cómo debían haberlo hecho y no lo hicieron; y eso puede suceder únicamente porque su estado de amor es mucho mayor cuando acaban de obrar que cuando empiezan, y así, al acabar, conocen mucho mejor que antes los divinos deseos. Y si eso, con razón, las anonada, y hace ver su miseria y su pobreza, debería, sin embargo, consolarlas, porque les testifica que su amor —lo único que ellas quieren— aumenta vertiginosamente.

El que permanece estacionario en el amor, se cree siempre perfecto. El que avanza, no puede ver sino miseria: miseria hacia el pasado, aunque ese pasado sea el instante anterior, y ansias inmensas de superación en el futuro, de superación en el amor.

Por eso, cuanto uno es más santo tanto es más sinceramente humilde, porque más siente y palpa su miseria. Por

eso, los favores divinos, cuando son verdaderos, no pueden engendrar vanidad, sino anonadamiento. Porque sólo es verdadero favor divino el que aumenta nuestro amor, y si aumenta el amor, crece con él la luz con que conocemos los deseos divinos y la deficiencia con que a ellos hemos correspondido. Y si estos efectos no se dan, el favor, aunque de Dios provenga, no ha aumentado nuestro amor, y así de nada nos sirvió, sino tal vez de ruina, como lo es cuando engendra vanidad, prueba clara de que disminuye nuestra luz, y por tanto nuestro amor, que es su foco.

6. Nuestra actitud con relación a las imperfecciones

¿Qué hemos de hacer con relación a nuestras imperfecciones? Lo primero, aprovecharlas, sirviéndonos de ellas para humillarnos y conocer nuestra miseria, para no juzgar a otros ni a nadie preferirnos, ni pretender sentarnos en los primeros puestos en el banquete de las bodas en que Jesús se desposa con las almas, y, sobre todo, para crecer en el amor, pues la experiencia de nuestra flaqueza ha de impulsarnos de continuo a echarnos en los divinos brazos, buscando en El nuestro remedio.

Para todos esos fines ordenó Dios, en su providencia, la permisión de nuestras imperfecciones, y no sacaremos de ellas poco fruto si tales fines conseguimos. Mas acerca de esto nada más diremos, por haber tratado de ello anteriormente.

Lo segundo, procurar evitarlas, disminuirlas, porque si sinceramente amamos a Dios, cual corresponde a un alma consagrada, todo nuestro empeño deberá centrarse en agradarle cuanto sea posible, cosa que lograremos en la medida en que las imperfecciones evitemos.

Para ello es lo mejor aprovechar el momento presente para amar con toda intensidad, dando de mano a toda preocupación por el pasado, siguiendo el ejemplo del apóstol, que dice de sí mismo: «Yo no me hago cuenta todavía de haber apresado o comprendido a Cristo, amándole con la

perfección de amor con que El me amó; una cosa hago, empero: olvidándome lo que dejo atrás y lanzándome a lo que me queda por delante, puestos los ojos en la meta, sigo corriendo hacia el premio de la soberana vocación de Dios en Cristo Jesús» (Philip. 3,13.14).

Sólo conseguido ese premio, le conoceremos como El nos conoce (1.ª Cor. 13,12; 1.ª Io. 3,2), y por consiguiente le amaremos como El nos ama. Hasta entonces, nuestro deber y dicha es tender con ansia a ese ideal de amor, olvidando lo pasado, que nos distraería del esfuerzo actual, ya que «el que, habiendo puesto su mano en el arado, vuelve la vista atrás, no es apto para el reino de los cielos» (Luc. 9.62).

A ese esfuerzo presente de tendencia hacia Cristo y hacia la perfección del ideal del amor, no hemos de sustraer ninguna de nuestras energías, ni pequeña ni grande: vivir sólo para Cristo, para darle gusto, y el mayor gusto posible; si en algo buscamos la propia complacencia, ya robamos a Cristo parte de nuestra limitada actividad.

Sea en esto Jesús nuestro modelo: «Mi manjar es cumplir la voluntad de mi Padre» (Io. 4,34), «yo hago siempre lo que a El le agrada» (Io. 8,29; 1.ª Io. 3,22).

«Agradar a Dios»: he ahí el fin que reiteradamente se propone a nuestra actividad en las enseñanzas apostólicas (Colos. 1,10; 1.ª Thes. 2,4; Philip. 4,18; Rom. 12,1; 1.ª Thes. 4,1; 2.ª Timot. 2,4; 1.ª Io. 3,22). Como el Salmista, «reservaré para el Señor toda mi fuerza» (Sal. 58,10), y como poema de amor «dedicaré al Rey todas mis obras» (Sal. 44,2).

Es menester no buscar más mi gusto, no obrar por él movido, aun en la hipótesis de que ese gusto mío no disgustara a Dios, sino que, muerto a mí, no tenga ya más gusto que el de El, poniéndolo sólo en que El esté contento. Entonces «mi vivir será Cristo» (Phil. 1,21), y «con El estará escondida mi vida» (Colos. 3,2), que para nada se manifestará, apareciendo sólo la vida de Cristo en mí (2.ª Cor. 4,10.11).

Entonces podré decir: «Vivo yo, mas no yo, sino que vive Cristo en mí» (Gal. 2,20), pues aunque broten todavía las imperfecciones, efecto de nuestra vida natural escondida en

Cristo, pero aún no del todo muerta, esas manifestaciones de nuestra propia vida ya no serán nuestras ni se nos imputarán, porque no las obra el yo, no las obra nuestra voluntad, totalmente entregada a Cristo, sino el pecado que en nosotros vive para humillarnos (Rom. 17,20), pero inutilizado por el amor de Cristo en orden a hacernos mal o a impedir nuestra entrega actual al amor. Entonces cumpliremos el deseo de Cristo «que murió por todos, para que cuantos viven ya no vivan para sí, sino para Aquél que por todos murió y resucitó» (2.ª Cor. 5,15).

Es verdad que todavía se dará actividad vital propia al margen de Jesús; pero esa actividad no será libremente querida, pues toda nuestra voluntad se entrega a Cristo, y ningún gusto propio busca, ni se complace en él, sino sólo en el gusto de Jesús.

En el ámbito de la voluntad libre, único que está en nuestra mano, será pleno el olvido de nosotros mismos, y entera nuestra muerte. De nada nuestro cuidaremos, sino sólo de Cristo, dejando en sus manos todo cuidado propio, sintiendo dichosos que «Mi Amado es para mí, y yo para mi Amado» (Cant. Cant. 2,16; 6,2; 7,10): todo mi ser se ordena a darle gusto y complacerle, en cuanto de mí depende; y todo su gusto pasa a ser gusto mío, pues que El es mío y todo para mí, hasta que llegue el día en que todas las apetencias de mi ser, sometidas a mi libre querer, se entreguen a El también, como ahora se entrega mi querer. Entonces, y sólo entonces, será perfecta la consagración, que ahora tiende y lucha por esa integridad y perfección.

7. El placer en la economía divina

Es evidente que esta entrega de sí mismo, este olvido de sí en lo que cae en el ámbito de la libre voluntad, viene exigida por el amor, que sólo busca complacer al Amado. Y no la exige menos la calidad del Amado, que sólo por mí vivió en el mundo, murió y resucitó, y que basta para hacerme feliz, sin que fuera de El necesite cosa alguna.

Pero conviene entenderla bien, cual Dios la quiere, para no ser inducidos a error.

En primer lugar, aunque no hemos de obrar por el placer que en la obra sintamos, pues eso sería vivir para nosotros, y no para Cristo, buscarnos a nosotros y no a Cristo, de ahí no se deduce que no hayamos de querer gozarnos en el obrar ni sentir gusto en las cosas, o que hayamos de reprimir el gusto experimentado en ellas.

Esto no lo exige ni la consagración perfecta ni el amor, antes parece lo contrario, ya que nos impulsan a querer el gusto de Dios, y este es que sintamos gusto en las cosas de que usamos, pues para que lo sintiéramos lo puso en ellas. Lo único que, con todo cuidado, debemos procurar, es querer sentir ese gusto porque a Dios le gusta que lo sintamos: esto es conformarse con su voluntad, y lo contrario parece sería oponerse a ella.

Un esposo hace grandes y repetidos regalos a su esposa, o un padre a su hijo, y ambos gozan al ver el placer con que la esposa o el hijo reciben el regalo, gozan viendo que les gusta, y todo su deseo es que les guste. Si la esposa mirase el regalo con total indiferencia, no mostrando alegría alguna al recibirlo, so pretexto de que sólo en su esposo quiere gozarse, no en su don, daría a su esposo un desengaño y defraudaría sus esperanzas: tanto como había soñado con la alegría que mostraría! Si la esposa verdaderamente ama, aunque nada le guste en sí el regalo, fingirá que le agrada, y abrazará al esposo agradecida, y acabará por querer mucho su don, aunque en sí le es indiferente, sólo porque le viene del esposo y es manifestación del amor con que es amada.

Igualmente quedaría el padre chasqueado si viera que el pequeño no da muestras de júbilo ante los juguetes que le da. Esa alegría y contento no desagrada al amante, sino que lo busca y lo desea, y en él se goza: lo único que quiere es que se lo agradezcamos a El, que nuestro júbilo no se pare en el don, sino que acabe en explosión de amor al dador de él.

Todas las creaturas son regalo de Dios, hecho con amor mucho mayor que el de esposo y el de padre; y su gozo es que exultemos de júbilo al recibir su don, y vernos de él gozar, pues nada le agrada tanto como vernos felices. Lo único que hemos de hacer es gozarlo porque nos viene de El, y porque a El le agrada lo gocemos; consumar nuestro gozo echándonos en los brazos de un Padre tan bueno y delicado, y en esos brazos gozar de todas las cosas; y, siendo tan bueno Dios, que nos las da, aun las que en sí nos serían indiferentes han de alegrarnos y gustarnos por venirnos de tal mano. De ahí que los santos en todo se gozaran, y un San Pablo de la Cruz mandara callar a las piedrecillas del camino porque le arrobaban en demasía al recordarle el amor de Dios.

Sólo de una cosa hay que tener cuidado: no olvidar al Amado por amor o apego a sus regalos. Más que a todos sus dones, hemos de apreciar a Aquél de cuyo amor los recibimos y por cuyo agrado nos complacemos en ellos.

Si una esposa de tal modo gustara del espejo que su esposo le regala, que por mirarse en él se olvidara del esposo, iría contra los deberes del amor: su esposo le hizo el don, no para que le amase menos, sino para que le amase más. Y si el niño, al recibir el tren de juguete, de tal modo se abstrayera en él que se olvidara de su padre, y, por entretenerse, no hiciera caso ya de sus mandatos, no agradaría a su padre. Padre y esposo se arrepentirían pronto de haber hecho el regalo. Y esto nos sucede con frecuencia en los dones de Dios: nos apegamos a ellos de tal modo que llegamos a olvidar a su Dador.

De ahí la insistencia con que los santos nos recomiendan no pongamos nuestro afecto en las creaturas ni nos apeguemos a ninguna clase de goces materiales o espirituales. En efecto, tanto me aparta y hace olvidar de Dios el gusto que siento en la oración como el que me da el comer una manzana, si ese gusto me abstrae y no me lleva a Dios. Y eso es el apego: el adherir el corazón a ellos, apartándolo de Dios; y éste es el sentido que debe darse a su enseñanza.

Pero si gusto de la manzana y de la oración porque Dios me da el gusto y quiere que lo sienta, y a El se lo agradezco, y con ocasión de esos gustos le amo más a El, que tan bueno se muestra conmigo, aunque tales gustos sienta y acepte, ya no me apego a ellos, ni a ellos quedo adherido, sino que me sirven de apoyo para volar a Dios con un vuelo más raudo y más frecuente.

Cuando, en las bodas de Caná, hizo Jesús un excelente vino, no vamos a creer fuera a gustarle que los comensales le hicieran ascos o remilgos, renunciando a gustarlo y paladearlo. Lo hizo excelente deseando sintieran mayor gusto, gozando más bebiéndolo, aunque su intención no se parara aquí, antes mirara a hacerles conocer, por esta vía, la magnitud de su poder y la divinidad de su Persona, cosa que logró en efecto, y no lograra de haberles dado vino mixtificado y desagradable al paladar.

Así Dios nos da a todos sus bienes creados para que en ellos nos gocemos; pero aunque quiere que sintamos y aceptemos el gozo, no quiere que ahí nos detengamos, sino que ese sentimiento nos recuerde su infinita bondad y su poder, y la inmensidad de gozo que atesora en sí para nosotros quien de tal modo lo reparte en sus creaturas.

Gocemos, pues, de cuanto Dios nos dé, y queramos gozarlo; pero gocémoslo porque nos viene de su mano y porque a El le agrada que gocemos. Entonces, aun en nuestro gusto, no buscaremos nuestro gusto sino el de El; entonces viviremos del todo para El, pues aun lo que personalmente gozamos, lo gozamos porque Dios goza en nosotros.

De ahí se deduce que la consagración perfecta no implica por sí misma más renuncia que la de aquello que desagrada a Dios, la de aquello que nosotros nos tomamos sin que Dios nos lo dé: la renuncia al pecado.

Todo lo demás está bien el gozarlo, mientras lo queramos gozar por agradarle y darle gusto, por conformarnos a su providente ordenación, que juntó el placer al ejercicio de nuestra actividad: «Por lo demás, hermanos, cuantas cosas haya verdaderas, cuantas decorosas, cuantas justas, cuan-

tas puras, cuantas amables, cuantas bien reputadas, si alguna virtud hay, si cosa digna de alabanza, tales cosas pensad» (Philip. 4,8).

Pero todo para agradar a Dios: «Ya comáis, ya bebáis, ya hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para gloria de Dios» (1.ª Cor. 10,31).

En todo podemos agradar y glorificar a Dios, si a El lo ordena todo nuestro corazón: «Todo es limpio para los que están limpios» (Tit. 1,15).

A Dios le glorificamos tanto si por su amor usamos de sus creaturas, como si por amor de El nos abstenemos de ellas. Lo que importa es usarlas o abstenerse con la mira de agradarle: «Hay quien cree poder comer de todo; mas el que es débil come sólo verduras. El que come, al que no coma no desprecie; el que no come al que coma no le juzgue, pues Dios le acogió... Hay quien da preferencia a un día sobre otro día, y hay quien da la misma preferencia a todo día: cada cual, en su propio sentir, tenga conciencia segura. El que siente propensión a tal día, para el Señor la siente; y el que come, para el Señor come, pues da gracias a Dios; y el que deja de comer, para el Señor deja de comer, y da gracias a Dios. Porque nadie de nosotros vive para sí, y nadie muere para sí. Pues ya sea que vivamos, para el Señor vivimos; ya sea que muramos, para el Señor morimos. Tanto, pues, si vivimos como si morimos, del Señor somos... Sé, y estoy persuadido en el Señor Jesús, que nada hay en sí impuro; sino para quien así lo estima, para él es impuro» (Rom. 14,2-14). «Ni si no comemos somos menos, ni si comemos somos más» (1.ª Cor. 8,8). «Todo cuanto se vende ...comedlo sin más averiguaciones motivadas por la conciencia, que del Señor es la tierra y todo cuanto la llena... Ora, pues, comáis, ora bebáis, ora hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo a gloria de Dios» (1.ª Cor. 10,25.26.31).

Lo que San Pablo dice de los manjares, vale igualmente del uso y goce de cualquier creatura, pues «del Señor es la

tierra y todo cuanto la llena». Lo importante es referirlo y agradecerlo todo a Dios, y por todo amarle a El.

8. La mortificación del propio gusto

Pero esta libertad omnímoda debe limitarse cuando la caridad interviene. San Pablo pone dos ejemplos: uno de abstención, otro de uso; pero esos casos concretos pueden y deben aplicarse a todos los demás.

Ejemplo de abstención: «Si por un manjar se contrista tu hermano, no andas ya conforme a la caridad. No hagas que por tu comida se pierda aquél por quien Cristo murió... no arruines, por causa de un manjar, la obra de Dios. Todo sin duda es puro; pero es malo para el hombre que come inducido por el escándalo. Bueno es no comer carne, ni beber vino, ni hacer cosa en que tu hermano tropiece, o se escandalice, o pierda la firmeza» (Rom. 14,14-21). «Mas mirad que esa libertad que os tomáis no venga a ser tropiezo para los débiles... Y se pierde el débil por tu ciencia, el hermano por quien Cristo murió: Y pecando así contra los hermanos, y sacudiendo a golpes su conciencia, que es débil, contra Cristo pecáis. Por lo cual, si tal o cual manjar escandaliza a mi hermano, no comeré carne nunca jamás, por no escandalizar a mi hermano» (1.ª Cor. 8,9-13). «Todo es lícito, pero no todo es conveniente. Todo es lícito, pero no todo edifica. Nadie busque su propio interés, sino el ajeno... Mas si alguno dijere: "Esto fue inmolado a los ídolos", no comáis de ello, por causa del que hizo la indicación, y por la conciencia. Conciencia, digo, no la propia, sino la ajena. Pues, ¿por qué mi libertad ha de ser juzgada por ajena conciencia? Si yo participo con acción de gracias, ¿por qué soy censurado por lo que tomo con hacimiento de gracias?» (1.ª Cor. 10,23-30).

Ejemplo de uso: «El marido a la mujer páguele lo que le es debido, e igualmente también la mujer al marido... No os defraudéis el uno al otro, a no ser de común acuerdo, por un tiempo, con el fin de vacar a la oración, y luego

tornar a juntaros, no sea que os tiente Satanás a causa de vuestra incontinencia» (1.ª Cor. 7,3.5).

Atendiendo a estas enseñanzas de San Pablo, y generalizando los casos particulares que menciona, aparece claro lo siguiente:

Ni el usar ni el renunciar a la creatura, ni el gozar de ella ni el abstenerse de ella, nos hace agradables a Dios. Lo que nos hace agradables es el amarle a El, sea en el goce, sea en la renuncia al goce: el uso o no uso es indiferente. Si como para Dios, le agrado; si ayuno para El, también, pues, ya vivamos, ya muramos, para Cristo morimos y vivimos.

Esa es la consagración perfecta: que todo sea para El y a El se ordene toda mi actividad: si no como para Cristo, falto; pero igual falto si no ordeno a El el ayuno: la falta está, en ambos casos, no en comer o en ayunar —en gozar el placer o en abstenerse de él—, sino en no ordenar a Dios mi actividad, que le debo por entero.

El amor en el uso de la creatura ha de revestir un matiz especial de gratitud: gozo de ella como de un regalo de Dios, y por eso le amo más, y por eso la gozo, porque El me la da. De no ser así el alma se apegará necesariamente a la creatura y olvidará al Creador que se la da.

Esto por lo que respecta a cada uno, considerado en sí mismo. Pero considerado con relación a los demás, con quienes convive, pueden intervenir motivos que hagan conveniente, o aun obligatorio, tanto la renuncia como el uso.

Si de que yo use la creatura se sigue algún mal espiritual o temporal para mis hermanos, o algún disgusto o pena a ellos, la abstención se impone. Así lo exige la caridad, que no busca lo que es suyo, sino el interés y bienestar de los demás (1.ª Cor. 13,5; 1.ª Cor. 10,24): «En esto conocerán todos que sois mis discípulos, en que os améis unos a otros como Yo os he amado» (Io. 13,34.35). El modo mejor de mostrar amor a Dios es complacer a los que nos rodean: «Lo que a uno de éstos hicísteis a Mí me lo hicisteis» (Mt. 25,40.45).

Si de que renuncie a una creatura se sigue mal o disgusto para otros, no debo renunciar, por el mismo motivo de caridad ya aducido, ya que también dice Jesús: «Lo que a uno de éstos no hicisteis, a Mí no me lo hicisteis» (Mt. 25,45).

El ejemplo del matrimonio y su uso, aducido por San Pablo, es aplicable a cualquier otro caso. Así, si me gusta el fútbol y quiero hacer una mortificación privándome de jugar, hago muy bien, mientras me prive por amor de Dios; pero si de esta abstención se sigue tristeza para otros, que me necesitan como compañero, la caridad exige que juegue, renunciando a mi mortificación, pues nada puede alegrar a Dios tanto como mi amor a mis hermanos, olvidándome de mí por ellos.

Esto vale de todo aquello sobre lo que no hay precepto o prohibición expresa de parte de Dios. Por eso son dignas de meditar y ser tomadas por norma las siguientes palabras del Corazón de Jesús al Padre Hoyos: «Nada me agrada tanto como el que uno complazca a sus hermanos en todo aquello que no me desagrada a Mí; pero nada me es tan odioso como el que busca agradarles contristándome a Mi.»

Mucho se habla de la necesidad de la mortificación; pero el que cumpla a la perfección esta norma de caridad la hará tan abundante que no necesita más para subir a los altares. Por eso decía San Juan Berchmans: «Mi mayor penitencia es la vida común.» En efecto, es increíble el número de renuncias que supone el tratar a hermanos imperfectos con el amor y obsequiosidad nunca desmentida con que trataríamos al mismo Cristo. Y esa mortificación, como regulada por el amor, no tiene peligro alguno, ni de exceso, ni de orgullo, ni de vanidad, ni de amor propio.

El ejemplo del niño y los juguetes nos ayudará a comprender mejor el alcance de cuanto acabamos de decir. El padre se los regala para que en ellos goce: éste es el fin próximo, y así, gozando con ellos, le agrada. Pero el fin último es que ame más al padre, que así le obsequia. Si con los juguetes recibidos aumenta su agradecimiento y ternura hacia él, espléndido; pero si, por amor a los juguetes

se olvida de él, y le molesta tener que interrumpir su diversión para abrazarle y besarle cuando llega de fuera, entonces falta. Igualmente si, por no interrumpir su juego, no cumple los mandatos de su padre, y afloja en el trabajo o en el estudio, hará muy mal.

Aun en los tiempos libres, no exige el padre que siempre esté con sus juguetes: si lo hace, le agrada; y si no, también: el uso, pues, de esos juguetes, es, por regla general, y *en cada caso particular* indiferente.

Pero si hay varios hermanos, y él se empeña en jugar a algo que molesta a los demás, no agradará a su padre. Y si los otros quieren echar una partida en que le necesitan, y él se niega, también con esta negación disgustará al padre, pues lo que más a éste complace es la mutua armonía entre sus hijos. En cambio, si le invitan cuando es tiempo de estudio y, aun malquistándose con ellos, él se niega a jugar por no desobedecer a su padre, éste le alabará y estará de él satisfecho.

9. La naturaleza caída y la mortificación del propio gusto

Practicando en todo la mortificación y olvido de sí que comporta la caridad fraterna con quienes convivimos llegaremos a la consagración perfecta, a agradar a Dios cuanto podemos agradarle. Pero aún prescindiendo de nuestra relación con otros, y considerado el hombre en sí mismo, se impone como necesaria para la consagración perfecta cierta renuncia espontánea al gusto, cierta mortificación voluntaria.

Como consecuencia del pecado original, agravada no poco por nuestros pecados personales, tenemos todos una fuerte inclinación a gozarnos en el gusto por el gusto, y no por Dios; a buscarnos a nosotros mismos, olvidándonos de Dios. Es lo que llamamos concupiscencia que, desde que el primer hombre pecó, siempre recalcitra contra la voluntad, que quiere ordenarlo todo a Dios, como el amor lo exige.

El único medio de evitarlo es la mortificación voluntaria, negándonos con frecuencia aún los placeres lícitos, para acostumbrarnos a gozarlos no para satisfacer nuestro deseo, sino los deseos de Dios.

Pero el guardar la discreción debida en este punto es tan difícil, que la Iglesia ha exigido siempre la sumisión a otro hombre, para evitar excesos y, sobre todo, para que la concupiscencia sensible no venga a ser sustituida por la concupiscencia del espíritu, es decir, por el orgullo y amor propio, que en esa mortificación fácilmente se infiltra, aplicando a este respecto el dicho del Señor: «Mejor es la obediencia que las víctimas» (I Reg. 15,22; Eccli. 4,17), y «Misericordia quiero, y no sacrificio» (Os. 6,6; Mt. 9,13; 12,7).

Sólo de ruina nos serviría ese sacrificio si, engreída y pagada de sí misma la voluntad, por las repetidas victorias sobre las pasiones y el dominio de sí, acabara en el orgullo y la rebeldía contra Dios, y en la dureza e incomprensión con relación al prójimo.

No a todos los gustos que Dios puso a nuestro alcance sentimos la misma vehemente inclinación. Y es evidente que cuanto mayor sea ésta, tanto más necesaria nos es la mortificación del gusto para evitar el apego a él.

Todo hombre siente inclinación muy vehemente a dos clases de goces sensibles: el del placer del gusto, y el del placer sexual. Dios lo ha querido así para obtener eficazmente dos bienes necesarios: la conservación de la vida en el individuo, en la cual nos forma para el cielo, y la multiplicación de esos mismos individuos, con que se puebla el cielo.

El buscar ese gusto para obtener los bienes que Dios pretende en él es conformarse con su divina voluntad, y por tanto agradarle, y así le agrada el que come, y le agrada el que se casa y usa del matrimonio, y le agrada por el mismo hecho de casarse, hasta el punto de aumentar la gracia al que lo hace con un sacramento.

La vehemencia de la inclinación nada nos hubiera dañado de no intervenir el pecado original: únicamente nos hu-

biera servido para agradar a Dios más fácilmente. Pero, por el pecado, esa inclinación quedó en estado de rebeldía contra la razón, resistiéndose a dejarse ordenar hacia los fines del divino beneplácito. Por eso es necesaria en ambos la mortificación, o por la negación absoluta o por la parcial; si así no lo hacemos, nos apegaremos a ellos, separándonos de Dios, como niño que tanto ama su juguete que por él olvida el amor de su padre.

La negación absoluta es imposible en el placer del gusto, pues nuestra vida es de Cristo, y tenemos obligación de conservarla para El. Se impone, pues, la mortificación parcial. Y es tan necesaria, que es la única que la Iglesia ha impuesto a todos al prescribir el ayuno y la abstinencia, y, en la misma Escritura, se presenta siempre al ayuno como la mortificación por excelencia.

Su fin es el de siempre: lograr comer por agradar a Cristo, no por el gusto propio, y gustar de la comida porque a Cristo le gusta que me guste, no porque me guste a mí el gustarla; es decir, que también en la comida sea perfecta nuestra consagración; y para mostrar que no es el gusto mío el que me mueve a gustar, sino el de Cristo, renuncio a él con frecuencia, aunque no siempre, porque esto El no lo quiere.

Respecto al placer sexual, a diferencia de lo que acaece en el gusto, Dios no impone a cada uno en particular la obligación de usarlo. El fin se obtiene aunque muchos lo renuncien, y la infecundidad material de éstos, que serán siempre excepciones, viene con creces compensada por la fecundidad espiritual.

Esto supuesto, y dada la gran dificultad de ordenar totalmente y siempre ese placer a complacer a Dios, lo más práctico es abstenerse. El apegarse a él, como el apego a cualquier otro gusto, nos aparta de Dios; pero es más fácil no apegarse renunciándolo del todo, que no si se hace a medias la renuncia.

Por eso, la virginidad es estado más perfecto en sí que el matrimonio, al facilitar más la entrega a Dios: el que es

virgen tiene el corazón libre para amarle, y el casado lo tiene dividido entre Dios y la mujer (1ª. Cor. 7,32-34), y así le será más difícil entregarse a Dios completamente; y, evidentemente, aquel estado es más perfecto que más nos facilita el perfecto amor de Dios, en que radica toda santidad.

Pero recuérdese que la perfección de la persona no se mide por la del estado que profesa, sino por la del amor que tiene; y así, si se atiende a la perfección personal, entre un casado y uno que es virgen, aquél es más perfecto y agrada más a Dios que más le ama, sea virgen o casado.

Por la perfección del estado de virginidad, Dios a todos invita a él remotamente, ya por el sólo hecho de decirnos que es mejor; pero no a todos, sino relativamente a pocos, hace la invitación próxima. Así lo expresan las palabras del Señor: «No todos entienden esto, sino aquellos a quienes les ha sido concedido... El que pueda entenderlo, que lo entienda» (Mt. 19,11.12); y no menos explícito es San Pablo: «Bien le está al hombre no tocar mujer... mi voluntad sería que todos los hombres fueran como yo soy; mas cada cual tiene de Dios su propio don: quien de una manera, quien de otra» (1.ª Cor. 7,1.7).

Es, pues, evidente, que la vocación a la virginidad es don de Dios, y que no todos lo reciben, sino que muchos reciben de El la vocación al matrimonio, que también es otro don de Dios. Siendo Dios amor, si les da este don en vez del anterior, es indudablemente porque les ama: es su amor lo que busca, y prevé le amarán más casándose.

La causa más frecuente de esta, al parecer, anomalía, es que no serían fieles al primer estado. Así lo apunta San Pablo cuando dice: «Bien le está al hombre no tocar mujer; con todo, por razón de las fornicaciones, cada uno conserve su propia mujer, y cada una conserve su propio marido» (1.ª Cor. 7,1.2); y, más adelante: «Digo a los solteros y a las viudas: bien les está si se quedan lo mismo que yo; pero si no pueden guardar continencia que se casen; que mejor es casarse que abrasarse» (1.ª Cor. 7,8.9).

Nosotros, para renunciar a la virginidad por el matrimo-

nio, necesitaríamos la experiencia previa de nuestra incontinencia. Dios, empero, para repartir sus dones con las diversas vocaciones, no la necesita: le basta la previsión. De ahí que la niegue a muchos inocentes, cuando la concede a no pocos que han pecado. Pero es indudable que a cada cual le da aquella en que mejor ha de salvarse.

El que se casa, necesita mortificar el gusto del placer sexual negándolo parcialmente. Está en el caso en que todos nos hallamos con relación al alimento. Si no lo hace, se apegará a él, y primero se distanciará de Dios, y acabará al fin abandonándole por el pecado mortal.

Esa renuncia se impone con no poca frecuencia por sí misma, ya porque lo exija la caridad con el cónyuge, ya porque lo lleven consigo las circunstancias. Quien abraza con alegría estas renuncias forzosas, como venidas de la nano de Dios y de El regalo, muestra con ello que es a Dios ı quien busca en el placer sexual, y que no está a él apegalo, sino a la divina voluntad.

Pero para sentir esa alegría es menester prepararse con renuncias voluntarias. Así lo aconseja el Apóstol (1.ª Cor. 7,5.6), exhortándoles a que de común acuerdo se abstengan ciertas temporadas para dedicarse más intensamente a la oración: esta continencia favorecerá la oración, y la oración les librará a su vez del peligro de la continencia; y una y otra harán que cada vez ordenen más a Dios el placer sexual, en cuya ordenación reside su perfección.

Para esto, son tiempos especialmente indicados los que la Iglesia dedica a penitencia, como Cuaresma y Adviento, o aquellos que el pueblo ha consagrado con especial devoción, como el mes de la Virgen o el del Sagrado Corazón, y así lo hacen no pocos matrimonios fervorosos.

Pero el Apóstol no quiere que la abstención sea perpetua, no porque sea ello reprobable, sino por el peligro de incontinencia que de ordinario supondría: si éste no se diere, puede ser perpetua: «No os defraudéis el uno al otro, a no ser de común acuerdo por un tiempo, con el fin de vacar a la oración, y luego tornar a juntaros, no sea que os tiente

Satanás a causa de vuestra incontinencia. Esto, empero, lo digo haciéndome cargo de la situación, no imponiendo precepto» (1.ª Cor. 7,5.6).

En efecto, no es la misma la situación de un casado que de un soltero. Este puede, con relativa facilidad, guardar la castidad, evitando la excesiva intimidad y convivencia, a que nada le obliga. Mas para el casado, que de necesidad ha de convivir e intimar con su mujer, la continencia perpetua le sería siempre heroica, y las más de las veces simplemente imposible, y así Dios, normalmente, ni la desea ni se la pide. Si a alguno la pidiere como prueba de amor, El trocará en fácil con su gracia lo que era imposible; pero no toca al hombre aconsejarla, sino cuando aparezca claramente la exigencia divina, cosa que sucederá muy rara vez.

Con mucha más razón son reprobables aquellos que, llevados de un indiscreto celo de mortificación, aconsejan se procure no sentir el placer. Prescindiendo de que parece irse contra la voluntad de Dios, que quiso unir el placer con el obrar, y así ellos separan lo que Dios unió, hay en ello dos males gravísimos, apuntados por San Pablo en el texto que acabamos de aducir. Primero, defraudan al cónyuge, negándole la entrega espiritual que le es debida, y haciéndole sentirse egoísta, a la vez que se presentan a sí mismos como víctimas, y así pecan contra la caridad. Segundo, se exponen neciamente a sí mismos a pecado de incontinencia, que casi siempre se seguirá.

Si el Apóstol juzga difícil esa continencia dada la convivencia de los cónyuges, mucho más difícil la juzgaría, si no imposible, cuando a la convivencia se añade la excitación de la pasión por un acto consentido: el resultado será, la mayoría de las veces, un pecado individual posterior, o, cuando menos, se expone uno gravemente a él sin razón suficiente.

Mucho mejor es, pues, querer sentir el gusto en el obrar para evitar el peligro de incontinencia, para agradar al cónyuge y no humillarlo, y para dar gusto a Dios conformándose con su sabia ordenación: en ninguno de estos motivos

de buscar el placer entra el egoísmo, sino la caridad. Y no olvidemos que la caridad es la suprema norma que ha de regir nuestros actos, y que, según sea ella, así agradamos a Dios, y así somos perfectos.

El fin a que deben tender con esta renuncia parcial que hemos descrito es lograr la libertad del corazón de todo apego, para entregarlo completamente a Dios. Si esto lograren como los que son vírgenes, serán tan perfectos como ellos; si más, más; si menos, menos.

Este es el ideal a que vírgenes y casados deben tender, aunque el estado de aquéllos se preste más fácilmente a lograrlo; pero en uno y en otro se puede, y en ambos quiere Dios que lleguemos a la santidad de la perfección del amor, y a todos incita el Apóstol a fin de que alcancen esa meta: «Esto, pues, os digo, hermanos: el tiempo es limitado. Y así, los que tienen mujeres se hayan como si no las tuvieran; y los que lloran, como si no llorasen; y los que se gozan, como si no se gozasen; y los que compran, como si no poseyesen; y los que usan de este mundo, como quien no usa. Porque pasa la figura de este mundo» (1ª. Cor. 7,29-31).

Todo pasa, y es necedad apegar a ello el corazón. Sólo Dios permanece eternamente, y a El debemos adherir. Todo es figura, dibujo imperfecto de Dios: que todo, pues, nos sirva para recordarle, para más conocerle y más amarle. He ahí la perfección.

La doctrina de la negación que hemos expuesto, aplicada a los dos placeres principales y más universales, debe extenderse a cualquier otro gusto o placer. Hay que negarlos en tanto en cuanto sea necesario para impedir que la inclinación a ellos pueda tornarse en peligro de disminuir nuestro amor a Dios y nuestra consagración total a El.

Y, como norma práctica y regla general que cada cual puede aplicarse en los casos concretos, nos parece vale la siguiente: Cuando uno observa que un gusto de creatura, en sí indiferente, le impulsa de hecho a frecuentes pecados veniales o a descuidar su deber, debe entonces del todo mortificarlo, o al menos parcialmente en la medida conducente

a evitar el desorden que de él suele seguirse; si no induce a pecado o a descuidar el deber, gócese en buena hora, puesta la mira en agradar a Dios y en agradecerle sus dones.

Pondremos sólo dos ejemplos: el vino y el tabaco. No siendo ninguno necesario al hombre, hay que decir lo mismo que San Pablo decía de las diversas clases de alimentos: ninguno de ellos es en sí bueno ni malo; podemos beber y fumar, y podemos dejarlo, mientras lo uno y lo otro lo ordenemos a Dios: ambos son creaturas que Dios nos ha dado, y le agradamos si las usamos con agradecimiento, y le agradamos también si, para complacerle, renunciamos a su uso, dándonos a otra actividad.

Pero si el vino nos atrae de tal modo que fácilmente nos aparta de Dios, vgr. emborrachándonos, o induciéndonos al robo para satisfacer las ganas de él, en este caso, no siendo obligatorio su uso, lo mejor es dejarlo totalmente para evitar todo peligro; o, al menos, limitar su uso de tal modo que lleguemos a ser dueños de la inclinación a él, y no sus siervos. Mas si bebo para agradar a Dios, y no siento en ello inclinación que me aparte de Dios, ninguna imperfección hago bebiendo.

Jesús bebía vino, y San Juan no: ambos obraban en ello con perfección, porque ambos obraban por amor y con amor; y con infinita mayor perfección obraba Jesús, no porque bebía vino y lo gustaba, sino porque lo bebía y gustaba con un amor a su Padre infinitamente mayor que el que informaba la abstinencia del Bautista. En esa diferencia de amor radica la diferencia de la perfección.

El tabaco, como todo alcaloide, tiende a producir una inclinación difícilmente dominable, y ello entraña el peligro de que no se ordene siempre a Dios, y que incluso a veces nos separe de El, induciéndonos a apetecerlo cuando a El no le agrada, vgr. cuando, por molestar a otros, se opone a la caridad, o cuando, por tener ese gusto, se falta a otros deberes o se retrasa en demasía su cumplimiento. Este peligro hace que, teóricamente, sea mejor renunciar del todo a él, al igual que dijimos del placer sexual o del vino cuan-

do la inclinación a él es excesiva: parece más fácil el dominio de la inclinación renunciándola totalmente que no mortificándola solo en parte. Pero, aquí como allí, cada cual tiene de Dios su propio don. Lo que sí se impone, aquí como allí, es la mortificación parcial voluntaria, a fin de dominar la inclinación de modo que sólo para Dios se satisfaga.

Si el que fuma logra querer, habitualmente, el gusto del fumar como don de Dios, y a El se lo agradece, y lo emplea para mejor servirle porque facilita sus tareas, y ordinariamente no se aparta de lo que Dios le pide inducido por el placer que en el fumar experimenta, agrada tanto a Dios fumando como el que, por amor a Dios y para evitar esos peligros de pequeñas infidelidades se abstiene de fumar; y más, si él fuma con más amor y agradecimiento que el que informa la abstención del otro.

Pero eso no lo obtendrá sin una buena dosis de mortificación voluntaria en ese gusto. Por esa razón, parece más perfecto el estado de no fumador que el del que fuma, aunque los dos sean buenos, pudiendo, con cierta analogía, aplicárseles la doctrina de la virginidad y el matrimonio. En cuanto a la perfección personal, todo depende de la caridad de hecho que uno y otro a ese respecto tengan. Es esa caridad lo único que cuenta, y la que entrambos tienen que procurar acrecentar cada vez más, evitando todo juicio mutuo desfavorable, que inmediatamente la echaría a perder.

Para acabar este capítulo sobre la imperfección, juzgamos conveniente advertir que cuanto hemos dicho de la mortificación ha sido considerándola desde el punto de vista de la consagración o entrega plena al amor, que es lo que ahora nos ocupa, y aun eso de una manera general, prescindiendo de la necesidad peculiar que cada uno pueda tener de ella. Por no ser este su lugar, para nada la hemos considerado en cuanto pueda deducirse de la doctrina de la reparación.

Ciertamente, la reparación nos llevaría más lejos, pues su ideal es unirse a los padecimientos de Cristo y castigar

en nosotros el pecado propio y ajeno: lleva, lógicamente, a poner la dicha del alma en el sufrir unida a Cristo. Pero el mejor modo de saber unirse a Cristo en sus dolores es amarle de veras y con entrega plena. El que esto procurare, se sentirá necesariamente inclinado a la reparación —que es sentir con Cristo sus dolores—, e inundado de luz para saber practicarla en la mortificación que de ella se deduce.

Capítulo VI

LA CONSAGRACION INDIVIDUAL, FAMILIAR Y MUNDIAL AL CORAZON DE JESUS

«Lo que especialmente deseamos es que las familias cristianas se consagren al Corazón de Jesús, de manera que colocada la imagen en el sitio principal de la casa, como en su trono, aparezca que Cristo realmente reina en los hogares católicos» (Pío XII, 11 de julio de 1948). «Vuestra consagración al Corazón de Jesús sella un pacto entre El y vuestras familias, cuya iniciativa le pertenece por su promesa a Santa Margarita: Yo les bendeciré» (Pío XII, 17 de junio de 1945.)

«Atraeréis su bendición si su imagen está siempre, además de impresa en vuestras almas, expuesta y honrada entre las paredes domésticas» (Juan Pablo II, 13 de junio de 1979).

«A Ti los que gobiernan las naciones te ensalcen con público honor, te veneren maestros y jueces, te manifiesten las leyes y las artes. Brillen las insignias de los reyes a Ti sometidas y consagradas; y con tu manso cetro somete la patria y los hogares de los ciudadanos» (Himno de Vísperas del primer Oficio de Cristo Rey).

Con la institución de la fiesta de Cristo Rey, Pío XI destacó la relación intrínseca entre la consagración al Corazón de Jesús y su Reinado. Nos consagramos individualmente para que Jesús reine por amor en nuestros corazones, pues el reino de Dios está dentro de nosotros. Le consagramos la familia, para que reine en la célula primaria y fundamental de toda sociedad humana. Le consagramos el género humano, y aun la creación entera, para que reine sobre todos los hombres en su conjunto.

La consagración individual es la base y a la vez término de las demás, pues Jesús reina en cuanto recibe el obsequio en el interior de cada hombre: el reino de Dios está dentro de nosotros. La consagración familiar y universal completan y llevan a perfección la consagración individual, extendiéndola a toda actividad del hombre.

La consagración individual es obra de cada uno. La familiar es primariamente obra del jefe de familia, como responsable y representante de ella; la de la patria, de los jefes de estado, por el mismo motivo; la del género humano, no habiendo autoridad representante oficialmente de todo él, es obra principalmente del Papa, como quien más se acerca a una genuina representación universal, por la catolicidad de la Iglesia.

Pero son también obra de cada individuo, y esto por dos motivos. Siendo el Reinado de Jesús reinado de amor, poco se avanzaría con la consagración de la familia por parte del padre, de la patria por parte de su responsable máximo, del género humano por parte del Papa, si los miembros de la familia, los ciudadanos de la patria, y los hombres del género humano no secundaran e hicieran suya esa consagración de amor. El segundo motivo es que en la consagración individual hemos de entregar a Jesús todo lo nuestro: y nuestra es la familia, la patria y la sociedad del género humano, y así nuestra consagración quedaría defectuosa si individualmente no le consagráramos la familia, la patria, y el género humano al que pertenecemos.

«Todas las cosas son vuestras, ya los hombres, ya el mundo, ya la vida, ya la muerte, ya lo presente, ya lo futuro, mas vosotros de Cristo, Cristo de Dios» (1 Cor. 3,21-23). Y así lo percibe el alma que ama, cuyo sentir tan bellamente expresa San Juan de la Cruz en su oración del alma enamorada: «Míos son los cielos y la tierra, míos los ángeles, míos los hombres, míos los justos y míos los pecadores... porque Cristo es mío y todo para mí.» Si, pues, por la consagración entregamos nuestro ser y persona y todas nuestras cosas a Jesús, hemos de entregarle también y consagrarle nuestra

familia, nuestra patria, la humanidad a la que pertenecemos, y aun la creación entera. Sin tal entrega no sería completa ni verdadera nuestra consagración personal.

Por otra parte, puede no estar en nuestra mano el que el padre consagre al Corazón de Jesús nuestra familia; y ciertamente no lo está el que el Jefe de estado consagre a ese Corazón divino nuestra patria, ni que se haga la consagración del mundo por parte de los responsables de él. Pero sí está siempre en nuestra mano el hacer esa consagración. Por eso insistiremos, tanto en la consagración familiar como en la mundial en nuestro deber y posibilidad de hacerla, exponiendo esa consagración como complemento natural de la consagración individual y personal.

1. La consagración individual personal

Aunque todo lo hasta ahora escrito se refería a ella, dado que es el origen y fundamento de las otras, que son como su complemento natural, resumiremos ahora brevemente el contenido de esa consagración.

«Consagrándonos a El, no sólo reconocemos y aceptamos su dominio franca y gustosamente, sino que realmente testificamos que si fuese nuestro lo que como don le entregamos se lo daríamos de todo corazón, y simultáneamente le suplicamos no se moleste en tomar de nosotros nuestro don, que ya era suyo, pues para eso se lo damos. Este es el significado de la consagración» (León XIII, *Annum sacrum*).

Por la consagración «ofrecemos al Corazón de Jesús nuestro propio ser y todas nuestras cosas, reconociendo que las hemos recibido del eterno amor de Dios» (Pío XI, *Misserentissimus Redemptor*).

Entraña así la consagración un acto de *humildad* —reconociendo nuestra miseria y pobreza, al no tener nada propio que ofrecer a Dios—; un acto de *agradecimiento* —agradeciendo a Dios como don suyo todo cuanto somos y tenemos—; un acto de *justicia*, —dando a Dios lo que es suyo—; y sobre todo, un acto de *amor*, dándoselo por cariño y ma-

nifestándole que aun en el imposible de que fuera nuestro y no de El lo que le ofrecemos, igualmente dichosísimos se lo entregaríamos.

Es fácil observar que entraña también un doble aspecto: el aspecto pasivo y el aspecto activo.

El aspecto pasivo: está en desear de todo corazón que el Corazón de Jesús ejerza en todo su dominio sobre nosotros, haciendo en nosotros cuanto quiera, como quiera, cuando quiera y del modo que quiera, rigiéndonos y gobernándonos a su antojo, sin quejarse jamás de ello, y creyendo firmemente que en todo procede por el amor que me tiene. Lo llamamos pasivo porque mira a la acción de Jesús sobre nosotros, no a nuestra acción de correspondencia a El. Nuestra única cooperación aquí es la fe en su amor: creo que me ama, sé que me ama, y así confiado me abandono a su acción, sin queja o protesta alguna.

El aspecto activo está en nuestra correspondencia, por la que no sólo creo en el amor y me abandono a El, sino que me esfuerzo en amar a mi vez, buscando en todo el gusto del Amado. No sólo me alegro y gozo en ser súbdito de Jesús, sino que me esfuerzo en proceder yo también en todo como súbdito, buscando en todo cumplir su voluntad, haciendo siempre lo que a El más le agrade. Lo llamamos activo porque mira directamente a nuestra correspondencia activa al dominio de Cristo sobre mí.

Es evidente que de los dos aspectos el principal es el pasivo. Es más importante y santificadora la acción divina que la nuestra. Es más importante creer en el Amor, fiarse de El y dejarse gobernar por El que no el corresponder al amor de modo activo.

Sin embargo los dos aspectos son necesarios en una verdadera consagración, aunque no en la misma medida. Si la fe y el abandono en el Amor ha de ser pleno, la correspondencia, aunque hayamos de quererla plena —y eso es esencial para la consagración—, nunca de hecho será plena mientras vivamos esta vida: nunca daremos gusto en todo y siempre a Jesús.

Al no caer en nuestra experiencia la acción divina, y sí la nuestra, solemos medir la perfección mayor o menor de nuestra consagración mirando a nuestra acción, a nuestra correspondencia, a la perfección y constancia con que en todo y siempre buscamos dar el máximo agrado a Jesús y cumplir su voluntad. Es el único modo que tenemos de medir la perfección de la consagración, aunque sepamos se base en el aspecto menos importante. No olvidemos no obstante que siempre será lo más importante en ella la intensidad con que nos fiemos de su Amor y nos abandonemos pasivamente a su acción.

Atendiendo, pues, a ese aspecto activo, diríamos que hay muchos consagrados; bastantes que se esfuerzan en vivir esa consagración; poquísimos los que la vivan en realidad. Se consagra todo el que promete darse al servicio del amor; procura vivir esa consagración el que se esfuerza en que esa promesa no sea vana; la vive quien de hecho ya sólo vive para el amor.

De todos modos, por mucho empeño que pongamos, nuestra consagración activa será muy deficiente, y dolorosamente experimentaremos sus frecuentes quiebras. «El justo peca siete veces al día, y se levanta» (Prov. 24,16), y cada día hemos de pedir en el padrenuestro «Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.»

El inconveniente mayor de estas deficiencias repetidas, con las que, no lo olvidemos, ya cuenta en su infinita misericordia el Corazón de Jesús, es que fácilmente engendran en el consagrado un sentimiento de insinceridad: la consagración acaba pareciéndole hipócrita, insegura, puramente formularia, al contemplarla tan ineficaz.

Y como donde desaparece la sinceridad muere el amor, esa impresión tiende a alejarnos de volver siempre al empeño ineficaz: nos parece que mentimos a Jesús cuando a El nos consagramos, y así cesamos de reactuar una y otra vez esa consagración.

Contra ese cáncer que amenaza toda consagración sólo veo dos remedios. El primero, dar más importancia al as-

pecto pasivo de ella que al activo: fiar más del amor y de la acción misericordiosa de Jesús que no de nuestro amor y nuestra acción. Pero requiere una humildad que acabe amando la propia miseria para que resplandezca más la grandeza del amor divino y su misericordia. Y la humildad llevada hasta ese extremo no es demasiado fácil.

El otro remedio fácil y al alcance de todos, es la consagración previa como hijos pequeños a la Virgen María, para que Ella luego nos consagre como cosa suya a su Hijo.

En efecto, para la consagración a la Virgen basta el aspecto pasivo: recibirla en nuestra casa, hacerla y quererla de verdad ama y señora de la casita de nuestro ser y de todas nuestras cosas, queriendo de verdad que Ella haga y disponga en mí lo que le plazca, cuando le plazca y como le plazca, sin quejarse nunca ni protestar de sus disposiciones. Pero no exige nuestra fidelidad activa.

El pequeñín está contento de que su mamá arregle la casa como quiera: todo lo que su madre hace en casa le parece bien. Pero no siempre respeta activamente lo que Ella hace: para sus juegos cambiará de lugar sillas y objetos, y cogerá el plato de la mesa sentándose en el suelo para comer. Pese a que le parezca bien todo lo de la madre, está muy lejos de ser dócil a las disposiciones de Ella. Y no por eso deja de tener a su madre como madre, ni la madre deja de tenerlo como hijo y como cosa suya cuidarlo.

Pidamos al Espíritu Santo que El, con cuya acción engendró María a Jesús como Hijo del hombre, y nos engendra a nosotros como hijos de María e hijos de Dios, nos dé ese espíritu filial de hijo pequeñito; y, como tal, hagamos nuestra consagración a la Virgen.

Recibámosla en la casa de nuestro ser, como el discípulo amado, para que viva siempre en mí y conmigo, cual Ella desea. Entreguémosle la posesión de todo nuestro ser y nuestras cosas, para que Ella lo gobierne todo como quiera, y como desee lo disponga, como verdadera ama y señora de la casa. Deseemos y pidamos ardientemente que Ella ejerza su dominio omnímodo sobre nosotros, y gocémonos en

ello sin protestar jamás, ni quejarnos de Ella. Pero añadámosle: No te extrañes, Mamá, de que nosotros desordenemos lo que Tú ordenas, manchemos lo que limpias, desarreglemos lo que Tú arreglas: que eso es propio del niño pequeño, y Tú ya debes contar con ello. Vuélvelo Tú a ordenar y arreglar, y no te canses de volverlo a limpiar, comprendiendo la debilidad de tu pequeño.

Eso basta para comportarse como verdadero hijo de María; eso basta para que Ella encuentre en mí un hijo suyo, y me considere como propiedad suya. Y como Ella se consagra y entrega total y sinceramente al Corazón de Jesús, también le consagrará todo lo suyo, también me consagrará a mí, y Jesús me recibirá y aceptará, con todas mis limitaciones, como cosa y posesión de su Madre, y cuidará de mí.

Yo, por mi parte, consagrarme al Corazón de Jesús como niño pequeño en brazos de esa Madre, y pedirle que por Ella me reciba, pese a todas mis infidelidades. Y si por estas me parece a veces que mi consagración no es del todo sincera, no me desanime, porque es sincera la consagración que de mí hace María como de cosa suya e hijo suyo, y es la consagración de Ella la que mira Jesús, más que la consagración, mía. Y entonces nunca entrará la insinceridad en mi consagración, y Jesús me considerará suyo.

Entonces, como dice Orígenes (en la lectura de la fiesta de Cristo Rey), seré como ciudad bien administrada, en la que morará el Padre con su Hijo sentado a su diestra, al cual irá sometiendo cuanto en mí todavía le es enemigo, mientras yo en mi debilidad le suplico: «venga tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra (de mi ser) como en el cielo, perdónanos nuestras deudas» y bórralas de continuo. Entonces somos verdadero jardín y paraíso, que da frutos en el Espíritu Santo, donde la Trinidad se deleita y pasea en soledad conmigo, y donde el Padre, como «verdadero agricultor» (Jo. 15,1) velará para ir destruyendo y combatiendo cuanto amenaza a ese jardín, empaña su hermosura o disminuye su fertilidad. Mis deficiencias y quiebras repetidas

sólo servirán de ocasión al Padre para cumplir su oficio, de someter incansable y reiteradamente en mí cuanto es enemigo y contrario a su Hijo.

Y el Hijo, viéndome enteramente sometido a El por el Padre en mis deficiencias, me transformará en El, repitiendo en mí y conmigo todos los misterios de su vida, como lo expresa San Juan Eudes en la lectura del Viernes anterior a Cristo Rey. Conmigo llevará a cabo el misterio de su encarnación y nacimiento, formándose en nosotros y naciendo en nuestro interior, y haciéndonos vivir su misma vida con El escondida en Dios. En mí reproducirá el misterio de su muerte y resurrección, haciendo que con El y en El padezca, muera y resucite. En mí reproducirá su estado de vida gloriosa e inmortal, cuando me haga vivir junto con El y en El su misma vida gloriosa y perpetua en el cielo

Nada impedirán esa obra de Jesús mis infidelidades y rebeldías, porque para eso está el Padre en mí, para someterme siempre de nuevo a su Hijo Jesús, a fin de que Este pueda hacer en mí y conmigo la obra transformadora que desea, hasta que mi sumisión sea ya definitiva y perfecta en el cielo.

Así la consagración hecha en brazos de la Virgen, y hecha de mí por la misma Virgen María, me hará morada de la Trinidad beatísima, viviendo de su misma Vida, hará que Dios reine en mí y me gobierne pese a todas mis rebeldías momentáneas, y obrará en mi tal transformación en Cristo que donde quiera que vaya,ya no iré yo, sino que va Jesús en mí, porque «ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive y actúa en mí» (Gal. 2,20).

Y por eso mi presencia en el mundo, por ser presencia de Jesús más que mía, será transformadora del mundo en que aun vivo, sin ser ya del mundo.

2. La consagración familiar

La consagración individual no sería completa ni total si no se completara con la consagración familiar,

Si todas las cosas son nuestras, todas las he de consagrar y entregar al Corazón de Jesús para que sobre ellas, como sobre cosas mías, reine El y ejerza su dominio. Si con verdad digo «*mi* familia, mis padres, mis hermanos, mis amigos, mis compañeros de trabajo, mi ciudad, mi patria, mi tierra o mi mundo», es evidente que en cuanto míos y que a mí dicen relación los he de consagrar y entregar al Corazón de Jesús, para que sea íntegra mi misma consagración personal.

Por la consagración familiar implantamos el reino del Corazón de Jesús, reconociendo su soberanía social sobre esa célula primera de toda sociedad civil o religiosa. Por ella reconocemos su supremo y absoluto dominio sobre la familia, y ansiamos y pedimos que lo ejerza, gobernándola en todo, dirigiéndola en todo, cuidándola en todo como cosa suya, a la vez que nos comprometemos, singular y colectivamente, a esforzarnos en proceder en todo sin otra mira que agradarle y cumplir su beneplácito, dejando en El todo otro cuidado o preocupación.

Ese es precisamente el sentido de la entronización que hace el jefe de familia rodeado de todos los miembros de ella, ofreciéndosela como dominio y posesión suya para que sea El quien verdaderamente la gobierne, quien de verdad cuide de ella con su providencia amorosa omnipotente.

Entronización que debe ir acompañada de la de la Bienaventurada Virgen María, pues en la familia no sólo hay la autoridad del padre, sino también la de la madre, que la complementa y dulcifica.

La colocación del cuadro del Corazón de Jesús y de la Virgen en el lugar más concurrido de la casa no es más que signo que nos recuerde su presencia invisible entre nosotros y su actuación de amor. Conviene también poner su imagen en la puerta, para que no más llegar a casa recordemos enseguida su presencia en ella.

Hecha la consagración, hay que esforzarse en vivirla y practicarla en todas nuestras relaciones familiares, actuando

en todo y siempre con la convicción de que somos propiedad de Jesús.

Indicaremos por grados algunos de los elementos que facilitarán esta vivencia.

Primero, que la preocupación de todos, y especialmente de los padres, no sea el propio interés económico, sino el que Jesús se halle allí contento: que todos le agraden y nadie le ofenda, y si alguno pecara todos se hagan solidarios de su pecado, y reparen a Jesús por él con renovados obsequios de amor, con las más delicadas atenciones. La familia que esto hace, no se inquieta por las crisis económicas o afectivas: sabe que Dios cuida de ella, que es familia del Corazón de Jesús, y El cumplirá su promesa de velar por los intereses, la paz y la armonía de los que se le confían y entregan y por su amor se olvidan de sí mismos y de sus cosas.

Segundo, que procuren cumplir en todo la voluntad de Jesús, pero especialmente su precepto, en que tanto insistió, para que pueda reconocerlos como suyos: «En esto se conocerá que sois mis discípulos, en que os améis los unos a los otros como Yo os he amado». (Jo. 13,35).

Tercero, no hay que olvidar una serie de prácticas sencillas que testifican nuestro deseo de que Jesús sea el Rey en la familia y manifiestan nuestra sumisión gozosa a El.

Tales son, por ejemplo: Recurrir a El en toda necesidad o conflicto familiar, encomendándolos a su cuidado y abandonando toda preocupación, como el niño queda tranquilo tras exponer a sus padres cualquier problema que le acucie. Despedirse de Jesús, cual hacemos con padres y familiares, cuando salimos de casa, y decirle a dónde vamos y qué pensamos hacer. Saludarle a El el primero cuando volvemos a casa, dándole cuenta de cuanto hemos hecho fuera o nos ha acaecido, cual hacen los pequeños con sus padres cuando vuelven. Mirarlo con frecuencia cuando se está en casa, sintiéndose gozosos de que esté con nosotros, cual hace el niño pequeño con la presencia de sus padres: que Jesús no sea un cuadro, sino una persona viva con la que tratamos

totalmente enamorados de El y gozosos de que esté con nosotros. Y hacer lo mismo con la Virgen María como Madre nuestra.

Hasta aquí la consagración al Corazón de Jesús de la familia natural. Pero si la consagración es verdadera ha de llevarnos a vivir la familia sobrenatural. Y esto en una doble vertiente: sirviéndonos la familia natural así consagrada como punto de partida y modelo aunque imperfecto para entender, gustar y vivir la familia sobrenatural a la que pertenecemos; y sirviéndonos las relaciones de la familia sobrenatural como modelo a copiar en nuestras relaciones de la familia natural, sobrenaturalizándolas por entero, a la vez que las expandemos fuera de ella, en la familia sobrenatural mucho más amplia de todos los hijos de Dios.

De Dios deriva toda paternidad en los cielos y en la tierra, nos dice San Pablo (Ef. 2,15). Es así la paternidad humana imagen de la divina, la familia humana imagen de la divina, la maternidad humana imagen de la Maternidad de Dios, que para nosotros resplandece y se plasma de modo perfectísimo en la Maternidad de la Virgen María.

Al revelársenos Dios como Padre, sólo mirando, al menos inicialmente, el modelo de la paternidad humana, podremos en algún modo entenderlo y tratarlo. Y al revelarnos a la Virgen como Madre, sólo la entederemos partiendo del conocimiento que tenemos de la madre humana. Como al revelársenos Jesús como hermano, al que debemos el ser hijos de Dios y de María, sólo lo entenderemos y sabremos tratarlo si partimos inicialmente del trato y conocimiento de los hermanos humanos. Ha de ser así la familia humana debidamente consagrada modelo aunque imperfecta, e inspiradora de nuestras relaciones dentro de la familia divina.

A medida que tratemos al Padre Celestial con la misma confianza y abandono, y con el mismo gozo que el niño pequeño trata a su padre y se sabe por él querido, nuestra relación con Dios irá floreciendo y desarrollándose, hasta superar inconmensurablemente el modelo de que partió, co-

mo la paternidad divina supera a la paternidad tan limitada humana. Y a medida que tratemos a la Virgen María como el pequeñín trata a su madre, con el mismo abandono, entrega y gozo que él lo hace, sintiendo suma dicha en acariciarla y ser por Ella acariciado, así crecerá nuestra devoción a la Virgen hasta superar inmensamente a la que el pequeñín siente por su madre natural.

Respecto a Jesús hemos de amarlo como a Padre, pues «Yo y el Padre somos uno» (Jo. 10,30); como a Madre, pues su ser humano es el mismo de María, de Ella recibido y por Ella proyectado sobre el Verbo; y más específicamente como hermano, pues hermano nuestro quiso hacerse, hijo del mismo Padre y de la misma Madre: en El han de concentrarse todos nuestros amores, pues El es «Dios con nosotros». Y así hemos de aprender a tratarle basándonos en todas nuestras relaciones familiares, como Padre, Madre y Hermano.

En concreto, tomando a Jesús por modelo, ese Jesús al que nos hemos consagrado, esforzarnos en imitarle en su trato con el Padre, en su trato con la Madre, en su trato con los hombres sus hermanos. No nos extenderemos aquí en este aspecto de imitación del Corazón de Jesús, que es fundamental en la consagración familiar, porque a ella dedicamos un capítulo entero en el segundo Libro, y allí mostramos cómo puede hacerse.

Sólo indicaremos aquí que para verdaderamente imitarle hay que unirse a El, y hechos Uno con El practicar su imitación. Y así, en El, con El y por El amar al Padre, complaciéndonos en su gloria, ansiar cumplir su voluntad dándole gusto en todo y haciendo siempre lo que a El le agrada, exultar de alegría en su seno sintiéndonos infinitamente amados y protegidos, abandonarnos llenos de confianza a su cuidado, gozar en sus caricias y en su amor, dar por bueno cuanto El disponga: Bien, Padre mío, porque así te plugo a Tí (Mt. 11,26). Todo eso hizo y hace Jesús, y todo eso he de hacer yo unido a El, hecho uno con El, vivificado por El como miembro suyo y hermano suyo que en todo quiere copiarle.

En El, con El y por El amar a la Virgen María, complacerse en Ella, tener nuestra dicha en ser por Ella mirados y cuidados, exultar en recibir sus caricias y en acariciarla a nuestra vez, confiarlo todo a su cuidado, dejándonos del todo en Ella abandonados con entero abandono, sin preocupación alguna, cual lo hizo Jesús, amar a la Virgen con el mismo amor con que Jesús la ama, hecho mío por donación de ese Corazón divino que quiere viva en todo de su misma vida.

E igualmente, en El, con El y por El amar a cuantos trato, con entrega absoluta y generosa, copiando con ellos la conducta de Jesús conmigo en el perdón, en el aguante, en el deseo de convivir: que sea para todos canal a través del cual Jesús pueda manifestarles y les manifieste el amor infinito con que los ama, instrumento por medio del cual se pueda Jesús sembrar en ellos, vía por la cual pueda Jesús actuar como su Pastor y Rey.

La familia consagrada no ha de ser así un circulito aislado en el que Jesús reine, sino trono desde donde gobierne, se manifieste y actúe en todos aquellos con quienes tenemos relación, iniciando así el reino universal del Corazón de Jesús; foco de amor que ilumine y caliente en el divino amor a cuantos con ella se pongan en contacto.

Así la familia pasa a ser universal, abarcando, no sólo a los que unen vínculos de sangre natural, sino a cuantos vincula la sangre de Cristo Redentor haciéndolos hijos de Dios, hermanos nuestros, miembros de una misma familia divina maravillosa. Y la familia natural será simplemente escuela donde aprendamos a convivir y actuar en la familia sobrenatural de los hijos de Dios.

Mas pasemos a la otra vertiente. La familia natural consagrada al Corazón de Jesús no sólo nos ha de servir de modelo y punto de arranque para saber vivir la vida de la familia divina a que pertenecemos, sino que también ha de copiar en las relaciones familiares esa familia divina cuya copia imperfectísima es.

Y así el padre ha de esforzarse en copiar en lo posible

en la conducta con sus hijos la conducta del Padre Celestial y su amor generoso, impulsado en todo por el amor y el conocimiento que del Padre tiene, y ver en sus hijos, más que hijos suyos, hijos de Dios, y como tales protegerlos y cuidarlos, educarlos y formarlos. Y la Madre ha de tomar como modelo a la Virgen María, procurando imitarla en el trato con los hijos, mirándolos como hijos de Ella y formándolos más y más para Ella.

Y los hijos han de esforzarse en tratar a los padres como manifestación visible, aunque llena de deficiencias, pero no por eso menos verdaderamente manifestación, del Padre Celeste y de la Virgen María, sabiendo que el honrarlos es el medio y modo que tienen de honrar de verdad a Dios y a la Virgen María. Imitando en esto a Jesús, obediente a María y a José, porque en ellos veía la autoridad y presencia de su Padre Celestial.

Y los esposos imitarán en todo no sólo la armonía de María y José, atentos ambos a cumplir en todo la voluntad del Padre, sino sobre todo buscarán copiar la unión del Corazón de Jesús a la Virgen María, esposa del Verbo, a la que asocia en todo consigo, haciéndola en todo partícipe de su misma suerte y actividad. Así procederán juntos y armonizados en su acción, aunque con matices diferentes, mutuamente con gozo completándose y sin imposición de clase alguna, como principio único de autoridad y de gobierno, aunque poseído por dos personas hechas uno.

Entonces afluirá a la familia la bendición prometida por el Corazón divino. Entonces la reconocerá El como suya, verdaderamente suya, y en Ella morará como en jardín de delicias, cuidándola y gobernándola con amor hasta en los menores detalles: nada será ajeno a su cuidado. Entonces gozará la Virgen María como Madre en su casa, haciendo gustar a todos las delicias de su amor y su ternura, y atendiendo con cuidado materno las necesidades y bien de todos. Entonces descenderá también el Padre para reinar en ella, con su Hijo sentado a su diestra, para someterle todos los enemigos que vayan surgiendo, y hará con su Divino Es-

píritu que todos produzcan frutos de vida eterna. Y la paz los anegará, pues su Rey Jesús «será su paz» (Miq. 5,5).

3. La consagración mundial

Si todas las cosas son nuestras, todas las hemos de consagrar y dedicar al Corazón divino de Jesús. Si soy parte del mundo y de la humanidad, le he de consagrar junto conmigo ese mundo y humanidad de que formo parte, no buscando ni deseando para los hombres otro bien que la sujeción de todos al amor de Cristo.

Pero aunque diga «mi ciudad, mi patria, mi tierra, mi mundo», el sentimiento psicológico de posesión, que aun era intenso en la familia, se va desvaneciendo a medida que me pierdo entre desconocidos. Soy tan poquita cosa en la ciudad, en la patria, y más aún en el mundo, que psicológicamente parece como si nada hiciere mi consagración de él.

Por otra parte, aunque sé que todos y cada uno de los hombres son mis hermanos, con los que tengo una vinculación sobrenatural al menos tan grande e íntima como la que naturalmente tengo con mis hermanos de sangre, el amor e interés intenso por ellos tiende a desvanecerse, haciendo difícil el consagrarlos al Corazón de Jesús para que reine en ellos con la misma intensidad y sinceridad con que consagro a los conocidos por quienes individualmente me intereso.

Para evitar este lastre psicológico que haría superficial y vana, cuando no puramente formularia, mi consagración al Corazón de Jesús de mi ciudad, mi patria y de toda la humanidad, hay un medio bien sencillo: hacerla en brazos de la Virgen, y a Ella estrechamente unidos.

Sé que María es Señora de todo lo creado, y en especial reina y señora de todos los hombres. Siendo todo lo de Ella mío, por ser mi Madre, en Ella y con Ella podré hacer con toda sinceridad e intensidad la consagración a Jesús de todos los hombres como algo verdaderamente mío, que puedo y debo ofrecer al Corazón de Jesús.

Igualmente se siente Ella, y es de verdad, Madre de todos los hombres. Y el amor que siento me tiene a mí, sé que lo tiene a cada uno de los hombres, experimenta por ellos el mismo deseo de salvación que por mí, y desea como a mí llevarlos al Corazón de su Hijo. Unido así a Ella, podré experimentar, mirándola a Ella, el mismo deseo de salvación de todos y cada uno de los hombres, aunque individualmente me sean desconocidos: me son todos conocidos en Ella y en la angustia que por ellos siente. Y así podré tener el mismo deseo ardiente de que Jesús reine en ellos, que el que sea capaz de sentir de que reine en mí o en mis familiares y conocidos. E igualmente, mirando desde los brazos de la Virgen a Jesús, Redentor de todos y cada uno de los hombres, podré hacer mía su ansia y deseo de salvación de todos los hombres.

La consagración mundial consiste así en, desde los brazos de la Virgen y unido a Ella, ofrecer a Jesús todos los hombres, vivamente interesado en su salvación, y rogándole ejerza en ellos su dominio de Rey y los conduzca como Pastor a las fuentes de la vida: pidiéndole que su dominio sea privada y públicamente aceptado y amado: gozándonos cuando lo vemos reconocido, entristeciéndonos cuando lo vemos ignorado. Y en ofrecernos incondicionalmente al Corazón de Jesús para, en la medida de nuestra pequeñez, contribuir con todas nuestras fuerzas y energías a la extensión e implatación en todos de su Reinado, ofreciéndonos a El como instrumentos para esa obra de captación de amor.

Entraña, en segundo lugar, el convertir en nuestro único ideal y objeto de nuestros deseos ese Reino de Cristo, dedicando a procurar su progresiva extensión y su pronta implantación toda nuestra actividad, y toda nuestra oración y peticiones. Que sólo una cosa ansiemos y busquemos: que sea amado en todas partes y por todos el Sagrado Corazón de Jesús. Que a solo eso se dirija nuestra actividad, sólo a eso se ordenen nuestras peticiones y deseos ante Dios.

Nuestra actividad nos parece tan irrelevante en medio del tráfago del mundo, que a primera vista nos podría pa-

recer casi del todo ineficaz. Pero no olvidemos que aunque somos pequeños somos semilla: una semilla sembrada al azar puede llenar en poco tiempo la tierra: consagrados a Cristo, semillas de Cristo, si procuramos fructificar en su amor llenaremos también la tierra, transformaremos la humanidad. Y más cuando sabemos que la semilla es Cristo mismo que en nuestro corazón llevamos en medio del mundo para en él sembrarlo: aunque nuestra siembra sea necesaria, la eficacia no está en nuestra siembra, sino en la semilla divina que sembranos. Si esto tenemos presente no desfalleceremos al vernos como perdidos y olvidados en el mundo.

Somos fermento, y fermento activísimo si Cristo mora y reina ya en nosotros. Y si el fermento es activo, aunque directamente sólo tenga relación con la pequeña porción de masa que lo rodea, no tardará mucho en hacer fermentar a toda la masa. Así lo prometió Jesús, y así nos lo inculca cuando nos dice: «Os he puesto para que déis mucho fruto, y vuestro fruto permanezca» (Jo. 15,16; 15,8). Fruto que daremos en virtud de que Cristo mora y obra en nosotros, ya que «sin Mí nada podéis hacer» (Jo. 15,5). No olvidemos nunca que en esa acción nuestra es Jesús quien actúa y obra, y entonces no nos maravillará con extrañeza su eficacia al parecer desproporcionada a nuestro esfuerzo.

Unidos así a Cristo, y confiados en la eficacia de El y no en la nuestra, nuestra primera colaboración al reino universal de Cristo ha de ser vivir intensamente nuestra propia consagración individual. La salud de un miembro influye favorablemente en todos los demás, como también influiría desfavorablemente su enfermedad. Así la simple presencia en el mundo de un alma del todo consagrada provoca de un modo misterioso, no por eso menos real, un movimiento de acercamiento al Corazón de Jesús en todos y cada uno de los hombres.

No hay así un solo hombre que no reciba el influjo bienhechor de la presencia en el mundo de un alma de verdad consagrada, de un santo presente en el mundo como fer-

mento del mundo y semilla en él de incorrupción. Por eso Jesús nos llama «sal de la tierra, y luz del mundo» (Mt. 5, 13.14): no de un trocito de la tierra o una partecica del mundo, sino de la tierra y del mundo en su totalidad. Y es que en realidad esa sal que somos, y esa Luz que somos, es el mismo Jesús presente y libremente actuando en el alma consagrada, Jesús que es Redentor y Salvador de todos.

Viene luego nuestra acción en el ambiente en que vivimos, en la partecica del mundo en que nos movemos. Llenos de Jesús, y sintiéndonos por El infinita y maravillosamente amados, aprovechemos toda ocasión para comunicar a los demás ese sentimiento de ser así tan deliciosamente amados, para que se enamoren atraídos por el amor de que se ven objeto: con nuestra alegría, nuestra simple presencia, que es presencia de Jesús entre ellos, nuestra palabra de afecto, de consuelo, de consejo, nuestra entrega ilimitada a todos los demás, nuestro amor desinteresado, nuestro perdón de toda ofensa. Que todo se ordene a sembrar a Cristo en los demás, a comunicárselo dándoles a conocer su infinito amor, del que estamos todos tan sedientos en este mundo hostil y frío.

Muchas veces palparemos el éxito, pues son muchas las almas de buena voluntad que sólo esperan a descubrir el amor de Jesús para entregarse a él enamoradas. Otras veces experimentaremos el fracaso, y nuestro esfuerzo parecerá no haber logrado nada. La fe nos dice que es cuando más logramos. Si mi acción es de Cristo, la acción de Cristo no puede fracasar ni dejar de producir fruto abundante. Sólo que por ser acción de Jesús, su eficacia no está limitada a lugar o espacio determinado. Cuando no parece producir fruto en el ambiente en que nos movemos, es que Jesús quiere producirlo en otro lugar, quizá en un hombre al otro extremo de la tierra cuya disposición sólo El conoce. Y ese fruto se deberá a nuestra acción, mejor, a la acción de Jesús en mí, aparentemente fracasada. El amor, si es de Jesús, nunca fracasa: produce siempre fruto abundante y permanente,

Si tenemos esto presente, no nos desanimaremos en nuestros fracasos, siempre meramente aparentes, ni nos desanimará la pequeñez de nuestra acción, tan reducida a espacio y personas. Sabremos que esa acción aparentemente tan reducida tiene eficacia universal por ser acción de Jesús en mí, y no fracasa nunca por ser de El. Que si a Jesús me he entregado del todo para que El me rija y me gobierne, es evidente que toda acción mía será acción de Jesús, hecha a través de mí como de su miembro vivo.

Si nuestro único norte en nuestra acción ambiental ha de ser el que Jesús sea conocido y amado, también debe serlo en nuestra acción cívica, cuando se presentare la ocasión. Por ejemplo, ¿a quién elegir cuando se pide nuestro voto? La norma para el consagrado es únicamente elegir aquel o aquellos que más van a fomentar el reino de Cristo, o menos lo van a dificultar. Igual si se trata de manifestaciones públicas de cualquier género: concurrir entonces y cuando sinceramente creamos que contribuimos a presentar el reino de Cristo, recordando la obligación de conocerlo y amarlo; abstenerse cuando a tal fin no contribuyan. Igualmente, gozarnos y entristecernos de las leyes que se den sólo en tanto en cuanto contribuyan a que Jesús sea más conocido y amado, o bien van en contra de su divino beneplácito. Que nuestro criterio, y el que intentamos comunicar a los demás, sea únicamente ése: que sea amado en todas partes el Sagrado Corazón de Jesús.

Y en toda esa acción cívica creamos firmemente que la eficacia no depende de nuestra mínima colaboración, sino de que Jesús la hace a través nuestro. Esa fe firme nos librará del pecado frecuente de omisión, que nos induce a creer que no vale la pena molestarse cuando mi acción es comparativamente tan poco importante.

De todos modos no olvidemos que nuestra principal contribución, y la más eficaz, al Reino de Cristo, no está en la acción o actividad, sino en la oración.

Tenemos la magnífica promesa de Cristo: «Todo lo que pidiereis al Padre en mi nombre, se os dará». (Jo. 16,23). Y

¿qué más pedir en nombre de Cristo que suplicar al Padre le atraiga los corazones de todos y le haga reinar en todos ellos?

El mismo Jesús nos mandó pidiéramos: «Padre, santificado sea tu nombre, *venga a nosotros tu reino*, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.» Si nos manda pedirlo es porque quiere concedérnoslo. Y ¿qué más pedir en nombre de Jesús que pedir al Padre lo mismo que Jesús dice le pidamos?

De esa oración depende la salvación de muchas almas, y la pronta implantación del reino de Cristo, así como su mayor o menor plenitud, pues Dios quiere hacerlo depender todo de la oración. Por eso San Pablo nos exhorta: «Os ruego que *lo primero de todo* se hagan súplicas, oraciones, peticiones, acciones de gracias por todos los hombres: por los reyes y por todos los que están en cargo, para que podamos llevar vida en paz y tranquila con toda piedad y castidad: pues esto es bueno y acepto ante Dios nuestro Salvador, que quiere que todos los hombres se salven, y vengan al conocimiento de la verdad» (1. Tim. 2,1-4). El que los hombres lleguen al conocimiento de la verdad del infinito amor con que son amados depende así ante todo de nuestra oración.

Y siendo el Padre el que tiene por oficio atraer las almas a Jesús, pues «nadie viene a Mí si mi Padre no le atrajere» (Jo. 6,44) nuestra oración se ha de dirigir al Padre: «venga a nosotros tu reino», que es el reino de su Hijo, pidiendo al Padre le glorifique, porque es la petición que El mismo le hizo: «Padre, Yo te he glorificado sobre la tierra: ahora glorifícame Tú a Mí con la gloria que he tenido ante Ti antes de que el mundo fuera hecho» (Jo. 17,4.5). Ya le glorificó en el cielo: ahora que le glorifique entre nosotros, porque también ahora entre nosotros le está glorificando su Hijo inonadado en la Eucaristía.

El reino de Jesús, siendo sobre el mundo, no tiene origen en este mundo, sino en la donación y entrega que le hace el Padre; no trae su origen de aquí abajo, sino del cielo (Jo. 18,36): es el Padre quien lo ha de implantar sobre noso-

tros, y siendo ese su deseo sólo espera que se lo pidamos (1).

Recordémosle que, amándonos su Hijo, no puede ser feliz entre nosotros si no se siente amado. Y puesto que nadie conoce al Hijo si no el Padre (Mt. 11,27), nos revele El y dé a conocer a su Hijo, para gloria y exultación y alegría del Hijo, como lo reveló a Pedro cuando lo confesó Hijo de Dios (Mt. 16,17).

Esa oración por Jesús y su reinado la hemos de hacer

1. La traducción quizá más frecuente de este versículo es: «Mi Reino no es de este mundo. Si mi Reino fuese de este mundo, mi gente habría combatido para que Yo no fuese entregado a los judíos. Pero mi Reino no es de aquí». Tal traducción es equívoca, y si se entiende como si Jesús no tuviese dominio regio y absoluto sobre este mundo, es errónea, contraria al dogma, y opuesta a innumerables textos que afirman ese dominio. Baste recordar que el mismo Jesús dice: «Todo poder me ha sido dado en los cielos y en la tierra».

Las partículas *de* (de hoc mundo), *ex* (ex hoc mundo), *hinc* (regnum meum non est hinc), no indican el objeto sobre el que se ejerce ese Reino, sino el origen de donde ese reino procede. Y lo mismo sucede en el texto grigo con las partículas *ek* (ex tu kosmu tutu) y *enteuzen*. De modo que la traducción verdadera es: «Mi Reino no trae su origen de este mundo. Si mi Reino trajera su origen de este mundo, mi gente habría combatido para que yo no fuese entregado a los judíos; pero mi Reino no trae su origen de aquí (abajo)».

Son los que constituyen al Rey los que han de defenderlo. No son los hombres los que han constituido Rey del mundo a Jesús, sino el Padre Celestial. Por eso, Este es el encargado de someterle todas las cosas, no los hombres. El dominio de Jesús sobre el mundo no depende así de los hombres, sino del Padre: de ahí que es totalmente vana e inútil toda oposición humana o creada a ese Reino y dominio. De ahí que añada Jesús: «Yo para eso nací (para ser Rey), y para eso vine al mundo (al que me envió el Padre)» (Jo. 18,37). Y así lo entendió perfectamente Pilatos: «Entonces, Tú eres Rey». Por eso, cuando Pedro quiso defender a Jesús con la espada (Jo. 18,10), Jesús le reprendió: «Guarda tu espada... pues todo el que de espada usa, a espada morirá... ¿Es que crees que no puedo rogar a mi Padre, y me daría ahora mismo más de doce legiones de ángeles?» (Mt. 26, 52.53).

Con eso nos enseñó a no querer imponer a nadie por la fuerza la sujección a El, ni a defender sus derechos reales con la fuerza de las armas. Nuestra colaboración al Reino de Cristo está en so-

especialmente ante el Sagrario y en la Santa Misa. Unidos a la Virgen María presentarlo al Padre como Víctima, recordándole cuánto El le glorifica en nuestro nombre en tantos lugares de la tierra, adorándole, alabándole y dándole gracias por toda la creación, y ofreciéndose como víctima para pagar nuestros pecados y deudas, a fin de que el Padre sea glorificado al contemplar su creación, de tal modo embellecida por el amor de su Hijo. Recordémosle que está anonadado y desconocido y desamado por su amor; que está sediento de ser amado por los que ama y por todos aquellos por los que se inmola: que se compadezca de su Hijo, sacie su sed, o al menos la aplaque, atrayéndole el amor de los que El ama. Hagamos nuestro el deseo y petición de la Virgen de que su Hijo sea por todos amado y venerado. Que si unidos a Ella lo deseamos y pedimos, lo obtendremos, y el reino de amor del Corazón de Jesús se irá implantando y extendiendo.

Recordemos al Padre que hay muchas ovejas de Jesús que aún no han oído su voz, pero le seguirán con gozo cuando la oigan: que al menos a ésas se apresure a atraerlas a Jesús para llenarlo ya actualmente de consuelo. Pero que se haga su voluntad, que El sabe mejor el momento y la hora en que estarán mejor dispuestas para oír esa voz y seguirla. Y pidámosle sobre todo que al menos en la hora de la muerte revele a todos la hermosura de su Hijo, les haga oír su voz y les mueva a seguirla, para que si no han pertenecido a su reino en la tierra, al menos vayan a su reino del cielo y sean allí su alegría y su victoria.

Y pidamos también a Jesús como Dios que consuele a su Madre, atrayéndole a todos sus hijos, para que ya desde

---

meternos nosotros voluntariamente y por amor a su dominio, y ser sus testigos ante los demás, dispuestos, si la ocasión viniere, a dar nuestra vida para testificar ese dominio. Hecho esto, la sujección ajena, y aun la nuestra, hemos de pedirla insistentemente al Padre: «Venga a nosotros tu Reino, hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo». No olvidemos nunca que si queremos extender el Reino de Cristo, el medio eficaz es la oración y el testimonio. timonio.

ahora la conozcan y la amen, y se dejen amar y acariciar por Ella. Que si todos los que han de acabar conociendo y amando a la Virgen como Madre, y han de acabar adhiriendo por amor a Jesús su Redentor, ya desde ahora fueran atraídos por el Padre, el reino de Jesús sobre este mundo ya sería un hecho consumado.

No sabemos los caminos de Dios, no sabemos la hora que tiene reservada para atraer a cada alma y hacerla oír su voz. Pero El nos mandó pedir: «Venga a nosotros tu reino». Y sabemos que esa petición es eficaz. Si no llega todavía, es por la tibieza de nuestra petición y nuestro deseo. Y por eso sabemos que cuanto más se exacerbe nuestro deseo de que Jesús sea amado, y más intensamente pidamos que venga a nosotros su reino, primero ese reino vendrá, y más pleno será, sometidos a Jesús por el Padre todos los enemigos, y reducidos a la impotencia total.

Mucho se ha especulado sobre ese reino, que sabemos llegará, pues el mismo Jesús dijo a Santa Margarita María: «Reinaré a pesar de mis enemigos y de cuantos a ello se opongan». Pero lo esencial de él nos lo dice Pío XI: «El mundo entero se someterá de buen grado y con gusto al dominio dulcísimo de Cristo Rey» (*Miserentissimus*). Incomprensible se nos hace la dicha de los hombres al ser en todo gobernados por ese Rey de amor. Pero no es esa dicha lo que nos ha de atraer y complacer, sino el honor de nuestro Amado de todos amado, la dicha de Jesús al ver correspondido el amor de su Corazón.

Tampoco sabemos cuánto durará, aunque sí será el tiempo suficiente para que la evangelización plena llegue a todos los pueblos e individuos, para prepararlos a la segunda venida del Señor, cuando venga a juzgarnos, y trasladar al reino de los cielos su reino de la tierra que es su Iglesia. Quizá sea breve como el triunfo de Jesús en su entrada en Jerusalén, pero igualmente eficaz para que llegue a todos la verdad, pues la enseñanza dada por Jesús en esos cuatro días —desde el domingo al miércoles santo— constituye la tercera parte de los Evangelios o Buena Nueva.

Es muy probable que nosotros no lo veamos por más que lo deseemos. No nos ha de importar. Todo reino de Jesús en esta tierra es como sombra desvahída de su Reino en los cielos. Y a ese sí estamos llamados e invitados, y llegará muy pronto para cada uno de nosotros. Generación tras generación van arribando a ese reino del cielo, tras serles a todos revelado Jesús en la hora de la muerte: y el que entonces oiga su voz y le acepte y ame como Redentor y como Amor, será incorporado al reino de los cielos, y verá la gloria de Jesús y se deleitará en ella.

Es la participación de ese Reino eterno lo que ante todo hemos de pedir para todos y cada uno de los hombres, pues por todos y cada uno se inmoló Jesús en la cruz, y se sigue inmolando en la Eucaristía. Es en ese reino de los cielos, tan inminente ya para nosotros, en el que hemos de soñar, el que ardientemente hemos de desear.

Allí nuestra unión con Dios en Jesús será plena, y será unión en soledad, unión en compañía, unión siempre nueva, cual describimos en EL AMOR. Allí ya nada pediremos, pues lo tendremos todo antes de pedirlo. Allí nuestro gozo será pleno, y nuestro gozo nadie nos lo arrebatará. Allí se dilatará infinitamente nuestra capacidad para que podamos ver a Dios como El es, viviendo de su misma Vida trinitaria. Allí seremos semejantes a Dios, y como El conoceremos individual y singularmente a todos los salvados, y veremos cómo hemos colaborado con nuestra oración y nuestra acción a la salvación de todos y cada uno de ellos. Allí palparemos eternamente la eficacia de nuestra oración por los demás, de nuestra acción en favor de ellos. Y allí nos amaremos entrañablemente, y mutuamente nos honraremos y gozaremos los unos de los otros, no de un modo anónimo como ahora, sino de modo singular con cada uno.

Es ese reino el que hemos de desear, el que ardientemente hemos de pedir para todos, y el reino del Corazón de Jesús en esta tierra se nos dará como mera añadidura, para triunfo ya aquí del Corazón de nuestro amor, y para pregustar en algún modo imperfectísimo en él las alegrías del cielo.

LIBRO SEGUNDO

LA REPARACION AL CORAZON DE JESUS

«Improperios y miserias sintió mi corazón. Esperé que alguno se entristeciese conmigo y no lo encontré; busqué quien me consolase y no lo hallé» (Sal. 68,21).

Capítulo primero

CONCEPTO DE LA REPARACION

Siendo la Reparación el segundo acto fundamental de la devoción al Corazón de Jesús, a cuya exposición dedicó Pío XI su Encíclica «Miserentissimus Redemptor», como León XIII dedicara su Encíclica «Arcanum Dei» a la exposición de la consagración, conviene ante todo desentrañar su verdadero significado en toda su riqueza y variedad.

Lo intentaremos por tres vías de aproximación, que mutuamente se completan: 1.º) Por la misma enseñanza del Corazón de Jesús en sus revelaciones a Santa Margarita; 2.º) Por el análisis del significado de los términos que para designarla usa Pío XI en su Encíclica, y que son, principalmente: Reparación, expiación, satisfacción, purificación, propiciación, y desagravio; 3.º) Por la atenta consideración de las enseñanzas de Pío XI en su Encíclica, hablándonos de su significado, sus fundamentos, su práctica y sus frutos, así como del doble término a que se dirige, es decir, al Padre Eterno o Dios como Dios (y por tanto también a Cristo como Dios, pues «Yo y el Padre somos Uno», (Jo. 10,30), y a Jesús como hombre que en su Humanidad se inmola por nosotros.

1. El concepto de la reparación y las peticiones del Corazón de Jesús a Santa Margarita María

Aunque el espíritu de reparación informa tanto la vida como los escritos de Santa Margarita María, y por eso desde un principio informó la Devoción al Sagrado Corazón, aquí nos limitaremos a sólo dos aspectos, que nos aclaran su verdadero significado.

El primero es la Hora Santa, que el mismo Corazón pidió a Santa Margarita María con estas palabras:

«En la noche del Jueves al Viernes de cada semana te haré participante de la tristeza mortal que Yo quise sufrir en el Huerto de Getsemaní; y esta participación de mi tristeza te reducirá a una especie de agonía más difícil de sufrir que la misma muerte. Me acompañarás en la humilde oración que ofrecí a mi Padre, en medio de todas mis angustias; para lo cual te levantarás a medianoche, entre once y doce, y permanecerás postrada conmigo durante una hora con el rostro pegado a la tierra, tanto para desarmar la cólera divina, pidiendo misericordia por los pecadores, cuanto para honrar y aliviar, en cierto modo, la amargura que entonces sentí, al verme abandonado de mis apóstoles, lo cual me obligó a echarles en cara que no habían podido velar una hora conmigo.»

En estas palabras, dichas por el Corazón de Jesús a Santa Margarita María de Alacoque en la tercera gran revelación, destaca el elemento retroactivo de la reparación: acompañar, consolar y aliviar a Jesús en los sufrimientos de su vida mortal en virtud de la previsión que entonces tuvo de todos nuestros actos. Y consiste esencialmente en sentir con El, acompañándole en todos sus sufrimientos y en su oblación al Padre, hechos Uno con El.

El efecto de esa asociación a El es doble: primero, consolar y aliviar a Jesús, no dejándole solo en su amargura y su dolor; el segundo, satisfacer y reparar al Padre, ofreciéndonos como víctima expiatoria a El, unidos a Jesús, Cordero de Dios que quita los pecados del mundo tomándolos sobre Sí y pagándolos. Todo ese valor satisfactorio con relación a Dios toma su fuerza y valor de nuestra unión e identificación con el sacrificio y oblación de Jesús en su estado de Siervo.

Si en la Hora Santa prima la eficacia retroactiva de la reparación, consolando y acompañando a Jesús en su agonía mientras estuvo en la tierra, en la Comunión reparadora de los Primeros Viernes se atiende sobre todo a la eficacia

actual de la Reparación, acompañando a Jesús en los desprecios que actualmente sufre en la Eucaristía, y aliviándole y consolándole con nuestro amor y obsequios en los dolores morales que actualmente sufre el Corazón de Jesús en la Eucaristía y en el corazón de los que mora, al sentirse desamado, o no debidamente amado por nosotros.

En esa comunión reparadora buscamos unirnos a los sentimientos actuales de Jesús presente entre nosotros ahora y con nuestros obsequios consolarle, a la vez que, unidos a El y con El, «Cordero de Dios que quita —actualmente, en presente— los pecados del mundo», nos ofrecemos al Padre como Víctima, para sustituir en parte la inmolación de Jesús y hacerla más ligera, y en ansia de obtener que el Corazón de Jesús sea glorificado por el Padre entre nosotros, haciéndolo conocer y amar por todos y siempre, para que sea feliz entre nosotros como lo es ya en el cielo. Felicidad que sólo tendrá en la medida en que su Divino Corazón sea amado en todas partes y por todos.

Y dio el Corazón de Jesús tanta importancia a esta reparación de eficacia presente, con que procuramos consolarle y aliviarle en su presencia con nosotros, que llegó al extremo casi increíble de prometer prácticamente la salvación a cuantos hagan esa comunión reparadora durante nueve primeros viernes de mes seguidos. Es lo que se llama «la gran Promesa» del Corazón de Jesús.

Práctica de origen posterior es la adoración nocturna, que funde en uno la hora santa y la comunión reparadora.

El espíritu reparador, y el contenido de esa reparación, puede deducirse de la siguiente plegaria del *Ritual de la Adoración nocturna española,* que dicen todos los adoradores al empezarla: «Nuestra consigna es adoraros por los que no os adoran, bendeciros por los que os blasfeman y maldicen, expiar nuestros propios pecados con íntimo dolor del corazón, y desagraviaros por todos los que en el mundo se cometen; unir nuestras intenciones y súplicas con las vuestras para aplacar la ira de Dios justiciero, y hacer que desciendan sobre la tierra las bendiciones de su misericordia.»

La reparación tiene aquí ante todo una proyección actual, dirigida al Jesús presente entre nosotros. Incluye: adorarle y bendecirle en representación de todos los hombres, dolernos de nuestros pecados y de los de todo el mundo porque son pecados de Jesús que El carga sobre sí para expiarlos, para así aliviarle y consolarle; y, finalmente, unidos en todo a Jesús, ofrecernos como víctimas al Padre para satisfacer a su justicia y atraer sus bendiciones. Esta nuestra ofrenda al Padre deriva todo su valor de nuestra unión con Jesús como miembros suyos, participando como tales en la oblación que El hace.

Resumiendo: La reparación tiene un efecto retroactivo, acompañando y consolando a Jesús en su vida mortal, y un efecto presente, acompañando y consolando a Jesús actualmente presente entre nosotros, sobre todo en la Eucaristía. Y tiene doble término: Jesús en su Humanidad o estado de siervo, a quien hemos de acompañar con nuestro amor, asociándonos a todos sus sentimientos y sufrimientos; y el Padre Celestial a quien, unidos a la oblación de Jesús en su pasión y en la Eucaristía, nos hemos de ofrecer como víctimas para satisfacer a su justicia y atraer sus bendiciones sobre todos los hombres.

2. El significado de los términos usados por Pío XI para designar la reparación

Un segundo modo de adentrarnos en la riqueza del contenido de la reparación es el análisis del significado de los términos con que Pío XI la designa en su Encíclica «Miserentissimus Redemptor». Esos términos son principalmente los siguientes: Reparación, Expiación, Satisfacción, Purificación, Propiciación, Desagravio.

Todos estos términos los usa Pío XI como sinónimos; pero adviértase, que, cual sucede en los sinónimos, cada uno entraña un matiz distinto que no se halla en los demás, con lo cual contribuyen a enriquecer el concepto. Veámoslos separadamente.

1. REPARACION. Es la acción de «reparar». Y este verbo «reparar» tiene dos construcciones sintácticas, que connotan dos significados diferentes, aunque mutuamente relacionados. Una es reparar *en*, *en* alguna cosa, o en algo. Otra es reparar *algo*.

Reparar *en* es fijar expresamente la atención en algo. Algo que uno, al pasar, había visto, pero en el montón de cosas, aunque lo viera, le pasa como desapercibido. Y luego, cuando *repara* en *ello*, se da cuenta perfecta de la situación. Es como un *pararse* de nuevo (reparar) para mirar detenidamente. Y ese reparar *en* no es meramente especulativo, sino también activo: procura uno siempre poner remedio a aquello en que ha reparado.

Está el padre sentado, sobre la mesa hay una pila de platos, entra el chiquillo jugando alocadamente, da un empujón a la mesa, y se caen todos los platos, rompiéndose. Al estrépito acude la madre, que enseguida dice al padre: pero ¿no te diste cuenta del peligro que suponía estar aquí el niño jugando? El responde: No reparé en ello: ni en que los platos estaban sobre la mesa, ni en el peligro que corrían con los juegos del niño. Es decir, sabía ambas cosas, pero no les prestó atención. Si hubiera reparado *en* ello, habría impedido la rotura de los platos.

Igualmente, tiene uno una mancha en el vestido, y la ha visto, pero como de refilón. De pronto ve que todo el mundo le mira al mismo punto. Al final, intrigado, mira también él, y ve que tiene un lamparón. Cuando repara *en* eso, lo primero que hace es poner disimuladamente las manos encima para ocultarlo a las miradas ajenas, y luego, discretamente, abandona la reunión.

Es decir: una vez que reparo *en* algo, procuro poner remedio, reparar los males que pudieran seguirse de aquello en que he reparado. Esto es precisamente lo que vincula y traba este primer sentido de reparar *en* con el segundo de reparar *algo*.

Así pues, reparar *en* es darse cuenta refleja y consciente de algo.

Tratándose de la reparación al Corazón de Jesús, hay que reparar en dos cosas: Primero, en nuestros pecados y en los de todo el mundo, que afligen a ese Corazón, y por los que El se ofrece como Víctima. Segundo, y sobre todo, en Jesús mismo, afligido por nuestros pecados e ingratitudes, verdadero Cordero de Dios que toma sobre Sí los pecados del mundo, para así poder asociarnos a sus sentimientos, «sintiendo en nosotros lo que Cristo Jesús siente en Sí» (Fil. 2,5).

Es evidente que yo me doy cuenta de mis pecados y de los del mundo; pero no reparo en ellos, no fijo en ellos mi atención.

Reparar *en* viene de pararse de nuevo. He pasado, lo he visto, y adelante. Pero de pronto digo: ¡Cuidado! que allí había algo muy importante. Y entonces me paro y lo remiro.

Supone así la reparación el pararse para contemplar mi condición de pecador, para ver lo que esta situación mía disgusta y hace sufrir a Jesús; para mirar la situación de pecado de los hombres todos, y ver lo que disgusta a Jesús.

Y sobre todo, supone pararme y reparar en Jesús para ver lo que El siente, lo que El padece al ver cómo le trato yo, al ver cómo le tratan los que están a mi lado, mis familiares y cuantos yo conozco, al ver cómo le tratan todos y cada uno de los hombres. Porque amando infinitamente a cada uno, y estando en el Sagrario por cada uno, inmensidad de gente ni se acuerda de que El está en el Sagrario para ellos, y se inmola en la Santa Misa por ellos. Y de los que le recibimos, haciendo de nuestro corazón morada suya, la mayor parte no nos acordamos ya de El apenas haberle recibido: le dejamos enseguida olvidado y solo en nuestro corazón.

Todo eso lo sabemos todos. Y cómo está el mundo lo sabemos todos. Pero no reparamos en ello. Sólo cuando reparamos en ello nos damos cuenta de lo que Jesús sufre, de lo que Jesús padece, de lo que es conculcada la honra divina. Y entonces necesariamente buscaremos reparar en el segundo sentido, pues sólo después que uno ha reparado en algo se esfuerza en reparar lo que vio mal.

En el segundo sentido, reparar algo es rehacer una cosa que está parcial o totalmente deshecha y estropeada.

Así como la primera acepción de reparar *en* es pararse de nuevo para contemplar bien lo que en un primer momento solo someramente y como de refilón se viera, la segunda acepción, de reparar *algo*, de la que ahora tratamos y que es la principal, viene del latín *parare*, que es preparar, aderezar, hacer. Y *re-parare*, o reparar, es prepararlo, aderezarlo o hacerlo de nuevo: lo cual supone que se ha roto o estropeado, y la reparación lo vuelve a su estado originario.

Así, reparar un zapato es volverlo al estado en que salió de manos del zapatero que lo hizo: salió con una suela entera, luego tiene un agujero en ella, y hay que poner otra suela que la sustituya. Y el zapato queda, más o menos, como cuando salió del zapatero. Hasta que al final no admite ya más reparaciones, o son demasiado costosas y sale más a cuenta hacer uno nuevo.

Lo mismo, reparar un puente no es hacer un puente nuevo, sino rehacer o hacer de nuevo aquella parte de él que se haya hundido o bien amenace ruina: por ejemplo, rehacer un arco de él que se haya hundido, o reconstruir una columna de apoyo que amenace ruina. Reparar es siempre volver la cosa al estado primero originario.

Así, reparar un aparato electrónico es devolverlo al estado en que salió de fábrica, sustituyendo las piezas gastadas, rehaciendo los enlaces sueltos, ajustando los tornillos aflojados.

Y el mismo sentido conserva cuando se trata de reparar una ofensa. Si hemos ofendido a uno, el reparar la ofensa es de tal modo honrarle que él se considere ya no ofendido, volviendo así al estado en que no estaba ofendido.

Una observación hay que tener aquí presente: sólo es capaz de debidamente reparar algo aquel que es capaz de hacerlo enteramente de nuevo. El mismo zapatero que hace zapatos es el cualificado para repararlos. Quien repara debidamente un puente hundido también es capaz de hacerlo nuevo si le dan medios y tiempo. El técnico hábil en reparar

aparatos electrónicos también es capaz de hacerlos si le dan medios y tiempo. El simple aficionado, e incluso el del todo profano, son capaces de reparar *en* que el zapato está roto, el puente semihundido y el aparato electrónico estropeado. Pero son incapaces de repararlos: en el mejor de los casos, si lo intentan, el resultado será una mala chapuza; pero lo más frecuente será que lo dejen peor que estaba.

Por eso, sólo Dios, creador del hombre y del estado originario de amistad con El, es el único que puede repararnos volviéndonos al estado originario. En concreto, como advierte Pío XI en su Encíclica, sólo Jesucristo, verdadera Persona divina, puede eficazmente obrar la reparación: nosotros sólo en cuanto unidos a El, y a El asimilados como miembros suyos.

Teniendo en cuenta este segundo significado de reparar entenderemos lo que es la reparación en la devoción al Corazón de Jesús, y cómo tiene dos términos, que el mismo Papa Pío XI distingue.

Hay una reparación al Padre Celestial, a Dios como tal, al que Jesús se ofrece como Víctima en su estado de Siervo: reparación que se dirige también al mismo Jesús en cuanto Dios, pues «Yo y el Padre somos Uno» (Jo. 10,30) y «Felipe, quien me ve a Mí ve a mi Padre» (Jo. 14,9). Y hay otra reparación a Jesús en su Humanidad, en su estado de Siervo, en su Corazón humano que tanto sufre al amar y sentirse desamado.

Por lo que mira al Padre Celestial, Dios nos creó originariamente en estado de amistad con El. El pecado ha roto esa amistad: ya no estoy en el estado en que debería hallarme. Y eso nos sucede a todos los hombres. La reparación consistirá en que me las arregle de tal modo que la unión con Dios, que he destruido, se vuelva a componer o rehacer.

Para lograr esto, sólo un medio está a mi alcance: el arrepentimiento sincero del pecado y la petición de perdón. Pero eso no basta, aunque puedo y debo hacerlo con la gracia de Dios, y es una parte elemental y necesaria de la reparación; pero sólo una parte.

Elemental y necesario en la reparación es el sentirse profundamente pecador, ver cuanto en mí desagrada a Dios, y dolerme de ello y pedir perdón de verdad. Y luego, sentir también lo que desagrada a Dios en todos los hombres, haciéndome solidario de sus pecados, y, por amor a Jesús, a quien contristan, dolerme también de cuanto en los hombres desagrada a Dios y pedirle perdón por todos los hombres.

Todo eso es elemental en la reparación; pero no basta: no basta con que yo me duela. Con dolerme y pedir perdón, el puente no se hace de nuevo, ni se rehace la amistad con Dios. Sólo Dios mismo puede rehacerla. Y por su misericordia infinita podría rehacerla; pero entonces la reparación la haría El, no la haría yo. Y El quería dignificar tanto a la creatura que la creación misma hiciera la reparación.

Mas como nadie podía hacerla sino Dios mismo, autor y creador de la amistad por el pecado disuelta y rota, Dios se hace creado, se hace hombre. Y es Dios hecho hombre, es Jesucrito, Verbo encarnado, quien hace la reparación y compone de nuevo nuestra unidad con Dios, nuestra amistad con Dios, «reconciliando con Dios por la sangre de su cruz todas las cosas, tanto las visibles como las invisibles, tanto las que están en los cielos como las que están en la tierra» (Col. 1,20).

Esa reparación sólo Jesús podía hacerla, por ser Persona divina: El es el único Salvador, y ningún nombre se ha dado a los hombres en que pudieran ser salvos fuera del nombre de Jesús (Act. 4,12). Sólo después que Jesús la hizo puedo hacerla también yo, pero uniéndome a Jesús como miembro suyo, dejándole que me use a mí como instrumento y miembro suyo para hacer en mí y conmigo esa reparación.

Si bien me podía arrepentir y pedir perdón sin sentir esa unión con Jesús, el luego reparar o arreglar algo sólo lo puedo hacer como miembro de Cristo, ofreciéndome a El para que me use para esa reparación.

El quiere usarme, porque soy miembro suyo. No quiere ser Redentor El solo como Cabeza: quiere también que to-

dos sus miembros participemos de su gloria de Redentor. Gracias a esa voluntad amorosa de Cristo, verdaderamente «yo suplo en mí lo que falta a la pasión de Cristo» (Col. 1,24). El, como Cabeza, lo padeció todo, y lo sigue padeciendo ahora en el Sagrario y en nuestro corazón. Pero todavía no lo ha padecido todo en sus miembros, a cuya pasión se unirá El hasta el fin del mundo. Y yo me he de ofrecer como miembro suyo a padecer con El.

Puesta esa unión con Cristo, mi pasión, mi muerte, mi crucifixión como miembro de Cristo, es reparadora para mí y para los demás de la amistad con Dios que el pecado había conculcado, porque es reparación y pasión de Cristo en mí: «Padre, que todos sean UNO, como nosotros somos Uno; Yo en ellos y Tú en Mí, para que todo sea reducido a la Unidad» (Jo. 17,22.23).

La reparación, pues, tomadas ambas acepciones de reparar *en* y reparar *algo*, implica los siguientes elementos:

Primero, darme cuenta de mi estado, o sea reparar *en*: reparar en mi estado de pecador. Y pecadores lo somos todos, pues todos rezamos cada día «perdónanos nuestras deudas», y suplicamos a la Virgen: «Ruega por nosotros pecadores.» Todos fuimos concebidos en pecado grave, pues el pecado original nos condenaba. Todos hemos pecado después innumerables veces, ya con pecados veniales, ya quizá no pocas veces mortales. Por eso se nos hace decir en la confesión de la Misa: «porque pequé sobre manera, por mi culpa, por mi culpa, por mi grandísima culpa.» Pero quizá lo que más disgusta y aflige al Corazón de Jesús es que después de haber pagado El toda mi deuda, yo siga siendo tan ruin con El. tan distraído con El, tan poco atento con El.

Darse igualmente cuenta de todo lo que sufre el Corazón de Jesús por las ofensas de los hombres todos, no sólo por las mías. Y como El, tras pagar todo lo mío, quiere asociarme a su reparación, ofrecerme a El diciendo: Aquí estoy para sufrir todo contigo: me duelen los pecados de todos y cada uno de los hombres igual que los míos, porque unos y otros me duelen porque son ofensa a tu Padre y contris-

tan tu Corazón de Hijo. Es entonces cuando empezamos a practicar la reparación.

Segundo, la reparación siempre entraña sufrimiento: es pagar la deuda. Hay que compensar la ofensa hecha, y eso implica humillación y sufrimiento, con renuncia de sí mismo.

Implica en primer lugar la renuncia actual a todo lo que en mí veo desagrada a Dios: y esa renuncia cuesta, es sufrimiento, sobre todo si esa renuncia es continua, como ha de ser, y se extiende a todo hasta los mínimos detalles, cual se ha de extender: incluso a los actos en sí lícitos, pero que agradan menos a Dios.

Implica en segundo lugar, desear y buscar sufrir positivamente, queriendo asociarse a la pasión de Cristo, que paga con su muerte y pasión todos nuestros pecados, diciéndole: Jesús, no quiero que estés solo: en el Huerto de Getsemaní quisiste estar acompañado y te salimos grilla; pero ahora te vamos a salir grillos cantores: te cantaremos mientras Tú sufres, te cantaremos alabándote y dándote gracias.

Y como la reparación es volver a componer lo que está deshecho, si Jesús está triste, el modo de repararlo es consolarlo, acompañándolo y entristeciéndonos con El. Si está triste porque los hombres no le aman, amarlo yo mucho es el modo de consolarlo. Y si está triste porque están desatentos a El aun los que le aman, estarle yo muy atento y decirle: No te estoy atento sólo por mí, te estoy atento también por ellos, y te los traigo todos aquí para que Tú estés contento.

La reparación nunca es acusar a los otros, sino excusarlos como el mismo Jesús hizo con su Padre —«perdónales, porque no saben lo que hacen»— (Lc. 23-34), y decirle: me han nombrado a mí delegado —que tal es el sacerdote, y aun toda alma en estado de víctima—: si hay alguna distracción o desprecio, no les eches la culpa a ellos, échamela a mí, que soy mal delegado. Al menos, que quede contento de los demás, aunque quede descontento conmigo: siempre será un alivio para El.

Mas en la reparación entra también la injuria hecha a

Dios. Y ahí sólo podemos reparar unidos a Jesucristo como miembros suyos, y sobre todo, asociando nuestro sacrificio y sufrimiento al sacrificio de Jesús en la Cruz, y más especialmente en la Eucaristía, ofreciéndonos como víctimas junto con El, Cordero de Dios que toma sobre sí los pecados del mundo.

Mas si sólo puedo reparar al Padre en cuanto hecho uno con Jesús, para reparar a Jesús en su ser de siervo, en su Corazón humano consolarle y no dejarle sólo en su oficio de reparador, he de hacerme uno con la Virgen María.

Es decir, así como necesito de Jesús para reconciliarme con el Padre Celestial, así necesito de la Virgen María para reconciliarme con Jesús, para hacérmelo amable y benévolo, para hacer que esté contento conmigo, que ría conmigo, que sea feliz conmigo. No para que me ame, que ya me ama sin nada, porque cuando le odiaba me amó tanto que dió por mí su vida, como también me ama el Padre Celestial, que cuando le desconocía y estaba de El alejado por el pecado me dió a su Hijo Unigénito: «en esto está el amor, no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino que El primero nos amó» (1° Jo. 4,10).

Pero lo que urge en la reparación no es hacer que Jesús me ame, sino el verle sonriente y contento, feliz conmigo. Y para eso no tengo más remedio que ir a El con la Virgen María.

Si me ve Jesús en brazos de María, unido a las alabanzas que Ella le prodiga, a la gloria que Ella le da, al honor de que Ella le rodea, a las bendiciones que Ella le dirige, uniéndome al modo con que Ella sufre al ver a Jesús padecer y al modo con que Ella le consuela, estará encantado de verme en su presencia y no se sentirá solo: sentirá en mí el amor y consuelo de su misma Madre.

Por eso, en los dos términos de la reparación, si se trata de Dios es necesaria nuestra unión con Cristo: nada puedo sin El. Pero cuando se trata de consolar y reparar al Corazón humano de Jesús, nada puedo sin la Virgen, mas unido a Ella me será facilísimo.

Cuando desde la Cruz dice al Discípulo amado «He ahí a tu Madre», es como si le dijera: Si quieres agradarme, vete enseguida con Ella, y verás entonces cómo sientes la pasión conmigo.

Y de tal modo, unido a la Madre, sintió el Discípulo amado esa pasión, que aunque los evangelistas narran las tinieblas que sobrevinieron sobre la tierra, San Juan, aunque era el único apóstol que estaba al pie de la cruz, no las menciona, ni se dio cuenta de ellas. Porque al acercarse a la Virgen vio tantas tinieblas en el Corazón de la Madre, y en el Corazón de Jesús, y tal aflicción que, absorbido en ellas, no se dio cuenta de cuanto pasaba fuera.

Si yo me uno a la Virgen María penetraré perfectamente en la pasión de Cristo: sentiré con El en la Eucaristía y sentiré con El en la cruz. Si no me uno a la Virgen María, no penetraré esa pasión internamente: contemplaré los dolores de Jesús desde fuera, y no me harán impresión alguna: los dolores de Jesús no pueden describirse, y sí sólo contemplarse en cuanto reflejados en el Corazón de nuestra Madre.

Terminemos este apartado del significado de la Reparación con las palabras de Jesús en la Gran Revelación a Santa Margarita María, ya que en ellas se destaca la doble acepción de la palabra «reparación», como reparar *en* y reparar *algo*, cosa que a más de un lector podría parecer opinión subjetiva nuestra:

«He aquí este Corazón, que tanto ha amado a los hombres, que nada ha perdonado hasta agotarse y consumirse para mostrarles su amor; y en cambio no recibo de la mayor parte de ellos sino ingratitudes, por sus irreverencias y sacrilegios y por la frialdad y el desprecio que sienten por mí en este Sacramento de amor. Pero lo que me es aún más sensible, es que obren así los corazones que me están consagrados.»

Vemos aquí con cuánta insistencia nos pide Jesús que reparemos *en*: en lo que El sufre por el modo con que correspondemos a su amor, y en todas las ofensas que a su Amor se hacen.

Pero luego nos pide que hagamos por reparar ese estado de cosas, corrigiéndolo: «Por eso te pido que el primer viernes después de la Octava del Santísimo Sacramento, se dedique a una fiesta especial para honrar a mi Corazón, comulgando aquel día y dedicándole una reparación de honor por medio de un acto de desagravios.» Así nos inculca la práctica de la segunda acepción de la «reparación».

Y esa reparación es tan eficaz que efectivamente logrará consolar al Corazón de Jesús: «Mi Corazón se dilatará, para derramar con abundancia las influencias de su amor sobre los que le tributen este honor y procuren que le sea tributado.»

2. EXPIACION. Es otro término que usa Pío XI como equivalente al de reparación. Veamos de precisar su significado y el matiz especial que entraña.

Expiación viene del latín *ex-piare. Piare* es ofrecer un sacrificio por el pecado, para aplacar a Dios por los pecados cometidos e implorar su perdón. El *ex* indica origen: se sacan los pecados del que los ha cometido para cargarlos sobre la víctima, y con ella destruirlos, con lo que el pecador queda libre de su culpa. Y también, se saca de los actos pecaminosos la malicia que contenían, dejando de ser pecados por el perdón, ya que el perdón hace que el pecado no haya existido nunca.

Por eso el perdón, aun más que la creación, muestra el poder divino. Pues si la creación hace que lo que no es sea, el perdón hace que lo que es no sea: la nada no resiste a la acción de Dios; lo que es, sí resiste; de ahí que en el perdón brille sobremanera la omnipotencia divina, haciendo que el pecador no haya pecado, porque sólo es lo que es ante Dios, y ante Dios el pecado perdonado no es. Por eso en el cielo ningún bienaventurado se sentirá pecador ante Dios, ni avergonzado ante El. Por eso en el Domingo 26 Ordinario decimos en la Colecta: «Oh Dios, que manifiestas *especialmente* tu poder con el perdón y la misericordia.» Por eso le decimos también en el Introito de ese día: «Mas da gloria a tu nombre, tratándonos conforme a la abundancia de tu misericordia.»

El expiar ofreciendo sacrificio se dio en todos los pueblos y religiones, pero para encuadrarlo mejor en la reparación conviene precisar bien el sentido real de ese sacrificio.

Todo sacrificio, pero sobre todo el que se ofrece por el pecado, entraña este concepto: Lo que hago con la víctima lo merezco yo, debería hacerse conmigo: soy yo el que merezco la muerte, quien debería morir, y mi deseo sería inmolarme en obsequio divino, ya para testificar a Dios mi sumisión total de adoración, ya, en el sacrificio expiratorio, para en algún modo castigar en mí la ofensa hecha a Dios. Pero como no soy dueño mío ni de mi vida, que lo es Dios, no tengo poder de darme muerte. Y así le digo a Dios: Ya que ni siquiera soy dueño de mí para darme muerte en tu honor, anonadándome ante Ti, doy muerte, identificándome místicamente con él, a algo que Tú has hecho mío. Ese es el sentido del sacrificio.

Así todo sacrificio expiatorio para el perdón del pecado supone realmente que al ofrecer yo la víctima en sacrificio quiero morir con ella, y que lo que intencionalmente ofrezco a Dios es mi propia vida. Sólo la ofrezco intencionalmente, porque no soy dueño de esa vida.

De ahí la imperfección de todos esos sacrificios expiatorios: significan la inmolación de la persona humana, pero no la hacen.

Hasta que vino Uno que, por ser Dios aunque también fuera Hombre, tiene poder de dar su vida, de inmolarse a sí mismo. En El cobran sentido todos los demás sacrificios expiatorios, y de El arranca su eficacia: lo que antes era simple intencionalidad se convierte ahora en realidad: «Yo tengo poder para dar mi vida, y tengo poder para de nuevo tomarla: y la doy porque quiero» (Jo. 10,18). Y la da para manifestar su amor al Padre, y la da por amor a sus ovejas y para salvación de ellas. (Jo. 10,15-18).

Como El tenía poder de dar su vida, El la dio. Y esa vida que da tiene valor infinito, por ser vida de Dios, y así paga sobreabundantemente toda deuda. Cuando sobre el altar ofrezco esa Víctima al Padre, le presto la adoración y ac-

ción de gracias que El esperaba de la creación —por eso se entrega a la muerte «para que el mundo conozca que amo al Padre» (Jo. 14,31), y que con sumisión perfecta «hago siempre lo que a El le agrada» (Jo. 8,29); y pago sobreabundantemente la deuda que la creación tiene contraída, al ofrecerlo como Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Y está Dios tan contento de esa ofrenda sacrificial, que se nos vuelve benigno y propicio, ansioso de colmarnos de nuevo de todos sus beneficios y favores.

Pero así como el que ofrecía la víctima expiatoria había de desear morir con ella para satisfacer a Dios por sus pecados, y sólo mediante ese deseo obtenía el perdón, así yo al ofrecer al Padre la verdadera Víctima que es Cristo he de desear morir con Cristo y pedirle que me asocie a su pasión.

Por eso la expiación supone siempre el deseo ardiente de sufrir, el ansia de unirse a todos los padecimientos de Cristo, procurando siempre y en todo «sentir en nosotros lo que Cristo Jesús siente en Sí» (Fil. 2,5).

Por la expiación bien entendida, la muerte y todos los dolores que la anuncian y preparan a lo largo de la vida, que antes eran pura necesidad como castigo del pecado —pues «por el pecado entró la muerte en el mundo» (Rom. 8,12), y aun todos los males y enfermedades que padecemos—, se convierten en materia de una libre elección por amor a Dios, unidos a Jesús como miembros suyos: nuestra muerte participa de la libertad de la de Cristo, porque es muerte de Cristo en nosotros como en sus miembros: de ahí deriva precisamente su valor, de que es de verdad muerte de Cristo en mí.

La acción de mis manos es mía y de mis manos: y es humana por ser mía. La muerte mía es mía y de Jesús, y tiene valor divino, es divina, por ser de Jesús. Y como no es la mano la que determina el momento de su actuar, sino yo, cuyo miembro es la mano, así no determino yo el momento de mi muerte, aunque dócil y libremente lo acepto, sino Jesús: es El quien consigo me inmola. Es El quien viene

cuando le place para llevarme consigo: «de nuevo vendré y os llevaré conmigo»» (Jo. 14,3). Es El quien determina todos los sufrimientos de sus elegidos, hasta el punto de que ni un solo cabello cae de nuestra cabeza sin su permiso (Mt. 10,30; Lc. 21,18).

En EL AMOR recurríamos a la comparación de nuestra alma con un espejo que se vuelve totalmente hacia donde le viene el rayo de luz, devolviéndole toda la luz que recibe. Si vuelvo todo mi ser hacia Dios, y lo oriento a El, le devolveré toda la luz que de El recibo: esa es la consagración, en que todo mi ser se vuelve a Dios, se entrega a Dios.

La reparación es algo más: si como espejo me vuelvo a Dios, no sólo devolveré a Dios cuanto de El recibo, sino que también reflejaré en mí y contendré y como copiaré en mí cuanto en Dios pasa. No en Dios como Dios, que no puede reflejarse en nada creado, pues que «habita la luz inaccesible» (1.ª Tim. 6,16); pero sí lo que pasa en «Dios conmigo», Dios hecho hombre, siendo yo su espejo fidelísimo. No que haga lo que Jesús hace, sino que deje a Jesús reflejar y reproducirse en mí cuanto El es y tiene, como el Corazón de la Virgen reflejaba y reproducía todos sus dolores y sentimientos en la Cruz. Y eso es la reparación. Y entonces todos mis dolores y sufrimientos son expiatorios por ser dolores y sufrimientos de Jesús, pero de Jesús en mí, haciéndomelos El participar.

Por la expiación, pues, pagamos la culpa cometida: se expía una falta pagando por ella. La paga la hacemos ofreciendo al Padre a su mismo Hijo como Víctima «que toma sobre Sí los pecados del mundo». Pero para que el Padre nos vea limpios, ha de vernos asumidos a su Hijo como miembros y asimilados a sus sufrimientos como víctimas con El y en El.

3. SATISFACCION. Otro término que usa mucho Pío XI en su Encíclica, más o menos asimilándolo a reparación y expiación.

Satisfacción viene del latín *satis fácere,* hacer bastante.

Es así hacer lo bastante para que uno quede contento, esté satisfecho, al menos con relación a nosotros.

Uno está satisfecho cuando todos sus deseos están cumplidos. Así, satisfacer yo a uno será comportarme de tal manera que cumpla sus deseos, de modo que nada más desee de mí. Este es el sentido vulgar de satisfacción, cuando decimos «es un hombre lleno de satisfacción, está satisfecho, está satisfecho de sí mismo», es decir, contento de sí mismo: de modo que satisfacción es lo mismo que contento, y satisfacer lo mismo que contentar.

Pero entraña también un significado jurídico, que es el principal en la Reparación. Cuando se ha hecho un daño o perjuicio a otro hay que compensarle el daño hecho, y eso es satisfacción que se le da; y si se le ha descontentado en algún modo, hay que hacer por volverlo a contentar, y eso es satisfacerle. Se relaciona con la satisfacción anterior en el sentido de que busca lo mismo: contentar a aquel a quien satisfacemos. Difiere por cuanto el descontento o insatisfacción del otro ha sido provocado por nuestra culpa.

La satisfacción en sentido jurídico busca una compensación en lo más posible igual al mal inferido. Si corto un árbol ajeno, para debidamente satisfacerle he de pagarle no sólo lo que valía materialmente el árbol cuando lo corté, sino también los frutos que podría dar en el futuro. Le satisfago así debidamente cuando de tal modo le compenso que ya ningún perjuicio se le sigue de mi acción anterior.

Muchas veces esa compensación es imposible, pero siempre es posible volver contento y satisfecho al que he ofendido o perjudicado. Si humillé a uno en público dándole un bofetón, el bofetón ya no se lo podré quitar. Pero si en público reconozco mi falta, y le digo tendré mucho gusto en que me dé él dos bofetones, uno en cada carrillo, ciertamente él ya no se sentirá humillado ante los demás, sino yo, y quedará satisfecho aunque no le pueda quitar el bofetón recibido.

Si he contraído una deuda, satisfaré al acreedor cuando se la pague junto con sus réditos. Si he difamado a uno, le

satisfago devolviéndole la fama ante aquellos ante los que se la quité, lo cual implica en más o en menos la pérdida de mi propia fama para devolverle la suya, ya que he de confesarme ante todos como mentiroso y maligno. Si le injurio he de satisfacerle haciendo cuanto esté en mi mano para devolverle el honor, honrándole yo y mostrándole precio.

En todo esto subyace el sentido básico de la reparación: volver las cosas o personas al estado originario, que yo destruí o resquebrajé por mi mala actuación.

Con relación a Dios, el hombre, por el pecado, contrajo dos deudas: Primero, negó a Dios el honor que le debía, y así es necesario satisfaga a ese honor conculcado. Segundo, destruyó el orden por Dios establecido en su creación, y, especialmente, el estado de justicia original, amistad y filiación divina en que Dios le creara.

Desgraciadamente, el hombre no puede satisfacer a Dios en ninguno de esos dos aspectos. No puede satisfacer al honor que conculcara con su nuevo obsequio y acatamiento, porque el valor del obsequio y honor prestado se mide por la dignidad y valía del que lo presta, y el valor o cuantía de la ofensa se mide por la dignidad del ofendido, en este caso Dios, de dignidad infinita. En una situación así, todo intento de satisfacción auténtica está condenado al fracaso. Cosa que se agrava aún más si consideramos que el hombre que ha de dar la satisfacción es actualmente pecador, enemigo de Dios, no grato a El.

Y tampoco puede el hombre satisfacer el daño que hizo al desordenar la creación y a sí mismo por el pecado: no es creador, ni justificador: todos los esfuerzos de todos los hombres reunidos son incapaces de hacer un solo hombre hijo de Dios. Esa filiación sobrenatural es milagro de la omnipotencia y benignidad divina.

Para que el hombre pudiera satisfacer, Dios se hizo hombre, que «tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo Unigénito, para que el mundo se salve por El» (Jo. 3,16). Es Dios hecho hombre quien, como Hombre, hace la satisfacción, y como Dios le da eficacia y valor infinitos, de modo

que su satisfacción es no sólo suficiente y de perfecta igualdad, sino también infinitamente sobreabundante. Como dice Santo Tomás: «Una sola gota de su sangre basta para salvar al mundo de todo pecado.» Y El derramó su sangre hasta la última gota: toda su vida fue cruz y martirio, para acabarla en los sufrimientos increíbles de su pasión y muerte. Y no contento con eso sigue ofreciéndose sobre los altares como «Cordero de Dios que toma sobre sí los pecados del mundo.»

Nada de todo eso era necesario: bastaba cualquier acto suyo, aun placentero, para satisfacer sobreabundantemente. Pero no bastaba para mostrar cuánto El ama a su Padre y desea devolverle todo honor: Es el amor a su Padre lo que hace no parezca contento de cuanto hace por satisfacerle. Y es también el amor a nosotros, como si no hallara modo que le satisfaciera de demostrarnos su amor.

En Jesucristo se nos da así medio de satisfacer cumplidamente al Padre: No tengo más que ofrecerle esa Víctima, que es mía, que el mismo Padre me ha dado por manos de la Virgen, para que pueda ofrecérsela en pago de todas mis deudas y pecados. Suplicándole que, junto con esa Víctima, que es mía, me admita también a mí como víctima a El unida e incorporada, y me acoja en su seno como hijo, junto con su Unigénito. Y la satisfacción que doy a Dios con esa ofrenda es no sólo suficiente, sino sobreabundante: dejo a Dios satisfecho del todo, y vuelvo a su amistad incorporado a su mismo Hijo.

Así es Jesús el verdadero pagador de nuestra deuda: sin El no habría paga posible. Y esa paga la hizo sufriendo y muriendo por mí. Y la sigue haciendo ahora cargando en el Sagrario con nuestros pecados, sufriendo indeciblemente por nuestro desamor.

Y eso ha de engendrar en mí un deseo ardiente de satisfacer a Jesús, de darle contento, de hacerlo feliz, primariamente asociándome a sus sufrimientos, queriendo padecer con El, no dejándole solo con la carga. Como pequeñín le he de decir: Jesús, yo quiero también pagar contigo: no lo

hagas Tú sólo todo: déjame a mí hacerlo contigo. Ya sé que nada añadiré al valor de tu satisfacción, pero al menos quiero consolarte acompañándote en ella.

Y como evidentemente no hay ningún tormento humano nuestro que pueda compensar en justicia a Dios por una ofensa recibida, nuestra sed de sufrir debería ser insaciable. Y a esa misma ansia de sufrir nos ha de llevar el amor de Jesús, pues jamás podré totalmente acompañarle en la inmensidad de su dolor. Por eso el alma que le ama siempre desea padecer más y más con El.

Y ese es creo el motivo por el que las almas van al Purgatorio: amando ya con perfección a Jesús, desean sufrir lo que El sufrió, para, en la medida de lo posible, acompañarle. Saben que Jesús se lo ha pagado todo, pero no quieren que Jesús se lo pague todo El solo, quieren acompañarle en su paga, y lo quieren por el amor que le tienen. Y así deben decirle, al verse absueltas en el día del juicio: Tú ya has pagado toda mi deuda; pero ahora quiero también yo arrimar un poquito el hombro: quiero acompañarte en tu paga, no para mejorar la paga, sino para no dejarte solo en tu dolor por mí: me avergonzaría entrar en el cielo que me ofreces sin haber sufrido algo contigo, que tanto sufriste por mí.

Mas como esa compañía en el sufrimiento que queremos hacer a Jesús ha de proceder del amor, no del deseo, imposible, de hacer mayor la paga, es evidente que no sólo he de querer sufrir con Jesús para pagar mis faltas y pecados, mis deudas, sino también las de todos los hombres, queriendo padecer la pena por todos ellos merecida. Si veo a Jesús cargado con los pecados del mundo, y le amo, he de considerar esa carga suya como mía, y querer padecer junto con El por los pecados de todos, sintiéndolos como míos, pues son de Jesús que hizo suyos los míos, y maravillarme de que Dios me ame, cargado con todos los pecados del mundo, aunque unido en la carga a su Jesús.

Es sintiéndonos cargados con todos esos pecados del mundo y merecedores de la pena de ellos, cuando comenzaremos

a entender lo poco que padecemos, y el ansia con que hemos de pedir a Jesús nos asocie a todos sus sufrimientos y dolores. Alma que no ansíe así sufrir, entiende todavía poquísimo lo que es la reparación.

4. PURIFICACION. Otro término que usa frecuentemente Pío XI como sinónimo de reparación.

Purificar es volver pura una cosa que estaba manchada, que estaba profanada. Una cosa es pura cuando es ella sola. Es impura cuando está mezclada. Purificar es así despojar a algo de todo lo que se le ha añadido ajeno a su propio ser, volviéndole al estado originario.

Este significado aparece en el uso corriente de la palabra. Decimos vino puro, es decir, sin mezcla de cosa alguna que no sea vino; aceite puro de oliva, es decir, sin mezcla de otros aceites. Tejido de lana pura, es decir, sin mezcla de otras fibras que no sean lana.

También decimos «oro puro». El oro mezclado está todavía con cuarzo, o aleado con otros metales; el oro puro es solo oro, sin mezcla alguna. Igual sucede con la plata, y, en general, con todos los metales. Y es principalmente el modo de purificar los metales lo que destaca un elemento importante de la purificación, a saber, el dolor y sufrimiento.

La purificación de los metales se hace con el fuego, fundiéndolos, para separar de ellos los componentes extraños o escoria, gracias a la diferencia de peso. Dios me creó e hizo hijo suyo, pero ¡cuántas cosas extrañas añado a esa filiación! Sólo fundiéndome en el fuego del amor y del sacrificio se desprenderá de mí como escoria todo lo que no es Dios, todo lo que no es divino en mí. Y esa fusión y subsiguiente separación sólo se hace en el crisol del sufrimiento por amor.

Purificar es así siempre volver a uno a su estado originario, y en esto coincide fundamentalmente con el significado de la reparación.

El vino, en estado originario, cuando sale de la expresión de la uva, es puro: las mezclas vienen después. El aceite, al ser exprimido de la oliva, es aceite puro de oliva: las mezclas

vienen después. También el estado de los metales originario es el de pureza: para que hubiera, por ejemplo, óxido de hierro, hubo de haber antes oxígeno y hierro: al mezclarse el oxígeno y el hierro puro, se nos impurificó, dando óxido de hierro: si no hubiera habido antes hierro, jamás habría óxido de hierro.

Dios me creó hijo suyo, y todo para El. Los afectos desordenados de mi voluntad van continuamente incorporando en mí muchos elementos que no son propios de hijo de Dios. Hay que purificarnos así continuamente, quemando y destruyendo cuanto nuestro afecto desordenado ha ido acumulando en nosotros. La purificación es así algo que se ha de hacer continuamente. Y es sufrimiento, verdadera crucifixión continua, pues continuamente he de desprenderme, y arrancar de mí, y quemar en mí cuanto en mí no es divino. Y es a la vez verdadera reparación, y verdadero consuelo para el Corazón de Jesús, que quiere siempre verme perfecto hermano suyo.

Este significado de la purificación como vuelta al estado originario se observa también en las purificaciones litúrgicas. Se profana un altar, consagrado al servicio divino, cuando se usa para usos profanos: los ritos de purificación le vuelven al estado primero de exclusivamente consagrado al servicio divino. El cáliz consagrado sirve sólo para contener la Sangre de Cristo: se le profana cuando abusivamente se le emplea para usos profanos: los ritos de purificación le vuelven al estado de su consagración exclusiva para contener la Sangre de Cristo.

A veces la purificación desacraliza en parte; pero siempre entrañando la idea de volver el objeto al estado anterior. Así las últimas abluciones de la Misa se llaman «purificación del cáliz», porque hay que volver el cáliz al estado primitivo en que estaba antes de consagrar la Sangre de Cristo, que no quede nada de la Sangre de Cristo en El, reduciéndolo al estado en que se hallaba antes de comenzar la Misa, para que de nuevo se use para la consagración. Purificación siempre es volver al estado primitivo.

Mi estado primitivo u originario no es aquel en que fui concebido, sino aquel en que Dios me ideó para crearme, malogrado por el pecado de Adán, y en que Jesús me ha repuesto por el bautismo. Continuamente me estoy desviando de ese estado por el mal uso de mi libertad, que adhiere a mil cosas que no son Dios. Y así continuamente he de volver a él, arrancando de mí cuanto se me ha ido adhiriendo: arrancando de mí cuanto se ha desordenado, cuanto en mí se ha mezclado que no es divino.

Debemos purificarnos a nosotros, y también purificar, en cuanto de nosotros dependa, a todos los hombres.

La purificación propia implica: Primero, arrepentimiento, es decir, apartar nuestro afecto de todo aquello que desordenadamente hemos ido amando, y como escoria acumulando en nosotros: sólo cuando dejo de amar mi desorden podré entregarlo a Jesús para que lo lave y purifique. Segundo: entregar a Jesús de verdad todo ese desorden mío, para que El lo lave en su Sangre, reduciéndome al estado de pureza en que El me quiere. Pues sólo Jesús es capaz de lavar, reparar y purificar lo que yo he hecho mal, lo que de no divino yo he ido acumulando en mí. Y tercero, ofrecerme a Jesús para padecer junto con El los mismos sufrimientos que a El le costó y cuesta esa purificación mía.

La purificación de todos los hombres, por mi parte, cual la exige la devoción al Corazón de Jesús, es sentir primero como propios todos los pecados del mundo, por haberlos hecho Jesús suyos, y así dolerme de ellos y lamentarlos como si fueran propios, que por solidaridad lo son; y luego presentarlos a Jesús «Cordero de Dios que quita los pecados del mundo» para que los lave, ya que una sola gota de su Sangre basta para lavar de todo crimen al mundo. Y finalmente, ofrecerme a Jesús como víctima por esos pecados, acompañándole en el Sacrificio con que El como Víctima los lava y destruye.

5. PROPICIACION. Este término usado también por Pío XI como sinónimo de Reparación acentúa más bien el término o resultado de ella.

Propiciar es hacer benévola o propicia una Persona. Y propiciación es cualquier acto o actitud con que logramos que una persona que estaba disgustada con nosotros —o simplemente era indiferente hacia nosotros— se nos vuelva amable y benigna. Con relación a Dios, es lo que le pedimos en la segunda oración tras la consagración en el Canon Romano: «Dirige tu mirada serena y bondadosa sobre esta ofrenda», es decir, sobre nosotros que nos ofrecemos con su Hijo Jesús.

Un padre pone mala cara a su pequeño porque ha hecho algo malo. El pequeñuelo, queriéndolo ver de nuevo sonriente y contento, le hace tantas carantoñas y arrumacos que al final el padre no tiene más remedio que sonreírle: se lo ha vuelto propicio, se lo ha propiciado.

El ejemplo nos indica la importancia soberana del amor en la propiciación. Pero se requiere también el sacrificio, que históricamente siempre acompañó a la propiciación. El mismo sacrificio de Jesús, en la cruz y en la Eucaristía, es latreútico o de adoración, eucarístico o de acción de gracias y alabanza, *propiciatorio*, e impetratorio. Por lo mismo, si queremos lograr con éxito la propiciación, hemos de unir nuestro sacrificio al de Jesús, movidos del amor.

El término es que Dios esté contento de mí y del mundo; que Jesús esté contento de mí y del mundo. Consecuencia es la impetración u obtención de favores y gracias: siendo Dios infinitamente rico, si está contento con nosotros podremos obtener de El cuanto deseemos y pidamos. Que nuestros deseos y peticiones no sean meramente egoístas, sino que se extiendan a todos los hombres, pues Jesús desea la salvación de todos, y por todos murió y se queda en el Sagrario.

6. DESAGRAVIO. Término que usa menos Pío XI, pero de gran resonancia en nuestra lengua, pues el mismo acto de reparación solemos designarlo bajo el nombre de «acto de desagravio al Corazón de Jesús».

Agraviar es imponer una carga pesada sobre otro (del latín *gravis*, pesado, y *aggravare adgravare*, imponer un peso).

Desagraviar será liberar o exonerar a otro de la carga que le habíamos impuesto.

Si la etimología parecería referirse a toda carga, el uso de la palabra agraviar se ha reducido a significar, no las cargas físicas impuestas sobre otro, sino las cargas de carácter moral y afectivo. Se agravia a uno cuando se le quita el honor, o se le ofende, o se le contrista, o se le niega el obsequio debido, o se le apena injustamente.

Nuestro desagravio no puede mirar directa y formalmente a Dios como Dios, o en cuanto Dios, pues ninguna carga podemos imponerle, ningún dolor causarle, ninguna deshonra le acarrean nuestras ofensas, y así tampoco ninguna carga podemos quitarle.

Nuestro desagravio ha de dirigirse así a Dios como Verbo encarnado, a Dios hecho hombre, al Corazón de Jesús en su ser de Siervo, en el que se inmola por nosotros, verdadero Cordero de Dios cargado con nuestros pecados y los de todo el mundo, herido por nuestro desamor, entristecido por nuestra ingratitud, despreciado por nuestro olvido, herido por nuestras ofensas, contristado por nuestras rebeldías.

Por eso el mismo Pío XI, que en su Enciclica mira primariamente a la reparación debida a Dios, en el Acto de reparación o desagravios con que termina la Encíclica se centra exclusivamente en Jesús afligido y despreciado por nosotros en su Corazón humano, queriendo aliviarle con nuestro amor su carga, con nuestro obsequio los desprecios que recibe, con nuestra docilidad las ofensas de que es objeto, uniéndonos a sus sentimientos para al menos acompañarle en la carga pesadísima que por amor nuestro lleva.

Implica así primero el reparar detenidamente en todos los dolores y aflicciones de Jesús, ocasionados por nuestros pecados, ofensas, frialdades y desprecios. Para luego querer sufrir con El, doliéndonos de los pecados propios y ajenos, y procurando compensarle en la medida de nuestra poquedad, con la sumisión, el honor, el agradecimiento, y sobre todo el amor, de tantas ofensas e ingratitudes, para así

en algún modo consolarlo. Compensarle así, pero también acompañarle, descando ser por El despreciados, y con El afligidos, con El llevar la cruz y el peso de todos los pecados del mundo, uniéndonos a su petición al Padre para implorar misericordia.

3. Síntesis de los elementos contenidos en esos términos y su práctica en la oración

Antes de que pasemos a exponer directamente la enseñanza de la Encíclica, conviene aprovechemos ya los elementos descubiertos para informar con ellos nuestra oración reparadora.

Puestos en presencia de Jesús, ver que me está amando infinitamente, y haciendo suyas todas mis miserias y pecados y los de todo el mundo, ofreciéndose al Padre por nosotros, pidiéndole perdón por nosotros, y obteniéndonos ese perdón, reconciliándonos con la sangre de su Cruz (Col. 1,20). Y contemplar también a la Virgen, que le acompaña en su sufrimiento por nosotros, y unirnos a Ella.

Y puestos así en brazos de María, decir a Jesús: No te voy a dejar solito, ni te pediré consolaciones hoy, ni que me des bienes o me quites males. Sólo quiero pedirte que me asocies del todo, junto con tu Madre, a lo que Tú padeces, y me hagas sentir tu amargura por todos los pecados que se cometen en el mundo. Y ya que no puedo evitar los que otros hacen, quiero desde ahora desvivirme por agradarte: amándote en todo por los que no te aman, honrándote por cuantos te deshonran, bendiciéndote por quienes te maldicen, dándote alabanzas por cuantos te blasfeman. Y que de tal modo yo te alabe ahora, de tal modo te ensalce y te dé gracias que por el ruido que haga no pueda llegarte a Ti el rumor de los que te blasfeman, o se olvidan de Ti y no te dan gracias.

Y presentarnos así a Jesús no sólo en nombre propio, sino en nombre de todos, como representante y embajador de todos, llevando conmigo a todos a su Divino Corazón.

Pues realmente represento ante Jesús toda la humanidad. No sólo por las miserias que llevo, en las que Jesús pueda contemplar como en un espejo todas las del mundo, sino también porque al ir a Jesús no salgo de la creación, sigo creatura, y así llevo conmigo a toda la creación: como cuando se tira de una cuenta siguen todas las otras, así cuando yo soy atraído a Cristo llevo conmigo a El la creación entera.

Y entonces presentarlos a todos al Corazón de Jesús, rogarle por todos, excusarlos a todos, consolarlo por todos y decirle: Ya te amarán, ten paciencia: ya ves cuánto tiempo estuve yo olvidado de Ti, y ahora, aunque olvidado todavía, ya empiezo a acordarme de Ti de vez en cuando, ya empiezo a amarte a Ti. Si Tú los llamaras ya ahora, oirán tu voz, y te serán mucho más fieles amadores que yo.

Si así traemos a todos a Jesús, presentándole sus aflicciones y pecados y sintiéndolos como propios, Jesús ya no se ofrecerá solo al Padre: me toma a mí consigo para ofrecerme, y conmigo a cuantos yo le llevo, y para todos obtendrá el perdón del Padre, porque yo los llevo conmigo para que lo reciban.

Haremos así un maravilloso y eficaz apostolado, y tendremos consolado al Corazón de Jesús, mientras vayamos a El unidos a la Virgen María, que como hijos suyos nos presente.

Así unidos a Jesús en brazos de la Virgen, hablemos mucho con el Padre, ofreciéndole a su Hijo por la salvación de todos los hombres, y pidiéndole que le glorifique entre nosotros, que le haga feliz en la tierra entre los hombres como lo ha hecho feliz y glorioso en el cielo. Y sólo será feliz entre nosotros si por todos es honrado, glorificado y amado. Eso es orar «por Cristo Nuestro Señor»: el Padre no resistirá una oración en la que le pedimos por su Hijo Unigénito. Y así repararemos indirectamente a Jesús, logrando que el Padre lo haga conocer y amar por todos, lo revele a todos, y lo haga feliz entre nosotros.

Y luego, mirando a María, dirigir a Jesús nuestra oración, pidiéndole que la haga feliz entre nosotros: que noso-

tros, hijos de Ella, sentimos con Ella, estamos tristes de verla triste, afligidos de verla afligida conmigo y con los que me rodean, y con tantos hijos suyos que la desconocen todavía, o la blasfeman. Que puesto que El se ofrece para pagarlo y remediarlo todo, se ofrezca para hacer feliz a su Madre. Nada consolará tanto al Corazón de Jesús como el que le pidamos que gloriflque a su Madre y la haga feliz entre nosotros.

4. La reparación en la enseñanza de la Encíclica

La enseñanza de Pío XI en la Encíclica «Miserentissimus Redemptor» sobre la reparación al Corazón de Jesús, es sumamente rica, aunque algo confusa. Como en los capítulos siguientes se irá desarrollando, daremos aquí una breve síntesis, confirmándola a continuación con algunos textos de la misma Encíclica.

La reparación se considera tanto como deber de justicia cuanto como deber de amor; pero se insiste más en el deber de justicia. Y tiene un doble término: la reparación a Dios, es decir al Padre y a Jesucristo en cuanto Dios, basada sobre todo en el deber de justicia, y la reparación y consuelo al Corazón humano de Jesús, basada primariamente en el deber de amor y agradecimiento.

Sin omitir la segunda, insiste más en la primera, cosa por demás natural en Pío XI, puesto que pone como objeto primario de la devoción al Corazón de Jesús «el Infinito amor divino», es decir, el amor increado. Mas en el acto de reparación que clausura la Encíclica se centra casi exclusivamente en la reparación al Corazón humano de Jesús, en Jesús como hombre, siguiendo la práctica tradicional, e incluso los mismos deseos manifestados por Jesús.

La satisfacción o reparación a Dios sólo puede hacerla Cristo. Nosotros sólo en tanto que unidos a Cristo como miembros suyos, asociados a El como víctimas en su sacrificio de la cruz y eucarístico. Por eso nuestra reparación será tanto más eficaz cuanto más copie a Cristo y cuanto

más unidos estemos a El. De ahí que la auténtica reparación lleva a la perfección nuestra unión con Cristo.

Aduce luego los motivos que han de impulsarnos a la reparación en cuanto mira a Cristo: a) la quiere Cristo; b) la exige el consuelo de Cristo en su pasión (efecto retroactivo de la reparación de amor); c) la exige el sufrimiento actual de Cristo en sus miembros o Iglesia, en el Sagrario y en el corazón de cada uno: es el efecto actual de la reparación como consuelo a Cristo presente entre nosotros.

Sigue una vehemente exhortación a la reparación, deseando sean muchas las almas que se ofrezcan como Víctimas al Corazón de Jesús para acompañarle en su oblación al Padre, y se consignan los frutos que de tal reparación y estado de víctimas se esperan: el crecimiento y perseverancia de los justos y la conversión de los pecadores, con lo que se irá extendiendo el reino de Cristo. Y se termina con la fórmula del Acto de reparación, que quiere se haga en todas las iglesias el día de Cristo Rey.

Pasando a los textos de la Encíclica: Señala como actos fundamentales la consagración y la reparación, indicando la peculiar estructura de cada una: «A la consagración conviene se añada el acto de expiación o reparación, cual suele llamarse, que ha de presentarse al Corazón sacratísimo de Jesús... (por la consagración) ofrecemos al Corazón de Jesús a nosotros mismos y todas nuestras cosas, reconociéndolas recibidas del eterno amor de Dios... Si en la consagración destaca el intento de recambiar el amor del Creador con el amor de la creatura, se sigue igualmente otra cosa: que se deban resarcir los ultrajes en cualquier modo inferidos al mismo Amor increado cuando sea menospreciado o descuidado por el olvido, o amargado por la ofensa: cuyo deber comunmente designamos con el nombre de reparación».

«Siendo todos nosotros pecadores y gravados de muchas culpas, debemos honrar a Dios, no sólo por el culto por donde adoramos con debidos obsequios su suma Majestad, y reconocemos por la plegaria su supremo dominio,

o con acción de gracias alabamos su generosidad infinita (hasta aquí es consagración); pero sobre todo esto es necesario que demos satisfacción a la justa venganza de Dios por nuestros innumerables pecados, ofensas y negligencias». Por eso, «a la consagración, con la cual nos ofrecemos a Dios, y nos convertimos en dedicados a El por aquella santidad y estabilidad que es propia de la consagración, ha de añadirse la expiación, con la cual extinguir del todo las culpas, para que la santidad de la suma Justicia no rechace nuestra proterva indignidad, de modo que lejos de agradecer nuestro don, lo rechace más bien como desagradable».

Así, la reparación en cuanto satisfacción mira ante todo a Dios. Y nada podemos hacer en ella si no nos unimos a Cristo como miembros para satisfacer en El y con El. Para inculcarnos la necesidad de esa unidad —asociándonos al sacrificio eucarístico—, nos recuerda las palabras de Jesús: «Yo en ellos, y Tú en Mí, a fin de que sean consumados en la unidad».

La reparación en cuanto al consuelo, mira al Corazón de Jesús en cuanto hombre: es en su Humanidad que puede y debe ser consolado y acompañado por nosotros, y a hacer eso nos impulsa sobre todo el amor a quien tanto nos ha amado.

Como Dios, en cambio, no necesita consuelo: tiene consuelo para dar y repartir, pues es «Dios de toda consolación» (2ª Cor. 1,3). En esto vale lo que dice el refrán: «Quien escupe al cielo, en la cara le cae». Ningún daño podemos hacer a Dios con nuestras ofensas y pecados: el daño nos lo hacemos a nosotros mismos, al separarnos de Dios, fuente de todo bien y consuelo.

Podemos ofender a Dios, El no es ofendido; podemos injuriarle, El no es injuriado. El brillo del sol no se empaña poco o mucho por rechazar yo su luz y ponerme a la sombra: soy yo únicamente quien me empaño y oscurezco. Si odio la luz, me condenaré (Jo. 3,20), y quedaré en tiniebla eterna, pero no por eso se empañará en lo más mínimo la infinita luz divina.

Pero tanto nos amó Dios, que para que pudiéramos afligirle y consolarle se hizo hombre. Es en esa Humanidad en la que he de acompañarle y darle consuelo. Me amó tanto, que sabiendo que «es mayor dicha el dar que el recibir» (Act. 20,35), quiso que yo pudiera darle verdadero consuelo y alegría, que yo pudiera hacerle feliz. Y para eso se hace hombre.

Por eso, al hablarnos Pío XI de la eficacia de la reparación nos insiste en cuánto fomenta la unión con Cristo, dándonos a la vez los tres grados o elementos de ella: «Así como la consagración profesa y confirma la unión con Cristo, así la expiación, purificando de las culpas comienza la unión misma, y con la participación de los sufrimientos de Cristo la perfecciona, y con la oblación de sacrificios en pro de los hermanos la lleva a su última perfección».

Implica así la reparación: Primero, la purificación del pecado mediante el arrepentimiento y la petición del perdón. Segundo, unirse a los sufrimientos de Cristo, acompañándole y sintiendo en nosotros lo que Jesús siente en Sí. Y tercero, unirnos a Cristo como víctimas para que nos ofrezca, y ofrecernos con El nosotros mismos como víctimas al Padre para salvación de los hombres. Es en este último paso, que nos asimila totalmente a Cristo hechos una sola víctima con El, donde se verifica la satisfacción al Padre. Los dos primeros pasos miran más bien directamente a Jesús.

Y nada más diremos de la Encíclica misma, pues se irá indirectamente desarrollando en los capítulos siguientes.

5. La fórmula del acto de reparación al corazón de Jesús

Viene como un anejo de la Encíclica, pidiendo se recite en todas las iglesias en la fiesta de Cristo Rey. Por su utilidad para darnos a conocer los elementos de la reparación, y para ponerla al alcance de los lectores para que frecuentemente se sirvan de ella, según los deseos del Papa, la reproducimos primero íntegramente;

»Oh dulcísimo Jesús, cuyo inmenso amor a los hombres no ha recibido en pago de los ingratos más que olvido, negligencia y menosprecio, vednos aquí postrados ante vuestro altar, para reparar, con especiales homenajes de honor, la frialdad indigna de los hombres y las injurias con que, en todas partes, hieren vuestro amantísimo Corazón.

»Mas recordando que también nosotros otras veces nos manchamos de tanta indignidad, de lo cual nos dolemos ahora vivamente, imploramos ante todo para nosotros vuestra misericordia, dispuestos a reparar con voluntarias expiaciones, no sólo nuestros propios pecados, sino también los de aquellos que, alejados del camino de la salvación, o rehusan seguiros como Pastor y Guía, obstinándose en su infidelidad, o conculcando las promesas del bautismo han sacudido el suavísimo yugo de vuestra Ley.

»Y mientras deseamos expiar tal cúmulo de deplorables delitos, nos proponemos reparar cada uno en particular: la inmodestia y la deshonestidad de la vida y de los vestidos, las innumerables asechanzas tendidas contra las almas inocentes, la profanación de los días festivos, las execrables injurias proferidas contra Vos y contra vuestros Santos, los insultos dirigidos a vuestro Vicario y al Orden Sacerdotal, las negligencias y horribles sacrilegios con que es profanado el mismo Sacramento del Amor divino, y en fin, los pecados públicos de las naciones que oponen resistencia a los derechos y al Magisterio de la Iglesia por Vos fundada.

»Ojalá pudiésemos lavar con nuestra sangre estas afrentas. Entre tanto, como reparación del honor divino conculcado, uniéndola con las expiaciones de la Virgen vuestra Madre, de todos los Santos, y de las almas buenas, os ofrecemos la satisfacción que Vos mismo ofrecísteis un día sobre la Cruz al Eterno Padre y que todos los días renováis sobre el altar; prometiendo de todo corazón querer reparar, en cuanto esté en nuestra mano y con el auxilio de vuestra gracia, los pecados propios y ajenos y la indiferencia hacia tan grande amor, mediante la firmeza de la fe, la inocencia de la vida, la observancia perfecta de la Ley evangélica es-

pecialmente de la caridad, mientras nos esforzamos además en impedir con todas nuestras fuerzas las injurias contra Vos, y en atraer a vuestro seguimiento a los más que podamos.

»Oh benignísimo Jesús, por intercesión de la Bienaventurada Virgen María Reparadora, os rogamos acojáis este voluntario obsequio de reparación, y os dignéis conservarnos fidelísimos en vuestra obediencia y en vuestro servicio hasta la muerte con el gran don de la perseverancia, con la cual podamos todos un día llegar a aquella patria donde Vos con el Padre y el Espíritu Santo vivís y reináis Dios por todos los siglos de los siglos. Amén».

La fórmula de reparación se dirige toda, no al Padre, sino a Jesús —«Oh dulcísimo Jesús»—, y predomina en ella el motivo de amor, contemplando cuán poco es amado «el amantísimo Corazón de Jesús».

Los tres primeros apartados insisten en *reparar en*, es decir, en darse cuenta profunda y reflexivamente, y sentir de verdad, cuánto Jesús es despreciado y ofendido en su amor por todos los hombres, y por nosotros mismos: primero en general, luego en particular, especificando las diversas clases de ofensas (tercer apartado).

Una vez tomada así conciencia del Amor no amado, empieza la reparación propiamente dicha, intentando poner remedio a la situación antes observada. Reparación que implica:

1.º) Actos y testimonios expresos de honor, aprecio y amor al Corazón amantísimo de Jesús, para compensarle y consolarle del deshonor con que es tratado.

2.º Dolor vivo de nuestros pecados y de los ajenos, petición de perdón y misericordia por mí y por los demás, y ansia de voluntariamente expiar, es decir, cargar con el castigo merecido por nuestros pecados y los ajenos, primero todos en general, y luego en particular cada uno de los pecados que conocemos.

3.º Ansia de ofrecer nuestra vida como Cristo y con Cristo para reparar o expiar.

4.º Ofrenda a Jesús como Dios de la satisfacción que El en su Ser de Siervo ofreció al Padre en la Cruz, y sigue ofreciendo en el Sagrario, asociándonos a El en esa ofrenda, a la Virgen María, a los santos y a todos los justos, como víctima a El unida e incorporada.

5.º Reparación activa según nuestra pobreza, «con la firmeza de la fe, la inocencia de la vida, la observancia perfecta de la ley evangélica especialmente de la caridad, impidiendo con todas nuestras fuerzas las injurias contra El, y atrayendo cuantos podamos a su seguimiento» y a su amor.

6.º Y finalmente, toda esa ofrenda de nuestra reparación ha de ir por manos de la Virgen para que le sea agradable, y ha de hacerse fiados en su gracia, no en nuestro esfuerzo o capacidad.

6. Resumen y aplicación a la oración reparadora

Conviene que ya desde ahora apliquemos a nuestra oración el espíritu reparador que hemos venido estudiando. Para ello quizá conviniera distinguir bien los siguientes puntos o etapas en la oración:

Primero, por parte mía: reconocerme en estado de pecador. Reparar *en* la miseria que soy, y en la aflicción que cuesto al Corazón de Jesús, que me ama tanto, y se ofrece por mí, y desea presentarme bellísimo al Padre, y en cambio me ve aún tan manchado. Y dolerme de eso. Y dirigiéndome a la Virgen María, pedirle me ayude a purificarme: que Ella me lave y limpie bien; que Ella, que es mi Mamá, me adecente para presentarme a Jesús para que su Hijo me presente ya limpio al Padre Celesial.

Luego, ya en brazos de la Virgen, ver su tristeza no sólo por mí, sino por tantos hijos suyos que aún no la conocen ni la aman, y decirle: «Mamá, ¿qué haremos con tantos hombres hijos tuyos como hay por ahí dispersos? Ya no se acuerdan de Ti. Pero yo te los traigo ahora para que Tú los limpies: te están presentes ahora, porque los tengo yo en mi pensamiento y en mi corazón.» Y empezar trayéndole no-

minalmente a cuantos conocemos y tratamos, y después decirle: «No sólo te traigo a éstos, sino a todos los hombres: todos vienen atados a mí como las cuentas del rosario: yo sólo tengo contacto inmediato con la cuenta que viene detrás, con el conjunto de mis conocidos; pero, Mamá, ya verás cómo vienen todos engarzados: lava todo el rosario de las creaturas, y preséntalas a Jesús.»

Hecha esa presentación, y doliéndonos vivamente de nuestras culpas y de las ajenas, ansiar enormemente corregirme yo de todas. Pero no presumir de mis fuerzas para lograrlo, y así acabar diciendo a nuestra Madre: «Yo deseo mucho corregirme: díselo así a Jesús; pero Mamá, si Tú no me enseñas a corregirme, nada lograré. Pero Tú dile a Jesús que lo deseo mucho, y El quedará contento.»

Luego, siempre en brazos de la Virgen, y desde los brazos de Ella, dirigirse a Jesús. Darle gracias, pero de corazón: porque es tan bueno que ha muerto por mí para que el Padre me perdonara; porque ha querido El reparar y satisfacer por todos mis males; porque sigue ahora en el Sagrario rogando al Padre por mí, siendo mi intercesor, ofreciéndose a El para que me perdone, haciendo suyos todos mis pecados para que así el Padre los destruya porque no quiere ver a su Hijo Unigénito pecador.

Y todo eso agradecérselo de verdad, y decirle: «Jesús, qué contento estoy de que Tú seas víctima por mí; y de que no sólo estés en el Sagrario, sino también en mi corazón ofreciéndote así.» Porque si Jesús me ve contento y agradecido de que El se ofrezca por mis pecados, ya le consuelo y lleno de gozo, y dirá: Menos mal, al menos hay alguno que se acuerde de Mí.

Luego llevar a Jesús, como hicimos con la Virgen, todos los pecados de los hombres, pero presentándoselos como de hijos de su Madre. Y decirle que los sentimos como nuestros. Y excusarlos ante El sirviéndonos de nuestra propia ingratitud: «Jesús, ésos que no se acuerdan aún de Ti son mucho mejores que yo, y hallarás en ellos un amor mucho más fiel; lo que pasa es que aún no te conocen, aun no han

oído tu voz. Pero el día que te conozcan te van a amar mucho más que yo, que tantas veces te he abandonado y sigo abandonando tras haber oído tu llamada. No seas tonto, y llámales, hazles oír ya tu voz, y dile a tu Padre que te los atraiga a Ti todos desde ahora.»

Finalmente dirigirnos al Padre Celestial, en brazos de la Virgen, y mirando con Ella a Jesús, sintiendo como míos todos los pecados de Jesús, Cordero de Dios cargado con todos los pecados del mundo, y así doliéndome de los míos igual que de los demás, y de los demás igual que de los míos, porque los siento no porque sean pecado mío, sino porque son pecado de Jesús.

E insistir pidiendo al Padre Celestial que haga feliz a su Hijo entre nosotros, santificándolo en sus miembros, haciéndolo puro en todos ellos, lavando toda la inmundicia que El en ellos siente, y atrayendo a El todos los hombres para que le conozcan y le amen.

Y añadirle: Todo eso lo queremos para que Jesús esté contento entre nosotros amándote a Ti, no El sólo en nombre nuestro, sino con todos aquellos a quienes se abajó y abaja ahora en la Eucaristía para llevarlos consigo a Ti: para dicha de Jesús, y para dicha tuya, Padre mío, porque tu dicha es ver y contemplar el gozo con que tu Hijo te ofrece y lleva a Ti toda la creación.»

Entonces habremos empezado a practicar la reparación. Pidamos a la Virgen que Ella misma nos enseñe su práctica, y ciertamente la acertaremos.

7. El Reino de Cristo y la Encíclica de Pío XI

Para terminar lo de la Encíclica, digamos unas palabras sobre el Reino de Cristo, de cuya inminencia estaba Pío XI convencido.

He aquí sus palabras: «Instituimos la fiesta de Cristo Rey del Universo, para que sea celebrada en todo el orbe cristiano. Y al hacer esto, no sólo destacamos el supremo imperio de Cristo sobre todas las cosas, sobre la sociedad civil

y doméstica y sobre cada uno de los hombres (contenido de nuestra fe, que detallaría en la Carta encíclica «Quas primas» 11 dic. 1925, cuya parte más importante leíamos antes en el segundo nocturno de la Fiesta de Cristo Rey), sino que desde entonces pregustamos también la alegría de aquel día felicísimo en que el mundo entero se someterá espontáneamente y de buen grado al dominio dulcísimo de Cristo Rey. Por esto ordenamos también que en el día de esta fiesta se renovase todos los años esta misma consagración para conseguir más cierto y abundante su fruto y para unir en el Corazón del Rey de reyes y del Señor de los señores a todos los pueblos, con amor cristiano en la comunión de la paz.»

Se trata de un reino de Cristo en este mundo. Su característica: la sumisión colectiva de la Humanidad a los mandatos de Cristo, cuya consecuencia será la paz entre los pueblos. Sumisión colectiva que no impedirá el que haya voluntades singulares rebeldes, aunque no podrán impedir en sustancia ese Reino de Cristo. Esta restricción la indica el mismo Papa al decir que manda renovar todos los años la consagración al Corazón de Jesús «para conseguir más cierto y abundante su fruto», lo que indica que esa adhesión colectiva a Cristo puede darse en mayor o menor grado.

Todo seguiría igual en ese Reino, menos la profundidad de la adhesión de los hombres a Cristo. Creemos que los que añaden otros detalles concretos a ese Reino no pueden por lo mismo apoyarse en lo que dice el Papa. Tales detalles son, por ejemplo, el retorno del estado paradisíaco, sin concupiscencia, sin muerte, sin tentación diabólica (aunque ésta se diera en el paraíso), con Cristo reinando visiblemente entre los hombres, ayudado o no de santos resucitados que tomarían parte en su gobierno. A lo que añaden aun algunos una economía distinta de la actual, sin Eucaristía y sin sacramentos, que no serían necesarios.

Se olvida que quedaría siempre la libertad humana inclinada al orgullo, como en Adán, y que al faltar la humillación de la debilidad humana experimentada nos conduciría mucho más fácilmente a la condenación. Creo que mientras

seamos viadores, será siempre cierta la frase de San Agustín: «En tan gran debilidad convenía se obrara nuestra salvación, para que el orgullo no nos dominara.»

El reino de Cristo, cual él lo describe, lo creía inminente. Los meses que precedieron a su muerte mostraba por ello gran alegría, y cuando los que le rodeaban le llamaban la atención sobre los males del mundo (se preveía la guerra mundial), respondía: Ya lo sé, ya lo sé, pero se acerca a pasos agigantados el Reino de Cristo.

Pero, ¿lo esperaba para antes o después del Anticristo? No lo dice expresamente, pero parece insinuar que lo esperaba para después. Parecen sugerirlo, aunque no con certeza, estos dos fragmentos de su Encíclica: «Todo lo cual es tan triste, que por estos acontecimientos (persecutorios) parecen manifestarse aquellos principios del dolor traídos por el hombre del pecado que ha de levantarse contra todo lo que se llama Dios o recibe su culto (2 Thes. 2,4)». «Por eso, aun sin querer, asalta al alma la idea de que se acercan los tiempos que vaticinaba así Nuestro Señor: Y porque abundó la iniquidad, se enfrió la caridad de muchos» (Mt. 24,12).

De todos modos, adviértase que de la inminencia del Anticristo y de los tiempos finales tiene el Papa opinión simple; de la inminencia del Reino de Cristo tiene certeza. Es sobre esto último en lo que la autoridad del Papa vale mucho. Respecto al Anticristo y los tiempos finales no vale gran cosa, ni él desea que valga, pues lo da como opinión.

Recuérdese que en general los santos siempre vieron inminente el fin del mundo. En el Breviario antiguo leíamos todos los años una lectura del Papa San Gregorio Magno que veía cumplidos ya muchos de los signos, y los que aun faltaban cree llegarán muy pronto. San Vicente Ferrer hizo más de tres mil milagros para demostrar que estaba inminente el fin del mundo: no advertía que cada milagro que hacía lo retrasaba, por las conversiones que se operaban.

Por eso preferimos que las almas reparadoras se preocupen *ahora* de amar y hacer amar al Corazón de Jesús, dejando el futuro en manos de Dios sin querer especular

sobre él: creyendo simplemente lo que nos ha sido revelado, pero sin querer describir a nuestro modo lo que sucederá: no nos pase lo que a los intérpretes judíos, que al cumplirse las profecías no las entendieron por no corresponder a las interpretaciones con que ellos las habían adornado. Las opiniones varias acerca de ese futuro, junto con las incertidumbres que las rodean, puede verlas el lector, si es curioso, en nuestra obra *La Disputa de Tortosa*, vol. I, págs. 285-288. Juzgamos inútil reproducirlas aquí, pues nuestro deseo es que el verdadero reparador se ciña al presente, procurando de presente amar más y más a Jesús, y atraerle más y más almas.

Este es precisamente el fruto que espera el Papa de la reparación, de la que «nos prometemos muchos y señalados bienes, tanto para los individuos como para la sociedad religiosa, doméstica y civil... Los pecadores, mirando al que traspasaron (Jo. 19,37), conmovidos por el llanto de toda la Iglesia, detestando las injurias inferidas al Sumo Rey, «reentrarán en sí mismos» (Is. 46,8)... Los justos se harán más justos y más santos y se consagrarán con amor renovado al servicio de su Rey, que ven tan despreciado y combatido y tan gravemente injuriado, y sobre todo se acrecentará en ellos el celo de la salvación de las almas... Y esto ante todo principalmente Nos esperamos e intensamente deseamos, que la justicia de Dios, que por diez justos habría perdonado a Sodoma, mucho más quiera usar de misericordia con toda la familia humana, ante la súplica y aplacamiento que harán los fieles todos, unidos a Cristo su Mediador y Cabeza.»

Por eso en el acto de reparación nos hace decir: «Prometemos, en cuanto nos sea posible... reparar con todas nuestras fuerzas las injurias contra Vos, y atraer a vuestro seguimiento cuantos más podamos.»

El alma reparadora debe tener siempre presente que Jesús, deseando la salvación de todos, dispone como Rey eterno y absoluto, todas las circunstancias ambientales y sociales que favorezcan nuestra salvación. Dada la tendencia del hombre al orgullo, esa salvación debe ordinariamente obrar-

se en medio de calamidades y miserias que nos humillen y hagan recurrir a Dios: «En tanta debilidad debía obrarse nuestra salvación para que el orgullo no nos dominara», dice San Agustín. Pues es el orgullo lo que en definitiva condena al hombre.

Una adhesión colectiva a Cristo disminuiría en gran modo las miserias humanas: la paz y el bienestar serían patrimonio del hombre, la misma humillación del pecado disminuiría en alto grado.

Para que esa situación no engendre el orgullo, debe ser originada por el amor, que es lo contrario del orgullo: éste quiere ser suyo, el amor quiere darse, ser de otro. Por eso, la mayor o menor realización del Reino de Cristo cual lo concibe Pío XI dependerá del mayor o menor número, en cada momento, de almas enamoradas, llenas de caridad hacia Dios y hacia el prójimo: lo que el amor produzca no puede engendrar orgullo. Por eso el Reino de Dios se está realizando ya ahora: su mayor o menor expansión dependerá en cada momento del amor que hagamos reinar en nosotros y en los que nos rodean.

De todos modos, dada la libertad humana, el Reino de Cristo en este mundo siempre será imperfecto. Es como sombra y preanuncio del Reino eterno del cielo, por el que el alma reparadora ha de suspirar, deseándolo ardientemente, y ansiando llegar a él. Sólo en ese Reino del cielo la sumisión a Cristo de todos los bienaventurados será total, gozosa y voluntaria.

De ese «reino eterno y universal» en el cielo nos habla el Prefacio de la fiesta de Cristo Rey, como consumación plena y total del reino terreno que paulatinamente se va obrando:

«Que ungiste con óleo de exultación a Nuestro Señor Jesucristo, Hijo tuyo Unigénito, como Sacerdote eterno y Rey de todas las cosas: para que, ofreciéndose a Sí mismo en el ara de la Cruz como Víctima inmaculada y pacífica llevase a cabo el sacramento de la redención humana: y, sometidas a su imperio todas las creaturas, entregase a tu

inmensa Majestad un Reino eterno y universal: reino de verdad y de vida, reino de santidad y de gracia, reino de justicia, de amor y de paz» (Prefacio de Cristo Rey»).

Ese reino lo obra Jesucristo con su inmolación en la Cruz. Y ese reino lo vamos consumando nosotros, y realizándolo progresivamente al unirnos, mientras vivimos, como víctimas al Corazón de Jesús, imitándole en su vida mortal.

Y ese Reino lo está obrando ahora Cristo, sometiéndolo todo al Padre: Primero a Sí mismo, pues «Yo hago siempre lo que a El le agrada», (Jo. 8,29), y «mi manjar es cumplir la voluntad del que me ha enviado» (Jo. 4,34). Y luego, como Rey universal, todo lo que el Padre le ha dado, todos los que ha vinculado con El como a Cabeza: esta sumisión la está ya haciendo, pero no se consumará hasta que el último elegido sea salvo. El reino de Cristo en la tierra es tan solo un peregrinar hacia el cielo, llevados de su mano, conducidos por El como Pastor.

El Prefacio de Cristo Rey es como un eco de San Pablo, cuando dice a los Corintios (1 Cor. 15,22-28): «Como en Adán todos mueren, así en Cristo todos serán vivificados. Mas cada uno en su orden: las primicias, Cristo; después los que son de Cristo, que creyeron en su venida. Después el fin, cuando hubiere entregado el reino al Dios y Padre, habiendo evacuado todo principado, y potestad, y fuerza. Pues es necesario que El reine hasta que ponga todos sus enemigos bajo sus pies. Y la muerte será la última enemiga destruida... Y cuando se le hubieren sometido todas las cosas, entonces el mismo Hijo se someterá al Padre, que le sometió todas las cosas, para que sea Dios todas las cosas en todos.»

La sumisión a Cristo será total cuando el último enemigo, la muerte, sea destruida, es decir, con la resurrección.

El reino de Cristo es eterno, «no tendrá fin» (Lc. 1,33, y Credo de la Misa). Pero su reino consiste en, sometidas a El por el Padre todas las cosas, y vinculadas a El como a Cabeza, ofrecerlas y someterlas al Padre. Para eso se hizo hombre, para llevar consigo toda la creación al Padre.

La sumisión individual propia, como Cabeza, la hizo Cris-

to perfectísima al Padre ya durante su vida mortal entre nosotros. La sumisión de su Cuerpo Místico, de cuantos a El se vayan incorporando como miembros, del Cristo total, la va haciendo Cristo al Padre a través de los siglos, según a Sí mismo los va el Padre incorporando —«nadie viene a Mí si mi Padre no le atrae» (Jo. 6,44)—; pero no será completa hasta que toda la creación le haya sido sometida.

Y entonces no dejará Cristo como Hombre de ser Rey, por cuanto no sólo será El quien vincule todo al Padre eternamente, sino que también el Padre manifestará su poder y comunicará su vida mediante el Hijo y a través de su Hijo Unigénito, que será nuestra Vida —«Yo soy la Vida»—, y que por eso nos dice: «Así como Yo vivo por el Padre, así el que me come a Mí vivirá por Mí.» (Jo. 6,58): El Padre eternamente le comunica a El su misma vida divina, y por esa Vida divina que posee el Hijo derivada del Padre viviremos todos nosotros, derivándola del Hijo.

Y en esa obra de sumisión al Padre de todas las cosas ha querido Jesús asociarnos a nosotros, y especialmente le están asociadas las almas reparadoras, que, unidas a El en brazos de la Virgen María, ya desde ahora se ofrecen como víctimas al Padre, logrando de Este que apresure la sumisión de todos a Jesucristo, su Unigénito.

En el Oficio divino actual, en la víspera de Cristo Rey —sábado de la semana 23—, nos describe la Iglesia con Santo Tomás, la vida eterna, el reino universal del cielo. En la misma fiesta, en cambio, nos trae una lectura de Orígenes que nos describe el reino de Cristo ya ahora, en el corazón de cuantos creen en El y le aman, y que es el que han de procurar desarrollar en sí y en los otros las almas reparadoras, mientras suspiran por el Reino eterno. Por lo mucho que puede ayudar a las almas reparadoras a establecer ese reino en su corazón, y a conocer su verdadera naturaleza, terminemos este capítulo ofreciéndole algunos fragmentos de esa hermosura lectura:

«El reino de Dios está dentro de nosotros... el que pide venga el reino de Dios, rectamente ora por el reino de Dios

que tiene en sí, para que nazca, y dé frutos, y llegue a la perfección. Pues en cualquiera de los santos reina Dios, y todo el que es santo obedece a las leyes espirituales de Dios, que habita en él como en una ciudad bien gobernada. Presente le está el Padre, y con el Padre correina Cristo en esa alma, según la palabra de Jesús: «Vendremos a él, y estableceremos en él nuestra mansión.»

«Y avanzando así continuamente nosotros, entonces llegará a la perfección suma el reino de Dios que está en nosotros cuando se cumpla lo que dice San Pablo: cuando Cristo, sometidos ya a El todos los enemigos entregue el Reino al Dios y Padre, para que sea Dios todas las cosas en todos. Por eso, orando sin interrupción con afecto que se haga divino por nuestra unión al Verbo, digamos a nuestro Padre que está en los cielos: Santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino.»

«El reino de Dios no puede coexistir con el reino del pecado. Si, pues, queremos que Dios reine en nosotros, de ningún modo reine el pecado en nuestro cuerpo mortal; antes bien mortifiquemos nuestros miembros que aún están sobre la tierra, y demos frutos en el Espíritu. Para que en nosotros, como en un paraíso espiritual, pasee Dios, y reine El solo en nosotros con su Cristo, que esté sentado en nosotros a la diestra de aquella virtud —o energía— espiritual, que ansiamos recibir: y esté sentado hasta que todos sus enemigos, que están en nosotros, se hagan escabel de sus pies, y sea evacuado en nosotros todo principado y potestad y virtud.

«Pues pueden todas estas cosas hacerse en cada uno de nosotros, y el ser destruida la última enemiga, que es la muerte; para que en nosotros diga Cristo: «¿Dónde está, muerte tu aguijón? ¿Dónde está, infierno, tu victoria?» Que así, pues, nuestro corruptible vista ya la santidad y la incorrupción; y lo mortal, evacuada la muerte, vista la inmortalidad paterna, para que reinando Dios en nosotros, vivamos ya en los bienes de la regeneración y de la resurrección». (*De Oratione*, cap. 25).

Capítulo II

LA REPARACION AL CORAZON DE JESUS EN SU ESTADO DE SIERVO

1. Doble término de la Reparación

Vimos cómo en la Encíclica nos señalaba Pío XI un doble término de la Reparación: Al Padre eterno, o a Dios en cuanto Dios, quizá más propiamente llamada satisfacción; y la reparación al Corazón de Jesús en cuanto hombre, buscando consolarle y acompañarle.

En la primera se insiste, si no exclusivamente sí de modo principal, en la Encíclica misma. En la segunda en cambio se centra por completo el Acto de reparación o desagravio que concluye la Encíclica.

¿De qué reparación habría que hablar primero? Evidentemente de aquella que cae más a nuestro alcance. Es decir, primero hemos de ejercitarnos en la reparación al Corazón humano de Jesús. Porque sólo identificados a Jesús podremos luego con El reparar al Padre, y obtener del Padre todas las cosas. De ahí que el mismo Jesús nos diga: «Yo soy la Puerta: nadie va al Padre si no es por Mí» (Jo. 10,9; 14,6).

Por eso intentaremos indicar el modo de reparar a Jesús en su estado de Siervo, acompañándole en sus sufrimientos, en su pasión, y en el dolor que le producen nuestras ingratitudes y abandonos.

Pero ya desde ahora no olvidemos que sólo lo lograremos si Dios nos lo concede. Por lo mismo, pidamos desde ahora al Espíritu Santo, que, como Espíritu que es de Jesús, y a la vez nuestro, dado a nosotros por Jesús, nos haga sentir en nosotros lo que él mismo Jesús siente en Sí: que ese es oficio de El, como Espíritu a la vez de Jesús y de nosotros.

2. Necesidad de la unión con María para reparar a Jesús

Pero el Espíritu Santo sólo entonces actuará verdaderamente en nosotros si nos encuentra unidos a la Virgen María, en oración con Ella, como halló a los apóstoles y discípulos el día que se dio a ellos en Pentecostés.

Pues así como no podemos satisfacer y reparar al Padre sino unidos a Jesús, y hechos uno con El, así tampoco podremos reparar a Jesús sino unidos a María, y hechos uno con Ella como hijos pequeñitos en sus brazos. Que por eso nos repiten reiteradamente los Papas, citando las palabras del Dante: «El que quiera ir a Jesús sin servirse de María, es como ave que quisiera volar sin alas.»

Jesús quiere que le acompañemos y consolemos en sus sufrimientos, en su pasión y en el dolor que le producen nuestras ingratitudes y abandonos. Cuán ardientemente lo desee, lo expresaba el Ofertorio de la Misa al Corazón de Jesús anterior a la actual: «Improperios y miseria soportó mi Corazón, y aguardaba a quien se contristase conmigo, y no lo hubo; busqué quien me consolase, y no lo hallé» (Sal. 68,21).

Así pasó en la pasión, cuando sus apóstoles se durmieron, y todos sus discípulos le abandonaron. Sólo la Virgen María permaneció a su lado, animándole y consolándole y asociándose a El en todo. Y para tener también presentes a los que amaba, la hace Madre de ellos, para así verlos y sentirlos en el Corazón de Ella.

También ahora en su pasión y abandono del Sagrario, en su abandono en el mundo conviviendo con nosotros, la tiene a Ella como Reparadora: y en el Corazón de Ella, hecha nuestra Madre, estamos todos nosotros, pues Ella nos lleva siempre en su Corazón, y le repara en nombre nuestro.

Pero Jesús quiere que también la acompañemos físicamente, activamente, unidos a Ella en su reparación. Que no pueda decirnos también ahora a nosotros: «Busqué quién me consolara, y no lo encontré.» Entonces seremos consuelo

de Jesús, y también consuelo de su Madre al vernos unidos a sus sentimientos.

No reparemos solos, sino unidos a María; no acompañemos a Jesús solos, ni le consolemos solos, sino unidos a la Madre y en sus brazos. Porque por mucho que nos parezca amar, y por buena voluntad que llevemos, dormitaremos como los apóstoles y nos distraeremos en muchas cosas que no son Jesús.

Reunidos en el regazo de la Madre, consolémosle a través de Ella y con Ella, y dejémosle a Ella que le consuele a través nuestro: que con nuestros pequeños corazones le ame Ella y le haga sentirse amado; que con nuestros pequeños corazones le haga sentir que sufrimos con El, porque es la Madre quien pone en nosotros el sufrimiento y tristeza que Ella tiene.

Todo el éxito de nuestra actitud y oración reparadoras dependerá de la unión que establezcamos entre nosotros y nuestra Mamá la Virgen María. Aunque dormitemos muchas veces y nos distraigamos, si estamos en sus brazos, no tendremos dificultad alguna en volver, cada vez que lo advertimos, a simpatizar con Jesús, porque Ella habrá seguido simpatizando por nosotros y compadeciendo por nosotros.

Sólo así le será de verdad agradable a Jesús nuestra reparación.

3. La reparación al Corazón de Jesús unidos a María: sentir con Jesús y consolarle acompañándole

¿En qué consiste la reparación al Corazón de Jesús en su aspecto humano, en el que se ofrece como Víctima, cargando con todos nuestros pecados y haciéndolos suyos, hecho maldición por nosotros para darnos a cambio la bendición de su Divinidad?

Yo diría que primariamente en procurar sentir con Jesús sus mismos sentimientos: «Hermanos, sentid en vosotros lo que Cristo Jesús siente en Sí. El cual, como existiera en forma de Dios, no se aferró como a botín de guerra a su ser

igual a Dios, antes se anonadó a Sí mismo tomando la forma de Siervo, hecho a semejanza de los hombres; y hallado en hábito de hombre se humilló o empequeñeció a Sí mismo hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz» (Fil. 2,5-8). Y por eso, «también Dios le exaltó, y le dio el nombre que es sobre todo nombre, a fin de que al nombre de Jesús toda rodilla se doble, tanto de los seres celestes, como de los terrestres e infernales, y toda lengua confiese que el Señor Jesucristo está en la gloria del Padre» (Fil. 2,9-11).

Es por ese abatimiento que Jesús se convierte en verdadero Cordero de Dios que toma sobre Sí y siente como propios los pecados del mundo, y así los repara ante el Padre.

Si quiero sentir con Jesús, he de sentir como propios, porque son de Jesús y Jesús es mío, no sólo mis pecados, sino también los pecados del mundo y el alejamiento que el mundo tiene de El, que los hombres todos tengan de El.

Mirando a Jesús tan enamorado de los hombres que da su vida por ellos, haciendo suyos todos los dolores, cruces y pecados de los hombres, podemos en algún modo sentir y percibir la pena que su Corazón tiene al amarme de ese modo y no sentirse amado por mí, y al amar de ese modo a cada uno de los hombres y no sentirse amado por cada uno de ellos.

Y especialmente le aflige el no sentirse amado por aquellos que estamos de continuo en su presencia, por los que le rodeamos y hacemos profesión de que Jesús sea nuestro amado: y no lo es, porque amamos muchas otras cosas, no sólo además de El, sino incluso contra El. De ahí su queja a Santa Margarita María, en la gran revelación: «Pero lo que más me aflige son las ingratitudes, desatenciones y menosprecio de las almas que me están consagradas.»

Son esas distracciones mías voluntarias, esa pereza mía para entregarme a El y fijarme en El, esas continuas infidelidades mías de todo orden, y, sobre todo, esta frialdad de mi corazón y este egoísmo en virtud del cual tan ruinmente le correspondo, lo que sobre todo aflige al Corazón de Jesús.

Sólo un medio tenemos de evitarle esa aflicción. Es pe-

garnos bien a la Virgen María, y desde sus brazos decir a Jesús: Hoy no te voy a abandonar ni un solo momento, ni me voy a distraer de amarte y corresponderte, ni tendré ninguna desatención contigo: porque he encargado a la Virgen María, como mi Mamá, que Ella te atienda, cuide y mime en nombre mío. Y por eso, Jesús, hoy, aunque yo me durmiere en tu presencia todo el tiempo, aunque me distrajere en mil pensamientos vanos, no te aflijas, ni te contristes, porque aunque no lo parezca te estaré siempre amando y siempre atento, pues todo lo de mi Mamá es mío como hijo suyo, y así el amor que Ella te da es amor que te doy yo, y amor verdaderamente mío.

Mas si queremos intimar con Jesús a solas y no en bra zos de María, y repararle a solas, mal negocio. Al estar e su presencia quizá sea mayor la pena que le demos que r el gozo y consuelo.

Fácilmente pensamos que la reparación consiste en entri tecerse al ver todo lo que Jesús padeció físicamente po nosotros, y compadecerle por ello. Cierto, eso pertenece *tam bién* a la reparación, aunque no es lo principal de ella. No olvidemos que el que ama da por bien empleados todos sus sufrimientos y trabajos, y toda su inmolación, si encuentra la correspondencia del amor en aquel a quien ama.

Lo que realmente llena de amargura al Corazón de Jesús no es lo mucho que sufrió por mí: eso lo sufrió con gozo, aunque le doliera. El mismo nos lo dice al llegar el día de su pasión: «Con gran deseo he deseado comer esta Pascua con vosotros» (Lc. 22,15). Y ya antes había dicho: «Con un bautismo de sangre he de ser bautizado, y ¡cómo me abraso en deseos hasta que llegue el momento de llevarlo a cabo!» (Lc. 12,50).

Lo que le llena de amargura es que, amándome El hasta ese extremo de entregarse gozoso por mí, no vea en mí correspondencia a su amor. Y si en algunos la viere, aunque imperfecta, no la ve en la mayoría de los hombres, por cada uno de los cuales murió, y por cada uno de los cuales sigue ofreciéndose como Víctima en el Sagrario.

Esa es la aflicción abisal, el incomprensible dolor que tuvo Jesús en su pasión, y que sigue teniendo en el Sagrario, donde se reproduce su pasión. Porque aunque físicamente Jesús padeció cuanto quiso, y así la medida de esos dolores es su amor, aun así la materialidad de su dolor físico se nos hace en cierto modo comprensible, y hay incluso muertes que materialmente nada tienen que envidiar a la de Jesús.

Lo que no tiene medida ni comprensión posible es el dolor que le ha causado y causa nuestro desamor.

La medida de ese dolor es el amor que uno tiene: cuanto más uno ama a otro, más sufre al no verse amado. Incomprensible es en absoluto el amor humano que Jesús me tiene, al amarme con todos los amores y condensar en Sí la plenitud de todo amor creado posible. Igualmente, pues, condensa en Sí toda la plenitud del dolor humano posible, y aun del dolor creado posible, ante ese desprecio que de mí recibe, ante esa ruindad de mi amor a El, ante esa indiferencia con que nos dejamos amar por El. Ya no es sólo que no le amemos: es que ni siquiera nos dejamos amar, mimar y acariciar por El como El desea.

Y en esto, todos estamos en un estado de ofensa permanente a Jesús, porque ninguno nos dejamos amar como El quiere amarnos. Muchísimo menos todavía ninguno de nosotros le ama como es amado de El. Pero ya bastaría con que nos dejáramos amar y acariciar como El quiere amarnos y acariciarnos. Al fin y al cabo, es lo único que los padres desean y obtienen de sus pequeños, y su mayor dolor sería que sus caricias fueran recibidas con asco y repugnancia por parte de su pequeño.

En este sentido, Jesús se siente tremendamente solo en su inmolación al Padre por nosotros. Tremendamente sólo, al cargar con todos nuestros pecados, y no hallar sino a la fuerza Cirineos que le ayuden. Sólo cuando Dios nos envía dolor y sufrimiento para que acompañemos a Jesús, hacemos de la necesidad virtud, y le decimos: Bien, Señor, yo no quería padecer esto, pero ya que no tengo otro remedio, te

lo ofrezco en honor tuyo uniéndolo al sufrimiento de tu Jesús.

Por eso nos dice Jesús: «Yo sólo pisoteé el lagar: y de todas las naciones y pueblos no hubo ni un solo varón que me acompañara» (Is. 62,3). Cuando se trató de exprimir en su pasión toda su sangre para lavarnos y convertir en vino de amor toda la masa humana indiferente, en esa obra redentora y transformadora Jesús se encontró solo y la hizo solo: no halló varón que le acompañara.

Pero cuidadosamente eligió la profecía la palabra varón, *ish*, y no, por ejemplo, *enosh*, o *adam*, que significan hombre en general, tanto varón como mujer. Porque aunque no encontró ningún varón que le acompañara, encontró a una Mujer que se asoció plenamente a su dolor, lo acompañó en todo, se dejó amar como Jesús quería amarla, y correspondió al amor como Jesús en su Corazón humano deseaba y quería ser amado.

Esa mujer es LA MUJER, Madre Virgen, prometida en el Génesis (3,15), y anunciada luego por Isaías (7,14) y Miqueas (5,3). Es la Virgen María, que le preparó el Padre de toda eternidad, para que cuando estuviera en el mundo y en su ser de Siervo no gozara del amor del Padre —«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» (Mt. 27,46; Mc. 15,34)—, en ese mismo ser de Siervo lo encontrara en la Virgen María su Madre sin defecto ni limitación.

Y tan proporcionados los hizo el Uno al Otro, que la capacidad humana que Jesús tiene de ser amado, con ser inconmensurable, es la misma capacidad que la Virgen María tiene de amarle: como que recibió su Corazón humano como proyección del Corazón de la Virgen María, de quien lo toma, cual si fuera un solo y mismo Corazón poseído por ambos.

Por eso, no estuvo Jesús solo en su pasión, ni está solo en los Sagrarios donde su pasión se reproduce. Lo que le hizo venir al mundo, y en el mundo le retuvo, y en el mundo le movió a ofrecerse por mí y por cada uno de los hombres como si él solo existiera, y lo retiene ahora en todos los sagrarios del mundo, es esa compañía de la Virgen.

Y para obligarse a entregarse a mí y a entregarse por mí, aunque yo en nada le correspondiera, hizo a María Madre mía. Así, lo que hace por mí, hijo de María, lo hace por la Madre. Y aunque yo en nada le corresponda, Jesús seguirá amándome e inmolándose por mí, porque lo que por mí hace lo hace por la Madre, para pagar a la Madre el amor que le tiene y para consolarla con el amor que a mí me muestra.

Así entendemos el puesto de la Virgen en la reparación y consuelo al Corazón de Jesús. Y lo mismo que fue su gran consuelo, su consuelo total, en su vida mortal y en su pasión, así sigue siéndolo en su vida eucarística en el Sagrario, donde Jesús nos sigue amando y entregándosenos.

Porque amarme a mí, aunque yo no le corresponda, es amar a su Madre, es consolar a su Madre y agradecerle el amor con que por Ella se siente amado. Y como para eso a Jesús le parece todo poco, tendrá paciencia y aguante infinitos conmigo, para que su Mamá esté contenta. Porque siendo también Mamá mía, no estaría contenta si no me viera amado como Ella es amada.

Entonces entenderemos cómo la vía propia para reparar, consolar y alegrar al Corazón de Jesús en el desamor de que es objeto es servirme de la Madre que El me ha dado. Tomar y sentir como mío el amor y consuelo que le da la Virgen María, y en mi sequedad, aridez y frialdad decirle: Yo, como soy todavía muy pequeñín, nada tengo en realidad que poder ofrecerte; y mi caricia y mi amor es muy pequeño, y de valía bien escasa. Pero todo lo de mi Mamá es mío, y así como mío te lo ofrezco. Que no dice el niño: Esta es la casa de mi madre. Antes bien dice: Esta es mi casa, y esta es mi huerta. Porque siente como verdaderamente suyo todo lo de su madre.

Y entonces ofrecerle a Jesús *ahora*, y a lo largo de nuestra vida, como propio y como mío, lo más auténticamente mío, cuanto la Virgen María posee y cuanto Ella le ama. Entonces repararemos bien, tal cual Jesús lo desea.

4. La reparación como consuelo presente y actual, y como consuelo retroactivo al Corazón de Jesús. La oración del huerto

Mas entremos ya en el modo y materia de ese consuelo que hemos de dar a Jesús, sintiendo con El y aliviándole su carga. No aliviaremos los dolores físicos que tuvo en su pasión; pero sí le daremos gozo enorme en esos mismos sufrimientos, porque al soportarlos por amor, si se siente amado ya es feliz.

Pero surge el interrogante, que Pío XI se plantea en su Encíclica: Si Jesús es ahora feliz del todo en los cielos, ¿cómo puedo yo consolarle, o cómo puedo decir que esté afligido?

En primer lugar, no olvidemos que Jesús no sólo está en el cielo, sino también, en virtud de su presencia eucarística, inserto en la creación, fuera del cielo en su ser de Siervo, como lo estuvo cuando vivía en este mundo.

Por eso en la Eucaristía está en estado de Víctima, Cordero de Dios que toma sobre Sí los pecados del mundo, amando inmensamente a todos los hombres entre quienes convive, ofreciéndose al Padre por ellos. Y en el Sagrario se siente desamado por los que El ama: imposible es que viviendo con nosotros no sufra al verse desamado por los que ama.

No tiene los sufrimientos físicos que padeció en su pasión: no le duelen las espaldas con los azotes, ni la cabeza con la corona de espinas, ni manos y pies taladrados por los clavos, ni soporta ahora el ahogo y angustia física de la posición en la cruz hasta morir: su Cuerpo, ya glorificado, no puede ser herido, ni soportar dolores físicos, ni estar expuesto a la muerte.

Pero queda el dolor del Corazón, el dolor que proviene del amor. Ese fue su mayor dolor en la cruz, el no sentirse amado por aquellos a quienes amaba y por quienes entregaba su vida.

Y ese dolor sigue teniendo en la Eucaristía: el más acer-

bo de toda su vida y pasión. Porque también ahora está entre nosotros, aun más anonadado de lo que estuviera en su vida mortal. Vive ahora en la tierra conmigo, y vive amándome sin ser amado. Y está en la tierra, y se hace presente entre los hombres, para desde la tierra y desde la creación, y en nombre nuestro, seguir amando al Padre y ofreciéndose a El por nosotros —«Cordero de Dios que quita los pecados del mundo»—, amándonos intensísimamente, y pidiendo al Padre: «Mientras no les salves a ellos, Yo quiero vivir en medio de ellos, aunque por ellos sea desconocido y despreciado.»

No toda la vida de Jesús fue coronación de espinas y crucifixión, pero toda «fue cruz y martirio» (Imitación de Cristo), porque en toda ella amó sin ser amado. Y así es también cruz y martirio su vida en el Sagrario, amando sin ser amado. Y así sufre en mi corazón donde le recibo y donde mora, porque viene para ser mío y entregarse a mí, y me ama sin ser amado. Aunque a ratitos le amemos un poquito; pero El me está amando siempre con amor inconcebible.

Esto por una parte. Mas en esta reparación insistiremos más adelante.

Pero hay también otro aspecto de la reparación que no debemos olvidar: es su fuerza retroactiva, en la que insiste mucho Pío XI: le consolamos en su vida mortal por la previsión que de ella tuvo en su agonía, al ver la ingratitud con que los hombres iban a corresponderle.

La devoción al Corazón de Jesús suele relacionar esta reparación con la agonía del Huerto, acompañándole en ella, ya que los apóstoles no supieron hacerlo y se durmieron.

En la primera hora de agonía pidió y obtuvo Jesús su salvación y la de su Madre, tan estrechamente vinculadas que un mismo decreto de predestinación afecta a ambos, de modo que son entre sí inseparables. No pide aquí a los apóstoles le acompañen en la oración, pues nada podían ayudarle en esa petición. Sólo les pide su compañía, pues no quiere hallarse solo en esa hora: «Sosteneos aquí, y velad conmigo» (Mt. 26,38). Los apóstoles le fallaron durmiéndose. Sólo

la Virgen María le acompañó: presente en Ella eucarísticamente por la comunión de la Ultima Cena, cuanto padecía en Getsemaní lo padecía igualmente, pues era el mismo Jesús, en el Corazón de la Virgen María donde eucarísticamente moraba, comunicando con su Madre toda su agonía interior. «Yo sólo pisé el lagar, y de las naciones no hubo varón que me acompañara» (Is. 63,3). No hubo varón, pero sí una Mujer que en todo le acompañó, no dejándole solo: La Amada del Corazón de Jesús, la Amante del Corazón de Jesús, y nuestra Mamá para suplirnos y representarnos.

En la segunda hora pidió por los apóstoles y por cuantos entonces creían ya en El. Ahí ya pueden y deben cooperar ellos a su propia salvación. Por eso les pide ahora oración: «¿No pudisteis velar una hora conmigo? Velad y *orad* para que no caigáis en tentación» (Mt. 26,41). Ahí Jesús vio todos los desfallecimientos que iban a tener sus apóstoles y sus ingratitudes, como también todos los sufrimientos que iban a soportar hasta morir por El martizados: y todo lo sentía como propio. Ellos se durmieron, no le acompañaron. La Virgen, sí.

En la tercera hora ora Jesús por la salvación de cuantos han de creer en El en el futuro hasta el fin del mundo, y se ofrece al Padre por ellos. Fue la más dura para Jesús, al pesar sobre El las ingratitudes y pecados de todos los hombres, vistas en detalle. Por eso le conforta aquí el ángel, y por eso suda sangre.

El sudor de sangre nos muestra el esfuerzo que hubo de hacer para vencer su repugnancia a amarnos y a entregarse por nosotros.

Cuando hay pavor y miedo sobreviene la palidez, porque toda la sangre se retira hacia el interior, acumulándose en el corazón que, si el pavor es excesivo, puede sufrir colapso siguiéndose la muerte. En toda la oración del Huerto tuvo Jesús ese pavor: «comenzó Jesús a sentir tedio y pavor». (Mc. 14,33). Tedio y pavor tal que naturalmente era capaz de causarle la muerte: «Triste está mi alma hasta la muerte» (Mt. 26,38). Pero este pavor y tristeza se acentuaron aún

más en esa tercera hora de oración. Amándonos tanto —«Nos amó hasta el fin» (Jo. 13,1)—, y viendo con todo detalle el desprecio y abandono con que yo le iba a tratar, con que le iba a tratar cada uno de los hombres, fue tal el pavor, miedo y tristeza que sintió que toda la sangre se le retiró de la superficie al Corazón, amenazando ahogarlo. Mas fue tal esfuerzo que hizo para seguirme amando pese a todo, tal la violencia que se hace para vencer ese miedo de seguirme amando, que de tal modo irrumpe la sangre que rompe todos los poros de la superficie hasta arroyar en tierra. Ese sudor de sangre muestra así la victoria de Jesús sobre mi ingratitud.

¿Quién le ayudó a esa victoria? No los apóstoles, que estaban dormidos. Ni nosotros que tanto nos dormimos y distraemos en su presencia. Le estaba ayudando la Virgen María, hecha Madre nuestra, pidiéndole no se cansara de amarnos, puesto que éramos sus hijos; pidiéndole que aguantara toda la amargura, todo el cáliz de nuestra ingratitud. Y por eso aguantó.

Y ahí es donde entra el consuelo retroactivo. Si le hizo así sufrir mi ingratitud prevista, si me ve ahora gozoso de ser amado, agradecido a lo que por mí padeció, también eso lo previó entonces y le consoló, haciéndole ver que no era inútil su pasión y muerte, no era inútil su sangre, ni era inútil el incendio de amor que sobre mí se volcaba.

La agudeza de la agonía de Cristo en esa tercera hora, que principalmente funda nuestra reparación actual retroactiva, viene destacada por la aparición del ángel que le conforta. Seguramente el Angel de la Virgen María, quien al ver a su Hijo así afligido diría a su Angel: Ve y recuérdale sensiblemente que no todo va a ser ingratitud entre los hombres: que yo estoy viendo entre mis hijos futuros —y nos veía a nosotros en nuestras reparaciones—, cómo van a darte gracias porque así los has amado. Y el Angel hizo desfilar ante Jesús todas nuestras correspondencias, todos nuestros amores. Por eso, lo que ahora hacemos sirvió de consuelo a Jesús entonces, presentado a sus ojos por la Virgen

María por manos del Angel que le envía para que se lo recuerde y haga presente.

Unidos a Jesús y a la Virgen María, que con El estaba compenetrada, digamos su misma oración al Padre, fórmula perfecta de nuestra reparación: «Padre, a Ti todo te es posible: si es posible, pase de mí este cáliz; pero no se haga como yo quiero, sino como Tú». Pase de mí este cáliz: que no sea yo más cáliz de amargura para Jesús, ni para su Madre y mía, sino que empiece a ser para ellos cáliz de consolación, cáliz de dicha, cáliz de amor: que en adelante sea yo consuelo y alegría del Corazón del Hijo, gozo y alegría del Corazón de la Madre.

Y esto, como Jesús, lo hemos de repetir mucho, con verdadera angustia y tristeza, pidiendo al Padre Celestial: Pase de mí este cáliz: que no sea ya más cáliz de amargura para tu Hijo, que no sea ya más cáliz de amargura para la Madre

Y como pese a todo continuamente se van reiterando nuestros desfallecimientos, nuestros tropiezos, nuestras distracciones, nuestras ingratitudes e infidelidades, darnos cada vez cuenta de que con ello contristamos a Jesús, y volvernos al Padre Celestial diciéndole: «Papá, a Ti todo te es posible: por amor de tu Hijo, que no sea yo más cáliz de amargura para El; que no sea ya más infiel, que no le sea ya más desamorado, que no le sea ya más ingrato. A Ti todo te es posible: que no sea ya más cáliz de amargura para mi Mamá, que no la contriste más, que la sepa acariciar y mimar, que la Virgen al mirarme se sienta consolada, contenta de ver que hay alguno en quien pueda derramar su amor.

Así realmente podemos consolar y consolaremos a la Virgen María y a su Hijo, no sólo en su agonía del Huerto, sino también en la terrible soledad y abandono de su pasión, y aun en toda su vida mortal, ya que toda ella fue cruz y martirio por el inconcebible amor con que nos amaba.

5. La reparación como consuelo actual a Jesús Eucaristía

Aunque importante la reparación retroactiva, nos atrae mucho más, y nos es también más fácil, la reparación y consuelo a Jesús entristecido *ahora* entre nosotros al no sentirse amado.

La vida toda de Jesús no hay que verla como pasada, sino como actualizada ahora en mí, en cada uno de nosotros: «He aquí que Yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos» (Mt. 28,20); «No os dejaré huérfanos: vendré a vosotros» (Jo. 14,18).

Sigue ahora viviendo entre nosotros, y amándonos como entonces, y aun diría mucho más que entonces. Porque el amor humano se va aprendiendo: y las delicadezas que Jesús ha ido adquiriendo a través de los siglos al contacto nuestro y de nuestras miserias, y la misericordia a que se ha ido moviendo al ver nuestra debilidad, hacen que su ternura con nosotros sea mayor. No ha crecido su amor, siempre sumo, pero sí la habilidad *humana* para mostrárnoslo y comunicarse a nosotros. A nuestro contacto se ha ido convenciendo de que somos una birria, y de que como a birrias tiene que amarnos. Y por eso ahora le da agrado inmenso cualquier atención nuestra, cualquier honor que le demos: no se lo neguemos.

Recordemos que la Santa Misa no sólo es memoria y conmemoración, sino también reproducción del sacrificio de la cruz. En realidad, de toda la vida, pasión, muerte, resurrección y ascensión de Jesús a los cielos. La vida temporal que tuvo para el mundo en general, la va Jesús luego repitiendo y viviéndola con cada uno de nosotros, conmigo, a solas, hasta llevarme al cielo. Como bien advierte San Juan Eudes, nace en mí, se desarrolla en mí, crece en mí, me va enseñando y transformando, sufre en mí, muere en mí y conmigo, me resucita y resucita en mí y conmigo, y me lleva consigo al cielo (Lectura de Maitines en la antevíspera de Cristo Rey.)

Por eso decía San León Magno que la vida de Jesús no

la conocemos sólo por los Códices, es decir, por los Evangelios y Escritos apostólicos, sino que la conocemos principalmente por la vida que va viviendo ahora entre nosotros, por la vida que ahora vive en mí. La vida terrena de Jesús no acabará hasta que el último de los elegidos sea salvo. Por eso nos dice: «He aquí que Yo estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos» (Mt. 28,20). Y también: «No os dejaré huérfanos, vendré a vosotros» (Jo. 14,18).

Por eso está en la Eucaristía, reproduciendo su pasión, en el mismo estado en que estaba en la cruz: como Víctima que toma sobre Sí los pecados del mundo, las miserias y dolores del mundo, para ofrecerse al Padre por nosotros.

Es verdad que en la Eucaristía está el Cuerpo de Cristo ya glorificado, y así incapaz de todo sufrimiento o dolor físico. Cierto. Pero el Corazón de Jesús glorificado es de la misma delicadeza que cuando estaba en el mundo antes de morir: sufre lo mismo con nuestros desamores, desatenciones y olvidos. No es susceptible de dolores físicos, pero sí es susceptible a los dolores del amor, que son los verdaderamente incomprensibles aun en la agonía del Huerto y en la cruz: y ese dolor de no verse amado sigue ahora en la Eucaristía.

Para entender la intensidad de ese dolor y aflicción del Corazón, habríamos de entender el amor con que nos ama a todos y a cada uno de nosotros: por cada uno se está entregando y ofreciendo en la Eucaristía, como se ofreció en la cruz: también por los que le desconocen, o le odian y maldicen: esa es su pasión eucarística, que convierte a la Eucaristía en verdadera reproducción del sacrificio de la Cruz. «Me amó y se entregó por mí», dice San Pablo (Gál. 2,20): y se entregó por él antes de que Pablo le conociera, antes de que se convirtiera tras haber sido su perseguidor. Así está ahora amando a cada uno de cuantos le odian y persiguen, e inmolándose por ellos.

6. Contenido y matices de la reparación eucarística

La reparación consiste fundamentalmente en que yo sufra con Jesús al verlo desamado, percibiendo cuánto esto le hace sufrir. Que sólo una cosa me importe: que Jesús sea amado.

Aprovechar el disgusto que tantas veces nos causa el desamor de los que amamos para entender mejor el dolor de Jesús. Y en lugar de quejarnos, como solemos, acercarnos a Jesús y decirle: Jesús, qué contento estoy de que me den de lado, de que no me saluden ni hagan caso. ¡Qué contento estoy de poder así entender un poquito lo que Tú sufres! Porque si a mí, que los amo tan poco, me duelen tanto sus desprecios, cómo te deben doler a Ti mis desprecios y los de todos los hombres, amándolos Tú tanto!

Entonces ya no me importará a mí ser despreciado, antes mi mayor delicia será que me desprecien, me desamen, y no me hagan caso, porque así voy entendiendo el sufrimiento del Corazón de Jesús, lo voy compadeciendo, y me voy uniendo a sus sentimientos, pudiendo percibir lo que sufre al no sentirse amado.

Es entonces cuando empezamos a sentir con Jesús: «Hermanos, sentid en vosotros lo que Cristo Jesús siente en Sí» (Fil. 2,5).

Sentir la pena que El siente al no ser amado. Sentir como si fuera ofensa a mí, porque es ofensa a Quien más amo, a Quien más quiero, por Quien quiero olvidarme de mí mismo para pensar sólo en El. Sentir como ofensa a mí todas las ofensas que El recibe en el ambiente en que vivo y en el mundo entero, todos los desconocimientos, todos los desprecios, todos los odios, y procurar consolarle con mis caricias y decirle: No importa, Jesús: yo estoy contigo en brazos de la Mamá, yo te amo junto con mi Mamá, ten paciencia con todos, que son hijos de tu Madre y hermanos míos: ya vendrán a Ti. Sigue sufriendo, pero no digas ya más: «Busqué quien me consolara y no lo encontré» (Sal. 68,21).

Aquí estoy yo para consolarte y para sufrir contigo. Y como sé que soy tan inconstante, aquí estoy con tu Mamá, para que Ella supla mis inconstancias e infidelidades.

Y al mismo tiempo, no sólo sentir cómo Jesús es ofendido, sino sentir cómo yo también le ofendo. Y usar así y aprovechar para la reparación nuestras propias faltas, ingratitudes y pecados, nuestros olvidos y menosprecios, acercándonos a Jesús para decirle: Mira, Jesús, yo sé que te contristo más que todos ésos, porque viviendo siempre contigo te amo tan poco. Pero estoy contento de que me ames: quédate satisfecho de que esté contento de tu amor, y piensa que también ésos a quienes tanto amas llegará un día en que descubran que Tú los amas, y estarán también contentos de tu amor. Díle a tu Padre que los atraiga a Tí, díle al Espirítu Santo que abra sus ojos, y verás cómo te quieren, verás como te aman: ten paciencia con ellos como la has tenido y tienes conmigo.

Y excusemos siempre a los demás, que eso es la reparación. El alma reparadora nunca acusa, siempre defiende.

Excusar a todos los que no conocen a Jesús, y decirle: Jesús, ¿cómo te van a conocer y amar, si nadie les ha hablado, si tu Padre todavía no los ha atraído a Tí? Vamos a unirnos la Virgen, Tú y yo, y todos los que aquí estamos, para pedir contigo al Padre Celestial: Padre, a Tí todo te es posible: pase de Mí este cáliz de amargura de verme desamado: atrae a Mí cada vez más almas que me amen, consuelen y acompañen, y con su correspondencia me hagan perseverar con facilidad y gozo en este amor con que por todos me estoy entregando.

Si así insistentemente pidiéremos, lograríamos que por toda la extensión de la tierra acudieran nuevas almas a Jesús Eucaristía.

Tarde o temprano acudirán, aunque sea a la hora de la muerte: el Padre se las atraerá: no es inútil el sacrificio de Cristo.

Pero hemos de dar prisas al Padre: «Papá, ya que le vas a dar todas sus ovejas, pero hay muchas que aún no son

de este redil y aún han de oír su voz, consuela a tu Hijo haciendo que ya ahora empiecen a amarle: ya le hemos contristado bastante desamándole tanto tiempo. Puesto que le vas a llevar todas sus ovejas, y ni una sola se va a perder, atráeselas ya ahora: que ya ahora merece ser consolado y ser feliz. Haz a tu Hijo feliz en esta tierra, házlo feliz entre nosotros como le haces feliz en tu seno en el cielo. El ha querido estar entre nosotros para honrarte a Tí y para que seas amado desde la tierra y desde la creación, para amarte en nombre de todos los hombres: págale ese amor que te tiene atrayendo a El a los hombres, haciendo que ya desde ahora, desde este momento, sea conocido, consolado y amado.

Y pedirle desde los brazos de la Virgen, que también Ella lo pide. Y unirnos con Ella a la petición de Jesús: Padre, glorifícame: Yo te he glorificado a Tí sobre la tierra, y te estoy glorificando ahora, amándote por los que no te aman, expiando los pecados de los que no se arrepienten ni se dan cuenta del mal que hacen: Ahora glorifícame Tú a Mí, dándome a conocer, dando a conocer a todos el infinito amor con que los amo: muévelos y atráelos a Mí, pues nadie viene a Mí si Tú no lo atrajeres.

Pidamos esa gloria y dicha de Jesús. Y sintamos gozo inmenso cada vez que un alma llega a amar a Jesús. No tengamos envidia ni pesar de que otros le amen más que yo: si lo que deseo es que Jesús sea feliz, cuando un alma le ama más que yo he de gozar como burro en patatal, y decirle: ¡Qué bien! ya que yo no puedo consolarte, ya que soy incapaz de amarte y ser generoso contigo, cuando hallo un alma que es generosa y que te ama, reviento de gozo, porque sé que Tú gozas.

Y repetir en la Eucaristía, con Jesús y con María, la plegaria del Huerto: Padre, a Ti todo te es posible; si es posible, y lo es porque para Tí todo es posible, pase de mí este cáliz: que deje Jesús de sufrir al ser desconocido y desamado por los que ama. Ya sé que El quiere padecer, que El quiere esconderse para así ser Víctima; pero Papá, ni tanto ni tan

calvo: al menos consuélale un poquito, tráele continuamente más y más almas de adoradores.

Y ofrecernos como víctimas al Padre, para que me haga a mí sufrir y padecer la desatención de los que me rodean, su falta de comprensión, de amor y de correspondencia: que toda la basura que echan sobre Jesús caiga sobre mí, diciendo al Padre: Por favor, que la echen sobre mí, pero que dejen en paz a Jesús, que no echen más basura sobre El: que esté yo como escudo protector para recibirla toda.

Entonces no nos quejaremos nunca de lo mal que nos traten, de que no nos correspondan ni atiendan, porque precisamente para eso nos hemos ofrecido al Padre como reparadores: para recibir yo y parar todos los golpes que vayan a dar a Jesús. Entonces sí que seremos de verdad reparadores.

Finalmente, no olvidemos traer a Jesús todos los ausentes. Presentárselos como hace la Virgen María, que, como Madre, le presenta a todos sus hijos. Presentémosle todos nuestros hermanos, y lo son todos los hombres: y hablarle a Jesús de ellos, y excusarlos: decirle que le quieren mucho, aunque no vengan porque están muy ocupados. Que eso gusta muchísimo al Corazón de Jesús.

7. La reparación a Jesús presente en nuestro corazón

Ante el Sagrario no podemos estar siempre. Pero en nuestro corazón llevamos siempre a Jesús. ¿Cómo repararle ahí?

Primero, estando lo más posible con El, contentísimos de que esté en nuestro corazón, contentísimos de sabernos amados por El. Con sólo eso, ya goza El. Si yo me siento feliz al sentirme amado, Jesús se sentirá sumamente feliz de amarme. Es lo propio de todo verdadero amador.

Luego, viéndolo desamado por tantos, amarlo yo en nombre de todos, pidiéndole por todos, rogándole que no se canse de amar y prodigarse hasta a los más ingratos: que yo he sido más ingrato todavía, tardando tanto en corresponderle, y ahora, aunque tan imperfectamente le corres-

ponda, al menos ya estoy contento de que El me ame: que también para ellos llegará un día en que estarán contentísimos de saberse amados.

No cansarse así de pedir por los demás. Y en esa petición unirnos a la Virgen: si yo pido por ellos como por hermanitos, la Virgen pide como Madre. Y decirle a Jesús: Siendo como yo hijos de la Virgen María, tu Madre está sufriendo por ellos, cual si temiera te cansaras al verlos tan ingratos: prométele a la Mamá que no te vas a cansar nunca, que los vas a seguir amando hasta lograr atraerlos a Tí: a ver si logramos del Padre Celestial que te los atraiga pronto.

Que nuestra actitud sea un continuo ofrecernos a Jesús para todo; un continuo adorarle y gozarnos en El en nuestro corazón; y, sobre todo, un continuo acompañarle en su pena de no ser amado, y un continuo rogarle que nos siga amando igual, que ya será correspondido: que El mismo mueva al Padre Celestial para que se los atraiga pronto.

¡Qué fácil nos sería siempre la oración! ¡Tenemos tanto de que hablar con Jesús! Hablándole de cuantos conozco y de los que no conozco, diciéndole las cosas buenas que tienen, y ponderándoselas mucho por pocas que sean. ¡Cómo se llenaría entonces de consuelo el Corazón de Jesús!

Pero tanto en la reparación a Jesús en nuestro corazón como en la Eucaristía, hay un peligro que debemos evitar: el ir yo a El como si fuera una joya, uniéndome sí a El, y reparándole con mi amor, pero ponderando lo mal que le tratan los hombres.

No hagamos nunca eso. Si queremos reparar a Jesús, ponderémosle en la Eucaristía y en nuestro corazón lo mucho que los hombres le quieren y lo bien que le tratan.

Nos parecerá que eso es mentir. Mas el que ama encontrará que es verdad. Así lo hace con nosotros la Virgen María: cuántas veces le dirá, al verle aburrido en mi corazón de que le tenga allí como trasto o silla olvidada: Pero ¿no ves lo pequeñajo que es, y lo ocupado y entretenido que está con cien mil cosas? Y a pesar de todo se acuerda de

saludarte por la mañana, y de vez en cuando se acuerda de que estás con El, y viene a darte un beso o a hacerte una caricia: ¡Mira cómo te quiere!

¿Sabemos como Ella excusar a todos los pecadores ante Jesús? ¿Sabemos como Ella descubrirle lo bueno que tengan? Con que uno se acuerde de invocar a Dios una sola vez al año, aunque sea movido por una gran calamidad, ya nos da pie para consolar a Jesús y decirle: Uy, ya ves cómo te quiere: si le atrajeras un poquito verías cómo te amaba, ¿no ves cómo te invocó esta vez?

Y aunque le odie y nunca le invoque, también podemos defenderle ante Jesús, pues el mismo Jesús los defendió ante el Padre diciendo cuando le injuriaban en la cruz: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lc. 23,34).

También nosotros hemos de decir a Jesús: No te preocupes, ni le des importancia, ni te aflijas: es que no saben lo que hacen. Sí conocieran un poquito lo que Tú eres, ya verías cómo te amaban. Recuerda a San Pablo, cuánto te odiaba cuando aún no te conocía, y cuán inmensamente te amó tras conocerte y revelarte a El. Díle a tu Padre que te revele a ellos, ya que nadie viene a Tí si el Padre no le atrae.

Y aun casi podríamos decirle: Mira, la culpa la tiene tu Papá: te has ofrecido tanto a sufrir por los hombres que El te deja sufrir con nuestro desamor. Pero no te quejes de que no te amemos, porque ésos, el día que te conozcan, cómo te van a amar!

Y cada día comprobamos cuán verdad es esto. Cuántos que le odiaron antes, una vez convertidos a El, nos han pasado delante en el amor. Y los que ahora le blasfeman o desaman, si Jesús se les manifestara como lo ha hecho a mí, le amarían inmensamente más que yo, y le serían mucho más fieles.

Y así digámosle a Jesús: Date un poquito a conocer, y ya verás lo buenos que son. En tu sufrimiento de no ser amado amando tanto, parece como si no te dieras cuenta de que tienen un corazón de oro: ¿no ves que los creó tu Papá Çelestial, y los creó para Ti? ¡Fíjate si tendrán corazón de

oro, siendo obra de tu Padre! Pero has de darte un poquito a conocer.

Y ofrecernos nosotros para darlo a conocer también. Pero sobre todo pidamos al Padre Celestial que El les revele a su Hijo.

Cuando San Pedro confiesa: Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo: Jesús le dijo: «Ni la carne ni la sangre te han revelado esto, sino mi Padre que está en los cielos» (Mt. 16,17). De modo que si San Pedro llegó a conocer a Jesús, ni siquiera fue porque Jesús le hablara y tratara tan íntimamente con él: fue porque el Padre Celestial le habló en su interior y se lo reveló.

Y pidámosle también al Padre que nos asocie totalmente al dolor de Jesús, no sólo afectivamente, sino efectivamente como miembros suyos, de modo que en El y con El seamos también desamados, desconocidos, desatendidos. Para que así podamos sentir en todo lo que Cristo Jesús siente en Sí.

Capítulo III

LA REPARACION AL CORAZON DE JESUS PRESENTE ENTRE NOSOTROS

1. La presencia de Jesús entre nosotros

Lo primero, ahondemos bien nuestra fe en la presencia de Jesús entre nosotros.

Fue al cielo, y pudo simplemente quedarse allí disfrutando de su triunfo. Mas nos amaba tanto que no quiso que el cielo le separara de nosotros, ni le impidiera compartir nuestro destierro, miseria, pobreza y aflicción. Y por eso decía a sus apóstoles: «No os dejaré huérfanos, vendré a vosotros» (Jo. 14,18). Y también: «He aquí que Yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del mundo» (Mt. 28,20).

Podíamos haber entendido que ese estar con nosotros era estar protegiéndonos y atendiéndonos desde el cielo, como efectivamente lo está; y estar presente como Dios en nosotros, puesto que como Dios está en todas partes. Sería entonces como la promesa de gozar siempre de su protección divina y humana: «interpelando ante Dios por nosotros» (Rom. 8,34; Hebr. 7,25), y siendo «buen abogado nuestro ante el Padre» (1.º Jo. 2,1).

Pero eso sólo no iba con el amor que nos tenía y tiene. Si quiso ser «Dios con nosotros» viviendo en el mundo con su Humanidad, el amor que manifestó en general a todos en su vida visible y terrena quiso seguir manifestándolo también en la tierra, permaneciendo como Hombre entre nosotros, y no sólo como Dios. Por eso, a la pregunta «¿Dónde está Dios presente»?, responde el Catecismo: «Como Dios, en

todas partes; y como Hombre, en el cielo y en el Santísimo Sacramento del Altar».

Y como en el Santísimo Sacramento del altar está para dársenos en la comunión, es igualmente cierto que está como Hombre en el Corazón de cuantos lo reciben. Y no de paso, sino estable y permanentemente, pues se nos da para ser nuestra Vida, y la Vida es inseparable del que vive por Ella: «Así como Yo vivo por el Padre, así el que me come a Mí vivirá por Mí.» (Jo. 6,58). Le comemos como Hombre, y es así Vida nuestra en cuanto hombre, en cuanto nos injerta en su Humanidad al recibirle.

Cuando dijo a sus apóstoles: «Si alguno me ama, mi Padre le amará, y Yo le amaré, y vendremos a él, y estableceremos en él nuestra morada... y Yo me manifestaré a Mí mismo a él» (Jo. 14,21.23), es verdad que se trata de la presencia especial por gracia de la Trinidad Beatísima en nosotros; pero no es menos verdad que Jesús les habla como el Jesús que estaba conversando con ellos en la noche de la Ultima Cena, es decir, como el Jesús Verbo hecho hombre. Y Ese es el que vive en el corazón del hombre, y el que ansía manifestársele.

2. Gozo y aflicción de Jesús en esa presencia

Esta inhabitación de Cristo en la tierra, esta inserción de Cristo en cuanto hombre en la humanidad hasta la consumación de los siglos, por ser efecto del amor, lleva consigo, por una parte, un gozo grande en el Corazón de Jesús; por otra, una aflicción no menos grande en ese Corazón.

Gozo grande. Está con nosotros porque nos ama. Y todo el que ama gusta y goza de estar con el amado: «No os dejaré huérfanos, vendré a vosotros» (Jo. 14,18): si el niño desvalido no tiene satisfacción mayor que el que sus padres estén con él, mayor es aún la satisfacción que el padre y la madre tienen en convivir con él. El gozo que Jesús experimenta al estar conmigo es inmensamente mayor que el gozo

que aun las almas más santas hayan podido tener de su presencia.

Pero lleva también consigo una aflicción grande y continua. Por eso Jesús está presente entre nosotros como Víctima, es decir, como alguien que se inmola y sacrifica de continuo por nosotros. Y sufre lo propio de la Víctima, que es dar su vida.

Por eso en la fórmula de la consagración de la Eucaristía nos dice: «Esto es mi Cuerpo, que *se está entregando* por vosotros; este es el cáliz de mi Sangre, que por vosotros *se está derramando.*»

Sólo una vez se derramó esa Sangre —y aun no había sido derramada cuando Jesús instituyó la Eucaristía—. Pero el dolor de esa efusión es continuo en el Corazón de Cristo, porque continúan los motivos dolorosísimos por los cuales la derramó, a saber, el motivo de nuestra condenación irremediable si El no está al quite como Salvador para salvarnos.

Por eso, en esa presencia entre nosotros, Jesús sigue obrando nuestra redención. En la cruz la mereció para todos. En la Eucaristía la obra y ejecuta para cada uno, uniéndose a él, tomando el sufrimiento y la vergüenza de todos sus pecados —«Cordero de Dios que toma sobre Sí los pecados del mundo»—, y haciendo suyas todas sus aflicciones.

Este sufrimiento de Cristo tiene una doble vertiente, que ha de orientar nuestra reparación.

Primera vertiente. El que ama tiene gozo grande en estar con los que ama; pero si los amados no corresponden a su amor, más que gozo lo que hay es aflicción, tormento del amor no correspondido, y humillación por la entrega de Sí mismo no apreciada por nosotros.

Jesús está entre nosotros por amor a todos y cada uno de los hombres: se queda para estar con sus hijos y no dejarlos huérfanos. Mas bien podemos decir que al menos el noventa por ciento de ellos no se acuerda ni de saludarle: Vino y está entre los suyos, y los suyos no le reciben (Jo. 1,11).

Y si quizá un diez por ciento le recuerda y parece amar-

le, y así consolarle, no olvidemos la mezquindad que suele impregnar el amor de los que le aman. Amor generoso y total, entrega como la que Jesús nos hace, quizá no se halle en nadie. Jesús está todo por mí, y sólo y a solas por mí: no tiene otro motivo para haberse quedado entre nosotros: ¿Estoy yo todo por El y soy todo para El? Si está en la tierra para estar conmigo, ¡qué parte tan ínfima de mi estancia en la tierra le dedico yo a El!

De ahí su queja: «He aquí este Corazón que tanto ha amado a los hombres, y en cambio no recibe de ellos más que injurias y menosprecios; pero lo que más me aflige son las desatenciones y descortesías de las almas que me están consagradas, que tratan conmigo y son mis amigas.»

Como a los apóstoles en la Ultima Cena, también Jesús nos dice a cuantos frecuentamos su trato en la Eucaristía: «Vosotros sois mis amigos... ya no os llamaré siervos, porque el siervo ignora lo que hace su señor: os llamé amigos, porque todo lo que he oído de mi Padre os lo he dado a conocer. No me elegísteis vosotros, sino que Yo os elegí» (Jo.15,14-16).

Y los apóstoles le fallaron la misma noche en que los llamó amigos. ¡Cuántas más veces fallamos nosotros a Jesús! Tras pasar una noche en su compañía, nos olvidamos luego casi de El hasta que llega el mes siguiente.

Y no es que no consolemos mucho a Jesús, de todos modos. Pero qué tristeza le damos también, y cómo le contristamos con la tibieza e inconstancia de nuestro amor!

Ese aspecto de la pasión eucarística puede resumirse en las palabras de Jesús al Padre: «Tengo sed» (Jo. 19,28). Y en las dichas a la samaritana, y dirigidas a todos nosotros: «Dáme de beber» (Jo. 4,7). ¡Qué poca cosa parece dar de beber! El pozo de nuestro corazón es hondo: Jesús quiere le dé todo su contenido. Si alguna cosa yo puedo dar es el afecto. Y eso es lo único que Jesús quiere de mí: «Dame de beber». O como dice en los Proverbios: «Hijo, dáme tu corazón» (Prov. 23,26).

Pensamos a veces que Jesús nos pide grandes obras y

hazañas por El, grandes esfuerzos. No hay amante de verdad que pida tales cosas al amado: sólo le pide amor y afecto. Y ese afecto lo tenemos para todo, menos para dárselo a Jesús, si no es a retacitos y a ratitos: ahora sí, y después no.

La entrega del corazón supone la entrega de sí mismo. Como El se deja hacer por mí sin protesta alguna, y pasivamente se me entrega, así me pide que yo me entregue a El pasivamente, dejándome hacer por El cuanto El quiera. Y nadie aplaca esa su sed de amor.

Mas hay una segunda vertiente del sufrimiento de Jesús. En el cielo no puede sufrir nada; pero al insertarse nuevamente en el mundo por su pasión eucarística, se inserta como Cordero de Dios que toma sobre Sí los pecados del mundo. Y siendo el pecado nuestra mayor y absoluta desgracia, Jesús, al tomarlo, toma mi desgracia y la siente y sufre como suya.

Y no sólo toma nuestros pecados. Toma también, y hace suyos nuestros sufrimientos físicos y morales, nuestros desfallecimientos y desánimos, nuestras enfermedades y dolores, nuestra misma muerte en la que quiere acompañarnos dándosenos por Viático, es decir, como Compañero del último tramo del camino, para morir conmigo.

Y es que Jesucristo, insertándose así en nosotros, hechos verdaderos miembros suyos, y estando con nosotros hasta el fin del mundo, repite cual nos enseñan los Padres, toda su vida terrena en cada uno de nosotros, viviendo de nuevo esa vida en mí y conmigo: conmigo nace, conmigo padece, conmigo ora, conmigo aprende, conmigo enseña, conmigo enferma, conmigo muere, para luego conmigo ascender a los cielos y resucitar.

Así esa presencia de Jesús «Dios conmigo» y «Dios con nosotros» va acompañada de la sensibilidad con la que Jesús siente como propio todo lo de los hombres entre quienes está: lo malo y lo bueno, lo grato y lo ingrato, lo dulce y lo amargo. Precisamente para poder sentir así nos ha hecho verdaderos miembros suyos.

Ahí se nos abren las vías para la reparación al Corazón de Jesús en la Eucaristía y en nuestro propio corazón donde mora: dándole de beber nuestro amor, sintiendo con El todo cuanto El siente, todos los pecados y desgracias humanas; y remediando a los demás en todo cuanto podamos con verdadera sed de ayudarles porque es ayudar a Cristo, con ansia de consolarles porque es consolar a Cristo, con ansia de perdonarles porque es perdonar a Cristo.

Insistamos más y más en esa fe. Jesús no ha querido quedarse sólo en el cielo: sigue también en la tierra como cuando estaba en su vida temporal. Como también estaba en el cielo, en el seno del Padre, cuando estaba con nosotros nacido en Belén, según nos recuerda la Liturgia: «Yacía en el pesebre, y fulgía en los cielos.» Mas en el pesebre no fulgía: sólo pasaba frío e incomodidades.

Es verdad que ahora su misma Humanidad está en el cielo. Pero quiere en esa misma Humanidad estar a la vez en la tierra, con las consecuencias dimanantes de esa estancia terrena. Consecuencias que no admiten ni implican sufrimiento físico, del que es incapaz el cuerpo glorificado y como tal incorruptible: en ese sentido nada puede dañarlo ni afligirlo. Pero sí implican toda aflicción del corazón, de la que sí es susceptible, todo dolor generado por el amor, proximidad y compañía de los seres amados, con quienes compadece, y por quienes se ofrece e inmola al Padre.

Por eso la Eucaristía es verdadera reproducción de la Pasión, porque los dolores del alma, que aun allí fueron los principales, siguen también ahora con cada uno, a solas con cada uno.

Ahí está la maravilla de la redención de Cristo, que me dejaría frío diciendo: Cristo murió por todos, y cargó con los pecados de todos. Pero toda frialdad desaparece, haciéndose la universalidad concreta y singular, cuando *ahora* se inmola por mí, se anula y anonada por mí, carga con mis pecados, se une a todo lo mío considerándolo suyo, y vive mi vida y yo vivo la de El.

3. La presencia de la Virgen María entre nosotros, asociada en todo a Jesús y participante de su suerte

Actuada esa fe en la presencia de Jesús, antes de entrar en la práctica de la reparación, es necesario actuar la fe en otra presencia: la presencia de la Virgen María donde quiera esté Jesús, sobre todo donde Jesús está humillado, doliente, necesitado de amor y de afecto.

Si a la Virgen María le diera el Padre a escoger disyuntivamente: Puedes estar con Jesús en el cielo, puedes estar con Jesús en los Sagrarios: escoge tú misma. Sin dudar elegiría: Estaré con Jesús donde El padezca, donde El sufra y necesite de amor, donde pida de beber, para al menos darle yo de beber el amor que de mi Corazón mana. Por eso es ciertísimo que la Virgen María acompaña a Jesús no sólo en todos los Sagrarios de la tierra, sino también en el corazón de cuantos le reciben y de los que El ha hecho su morada. Sin esta presencia no se concibe cómo pudiera ser la Virgen feliz en los cielos.

Pero esta presencia se confirma todavía más por la naturaleza de la Eucaristía, en que Jesús se nos da como alimento durante el camino de destierro: «Vuestros padres comieron el maná en el desierto, y murieron. El que comiere del pan que Yo le daré no morirá jamás. Yo soy el pan verdadero bajado del cielo. Mi carne es verdadera comida, y mi sangre verdadera bebida. Así como Yo vivo por el Padre, así el que me come a Mí vivirá por Mí.» (Jo. 6,48-59).

Mas ¿quién, si no la Madre, reparte el alimento en la familia, distribuyéndolo a los hijos? Ese es oficio suyo: sólo si la Madre faltara lo harían otros. Mas en la familia cristiana de los hijos de Dios no está ausente la Madre. Si Jesús nos dio a María por Madre es para que cumpla en todo el oficio de tal. Lo cumple al transmitirnos la vida; pero lo ha de seguir cumpliendo cuidando de nuestro desarrollo hasta vernos ya formados en el cielo. Si, pues, la Eucaristía se nos da como alimento, evidentemente ha de ser la Madre quien nos sirva y nos dé ese alimento. Y así está en el

Sagrario, diría para cocinármelo y hacérmelo sabroso, y me lo da en la comunión Ella misma. Y luego lo acompaña y cuida en mi interior.

Igualmente, en la Cruz estuvo María junto a la Cruz: y Jesús al ver cerca al discípulo amado, dice a su Madre: Mujer, he ahí a tu hijo. Y luego al discípulo: He ahí a tu Madre.

Siendo la Misa, y también la Eucaristía, reproducción del sacrificio de la Cruz, no puede faltar en ella la presencia de la Virgen María. Y también Jesús, cuando me ve acercarse, dice a su Madre: «Mujer, he ahí a tu hijo.» (Jo. 19,26). Y dirigiéndose a mí me dice: «He ahí a tu Madre» (Jo. 19, 27): invitándome a unirme y estrecharme con Ella, para con Ella y desde Ella amarle y repararle.

Por eso es necesario actuar esa presencia de la Virgen María si queremos reparar, consolar y saciar al Corazón de Jesús cubierto de oprobios. Si quiero repararle yo solo, es decir, consolarle y amarle por los que no le aman, y atraerle a los que están alejados, voy a hacerlo muy mal: si ni siquiera yo mismo me entrego de verdad a El, ¿cómo voy a atraerle a los demás?

No olvidemos que Jesús esperó a hacerse hombre hasta hallar a la Virgen María que le diera el amor sin el que El, como Amante, no puede vivir. Sólo cuando la encontró a Ella, y la hizo receptáculo de todo amor creado posible, determinó hacerse hombre, con la seguridad de sentirse amado en su Humanidad y por la humanidad como se sentía amado en su Divinidad por el Padre. Jesús no hubiera aguantado en este mundo sin su Madre. En la misma Cruz quiso tenerla al lado, para indicarnos que sin Ella no quería sufrir: quería sufrir con Ella, ser animado por Ella, alentado por Ella. De modo que El pudiera pagarle el amor con que se sentía por Ella amado, inmolándose y sufriendo para la salvación de los hijos de Ella.

Igualmente, no aguantaría Jesús en los Sagrarios del mundo, siendo El amor, si en cada sagrario no se sintiera plena y totalmente amado. Y esa plenitud y totalidad de

amor se lo da la Virgen María, adorándole y amándole en nombre de todos los hombres sus hijos, y hablándole bien de ellos, hasta de los más alejados: que una madre siempre encuentra cómo hablar bien de sus hijos.

Siguiendo la invitación de Jesús, que nos señala a la Madre, pongámonos como niños pequeños en brazos de la Virgen, y desde Ella y con Ella adorar a Jesús, amarle, repararle y consolarle. Y ofrecerle, más que mi propio amor tan imperfecto y limitado, el amor que le tiene la Virgen María, que es más mío que el mío, porque todo lo de la Madre es también del pequeño, herencia del pequeño.

Haremos una reparación espléndida si sabemos ofrecerle como propia la adoración, la consolación, la ternura, el amor, la inocencia, la humildad y el anonadamiento de la Virgen María. Y agradará más a Jesús quien le ofrezca como propia y suya a la Virgen María, que quien, olvidado de la Virgen, se entregara a sí mismo, aunque le pareciera tenía la más alta contemplación y oración. Entrega más a Jesús quien le entrega a su Madre que quien se entrega a sí mismo. La santidad y el amor de los mejores es cual nada comparado al amor y santidad de la Virgen. No seamos tontos: Ofrezcamos a la Virgen. Y amémosle desde los brazos de Ella, y amémosle con Ella. Que entonces, al sentirse Jesús por Ella consolado y ponerse alegre, como estás en sus brazos, también estará su cara alegre contigo, que no puede poner dos caras opuestas a la vez. Y al darle las gracias a la Virgen, te las dará también a ti que estás con Ella.

Sabiendo el Padre que nada mío tenía valía para ofrecérselo, me dio a su mismo Hijo para que como mío se lo ofreciera. Sabiendo Jesús que nada mío tiene valía para ofrecérselo, y aun lo poco que parezco tener se halla manchado por negligencias, olvidos, infidelidades, perezas y tibieza. me dio a su Madre para que se la ofreciera. Lo único que tengo digno, grande y proporcionado para ofrecer al Padre es el tesoro del Corazón de su Hijo. Lo único que tengo grande y proporcionado para ofrecer al Corazón humano de Jesús, es su Madre. No retrase esa ofrenda.

Recordemos el consejo de Santa Margarita María de Alacoque (en la lectura de su fiesta, tomada de sus cartas): Cuando no se te ocurra nada para orar, y te sientas totalmente impotente, ofrece al Padre la adoración que le hace su Hijo, ofrécele su alabanza y su acción de gracias, y la oración que su Hijo hace por toda la humanidad: y habrás ofrecido al Padre algo mucho más grato que cuanto tú pudieras darle con tu esfuerzo o con tu cooperación.

Apliquemos esto a nuestras relaciones con el Hijo: en nuestra impotencia y disipación ofrezcámosle la adoración, alabanza, acción de gracias y oración de la Virgen María por todos sus hijos, y le habremos ofrecido algo mucho más grato que si de nuestra pobreza sacáramos la ofrenda.

Unidos así a la Virgen María, consolaremos al Corazón de Jesús noche y día, aunque nos distraigamos. Que si el niño se distrae y juega en presencia de la Madre no por eso se disgustará Jesús; antes, viéndonos distraídos y enredados en los juegos del mundo, sonreirá a su Madre y le dirá: Ya sé que es pequeñín y todavía no sabe lo hermosa que Tú eres, ni lo hermoso que soy Yo.

Insistamos bien en ese ponernos *ahora* en brazos de la Virgen, en ese hacerlo todo unidos a Ella: de lo contrario, no consolaremos al Corazón de Jesús. Y ya en Ella, y con Ella, y a Ella asociados, empecemos la práctica de la reparación.

Iremos exponiéndola en sus diversos aspectos y vertientes. Conviene que inicialmente los practiquemos todos, aunque luego normalmente se irá simplificando hasta practicarse todo en un solo y mismo acto. Pero al principio conviene insistir en cada acto.

4. Unidos a María, consolar a Jesús con nuestro amor: gozarse en ser amados; entregarse al amado

Estando Jesús conmigo porque me ama, sólo una cosa desea: ser amado. El mayor consuelo que puedo darle ahora es amarle.

Y sabiendo que mi amor es tan lábil y tan fácilmente desfallece, amarle ahora con el amor de la Virgen María. Ofrecer a Jesús como mío el afecto de que su Madre le rodea, pues es afecto de mi Madre, y todo lo de mi Madre es mío. Y al mismo tiempo esforzarme en copiar e imitar a mi Madre, asociándome a su amor.

Ese amor mío individual a Jesús, ese enamoramiento mío de Jesús, uniéndome a María, es el primer consuelo que le he de dar, porque al sentirse entre nosotros desamado y solo, lo primero es hacerle compañía y amarle.

Ese amor y correspondencia individual tiene dos aspectos.

El primero y principal es sentir gozo de que Jesús esté conmigo, sentir gozo de su compañía, sentir gozo de ser amado. Si logramos sentir ese gozo, daremos gozo inmenso al Corazón de Jesús, aunque en todo lo demás no acertemos.

Siempre tenemos la manía de que el amar a Dios es amarle yo, dándole algo. Mas el amor que Jesús quiere ante todo de mí es que esté con El y me goce de que El está conmigo. Es el amor que los padres desean de su pequeño: que muestre gozo de sentirse amado y acariciado por ellos.

Si yo me hallara enfermo y del todo abandonado, y mi madre —o un hermano que me quisiere mucho— se enterase, y dejándolo todo viniera a acompañarme y cuidarse de mí, y me sirviera la comida, y proveyera a todo con su dinero, que le sobra, sin pedirme a mí nada porque sabe que de todo carezco, ¿cuál es el mayor gusto que yo podría dar a esa madre o a ese hermano? Simplemente, mostrar mi agrado y mi contento de que esté conmigo y de que me sirva y atienda: simplemente con eso se sentirá pagada, pues nada más desea de mí. Mas si me ve descontento de su presencia, y sin agradecimiento alguno a su amor y su servicio, eso la llenará de tristeza, aunque pese a todo siga atendiéndome porque me ama, y ve que estaría perdido si me abandona.

Y si en mi mal entra la neurastenia, sin duda a veces la reñiré y le echaré la caballería encima. Mas ni aun eso ten-

drá en cuenta, sabiendo se debe a mi enfermedad, con tal de que en los momentos de lucidez le pida perdón y muestre mi gozo de que esté conmigo y mis deseos de que no me abandone. Todo su contento será que yo muestre gozo y gusto de que esté conmigo: con eso ya está contenta.

Eso ha hecho Jesús conmigo, viniendo desde el cielo para estar conmigo y atenderme en todo con infinito amor. Y nada desea sino que yo goce con El y su presencia. Mas ¡cuánto olvidamos una cosa tan sencilla, por no darnos cuenta del amor con que nos ama!

En mi amor a El, todo quiero poner yo, poner yo, en lugar de limitarme a recibir con gozo. Vimos en EL AMOR cómo Dios ha querido ocultarnos si le amamos o no, porque quiere que no nos gocemos en que le amemos, sino sólo en que El nos ama. Por eso nos ha prodigado tanto las manifestaciones y testimonios de su amor: góceme en ello, ¡ue si me gozo en ser amado ya consuelo a Jesús. La prinera y casi diría única demostración de que le amo que El me pide es que me goce de ser por El amado.

Así el primer consuelo, la primera alegría y el primer gozo que hemos de dar al Corazón de Jesús es gozarnos en ser por El amados; gozarnos de que se haya quedado conmigo en el altar; gozarnos de que, queriendo estar conmigo en todas partes, se me entrega cada día en la comunión para estar siempre conmigo, para ser mi principio vital: Así como Yo vivo por el Padre, así el que me come a mí vivirá por Mí (Jo. 6,58). Y tener gozo exultante de esa entrega de El.

Pero decimos: Yo me canso de decir en mi oración a Jesús que tengo gozo de su presencia, y tras repetirlo varias veces ya no sé qué decir. Eso indica que no nos gozamos en El: cuando uno tiene gozo en la presencia del amado, se goza y nada más, sin necesidad de decirlo o repetirlo.

El niño se goza en la presencia de sus padres. Puede ser que en el primer momento del encuentro salte y se les cuelgue del cuello y los abrace; pero al poco rato ya se ha olvidado de eso, y está tan tranquilo jugando y trasteando en su

presencia. Y en modo alguno se le ocurre preguntarse: bueno, ya les he abrazado y besado, y ahora ¿qué hago? Nosotros en cambio, por no imitar al niño, nos lo preguntamos cuando estamos orando y decimos: Ya no tengo más que decir: Jesús, se me ha acabado la cuerda. Y nos parece que como se nos acabó la cuerda se ha acabado la oración.

Y no. La oración comienza precisamente cuando se acabó la cuerda. Cuando ya no tengo nada que decir a Jesús, entonces es cuando empieza la oración: empieza el gozo de estar simplemente con El. Y en ese gozo se puede permanecer todo el día y toda la noche sin decir palabra. Es más, cuando uno goza mucho, normalmente tiene ganas de pocas palabras: se limita a gozar. Y Jesús, sin que yo nada le diga. se da perfecta cuenta de si yo gozo de que El sea mío, o no gozo, o me es indiferente.

El segundo elemento de nuestra correspondencia individual al amor de Jesús es nuestra propia entrega a El. Hay que entregarse a El ahora y siempre. Pero, cual vimos en el gozo, no hay que andar repitiendo oral y mentalmente nuestra entrega: Me entrego a Ti, me entrego a Ti, para que hagas en mí y conmigo lo que quieras. No por mucho repetirlo va a ser mi entrega más verdadera, y lo único que lograré con tanta repetición será cansarme.

Está bien que se diga alguna vez. Pero la entrega no consiste en decirlo, sino en dejarle de verdad hacer a El.

Si en la visita que dijimos viene mi madre para atenderme en todo, y yo, al llegar ella le digo: Mira, ésta es tu casa, pero yo ya no sé ni donde están las cosas: de ahora en adelante encárgate tú de todo en ella: si de verdad la dejo encargarse, no necesito repetírselo más veces: ya Ella se encargará.

Así nuestra entrega a Jesús se puede hacer con palabras, y también sin palabras. Mas lo importante no es que uno repita las palabras: me entrego, me entrego, me entrego. Lo importante es que uno se entregue.

¿En qué consiste la entrega? En copiar la que Jesús hace conmigo. Y por cierto, que la hace sin palabras: cuando se

me da en la comunión nada me dice: simplemente se da. Y cuando por mí y para mí está en el sagrario, nada me dice: simplemente está, y está contento de estar conmigo.

En la comunión se me da sin poner condición alguna, cualesquiera que sean mis disposiciones: incluso si le recibo en pecado, El no protesta, se deja hacer por mí. Y una vez recibido hago con El lo que quiero y como quiero: lo puedo atender o desatender, saludar o ignorar, darle gracias o decirle «si te he visto no me acuerdo». Y en el Sagrario le trato como me da la gana, sin que El proteste en nada. Puedo distraerme en su presencia, dormirme, contar ovejas y corderos para ver si me duermo: todo menos contar a Jesús. Y El aguanta, y calla, y no se va.

Que mi entrega copie la de Jesús. Deje de verdad a Jesús hacer conmigo lo que quiera, como El me deja hacer a mí hacer con El, déjele tratarme como El quiera. Y dígale: «Me pides de beber» Pues aquí tienes el cubo, el pozo y mi persona: haz de ellos lo que te dé la gana. Y eso sin jamás protestar nada de lo que Jesús haga conmigo o de lo que de mí y en mí disponga.

Formular de palabra esa entrega es muy fácil. Repetirla oralmente día y noche es muy cansado, y además inútil, porque no por repetirla oralmente va a ser más verdadera. Mas el hacer la entrega de verdad ya no es tan fácil.

En último término, esa entrega es en realidad ofrecerse como víctima al Corazón de Jesús, lo cual vimos era el término de la reparación. Es que yo de verdad quiera que Jesús haga conmigo lo que quiera, como quiera, cuando quiera, y para lo que quiera. Si quiere dejarme sumergido en todas mis miserias y ruindades, que me deje. Mas yo decirle siempre: «Soy cual jumento y mulo, pero yo siempre contigo: haz de mí lo que quieras» (Sal. 72,23).

Naturalmente, el alma que hace esa entrega no se queja nunca de nada de lo que Jesús disponga. Nos puede dar enfermedad, rodearnos de dolores y sufrimientos, dejarnos caer en pecado, dejar que la aridez, las distracciones y el mal humor impregnen nuestra oración o nuestra presencia

de El durante el día. El alma se vuelve siempre a Jesús y le dice: Bueno, lo que Tú quieras: estoy contenta con lo que Tú envíes o permitas. Haz de mí lo que te dé la gana. Que al fin no es mucho lo que te doy, porque estoy también yo haciendo contigo lo que me da la gana, y bien despreciado y olvidado te dejo.

5. Gozo y entrega de María

Tanto nuestro sentirnos contentos con Jesús como nuestra entrega a El, sean en brazos de María.

En la Cruz, mirando al discípulo amado, dijo a la Virgen: Mujer, he ahí a tu Hijo. Y luego al discípulo amado: He ahí a tu Madre. También ahora en el Sagrario, donde reproduce su inmolación en la cruz, nada más verme aparecer en su presencia dice a la Virgen: Mujer, he ahí a tu hijo, ya puedes empezar a acercármelo, ya puedes empezar a cuidarlo. Y cuando nos acercamos un poquito más para poder oír la voz de Jesús, también nos dice: He aquí a tu Madre: apégate bien a Ella, y verás qué pegadito estarás a Mí.

E igual hace cuando le recibimos en la Comunión. Estando la Virgen como ama de nuestro ser, lo primero que me dice Jesús al verla es: Mira ahí a tu Madre, qué hermosa es. Pero también a Ella le dice: ¿Qué? ¿cómo se ha portado tu hijo? Cuídamelo bien y límpiamelo bien: ya sé las tareas que te cuesta, pero para eso te he hecho su Madre.

Si Jesús siempre que me acerco a El o lo recibo me dice «He ahí a tu Madre», no vaya a gozarme a solas como si no estuviera mi Madre conmigo, ni se me ocurra entregarme yo sólo a mi Jesús, sino unido a Ella y en sus brazos.

Es mucho más fácil gozarme de que Jesús sea mío y me ame si me hallo en brazos de la Virgen María que si me siento solo. Es ese estar en brazos de María lo que me da seguridad psicológica total de ser amado, y me hace facilísima la fe en que soy amado y el gusto en ser amado. ¿Cómo no va a amarme Jesús si me encuentra como hijo pequeño de su misma Madre y en brazos de Ella, si amarme

a mí es darle gozo a Ella? Por eso, sabiéndome en brazos de la Virgen, siento con toda seguridad e intensidad ese amor con que soy amado, y puedo mucho más fácilmente gozarme.

Igualmente, estando con Ella, percibo la exultación y alegría de Ella de que Jesús está conmigo, y algo se me contagiará. Y si nada se me contagiare, puedo aún entonces decir a Jesús: Mira, hoy realmente no está el horno para bollos, hoy estoy loco como una cabra y tengo la cabeza llena de manías y de obsesiones: no te extrañes de que ni siquiera pueda gozarme en Ti; pero al menos estoy contento de que la Virgen María se goce en Tí, y se goce Ella por mí, ya puedes estar contento: mi gozo es que Tú estés contento, aunque nada me toque a mí de ese contento.

Y hagamos lo mismo con la entrega. Si yo la hiciere solo, sabiendo lo inconstante que soy, me parecerá estar mintiendo cuando ahora hago la entrega. Aunque objetivamente no sea mentir, porque puedo en el momento presente desear que Jesús me domine y haga conmigo lo que quiera, aunque esté cierto que dentro de diez minutos voy a hacer yo lo que me dé la gana no dejándome hacer por El: y es muy importante aproveche el momento presente para querer que El me domine y disponga de mí en todo.

Pero si hago la entrega en brazos de la Virgen, y uniéndome a la suya, hecho uno con Ella, toda impresión de mentira desaparecerá, porque la entrega de Ella será siempre fiel, y fiel y perseverante será también la entrega que Ella haga de mí a su Jesús.

6. La entrega como víctima y la oración del padrenuestro

El estado de víctima no consiste en que yo haga cosas por Jesús, sino en que le deje a El hacer en mí y conmigo lo que El quiera. La víctima no hace nada: se deja hacer. Querramos de verdad que El nos domine, dejándonos hacer y abandonándonos del todo en sus manos.

Es precisamente la disposición con que hemos de rezar

el Padrenuestro. Jesús nos dijo: «Siempre que oráreis, oraréis así.» Por lo mismo, el espíritu de toda nuestra oración ha de ser informado por las peticiones del Padrenuestro. Mas si examinamos esas peticiones, nada prometemos a Dios hacer, sino que le pedimos que El lo haga, con una sola excepción en una de las peticiones: que perdonamos a los demás. Es precisamente el espíritu de víctima, que nada hace, de nada se queja, y quiere dejarse hacer por el amor divino del Papa Celestial.

Pedimos: «Santificado sea tu Nombre.» Pero no le digo que yo voy a hacer ni lo más mínimo para que El sea santificado, ni siquiera que yo le voy a santificar, sino que El se las arregle para que sea santificado.

«Venga a nosotros tu reino»: tampoco aquí le digo que yo voy a hacer porque venga su reino, sino que le pido que El lo haga venir, que El lo imponga. Ni me ofrezco para que El reine en mí, sino que le estoy pidiendo que El imponga su reino en mí. Y esa ha de ser mi entrega a Jesús en el Sagrario: que El ejerza en mí todo su dominio, que no cuente conmigo ni con mi mísera e inconstante correspondencia y fidelidad.

«Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.» Parece que aquí al menos podríamos añadir: «Padre santo, voy a esforzarme en hacer tu voluntad, ya verás cómo en adelante te complazco y seré bueno contigo.» Mas no entra esto en la materia de esta petición —a la cual hemos de conformar toda nuestra oración—, sino sólo el insistir al Padre Celestial: Tú arréglatelas para que en la tierra se cumpla tu voluntad igual que en el cielo: para que en la tierra de mi voluntad tan rebelde se cumpla tu voluntad como se cumple en el cielo. Pero hazlo Tú, porque si lo hubiera de hacer yo no te lo pediría.

Y uno dice: Pero ¿es que no puedo y debo yo hacer algo para cumplir la voluntad divina? Recordemos lo que dice San Pablo: «Dios obra en vosotros el querer y el obrar» (Fil. 2,13). No puedo yo querer ser bueno si Dios no me da el querer ser bueno, ni mucho menos puedo obrar el bien si

Dios no me lo da. Siendo esto así de claro, lo único que me queda es pedirlo, pedirle a El que me dé el querer y el obrar su voluntad.

Y es curioso que en nuestra oración pasamos la mayor parte del tiempo haciendo propósitos: Yo haré esto, yo haré aquello por Ti. ¿Es que se halla eso en el Padrenuestro? Aquí sólo pedimos al Padre que lo haga El: que haga que yo cumpla su voluntad, que haga que yo le santifique, que El, como Dominador, me someta al reinado de su Hijo, y le haga reinar en mí y en los demás.

«El pan nuestro de cada día dánosle hoy.» Aquí hay una condición implícita, consignada en el Génesis (3,19): «Con el sudor de tu rostro comerás el pan.» Pero cuando lo pido a mi Papá no le ofrezco a cambio el sudor de mi rostro: no espero el pan de mi sudor, sino de su bondad; ni mi sudor produce el pan y me lo da, sino la riqueza y amor de mi Papá, que de mí cuida.

Y luego: «Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. No nos dejes caer en la tentación. Mas líbranos de mal.»

Cuántas veces insistimos: Hay que evitar las ocasiones, pues si no las evitamos no habría verdadero dolor ni arrepentimiento. Mas yo le digo al Padre: «No me metas Tú en la tentación», o «No me dejes caer en la tentación», «Y líbrame de todo mal». Porque yo ya sé que me meteré, que si Dios no me libra de la tentación, ya yo me encargaré de meterme en ella y de caer. Por eso no le ofrezco ningún propósito: «Voy a evitar las ocasiones.» Sino que le digo: Por favor, evítamelas Tú, no me dejes caer en la tentación.

Sólo una contribución personal se nos pide en la oración: que perdonemos a los demás: «como nosotros perdonamos a nuestros deudores.» Y también: «Si vas a ofrecer tu don ante el altar, y recuerdas que algún hermano tiene algo contra ti, deja tu don ante el altar, y ve y reconcíliate antes con tu hermano, y luego ven y ofrece tu ofrenda» (Mt. 5,34.24).

Es lo único que los padres exigen al niño pequeño. Y

precisamente las palabras con que empieza el Padrenuestro «Papá nuestro (abba) que estás en los cielos», nos indican el espíritu de hijo pequeñín con que hemos de pedir.

El pequeño nunca dice a su padre que va a hacer tanto y cuanto por él, ni le promete nada: sólo le pide. Y si un día quiere levantarse temprano, no dice a su padre: Mañana me levantaré temprano. Antes le pide: Papá, mañana levántame tempranito. Y el padre lo hará levantarse.

Sólo una cosa le piden los padres: que sepa perdonar a los hermanos. Cosa que ya hace siempre. Todos los días se pegan, lloran, se agarran y protestan muchas veces. Pero enseguida lo olvidan y vuelven a buscarse. Y si el hermanito que ha zumbado a su hermano es castigado y puesto en un rincón, enseguida le busca el otro y le hace arrumacos: quiere estar de nuevo con él, aunque sea para pegarse de nuevo: ya han olvidado del todo la pelea anterior. Y nunca un hermanito dice al otro al día siguiente: No quiero volver contigo, porque ayer me pegaron los padres por tu culpa.

Pues eso es lo único que Dios nos pide a nosotros: que así perdonemos de corazón a todos, y perdonemos con olvido total. Pues si dijéremos: «Yo le perdono, no le causaré ningún mal, e incluso le socorreré si le viere muy necesitado o en peligro de vida, pero no quiero verlo más delante, ni tratar más con El», sería como si dijéramos a Jesús: «Perdóname, pero trátame de tal modo que no me quieras ya nunca más delante tuyo.» Porque «en la misma medida que midiéreis, seréis medidos» (Mt. 7,2; Lc. 6,38).

Así, en la oración, se me exije el olvido total de toda ofensa: si no hay olvido, no hay perdón verdadero. Pero puesto eso, nada más me exige Dios, no quiere que le prometa nada, ni le asegure nada para el futuro. Antes quiere que le pida a El que me asegure, le pida que me domine El y me conduzca, quiéralo yo o no. En una palabra: Que El mismo haga que yo cumpla su voluntad, que me someta a su Reinado, que santifique su Nombre.

Y como podía estar débil por no hallarme debidamente alimentado, que El me alimente. Y como podía avergon-

zarme de estar junto a El, viéndome afeado por tantos pecados, que El me los perdone. Y como la tentación podría apartarme de El, que El me libre de la tentación. Y como los males que me amenazan podrían inquietarme, que me libre de todo mal. A fin de que yo quede limpio y sin preocupación alguna para estarme con El.

Esto, aunque parezca accidental, es muy importante para entender bien cuál ha de ser nuestra entrega como víctimas. No hay que entenderla como un hacer, sino como un dejarse totalmente hacer, que es lo propio de la víctima. Guárdeme de decir: «Todas mis energías y todos mis pensamientos van a ser para Ti.» (Sal. 58,10). Ni hablar: no lo cumpliría. Eso sería ignorar que soy un niño del todo impotente.

Pero sí, en cambio, he de decirle: Quiero, y de verdad quiero, que Tú me sujetes, y hagas conmigo lo que te dé la gana; que no cuentes con mi libertad para nada; que me obligues Tú a someterme, reinando en mí; que me obligues a santificar tu Nombre, a gozarme en Tí; que me obligues Tú a cumplir tu voluntad. Pero, Jesús mío, hazlo Tú; yo quiero que se haga, pero hazlo Tú: que se haga en mí según tu palabra, pero no me pidas que yo mueva un dedo, que no podré moverlo si Tú no me lo mueves, pues de Tí ha de venirnos «el querer y el obrar» (Fil. 2,13).

Sólo entonces habremos entendido el verdadero significado de esa entrega.

Y no hay peligro de que después hagamos lo que nos dé la gana, prescindiendo de Dios. No lo hay si hemos pedido bien. Porque si sinceramente entrego a Jesús mi libertad diciéndole: «no cuentes con mi libertad, que no protestaré de cosa que en mí hagas: haz conmigo lo que te dé la gana, que eso es lo que yo quiero», El lo hará. Porque quiere hacerlo, y puede hacerlo. Y por eso me mandó pedirlo, para con esa petición quitar la resistencia de mi libertad.

7. Unidos a María, sentir con Jesús, haciendo nuestro todo lo de El

El tercer elemento de la reparación al Corazón de Jesús es sentir con Jesús.

Si yo tengo gozo de estar con El, percibiré su presencia. Y si me entrego a El como El se entrega a mí, al entregarse El a mí percibiré las preocupaciones de su Corazón: le veré alegre de sentirse amado por mí, y triste de las cargas que yo le traigo, de las faenas que le hago, de los pecados con que le oprimo: porque es Cordero de Dios que toma sobre sí los pecados del mundo. Y empezaré a sentir tristeza también yo de las tristezas que le doy: y sintiendo yo esa tristeza, alegraré su Corazón.

Tomemos ejemplo del niño. Goza con las faenitas que hace; pero cuando ve a su padre disgustado por ellas, también el chiquillo se disgusta y pone triste, y empieza a buscar las caricias de su padre, dándole vueltas y haciéndole carantoñas, mostrándose triste de haber sido malo con él. Al poco rato el padre depone su gesto adusto, y se pone nuevamente alegre, y el chiquillo también.

Cuando siento las aflicciones que yo doy a Jesús, automáticamente Jesús se goza, y me hace gozar a mí, haciéndome experimentar que todo está perdonado y olvidado. Su gozo es destruir todas mis infidelidades, no más se las doy entristecido de ellas: ese es su oficio —Cordero de Dios que quita los pecados del mundo—, y no puede menos de gozar al ejercer su misión de Jesús, es decir, de Salvador que quita mis pecados.

Así en la reparación entra directamente el espíritu de compunción, sintiendo lo mucho que disgusto a Jesús, y doliéndome de mis faltas e infidelidades. Pero no porque sean mías, sino porque son de Jesús, que las hace suyas, aflicción de su Corazón y del de su Dulce Madre. Que el chiquillo no se siente triste de las barrabasadas que hace, ni se preocupa por las consecuencias que puedan acarrearle, antes se

goza haciéndolas. Sólo cuando ve el disgusto que ha causado a su padre o a su madre, y los ve serios y tristes, se entristece él también y se aflige al verlos afligidos. Es entonces cuando los conquista de nuevo, haciéndoles exclamar: ¡Bah, es un chiquillo, no podíamos esperar más de él!

No me entristezca de ser yo miserable, que es lo que menos importa: ¿qué se va a pedir a un chiquillo de medio año, fuera de que se ensucie? Lo que ha de entristecerme es ver a Jesús triste, y entonces, acariciándolo y amándolo, pedirle que El arregle mis desaguisados, y El los arreglará.

Por eso hemos de llevarle de continuo todos nuestros pecados y desfallecimientos, pero guárdeme de hacerle promesas, que eso sería desconocer mi radical debilidad, sino decirle: Me apena mucho porque Tú estás apenado, y quisiera también poderte prometer que no lo volveré a hacer; pero ya sabes cómo soy, cuán inconstante y débil: Haz Tú que no lo vuelva a hacer, impídemelo Tú, átame, que yo no protestaré: puedes hacer de mí lo que quieras, haz Tú que no lo vuelva a hacer: es a Ti a quien te lo pido, y eres Tú quien me lo ha de dar, que por eso me enseñaste a pedirte: «no me dejes caer en la tentación».

Al mismo tiempo, desear sufrir con Jesús, pedirle nos castigue un poquito, suplicarle nos asocie a su pasión: Ya sé que basta con lo que Tú has sufrido; pero muéstrame que me amas dejándome sufrir contigo.

Y pedirle mucho a la Virgen nos asocie a esa pasión: «Santa Madre, por favor, hazme esto: imprime en mi corazón profundamente las llagas de tu Hijo» *(Stabat Mater)*. Insistirla en que nos haga sufrir con su Jesús como Ella sufre, que nos haga sentir el pecado como lo sienten Ella y su Jesús, que puesto que El se me da y yo quiero darme a El, sintamos ya lo mismo: «Sentid en vosotros lo que Cristo Jesús siente en Sí» (Filip. 2,5). Y entonces sentir por mis pecados la misma vergüenza, dolor y pena que sienten Jesús y mi Madre la Virgen al verme pecador y manchado. Y sentirlo porque ellos lo sienten, no por las consecuencias que del pecado pudieran a mí derivarse. Esas consecuencias

las remedia Jesús, como los padres evitan todas las malas consecuencias de los deslices de sus pequeños.

Presentamos a Jesús nuestros pecados como a Cordero de Dios que toma sobre Sí los pecados del mundo. Y con verdad decirle: Lo siente mucho, porque no merecías que te tratara así; pero ya está hecho: ahora me entristezco con tigo, y deseo que Tú lo borres y perdones para que Tú te alegres nuevamente. Porque sé que si yo lo siento contigo, apartando mi afecto del pecado, enseguida te pondrás contento al poder remediarlo.

8. La reparación por otros: llevar a Jesús cuantos ausentes conocemos y hablarle bien de ellos

Hasta aquí, todo en nuestra reparación era individual. Pero al contacto con Jesús percibiremos también la tristeza que El tiene por los que no vienen a El, por los que ignoran son amados y no gozan de sentirse inmensamente amados.

Tristeza que percibiremos mucho mejor si vamos con la Virgen María, al percibir la pena que Ella tiene de ver ausentes a tantos de sus hijos que la desconocen, y a quienes no puede así llevar y presentar a Jesús para que por El sean mimados y remediados.

Una vez que yo me he presentado a El, contristado por haberle contristado, ofreciéndole mis pecados para que El se alegre y me los tome, viene traerle a El todos los ausentes que conozco, hablándoles de ellos.

El mayor consuelo que puede darse a los padres es traerles noticias de los hijos ausentes, y hablarles de ellos. El mayor gozo que podemos dar a la Madre Celeste y a Jesús, que tanto aman a cada uno de los hombres, es traerles en detalle a cuantos conocemos, diciendo a Jesús: Vengo como representante de ellos, ya que no todos podíamos venir: no vengo solo, te los traigo a todos, para darte buenas noticias de todos y hablarte bien de ellos, a fin de que goce tu Corazón,

Y tras decirle todas las cosas buenas que hay en ellos, contarle también sus necesidades para que las remedie, y presentarle sus pecados, pero junto con los nuestros y como nuestros, para que juntamente los perdone.

Guardémonos muy mucho de no acusar jamás a nadie ante Jesús Sacramentado, ni ante la Virgen María: porque si los acusamos no los consolaremos. Imitemos al mismo Jesús que siempre nos excusa y defiende ante el Padre (Hebr. 7,25). Imitemos a la misma Virgen, que siempre nos excusa ante su Hijo, siendo ante El nuestra abogada. Por eso la decíamos en el Ofertorio de la antigua Misa de Nuestra Señora del Sagrado Corazón: «Acuérdate, Virgen Madre de Dios, de hablar bien de nosotros en la presencia del Señor» (Jer. 18,20).

Una madre siempre halla modo de hablar bien de sus hijos, por defectos que tengan: ella sabe siempre ver lo bueno. Y si alguna vez se queja de ellos, no es para que le den la razón, sino para que los defiendan y se la nieguen: entonces queda contenta y dice: Sí, ¡qué corazón más bueno tiene! Mas si le damos la razón cuando se queja de ellos, se pone hecha una fiera y empieza a defenderlos. Y así, y aun mucho más, procede la Virgen María: quiere oirnos defender a sus hijos y hablar siempre bien de ellos. Y entonces se llena de gozo.

Hablemos bien de cuantos conocemos y tratamos a Jesús en el Sagrario y a nuestra Madre la Virgen. Aunque sólo digan a veces «Dios mío», o «Virgen Santísima», ponderarles cómo se acuerdan de Ellos, a pesar de lo que el mundo los absorbe.

Buscar las buenas cosas que tengan: si nos han saludado o sonreído, si han sido amables con cualquier persona, si han hecho algún favor a otro. Contarlo a Jesús y decirle: Tú te quejas de que ése no viene, pero si supieras lo bueno que es con todos, y cómo se sacrifica por los demás: ¿no dijiste Tú mismo que lo que a ellos hace, a Ti te lo hace? Ve, pues, cuánto te ama, aunque no te conozca. Pero pide a tu Papá que te lo atraiga, y te conocerá porque es una

pena que a mí, que soy una birria, me haya atraído a Ti, para serte fuente de aflicción, y en cambio tarde tanto en atraerte a éste que es tan generoso y tiene unas cualidades, y que te sería de gran consolación. Dile a tu Papá que te lo atraiga pronto.

Y lo mismo a la Virgen: Mamá, logra que Jesús te atraiga pronto a ese hijo tuyo: no te conoce todavía, pero será hijo excelente: aun ahora se ve enseguida es hijo tuyo por los buenos sentimientos que tiene.

Eso es agradar a la Madre, eso es agradar a Jesús, y eso es consolarles y reparar. Mas si acusamos a los demás estamos perdidos: ni consolaremos ni repararemos, antes contristaremos e indignaremos a Jesús y a María.

El gran peligro de las almas reparadoras es que en algún modo lleguen a considerarse mejores que los demás. Si me considerare mejor, jamás podré desagraviar, porque sin darme cuenta hablaré mal a Jesús de los demás. Mas si veo que siendo yo tan ruin el Padre me ha atraído a Jesús, y me sigue atrayendo siendo tan ruin, entonces sí puedo decirle: Si supieras qué buenos y generosos son éstos no tardarías tanto en atraerlos para consuelo de tu Hijo.

Sepamos descubrir lo bueno que hay en los demás, y veamos en esa bondad la herencia de la Virgen y del Corazón de Jesús, y digámosles: Cuánto se parecen a vosotros. No os conocen todavía, y por eso incluso os blasfeman. Pero se ve clarísimo, Virgen Santa, que son hijos tuyos, en cómo copian tu espíritu de generosidad.

Eso es pedir por los demás, y eso es hablar bien de ellos. Y así hemos de proceder en concreto con todas las personas que conocemos, según la intimidad que con ellas tengamos.

Ahí hallaremos materia de oración inagotable. Nos quejamos muchas veces de aburrirnos en la oración, y no saber qué hacer. Si habláramos a la Virgen y al Padre Celestial de sus hijos, y a Jesús de sus hermanos, no nos faltaría nunca materia de oración, y esa oración sería agradabilísima a Dios, porque nada alegra tanto a los padres como oír no-

ticias de los hijos ausentes. Y eso es lo que hemos de hacer con Jesús y la Virgen.

9. Presentar y llevar a Jesús todos los hombres, hablándole bien de ellos

Tras presentar a Jesús todos los conocidos viene luego presentarle y hablarle de todos los hombres.

Yo no puedo conocerlos ni amarlos singularmente, sino en conjunto. Mas Jesús los conoce, como Buen Pastor que conoce a sus ovejas y las llama a cada una por su nombre. Y también la Virgen María, por ser hijos suyos: toda Madre conoce individualmente a sus hijos.

Unidos en lo posible a los sentimientos de la Virgen, y a su amor individual a cada uno de sus hijos, presentarlos todos a Jesús, y decirle: Cinco mil millones de hombres que no te conocen todavía, y son muy buena gente, e innumerables de ellos en gran modo generosos, e innumerables los que sufren persecución, los que padecen de mil modos: ¡cuánto se parecen a Tí, que aguantastes tanto por nosotros! ¿No sería ya hora de que te conocieran? Pídele a tu Papá te los atraiga.

Podemos empezar por todos los de España, para que reine en Ella. Ofrecerle luego cuantos creen, cuantos pertenecen a la Iglesia, para que los santifique. Y finalmente presentarle todos los hombres, especialmente los de aquellos lugares que oigamos hay más necesidades, catástrofes, persecución y muertes.

Y hablarle bien de todos, hasta de los perseguidores y asesinos. El asesinato puede contemplarse desde dos vertientes: la del asesinado y la del que asesina. Y a ambos hay que alabar y excusar ante Jesús.

Del asesinado decirle a Jesús: Está copiando tu muerte, que también Tú fuiste crucificado injustamente: ¡Cómo se ve son hijos tuyos, pues de tal modo se parecen a Tí! ¡Llévalos contigo al cielo. Y los familiares de los asesinados, ¡cómo se parecen a tu Mamá la Virgen y a tus apóstoles, que tan-

to sufrieron en tu pasión! mira que son hijos de la Virgen: consuélalos en su aflicción, haz que te conozcan. Atráelos a Tí, para que se cumpla tu promesa en ellos. Venid a Mí los que estáis cargados y abatidos, y ya no podéis más, y hallaréis el descanso para vuestras almas (Mt. 11,28.29).

Y excusar también y defender ante Jesús a los asesinos. Presentárselos diciendo: ¿No te acuerdas que cuando te crucificaron a Tí dijiste: Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen? Si los que te crucificaban a Tí no sabían lo que hacían, ¿por qué te entristeces tanto de que haya esos asesinos? ¿no ves que no saben lo que hacen, e incluso muchas veces piensan hacer bien? Pide a tu Papá que los ilumine, y verás qué buenos son, y cómo de asesinos se convierten en mártires tuyos y en víctimas de amor.

Así hemos de hablar a Jesús bien de todos, hasta de los asesinos. Porque también Jesús habló bien al Padre de ellos cuando le crucificaban. Y es la Verdad que jamás engaña.

Cuán lejos estamos de la verdadera reparación cuando nos acercamos a Jesús para comentarle lo mal que va el mundo y lo poco que es amado, sin consolarle en nada al verlo desamado. Pero cómo le consolaremos si sentimos y le decimos: Esos en el fondo te aman muchísimo, sólo que no te conocen todavía: muéstrales un poquitín tu rostro, ya verás como se enamoran de Ti. Si a mí, que soy una calamidad, me has, a pesar de todo, enamorado, y te salgo tan grilla, ¡qué será de ellos cuando los atraigas, que son mejores que yo!

10. Presentar a Jesús todas las creaturas, alabarle en nombre de ellas, y pedirle por todas ellas

Presentados a Jesús todos los hombres, conviene presentarle también todas las creaturas, como a Rey de cielos y tierra, pidiéndole las gobierne y las llene a todas de sus beneficios, y que todas le alaben y glorifiquen. Y sobre todo, alabarle yo y glorificarle por todas ellas. Porque aunque le aplaudan los árboles del bosque (Is. 55,12), cuando la brisa los mueve, y aunque los ríos eleven su voz (Sal. 92,3), y los

cielos y tierra proclamen su gloria, propiamente no le glorifican, pues gloria es «alabanza con conocimiento» —*clara cum laude notitia*—, y ellas desconocen a Aquel a quien alaban. Por eso las hizo todas para mí, para que yo en nombre de ellas le alabara y glorificara conociéndole en sus obras y sobre todo alabarle en nombre de los hombres que aún no le conocen, para que de todos se compadezca.

No sólo todos los hombres, sino también todas las creaturas están trabadas, mediata o inmediatamente. A través de los hombres con quienes trato, mi contacto se extiende a todos los hombres en círculos cada vez más amplios, pues ellos tienen contacto con otros, y éstos con otros hasta llegar a todos. E igual vale de mi contacto con las creaturas que carecen del conocimiento de Dios. Así cuando yo me entrego a Jesús, realmente llevo conmigo todas las creaturas, arrastradas como las cuentas de un rosario. Y así bien puedo decirle: Aquí te las traigo todas.

Y presentarnos a Jesús y a la Virgen como un espejo en que conozcan las calamidades y miserias de todos sus hijos: No hallaréis en ellos pecados y miserias que no veáis en mí, y así la compasión que tenéis conmigo tenedla con todos ellos: Las consolaciones y ayudas con que me socorréis, dádselas también a ellos; y la justicia que queráis ejercer, ejercedla sobre mí: no castiguéis a los alejados, que no sabrían por qué: aquí estoy yo para recibir el castigo, como víctima elegida por vosotros: sólo os ruego clemencia para ellos como os la ruego para mí. Es la labor de intercesión por todos, después de hablar bien de todos.

Y aún queda un último aspecto de la reparación al Corazón de Jesús, antes de reparar al Padre: y es pedir al Padre Celestial que haga feliz a Jesús en la tierra entre nosotros, e igualmente a la Virgen, como los ha hecho felices y glorificados en el cielo. Y como sólo serán felices sintiéndose amados, que atraiga a todos los hombres al conocimiento y al amor de Jesús, y que los lleve a todos al regazo de la Virgen María como hijos de Ella.

Pero de eso trataremos en el capítulo siguiente.

Capítulo IV

LA REPARACION AL CORAZON DE JESUS EN NUESTRAS RELACIONES CON EL PADRE CELESTIAL

1. El oficio del Padre: someter todas las cosas a Jesús y atraernos a El por la fe y el amor

Vimos cómo podemos consolar y reparar a Jesús en el Sagrario, uniéndonos a sus sufrimientos, ofreciéndonos a sufrir por El su deshonor, y sobre todo trayéndole a todos los hijos ausentes y hablándole bien de ellos: todo ello mirándolo desde los brazos de nuestra Madre, y uniéndonos a su adoración.

Pero es tan poco lo que, dada mi pequeñez, puedo yo consolar y reparar al Corazón de Jesús, que desde los brazos de la Virgen y en brazos de Ella he de pedir al Padre Celestial que El mismo le consuele, glorificándole en la tierra entre nosotros como le ha glorificado ya en el cielo, convirtiendo nuestro trato con el Padre en una plegaria por Jesús y para Jesús, según nos lo enseñó a pedir el mismo Cristo: «Santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.»

Esta plegaria es lo más importante y eficaz en la reparación, pues es Oficio del Padre atraer las almas a Jesús, y nadie va a Jesús si el Padre no se lo atrae (Jo. 6,44).

Este oficio del Padre tiene un doble aspecto. El primero no depende de las libertades creadas, y su obtención es absoluta: someter todas las cosas a Cristo, y especialmente las creaturas libres, y aun más especialemnte a los hombres. Ante El se dobla toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los infiernos, y sobre toda creatura ha dado el Padre a Cristo dominio y poder absoluto.

Así se le promete ya en el Salmo 2,8.9: «Pídeme. y te daré como heredad las naciones, y en posesión los confines de la tierra: los regirás con vara de hierro, y como a vaso de arcilla los quebrantarás.» Y el Profeta Daniel describe en una visión la entrega de ese poder: «Miraba, pues, en una visión tenida durante la noche, y he aquí que venía sobre las nubes del cielo el Hijo del Hombre, y llegó hasta el Antiguo de Días. Y lo presentaron ante El, y le dio potestad, y honor y reino; y todos los pueblos, tribus y lenguas le servirán: su potestad es potestad eterna, que no le será quitada; y su reino, un reino que no se corromperá» (Dan. 7,13.14).

Por eso el Angel dice a la Virgen María acerca del Hijo que va a concebir que «su reino no tendrá fin» (Lc. 1,33), y lo mismo profesamos como verdad de fe en el Símbolo del Concilio de Nicea que se dice en la Santa Misa: «cuyo reino no tendrá fin».

De esa potestad omnímoda tuvo perfecta conciencia Cristo en su vida humana entre nosotros: «El Padre ama al Hijo, y todo lo dio en su mano» (Jo. 3,35), dice a Nicodemo ya al principio de su vida pública. Y a los Judíos: «El Padre no juzga a nadie, sino que todo juicio lo dio al Hijo» (Jo. 5,22), juicio que ejerce «porque es Hijo del hombre» (Jo. 5,27), es decir, en cuanto Hombre. Y cuando en la Ultima Cena se dispone a lavar los pies a sus discípulos, lo hace «sabiendo que todas las cosas le dio el Padre» (Jo. 13,3). Y en su Oración Sacerdotal comienza recordando al Padre que le dio «poder sobre toda carne» (Jo. 17,2). Y, finalmente, inmediatamente antes de su ascensión al cielo recuerda a sus Apóstoles: «Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra» (Mt. 28,18).

Esa potestad de Cristo, como Rey de reyes y Señor de señores, se nos describe reiteradamente en el Apocalipsis. Pero aquí nos limitaremos a las palabras de San Pablo en su primera Carta a los Corintios (15,24-28): «Después el fin: cuando (Cristo) haya entregado el reino al Dios y Padre, tras haber inutilizado o abolido todo principado y potestad

y virtud. Pues es necesario que El reine hasta poner a todos sus enemigos bajo sus pies (Salm. 109,1): la muerte será el último enemigo destruido: pues todo lo sometió bajo sus pies (Sal. 8,7). Mas cuando dice: Todas las cosas le han sido sometidas, sin duda excepto Aquel que le sometió todas las cosas. Y cuando todas las cosas le hubieren sido sometidas, entonces también el mismo Hijo se someterá a Aquel (al Padre), que le sometió todas las cosas, para que sea Dios todas las cosas en todas las cosas.»

Cristo reina ya actualmente, y emplea su poder absoluto para someter a todos sus enemigos: «Es menester que reine, hasta que ponga todos los enemigos a sus pies.» Las generaciones van pasando, y todas al morir, son inapelablemente juzgadas por Cristo, que dispone y ordena la suerte eterna de cada uno.

Cuando la última generación humana pase, será el fin: todo sometido a Cristo, la muerte será entonces destruida por el que es la Vida —«Yo soy el camino, la verdad, y la Vida» (Jo. 14,6)—, y entonces Cristo se someterá al Padre, para que sea Dios todo en todas las cosas.

Mas no por eso cesará el reino de Cristo, «cuyo reino no tendrá fin», ya que el Padre, que por El hizo todas las cosas (Jo. 1,3), por El las gobernará todas eternamente, y por El actuará en ellas. En efecto, el oficio de Cristo es el de «piedra angular que hace de dos uno» (Ef. 2,20), reconciliando con Dios todas las cosas «mediante la sangre de su Cruz» (Col. 1,20). Su reinado en las creaturas está en someterlas, por su propia virtud y poder, a Dios, y unirlas a Dios.

Respecto a su sumisión al Padre, la tuvo siempre total desde el momento de su encarnación: No vine para hacer mi voluntad, sino la del Padre que me envió (Jo. 6,38): Mi manjar es cumplir la voluntad del Padre (Jo. 4,34), y Yo hago siempre lo que a El le agrada (Jo. 8,29). Si San Pablo habla de esa sumisión final de Cristo, no lo hace refiriéndose a su sumisión personal como individuo, que se dio siempre, sino a su sumisión como Cristo total en sus miembros: esa sumisión se va haciendo a medida que se va constitu-

yendo el Cuerpo Místico de Cristo, y que no será completa hasta que ese Cuerpo se haya completado con la salvación del último elegido. Esa sumisión no variará así en nada la situación anterior —siempre de sumisión plena por parte de Jesús—, sino que simplemente la llevará a su consumación y perfección. E igualmente, la sumisión por la fuerza de las voluntades pertinazmente rebeldes, se irá haciendo generación tras generación, hasta ser completa cuando venga el fin de la humanidad en la tierra. Y esa sumisión eternamente estará siendo obrada por el poder de Cristo, a quien el Padre lo ha entregado todo.

En este primer aspecto del oficio del Padre, que somete y entrega a Jesús todas las cosas, al no intervenir para nada las libertades creadas, poco o nada puede hacer nuestra oración, al menos de modo directo: esa entrega de todo a Cristo, sometiéndolo a su absoluto poderío, es un hecho dado, quiéranlo o no las libertades creadas, que carecen de toda fuerza para oponerse a tal dominio.

Pero sí puede hacer, y mucho, nuestra oración de modo indirecto, pidiendo al Padre que ya ahora haga que su Hijo manifieste su dominio absoluto, al menos en cuanto ello sea conveniente para defender y proteger a cuantos creen en El. Es lo que pide la Iglesia: «Que te dignes humillar a los enemigos de la Santa Iglesia, te rogamos Señor». Es lo que pide el mismo Jesús: «Padre santo, guarda en tu nombre a los que me diste... No te pido que los saques del mundo, sino que en el mundo los guardes del mal» (Jo. 17,11.15). Es lo que el mismo Jesús nos enseñó a pedir: «No nos dejes caer en la tentación, más líbranos del mal». Y también: «Venga a nosotros tu Reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo», es decir, hágase manifiesto en esta tierra ese reino absoluto de tu Hijo, y que toda voluntad se someta a El ya ahora.

Jesús no sólo es Rey, sino Pastor que defiende a sus ovejas hasta dar su vida por ellas, ¿cuánto más nos defenderá si imploramos su protección? Por eso nos dice: «No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo (Jo. 14,27)... Todo lo que pi-

diereis al Padre en mi nombre, Yo os lo haré, para que sea el Padre glorificado en su Hijo; y todo lo que me pidiereis en mi nombre, Yo lo haré (Jo. 14,13.14)... Hasta ahora no habéis pedido nada en mi nombre: Pedid y recibiréis, para que sea lleno vuestro gozo» (Jo. 16,24)... En el mundo padeceréis opresión, más confiad, Yo he vencido al mundo (Jo. 16,33)... No se turbe vuestro corazón ni tiemble: creéis en Dios, creed también en Mí» (Jo. 14,1).

La amplitud y extensión de la eficacia de nuestra plegaria en este primer aspecto del oficio del Padre, es clara: hace que Cristo ejerza todo su poder para proteger al que le invoca, de modo que nadie ni nada pueda dañarle, haciendo que «todo coopere a bien de los que le aman» (Rom. 8,28).

Esa acción eficaz protectora se extiende a todo: lo material y lo espiritual, lo natural y lo sobrenatural: al sustento cotidiano y al vestido, de que no hemos de preocuparnos, pues nuestro Padre cuida de ellos (Mt. 6,32), al cuidado de nuestra vida (Mt. 20,29) y de nuestra salud, hasta el punto de que ni un solo cabello cae sin el permiso de nuestro Padre Celestial (Lc. 21,18; Mt. 10,29), que es también permiso de Jesús, pues «Yo y el Padre somos Uno» (Jo. 10,30), y sobre todo, a nuestra defensa espiritual: «(Mis ovejas) nadie las arrebatará de mi mano. Pues el Padre que me las dio es mayor que todos, y nadie puede arrebatarlas de mano de mi Padre. Yo y el Padre somos Uno» (Jo. 10,28.29).

Con esa plegaria logramos también que Jesús reine ya en nosotros —«venga a nosotros tu reino»—, y que, a pesar de nuestra debilidad, cumplamos la voluntad divina por amor —«hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo»—: si nos manda pedirlo, es porque quiere dárnoslo. Y en esa plegaria glorificamos también a Jesús y al Padre, dando a Jesús ocasión de mostrarnos cuánto le ama el Padre al ejercer el poder omnímodo que El le ha dado (cf. Jo. 14,13), sustentándonos, perdonándonos, no dejándonos caer en la tentación pese a nuestra debilidad, y librándonos de todo mal. Mas como el fin formal de esa plegaria es nuestra propia utilidad, aunque también glorifique y manifieste a Jesús, no

insistiremos más en ella en orden a la reparación: baste con lo ya dicho.

Mas pasemos ya al segundo aspecto del Oficio del Padre: es atraernos a su Hijo por la fe y el amor, vinculándonos a El como miembros a su Cabeza: «Este es el secreto de su voluntad (=de la voluntad del Padre), según su beneplácito, que se propuso cumplir en El (en Cristo), llegada la plenitud de los tiempos: vincular a Cristo como a Cabeza todas las cosas, tanto las que están en el cielo como las que están en la tierra: a cuya incorporación también nosotros hemos sido llamados por suerte, predestinados según el propósito de Aquel que obra todas las cosas según el consejo de su voluntad, para que seamos alabanza de su gloria cuantos esperamos en Cristo» (Ef. 1,9-12).

Es la obra de salvación para la que Jesús vino al mundo hecho hombre: «Tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo Unigénito, para que todo el que crea en El no perezca, sino que tenga vida eterna. Pues no envió Dios su Hijo al mundo para que juzgue al mundo, sino para que el mundo se salve por El» (Jo. 3,16.17). Jesús es fiel a Sí mismo: en todo se comporta como Jesús, es decir, como Salvador.

Pero en esta sumisión a Cristo por la fe y el amor, entra un nuevo elemento: nuestra libertad, que puede negarse a la fe en Jesús y al amor a Jesús. Jesús no la forzará, aunque sí procurará atraerla por el amor, que es lo único que puede seducir a una libertad a entregarse: el sentirse amada. Por eso Jesús, previendo esta posible resistencia a su amor dice: «El que cree en El no es juzgado, más el que no cree en El ya está juzgado, porque no cree en el nombre del Unigénito Hijo de Dios» (Jo. 3,18): se condenan por odiar la luz, que les molesta al iluminar sus obras malas (Jo. 3,19-21). Por eso dice también, al subir a los cielos: «El que creyere se salvará, y el que no creyere se condenará» (Mc. 16,16).

Como consecuencia de esa su voluntad salvadora, Jesús disimuló y como escondió su absoluto dominio y poderío en su vida mortal, y sigue haciendo lo mismo ahora, especialmente en su vida eucarística. No quiere todavía imponernos

una sumisión forzada, que no sería salvadora, sino de condenación, intentando salvarnos por la sumisión libre de amor.

Por eso nos dice la Carta a los Hebreos: «Todo lo sometiste bajo sus pies (Sal. 8,7). En cuanto dice que le sometió todas las cosas, nada dejó no sujeto a El. Mas ahora todavía no vemos todas las cosas sometidas a El» (Heb. 2,8). Le están sometidas, pero nosotros aún no lo vemos, porque El disimula ese dominio.

Lo mismo dice San Pedro: «No retarda el Señor su promesa, cual creen algunos; pero obra pacientemente por vosotros, no queriendo que algunos perezcan, sino que todos se conviertan a penitencia» (2.ª Petr. 3,9). Es decir, actúa con paciencia, no usando de su fuerza para imponerse, a fin de darnos tiempo para adherir a El por amor y salvarnos, ya que no quiere que nadie perezca.

Este tiempo de paciencia es para cada uno lo que dura su vida, y para la Humanidad en su conjunto hasta el fin del mundo. Ejercerá su dominio sobre cada uno no más morir, y sobre toda la Humanidad cuando ésta llegue a su consumación. Así se irá obrando hasta el fin la sumisión por amor, y así al final se consumará la sumisión de todo por la fuerza de su infinito dominio y poderío.

Y en ese tiempo de paciencia y disimulo de su poder, nada perdona Jesús para atraernos al amor, cumpliendo así la misión para la que el Padre le ha enviado, que es salvarnos. De ahí que multiplique las manifestaciones increíbles del amor que nos tiene, pues sabe que sólo por el amor puede atraernos al amor.

Esto nos ayuda a comprender el misterioso y admirable modo por el que Jesús quiso obrar nuestra redención.

El Padre le envía como Salvador, «pues no envió Dios a su Hijo al mundo para que juzgue al mundo, sino para que el mundo se salve por El» (Jo. 3,17). Dios «quiere que todos los hombres se salven, y vengan al conocimiento de la verdad» (1 Tim. 2,4), y «no quiere que alguno perezca, sino que todos se conviertan a penitencia» (2 Petr. 3,9).

Esa voluntad amorosa de Dios precede a toda nuestra co-

rrespondencia: nos amó sin ser amado: «En esto está el amor: no como si nosotros hubiéramos amado a Dios, sino que Dios primero nos amó, y envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados» (1.ª Jo. 4,10). Amor eterno, que jamás desfallece: «Con amor eterno Yo te amé, por eso misericordioso te atraje a Mí» (Jer. 31,3).

Y es un amor que persevera amándonos, no sólo cuando no le correspondemos, sino cuando positivamente nos hacemos enemigos suyos por el pecado, alcanzando entonces la cima de su manifestación hacia nosotros, dándonos a su Hijo como Redentor, que «tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo Unigénito, para que el mundo se salve por El, a fin de que todo el que cree en El no perezca, sino que tenga vida eterna» (Jo. 3,16).

Por eso exclama San Pablo: «Dios nos inculca su amor hacia nosotros, porque cuando todavía éramos pecadores, según el tiempo, Cristo murió por nosotros. Por eso mucho más ahora ya justificados en su sangre seremos por El liberados de la ira. Pues si cuando éramos enemigos fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, ya reconciliados, seremos salvos en su vida» (Rom. 5,8-10). Por eso se maravilla la Iglesia contemplando ese amor: «Oh inestimable amor de caridad: para redimir al siervo, entregaste al Hijo» (Sábado Santo, Himno *Exultet angélica*).

Jesús, hecho Hombre y Salvador nuestro, quiere imitar, e imita y copia a la perfección ese amor maravilloso del Padre. El mismo nos dice: «No puede el Hijo hacer cosa alguna de sí mismo, sino lo que viere hacer al Padre: y todo lo que Este hiciere, eso mismo igualmente lo hace el Hijo» (Jo. 5,19). Y también: «Mi Padre obra hasta ahora, y Yo también obro» (Jo. 5,17), que aplicado al aspecto presente podríamos traducir: «Si mi Padre os ama hasta ese extremo, también os amo yo». Así cumple Jesús el precepto que nos dio: «Sed perfectos como vuestro Padre Celestial es perfecto» (Mt. 5,48).

A este impulso de imitación del Padre, añádese en Jesús su ansia de agradarle en todo, buscando sólo lo que más le

complace. El mismo nos dice: «Yo hago siempre lo que a El le agrada» (Jo. 8,29). «Mi manjar —y por tanto mi delicia— es cumplir la voluntad de mi Padre, llevando a perfecto cumplimiento su obra» de salvación (Jo. 4,34). «No busco mi voluntad, sino la del Padre que me envió» (Jo. 5,39), pues «descendí del cielo no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que Me envió» (Jo. 6,38).

Para redimirnos, bastaba cualquier acto humano de Jesús, pues todos y cada uno, al ser de Persona divina, tienen valor infinito.

Para mover las libertades creadas a libremente aceptar la redención y salvación por Jesús a ellas ofrecida era menester multiplicar las manifestaciones de amor que las sedujeran y atrayeran a la correspondencia y aceptación. Por eso Jesús, sabiendo que la voluntad del Padre es que nadie perezca, multiplica esas manifestaciones de su amor.

«Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin», o hasta el extremo (Jo. 13,1). Y como «nadie tiene mayor amor que éste, que el que uno dé su vida por sus amigos» (Jo. 15,13), Jesús da su vida por sus discípulos. Pero aun es amor más admirable dar la vida por los enemigos, dejándose matar por ellos para probarles cuánto les ama: y eso hizo Jesús: «Destaca el amor de Dios hacia nosotros, porque cuando todavía éramos pecadores, Cristo murió por nosotros» (Rom. 5,8). Es en perseverar amando sin ser amado donde se muestra la generosidad, el aguante y la paciencia inagotable del amor con que nos ama el Corazón de Jesús, para que cuando el Padre se lo revele al alma, ésta se sienta casi invenciblemente inclinada a entregarse enamorada a quien tanto y tan perseverantemente la ha amado.

Por eso, es a esa pasión y muerte de cruz por amor a sus enemigos a la que Jesús vincula la atracción a El de todas las cosas: «Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así ha de ser exaltado (en la cruz) el Hijo del hombre, para que todo el que cree en El no perezca, sino que tenga vida eterna» (Jo. 3,14.15). Y ya en vísperas de su muerte: «Ahora es el juicio del mundo; ahora el príncipe de este mundo (=el de-

monio) será echado afuera. Y Yo, cuando fuere exaltado sobre la tierra, atraeré a Mí todas las cosas. (Y esto lo decía significando de qué muerte iba a morir)» (Jo. 12,31-33).

Esa muerte de Cristo por amor a los que le desaman es así la gran fuerza que acabará atrayendo a El las voluntades y corazones de los hombres, cuando el Padre les revele y dé a conocer el incomprensible amor con que Jesús los ha amado.

Por eso la vida de Cristo está impregnada con el pensamiento y deseo de esa pasión: «Con un bautismo de sangre he de ser bautizado, y cómo me abraso en deseos hasta que lo consume» (Lc. 12,50). «Yo soy el Buen Pastor: el Buen Pastor da la vida por sus ovejas» (Jo. 10,11).

Este modo maravilloso de redención se nos presenta como efecto de su obediencia al Padre, «que se complació en que habitara en El toda plenitud, y en reconciliar por El todas las cosas consigo, pacificando con la sangre de su cruz, tanto las que están en la tierra como las que están en los cielos» (Col. 1,19.20).

Por eso San Pablo nos dice expresamente: «Cristo se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz» (Fil. 2,8). «Y siendo Hijo de Dios, aprendió la obediencia por las cosas que padeció: y así consumado, se convirtió en causa de salvación eterna para cuantos le obedecen» (Hebr. 5,8.9). Así, sabiendo cuánto a El le costó esa obediencia, es compasivo con nuestras rebeldías y desobediencias, y sabe tener paciencia inagotable con nosotros.

La obediencia parece implicar mandato al que se obedece, y Jesús mismo nos habla de ese mandato del Padre: «Por eso me ama el Padre: porque Yo doy mi vida para de nuevo tomarla. Nadie me la arrebata, sino que Yo la doy de Mí mismo, y tengo potestad para darla, y tengo potestad para de nuevo tomarla. Este mandato recibí de mi Padre» (Jo. 10,17.18). «Pero para que conozca el mundo que amo al Padre, y obro según el mandato que me dio el Padre, levantáos, salgamos» para entregarme a mis enemigos (Jo. 14,31).

El mandato del Padre era que nos redimiera: para eso le envía al mundo, que «tanto amó Dios al mundo que le entre-

gó a su Hijo Unigénito para que el mundo se salve por El» (Jo. 3,16). Pero el modo de obrar esa salvación para la que el Padre le envía creemos lo dejó al arbitrio de su Divino Hijo, al arbitrio de su voluntad humana.

Esto creemos se deduce claramente de lo que nos dice la Carta a los Hebreos: «Miremos a Jesús, que habiéndole sido propuesto el gozo, soportó la cruz» (Hebr. 12,2): el Padre le propuso llevar a cabo la obra de salvación sin sufrimiento alguno. Mas El eligió el modo más doloroso, y también el más eficaz para atraernos y salvarnos: amar sin ser amado, dando su vida por los que le despreciaban.

Por eso Jesús dice a Pedro, que le defiende con la espada en el Huerto de Getsemaní: «¿Es que crees que no puedo rogar a mi Padre, y me daría ahora más de doce legiones de ángeles?» (Mt. 26,53). Es claro que el Padre está dispuesto a liberar a Jesús de todos sus enemigos y de la muerte, si Jesús lo deseara. Por eso Jesús insiste en la espontaneidad con que da su vida: «Nadie me la arrebata, sino que Yo la doy de mí mismo, y tengo poder para darla, y tengo poder para de nuevo tomarla» (Jo. 10,17).

El mandato de entregarse a la muerte brota así no de la imposición del Padre, sino del incomprensible amor humano con que el Hijo ama a su Padre. Movido de ese amor lleva su obediencia mucho más allá de lo que el Padre le impone —imposición cumplida ya por el mero hecho de la encarnación—, escogiendo el modo más doloroso, pero también más eficaz para atraernos, en el llevar a cabo la obra de salvación para la que el Padre le envía: amar sin ser amado, entregarse a la muerte, y muerte de cruz, por los que le desaman, insultan y desprecian: para que cuando el Padre revele a cada hombre ese amor incomprensible con que Cristo le ha amado, acceda más fácilmente a dejarse atraer por tanto amor y paciencia tan constante.

Así «se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz» (Fil. 2,8): se hizo obediente, no por imposición del Padre, sino por iniciativa propia, en ansia de amarle hasta el extremo, de llevar a cabo del modo más perfecto y eficaz para

atraernos la obra de salvación para la que el Padre le enviara, en ansia de honrarle anonadándose con la anonadación que los hombres le negaban, en ansia de copiar el amor con que el Padre nos amaba precedente a toda correspondencia nuestra, en ansia de asociarse a su deseo de que nadie perezca, imitando en su ser humano a su Padre, «perfecto como su Padre celestial es perfecto» (Mt. 5,48), llenando al Padre de gozo al verse así inconmensurablemente amado por un amor humano en su Hijo: «He aquí mi Hijo, el Amado, en quien me he complacido» (Mt. 3,17), «por eso me ama el Padre, porque doy mi vida para de nuevo tomarla» (Jo. 10,17).

Por eso el Padre le exalta en esa misma humanidad anonadada, haciéndola partícipe del poder y honor divinos: «Por eso Dios le exaltó, dándole un nombre sobre todo nombre (= el nombre divino), a fin de que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra y en los infiernos» (Fil. 2,9.10). «¿Es que no sabíais que todo esto había de padecer Cristo, y así entrar en su gloria?» (Lc. 24,26).

Y brilla también en ese anonadamiento su amor hacia nosotros por amor al Padre. Amor del todo desinteresado, pues, aun sin padecer, su Cuerpo Místico habría sido completo, y por tanto el mismo el número de los salvados, ya que tal era el designio absoluto del Padre. Pero hubieran sido muchos más los que se condenaran al no ser atraídos por tal inundación de amor. Más ahora sólo los absolutamente endurecidos ante el amor se perderán. Jesús siempre fiel a Sí mismo, quiere ser Jesús o Salvador, haciendo lo imposible para que nadie perezca.

Ese misterio de amor del anonadamiento de Jesús hasta la muerte y muerte de cruz, entregado al odio de sus enemigos, nos explica el misterio de su anonadación eucarística. La Eucaristía no sólo es memoria, sino también reproducción y actualización de la muerte y pasión de Cristo. Por eso Jesús quiere estar en todos los Sagrarios del mundo como el gran desconocido, el gran desamado, y por muchos despreciado, odiado e injuriado. Para que cuando el Padre les revele ese amor generoso con que han sido amados se dejen atraer por

El al Hijo. Así continúa en la Eucaristía su obra salvadora de la cruz, amando sin ser amado, y sufriendo por tanto desamor. Y también, como en la cruz, el Padre le atrae en cada sagrario algún alma que le consuele. Como el venerable Obispo de Palencia D. Manuel González constatara, no hay sagrario sin algún alma enamorada, pese a tanto abandono.

En efecto, Jesús, por su característica personal de Hijo sólo puede vivir en el seno de otro. En su Divinidad, en el seno del Padre, anegado en su infinito amor. En su Humanidad, hecho hombre con nosotros y entre nosotros, en el seno de quienes le reciben y aman.

Por eso el Padre se encarga de atraerle almas enamoradas, para que nunca esté sin ser amado.

Esa atracción la hace el Padre revelándoles el amor con que el Hijo las ama, cuando sabe que estarán dispuestas a corresponder a tanto amor. El Hijo nos revela al Padre, pero no a Sí mismo, pues en nada se busca a Sí mismo. Es el Padre quien nos ha de revelar al Hijo. Por eso dice Jesús: «Nadie conoce al Hijo si no el Padre; y nadie conoce al Padre si no el Hijo, y aquel a quien el Hijo quisiere revelárselo» (Mt. 11,27). Si nadie conoce al Hijo si no el Padre, es evidente que sólo el Padre puede dárnoslo a conocer: sólo el que conoce una cosa puede darle a conocer a otros. Por eso el mismo Jesús dice a Pedro, cuando le confiesa Hijo de Dios: «Bienaventurado eres Simón, hijo de Jonás, porque ni la carne ni la sangre te lo reveló (y por tanto ni el mismo Jesús con su revelación y trato humano), sino mi Padre que está en los cielos» (Mt. 16.17).

Por eso Jesús insiste en que todos los que van a El por la fe y el amor le son llevados y dados por el Padre, son regalo que le hace su Padre: «Todo lo que me da el Padre vendrá a Mí» (Jo. 6,37), «Nadie viene a Mí si mi Padre no le atrajere» (Jo. 6,44), «Tuyos eran, y Tú me los diste» (Jo. 17,6), «Guarda en tu nombre a los que me diste» (Jo. 17,11), «Yo guardé a los que me diste» (Jo. 1712), «Quiero que donde Yo estoy allí estén también conmigo los que me diste» (Jo. 17,24), «Y nadie arrebatará a mis ovejas de mi mano,

porque el Padre *que me las dio* es más poderoso que todos» (Jo. 10,28), «Le diste potestad de toda carne, para que a todo lo que le diste El les dé la vida eterna» (Jo. 17,2).

Incidentalmente advirtamos que a cuantos atrae el Padre a Jesús los asocia al desprecio de que Jesús es objeto, para más asimilarlos a su Hijo: «Si el mundo os odia, sabed que primero me odió a Mí. Si fueseis del mundo, el mundo amaría lo que es suyo, mas como no sois del mundo, sino que Yo os elegí del mundo, por eso el mundo os odia... No es el siervo más que su Señor: si a Mí me persiguieron, también os perseguirán a vosotros; si guardaron mi palabra, también guardarán la vuestra» (Jo. 15,18-20), «e incluso llegará la hora en que todo el que os mate creerá que hace un obsequio a Dios» (Jo. 16,2). «Y el mundo los odió, porque no son del mundo» (Jo. 17,14).

Pero al igual que Jesús, no estarán destituidos de amor: Los amará Jesús a cuyos desprecios se asocian; y Jesús hará que los amen también cuantos a El le aman, asociándolos así en todo a El, pues nadie puede amar a Jesús de verdad si no ama a los que aman a Jesús: «Un mandamiento nuevo os doy: que os améis unos a otros como Yo os amé, para que así también vosotros os améis mutuamente: en esto conocerán todos que sois mis discípulos, si os amareis unos a otros» (Jo. 13,34.35). Y sobre todo los amará, cuidará, protegerá y mimará el Padre Celestial, viendo en ellos a su Hijo Unigénito: «No temáis, rebaño pequeñito, porque se complació en vosotros mi Padre Celestial» (Lc. 12,32). Y como Jesús, habrán de amar a sus enemigos, volcarse sobre los que no les aman, para hacer sensible a los hombres el amor con que Jesús les está amando.

La primera atraída por el Padre a su Hijo Jesús, el primer regalo y don que le hace, es su Santísima Madre la Virgen María..

Como su Hijo en su Divinidad descansa en su seno, así le proveyó en su Humanidad un seno en que reposara y se sintiera feliz entre los hombres: el seno de la Virgen María. En Ella puso el Padre toda la excelencia y variedad del amor

posible creado, de modo que nada de amor se encuentre en la creación que no se halle con plenitud en la Virgen María. En Ella encontrará Jesús hecho hombre cuanto amor creado pueda desear. Podrá desear, y desea, más amadores, pero no más amor, que todo lo halla en María. Por eso se hace hombre cuando el Padre se la tiene preparada: Ella basta para atraerlo a hacerse hombre; y sin Ella jamás se hubiese hecho hombre, porque no puede vivir sin amor. Por eso, cuando el Padre se la entrega», «El Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros» (Jo. 1,14).

Ella es la Gran Consoladora del Corazón de Jesús, la que le hace sentirse feliz de ser hombre y de vivir entre los hombres. Por mucho que lo ponderemos, nunca sobrevaloraremos ese papel consolador y reparador de la Virgen María, ese atractivo maravilloso de Ella que atrae irresistiblemente al Hijo Unigénito a hacerse hombre y a vivir y permanecer entre los hombres. Ella no sólo es necesaria para la encarnación del Verbo, sino que también basta con Ella para esa encarnación.

Mas María, hecha Madre nuestra, no quiere estar sola en su adoración y amor al Verbo encarnado. Por eso pide y logra del Padre que la asocie pequeños grupitos de amadores: primero a San José y a los padres del Bautista, así como al mismo Bautista; luego a los pastores, a los reyes Magos, a Simeón y Ana; más tarde a los apóstoles, cuya fe vacilante se confirma por el milagro de Caná, por Ella impetrado y anticipado (Jo. 2,11), y a los discípulos sucesivos que le van siguiendo de cerca: siempre rebaño o grey pequeñita, comparados con el inmenso número de indiferentes; pero rebañito asociado a Ella, en el que se complace el Padre Celestial, y que hace las delicias de Jesús en la tierra. Y en la misma pasión, supremo anonadamiento de Jesús, tampoco estuvo sola: Juan y las Santas mujeres la acompañan, y los mismos apóstoles, atraídos nuevamente por el Padre a súplicas de Ella, asisten a su sepultura junto con Nicodemo y José de Arimatea.

Y lo mismo sucede en los sagrarios. En todos y en cada

uno recibe Jesús el amor incomparable de su Madre, que siempre asocia a Ella a alguna o algunas almas enamoradas.

Y aquí viene la cooperación de nuestra oración unidos a María, para que el Padre atraiga anticipadamente más y más almas a Jesús, que unidos a la Virgen le consuelen y acompañen en su abandono. Oración a cuya práctica dedicamos el presente capítulo.

La eficacia de esa oración —así como del apostolado, es decir, de nuestro esfuerzo activo por llevar almas a Jesús— la explicamos extensamente en nuestra obra AMOR Y PREDESTINACION, y por eso no la explicaremos aquí. Recordemos solamente que es doble: por una parte, hace que el Padre anticipe su revelación de Jesús a las almas, atrayéndolas antes a El, porque nuestro amor de hermanos lima las resistencias de su libertad, haciéndolas más fácilmente dóciles a la atracción del Padre. Por otra, facilita esa misma docilidad cuando el Padre al final de la vida lo revele a todos: quien entonces resista a esa atracción será porque nada hay en él de amor, sino sólo el más crudo egoísmo, pese a hallarse envuelto en tanto amor.

Aquí bástenos recordar que la eficacia de esa oración es de fe, y que tanto el Padre como su Hijo desean la hagamos sin intermisión. Baste recordar las palabras de San Pablo: «Os ruego que primero de todo hagais súplicas, oraciones, peticiones, acciones de gracias por todos los hombres: por los reyes y cuantos detentan autoridad, para que podamos llevar una vida tranquila con toda piedad y castidad. Pues esto es bueno, y aceptable o agradable a Dios Salvador nuestro, que quiere que todos los hombres se salven, y vengan al conocimiento de la verdad» (1.ª Tim. 2,1-4).

Es así evidente que nuestra oración contribuye a la conversión y salvación de los hombres, e incluso que la conversión y salvación de muchos de ellos dependerá de la intensidad y universalidad de nuestra oración.

2. Con María, y a Ella unidos, pedir al Padre atraiga ya a Jesús un grupo de amadores que le consuele

Para pedir al Padre por Jesús y para Jesús, hemos de ponernos en brazos de la Virgen, actuando la fe de que vamos en su seno: asociarnos en lo posible a la pena que Ella siente al ver a su Jesús en los Sagrarios desconocido, desamado, y sobre todo menospreciado y sin ninguna consideración tratado por aquellos que más debíamos cuidar de El.

En la medida que logremos sentir con la Virgen María, sabremos exponer nuestra petición al Padre Celestial, porque, asociados así a Ella será la nuestra una petición de enamorados de su Divino Hijo, que por nosotros está en el Altar, y que vive también en el corazón de cada uno de nosotros.

En la Pasión de Cristo, dentro del supremo abandono, la Virgen pidió y obtuvo un grupo de amadores fieles para El: su oración lleva con Ella a las santas Mujeres y a San Juan desde el principio, y va atrayendo no sólo a Nicodemo y a José de Arimatea, sino también a todos los apóstoles, que al menos asisten al entierro, y seguramente estaban ya al expirar Jesús. Tomás conoce la lanzada cuya herida tan bien describe, como quien la ha visto: y si él estuvo, también los demás: y todos saben perfectamente dónde está el sepulcro: a nadie preguntan Pedro y Juan para correr hacia él y hallarlo vacío.

Grupo pequeño, cual lo pidió la Virgen María, pues era menester que su Hijo se ofreciera en el desamparo, en el desamor, en la ingratitud de la generalidad de los hombres, para que así más brillara y en definitiva más nos moviera el amor que nos tenía, y más se nos diera a conocer el amor infinito del Padre al entregarnos a su Hijo, sabiendo cómo le íbamos a desamar.

Jesús dijo: «Cuando Yo fuere elevado sobre la tierra —y aludía a la muerte de que iba a morir en la cruz—, atraeré a Mí todas las cosas» (Jo. 12,32.33): las atraerá en futuro, pero no de presente, no en el momento en que se inmola,

aunque en ese momento, por su amor infinitamente generoso, merece la atracción final de todo a El. Atracción que se va obrando gradualmente por la plegaria de la Virgen y de las almas que la acompañan, y que se manifestará a todos en la hora de la muerte, cuando el Padre les revele el amor incomprensible con que han sido amados, y obre la sumisión de todos por amor, o por necesidad en los rebeldes a tanto amor, a su Hijo Unigénito.

La Eucaristía reproduce y actualiza la pasión de Cristo: por eso Jesús en los Sagrarios es en general desconocido, menospreciado, e incluso por muchos insultado y blasfemado: para que brille el amor incomprensible con que nos ama y tanto más eficazmente nos atraiga cuando se nos dé a conocer por el Padre.

Y también allí, como en la Pasión, le acompaña la Virgen María con su amor incomparable, y atrae con su intercesión un pequeño grupo de amadores: no hay, gracias a Ella, ningún sagrario, por abandonado que parezca, que carezca de tal grupo de amadores, que consuelen y hagan feliz a Jesús con la correspondencia de su amor. Y la Virgen quiere nos unamos a su oración intercesora para que aumente el consuelo de Jesús al sentirse amado por cada vez más corazones.

3. Pedir al Padre glorifique a su Hijo entre nosotros, ya que su Hijo le glorifica a El entre nosotros

Puestos en brazos de la Virgen, hemos de ver al Padre contemplando a su Hijo anonadado, cargado con los pecados del mundo y pagándolos todos, «Cordero de Dios que toma sobre Sí los pecados del mundo»: contemplándolo con infinita complacencia al ver el amor infinito con que por su Hijo es amado y glorificado. Y entonces, desde los brazos de la Virgen María, recordarle que su Hijo es desconocido y despreciado, y quiere permanecer anulado, primariamente y ante todo para glorificarle, alabarle y bendecirle a El en nombre de toda la creación.

Presente en todos los Sagrarios, hecho creatura y en su ser de creatura, sin dejar de ser Persona divina, da a Dios desde la creación, y en nombre de la creación toda adoración, alabanza, acción de gracias y reparación que el Padre pudiera desear, para que Dios pueda mirar contento y satisfecho su creación.

Y entonces digamos al Padre: Si así se anonada por Ti, si así por Ti desea Jesús pasar desconocido entre nosotros y recibir en su Corazón la profunda herida de nuestra ingratitud, a Ti te toca dárnoslo a conocer, a Ti glorificarlo entre nosotros y someternos a El.

Pues ese es precisamente el oficio del Padre. Si «nadie conoce al Hijo si no el Padre» (Mt. 11,27), sólo El puede darlo a conocer a los hombres, revelándolo como lo reveló a San Pedro cuando lo confesó «Cristo, Hijo del Dios vivo» (Mt. 16,16). Si Jesús dice «Nadie viene a Mí si mi Padre no le atrajere» (Jo. 6,44) es oficio del Padre atraernos a Jesús y enamorarnos de El. Es el Padre, nos dice San Pablo, quien ha de someter a los enemigos de Jesús convirtiéndolos en peana de sus pies: pidámosle, pues, que nos someta de una vez a los que todavía somos y nos comportamos tantas veces como enemigos. Y es finalmente el Padre quien ha de hacer que toda rodilla se doble ante El en los cielos, en la tierra y en los infiernos. En los cielos y en el infierno ya se dobla. Pero ¡cuántas se resisten todavía a doblarse ante El en la tierra, presente en nuestros sagrarios!

Siendo ese el oficio del Padre, a El hemos de pedirlo, y cogiendo audacia en los brazos de nuestra Madre Celeste, osar decirle: ¿No te da vergüenza de que glorificándote de tal modo tu Hijo entre nosotros, y anonadándose ante Ti, Tú no le glorifiques también entre nosotros? Es verdad que ya le has glorificado, sentándolo a tu diestra, y dándole el dominio más absoluto sobre todo el Universo. Sí, le has glorificado en el cielo; pero falta su glorificación entre nosotros, en la tierra, donde El te está glorificando y alabando. Y El no está solo en el cielo, sentado a tu diestra; está también en la tierra, presente en innumerables sagrarios por todos

los rincones del orbe, en medio de tus hijos: y siente la aflicción de amar sin ser amado, de conocer y cuidar a sus ovejas sin ser de ellas todavía conocido, sin agradecimiento alguno actual de ellas: dánoslo a conocer, háznoslo amar para consuelo de su Corazón.

Mas sabiendo el designio de Jesús que quiere reproducir en la Eucaristía su pasión y el abandono de ella, para más mostrarnos su infinito amor, y así en definitiva más eficazmente atraernos a la correspondencia, y sabiendo que es también ese el designio del Padre, digamos al Padre Celestial: Bien, espera, si quieres y tal es tu voluntad, a manifestar a todos a tu Hijo, dándolo a conocer. Pero dale al menos ya desde ahora un grupo cada vez más numeroso, pero sobre todo más enamorado, de amadores que le conozcan, lo acompañen, lo consuelen, le amen y lo adoren, dándole todo honor y todo aprecio cual conviene al Rey de cielos y tierra. Que como en la misma cruz le diste ese grupo de amadores en las santas Mujeres y los apóstoles y discípulos, arracimados junto a María, igualmente se lo des en cada sagrario donde reproduce esa pasión: que en todos haya ese grupito de adoradores y amadores, unidos a la Virgen María.

4. Pedir al Padre me someta a su Hijo

Y en ese grupito, en primer lugar, he de entrar yo. Y ese Yo es cada uno.

«Líbrame, Señor, del hombre traidor y malvado» (Sal. 48,1). Yo soy, oh Padre mío, el primer traidor y malvado contra tu Hijo, el verdadero Judas que tantas veces le ha entregado y traicionado, el que le estoy diciendo que lo amo y le quiero, y deseo ser todo de El como El es todo mío, y a poco de decírselo, aunque mis palabras parezcan salir sinceras, me olvido del valor de esa palabra que le he dado, y busco sólo mi interés, me distraigo de su amor, sigo mis caprichos, y me olvido de inmolarme a El, cuando no llego a darle muerte en mi interior mediante el pecado grave.

E insistir entonces en nuestra súplica al Padre Celestial:

Que de una vez me someta a su Hijo Jesús, haciéndome escabel de sus pies, para que Jesús me pise y juegue conmigo, y yo juegue con El; para que Jesús pueda tener sus delicias en estar conmigo, como las tiene, pero que las pueda tener sin temor a las consecuencias de abandonarse y entregarse a mí.

Recordar al Padre que Jesús me va a hallar a mí hasta en la sopa, y yo le voy a hallar a El. Querrámoslo o no, vamos siempre juntos Jesús y yo: le recibo todos los días, estoy en su presencia casi continuamente, junto a su altar: Jesús se sentirá así de continuo feliz si el Padre me atrae a El, desgraciado si me ve desamorado en su presencia. Papá, yo no te pido que le atraigas todo el mundo *ahora*, sino que me atraigas a mí, para que le sea fiel y en mí descanse: sólo con eso, ¿no ves lo feliz que estaría tu Hijo Jesús al tener siempre en el mundo uno en quien reposar, que siempre está con El, y El conmigo?

Y esa petición hagámosla en brazos de la Virgen, pidiendo a la misma Virgen que Ella insista también para que el Padre le dé el gozo de ver a Jesús conocido, amado, venerado, cuidado y mimado por mí en sus brazos, como Ella le cuida, le mima, le adora, le ama y lo protege.

Sí así insistiéramos en esta petición, con perseverancia y humildad, infaliblemente seremos atendidos. No sólo porque el Padre desea aún mucho más que nosotros consolar a su Hijo, que no será feliz entre nosotros si no es amado, sino también porque media la promesa de Jesús: «Si vosotros, que sois malos, sabéis dar buenas cosas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre Celestial dará *buen espíritu* al que se lo pida?» (Mt. 7,11).

5. Pedir al Padre le someta un grupo que sirva de canal a la eficacia salvadora de su Hijo

Y partiendo precisamente de mi pequeñez, poquedad e inconstancia, ampliar luego esta petición. «Papá, por mucho que me sometas, y quiero que me sometas aunque sea a la

fuerza, que no será a la fuerza porque yo ardientemente lo deseo y te entrego mi libertad, yo sé cuántas veces me volveré atrás de esta petición, y trataré mal a Jesús, contristándolo. ¿Por qué no le das un grupo de verdaderamente enamorados? Atráenos a todos y cada uno de los que aquí estamos ante su altar: que todos y cada uno formemos, en brazos de María, un grupo estrechamente asociado a los sentimientos de Ella, que con Ella compadezca a Jesús, con Ella le mime, con Ella sufra los sufrimientos y desprecios de Jesús, con Ella le ame y le consuele. Aquí estamos todos reunidos; pero no todos estamos unidos a esos sentimientos de María, ni en sus brazos. Padre Santo, pónnos Tú a todos, pónme también a mí, que soy el que más me resisto a estar. No te lo pedimos para ser felices amando a Jesús: nada nos importa nuestra felicidad. Ni para salvarme yo, sometiéndome voluntariamente a tu Jesús: no me importa mi salvación, ni me importa mi ser ni mi existir. Lo único que me importa es que tu Hijo sea feliz: y como sé que sólo será feliz si se siente amado por nosotros, por eso te lo pido. Te pedimos por Cristo nuestro Señor, por su dicha, por su alegría, por su gozo, que con tu infinita omnipotencia nos aproximes y nos atraigas a El.

Qué feliz se sentiría Jesús, en medio del dolor acerbo de los desagradecimientos, ofensas y desprecios que en la Eucaristía recibe, si, como en la cruz, hubiera en cada sagrario una veintena de personas que, unidas a la Virgen, le acompañaran en su pasión eucarística entrañablemente enamoradas, y al ir luego por el mundo con Jesús en su corazón mostraran a todos en sí mismas el amor infinito que supone esa pasión de Cristo, y comunicaran ese Cristo a los demás.

Esos grupos son la sal del mundo que impide que éste se corrompa del todo, mereciendo ser destruido.

Abrahám logró de Dios perdonara a las cinco ciudades de Pentápolis por amor a diez justos que se hallaran en ellas. Sólo había uno, Lot, y aun no perfecto: las ciudades fueron destruidas, pero aun ese solo justo mereció que una de las cinco ciudades fuera salvada, la ciudad de Segor. Si el mun-

do ahora no es destruido por sus pecados y apostasía, se debe a esas almas enamoradas que acompañan a Jesús en su pasión por el mundo.

Pero evitemos, en lo posible, el egoísmo, tanto colectivo como individual. No pidamos por su Hijo para salvar al mundo, a España, o a nuestra ciudad: sólo nos importa que su Hijo esté contento y sea feliz entre nosotros, que lo demás se nos dará por añadidura: para salvar al mundo ya está padeciendo El, y con El basta.

Igualmente, al pedirle me atraiga a su Hijo casi siempre deseamos mi santidad, que yo adelante, que yo tenga oración: todo para en yo, yo, yo. Olvido que mi Papá Celestial para nada necesita de mi santidad, que para santo se basta El solo: Tú sólo santo, Tú solo Altísimo.

Por eso procuremos decirle con espíritu generoso y olvidado de nosotros mismos: Papá, no me importa mi santidad: al fin y al cabo, aunque me la dieras, pronto la perdería por el agujero que siempre aparece en el bolsillo de los pequeñuelos. Pero tu Hijo necesita ser amado, y así te pido que tu Hijo sea amado. Y como a mí me va a hallar hasta en la sopa, al menos que cada vez que tropieza conmigo se sienta contento. Y va a tropezar siempre. Por eso, sino me atraes a El, aunque otros le aman mucho, va a sentir de continuo el aguijón de mi ingratitud, mi dureza y mi deslealtad para con El: y tendrá que fiarse de mí a pesar de todo. Házle feliz atrayéndome a El. Házle feliz atrayéndonos a todos los que con El físicamente más intimamos.

6. Pedir insistentemente al Padre la ampliación y multiplicación de ese grupo

Abrahám, en su intercesión, comenzó por cincuenta justos, rebajándolos hasta diez, para que por mor de ellos perdonase a las cinco ciudades. Nosotros hemos de proceder a la inversa: comenzando por un grupo pequeño para que consuelen a Jesús, ir ampliando en nuestra petición al Padre

ese grupo, para que cada vez tenga más consoladores y amadores.

Tras pedir el enamoramiento total de los que ya no tienen otra ilusión que ser suyos, recordar al Padre todos aquellos que suelen ir a Misa y con frecuencia le reciben, pero que aun no viven su consagración total a Jesús, sino que siguen inmersos en las preocupaciones del mundo. Estos ya son millares, quizá en nuestra propia iglesia o comunidad particular. Contristan los que más a Jesús, porque con ellos tiene contacto frecuente, percibiendo su tibieza y desamor. Oficio es del Padre el atraerlos a su Hijo, y yo he de pedirle insistentemente los atraiga al Corazón de su Hijo para que le sirvan de consuelo y no de aflicción.

Por la plegaria de la Virgen, lo reveló el Padre a más de quinientos hermanos —«fue visto juntamente por más de quinientos hermanos» (1.ª Cor. 15,6)—, y de ésos escogió a más de ciento veinte (Act. Au. 1,15) para congregarlos en oración con la Virgen María (Act. Ap. 1,4) y llenarlos del Espíritu Santo, convirtiéndolos en fermento que atrajese las masas a Jesús, comenzando por los tres mil convertidos el día de Pentecostés.

Asociados a la Virgen María, pidamos también ahora al Padre atraiga a su Hijo y lo revele a quinientos de nuestra comunidad o iglesia, y transforme totalmente en Cristo por su Divino Espíritu a ciento veinte, por los que comience a atraer a tres mil a su Hijo en la Eucaristía. Que renueve así la atracción maravillosa que ejerció en un principio, pues es la misma Virgen con nosotros junto a Ella que se lo pide. Que a todos los que ya tienen contacto con Jesús eucarístico los atraiga de verdad a El de una vez.

Recordarle los millares que vienen a Misa los domingos, la mayoría de los cuales comulgan bien, medianamente o mal, pero comulgan: con todos ellos trata Jesús, percibiendo todas sus desatenciones, sus desamores, sus egoísmos, y sufriendo por ello. Papá, ¿sería mucho que te pidiéramos, unidos a la Virgen María, que a todos esos los atraigas a tu Hijo? Ellos quieren agradar a Jesús, pero están distraídos

por las cosas del mundo, solicitados por tantos amores que les hacen desagradar a tu Jesús. Revélales Tú la hermosura de tu Hijo, atráeselos de tal modo que cuantos tratan con El sean consuelo y no amargura para su Corazón. Pon en ellos toda la delicadeza que el Corazón de Jesús merece.

Añadir luego cuantos conocemos o tratamos, aunque ellos todavía desconozcan a Jesús. Ponderar al Padre sus cualidades, y exponerle lo mucho que amarían a Jesús si El se lo revelara. Y pedirle, unidos a la Virgen, se lo revele.

Si así pidiéramos con insistencia, ¡qué feliz haríamos al Corazór de Jesús! El consuelo que yo no puedo darle, pedirle al Padre que se lo dé, e insistir con la Virgen María para que Ella, que es Madre y omnipotente en su súplica, lo logre del Padre Celestial.

Nos quejamos de lo mal que va la gente, de la facilidad con que los cristianos se dejan hoy engañar y seducir. En nuestra mano está el remedio, por la oración. Si todas nuestras murmuraciones y quejas convirtiéramos en oración al Padre Celestial, ¡con qué gozo el Padre atraería todas esas almas a Jesús!

7. Ofrecerse al Padre para aliviar el dolor de Cristo, pidiéndole lo ahorre a nuestra cabeza y nos lo haga padecer a nosotros como miembros suyos

A esto hemos de añadir la reparación por el dolor. Puesto que Jesús Eucaristía desea padecer tanta ingratitud para que su pasión sea más vehemente, y así merezca y provoque más nuestra salvación, pedirle al Padre que me haga padecer a mí, como miembro de Cristo, y así ahorre el dolor a mi Cabeza.

Y ahí viene el ofrecernos al Padre, pidiéndole toda humillación y desprecio, toda anulación para nosotros, con tal de que glorifique a Jesús entre nosotros, haciendo que El sea honrado, adorado y venerado, aunque a mí no me hagan caso alguno.

Así copiaremos a la Virgen María, quien, cual nos dice

Pío X, citando al Beato Eadmero estaba ante la cruz llena de gozo inmenso viendo cómo se obraba la salvación del mundo. Gozo inmenso que ahora sigue teniendo de que Jesús esté con sus hijos en la Eucaristía, y conmigo en mi corazón. Pero a la vez, con un sufrimiento tan grande que hubiera deseado padecer mil veces Ella los dolores de Jesús con tal que el Padre los ahorrara a su Hijo.

Asociados así a María, y en brazos de Ella, ofrezcámonos con Ella al Padre Celestial: Ya sé que Jesús en la Eucaristía ha de ser humillado y menospreciado, porque, por mucho que le duela el verse desamado, El lo ha querido así para estar continuamente muriendo e inmolándose por mí. Pero Tú, Papá, házlo amar, aunque El no quiera, consuélalo, haz que todos le obedezcan y veneren: si es necesario para la salvación de las almas el que Jesús reciba deshonores y desprecios, el que sea objeto de odio, calumnias y blasfemias, que todo eso descargue sobre mí, y no sobre El, que para eso me hiciste miembro suyo: no es justo que todos los palos caigan sobre la Cabeza: repártelos en el cuerpo y ahórralos a la Cabeza: aquí me tienes como miembro suyo para recibirlos.

Pedirle entonces me llene a mí de oprobio para evitarlo a Jesús, de calumnias para que Jesús sea alabado, que me haga objeto de odio para que Jesús sea amado.

Es entonces cuando empezamos a ofrecernos como víctimas al Padre; pero no aun víctima por la salvación del mundo, supliendo en nosotros lo que falta a su pasión, sino víctimas para ahorrarle a El esa pasión de desamor sustituyéndolo como miembros suyos.

Y luego, ser un poquito consecuentes con nuestra oblación. Cuando nos ponen la zancadilla, o nos tratan sin el respeto, cariño, afecto o consideración que creemos nos debían, no digamos: «¡yo que le hice tantos bienes, y ahora me paga así!» Antes, por el contrario, mirar gozosos a nuestro Papá, y decirle: Gracias, Papá, porque has escuchado mi oración, haciendo cayera sobre mí, y no sobre Jesús este desprecio e ingratitud.

Por eso, demos gracias sinceras cada vez que somos calumniados, perseguidos, desamados o maltratados. Jesús goza en vernos entonces dichosos y no amargados, que por eso dice: «Dichosos vosotros, cuando os odiaren y os maldijeren, diciendo de vosotros todo mal, mintiendo, por causa mía: alegraos y regocijaros entonces, porque vuestro premio es grande en los cielos, porque así trataron a los santos y profetas que fueron antes que vosotros» (Mt. 5,11.12). Y los trataron así, porque ellos querían padecer en vez de Jesús, para aliviarle: no sólo con Jesús, sino en vez de Jesús, ahorrándole un poquito el sufrimiento. Que eso es padecer por causa de Jesús: padecer para ahorrarle a El sufrimiento.

Ahí viene el ofrecernos a todo sufrimiento físico y moral. Pero sobre todo moral. Porque en la Eucaristía Jesús ya no tiene sufrimientos físicos, pero sí el indecible sufrimiento moral del desamor. Desee yo ardientemente ser objeto de ese desamor, por mucho que me duela cuando lo recibo. Pida al Padre me dé un amor intenso, universal y eficaz a todos, que copie en lo posible el que Jesús nos tiene; pero que haga no sea correspondido, para asociarme a la soledad de Jesús y mitigársela un poquito haciendo sea El correspondido y amado en todas partes y por todos.

8. La reparación y la venida del Reino de Cristo

Si así pedimos la atracción creciente de grupos de enamorados, y así nos ofrecemos a sustituir a Jesús como miembros suyos en el desamor y la ingratitud, el Padre nos concederá cuanto pedimos, y apresuraremos la llegada del Reino de Cristo.

Seremos como el fermento, presente en la masa del mundo, que presto la transformará toda. Fermento activo y eficaz, porque lo será el mismo Jesús en nuestro corazón: si en nuestro corazón le hacemos sentirse feliz. El llegará a través nuestro a todos los lugares y personas como Luz del mundo, y los irá atrayendo con su amor, que les manifestará a través nuestro. Entonces se cumplirá la petición «Venga

a nosotros tu Reino»: reino de amor, como lo auguraba Pío XI, y como lo desea el mismo Jesús y su Madre la Virgen.

Para eso hemos de hablar con Jesús en nuestro corazón de todos los que tratamos, principiando por nuestros familiares y con cuantos compartimos nuestro trabajo u ocupación. Hagamos así a Jesús intimar con ellos, relacionarse con ellos; y entonces insistir al Padre que nos atraiga a Jesús, para que no los ame sin ser amado, para que todos correspondan a su amor, y su Hijo se sienta feliz en el mundo.

Luego extender nuestra petición a todos los que creen, porque todos tratan de un modo u otro con Jesús: que Jesús se halle feliz entre ellos, ovejas suyas.

Finalmente, pedir al Padre Celestial que glorifique a su Hijo en el corazón de todos los que le aman, revelándolo, dándolo a conocer y haciéndolo amar desde los corazones en que mora a todos los hombres entre quienes nosotros, como sagrario y morada suya, le hacemos pasar, con quienes le hacemos establecer contacto.

E insistamos en la plegaria: «Santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo», pues ese Reino de amor vendrá tanto más pronto cuanto más intensa y constantemente lo pidamos. Si no lo pedimos, también vendrá, pero no como reino de amor, sino de imposición.

El que el Reino de Cristo sea de dicha, de amor, de victoria y de cánticos de gloria, o sea preferentemente de maldición y blasfemia impotente en el infierno, dependerá en gran manera de nuestra plegaria, de nuestro pedir al Padre someta por amor a todos los hombres al Corazón de su Hijo. El Padre lo hará si se lo pedimos. Si no, vendrá el sometimiento por imposición tras la muerte.

Enumeremos al Padre, en primer lugar, las desatenciones que nosotros mismos tenemos con Jesús, y pedirle que acabe de una vez con todas ellas, haciéndonos dar gusto en todo a su Jesús. Luego los desprecios y faltas de atención que observamos en los fieles en la iglesia que frecuentamos, y pedirle convierta en atención nuestras desatenciones, en amor

nuestro desamor, en recuerdo agradecido nuestro olvido, para gozo del Corazón de su Hijo: que le glorifique entre nosotros, puesto que el Hijo le glorifica a El.

Finalmente, presentarle todos aquellos que conocemos y tratamos, aquellos entre quienes llevamos a Jesús, presente eucarísticamente en nosotros, y a los que Jesús desde nosotros contempla y entrañablemente ama, y ponderarle el dolor de Jesús al verlos vivir como si El no existiera ni conviviera entre nosotros. Y entonces decir al Padre: Desde los brazos de la Virgen, que está reparándole y consolándole, te pido los consueles a los dos: que hagas que todos éstos dejen su incredulidad, sus blasfemias, sus indiferencias, sus preocupaciones de solo mundo, para acordarse al menos algo de que son tan amados por Jesús.

Y hecha la oración al Padre, también conviene hacerla al Hijo en cuanto Dios. Uno con el Padre: que con el poderío de su Divinidad glorifique de una vez a su Humanidad escondida y anonadada por nuestro amor.

9. La petición al Hijo como Dios para que glorifique a su Madre y alegre su corazón

Pero dada la generosidad infinita de Jesús, más eficaz será aun pedirle glorifique a su Madre, pedirle la consuele, atrayéndole a todos sus hijos, de modo que pueda acariciarlos y cuidarlos, y sentirse por ellos acariciada. Que El, como Dios, puede hacerlo, y nada le agradará tanto como que le pidamos por su Madre, como nada agrada al Padre tanto que le pidamos por su Hijo.

Si Ella se asocia a todas sus angustias en el Sagrario, le consuela y anima, justo es que Jesús se asocie a Ella en el dolor por ver tantos de sus hijos alejados: que la consuele y haga feliz atrayéndolos: que se muestre tan buen hijo con Ella como Ella se muestra maravillosa Madre con El.

Es verdad que la ha hecho dichosísima en el cielo, haciéndola partícipe de todo lo suyo. Pero también, como el mismo

Jesús, está en la tierra, y aquí dista mucho de ser feliz, como tampoco Jesús lo es.

Y así con santa audacia he de decirle e importunarle: Está contigo en el altar para consolarte, siempre asociada a Tí en todo, pero también lo está para estar conmigo como mi Mamá, y me quiere como a Tí, pues así se lo has mandado, y quiere verme unido a Tí, jugando contigo, yendo siempre juntos hasta llegar al cielo: ¿no ves que estará triste mientras no me atraigas al seno de Ella, no me hagas hijo fidelísimo de Ella, no la dejes acariciarme ni la dejes ser por mí acariciada? ¿no ves que no puede ser feliz hasta que Tú no me identifiques del todo con tu Mamá? Y sólo entonces se sentirá feliz cuando no sola, como hace ahora, sino conmigo y en mí, y a través mío, te ame, adore y te bendiga. Ya puedes hacer algo por tu Mamá mostrando tu infinito poder.

Y ahí podemos proceder por grados como antes: primero, que me atraiga a mí a su Madre, haciéndome vivir en su seno para que Ella pueda acariciarme y yo la acaricie de continuo a mi vez. Luego a los que conmigo están ante el Sagrario, de los que Jesús le está diciendo como en la Cruz: «Mujer, he ahí a tus hijos»: que Ella pueda gozarse en ellos, y no avergonzarse de ellos ante su Jesús. Después, a cuantos conocemos y tratamos, a cuantos todavía creen que Ella es su Madre aunque aún no la traten como tal; y finalmente a cuantos aún desconocen esa Maternidad recordándole la agonía que ellos suponen para María, al verse desconocida y negada por unos hijos a los que tan entrañablemente ama. Que Jesús le dé la alegría de sentirse rodeada y acompañada y ensalzada de todos sus hijos, para que Ella pueda presentárselos, y en ellos y con ellos corresponder a su infinito amor desconocido y consolarle: que sólo entonces la Mamá estará contenta, cuando vea a todos sus hijos caminando con Jesús bajo su mirada maternal.

¡Con qué confianza y seguridad podemos pedir a Jesús Dios esa atracción de todos sus hijos a María, para consolarla, y cuánto agradará a Jesús nuestra petición!

Pero cuidemos de no hacer esa petición para gozo nuestro ni para salvación nuestra, sino para gozo y dicha de María. Esa será precisamente la mejor vía para alcanzar infaliblemente, sin buscarla, nuestra salvación en peligro y la de aquellos que amamos, pues lograremos que Jesús para consolarla nos atraiga a Ella, y está escrito: «Quien me hallare a Mí encontrará la vida, y beberá del Señor la salvación» (Prov. 8,38).

10. Petición al Padre y al Espíritu Santo por la Virgen María

La misma petición por la Virgen María podemos hacer al Padre y al Espíritu Santo, para gloria y dicha del Hijo.

Al Espíritu Santo recordándole que fue El quien hizo fecunda a la Virgen María: fecunda para engendrar al Hijo de Dios, fecunda para engendrarnos a nosotros. Que no deje a medias su obra: que no sólo le confiera el hecho de la fecundidad, sino también la alegría de la fecundidad, atrayéndonos a todos a Ella y haciéndonos dóciles a Ella como verdaderos hijos, como Ella le ha sido en todo dócil a El.

Igualmente recordémosle que es El quien formó el ser humano de Jesús en las entrañas de la Virgen María: que no lo deje ahora en la gran tribulación del desamor. Que El, que es el Amor sustancial de Dios, le consuele haciendo se sienta amado por los que ama. Que El se derrame en nuestros corazones como principio de amor, porque somos incapaces de amar si El no ama en nosotros. Que no lo haga por nosotros, que no vale la pena; pero sí vale la pena lo haga para consuelo de Jesús, al que El mismo formó de la Virgen María.

Respecto al Padre, recordarle cómo la Virgen María le sustituyó en el cuidado y el amor de su Hijo cuando El quiso abandonarlo en la Pasión, y cómo le acompaña ahora en la amargura de su pasión eucarística. Que pague a la Virgen lo que ha hecho y hace por su Hijo, vertiéndose con

amor infinito sobre los hijos de Ella y atrayéndolos a todos, y la consuele así, como Ella consuela fidelísima a su Hijo.

Y así pidiendo el consuelo de la Madre, obtendremos también el consuelo de Jesús: el único modo de que le amemos es que el Padre nos lleve a su Mamá, pues sólo estando con Ella le amaremos. De modo que aún aquí, nuestro ideal y objetivo, igual que el de la Virgen, es que sea amado en todas partes y siempre el Sagrado Corazón de Jesús.

Si así insistiéramos en nuestra petición a las tres Divinas Personas, repararemos de verdad, y nuestra reparación será buena, porque iremos reparando la rotura que hay entre Jesús y los que El ama, convirtiéndolo todo en soldadura de amor.

Capítulo V

LA REPARACION O SATISFACCION AL PADRE, DEBER DE JUSTICIA

1. Nuestra insuficiencia radical para satisfacer a Dios

La reparación no sólo implica el deber de acompañar y consolar a Jesús con nuestro amor, de que hemos hablado en los capítulos precedentes, sino también, como nos advertía Pío XI en su Encíclica, un deber de justicia con relación al Padre, con relación a Dios, por la que hemos de pagar la deuda contraída por nuestros pecados y por nuestro desamor. Y no sólo por nuestros pecados personales, sino por todos los de la Humanidad, ya que, como integrantes de ella, somos solidarios de la deuda por todos los hombres contraída.

Es más, estando ordenada a nosotros toda la creación visible, la hemos separado de Dios por el pecado, y así hemos de recomponer la rotura puesta en la oración al separarla de El, volviéndola en nuestras manos a El, para que sirva a su gloria y alabanza.

Mas aquí tropezamos con la incapacidad más absoluta de hacer tal reparación. Primero, porque sólo Dios, como autor de la creación, puede arreglarla tras nosotros desordenarla: todo lo que pudieran hacer las creaturas en esa obra maravillosa serían chapuzas que la dejarían peor que estaba. Segundo, porque midiéndose la ofensa por la dignidad del ofendido, y siendo ésta infinita, por ser Dios el ofendido, solo una reparación de valor infinito podría ser válida: es decir, sólo Dios mismo podría hacerla. Y por eso nos envió a su Hijo, «Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verda-

dero de Dios verdadero» para que nos la hiciera en nuestro nombre y por nosotros. Por eso ni los ángeles inocentes, ni la inocentísima Virgen María misma tenían capacidad para hacerla. Tercero, porque nosotros, que hemos de reparar el mal que hicimos, no somos inocentes, sino pecadores, enemigos de Dios por elección propia mala, y así nada podríamos hacer en ese estado que le fuera agradable.

Es, pues, Jesús, y sólo El, verdadero Dios y verdadero hombre, nuestro verdadero y único reparador, y el que sobreabundantemente restaura toda la perfección y orden creados, como sabio arquitecto.

Mas hecho Jesús hermano nuestro, de tal modo nos amó que no ha querido ser sólo El reparador, sino que también nosotros lo fuéramos verdaderamente con El, insertándonos a Sí mismo como verdaderos miembros suyos. De modo que al ofrecernos en oblación al Padre, no ya como simples creaturas sino como miembros vivos de Cristo, sea el mismo Cristo quien en nosotros se ofrezca, con toda la eficacia de su misma inmolación. De forma que en mi oblación al Padre no vea éste una simple oblación de creatura, sino la oblación de su mismo Hijo Unigénito, que se inmola a su gloria en Sí mismo como Cabeza y en sus miembros vivos.

2. Nuestra oblación al Padre de Jesús como víctima nuestra y de nosotros mismos como miembros de El

Esta reparación nuestra al Padre tiene así dos partes.

La primera deriva de nuestra insuficiencia radical para pagar la deuda y satisfacer a Dios. Dada esa insuficiencia, la verdadera y plena reparación a Dios consiste en ofrecerle como nuestro —que El nos lo ha dado para eso— a su Hijo Unigénito, que está como Víctima en la Eucaristía, y como Víctima se nos entrega y hace nuestro en la Comunión. Y al ofrecerle esa Víctima, recomponemos real y perfectísimamente el desorden introducido por el pecado, ya que «plugo a Dios reconciliar consigo todas las cosas, tanto las visibles como las invisibles, tanto las celestes como las terrenas, me-

diante la sangre de la cruz de su Hijo Unigénito» (Col. 1,20).

La segunda parte deriva de nuestra inserción a Cristo como miembros suyos, integrantes de su Cuerpo total: inserción que hemos procurado avivar en los capítulos precedentes procurando la unión y participación más estrecha con los sentimientos de nuestra Cabeza, sintiendo todo lo de Jesús como propio, haciendo mío todo lo suyo, a la vez que hacía suyo todo lo mío. Siendo y sintiéndome así miembro de Cristo, viene mi oblación como Víctima al Padre no sólo en Jesús, con Jesús y por Jesús, y a El unido, sino como parte integrante de El.

La verdadera reparación al Padre consiste en que, hecho una sola Víctima con Jesús, me ofrezca a El totalmente, como se ofrece mi Cabeza.

Por eso, el ofrecernos como víctimas no es algo supererogatorio o de simple perfección, sino algo de absoluta necesidad, dimanante de mi ser miembro de Cristo.

Ofrenda mía como víctima que creo puede resumirse así: Papá, basta ya de que reciba todos los palos la Cabeza; que nos toque algún palo a los miembros: aquí estoy yo para recibirlos: no hieras más a la Cabeza, que ya sufrió bastante: hiere en el Cuerpo, hiéreme a mí. Que siempre será tu Hijo quien te pague, ya sea en su Cabeza, ya en su Cuerpo.

Y con esto creo dejar indicado lo que deseamos tratar en el presente capítulo.

3. Necesidad de unirnos a la Virgen para hacer esa doble oblación

Para acertar en esta doble oblación hemos, ante todo, de unirnos a la Virgen María, la de las maravillosas relaciones con el Corazón de Jesús, que por nosotros lo ofreció en la Cruz, y lo sigue ofreciendo en la Eucaristía, inmolándose Ella misma junto con El, asociada a todos sus dolores: con gozo inmenso al ofrecerlo por la salvación del mundo, con pena tal que con gusto se ofreciera Ella a pasar todos los

dolores de Jesús en vez de El, como nos dice el Beato Eadmero.

Nos es así modelo egregio en el doble aspecto: oblación de Jesús, y oblación de sí misma. Y también maestra que nos ha de enseñar a practicarla, como Mamá a su pequeñuelo. Jamás será auténtica nuestra reparación si no es mariana, hecha en brazos de la Virgen, y unidos a Ella.

La oblación que la Virgen hace de Jesús reviste características del todo singulares. Es Ella quien lo ofrece voluntariamente en la Cruz, y sin su consentimiento Jesús no se hubiera inmolado. Pues así como el Padre quiso el consentimiento de María para que su Hijo se encarnara, así igualmente lo quiso para que cumpliera su misión inmolándose. Jesús se inmola así por obediencia al Padre, según reiteradamente afirma, pero también por obediencia a la Madre, con cuyo consentimiento quiso contar por voluntad del Padre. De ahí que María sea verdaderamente corredentora, pues la Redención no se hubiera hecho si Ella no hubiese autorizado como Madre que Jesús se ofreciera a la muerte como Víctima por nuestros pecados.

Brilla así de modo incomparable, no sólo la parte, de verdad necesaria, que la Virgen toma en nuestra redención, sino también el amor inefable con que nos ama. Si tanto amó Dios al mundo que le dio a su Hijo Unigénito, tanto nos ha amado también la Madre que a ese mismo Unigénito lo entregó a la muerte por nosotros.

Y siendo la Eucaristía reproducción de la muerte y sacrificio de Cristo en la Cruz, sigue en ella la oblación de María: sin Ella tan inexplicable es la oblación eucarística como la oblación de la Cruz.

Ese amor de la Virgen a nosotros sus hijos explica el intenso gozo, de que nos habla Pío X citando a Eadmero, con que la Virgen, en pie junto a la Cruz, ofrece a su Hijo en sacrificio: el gozo de ver que se estaba mereciendo y obrando la salvación de todos sus hijos. Gozo que similarmente tiene en la oblación eucarística, donde esa salvación singularmente se reactúa y aplica.

Gozo que no quita el dolor de ver la agonía de su Hijo, y de saber que es Ella misma quien lo ofrece y entrega a esa agonía. Dolor agudísimo que la lleva a la oblación de sí misma, deseando ardientemente sufrir todos los tormentos de su Hijo con tal de aliviarle en ellos. ¡Con qué ansia se ofrece Ella al Padre pidiéndole descargue sobre Ella los tormentos que su Hijo quiere padecer, y con qué ansia se sigue ofreciendo en la Eucaristía para recibir Ella los desprecios con tal de que su Hijo sea apreciado y amado!

Mezcla inenarrable de gozo y de dolor, en la que no hace sino imitar las disposiciones de su mismo Hijo, que goza y sufre en su pasión, tanto de la cruz como eucarística.

Gozo que Jesús tuvo desde su mismo inicio en la vida terrena, cual nos dice el Salmo: «Como esposo que sale de su tálamo nupcial, exultó como gigante para llevar a cabo su carrera» (Sal. 18,6): es la alegría de Jesús ya en el seno de su Madre pensando en la consumación de su misión. Gozo que expresa en su vida pública cuando dice: «Con un bautismo de sangre tengo de ser bautizado, y ¡cómo me abraso en deseos hasta que lo consume!» (Lc. 12,50). Gozo que expresa en la Ultima Cena, víspera de su muerte: «Con un deseo grande he deseado comer esta Pascua con vosotros» (Lc. 23,15). Gozo al que excita a sus discípulos diciéndoles: «Si me amarais, os alegraríais de que me vaya, porque voy al Padre» (Jo. 14,28), y va al Padre por la muerte, y de eso se habrían de alegrar, como se alegra Jesús.

Gozo que en nada mengua su dolor: «Empezó Jesús a sentir tedio y pavor» (Mc. 14,33), «Triste está mi alma hasta la muerte» (Mt. 26,38). «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» (Mt. 27,46; Mc. 15,34).

¿Qué de particular tiene que la Virgen María, la más unida al Corazón de Jesús, la que en todo sintoniza con El, tuviera una alegría inmensa de que su Hijo vaya al Padre para ser glorificado, aunque sea a través de tanto tormento, y de que en ese camino al Padre dé a Dios toda la gloria que de su creación espera, redima a la Humanidad, y salve a los hijos de Ella?

Ni es de maravillar que junto con esa alegría sienta de verdad en sí misma todos los sufrimientos de Cristo con tanta generosidad que ciertamente, de estar en su mano, hubiera tomado sobre sí la obra de la redención para que Cristo no sufriera nada. Y siendo esto imposible, pues no hay creatura que pueda redimir, le acompaña en todo y sufre en todo con El, ofreciéndose a sí misma al Padre, junto con su Hijo, en un mismo sacrificio e inmolación.

4. Nuestra oblación de Jesús al Padre unidos a María

Copiando esas disposiciones de María hemos de ofrecer a Jesús al Padre en la Eucaristía. Fácilmente sentimos gozo de que Jesús se ofrezca como remedio nuestro: el egoísmo nos ayuda. Difícilmente experimentamos el dolor con que debemos acompañarle, pues, faltos de amor, sólo pensamos en nuestro interés, y no en la aflicción de Jesús. Y ese egoísmo hace hagamos la oblación sin convicción, casi avergonzados de hacerla, poniendo tanto egoísmo donde todo es amor.

Sólo evitaremos la impresión desalentadora de ese egoísmo si nos unimos a la Virgen nuestra Madre, y en brazos de Ella y con Ella hacemos la oblación. En brazos de Ella y con Ella quiero ofrecerlo con el dolor que Ella tiene y con la alegría que Ella tiene. Alegría y gozo con Ella, aunque yo no lo sienta, de que el Padre quede totalmente pagado con su Hijo y de que toda la creación vuelva a Dios por medio del Hijo; alegría y gozo de que a nosotros se nos haya seguido tanto bien de salvación. Pero también con la tristeza que la Virgen María sintió y siente al ver a Jesús sufriendo y anonadado. Y suplicándole insistentes, como pequeñuelos a su Madre: «Santa Madre, que esto hagas: del Crucificado imprime en mí las llagas en lo más profundo de mi corazón: Ea Madre, fuente de amor, házme sentir la fuerza del dolor para que llore contigo» (*Stabat Mater*). Pues si la Virgen no nos lo hace sentir, permanecerá árido y seco nuestro corazón, en la frialdad de su egoísmo.

Pero aún en el caso de que nada sintamos, no hemos de desanimarnos. Si estoy en brazos de Ella, mío es cuanto Ella siente: nada más propiamente del pequeño que lo de su Madre. Por eso puedo decir confiado tanto al Padre Celestial como a Jesús: «No puedo sentir con tu Hijo, y lo lamento; pero como lo siente mi Mamá, y todo lo de Ella es mío, tómalo como si yo lo sintiera.» Y ellos lo tomarán.

Puestos así en sus brazos, viene el hacer la ofrenda. No la podemos hacer en la cruz como María. Pero sí, como Ella y con Ella, en la Santa Misa, donde Jesús se inmola reproduciendo y actualizando el sacrificio de la Cruz. Y también siempre que estamos ante el Sagrario, donde Jesús permanece en estado de víctima ofreciéndose al Padre. Y en nuestro corazón, donde Jesús mora y habita dándosenos por la Comunión. De modo que nuestra oblación de Jesús al Padre en manos de María puede y debe ser continua.

5. Al ofrecer a Jesús como víctima al Padre le ofrezco algo verdaderamente mío, aunque dado a mí por el mismo Padre y por María

Mas al hacer esa oblación, dos cosas he de actuar bien en mí: que al ofrecer a Jesús lo ofrezco como Víctima que satisface sobreabundantemente a Dios por todo, paga toda deuda, y recompone toda rotura; y que ese Jesús que como Víctima ofrezco es de verdad algo mío, que el Padre y la Madre me han dado en posesión con amor incomprensible, de modo que yo verdaderamente pago y reparo al ofrecerlo al Padre.

Que Jesús sea víctima que se ofrece en la Santa Misa lo define el Concilio Tridentino al decirnos que el sacrificio de la Misa reproduce y reactúa el mismo sacrificio de la cruz, con la sola diferencia que en la Misa se inmola bajo apariencia ajena —la de pan y vino— y de modo incruento. Y la misma Liturgia de la Santa Misa insiste en este carácter de Víctima al presentárnoslo reiteradamente como «Cor-

dero de Dios, que toma sobre Sí —o quita— los pecados del mundo»: Así dos veces en el Gloria, tres después del Padrenuestro, y una finalmente al presentarlo al pueblo antes de la Comunión. E inmediatamente después de la consagración: «te ofrecemos... la Víctima pura. la Víctima santa, la Víctima inmaculada, pan de vida eterna y cáliz de eterna salvación» (Hostiam puram, hostiam sanctam, hostiam inmaculatam, Panem sanctum vitae aeternae, et Calicem salutis perpetuae»)

Y no sólo es Víctima en la Misa, sino que permanece en estado de Víctima en la Eucaristía fuera de la Misa, pues siempre que se da la comunión fuera de ella, el sacerdote ha de presentarlo al fiel diciendo: «He aquí el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo.» Quita o toma sobre Sí *en presente*, de modo que es Víctima actual, Víctima sigue siendo ya en nuestro corazón, donde podemos ofrecerlo al Padre como paga y satisfacción de todos los pecados, no sólo los nuestros, más también los del mundo entero.

Que Jesús sea mío, y pueda y deba ofrecerlo como mío, aunque dado por el Padre para que como mío y paga mía pueda ofrecérselo, nos lo dice Jesús: «Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo Unigénito... para que todo el que crea en El no perezca, sino que tenga vida eterna» (Jo. 3,16), y así lo testificamos en la Oración de después de la consagración: «Ofrecemos a tu excelsa Majestad, *de tus mismos dones* y dádivas, la Víctima pura, la Víctima Santa, la Víctima inmaculada.»

Y también es Jesús Víctima nuestra como don de la Virgen María, que nos lo entrega. Pues así como el Padre Celestial lo dio al mundo por manos de Ella, y por manos de Ella se ofreció por nosotros en la cruz, así ahora en la Eucaristía, reproducción del sacrificio de la Cruz, se nos da Jesús por manos de Ella.

Es así Jesús Víctima en la Eucaristía, que se hace mío por donación del Padre y de la Madre, para que como mío pueda ofrecerlo y pagar toda deuda. Y me salvo ofreciéndolo al Padre en brazos de María, y contribuyo a la salvación

del mundo. Y esa oblación mía se requiere como aceptación mía a la redención de Jesús, mi SI a su paga.

6. El amor infinito del Padre y el amor incomprensible de la Madre en esa donación a mí de su Hijo como víctima para que como mía pueda ofrecerla

Al contacto con la Eucaristía lo primero es darme cuenta del Don que se me ha dado: extasiarme en Jesús y en su infinita perfección, y sentirme seguro y exultante al ver que Jesús es mío, precio infinito con que puedo pagar toda mi deuda y aun la del mundo entero, pues «una sola gota de su Sangre puede salvar al mundo de todo crimen» (Sto. Tomás de Aquino), y no sólo toda su sangre, sino todo El es mío.

Pero inmediatamente volverme al Dador de tan gran Don, mirar al Padre Celestial, darle gracias y bendecirlo, porque en mi pobreza, en que nada tenía que ofrecerle para desagraviarle y satisfacer por mis ofensas y las del mundo entero, acaba de darme y entregarme a su mismo Unigénito, para que como propiedad mía se lo ofrezca por mi salvación y la del mundo.

Y entonces maravillarme de ese amor infinito con que el Padre me ama, hasta entregarme a su mismo Hijo Unigénito para que sea mío: «¡Oh inefable maravilla de caridad! que para redimir y salvar al siervo entregaste al Hijo!» (*Exultet angelica*, Sábado Santo).

Y luego volverme a la Virgen María, maravillarme del amor con que me ama, pues también Ella me da a su Hijo. Como el Padre lo dió al mundo por Ella, esperando su consentimiento para dárnoslo por Ella, así ahora en la Eucaristía y en la Comunión nos lo da por manos de María: Ella es la que siembra a Jesús en nuestros corazones, nos dice San Bernardo: realísimamente lo siembra por la comunión.

Es la Madre la encargada de dar el alimento a los pequeñuelos. Al quedarse Jesús en la Eucaristía como alimento y como bebida, claramente me está diciendo: Es mi Mamá y tuya quien te entrega este alimento y esta bebida.

Y maravillarme de lo que me ama la Virgen, entregándome a mí en singular, tal como soy, exponiéndolo al desprecio y al ludibrio, a su Divino Hijo, para que pueda ofrecerle al Padre por mis deudas y las del mundo, pues Ese que en singular se me da del todo sigue siendo en mí «el Cordero de Dios que toma sobre Sí los pecados del mundo».

Y pasmarme de ese amor de María, que si fue mucho al ofrecerlo por nosotros y por mí, mayor se muestra ahora al ofrecerlo y darlo a mí en particular y en exclusiva para que sea precio de mi salvación, sabiendo lo mal que se lo trato; y al ponerlo al alcance de todos en la Eucaristía, sabiendo los olvidos y desprecios de que será objeto.

Una vez puesto ese agradecimiento al Padre y a la Madre por su Don, hemos de volvernos a Jesús, viéndolo todo mío, cargado con mis pecados y los de todo el mundo. A Jesús que me dice: He venido a pagar tu deuda y la de los hombres todos, y quiero me ofrezcas al Padre como precio, que El no podrá rehusar. Y al ofrecerme es infinitamente más lo que das al Padre de cuanto El pueda darte al perdonarte tus pecados y devolverte su amistad.

Por desconocer prácticamente el valor de esa Víctima que es mía y ofrezco al Padre nos domina el desaliento y pesimismo, y hasta a veces pensamos cuán distinta sería ahora nuestra suerte y estado si no hubiéramos pecado. Y nos equivocamos: nada de lo mal hecho por mí puede perjudicarme una vez que Jesús lo repara: antes bien ya todo el pasado colabora en mi bien: todo, hasta el mismo pecado, que para bien mío ha sido permitido por el Padre.

Igualmente, nuestras desconfianzas en orden a la salvación del mundo y de los hombres no otro origen tienen si no el olvidar el valor de la Víctima que ofrezco.

Por eso nunca insistiremos bastante en el valor y eficacia de esa Víctima que ofrecemos como nuestra.

Pero hay que ofrecerla al Padre unidos a la Virgen María. Aunque la haga solo, la ofrenda vale, porque Jesús es mío. Pero cuánto afligiré a Jesús, que es todo amor y por amor se me entrega, al no hallar en mí más que tibieza y

frialdad: no podrá sentirse contento, ni en mis manos cuando le ofrezco en la Santa Misa, ni en mi corazón cuando lo recibo.

Pero si yo ofrezco la Misa, no sólo, sino en brazos de la Virgen María, unido a la oblación de Ella, y pidiéndole a Ella que lo ofrezca a través de mis palabras, siendo yo como monaguillo suyo, y si trato a Jesús en la Eucaristía y en mi corazón uniéndome a su Madre y desde los brazos de Ella, Jesús estará contento de ser mío y estar conmigo, porque al ser mío es de su Madre, y al estar conmigo estará con su Madre: aunque yo le trate mal, o distraído, o incluso le ofenda, bastará para su gozo sentirse por su Madre acariciado y mimado. Por eso, si no queremos ser aflicción para el Corazón de Jesús, ofrezcámosle al Padre unidos a la Virgen María.

7. Al ofrecer a Jesús al Padre pago sobreabundantemente toda deuda mía y toda deuda de la Creación

Ya en la ofrenda misma, todo ha de ser trato con el Padre a quien lo ofrecemos. No con Jesús, ni con la Virgen, aunque sí desde los brazos de la Virgen, y tomando en nuestros brazos a Jesús para ofrecerlo a su Padre. Mas nuestro diálogo ha de ser con el Padre. Por eso nos dirigimos en todas las oraciones de la Misa: es el diálogo litúrgico en nombre de la Iglesia.

El diálogo personal puede ser vario, mientras sea diálogo de amor, porque Dios es amor. Y el amor, aunque repita siempre lo mismo, nunca lo repite del mismo modo: es enemigo de fórmulas, porque toda entrega de amor es novedosa; si no, no sería ya de amor.

Por eso, el modo que proponemos es simple guía de orientación general.

Ante todo, hay que tener presentes los cuatro fines o frutos del sacrificio eucarístico —y aun de todo sacrificio—: latreútico o de alabanza; eucarístico o de acción de gracias; propiciatorio o de petición de perdón, saldando la deuda

contraída por la satisfacción; y finalmente impetratorio o súplica de dones y beneficios.

Lo primero, pues, de todo, ofrezcamos como propia al Padre la adoración que Jesús le presta en nombre de toda la creación, anonadado, desconocido, oculto y anulado en la Eucaristía para glorificar al Padre y darle gloria. Y esa adoración, Padre Santo, te la presta en mi nombre y en el de todas las creaturas. Conténtate con la adoración de tu Hijo; yo uno a la de El la mía pequeñina: por favor, admítela también: ya que aceptas la adoración de tu Hijo que yo te ofrezco, no rechaces la miseria que yo pongo dentro de la que tu Hijo te ofrece: haz que, con la Virgen María, una mi adoración a la suya, y no mires lo deficiente que es, que para suplir esa deficiencia te ofrezco la adoración de tu Hijo: con su adoración te pagamos y compensamos toda uestra falta de adoración.

Luego, ofrecerle como propia la alabanza que su Hijo e da en el Sagrario: Yo no sé narrar tus glorias como mi Mamá la Virgen María: me canso enseguida de alabarte, porque no te conozco. Pero te ofrezco como propia la alabanza de tu Hijo, que es mío, y es el único que de verdad te conoce, porque nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo quisiere revelárselo: te ha revelado maravillosamente a la Virgen María mi Mamá, pero yo soy tan pequeñito que apenas si entiendo nada de cuanto Jesús y María de Ti me revelan y enseñan: por eso, en mi pobreza, te ofrezco la alabanza perfecta de tu Hijo, como mía y de toda la creación: conténtate con ella, sé feliz con ella.

Y no olvide que cuando ofrezco al Padre la adoración y la alabanza de su Hijo Jesús, le ofrezco adoración y alabanza verdaderamente mías, porque el mismo Jesús es mío, dado por el Padre para que pueda ofrecérselo. Y así he de decir al Padre: Papá, ya puedes estar contento de la adoración, alabanza y gloria que te doy.

Y viene luego la acción de gracias: si de alabarle nos acordamos poco, aun menos nos acordamos de darle gracias: somos ingratos y olvidadizos como niños pequeños. Pero

puedo y debo ofrecerle como mía y de toda la creación la acción de gracias de Jesús: Te ofrezco el agradecimiento de recibir de Ti el Ser divino por generación eterna; agradecimiento de que le hayas llenado de gracia y de verdad en su ser Humano; de que en ese ser humano le oigas siempre; de que le hayas dado por Madre y amada a la Virgen María, para que entre nosotros no se halle destituído del amor que su Corazón desea; de que le hayas hecho Redentor, pastor, cabeza y Rey de todos los hombres y de toda la creación para poder alabarte en nombre de toda ella: recibe esa acción de gracias como nuestra, ya que El te la da en nombre de todos los hombres: no veas nuestro desagradecimiento: bástete el agradecimiento de tu Hijo, que es nuestro.

Viene en tercer lugar el ofrecerle a Jesús como Víctima expiatoria de nuestros pecados, Cordero de Dios que toma sobre sí los pecados del mundo: y por ella pedir perdón de mis pecados y de los del mundo entero.

El estado del mundo, puesto todo él bajo el poder del maligno (1.ª Jo. 5,19) nos deprime, y mucho más me reprime, y aplana la contemplación de mi estado de pecado del que no acabo de emerger. Pero toda esa depresión y aplanamiento ha de desaparecer al ver a Jesús «que toma sobre Sí mis pecados y los del mundo», ese Jesús «del cual una sola gota de sangre basta para salvar a todo el mundo de todo crimen» (Sto. Tomás), y que la está derramando toda para lavarnos a nosotros y al mundo.

Por eso, en lugar de deprimirme, he de decir al Padre: Es verdad que nos hallamos ante Ti inconcebiblemente manchados, llenos de pecados y de deudas. Pero te ofrecemos a tu Hijo como paga, a tu Hijo que ha querido hacer suyos todos los pecados del mundo para pagarlos. ¿No te parece que ya están bien pagados? ¿quieres todavía más Víctima que tu Hijo, o te parece que ha hecho poco para pagar por nosotros? ¿No te da vergüenza indignarte con los pecados de los hombres cuando te ofrecemos a tu Hijo como paga y satisfacción? ¿No te da vergüenza no limpiarnos a todos y atraernos a todos a Jesús, para que El se vea libre de esos

pecados? Porque si Tú no nos perdonas, Jesús sigue cargado con ellos. Por amor a tu Hijo, destrúyelos. Por amor a tu Hijo, para gloria de tu Hijo, para que El se sienta limpio y no avergonzado ante Ti por nuestros pecados, perdona todos los pecados del mundo.

Y aun podemos añadirle, al ofrecerle esa Víctima divina que nos da derecho a toda osadía: No hay derecho a que te indignes contra el mundo, porque desde todas las partes de él está Jesús adorándote y bendiciéndote, dándote gracias y reparando todas nuestras ofensas, que toma sobre Sí haciéndolas suyas. ¿Cómo puedes, Padre, indignarte contra un mundo donde tanto eres amado, donde tanto eres adorado, donde no se oye más que un cántico, que todo lo llena, de acción de gracias, alabanza y bendición a Ti?

Y si el Padre me dijera: ¿Dónde está ese himno que todo lo llena, cuando a Mí llega el furor de las blasfemias, de los odios e iniquidades en que se debate la Humanidad? Yo le diría: Papá, ¿es que no tienes más que oído para oír a las ranas que croamos? ¿Es que no tienes oído para oír la voz suavísima de tu Hijo, que te está alabando en todos los sagrarios y en todos los corazones que le reciben? Aunque esos corazones no resuenen, en todos ellos te está amando Jesús: como no resuenan los sagrarios, que nada sienten. Pero allí te está Jesús amando. Ya puedes complacerte en el mundo que creaste, porque de ese mundo y desde ese mundo recibes mucho más de lo que Tú mismo le has dado, salvo el don de tu Hijo, que también nos lo diste Tú para que tuviéramos algo digno de Ti que ofrecerte: si tenemos algo que ofrecerte, es porque Tú nos lo diste. Que por eso te decimos tras la consagración: De tus Dones y de tus dádivas te ofrecemos la Dádiva suprema, que es Jesús, «víctima viva, víctima santa, víctima inmaculada, pan santo de vida eterna, y cáliz de eterna salvación».

Finalmente, viene el aspecto impetratorio del sacrificio, con la petición de beneficios a Dios. Es tan grande el valor de la Víctima que ofrecemos, que, tras pagadas sobreabundantemente todas nuestras deudas, aun se siente el Padre

obligado a concedernos cuanto le pidamos, pues cuanto nos conceda, aun incluída la vida eterna, será de menos precio que su Hijo.

Así nos lo asegura el mismo Hijo cuando nos dice: «Todo lo que pidiereis al Padre en mi nombre se os concederá» (Jo. 14,13; 16,23).

Es evidente que poniendo como precio al Hijo nada puede negarme el Padre. Si con verdad dice San Pablo, ponderando la buena disposición que Dios tiene de atendernos en todo, «El que a su propio Hijo no perdonó, sino que por todos nosotros lo entregó, ¿cómo no nos iba a dar con El todas las cosas?» (Rom. 8,32), ¿cuánto más querrá el Padre atendernos cuando le ofrecemos como precio a su Divino Hijo?

Por eso nunca será bastante nuestra fe y confianza en que Dios no nos negará nada de cuanto pidamos cuando le ofrecemos a su Hijo y le pedimos en su nombre.

Y esa confianza cierta ha de ser para todo cuanto pidamos, pues «todo lo que pidiereis en mi nombre os será concedido» (Jo. 14,14). Todo, pues, puedo pedirle.

Pero ante tanta generosidad de amor del Padre y del Hijo cuide de que mi petición sea también desinteresada y de amor. No es que no pueda pedir todo lo demás— que se me dará por añadidura, aunque no lo pida expresamente—. Pero he de insistir en que mi petición la informe el amor a Jesús: en pedir «por Jesús», no sólo por su medio, sino también por El y para El.

8. Nuestra petición al Padre por Jesús: que lo consuele, glorifique y haga dichoso entre nosotros

Dejando, pues, nuestro cuidado y remedio en manos de Jesús, hecho Víctima por mí y constituído en mi Pastor, y confiando a El mi salvación, la de los míos y la de todos los hombres, preocúpeme sólo de pedir al Padre el remedio de Jesús en su agonía eucarística, suplicándole le haga di-

choso y feliz entre nosotros, y haga feliz entre nosotros a la Virgen María viendo contento a su Jesús.

Recordémosle que si su Hijo así por El se sacrifica y anula en la Eucaristía, queriendo ser desconocido y despreciado para que El sea glorificado y dándole gloria infinita desde la creación y en la creación para que el Padre se complazca en ella, es justo que también el Padre le glorifique, como el mismo Jesús se lo pidió: «Padre, Yo te he glorificado sobre la tierra: glorifícame Tú ahora a Mí» (Jo. 17,4.5).

Es cierto que ya le ha glorificado en su seno, sentándole aun como Hombre a su diestra, y constituyéndole Rey de todo lo creado, asociando a la Virgen María a esa glorificación del Hijo.

Pero Jesús no sólo está en los cielos. Ha sido tan tonto amándonos hasta el extremo, que se ha quedado con nosotros en la tierra: «no os dejaré huérfanos, vendré a vosotros» (Jo. 14,18), «y estoy con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos» (Mt. 28,20). Es la multiplicación de su presencia humana física entre los sagrarios y en los corazones de cuantos le reciben.

Y entre nosotros Jesús no puede ser feliz, amando tanto sin sentirse amado, conociendo a cada una de sus ovejas sin ser conocido de la inmensa mayoría de ellas, y siendo menospreciado precisamente por los que más le acompañamos, que con frecuencia le negamos toda muestra de adoración externa, resistiéndonos incluso con frecuencia a doblar ante El la rodilla cuando le recibimos.

Si Jesús se nos manifestara glorioso como está, caeríamos de bruces ante El como muertos, cual le sucedió a San Juan en el Apocalipsis (1,17). Pero Jesús se esconde y anonada para ser Víctima por mí, porque una víctima que no se anonada no es víctima. Y de ese amor de El infinito, que le impulsa a hacerse Víctima por mí, yo me aprovecho para menospreciarle y no hacerle caso alguno: no sólo es desamado amando, sino que es desamado *porque ama*, lo cual es mucho más doloroso para su Corazón.

Si me miro a mí, veo que de un modo u otro paso todo

el tiempo con Jesús, o mejor, Jesús lo pasa conmigo: conmigo se encuentra, y entre mis brazos, cuando celebro la Misa, y no tiene más remedio que aguantarme; conmigo se queda tras sembrarse en mí por la comunión, y en mí permanece; conmigo se encuentra cuando le visito y hablo con El; e incluso cuando estoy dormido, El está conmigo.

¿Puede ser feliz conmigo, cuando viviendo así El para mí y conmigo yo apenas si me acuerdo de El en todo el día, cuando ve que en realidad no le amo nada, y que cuando viene a mi corazón le siento como en una silla, y después ya no me acuerdo más de El, dejándole solo y abandonado? Y El allí se está, y allí aguanta, porque se queda donde la Virgen María lo ha sembrado: si la Virgen misma no lo cuidara y mimara en mí, sería para El del todo desolador.

Y entonces pedirle al Padre que consuele a su Jesús y le haga feliz atrayéndome a El con la omnipotencia de su amor, y enamorándome de El, pues mientras el Padre no me atraiga permanecerá mi corazón de El alejado, aunque físicamente estemos tan juntitos.

Si miro en derredor mío, veo grupos de almas que, comparadas conmigo, están enormemente enamoradas de Jesús. Pero al compararlas con el amor con que Jesús las ama, me doy cuenta cuán desolador es para Jesús verse tan mal correspondido hasta por los que parecen a los ojos de nuestra tibieza amarle más. Entonces entendemos su queja: «Pero lo que más me aflige son las desatenciones y menosprecios de los a Mí consagrados». Y entonces no nos hemos de cansar de insistir al Padre para que atraiga a su Hijo a esas almas voluntariamente consagradas, y las enamore de El, para que El pueda gozarse en ellas y ser feliz con ellas.

Mas también está en el Sagrario por todos y cada uno de los hombres: por eso multiplica su presencia para estar al alcance de todos y de cada uno. ¿Cuántos se acuerdan de El? ¿No es el gran Olvidado?

Y entonces insistir al Padre: «Tienes que hacer feliz a tu Hijo de una vez: es una vergüenza que yo, que apenas si le amo, deseo le hagas feliz, y que Tú, que tienes en El todas

tus complacencias, no uses de tu omnipotencia para hacerle feliz. Mira que es tu oficio atraernos a El, pues «nadie irá a El si Tú no lo atrajeres» (Jo. 6,44). ¿Por qué nos echas las culpas de que no amemos a Jesús, si Tú no nos has atraído a El todavía? Papá, atráenos a todos para que El sea feliz, pues por más que lo intente, yo no lo amaré hasta que Tú no me atraigas y me sometas a El.

Y ahí ha de venir la oblación de mi libertad al Padre: que no haga caso de las resistencias de mi libertad, pues yo se la doy, y no me quejaré de que me fuerce con su poder, sino que se lo agradeceré. Y puesto que mi libertad es suya, que me fuerce, que me haga escabel de los pies de Jesús para que El juegue conmigo, que me someta a El a mí, que soy su peor enemigo. Y después tener paciencia, aguardando la hora en que el Padre quiera, según su beneplácito, obrar en mí esa sumisión.

Luego pedir lo mismo por los que conocemos, nombrándolos en particular: que el Padre los atraiga a Jesús, para que Jesús se sienta feliz en nuestro ambiente y entre nosotros.

Y finalmente, pedir atraiga a El todos los hombres. Pero aquí, más que nunca, ha de ser nuestra petición para bien y consuelo de Jesús, no directamente para remedio de los hombres.

Ojos que no ven, corazón que no siente. Yo no puedo pedir con vehemencia e intensidad la salvación de mil millones de chinos que no conozco, y son sólo para mí una cifra fría, cuyo alcance no llego a comprender —¿quién comprenderá siquiera lo que es un millón, quién lo ha jamás contado de uno en uno?— Por eso me será imposible pedir con intensidad y verdadero deseo de ser escuchado la salvación de mil millones de chinos y de seis mil millones de seres humanos.

Pero si miro el dolor de Jesús presente en mí, su aflicción al sentirse desconocido y desamado por tantos hijos suyos, esa aflicción de Jesús es concreta y palpable para mí, y así podré pedir con la misma intensidad y ansia que atrai-

ga el Padre a Jesús hasta el último hombre, porque percibiré que Jesús no es del todo feliz hasta que no sea correspondido por todos y cada uno en su amor. Entonces pediré que atraiga a cada chino y a cada hombre con la misma intensidad que sea capaz de pedir me atraiga a mí o a los míos que conozco. Porque en ninguno de los casos será motivo de mi petición el bien de los que deseo el Padre atraiga, sino el consuelo de Jesús, a quien tengo en mi corazón, percibiendo no será feliz entre nosotros hasta que se sienta conocido y amado por todas y cada una de sus ovejas, a las que El sí conoce por su nombre, no sólo en montón anónimo como yo.

Ni es esto falta de caridad fraterna, aunque parezca olvido del interés de los hermanos, del interés de los hombres. Ese interés lo alcanzaremos mucho más fácilmente, (igual todos los bienes para ellos, si para nada los nombra mos, pidiendo sólo el gozo de Jesús al sentirse amado d todos ellos.

¿Qué mayor bendición puedo yo tener, o desear para los otros, que el que el Padre me atraiga a su Hijo, y me entregue y me someta a El? Logrando eso, ya lo obtengo todo, y en primer lugar la salvación, ya que el Hijo nos dice: «Al que venga a Mí Yo no lo rechazaré, porque vine para hacer la voluntad de mi Padre y no la mía» (Jo. 6,37). Atraído a Jesús y sometido a El, Jesús ya hará conmigo lo que quiera. Y como es mi Pastor, Redentor, Amigo y Hermano, que quiere complacer a su Padre y a su Madre, nada me va a faltar: «El Señor es mi Pastor, nada me falta» (Sal. 22,1): El será todo mío, y lo dispondrá todo para mi bien.

Por eso, al pedir al Padre Celestial que haga feliz a su Hijo entre nosotros, haciéndolo conocer y amar por todos, no para que se salven, sino para que Jesús sea dichoso al sentirse amado y correspondido, estoy pidiendo la salvación de todos del modo más eficaz que podría hacerlo, e implorándoles toda bendición.

Por eso vimos hacía depender el Papa la conversión del mundo de nuestro espíritu de reparación: mientras mi ora-

ción de reparador no sea egoísta, buscando mi bien o el de los otros, sino que busque y pida solo el gozo de Jesús, el que El sea amado.

Finalmente, después de pedir así insistentemente al Padre por su Hijo, conviene dirigirse también al Hijo como Dios, Uno con el Padre. Es en su traje de Siervo que repite su pasión eucarística anonadándose y queriendo ser desconocido y desamado. Pero como a Dios he de decirle: ¿No te da vergüenza de lo que sufre la Virgen María, que tanto te quiere? Ya sé que Tú quieres pasar desconocido, desamado y totalmente olvidado en el Sagrario y en la Eucaristía, para copiar en ella del todo tu sacrificio de la Cruz. Pero, ¿no te parece que ya es hora de que hagas feliz a tu Madre, que es la que te endulza esa pasión eucarística, amándote y adorándote por todos? ¡Qué feliz la harías si atrajeras a Ella todos sus hijos, y Ella pudiera acariciarlos, y sentirse por Ellos acariciada, y pudiera presentártelos a Ti, y amarte con todos ellos y en todos ellos! Sabes no será nunca feliz mientras tenga que añorar y lamentar la ausencia de alguno de sus hijos.

Así hemos de forzar a Jesús para que nos traiga a todos a su Madre, para que, tras enjugar sus lágrimas con nuestras caricias, e incluso distraerla de su dolor con nuestras travesuras, con Ella y desde Ella le amemos y estemos con El.

Pidamos a la misma Virgen como Mamá, y al Corazón de Jesús como Maestro nuestro, que Ellos mismos nos expliquen y hagan entender cómo hemos de hacer esta oblación de Jesús como Víctima al Padre. Sólo con su enseñanza aprenderemos a hacerla, y practicándola bajo su mirada y con Ellos aprenderemos a vivirla.

9. La oblación de nosotros como víctimas al Padre, unidos a Jesús como miembros suyos, y en brazos de la Madre

Hecha la oblación de Jesús al Padre, viene la segunda parte: la oblación de nosotros mismos como víctimas unidos a Jesús, pidiendo al Padre nos acepte. Oblación hecha por cada uno en singular, pero no sólo particularmente, sino como representando a toda la creación, imitando también en esto al mismo Jesús.

Este es precisamente el orden que nos pone la Liturgia en el Canon Romano. Tras consagrar, primero hacemos al Padre la oblación de su Hijo presente ante nosotros y hecho nuestro por don del mismo Padre: «Ofrecemos a tu excelsa Majestad, de tus mismos dones y dádivas, la Hostia pura, la Hostia santa, la Hostia inmaculada, Pan santo de vida eterna y Cáliz de perpetua salvación.»

A continuación hacemos oblación de nosotros mismos ; de cuantos asisten al sacrificio o llevamos en nuestro corazón: «Sobre los cuales dígnate, Señor, mirar con rostro propicio y sereno, y aceptarlos, como te dignaste aceptar los dones de tu siervo el justo Abel, y el sacrificio de nuestro Patriarca Abrahám, y el que te ofreció tu sumo sacerdote Melquisedec, sacrificio santo, hostia inmaculada».

Es evidente que aquí no pedimos al Padre que mire con rostro propicio y sereno a su Hijo, que acabamos de ofrecerle: esto sería absurdo, pues sabemos que en El tiene todas sus complacencias; y si el Padre no aceptara a su Hijo por Sí mismo, nada podrían ayudar nuestras pobres plegarias para que el Padre lo aceptara.

Lo que quí realmente pedimos es que nos acepte a nosotros como víctimas. El don creado que ofrecieron Abrahám, Abel y Melquisedec nada valía ante Dios; pero representaba como todo sacrificio, la inmolación de los oferentes, cuyo oficio hacía la víctima: y Dios tuvo la bondad de aceptar el mísero don que le ofrecían, y lo que es más, de aceptarlos

a ellos y mirarlos benigno y aplacado. Lo mismo pedimos haga con nosotros tras ofrecerle a Jesús, su Unigénito: y que nos acepte como sacrificio «santo y hostia inmaculada», es decir, como al Jesús mismo que acabamos de ofrecerle, y por tanto que nos asimile a la Víctima divina que acabamos de ofrecerle, aceptándonos como miembros de Cristo que con El nos inmolamos al Padre.

En la oración tercera, pasamos a hacer oblación al Padre de toda la creación, cuya parte y representante soy. Para eso el sacerdote se inclina profundamente, como anonadado bajo el peso de la creación entera que quiere llevar consigo al Padre en su oblación, y sintiéndose impotente para arrastrar tanto peso, pide al Padre que se digne llevarme ante El, junto con la creación a mí adherida como su parte, por medio del Mediador Jesucristo, el Angel el Nuevo Testamento: «Suplicámoste humildemente, Dios mnipotente, mandes que todo esto sea llevado por manos de tu Angel (Jesucristo, el Angel del Nuevo Testamento) a tu sublime altar del cielo, a presencia de tu Divina Majestad.» Y tanto en esta oblación como en la anterior, pedimos y suplicamos al Padre la acepte, pues bien sabemos que es indigna de El, y que El, que hace de los indignos dignos, nos haga digna oblación a su gloria recibiéndonos como identificados a su Hijo Unigénito, cuyo Cuerpo recibimos para vivir de su vida hechos miembros suyos.

Luego viene la oblación particular de las almas del Purgatorio, pidiéndole las transforme e identifique del todo con Jesús, llevándolas con El ya al cielo, ya que Jesús se ofrece por vivos y difuntos.

Cuando pedimos al Padre nos atraiga a Jesús y asimile a El para que nos acepte como formando una sola Víctima con El, y así su Hijo sea feliz entre nosotros, el Padre parece respondernos: No lo hago todavía, porque mi Hijo quiere sufrir entre vosotros desamor y desapego para mejor reproducir su pasión salvadora, en que quiso ser abandonado y blasfemado y sufrir todo dolor, mostrando así a todos el amor con que los ama sin ser amado, y así en definitiva

a todos atraerlos: «Cuando Yo fuere elevado sobre la tierra (y sobre el altar) atraeré (en futuro) a Mí todas las cosas» (Jo. 12,32).

Es entonces cuando pasamos a nuestra oblación de las almas del Purgatorio: Papá, demos por sentado que Jesús ha de ser desconocido en el mundo para mejor salvarnos, venciendo con su inconcebible amor nuestras libres resistencias. Pero, ¿por qué ha de ser desconocido, o imperfectamente conocido, en el Purgatorio? Ofreciéndose por vivos y difuntos, ha pagado exhaustivamente la deuda de todos éstos: no hay así deuda en ellos que no haya sido sobreabundantemente ya pagada por tu Hijo. Si los hombres resistimos con nuestra libertad, y para quebrarla quiere manifestar hasta la saciedad la magnificencia de su amor, amándonos sin ser amado, en las almas del Purgatorio ya no hay resistencia, y si la hubiese será sólo por la vergüenza que tienen de ir a Ti, viéndose indignas, y Tú puedes quebrarla. Para gloria de tu Hijo, para gozo de El que paga toda la deuda de ellas, para que por ellas se sienta exhaustivamente amado, obliga a esas almas, que no te resistirán, a entrar en el cielo hechas uno con Jesús como miembros de su Cuerpo glorioso; purifícalas de una vez. Glorifica a tu Espíritu Santificador, mostrando la omnipotencia de su acción en esa purificación: da gozo a la Virgen María que como Madre las espera ansiosa para servirlas en el banquete del cielo; deja que irrumpa tu mismo amor de Padre, que ansía abrazarlas.

Si hiciéramos bien esta oblación, el Purgatorio se vaciaría en cada Misa. Si las almas permanecen en el Purgatorio, es porque nosotros no sabemos usar ante el Padre de Jesús Víctima.

Tras la oblación de los Difuntos, volvemos a insistir en la oblación de nosotros los vivos, pidiendo nos asimile del todo con Jesús llevándonos al cielo, y se lo pedimos por el mismo Jesús, para gozo de Jesús, su Unigénito: no alegamos mérito propio alguno, que sabemos no tener: nuestro título es la infinita bondad y misericordia del Padre, y el gozo

que dará a Jesús, por quien se lo pedimos, y de quien nos deriva todo bien: «También a nosotros pecadores, siervos tuyos, que esperamos en la muchedumbre de tus misericordias, dígnate darnos parte y vivir en compañía de tus santos Apóstoles y Mártires... en cuyo consorcio te pedimos nos recibas no como apreciador de nuestros méritos, sino como perdonador de nuestras culpas. Por Cristo, Señor nuestro, por quien creas, Señor, todos estos bienes, los santificas, los vivificas y nos los repartes».

Pero esa salvación no la pedimos como bien nuestro, sino como inserción a Cristo como una sola Víctima, que en El y con El y por El se ofrece eternamente para gloria de la Trinidad Beatísima: gloria que es el fin primario de todo sacrificio. Es esa gloria la que unidos a Jesús, buscamos al ofrecernos, el fin latréutico de todo sacrificio: nuestro deseo no es directamente ser salvos, sino adorar y glorificar eternamente a Dios hechos Uno con su Hijo Unigénito: «Por El, con El, y en El, a Tí, Dios Padre Omnipotente, en unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria, por todos los siglos de los siglos Amén.»

Aceptada por el Padre nuestra oblación de víctimas asimiladas a Jesús, nos sentimos y somos de verdad, hechos ya miembros vivos suyos, hijos de su mismo Padre (Padrenuestro), y por El protegidos y cuidados por ver en nosotros a su Hijo Jesús (Oración después del Padrenuestro), confirmando el mismo Padre esa identificación nuestra con Cristo al dárnoslo como alimento y vida en la Comunión.

He de ofrecerme así yo también como Víctima al Padre. Si me mirara solo a mí mismo, esa ofrenda nada valdría. Pero cuando ofrezco a Jesús al Padre, he de decirle: Las duras con las maduras: si aceptas la oblación de tu Hijo, que te ofrezco, acéptame también a mí con El, pues soy su oferente. Y luego he de decir al Hijo: Yo te he complacido ofreciéndote al Padre como Tú deseabas, para darle gloria. En compensación, ofréceme Tú ahora a mí al Padre, para que acepte la miseria de mi oblación por ser Tú el oferente: si antes me aceptó como oferente tuyo, me aceptará ahora

como víctima por ser Tú el oferente. Y si Jesús me lleva al Padre, cierto que el Padre no podrá rechazarme.

10. En qué consiste nuestro estado de víctima

¿En qué consiste prácticamente esa oblación de nosotros mismos como Víctima al Padre, unidos a Jesús?

Dado que Jesús, al reproducir actualmente en la Eucaristía para cada uno de nosotros su pasión de la Cruz, quiere sufrir desamor y desprecio como en la cruz, nosotros debemos ofrecernos no sólo para acompañarle y sentir con El sino también para aliviarle y en cierto modo sustituirle, pidiendo al Padre descargue sobre nosotros el sufrimiento y desamor, y no sobre Jesús.

Es lo que hizo la Virgen María en la Cruz, rodeada del grupito de enamorados que consigo había atraído: no sólo sentía y sufría con Jesús, acompañándolo en todo, sino que ardientemente deseaba suplir con sus dolores esos dolores de Jesús, y se ofrecía al Padre para soportarlos en vez de El. Y es lo que sigue haciendo en la Eucaristía, deseando que el grupito de adoradores que la acompañan se asocien a su oblación, ofreciéndose a todo sufrimiento para aliviar a Jesús.

Brevemente, yo resumiría en esto nuestra oblación unidos a María: Ofrecerme sinceramente al Padre para pagar la deuda que Jesús está pagando, y pasar los sufrimientos de corazón que El pasa, para ahorrárselos a El, o al menos disminuirlos: que, puesto que Jesús ha de recibir palos para redimirnos, los palos no caigan ya más sobre la Cabeza, sino que caigan sobre nosotros sus miembros, que le sirvamos como de escudo para que a El no le lleguen, o al menos no le lleguen tanto. Que eso es lo propio de los miembros, que instintivamente protegen a la cabeza de todo golpe, padeciéndolo y recibiéndolo ellos.

Cierto que mi paga, en sí, nada vale ante el Padre. Pero soy miembro de Cristo, Vida mía, y vivo por su Vida en la Eucaristía —«el que me come a Mí vivirá por Mí» (Jo. 6,58)—

Si soy miembro vivo de Cristo, mis sufrimientos son de Jesús y tiene valor de tales: nuestra ofrenda como víctimas tiene así valor en cuanto unidos a Cristo e injertados a El como miembros, que vivimos de su Vida gracias a la misma Eucaristía.

«Sed prudentes como serpientes» (Mt. 10,16). San Juan Crisóstomo nos explica esa prudencia: la serpiente sacrifica cualquier parte de su Cuerpo con tal de salvaguardar la Cabeza: así el Cristiano ha de sacrificarlo todo, incluso su propia vida, para salvaguardar su fe, cabeza y raíz de toda justificación, pues «el que ama su vida la perderá, y el que por mí la perdiere la encontrará» (Mt. 10.39).

Con mayor verdad aun podemos aplicar esta explicación exegética del Santo a nuestra oblación como víctimas. Siendo Jesús realmente nuestra cabeza, nosotros como miembros hemos de procurar servirle de escudo que le proteja contra todo golpe, recibiéndolo nosotros, y ofrecernos al desamor para que El no sea desamado, al desprecio para que El no sea tan despreciado, y aun a la misma muerte para ahorrarle o al menos disminuirle las agonías de su muerte mística eucarística. Al fin y al cabo siempre será Jesús quien sufra, o en Sí mismo o en sus miembros, y con esto ha de estar contento el Padre; pero que sufra en sus miembros, no en su Cabeza, en la cual padeció ya tanto por nosotros. Que los palos que habrían de herirle a El, me hieran a mí.

Hemos de ofrecernos, en primer lugar, a todo sufrimiento y dolor físico que Dios disponga enviarnos, incluida la aceptación agradecida, y aun gozosa, de la muerte y de cuantos dolores la suelen preceder y acompañar, convirtiendo en voluntario obsequio a Dios lo que era mera necesidad que se nos imponía.

Con esto completaremos en nosotros lo que falta a la pasión de Cristo (Col. 1,24), que, completa en la Cabeza, ha de ser acompañada por la de los miembros.

El valor reparador de esta oblación es múltiple. Primero, al hacernos semejantes a Jesús aumentamos su gozo en nosotros y disminuimos su inquietud por nuestra salvación,

«Dios, a los que decidió salvar, determinó hacerlos conformes a la imagen de su Hijo» (Rom. 8,29). No podíamos dar a Jesús gozo mayor que el hacerle ver cómo se va obrando en nosotros esa semejanza con El, haciéndole ya palpar los frutos de su pasión redentora. No olvidemos que quizá el principal motivo de ir al Purgatorio para padecer allí es precisamente la vergüenza que el alma experimenta de no haber sufrido bastante con Cristo para semejarse a El y ser digno miembro suyo. Nada puede consolar más a Jesús que irnos viendo cada vez más semejantes a El, más transformados en El.

Segundo, esta pasión y sufrimiento nuestro, al ser pasión y sufrimiento de Cristo en y con nosotros, tiene valor redentor, y por lo mismo eficacia para atraer las almas a Jesús, haciéndolo conocer y amar cada vez más, con lo que disminuímos el sufrimiento que Jesús tiene en la Eucaristía al verse desconocido y desamado.

Tercero, este nuestro sufrimiento voluntario actual tiene valor retroactivo para consolar a Jesús y aliviarle en su agonía del Huerto y su pasión en la cruz con la previsión clara de los frutos de hermosura divina y transformación en Cristo que su agonía y pasión iba a producir. Cuanto más nos vio decididos a imitarle, más gozó El.

Finalmente, también le consuela ahora en la Eucaristía, tanto al sentirse generosamente amado ahora por nosotros, cuanto por la eficacia con que le atraemos con nuestro complemento de su pasión nuevos adoradores y amadores. Y más aun si ve cómo le ofrecemos gustosos las angustias de nuestra muerte para disminuir en El la angustia que en la Eucaristía sufre por la muerte del pecado y de los pecadores.

Mas no olvidemos que en esa oblación, si bien hemos de desear y pedir el sufrimiento, no hemos de procurarlo en concreto, ni en concreto pedir éste o aquél. La víctima no busca nada ni elige nada, simplemente aparella con lo que le pongan encima o de ella quieran disponer, o con ella hacer. Así nosotros hemos simplemente de entregarnos al Padre Celestial, y ponernos en sus manos, para que conmigo y en mí

haga lo que quiera, como quiera y cuando quiera, recibiéndolo todo de su mano con agradecimiento y gozo.

La caridad puede hacer que pidamos a veces algún sufrimiento concreto: que Dios reparta con nosotros la carga de un hermano para aliviársela —recuérdese el caso de San Vicente de Paúl que pidió, y obtuvo, que Dios pasase a él las tentaciones contra la fe en que un sacerdote amenazaba desfallecer—. Esto es caridad, pero propiamente no pertenece al espíritu de Víctima; ésta se limita siempre a dejarse hacer, a dejarse inmolar del modo y manera que el inmolante quiera.

Si nuestra oblación a todo dolor físico para completar en nosotros como miembros la pasión de Cristo es necesaria para la reparación, cuando se trata de la reparación eucarística, como ahora, es, aunque necesaria, secundaria. Y la razón es que Jesús Eucaristía no tiene sufrimientos físicos, sino morales, del corazón.

Por eso, si queremos aliviar a Jesús en su pasión eucarística hemos ante todo de ofrecernos al Padre para todo sufrimiento moral, sustituyendo, siquiera sea en parte, a Jesús en su pasión eucarística.

Para eso hemos de hacer una especie de pacto con el Padre Celestial: Tu Hijo, para mejor reproducir en la Eucaristía su pasión de la Cruz, quiere ser desamado, desconocido, despreciado e incluso odiado y blasfemado, cual lo fuera en la Cruz. Pero como yo soy miembro de El, lo que a mí me toque padecer lo padece de verdad Jesús en mí y conmigo. Vamos a hacer un trato: que cuanto El ha de padecer, ya no lo padezca como Cabeza, sino que se padezca en mí como miembro suyo: que todos los desamores que había de padecer El en la Eucaristía, los padezca yo, y no El como Cabeza. Que yo, amando, sea desamado, para que Jesús Eucaristía sea amado; que yo sea calumniado y perseguido, para que Jesús sea alabado y buscado; que yo sea ignorado, para que El sea conocido; que me tengan por nada y me desprecien, para que El sea apreciado y alabado; que todos me maldigan, y hablen mal de mí, y me dejen en el último lugar, para que

todos le bendigan y alaben y le entronicen como Rey en su corazón. Y así en todo lo demás. Porque quedamos en que es necesario ese olvido, abandono y desprecio de Jesús; pero que sea en sus miembros, y no en El como Cabeza, que bastante ha sufrido ya.

Si así me ofrezco al Padre, el Padre, que quiere consolar a Jesús, aceptará mi ofrenda y le consolará, haciéndolo amar en todas partes, siempre y por todos. Pues si Jesús es tan desconocido y despreciado, es porque nosotros, miembros suyos, nos resistimos a todo olvido y desamor, y así Jesús nos dice: Como vosotros, miembros míos, no queréis, lo seguiré sufriendo Yo todo como Cabeza.

Mas si de verdad deseáramos ser desamados, olvidados y postergados para que Jesús fuera honrado y amado, Jesús será honrado y amado. Y el Padre Celestial nos dirá: Menos mal que ya puedo aliviar un poquito a mi Hijo. Y al vernos a nosotros hechos víctima nos diría: Hijito, cuando te estoy mirando veo realmente en tí a mi mismo Hijo, porque tienes sus mismos deseos y sentimientos: los de ser siempre despreciado y deshonrado para que Yo sea honrado: te daré lo que me pides, y Jesús será amado.

La reparación es así, no sólo acompañar a Jesús y sentir con El, sino también aliviarle quitándole carga. Aunque esa carga que yo le tomo la lleva El conmigo, pues si no, nada valdría.

Pero el sufrimiento de Jesús al padecer en mí y conmigo es del todo distinto, y El se sentirá amado por muchísimos más que mi dolor le habrá atraído, pues cuanto más yo acepte ser desamado y desconocido, más conocido será El, y más amado.

Y al mismo tiempo, sufrirá El conmigo mi desamparo, confortándome y consolándome en él: «Venid a Mí todos los que estáis agobiados y ya no podéis más, y hallaréis el descanso para vuestras almas, pues mi yugo —que llevo contigo— es suave, y mi carga ligera» (Mt. 11,28-30). Jesús se compromete a acompañarme, a sufrir y llorar conmigo, hasta que llegue el día en que con El sea conocido y eternamente amado.

Por eso, esta oblación como Víctima nos lleva a la más dulce intimidad con Jesús, que se compromete a estar conmigo para confortarme y consolarme: le hallaremos en todo, hasta en la sopa, y El nos hallará también.

Mas si yo solo me ofrezco al Padre como víctima, todo quedará en palabras, y el mismo Padre no me aceptará, por la nula valía de la víctima y del oferente. Por eso he de insistir a Jesús para que El mismo me ofrezca como víctima a su Padre. Como yo le ofrezco a El en la Santa Misa, y el Padre lo acepta por la hermosura y dignidad de la víctima ofrecida, aunque sea del todo indigno yo como oferente, que así El me ofrezca a mí a su vez como víctima al Padre, para que el Padre acepte la indignidad de la víctima para no desairar al Oferente que es su Hijo Unigénito.

Insístale a que El diga a su Papá: Papá, quiero que este pingüino que he hecho miembro mío, sea desconocido, desamado, tratado con ingratitud, tenido en nada y perseguido; que sienta lo que es amar sin ser amado, como Yo lo siento; quiero que sienta en todo conmigo, porque es miembro mío». Y yo, al ser entonces aceptado, diré al Padre: Papá, que todo eso sea así, como tu Jesús lo quiere; pero que El deje de ser desamado: al menos el desamor que a mí me toque, quítaselo a El.

E insista también con la Virgen María, y en sus brazos, para que me presente a su Jesús y logre de El que me ofrezca al Padre.

Si así me ofrezco como víctima al Padre, y hago que Jesús me ofrezca como algo suyo, pago al Padre realmente toda deuda: mi oficio de víctima tiene la misma eficacia que el de Jesús, porque es el mismo Jesús quien se ofrece en mí y por mí. De ahí su eficacia para atraer a los hombres al conocimiento y al amor de Cristo, su eficacia para obtener la salvación de los hombres. Por eso de la eficacia de las almas víctimas esperaba Pío XI el pronto advenimiento del Reinado del Corazón de Jesús.

Resumiendo, creo que el oficio de víctima se reduce a esto: Buscar que sea conocido y amado por todos, en todas partes

y siempre, el Corazón de Jesús, y que la Virgen María sea conocida, amada y mimada por todos sus hijos, pagando como precio y con gusto el que a mí nadie me conozca, nadie me aprecie, nadie me tenga en algo o considere, y ansiando que el Padre me ponga como escudo para que yo reciba en lugar de Ellos toda ofensa que a Ellos pudiera dirigirse. Ofrecerme a padecer todo dolor físico necesario para la salvación del mundo, completando en mí como en miembro la pasión de Cristo mi Cabeza;; ofrecerme sin medida para recibir todos los desprecios y olvidos, todos los dolores morales que a Jesús Eucaristía aquejan, en ansias de quitárselos y ahorrárselos a El.

Recordemos que si nuestra oblación como víctima para acompañar a Jesús en sus sufrimientos morales en la Eucaristía nos une a sus sentimientos actuales, cual desea todo amor verdadero, nuestros dolores corporales —incomodidades, enfermedades y muerte— nos asemejan y unen a Jesús en sus sufrimientos de su vida mortal, toda ella cruz y martirio. Así nos hacemos miembros dignos de El, en todo a El semejantes, de modo que nuestra unión eucarística afectiva se vuelva como connatural. Y esta transformación en Cristo por el dolor físico y la muerte es tan necesaria que Dios no la dejó a nuestro arbitrio, pues determinó hacer semejantes a su Hijo a aquellos a quien quiere salvar, y que fuéramos conglorificados con Cristo si con El padecemos. Por eso no hemos de buscar esos dolores, sino simplemente aceptarlos gozosos, pues enfermedades y muerte nos sobrevendrán tanto si los deseamos y buscamos como si no.

Además con la aceptación voluntaria de nuestros dolores corporales y nuestra muerte completamos lo que falta al sacrificio eucarístico de Jesús, en el altar y en nuestro corazón, donde mora y se ofrece como víctima por la comunión. A esa oblación eucarística de Jesús, reproducción y actualización de su oblación en la Cruz, le falta la connotación de «cruenta», ya que el cuerpo glorificado de Jesús es incapaz de todo sufrimiento físico corpóreo. Pero al ofrecerle nosotros, como miembros suyos, nuestros dolores corporales y

nuestra muerte, la oblación eucarística de Jesús se hace sacrificio cruento, no en Sí mismo como Cabeza, sino en sus miembros, en quienes verdaderamente padece y muere, reproduciendo en cada uno de ellos su pasión en la cruz, y ofreciéndose e inmolándose al Padre como víctima en y con cada uno de sus miembros. Así, gracias a nuestra oblación al dolor y muerte, el sacrificio eucarístico de Jesús copia perfectamente y perpetúa hasta el fin del mundo su sacrificio de la cruz. Y nuestro dolor y muerte pasan a ser verdaderamente de Jesús —el mal de un miembro es mal del sujeto de ese miembro—, y participan del valor redentor de la pasión de Cristo.

Así suplimos en nosotros lo que aún falta a la pasión de Cristo, completa ya en la Cabeza, pero no aún en los miembros.

Esto ha de animarnos a aceptar con gozo todo dolor, nfermedad y muerte, que ya no son míos, sino de Cristo en mí y conmigo. Así experimentaré que su yugo es suave, y su carga ligera, porque la lleva El conmigo.

De ese modo el sacrificio eucarístico no es sólo de Jesús, sino también mío, inseparablemente. El no quiere ofrecerse solo, sino conmigo, para en mí honrar al Padre, y en mí ser glorificado por el Padre, como El fue glorificado a través de su Pasión y muerte. Por eso los santos, que entendieron esto, amaron tanto el dolor y el sufrimiento, que así los unía a Cristo y transformaba en El. Por eso decía Santa Teresa: «O padecer o morir».

Y esto hacerlo en brazos de nuestra Madre la Virgen, uniéndonos a sus sentimientos y su propia oblación, pidiéndole nos asocie en todo consigo, y nos presente consigo a su Hijo para que Este nos inmole al Padre, como Sacerdote Sumo y Eterno que es. Que si nos hizo partícipes de su sacerdocio, nos haga también participar de su estado de Víctima.

11. El estado de víctima y el sufrimiento moral

Si así nos ofrecemos como víctimas al Padre por manos de su Hijo en brazos de la Virgen, el Padre nos aceptará, y hará de toda nuestra vida un estado de víctima que culminará en la muerte. Mientras nosotros seamos consecuentes con nuestra oblación, aceptando agradecidos e incluso gozosos cuanto nos venga de su mano.

Respecto al sufrimiento o dolor físico, no será mucho mayor por habernos ofrecido como víctimas. Víctima voluntaria o no, a todo hombre le toca su parte no pequeña de sufrir, y ninguno evita el sufrimiento físico más doloroso que es la muerte. Lo que hace nuestra oblación, más que aumentar el sufrimiento, es dulcificarlo y suavizarlo, haciendo lo sufra Jesús con nosotros y lo haga suyo, llevando con nosotros nuestra carga, y haciéndonos gozar en el dolor.

Ejemplo claro de esto tenemos en la muerte. Víctima o no víctima, igual he de morir. Pero cuando por el Sacramento de la Extremaución soy ungido como víctima, se suavizan por el mismo Sacramento los dolores de la muerte —«y el enfermo será aliviado» (Jac. 5,15)— y el alma es anegada en paz: ya no soy yo quien muere, sino Cristo que muere en mí y conmigo, asociándome a su muerte gloriosa. Y algo semejante sucede con todo otro dolor, que, si soy de verdad víctima, pasa a ser dolor de Cristo en mí y conmigo. Yo diría que en este aspecto nuestra oblación como víctimas, lejos de aumentar nuestro dolor y sufrimiento, lo que hace es inundarlo de la consolación divina.

Es verdad que el deseo de sufrir con Cristo puede y suele llevar a abrazarse con múltiples mortificaciones voluntarias, cual observamos en la mayoría de los santos. Pero no olvidemos que las mortificaciones voluntarias, las mortificaciones y sufrimientos que yo elija y me imponga, no pertenecen al estado de víctima, que como tal es pasiva y se deja hacer: no se inmola ni sacrifica, se deja inmolar y sacrificar, aunque

consintiendo en ello, cual hizo Jesús al entregarse a la pasión y a la acción de sus verdugos. Por eso se recomienda siempre gran prudencia y estricta sumisión al director espiritual cuando de tales mortificaciones se trata, pues sin esa obediencia nos alejarían del estado de víctima que deseamos y Dios quiere.

Sólo las mortificaciones que comporta el cumplimiento de la voluntad divina, que no son pocas, entran en el estado de víctima, pues se abrazan por dejarse en todo conducir por el beneplácito divino. Por eso en ellas no hay peligro alguno, sino seguridad y plenitud de amor: Y también plenitud de consuelo por parte de Jesús.

Igualmente, no está en nuestra mano evitar el dolor físico y la muerte. La aceptación propia de víctima consiste así, no en no huir del dolor, sino en agradecerlo cuando Dios nos lo envía.

Todo esto cambia y es diferente cuando se trata de nuestra oblación como víctima para todo sufrimiento moral que Dios disponga.

Donde nuestro Padre verdaderamente nos tomará la palabra, si de verdad acepta nuestra oblación, será en hacernos acompañar a Jesús, y en no pequeña parte suplirlo, en los desprecios, desamores, ingratitudes, y en ser tenidos por nada. El se las arreglará para que seamos anulados como lo está su Hijo en el Sagrario. Y si tal anulación no viniere será porque no nos ha aceptado, porque nuestra oblación no ha sido hecha por Jesús, o porque habiéndonos aceptado, nosotros resistimos a esa anulación cuando El nos la envía.

En los dolores físicos, poco puedo hacer yo para evitarlos, fuera de llamar al médico —cosa que he de hacer aun siendo víctima.

Más los dolores morales yo puedo en gran parte evitarlos. Si yo quiero que se me respete, se me respetará. Todo el mundo quiere vivir en paz y ahorrarse conflictos. Si cuando osa insultarme o despreciarme yo lo machaco, cuidará muy bien de volver a hacerlo; si cuando se insolenta le presento proa, no lo repetirá fácilmente; si cuando me menosprecia le me-

nosprecio yo y le pongo como un trapo, cuidará muy mucho de volverse a meter conmigo.

Más eso no sería proceder como víctima, ni imitar el silencio y aguante de Jesús en el Sagrario. Por el contrario, he de recibir sin resistencia y con gozo todo desprecio o menosprecio, diciendo: Qué bien, Dios mío, he aquí un desprecio que ahorramos a Jesús.

Si así me dejo crucificar, Dios me crucificará con todos los dolores morales de Jesús; si no nos crucifica, es porque no nos dejamos. Más si yo le pido desamor y desprecios para aliviar a Jesús, y cuando me los envía barro toda oposición y machaco a quien me ofende, Dios me dirá: ¿Y para eso me lo pedías? ¡Vaya modo de imitar a mi Hijo, que como Cordero llevado al matadero no desplegó sus labios, y ofreció su rostro a quienes le abofeteaban! Y, al final, dejará de enviármelos porque ve no los quiero.

Por eso, ofrecerse como víctima a todo sufrimiento moral, es mucho más que el ofrecernos al sufrimiento físico. La ofrenda al sufrimiento físico poco o nada lo va a acrecentar: sólo acrecentará la consolación y el gozo con que los sufra, con que salgo ganando.

Mas ofrecerse como víctima para todo dolor moral a fin de aliviar a Jesús, no sólo hará que el Padre nos los aumente, sino que si seguimos fieles a nuestra oblación, nos convertirá en juguete de todos. Y nosotros no protestaremos, amando siempre el ser siempre desconocidos y reputados por nada, para que Jesús sea conocido, amado y apreciado.

Digamos, pues, a cada desprecio o desamor de que seamos objeto: Gracias, Dios mío, porque me vas eligiendo como víctima; pero que por éste que me desconoce, al menos uno más conozca a tu Jesús, por éste que me desprecia uno más le aprecie; por éste que me desama uno más le ame; por éste que me ha herido con su desagradecimiento, uno más se llene de agradecimiento a tu Hijo Jesús.

Eso es verdaderamente reparar, y ofrecerse como víctima con El y por El. Y como cuando uno sin resistencia se deja despreciar no va a ser uno, ni dos, ni tres que lo desprecien,

sino un montón, digamos al Padre Celestial: Por este montoncito que me desprecia haz que haya un montoncito igual que amen a Jesús y le conozcan.

Mas a la larga, también acabarán apreciándonos: cuando se cansen de jugar conmigo como con un juguete, empezarán a apreciarme. Que también en esto quiere Jesús hacernos a El semejantes. Cuánto tiempo nos ha aguantado El sin protestar, siendo por nosotros menospreciado y desamado, para al final, tras tanto aguantarnos, encontrarse con que empezamos a quererle, empezamos a hacer a su lado un grupito de adoradores y amadores.

Capítulo sexto

INTIMIDAD E INTERCESION EN LA REPARACION

1. La intimidad y la intercesión unidos a María: su importancia y su continuidad

Además de la consagración y la reparación hay en la devoción al Corazón de Jesús otros tres aspectos muy importantes, con ellas estrechamente relacionados y de ellas consecuencia o emanación natural. Son la intimidad, la intercesión y la imitación. De los dos primeros trataremos aquí. Del tercero en el capítulo siguiente.

Ni la consagración ha de repetirse de continuo, ni tampoco la reparación de continuo expresamente practicarse: son más bien una disposición habitual del alma.

Mas esos tres actos han de ser continuamente actuados, hay que vivir de ellos y en ellos.

La intimidad con Jesús, porque en ella radica la oración, de la que el mismo Jesús dice: «Es menester orar siempre sin desfallecer jamás» (Lc. 18,1), y así es necesario estar siempre en trato con El, en intimidad con El.

La intercesión constituye la oración de petición, por nosotros mismos y sobre todo por los demás. A ella nos exhorta Jesús diciendo: «Pedid y se os dará, buscad y encontraréis, llamad y se os abrirá» (Mt. 7,7; Lc. 11,9), «todavía no me habéis pedido nada: pedid, para que Yo sea glorificado en vosotros» (Jo. 16,24), pues «todo lo que pidiereis al Padre en mi nombre se os concederá» (Jo. 16,23).

Mas mirando la intercesión siempre a un tercero por el que se intercede, en ella nuestra petición no ha de ser tanto por nosotros cuanto por todos los hombres, especialmente

por aquéllos con quienes más tratamos, ya que por el mismo hecho de ponerlos a nuestro alcance Jesús nos ha confiado en parte su salvación y su santificación.

Mas tanto en la intimidad como en la intercesión hemos de servirnos de María, si queremos practicarlas bien.

En la intimidad, uniéndonos a la intimidad que Ella tiene con Jesús, amándole con Ella, puestos en sus brazos, tratando con Jesús en presencia de Ella y bajo su mirada maternal, pidiéndole a Ella que nos llame la atención sobre esa presencia de Jesús en nosotros, despertándonos cuando nos vea distraídos o dormidos.

En la intercesión, sabiendo que Ella es la Dueña del Corazón de Jesús, del que hace derivar y reparte en nosotros todo don de gracia y salvación, seamos, en sus brazos, los ministros e instrumentos de Ella para repartir esas gracias a los hombres.

En Ella y con Ella, cual el pequeñín con su madre, soy yo también poseedor y verdadero propietario del Corazón de Jesús, pues el amor hace que todo sea común entre los que se aman. Si por la reparación me he unido a los sentimientos de Jesús y, hecho una sola Víctima con El, me he ofrecido a soportar con El y en vez de El todo desprecio y dolor y desamor, Jesús no es menos generoso conmigo: si yo quiero ser suyo y estar con El, no menos quiere El estar conmigo y ser mío.

Por eso, también nosotros disponemos de todos los tesoros del Corazón de Jesús, aunque hemos de disponer siempre en brazos de la Virgen para que nuestras deficiencias no disminuyan la eficacia de nuestra intercesión. Y por eso hemos de aprender a pedir con toda confianza y seguridad, por medio de Jesús que es mío, la salvación de cuantos me rodean, el remedio de todos sus males, y, en último término, la salvación y el remedio de todos los hombres.

2. La intimidad: su relación con la consagración y la reparación

Por la consagración me entrego totalmente al Corazón de Jesús, para que de mí disponga como quiera, no teniendo otro deseo que agradarle, intentando cumplir en lo posible el primer mandamiento: «Amarás al Señor tu Dios con todas tus fuerzas, con toda tu alma, con todo tu corazón, con toda tu mente, con todo tu ser» (Mt. 22,27). A esa entrega corresponde Jesús dándoseme, de modo que el estado de la consagración lo expresan bien estas dos frases del Cantar de los Cantares: «Mi Amado para mí, y yo para El» (Cant. 2,16), y «Yo para mi Amado, y para mí su conversión», o a mí se vuelve El (Cant. 7,10; 6,2).

Esto ya es intimidad: un trato continuo, un volverse continuo el uno al otro en cuanto hago, pienso, sueño, deseo y obro.

Pero esta intimidad, si por parte de Jesús es entrega total —incluso física en la Eucaristía—, por parte mía es todavía sólo una proyección de mi voluntad: mi yo permanece del todo distinto del de Jesús, al que quiero agradar en todo: soy creatura redimida que, al sentirse amada, quiere amar y complacer a su Creador y Redentor: Por eso digo: «*Mi Amado* para mí, y *yo* para El» (Cant. 2,16). Somos como enamorados que vivimos el uno para el otro, pero que todavía no viven el uno en el otro, aun no viven formalmente de una misma vida ni participan el mismo ser. Vivo para Jesús, pero no vivo la vida de Jesús, no siento todavía con El, ni me identifico a El. Esto por parte mía, porque por parte de Jesús, El sí que vive en mí y siente todo lo mío como propio. Hay así una especie de disonancia en esa intimidad, por perfecta que pudiera parecer.

Mas a medida que entramos y nos perfeccionamos en la reparación, esa proyección mía de voluntad se va transformando en una verdadera unidad ontológica entre Jesús y yo.

Es por la reparación que empieza a cumplirse en nosotros el deseo de Jesús: «Padre, que todos sean Uno como Tú y Yo

somos Uno, Yo en ellos, y Tú en Mí» (Jo. 17,21). Unidad que implica un mismo ser, una misma vida, una misma operación en Jesús y en mí, aunque no quite por eso la distinción personal de dos que poseemos esa misma Vida, Ser y Operación. Como tampoco la unidad de Ser, Vida y Operación entre Jesús y el Padre quita su distinción personal. Por eso, mediante la reparación participamos del modo más perfecto imaginable y misterioso de la unidad y distinción trinitaria. Especialmente si culminamos esa reparación con nuestra oblación de víctimas hechos uno con Jesús, como miembros de El en quienes se inmola y padece.

Veamos de explicarlo.

Por la consagración busco agradar en todo a Jesús y cumplir activamente su voluntad, más que el sentir con El y sufrir con El. Por la reparación cumplimos en primer lugar el consejo de San Pablo: «Hermanos, sentid en vosotros lo mismo que Cristo siente en Sí» (Fil. 2,5), y así nos asociamos a todos los desprecios y desamores de que Jesús es víctima en el Sagrario, y sentimos como propias e inferidas a nosotros las ofensas que El recibe: no sólo le acompañamos en su sentimiento: sentimos con El, y lo mismo que El siente.

Mas si sentimos lo mismo, no sólo estamos siempre juntos para sentirlo, sino que vivimos de una misma y única Vida que nos hace sentir lo mismo. La intimidad de proyección de voluntad, propia de la consagración, ha empezado a convertirse en intimidad de identidad ontológica entre Jesús y yo.

Pero esa intimidad se eleva a la perfección de la unión ontológica cuando, unidos a la Virgen, no sólo intentamos sentir con Jesús, consolarle, darle amor por los que se lo niegan y hacer propias mías las ofensas que El recibe, sino que también, por manos de la misma Virgen, nos ofrecemos al Padre Celestial, y pedimos a Jesús que nos ofrezca a su Padre como víctima con El.

En efecto, considerado yo como separado y distinto de Jesús, por mucho que le amase, no tendría valor alguno como víctima, ni el Padre aceptaría tan ruín paga. Si me acepta, es porque se ofrece Jesús en mí como en miembro suyo: se in-

mola totalmente a su Padre, tanto en Sí mismo como Cabeza, cuanto en mí como en su miembro: y por eso el Padre necesariamente me acepta, porque no ve en mí una víctima simplemente creada, sino a su mismo Hijo Unigénito que en mí, miembro suyo, como Víctima única se ofrece.

Hasta que esa oblación es hecha, por mí que consiento en ella y por Jesús en mí, y el Padre la acepta porque ve en mí a su Hijo que se ofrece e inmola, yo soy un miembro de Cristo que no me dejo aun informar por El, que me resisto a sentir con El, a sacrificarme con El, a padecer con El, a recibir en mí los desprecios que El recibe como Cabeza para ahorrárselos a El.

Mas cuando yo me ofrezco al Padre, y dejo a Jesús ofrecerse en mí, para que en mí descargue, como en miembro de Cristo, todos los palos y aflicciones que habían de ir a la Cabeza, entonces ya no solo soy, sino que me comporto como miembro verdadero de Jesús, como constituyente de su Cuerpo total.

Y la intimidad que hay entre un miembro y la Cabeza es tal que todo lo que el miembro ejecuta no lo ejecuta solo, sino movido y actuado por la Cabeza. Ni los ojos ven, ni los oídos oyen, ni las manos se mueven o palpan, ni los pies caminan, ni el estómago digiere, ni el corazón late sino con el concurso y bajo la acción de la Cabeza. Toda operación del miembro es a la vez operación del miembro y de la Cabeza. Y si la operación es inseparable, también lo es el ser de que procede, también lo es la Vida de la que emana, que es Uno y única en Cristo y en mí, pues «el que me come a Mí vivirá por Mí, así como Yo vivo por el Padre» (Jo. 6,58): una misma y única Vida la del Padre y del Hijo; una misma y única Vida la del Hijo y la mía.

Así de la reparación perfecta procede también con perfección total la intimidad con Jesús. Y creceremos tanto más en ella cuanto más crezca y se haga auténtico y sincero nuestro espíritu reparador, nuestro deseo y ansia sinceros de oblación perfecta para que Jesús sufra en mí y conmigo cuanto aun quiere sufrir para salvar al mundo.

3. Práctica de la intimidad con el Corazón de Jesús: en el Sagrario, y en nuestro propio corazón a lo largo del día

¿Cómo practicar esta intimidad?

Creo conviene distinguir dos aspectos: la intimidad con Jesús en el Sagrario, y la intimidad con Jesús en nuestro corazón, donde de asiento mora tras dársenos en la comunión, y donde también se inmola al Padre. Con Jesús en el Sagrario no podemos estar siempre. Con Jesús en nuestro corazón sí, pues lo llevamos con nosotros adonde quiera que vamos.

Ante el SAGRARIO, creer que Jesús se me ha dado y todo lo de El es mío, incluidas sus alegrías y sus oprobios, y ansiar especialmente participar en todos sus dolores. Conversar con El acerca de lo que El sufre en Sí, y acerca de lo que aun sufre en mí como en miembro suyo aún no transformado: contarle cuanto nos pasa, y ofrecérselo para consuelo de El. Contemplar cuanto pasa en su Corazón y sentirlo como nuestro, gozándonos si es gozo de El, entristeciéndonos si es tristeza de El, lamentándolo si es lamento de El.

Fuera de esto, y de ofrecerme al Padre como víctima para suplir en mí lo que falta a la pasión de Cristo, bien poco puedo hacer para reparar a Jesús en Sí mismo, si no es darle buenas palabras y sentir con El.

Pero puedo hacer mucho por repararle en sus miembros, y es reparación a Jesús en que insistimos poco.

He de consolar a todos los tristes, y eso es consolar a Jesús; remediar a todos los necesitados, y eso es remediar a Jesús; orientar a todos los desorientados y confundidos, y eso es orientar e iluminar a Jesús. Porque «lo que a uno de éstos hicisteis, a Mí me lo hicisteis» (Mt. 25,40).

Mas en esa labor de reparar a Jesús en sus miembros, buscando su salvación, pronto nos sentiremos tan pequeñines e ineficaces que enseguida descubriremos que el mejor y único medio de reparar a Jesús remediando sus miembros es precisamente contarle a El en el Sagrario todos los males que les aquejan y traerlos a su presencia para que los remedie.

De ahí que esa reparación nuestra, que busca arreglar, recomponer y sanar a Jesús en sus miembros, se convierte en fuente de intimidad y trato continuo con Jesús.

En lugar de divagar sobre la conducta de los demás y de juzgarlos, contemos simplemente a Jesús cuanto de ellos sabemos, deseando con El el remedio, y pidiéndole nos ofrezca como víctimas al Padre para que se los atraiga.

En lugar de quejarnos del comportamiento de una persona, juzgándola o pensando mal de ella, hablemos a Jesús de Ella, recordándole que es miembro suyo, hermano suyo, hijo de la misma Madre y del mismo Padre Celestial, y digámosle: Tú me has puesto en medio de este mundo para que sea sal del mundo y luz del mundo, mas no seré sal ni luz si Tú no estás conmigo, pues Tú mismo dijiste: «Sin Mí nada podéis hacer, como el sarmiento no puede dar fruto alguno sino unido a la vid» (Jo. 15,5). Tú quieres que dé fruto de salvación, pues me pusiste para que dé fruto abundante y permanente para la vida eterna, Tú quieres que te transforme y atraiga a cuantos me rodean, y en último término a todos los hombres, porque todos me rodean y están en contacto conmigo inmediato o mediato. Mas sólo se logrará lo que deseas si Tú vienes conmigo y desde mí eres luz y Sal de la tierra.

Que esa intimidad con Jesús informe nuestro apostolado y nuestra actuación en los demás, en unión con El, dejándole a El obrar a través nuestro, esperándolo de El todo.

Y luego, en el Sagrario, traigámosle a todos los ausentes, hablándole de ellos, excusándolos ante El, pidiéndole los remedie porque son hermanos míos y suyos, hijos de su misma Madre.

No nos faltará entonces nunca materia de oración y de trato con Jesús Eucaristía.

Y de igual modo tratemos con Jesús en NUESTRO CORAZON cuando estamos lejos del Sagrario, pues nos ha escogido por morada viva suya, y está tan realmente en mí como en el Sagrario.

No mire yo sólo a los demás, ni los juzgue yo solo y por mi cuenta: deje a Jesús que los mire conmigo, y los juzgue conmigo y a través mío. Y sabemos que su juicio, mientras vivimos, es juicio de excusa, misericordia y perdón, pues en la Eucaristía y en nuestro corazón está como Cordero que toma sobre Sí los pecados del mundo, y en el cielo está como abogado interpelando siempre por nosotros: «Hijitos, no queráis pecar; mas si alguno pecare, no se desanime, que buen Abogado tenemos ante el Padre en Jesucristo el Justo» (1.ª Jo. 2,1), que «está siempre interceciendo por nosotros» (Hebr. 7,25; Rom. 8,34).

Por eso, a su contacto sentiremos con Jesús compasión por los pecadores, sabremos interceder por ellos y excusarlos.

Ya a lo largo del día, no olvidemos que estamos siempre juntos Jesús y yo: insertados en El como miembros verdaderos, El vive en nosotros, y nosotros en El y por El: «Así como Yo vivo por el Padre, así el que me come a Mí vivirá por Mí» (Jo. 6,58).

Sabiendo que El está siempre vivificándome, mirándome y amándome, en cada instante en que mi Mamá la Virgen me despierta —y la he de pedir que me despierte muchas veces—, darme cuenta de esa su presencia, y aun más que presencia unidad de Jesús conmigo, gozarme en que El sea mío y yo de El, y entretenerme con El, si no hablándole siempre, que el hablar cansa, sí mirándole siempre y gozándome de su mirada sobre mí: «Yo para mi Amado, y hacia mí su conversión» (Cant. 7,10): esté siempre volviéndome hacia El, como El se está siempre volviendo hacia mí.

Sepa que no estoy nunca solo, sino a solas con El. Que siendo miembro divino suyo, nada hago ni puedo hacer solo, antes siempre obra El en mí y conmigo: y en esa intimidad gozarme, sintiéndome Uno con El, inseparable de El en todas mis acciones.

Ese es el fundamento y núcleo de nuestra intimidad: en saber que no estoy nunca solo, sino siempre con El: en

mirarle, gozándome en El, y en sentirme por él mirado, amado, mimado y protegido.

Y experimentando cómo El me consuela en todo, haciendo suyas todas mis cosas, incluso mis pecados como Cordero de Dios, correspóndale yo haciendo mías también todas sus cosas y todos sus sentimientos, viviendo ya totalmente de El, con El, por El, y para El.

4. La Virgen María presente y actuante en nuestra intimidad con el Corazón de Jesús

Esta intimidad es ontológicamente continua, porque siempre está Jesús en mí y yo en El. Pero por nuestra parte es psicológicamente tan discontinua por nuestras distracciones que sin cesar hemos de procurar perfeccionarla sirviéndonos de la ayuda de la Virgen.

Es Ella quien en y desde sus brazos me ha de enseñar a mirar junto con Ella a Jesús, y me ha de hacer sentir y percibir que Jesús me mira y es mío.

En presencia de Ella he de intimar con Jesús como hermanito pequeño con su hermano mayor, jugando con El delante de Ella, amándole y queriéndole delante de Ella, y pidiéndole a Ella supla mis distracciones, ingratitudes y desplantes a ese Jesús que ha querido hacerse todo mío, y que con su solicitud de Madre le obligue a que más veces y más intensamente se me manifieste.

Si sabemos usar bien de la Virgen María rápidamente iremos creciendo en esa intimidad en que Ella fue modelo desde su concepción inmaculada, y especialmente desde que lo concibió en su seno hasta que subió a reunirse con El a los cielos, hasta el punto de que ni podemos imaginarla queriendo, amando o sintiendo algo que no fuera con Jesús, por Jesús y para Jesús. Que Ella misma nos enseña a copiarla e imitarla, y que como a pequeñuelos nos guíe y nos conduzca de su mano.

En esa intimidad podemos y debemos crecer siempre, porque hasta el cielo nunca será perfecta. Hemos de tender

a la continuidad desde que nos levantamos hasta que en sus brazos nos dormimos, —«en paz junto con El dormiré y descansaré» (Sal. 4,9), e incluso en el mismo sueño, pues «yo duermo, pero mi corazón vela» (Cant. 5,2), gozando su amoroso contacto cada vez que en la noche nos despierta. Mas jamás llegaremos a una continuidad total.

Aprovechemos bien los momentos concretos en que Jesús nos hace notar su presencia en fe, recordándonos que El es mío y yo soy de El, para hacer actualmente mío todo lo suyo, sintiendo y amando con El, y experimentar que todo lo mío es de Jesús, que lo siente y padece conmigo. Y gozarnos en esa compañía, y exultar en esa unidad dinámica de operación, limitándonos simplemente a mirarle enamorados, y sentirnos por El mirados, contemplados y amados.

Pero no olvidemos nunca que jamás llegaremos a verdadera intimidad, ni mucho menos creceremos de continuo en ella, si la Virgen María no nos la da, si Ella no nos despierta de continuo y nos enseña a copiar la que Ella tiene. Sólo en sus brazos podremos gozar a raudales del trato de Jesús, según lo sabía bien el alma que decía: «Quién me dará a Ti, hermano mío, que te encuentre mamando a los pechos de mi Madre, y allí te abrace y bese, y ya nadie me desprecie?» (Cant. 8,1).

5. La intercesión en la reparación

El amor mutuamente correspondido hace propias todas las cosas del Amado. Si Jesús se me entrega —y «me amó y se entregó por mí» (Gál. 2,20)—, y no se cansa de reiterar esa entrega singular a mí por la comunión, es evidente que entregándome de modo tan perfecto su misma Persona mucho más me entregará todo lo que es suyo y El posee, todos los tesoros que fluyen de su divino Corazón, de modo que yo pueda usar a manos llenas y como propiedad mía de todos los tesoros de gracia y de salvación que de su Corazón manan.

E igualmente dispongo de todos los bienes y riquezas del Padre Celestial, pues si tanto me ama que me da a su mismo Hijo con más razón me dará con El todas las cosas, que quien da lo más no se detiene en lo menos: «Si a su mismo Hijo no perdonó, sino que por nosotros lo entregó, ¿cómo no nos iba a dar también en El todas las cosas?» (Rom. 8,32). Todo lo que el Padre Celestial pueda darme es como nada comparado a la donación que me hace de su Hijo. Y como nada es cuanto Jesús pueda darme, comparado con el dárseme a Sí mismo.

La fe nos certifica así de que disponemos de un tesoro infinito, tanto para usarlo yo como para comunicarlo y administrarlo a los demás.

Por parte de Jesús está siempre esa entrega, pues se nos da por el amor gratuito que nos tiene: «En esto está el amor, no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino que Dios primero nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados» (1.ª Jo. 4,10).

Pero para que yo pueda recibir esa entrega he de poner me en cierto modo a su nivel. Esto empieza a verificarse por la consagración, y se lleva a perfección cuando me ofrezco al Padre como Víctima cual miembro de su Hijo Unigénito.

Desde el momento en que esa oblación mía es aceptada, así como mis sufrimientos tienen valor infinito por ser verdaderamente sufrimientos de Cristo en sus miembros, así también mi plegaria y súplica de intercesión tiene valor infinito, porque propiamente ya no soy yo quien pide, sino que es Cristo quien pide en mí: «Muchas veces no sabemos ni lo que pedimos; pero el Espíritu Santo pide en nosotros con gemidos inenarrables» (Rom. 8,26).

El Espíritu Santo es el Espíritu de Jesús: por su presencia en mí vivo yo la misma vida de Jesús, y así es Jesús quien pide en mí por los demás cuando yo pido por ellos.

Avivemos nuestra fe en esa plegaria, y usemos más de ese poder de intercesión. Jesús nos insiste en que pidamos;; pero no sólo por nosotros, sino por todos, pues a todos se refiere la

forma de oración que nos enseñó: «Siempre que orareis, oraréis así: Padre nuestro que estás en los cielos...» (Mt. 6,9; Lc. 11,2): y todas las peticiones del Padrenuestro son colectivas, para remedio de todos.

Pero para acertar bien en esa intercesión, hagámosla en brazos de la Virgen María, uniéndonos a sus sentimientos de Madre, con los que pide por todos sus hijos y usa de las riquezas del Corazón de Jesús en bien y provecho de todos y cada uno de ellos.

Ella obtiene cuanto pide. Pero luego se requiere sea su don aceptado por sus hijos, y es en esa aceptación donde nosotros como hermanitos podemos ayudar. El hijo que rechazare el alimento que le da la Madre de modo obstinado y pertinaz, no queriendo comerlo, se morirá de hambre, pero no por falta de intercesión, riqueza y poder de la Madre.

Unidos nosotros a Ella, y con el amor de Ella, dispongamos junto con Ella de todos los bienes del Corazón de Jesús, rogando bendición, conversión, remedio de todo mal para cuantos nos rodean.

Y roguemos con fe que no vacila, y no digamos o pensemos: ¿Cómo va a ser eficaz mi plegaria, siendo yo lo que soy? Eso sería confiar en mí mismo, creyendo sería oído si yo fuera bueno. Y mi plegaria es eficaz porque Jesús es bueno, y me ha hecho miembro suyo y hermano suyo, no porque yo sea bueno. La plegaria intercesora del mayor pecador, si fía enteramente en el amor de Jesús, es totalmente eficaz, y la del más santo e inocente, si no fía en Jesús sino en su propio mérito, es totalmente ineficaz.

Mas esa fe que no vacila en la eficacia de mi intercesión en brazos de María no consiste en que yo esté seguro de que todos los demás aceptarán de necesidad el don que les ofrezco. Si así fuera todos se salvarían, y para nada sería necesaria o útil mi plegaria intercesora, pues bastaba la oración de Jesús y de la Virgen María por ellos. Lo que esa fe que no vacila me garantiza como infalible y seguro es que el tesoro del Corazón de Jesús es mío, y así al ofrecerlo a cuantos me ro-

dean les entrego algo mío que pasará a ser también suyo si ellos así lo quieren.

Si practicamos bien esa intercesión, sintiéndonos dueños de los tesoros de Cristo para repartirlos, caminaríamos por el mundo sin pesimismo alguno: no hallaríamos mal que no pudiéramos remediar, ni condenación que no pudiéramos evitar. Yo sé que llevo el remedio de todos en mis manos, porque llevo a Jesús que es mío: si ellos no lo quieren cuando se lo doy, será otra cuestión; pero el remedio está, y yo se lo ofrezco.

Y también puedo hacer mucho para inducirles a aceptarlo, precisamente porque soy pecador como ellos, y no inocente. Y en este aspecto completo la intercesión de la Virgen María y su eficacia, precisamente porque Ella es inocente y sin pecado. Si yo me muestro ante ellos tan pecador o más que ellos, pero enamorado de Jesús y seguro del amor con que me ama, facilitaré muchísimo el que ellos crean también en ese amor y se fíen de El.

«Nadie es bueno si no es Dios» (Mt. 19,17; Lc. 18,19), dic(Jesús. El es bueno porque es Dios. Y también es buena la Virgen María a la que quiso asociar en todo a sí de modo que participara en todo de su misma suerte, también de su inocencia.

Más ni yo soy santo, ni lo son los hombres a quienes ofrezco el don del Corazón de Jesús. Mas si al ofrecérselo yo perciben en mí que, aun siendo inconmensurablemente pecador y mísero, me siento sinceramente infinitamente amado, y actualmente remediado de todas mis quiebras por el amor infinito de Jesús que se me entrega, y palpan que en El hallé mi paz, eso hará impacto en ellos: verán los cielos abiertos, percibirán que el remedio que les ofrezco no es ilusorio, que está en su mano, y que con sólo decir SI lo obtendrán.

Pero si cuando intercedo por ellos y les reparto sus dones me ven a mí totalmente tibio en la fe, en el amor con que soy por Jesús amado, si perciben que yo no tengo paz en Jesús, que no me fío de El, ni creo que sea mío, entonces, aunque les ponga delante a Jesús, si Dios no hace un milagro volcando su

corazón, dirán: Esto es pura comedia, este fulano nos está mintiendo: nos dice que nos da panes y nos da pedruscos: porque si fueran panes ya les hincaría él el diente, que bien hambriento está. Si me ven a mí tan desconfiado que no hinco el diente a los dones de Dios, ni los acepto, ¿cómo podré hacerlos aceptar a los demás?

Nuestra ineficacia para salvar a los que nos rodean no deriva así de que yo sea pecador —que esto más bien ayuda—, ni de que los dones de salvación no sean míos. Deriva de que no acabo de creer que son míos, de que yo mismo no acabo de fiarme de Jesús que me dice «no vine por los justos, sino por los pecadores; ni por los sanos, sino por los enfermos» (Mt. 9, 13).

Por esto, para practicar bien la intercesión hay que insistir más y más en la intimidad con Jesús, para gozarle y sentirnos por El infinitamente amados.

6. Práctica de la intercesión

Entrando ya en el ejercicio de la intercesión, lo primero hemos de acostumbrarnos, unidos a la Virgen María y desde sus brazos, a rogar inmediatamente a Jesús en nuestro corazón por toda necesidad o calamidad que veamos, o que llegue a nuestra noticia, dejándola con plena confianza en manos del Corazón de Jesús.

Si en lugar de dar vueltas y cavilar sobre lo que pasa a nuestro prójimo, conversáramos con Jesús pidiéndole remedio, el amor fluiría de nosotros a los demás, y seríamos sembradores de Paz, por ser sembradores de Jesús que es nuestra Paz, e iríamos transformando el mundo que nos rodea.

Lamentamos que el mundo va mal, que el ambiente es fatal. Pero el mundo es como yo lo hago, el ambiente como yo lo formo, ya que siendo mío el Corazón de Jesús puedo hacer en ese ambiente y ese mundo lo que quiera: no eche la culpa a los demás: es solo mía, por no saber usar de la riqueza que Jesús me da.

Cierto que si yo intercedo por cuantos me rodean no por eso se convertirán todos en ángeles. Pero muchos de ellos, en concreto cuantos son hombres de buena voluntad, se convertirán a Jesús, y empezarán a ser como nosotros: gente que, aunque pecadora todavía, confía en el amor, se fía del Amor, se siente remediada y aliviada en sus miserias, y halla descanso y paz en el Corazón de Jesús.

Habrá también quien pertinazmente resista, quien diabólicamente odie la luz; pero serán exigua minoría, que si exigua minoría son los grandes santos entregados a Dios, minoría aun más pequeña son los grandes endemoniados consagrados libremente al servicio del Príncipe de este mundo. Y el ambiente se irá saneando, nuestra intercesión lo irá rápidamente cambiando. Si de veinte logramos que dieciocho se fíen de Jesús, aunque siga habiendo dos que lo maldigan, qué distinto será el ambiente en que vivimos.

Y esa proporción la lograremos con los que conviven con nosotros, trabajan con nosotros, o estudian con nosotros, si en lugar de criticarlos y condenarlos, oramos simplemente por ellos e intercedemos por ellos, y los presentamos a Jesús como hijos de su Madre para más moverlo a dárseles.

Somos sal del mundo y luz del mundo, nos dice Jesús (Mt. 5, 13.14). No soy sal por mí mismo, sino porque llevo a Jesús en mí como principio de incorrupción e inmortalidad. No soy luz por mí mismo, porque yo brille, sino porque Jesús, Luz del mundo, es mío, y va en mí para desde mí iluminar a los hombres.

¿Hacemos de luz del mundo, iluminando, dando a conocer y poniendo al alcance de todos el Amor Infinito con que Jesús los ama? ¿Preservamos de la corrupción a los que nos rodean, sembrando en ellos a Jesús, comunicándoles ese Jesús que en nosotros llevamos y es nuestro?

Un poquito sin duda sí. ¡Pero cuánto nos queda aun por hacer! En intimidad con Jesús, sintiéndonos con El, gozosos con El, no cesemos de suplicarle y aun exigirle que se comunique y ponga al alcance de todos, trayéndole yo y recordándole especialmente a cuantos conozco. Que si así se lo pido,

El se pondrá a su alcance, y cuantos tengan una mínima buena voluntad serán atraídos por Jesús.

El nos está diciendo: «Y tengo otras ovejas que aun no son de este redil, y oirán también ellas mi voz, y será un solo rebaño y un solo Pastor» (Jo. 10,16). Soy yo quien ha de hacerles oír esa voz de Jesús, poniéndole en contacto con ellas. Y por ser tan corto en mi labor intercesora, en mi plegaria ardiente y confiada por los demás, es tan lenta la transformación del mundo en nuestro derredor.

Así, mediante la intimidad e intercesión, la reparación nos lleva a convertirnos en verdaderos redentores como miembros de Cristo, en comunicadores de su salvación al mundo.

Pues por eso quería Jesús ofrecernos como víctimas con El: para que como miembros suyos reflejáramos visiblemente el amor inmenso con que El se inmola por los hombres, y así pudiéramos comunicarlo a los demás.

Mas ¿no podría Jesús, y con más eficacia, comunicarse El directamente sin servirse para ello de nosotros como de miembros suyos?

La cuestión la tratamos en AMOR DIVINO Y LIBERTAD CREADA, y allí dimos la respuesta y la demostramos. Baste aquí recordar que en la mayoría de los casos si Jesús se comunicara directamente de tal modo humillaría y aplastaría con su perfección infinita que las almas, lejos de sentirse atraídas hacia El, se alejarían y huirían de El.

El mismo Padre Celestial no halló medio mejor de comunicársenos que el darnos a su Hijo vestido de hombre y revestido de nuestras debilidades y miserias, exceptuando el pecado que como Dios no podía hacer. Mas ahora Jesús, ya glorificado cegaría con su gloria nuestra mirada si directamente se nos comunicara. Ha de servirse de mí como de miembro suyo, todavía lleno de mil frialdades y miserias, pero dócil como miembro a su acción para hacerlo presente a los demás a través del velo de mi actual miseria.

Si yo no le hago presente, falla la obra salvadora de Jesús. Yo no lo comunico a quienes El quiere comunicarse, pero no están todavía dispuestos para una comunicación directa de El.

Jesús no necesita de mi santidad —para santo se basta El solo—, sino de mi miseria, para presentarse a través mío. Si yo, con toda esa miseria, me presento a los demás como infinitamente amado por Jesús, ellos espontáneamente exclamarán: Si a éste, que es tan ruín al menos como yo, así lo ama Jesús, también igualmente será verdad que me ama a mí. Y se entregarán gozosos al amor con que son por Jesús amados.

No es así nuestra virtud y santidad lo que ayuda a Jesús en su obra salvadora, sino nuestras miserias y pecados, mientras en El confiemos y creamos en su amor.

Aun en su vida mortal y despojado de su gloria, que cuidadosamente ocultaba, Jesús repelió a muchos porque no podía esconder su santidad —«¿quién de vosotros podrá argüirme de pecado»?—, (Jo. 8,46) y al final se quedó casi solo.

Los apóstoles estaban llenos de defectos. Pero he aquí que el mismo Pedro, que vergonzosamente pecó negándole, convierte en un solo sermón a tres mil el día de Pentecostés, y en otro a cinco mil, que además perseveraron en la Iglesia. Jamás convirtió tantos Nuestro Señor, pues si una vez le siguieron cinco mil, pronto desfilaron dejándolo solo: su perfección inconcebible chocaba aun sin querer con el orgullo de cuantos a El se acercaban. Por eso mi imperfección ayuda más a Jesús que mi virtud, mientras de El me fíe y en su amor crea.

Por eso, para facilitar nuestra salvación, quiso Jesús no confirmar en gracia a sus sacerdotes —cosa que nada le costara—, sino dejarlos tan pecadores como a los fieles, y que todos hubieran de rezar: «Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores».

Si los sacerdotes fueran santos, el mundo iría peor; no osaríamos acercarnos a ellos, ni esperaríamos obtener a través de ellos el perdón de Dios. Y si aun así hay sacerdotes duros, que ahuyentan a las almas en vez de atraerlas a Jesús, es porque todavía no han experimentado bastante su debilidad y la infinita clemencia y misericordia del Corazón de Jesús para con ellos. Si tuvieran un poquito más esa do-

ble experiencia sabrían comunicarla a las almas que tratan.

Para derramar salvación en derredor y transformar el mundo para nada necesito ser yo bueno, sino creer que Jesús es bueno, estar cierto de que me ama tal cual soy, aun siendo yo una desgracia, saber que por su bondad es todo mío, y así como mío puedo presentarlo y comunicarlo a los demás.

En brazos de la Virgen sintamos con Ella el dolor de Jesús al amarme sin ser amado, y entonces brotará en mí el ansia de que todos le amen y conozcan, siquiera sea para compensar mi desamor. Y entonces practicaré la intercesión, no cansándome de pedir al Padre que a todos los atraiga a su Jesús, para que todos de una vez le conozcan y le amen, todos le sirvan y se dejen llevar y guiar por El, que es su Pastor.

Y el Corazón de Jesús exultará en nuestra miseria, y derramará sobre nosotros su ternura, viéndonos tan pequeñitos y débiles. Y nosotros exultaremos en El y nos gozaremos en su amor.

Capítulo VII

IMITACION DEL CORAZON DE JESUS EN LA REPARACION

El tercer elemento complementario de la devoción al Corazón de Jesús es su imitación, cual la pedimos en la jaculatoria: «Jesús manso y humilde de Corazón, haz mi corazón semejante al tuyo».

Decir Corazón es decir amor. Imitación del Corazón de Jesús es imitarle en su amor. Es precisamente en su vida de amor que nos es modelo para todos, en que debemos inspirarnos para ser hombres de Cristo.

No todos podremos imitarle en sus milagros. La promesa de Cristo: «El que cree en Mí hará las obras que yo hago, y aun mayores, porque voy al Padre» (Jo. 14,12), no se cumple en todos, sino en algunos.

Tampoco podemos imitarle todos en su dedicación exclusiva al apostolado durante los años de su vida pública, aunque a algunos les haya llamado a hacer ese apostolado como El y aun mayor que El.

Pero todos podemos y debemos imitarle en su vida de amor, que es lo que le imitó la misma Virgen María, que ni hizo milagros ni predicó. Todos podemos y debemos imitar su Corazón, conformándonos a sus sentimientos: «Hermanos, sentid en vosotros lo que Cristo Jesús siente en Sí» (Fil. 2,5).

En esa imitación podemos distinguir tres aspectos principales: su amor al Padre, su amor a la Madre, su amor a los hombres todos. Imitándole así en su trato de amor con el Padre, en su trato de amor con la Virgen María —y entonces aprenderemos a ser verdaderos devotos de Ella—,

y en su trato de amor con los hombres —y ahí aprenderemos a practicar la verdadera caridad fraterna y a trabajar por la salvación de las almas.

Y pidamos a la Virgen, que tan maravillosamente lo copió, nos sirva de maestra en esa imitación.

1. Imitación del Corazón de Jesús en su trato con el Padre

El Evangelio nos da una serie de indicios y manifestaciones de la actitud de Jesús con su Padre. Conviene recorrer algunos para poder imitarlo en su trato con El.

1) Imitemos el ansia que Jesús tiene de glorificar a su Padre, de que su Padre sea conocido, amado y alabado, dejando su propia glorificación en manos de su Padre: «Padre, glorifica tu nombre» (Jo. 12,28). «Yo te glorifiqué sobre la tierra, y llevé a cabo la obra que me encomendaste» (Jo. 17,4), «Yo no busco mi gloria, hay quien la busque por Mí» (Jo. 8,50), «Que te conozcan a Ti, sólo Dios verdadero, y al que enviaste Jesucristo» (Jo. 173), «Padre, santificado sea tu nombre.» Y cuando viendo profanada la casa de su Padre echa a los mercaderes del Templo, los apóstoles ven cumplidas en El las palabras del Salmo (68,10): «El celo de tu casa me devoró» (Jo. 2,17).

Nada le importa a El recibir gloria de los hombres. Por eso no le conmueve la tentación de Satanás cuando le dice: «Te daré todos los reinos de la tierra y la gloria de ellos» (Lc. 4,6). Pero sí desea y pide ser glorificado por su Padre, precisamente por el amor que le tiene, que le impulsa a anegarse en su gloria: «Y ahora glorifícame Tú, Padre, junto a Ti, con la gloria que en Ti tuve antes de que el mundo existiera» (Jo. 17,5), «Es mi Padre el que me glorifica» (Jo. 8,54). Pero aun esa gloria recibida del Padre no la desea para sí mismo, sino para gloria del Padre, para que en el Hijo sea conocido y amado: «Padre, glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a Ti» (Jo. 17,1).

Y tanto desea Jesús que en esto le imitemos, que nos

lo propone como el primer deseo y petición del Padrenuestro: «Cuando orareis, oraréis así: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre.» Que nuestra ansia primaria y como única sea que ese nombre sea santificado y glorificado, que Dios sea conocido y alabado, que todos admiren el amor infinito con que el Padre nos ha amado al darnos a su Hijo. Que nos alegremos de que así nos haya amado, pero sobre todo de que sea tan bueno, perfecto, generoso y hermoso que ha sido capaz de entregar al Hijo para redimir al siervo.

¿Tenemos esa complacencia en la gloria divina, ese deseo de que Dios sea alabado, conocido y honrado? Pues ése es el deseo que abrasa a Jesús, y ése el fin primario por el que se ofrece a la muerte en la cruz y al anonadamiento del sagrario.

Jesús «me amó, y se entregó por mí» a la muerte (Gál. 2,20), y El mismo me dice: «Yo doy mi vida por mis ovejas» (Jo. 10,15). Pero cuida bien de decirme que esa entrega la hace por obedecer al Padre y agradarle: «Este mandato recibí de mi Padre» (Jo. 10,18), «mas para que conozca el mundo que amo al Padre, y obro según el mandato que me dio, levantaos, salgamos de aquí» para entregarme a la muerte (Jo. 14,31).

Quiere así Jesús mi salvación, mas porque el Padre la quiere; y se entrega por ella, pero porque el Padre le ha enviado «para que todo el que cree en El no perezca, sino que tenga vida eterna» (Jo. 3,16). Y así nosotros hemos de ansiar y procurar la salvación de los hombres, no tanto para bien de ellos cuanto para que el Padre sea en ellos glorificado, para que conociendo todos cuánto el Padre los ha amado, maravillados de tanto amor, le alaben, bendigan, y digan sin cesar: «Santificado sea tu nombre».

Ese es el amor de complacencia en el Padre que Jesús nos enseña. Amor que lleva al deseo de que todos entren en su seno para que allí realmente le conozcan y alaben, aunque yo no entrara en su seno ni pudiera alabarle.

Ahí llegó San Pablo cuando dice: «Deseaba yo mismo ser

anatema de Cristo —ser separado de Cristo— por mis hermanos» (Rom. 9,3), a saber, si con ello pudiera lograr que los judíos le conocieran y amaran. Y ahí llegó Santa Teresita, cuando deseaba ir al infierno, para allí alabar y bendecir a Dios donde todos le maldicen e injurian y odian.

Eso es olvidarse del todo de sí mismo y de su dicha, como Jesús. Ese es el infierno de amor, del que dice la Escritura: «Fuerte es el amor como la muerte, dura la emulación como el infierno, sus lámparas son de fuego y llamas. Las muchas aguas no pudieron extinguir el amor, ni los ríos lo apagarán» (Cant. 8,6.7). Infierno al que descendió Jesús en su oración del Huerto, en que sintiéndose separado del Padre, se ofrece a El en esa separación para reconciliar con El a los hombres.

Unidos así a Jesús, vivamos con la mayor perfección posible esa primera petición del Padrenuestro: «Santificado sea tu nombre».

2) Imitemos a Jesús en la búsqueda del Reino de Dios. «Venga a nosotros tu Reino» es la segunda petición o deseo que nos manda tener.

Es el deseo del Corazón de Jesús: su vida desde que es concebido, sus humillaciones, sus esfuerzos, su predicación, y especialmente su pasión y muerte, se ordenen a atraer a Sí los hombres para ofrecerlos al Padre como Reino (1.ª Cor. 15,28).

Y para lograrlo se entrega a la muerte: «Cuando Yo fuere elevado sobre la tierra, atraeré a Mí todas las cosas» (Jo. 12,32), no para quedárselas, sino para entregarlas al Padre, pues El «es la Puerta» (Jo. 10,7; 14,6), que lleva al Padre, y no quiere nos detengamos en la puerta, sino que entremos.

¿Imito yo en eso a Jesús? ¿Quiero atraer a los demás a mí para entregarlos al Corazón de Jesús para que de El se enamoren, y en El y con El se enamoren del Padre, o quiero quedarme con los afectos humanos, buscando reinar yo en los corazones, y no que reine el Padre? Cuán lejos estamos de esa imitación de Jesús, y de ese deseo ardiente: Venga a nosotros tu Reino: el tuyo, no el nuestro.

3) Imitemos a Jesús en su obediencia en el cumplimiento de la voluntad del Padre: «Mi manjar es cumplir la voluntad de Aquel que me ha enviado» (Jo. 4,34).

Imitación que Jesús me inculca en la tercera petición o deseo del Padrenuestro: «Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo».

Obediencia activa: «Yo hago siempre lo que a El le agrada» (Jo. 8,29): que nada haga yo, piense, desee, soporte o padezca si no es para agrado del Padre Celestial.

Obediencia pasiva, de aceptación de cuanto el Padre disponga, por extraño que parezca: «Bendígote, Padre, porque escondiste estas cosas a los sabios y a los prudentes, y las revelaste a los pequeñuelos: Bien, Padre mío, porque así te plugo a Ti» (Mt. 11,25,26).

¿Aceptamos nosotros así incluso el alejamiento de los que odian a Dios, de los que le blasfeman, cuando nos son familiares y queridos? ¿Decimos entonces con Jesús: Bien, Padre mío, porque así te plugo a Ti? Si lo siento, es porque intentan deshonrar tu nombre y porque afligen a tu Hijo Jesús.

Y si hemos de aceptar hasta eso, ¡cuánto más hemos de aceptar cuanto disponga en lo demás!

En esa aceptación de la voluntad divina, «Jesús se anonadó a Sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz» (Fil. 2,8), y abandonando del todo su propia suerte en manos del Padre: «Abba, Padre, todas las cosas te son posibles: si es posible pase de Mí este Cáliz, pero no se haga como Yo quiero, sino como quieres Tú» (Mc. 14, 36; Mt. 26,39). Pide como Hijo pequeñín, postrado en tierra, hecho gusano y no hombre (Sal. 21,7), con entera confianza filial, mas también con total abandono a la voluntad del Padre: No se haga como Yo quiero, sino como Tú.

Y se entrega a la muerte para que el mundo conozca que ama al Padre, con obediencia activa: «Nadie me arrebata la vida, sino que Yo la doy de Mí mismo, y tengo poder para darla» (Jo. 10,18). Y también con obediencia pasiva, dejándose hacer por sus enemigos cuanto ellos quieran; y

a cada azote, a cada espina, a cada insulto e injuria, dice al Padre Celestial: Bien, Padre mío, porque así te plugo a Ti (Mt. 12,26).

¡Qué lejos estamos de esa obediencia activa y de ese abandono pasivo! Pidamos a la Virgen, que tan bien copió las disposiciones de obediencia del Corazón de su Hijo —«Hágase en mí según tu palabra»— (Lc. 1,38) nos enseñe a imitar con Ella a su Hijo, buscando en todo cumplir su voluntad.

4) Imitemos la confianza de Jesús en su Padre: «Padre, te doy gracias porque me oiste. Yo ya sabía que siempre me oyes, pero por la gente que me rodea lo dije, para que crean que Tú me enviaste» (Jo. 11, 41.42).

Igual certeza de ser oídos hemos de tener nosotros, pues «si a su mismo Hijo no perdonó, sino que por todos nosotros lo entregó, ¿cómo no iba a darnos también con El todas las cosas?» (Rom. 8,32), y así Jesús nos asegura: «Todo lo que pidiereis al Padre en mi nombre os lo dará» (Jo. 16,23): siempre me dará lo que le pido, aunque no siempre del modo que Yo querría, sino del modo que El sabe es mejor para mí: «No como yo quiero, sino como quieres Tú» (Mt. 26,39).

Esa certeza aparece en toda la vida de Jesús: sabe que el Padre es suyo, como El es del Padre: «Todo me ha sido dado por mi Padre. Y nadie conoce el Hijo si no el Padre: ni al Padre le conoce nadie si no el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quisiere revelar» (Mt. 11,27).

Y en especial, con absoluta seguridad y confianza pide su liberación y glorificación: «Padre, sálvame de esta hora. Mas precisamente por esto vine a esta hora (para que de ella me liberes y salves) Padre, glorifica tu nombre (salvándome). Y vino una voz del cielo: Lo glorifiqué y de nuevo lo glorificaré» (Jo. 12,27.28).

Esto al entrar en Jerusalén. Y luego, ya en la Ultima Cena: «Ahora glorificame, Tú, Padre, con la gloria que tuve ante Ti antes de que El mundo fuera» (Jo. 17,5).

Jesús quiere que le imite en esa confianza, pidiendo al

Padre también mi glorificación eterna, pues para eso se ha hecho hombre y esclavo conmigo, y para eso me lo ha enviado el Padre, para darme la misma claridad en que envuelve de toda eternidad a su Hijo.

Y eso es lo que el mismo Hijo pide para mí, así que bien puedo tener la certeza que El tiene: «Padre, quiero que los que me diste estén siempre conmigo allí donde Yo estoy: para que vean mi gloria o claridad que Tú me diste: porque me amaste antes de la creación del mundo... para que el amor con que me amaste a Mí esté también en ellos, y Yo en ellos» (Jo. 17,24.26).

Entonces nos envolverá la misma Luz que al Hijo, y «en su Luz veremos la Luz» (Sal. 35,10), en El, Luz verdadera (Jo. 8,12), «Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero», en la que el Padre «que habita la Luz inaccesible» (1.ª Tim. 6,16) se nos hará accesible. Entonces «seremos semejantes a El, porque le veremos tal cual es» (1.ª Jo. 3,2).

5) Imitemos el trato íntimo de Jesús con su Padre: «¿No sabíais que yo debo ocuparme en las cosas de mi Padre?» (Lc. 2,49). Desde el primer momento de su concepción en el seno de la Virgen tuvo su entendimiento humano visión intuitiva del Padre, y desde entonces se extasía en estarse con El a solas. Siempre gozó su presencia, y se sintió Uno con el Padre, hasta en las agonías de su pasión: «Llega la hora, y ya llegó, en que os dispersaréis escondiéndose cada uno en su casa, y me dejaréis solo; pero no estoy solo, porque el Padre está conmigo» (Jo. 16,32).

Y en esa presencia y compañía, copia al Padre, hace cuanto le ve hacer: «Mi Padre obra hasta ahora, y así también Yo obro» (Jo. 5,17), pues «no puede el Hijo hacer nada de Sí mismo, sino lo que viere hacer al Padre: todo cuanto El hiciere, esto igualmente lo hace el Hijo» (Jo. 5,19).

Esa presencia del Padre es continua en su entendimiento como intuitivo, y en su voluntad fija en amor inmutable. Pero no anega al entendimiento discursivo ni a las facultades inferiores del alma cuando trata con los hombres: de ahí la insatisfacción de Jesús en ese trato, y que toda su

vida fuera cruz y martirio, porque la misma voluntad del Padre le obliga a tratar con los hombres, discurrir con los hombres, razonar con los hombres y enseñar a los hombres.

De ahí el ansia con que busca la soledad con su Padre, retirándose por las noches a orar, y madrugando por las mañanas, cual nos dice el Evangelio, para que toda su humanidad y ser se anegara y transformara en la presencia divina, cual vemos en la transfiguración en el Tabor. Cuando estaba con los hombres, había de razonar con los hombres, imaginar a los hombres, ver a los hombres, oír sus voces y gritos, sentir su presencia. Mas cuando se retiraba a solas con su Padre, nada razonaba, oía, veía o sentía más que la presencia de su Padre que le anegaba por entero, irradiando desde su entendimiento y voluntad a todas las facultades y tendencias de su ser. Por eso buscaba con tanta ansia ese contacto exclusivo con su Padre cuando el trato con los hombres le dejaba libre, ya fuera a altas horas de la noche, cuando todos dormían, o a las primeras horas del amanecer.

Imitemos nosotros esa presencia habitual continua de Dios en nosotros, y sobre todo sepamos hallar como Jesús horas de trato exclusivo con el Padre, en que todo nuestro ser se anegue en El. Y mirando al Corazón de Jesús, pidámosle: Haz mi corazón semejante al tuyo: hazle tan enamorado de tu Papá que también exulte de estarme a solas con El: haz que aunque viva ocupado y sumergido en las tareas del mundo, porque es voluntad de tu Papá, como lo fue para Ti, que trate con los hombres y cuide de ellos, acierte como Tú a hallar horas y momentos, más bien largos que cortos, para, prescindiendo de todo, estarme a solas con mi Papá.»

Por muchas que sean nuestras ocupaciones ¡cuánto tiempo podríamos hallar durante el día para estar a solas y exclusivamente con Dios! Tiempo que perdemos en televisión, radio, charlas inútiles, o en dormir con exceso, huyendo con mil pretextos de ese contacto íntimo, pleno, exclusivo y total con Dios, como niño que se pone a jugar con todo cuanto encuentra.

Pidámosle, pues: Jesús manso y humilde de Corazón, hazme tratar con tu Papá como Tú tratabas, con el mismo gusto e intimidad, con el mismo abandono y exclusividad, con la misma obediencia y ternura con que Tú lo hacías en tu vida terrena y lo sigues ahora haciendo en el Sagrario.» Ya que no podemos como Jesús madrugar dos veces, hagámoslo una, o por la mañana o por la noche, quitando alguna hora de sueño para dedicarla a la oración.

Es quizá la imitación de Cristo en que más hemos de insistir, pues si oramos fácil y espontáneamente aprenderemos a imitarle en todo lo demás.

6) Imitemos la ternura y trato filial de Jesús con su Padre: «Bendígote, Padre, Señor del cielo y tierra, porque escondiste estas cosas a los sabios y a los prudentes, y las revelaste a los pequeñuelos. Bien, Padre, porque así te plugo a Ti. Todo me ha sido dado por mi Padre: y nadie conoce al Hijo si no el Padre; ni nadie conoce al Padre si no el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quisiere revelar» (Mt. 11,25-27). Y a continuación me exhorta: «Aprended de Mí, porque soy manso y humilde de Corazón, y hallaréis el descanso para vuestras almas» (Mt. 11,29).

Como al hijo pequeñito le parece bien cuanto su padre hace o dispone, así le parece a Jesús bien cuanto su Padre dispone: Bien, Padre mío, porque así te plugo a Ti. Y sabe que lo dispone todo: alimenta a las aves del cielo, viste a los lirios del campo, protege la vida del pajarillo contra las acechanzas del cazador, tiene contados todos nuestros cabellos, y ni un pajarillo muere, ni un cabello nos cae sin su permiso de Padre, y todo cuanto permite es para bien, pues es permiso de Padre. Qué confianza respira Jesús en su Padre: Bien Padre mío, porque así te plugo a Ti.

Y la misma confianza quiere tengamos nosotros: «No os preocupéis de lo que habéis de comer o vestir... que ya sabe vuestro Padre Celestial que de todo eso tenéis necesidad» (Mt. 6,25-33; Lc. 12,22-32). Y con esa confianza quiere le pidamos todo, sabiendo que el Padre nos oirá, porque al que llama se le abre, al que pide se le da, y el que busca encon-

trará, y no dejará el Padre de dar su buen Espíritu a todo el que se lo pida.

«Nadie conoce al Hijo si no el Padre; y nadie conoce al Padre si no el Hijo» (Mt. 11,27): Delicia de que nada de El se esconda a la mirada amorosa, eterna y siempre actual de su Padre; delicia de que nada de su Padre se esconda a su propia mirada.

Es el gozo inefable del hijo pequeñín que se siente mirado por su padre, y bajo esa mirada se sabe seguro; que se siente amado de su padre, y esa es su dicha toda.

Aprenda yo de Jesús. Y unido a El goce en saber que el Padre me conoce hasta el fondo de mi ser, con mis debilidades y resistencias y pecados, con mis buenas voluntades y deseos buenos efímeros, con mis propósitos siempre fracasados. No importa: me conoce tal cual soy, para compadecerse de mí, y me ama tal cual soy, hasta entregarme a su mismo Hijo Unigénito para que sea mi Salvador. Bien podemos gozarnos con Jesús en que el Padre nos conozca como nadie, y como nadie nos ame.

«Y nadie conoce al Padre si no el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quisiere revelar» (Mt. 11,27). Jesús me lo ha revelado, haciéndome hermanito suyo e hijo de su mismo Padre. Si su gozo es conocer al Padre y extasiarse en El, imítele yo en ese gozo. Que toda mi delicia sea conocer al Padre, saber que es mi Papá, saber que me ama aunque nada haya en mí que sea amable: me ama por causa de su nombre, porque El es mi Papá, no por lo que yo soy o merezca.

Y gozarme de saberlo infinitamente bueno, infinitamente santo y perfecto, infinitamente bondadoso. ¿Qué más da lo que yo sea? aunque todos los pecados del mundo fueran míos, para santo se basta mi Papa solo: ni mi santidad añadiría nada a la de El, ni toda mi nulidad y malicia podrá disminuirla: góceme en la santidad de mi Papá, que además es la verdaderamente mía, por ser de mi Padre: nada me importa lo que yo sea.

Y de tal modo quiere Jesús que esa complacencia filial informe todas nuestras relaciones con el Padre, imitándole

a El, que llega a decirnos: «Cuando orareis, oraréis así: Papá nuestro, que estás en los cielos» (Mt. 6,9; Lc. 11,2; Rom. 8,15). Quiere que, como El, le llamemos Papá y como a Papá le tratemos siempre, y que así sea nuestro primer y como único deseo que El sea glorificado, reine, y se cumpla su voluntad así en la tierra como en el cielo.

7) Finalmente, imitemos la oblación de Jesús al Padre. Prescindiendo de otros muchos aspectos de la relación de Jesús con su Padre, que el Evangelio nos sugiere, no podemos pasar por alto ésta.

«Ya al entrar en el mundo dice: Víctimas y oblaciones no quisiste; pero me diste un cuerpo (para ofrecértelo). No te agradaron los holocaustos por el pecado. Y entonces dije: Aquí vengo Yo: en el principio del libro (de mi vida) está escrito de Mí que haga, oh Dios, tu voluntad» (Hebr. 10,5-7). «En virtud de cuya voluntad hemos sido santificados nosotros por la oblación del Cuerpo de Cristo hecha una sola vez» (Hebr. 10,10).

¿Por qué así se ofrece al Padre, cargado con todos los pecados del mundo, y «hecho maldición por nosotros para librarnos de la maldición» (Gál. 3,13) y reconciliarnos con el Padre mediante la sangre de su Cruz? Para gloria y alabanza del Padre, porque quiere que el Padre tenga gozo y deleite en la obra salida de sus manos.

Y aunque de esas manos salimos buenos, nos cambiamos en grillas por el pecado, le salimos grilla. Y Jesús dice: los voy a hacer de nuevo grillos cantores, que entonen tu alabanza eternamente. Sólo los grillos cantan, no las grillas; cuando los chiquillos los recogen y uno no canta dicen: le salió grilla: y hay que echarla. Dios nos creó grillos cantores para alabanza suya. El pecado nos hizo enmudecer en su alabanza. Mas Jesús, al ofrecerse por nosotros y reconciliarnos con el Padre ha vuelto a toda la creación la voz de alabanza y gloria que el Padre desea oír.

Sepamos imitar la oblación y sacrificio de Jesús, inmolándonos por la gloria divina junto con El; y sepamos unirnos a Jesús en todo sufrimiento, ofreciéndonos con El como

víctimas al Padre para satisfacerle de todas las ofensas y desamores que recibe de la creación, cual expusimos al tratar de la reparación.

2. Imitación del Corazón de Jesús en su trato con la Madre

Como hemos de imitar al Corazón de Jesús en su trato con el Padre, así le hemos de imitar en su trato con la Virgen María.

Aquí ya no se trata de amar a Jesús con el amor de la Virgen María como mío, de que tantas veces hemos hablado, sino de amar a la Virgen María con el amor del Corazón de Jesús, imitándolo: sólo entonces practicaremos la verdadera devoción a la Virgen.

Aunque no fácil esta imitación, sí nos es mucho más asequible que la anterior. En el trato de Jesús con su Padre nos perdemos, por conocer tan imperfectamente al Padre. En su trato con la Madre, al ser humana Ella y su maternidad, tenemos muchos puntos de apoyo para entenderlo, y la misma imaginación nos ayuda.

Así como pedimos a Jesús nos hiciera imitarle en su trato con el Padre para gloria del Padre, pidámosle ahora nos haga imitarle en su trato con la Madre para hacer feliz a la Madre.

Porque aquí ya no se trata de gloria de la Virgen, sino de su dicha y felicidad. Dios es feliz conmigo y sin mí. La Virgen María no es feliz sin mí: hecha verdadera Madre mía, es capaz, como creatura, de sufrir conmigo y por mí: no será feliz si no se siente amada por mí como es amada por Jesús. Sólo cuando así la trate será perfecta mi devoción a Ella, porque la trataremos cual lo hace su mismo Hijo Unigénito.

Desde los brazos de la Virgen, pidamos a su Hijo: «Jesús manso y humilde de Corazón, haz mi Corazón semejante al tuyo», para que contigo y de tu mismo amor sepa amar, tratar, venerar, acariciar y mimar a la Virgen como Tú,

1) Imitar a Jesús antes de la Encarnación. Destaca la complacencia admirativa de Jesús en la que había de ser su Madre, que llega a un enamoramiento tal que quiere hacer suyo todo lo de Ella, tomándolo de Ella. E igualmente, la donación que hace a María de todo cuanto El quería ser como hombre, no queriendo tenerlo por sí mismo, cual podía, sino recibiéndolo de Ella. Donación que hace a María no sólo Madre de su Hijo, sino «bienaventurada hija de su Hijo», pues sale de sus manos a imagen y semejanza perfecta de lo que el Hijo quiere ser al hacerse hombre.

Si un Dios se complace en María, y se admira de Ella, mucho más yo he de anegarme en esa admiración y complacencia al contemplar sus perfecciones, y ansiar recibirlas de Ella tomándola por Mamá.

Y si Dios da todo a la Virgen María para tomarlo de Ella, mucho más yo no he de querer bien o perfección alguna si no es de Ella recibido, hasta el punto de que si Dios me lo ofreciera directamente todo, habría de decir: Lo quiero todo para dárselo a mi Mamá, para que luego me lo dé Ella cuando quiera y como quiera.

Y así, imitando a Jesús, he de decirle: Cuánto me alegro, Mamá, de tu hermosura, porque si todo lo que tienes fuera mío, a ello renunciara para que todo lo tuvieras Tú, y de Ti sola recibirlo: dame Tú lo que quieras, como Madre mía que eres: igual si es un cachete que si es un caramelo.

2) Imitar a Jesús en la Encarnación, en que realmente toma todo su ser humano de la Virgen María, y nada del ser que toma quiere si no es asumido de Ella.

Que así yo quiera recibirlo todo de Ella, tanto en el orden natural como en el sobrenatural, y que procure hacer mío todo lo de la Virgen María, para con su mismo amor, entrega, docilidad y afecto amar al Padre y a Jesús. Tal es la voluntad del Padre: si me da a su Hijo por Ella, todo me lo quiere dar por Ella.

Permanecer así tranquilo en sus brazos, del todo abandonado a lo que Ella de mí quiera: «Como niño amamantado

en el seno de su Madre, así está mi alma en paz y tranquila» (Sal. 130,2): «no se exalta mi corazón, ni ambicionan mis ojos, ni busco cosas grandes y admirables que superan mi capacidad» (Sal. 130,1), sino que reposo en el seno de mi Mamá, contanto con sus caricias y gozando de lo que Ella quiera darme. Que bien poco importa al pequeño ser pequeño o grande, débil o fuerte, estar limpio o sucio, mientras se encuentre en el seno de su Madre.

3) Imitar a Jesús en el seno de su Madre. Jesús aprende de Ella a ser hombre, a actuar como hombre a vivir como hombre, a sentir como hombre, a pensar como hombre, copiándola en todo. Pues que como Jesús la mira a Ella para saber cómo sentir y reaccionar como hijo de Dios, e incluso cómo reaccionar como hombre, copiando sus reacciones y sentimientos de Madre. Así se gozará en mí viendo en mí su imagen y retrato, viendo cómo la copio en todo: en su amor a Jesús, en su amor al Padre, en su amor a los hombres.

Si Jesús aprende de la Virgen María a ser hombre, María aprende de Jesús a divinizarse, a obrar como Dios: si Jesús toma su humanidad de Ella, le da en cambio su Divinidad. Yo no puedo comunicar a María la Divinidad. Pero puedo, igual que Jesús, y unido a Jesús, manifestarle todo mi ser, para que aprenda conmigo cómo comportarse con los hijos inicialmente míseros que Dios le ha dado. Nada le oculte de mis debilidades, fracasos, éxitos, alegrías, penas, dificultades, caídas, impotencias y veleidades para que aprenda conmigo a ser Madre y se dé cuenta de lo que es tener un hijo como yo. Dejémonos penetrar y conocer por Ella, y facilitaremos su labor. No lamente no tener nada bueno que comunicarle, que para buena se basta Ella sola: descúbrale de tal modo toda mi miseria que halle en mí un modelo abierto de lo que ha de hacer con sus hijos.

Finalmente, en el seno de la Virgen siempre está el uno presente al otro, y el Corazón de cada uno está en el otro, en una vida de mutua presencia ininterrumpida y deliciosa.

Que así esté yo siempre activamente presente a la Virgen María, que mi corazón y pensamiento estén en Ella.

3 b) Imitar a Jesús nacido, cosa que nos es más fácil, porque aquí ya vemos con los ojos —no sólo sabemos por la fe— sus relaciones con la Virgen María, que se nos aparecen desde fuera.

Jesús nace careciendo de todo, privado de todo, desprendido de todo, para mostrarnos que nada le importa la gloria, el esplendor, la fama, la riqueza, las comodidades, mientras tenga a María consigo, pueda reposar en su seno, y desde el pesebre en que yace pueda tener fija sobre El la mirada atenta y amorosa de su Madre: su Madre le basta para ser feliz.

Que así yo de tal modo me sienta rico con la donación que me ha hecho de su Madre para que sea Mamá mía que nada me importe carecer de todo, de gente que me aprecie, de compañía, de comodidades, de riqueza, de fama, si mi Mamá está conmigo y yo estoy en sus brazos, si Ella me mira y yo puedo mirarla: me basta con Ella y su cariño para ser feliz.

Si como Dios para Jesús lo era todo la complacencia del Padre Celestial, en cuanto hombre lo es todo para El la complacencia y mirada de su Madre, y mientras era pequeñín y aun mamaba, toda su dicha era ser mirado y acariciado por su Madre.

Tenga yo el mismo gozo de ser como El querido por la Virgen María, de ser por Ella acariciado: que se me abra el cielo cuando Ella me mira y me sonríe, y me anegue la dicha al saberme envuelto en su amor: que sólo eso me importe.

Es verdad que Jesús lo sentía, y yo no lo siento: sólo lo sé. Pero es más saberlo que sentirlo. Y tampoco Jesús la sentía muchas veces, hallándose Ella ausente en sus ocupaciones, pero con sólo pensar en Ella le inundaba la paz. Pidamos a Jesús nos enseñe a copiar ese gozo de El en ser acariciado, esa alegría que irradiaba cuando la Virgen le estaba presente y le cuidaba.

Jesús, como hijo del hombre, como hijo de María, es la debilidad e impotencia más total y absoluta. Eso no le deprime, antes su alegría es tener que depender en todo de su Madre.

Si Jesús por María es Hijo del hombre, yo soy por María hijo de Dios, y en esa filiación he de copiar la misma debilidad e impotencia, la misma calamidad y el mismo ensuciarme que tenía Jesús como Hijo del hombre. Si Jesús como Hijo del hombre quiso ser una calamidad total ante María, góceme yo de serlo como hijo de Dios: porque es ahí donde resplandece el cariño de la Virgen como Madre mía: góceme en mi debilidad, y olvídeme de todo, aun de la mayor catástrofe, cuando veo que Ella viene a socorrerme, me levanta, me mira y me sonríe.

Jesús tiene un abandono total en manos de su Madre: de al modo tuvo gozo en recibirlo todo de Ella, dejando en Ella todo su cuidado sin miedos, sin angustias, sin zozobras. A su cuidado deja la comida, el vestido, el abrigo; va a donde Ella lo lleva, se entrega a quienes Ella lo entrega —pastores, reyes, Simeón y Ana—, y a su cuidado deja la misma vida cuando los enemigos le persiguen para darle muerte.

Copiando yo al Corazón de Jesús, deje todo mi cuidado en manos de María, abandóneme a Ella por completo, déjela obrar a Ella como quiera conmigo. No me inquieten mis enemigos, que buena Mamá se me ha dado para que me proteja y me defienda; deje en sus manos todos mis intereess y cuidados; trate y déjeme tratar por aquellos con quienes Ella dispone ponerme en contacto, por molestias que me causen: donde Ella me pone, estéme allí contento. Abandono que ha de abarcar toda mi vida natural, pero sobre todo la sobrenatural de hijo de Dios. Pues con la Virgen María he de imitar como hijo de Dios lo que con Ella hace Jesús como hijo del hombre. ¡Cuántas angustias y depresiones vanas nos ahorraríamos entonces!

Jesús convive con María en una intimidad llena de afecto. Nada le oculta, todo se lo cuenta: lo que le ha sucedido con los otros niños, si le han tratado bien o mal, si le han

despreciado, pegado o apedreado: todo se lo dice a la Virgen como a su Mamá, y al poner Ella la mano sobre El, todo lo olvida enseguida.

Cuente yo todo lo mío a la Virgen: si mis enemigos, sobre todo espirituales, me han apedreado o asendereado, me han manchado y escupido, me han despreciado o profanado. Y tras contárselo todo, quedarme, como Jesús, tranquilo, acariciado por Ella, y de Ella obtenida de nuevo la limpieza y el perdón.

En esa intimidad, Jesús, como hijo con su madre, procura copiarla en todo: sus pasos, sus gestos, sus palabras, y hasta la entonación de su voz, aprendiendo de Ella a hablar y a andar.

Copie yo así a María, repitiendo sus palabras, sus pasos, sus afectos, aprendiendo de Ella a orar, que es hablar con Dios y con Jesús. Aunque mis palabras saldrán balbuceantes, y serán vacilantes mis pasos y no firmes cual los de Ella, que Ella vea que la imito e intento copiarla. También Jesús balbuceaba, y caía, y repetía mal sus palabras, y la Virgen gozaba al sentirse así por El copiada e imitada.

4) Imitemos su convivencia con María en Nazaret. De treinta y tres años de su vida, pasa treinta sin separarse de Ella. Y aun en los tres años de vida pública la relación no se interrumpe: quiere empezar su obra con Ella en las bodas de Caná, atrayendo por medio de Ella a la fe a los primeros discípulos; aparece con los hermanos de Jesús para atraérselos; como de modo natural está al pie de la cruz, lo que indica le acompañaba en sus viajes a Jerusalén por las fiestas, asistiendo a su enseñanza en el Templo; e indudablemente, al menos hacia el final, estaba entre las santas mujeres que acompañaban, seguían y servían a Jesús de modo habitual.

Pero sobre todo es maravillosa esa convivencia íntima de treinta años, en que Jesús aprende de Ella a ser humano, comportarse como humano, entender la miseria humana y amarla, y Ella aprende de Jesús a ser divina para comu-

nicarnos después a nosotros la filiación divina y enseñarnos a comportarnos en todo como hijos de Dios.

Si queremos imitar, cual debemos, a Jesús en esa intimidad, veremos cuán lejos nos hallamos de la verdadera devoción a la Virgen, y cómo jamás podremos exagerar nuestro trato e intimidad con Ella.

Sólo entonces mi devoción a Ella sería excesiva si me abandonare a Ella más de lo que Jesús se abandonó, si me gozare en sus brazos más de lo que Jesús se gozó, si conviviera, tratara e intimara con Ella más de lo que Jesús convivió, intimó y trató, si me gozara en ser por Ella mirado y mimado más de lo que Jesús pequeñín se gozó. Mas por mucho que quiera imitarle quedaré siempre enormemente lejos del modo de comportarse de Jesús con su Madre. Modo que quiere sea el mío, pues para eso la he hecho verdadera Madre mía.

¡Pobre Mamita! Cuánto tiene que aguantarnos por lo malos hijos que somos, y no precisamente porque seamos una calamidad, sino por nuestra falta de amor y de confianza en Ella. También Jesús en lo humano fue durante años una calamidad, pero la amó inefablemente. Siendo yo hijo de Ella en lo divino, en ese aspecto seré de necesidad también una calamidad; pero que no le falte mi amor, mi abandono a su cuidado, mi gozo inenarrable en Ella, mi convivencia de intimidad con Ella. Insistamos a Jesús: «Haz mi corazón semejante al tuyo».

5) Imitemos las relaciones de Jesús con su Madre en la Pasión. Dos aspectos conviene aquí destacar. El primero de ellos es que Jesús, cuando va a dejar sensiblemente sola a la Virgen María, desea tanto seguir estando con Ella que instituye la Eucaristía, para Ella, y mediante Ella para todos sus hijos: hasta tal punto quiere estar siempre con su Madre, convivir con Ella, no separarse de Ella ni un momento. Imitemos el Corazón del Jesús eucarístico: que yo siempre viva de modo misterioso en el seno de María, eligiéndola como mi morada y habitación permanente: que aunque no lo parezca y todo parezca indicar lo contrario, realmen-

te viva yo siempre en el seno de la Virgen, lo haga todo en su seno, en Ella, con Ella y por Ella: y en Ella, con Ella y por Ella ame al Padre, al Hijo, al Espíritu Santo, y a todos los hijos de Ella.

El segundo aspecto es que Jesús asocia a su Madre a todos sus dolores y sufrimientos: en nada de su vida la quiere de El separada, y en la misma redención la quiere Corredentora con El.

Pues así como Jesús la hace partícipe de todos sus dolores y sufrimientos, sus humillaciones y amarguras, su vergüenza al sentirse cargado con los pecados del mundo, haciéndola partícipe de esa carga para que con El fuera Corredentora, así yo presente a la Virgen mis pecados, mi dolor, aflicción y humillación por ellos, todas mis miserias, obligándola a sanarme, redimirme y curarme, haciéndola Corredentora mía y en mí. Que esa es su gloria. Ya que no puedo darle gloria con mi bondad désela con mi iniquidad: aproveche de todo para glorificar a mi Mamá.

Comuníquele también mis dolores físicos: no sufra solo, sino unido a Ella, que así mi sufrimiento tendrá valor por ser de Ella: déjele a Ella tomar parte, déjele que lo haga suyo, olvidándome ya entonces de que es mío. Déjela sobre todo que haga suyos mis pecados, tropiezos, fracasos, humillaciones, falta de éxito en el camino espiritual: Ella entonces como Mamá habrá de arreglarlo, tendrá que obrar como Corredentora. Y así lo quiere Ella, y así lo quiso Jesús.

6) Imitemos a Jesús en su Ascensión: Confía a la Virgen cuantos creían en El, le entrega los que amaba. Y ellos se arraciman junto a Ella hasta la venida del Espíritu Santo. Y junto a Ella permanecen los diez años que dura su ministerio en Israel. Y luego, habituados a esa convivencia, en ella perseveran una vez dispersos por el mundo, hallándola en la Eucaristía junto con Jesús.

Deje yo así confiados a María, y bajo su cuidado todos los frutos de mi apostolado, todos los seres especialmente amados y queridos, todos aquellos a quienes no acabo de lo-

grar enmendar, corregir, enamorar de Dios: déjelos todos en sus manos. Cuando la Virgen recoge a los apóstoles, eran todavía un desastre: Ella los convierte en verdaderos apóstoles con la efusión sobre ellos del Espíritu Santo. La misma transformación acabará haciendo en cuantos le encomiende: Ella llevará a perfecta sazón y madurez los frutos por mí iniciados; pero he de confiárselos a Ella totalmente, cual hizo Jesús al confiarle a los suyos. Y, por mi parte, permanezca, como los apóstoles, unido a Ella, asociándola a todo cuanto hago.

7) Finalmente, con la Asunción, Jesús la asocia a su gloria, y le entrega el dominio y posesión de todo lo suyo, haciéndola reina de cielos y tierra.

Poca gloria puedo yo dar a la Virgen. Pero, al menos, déle poderío y dominio sobre cuanto tengo o pienso tener: hágala verdadera reina de mí mismo y de todo lo mío: reina de mi ser, ama de mi casa, no la eche nunca de mi seno. Que el amor se entrega totalmente, y por eso Jesús, al llevarla al cielo la hace no sólo tesorera de su Corazón, sino también verdadera reina de El.

Es la consagración perfecta a nuestra Madre, que culmina toda esta vida de devoción y trato con la Virgen: que como dueña mía, haga Ella en mí y conmigo, por mí y a través mío lo que quiera y como quiera. Esforzarme en que esa entrega sea de verdad, sin resistirla, sin tomar iniciativas que he de dejar a Ella. Y si no podemos a veces hacer lo que Ella quiere, al menos no hacer nada, sino pedirle que tire Ella del carro. Y Ella tirará. Que nuestra consagración es de hijo pequeñín y débil: déjela a Ella suplir mi debilidad con su poder.

Hay, en fin, otro aspecto del trato de Jesús con la Virgen, que es el cuidado y trato que con nosotros tiene como hijos de su Madre. Mas de eso tratamos en el apartado que sigue. Baste aquí advertir que si queremos imitar a Jesús, en nuestro trato con los demás hemos de ver siempre en ellos hijos de la Virgen María: hermanos míos y de Jesús,

pero porque son hijos de la Virgen, y como a tales amarlos y tratarlos.

3. La imitación del Corazón de Jesús en el trato con los hombres

En esta imitación nos insiste Jesús, y nos la manda, cuando nos dice: «Amaos unos a otros como Yo os he amado» (Jo. 13,34; 15,12). Hemos así de imitar el amor de Jesús amando a los demás como yo me siento y sé amado de El. Tanto más percibiré su amor a mí cuanto más intime con El.

La imitación es fruto de la intimidad: la amistad o encuentra semejantes a los amigos, o los haces semejantes. Jamás lograré verdadera intimidad sin la Virgen María, porque me distraeré continuamente en el contacto con Jesús. Por eso, para poder imitarle, procure mirarle desde los brazos de la Virgen y con la misma mirada de Ella. Entonces no sólo sabré el amor con que me ama, sino que lo sentiré y podré fácilmente imitarlo dando ese mismo amor a los hombres.

1) Imitemos, en primer lugar, el amor antecedente y eterno del Corazón de Jesús: «Con un amor eterno Yo te he amado, por eso misericordioso te atraje a Mí» (Jer. 31,3), «No está el amor en que nosotros hayamos amado a Dios, sino que El nos amó primero, y envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados» (1.ª Jo. 4,10), «Tanto amó Dios al mundo que le dio a su Hijo Unigénito para que el mundo se salve por El, a fin de que todo el que cree en El —es decir, le admite y quiere como Salvador, como Jesús— no perezca, sino que tenga vida eterna» (Jo. 31,16).

Siendo Uno con el Padre, Jesús, como Dios, nos ama como el Padre de toda eternidad. Y en su ser humano es la manifestación plena y sensible a nosotros del amor infinito de Dios. Y como viene para manifestarme el amor del Padre, me ama con el mismo amor humano que ama a su Padre, porque es amándome a mí como le muestra el amor que le tiene. Y me conoce y ama singularmente desde el

primer instante de su existencia humana en el seno de la Virgen, pues desde ese primer instante, nos dice Pío XII (Enc. *Mystici Corporis)* conoció a cada uno de los que habían de ser sus miembros y los amó con amor inefable y eficacísimo de Salvador. Y con El nos ama también desde entonces la Virgen María como miembros y hermanos de su Hijo, como hijos suyos con Jesús.

Imitando a Jesús, no esperemos a que nos amen para amar. Si El me ha estado amando, previniendo y esperando a que me entregara a El antes de que yo pensara en El, e incluso cuando era su enemigo por el pecado, así yo he de amar a los que no me aman, cuando les soy indiferente, incluso cuando me odian y persiguen: «Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen» (Mt. 5,44). Esto ha hecho Jesús conmigo: hágalo yo con los demás.

2) Imitemos la dedicación plena de Jesús, ordenando a nosotros su vida, su energía, sus actos, dando finalmente su vida por nosotros en la cruz, y entregándonos su Cuerpo y Sangre como alimento perpetuo: «Me amó y se entregó por mí» (Gál. 2,20). Entrega desde el primer momento de su ser en el seno de la Virgen, pues «en el principio del libro está escrito de Mí: Dios mío, haré tu voluntad» (Hebr. 10,7). La voluntad del Padre es que me ame y salve, y a eso se dedica enteramente Jesús.

Si en mi interior he de vivir para Dios e intimar con la Virgen María, todo lo que en mí suponga trabajo, planes, proyectos, actividad ha de mirar solo al mayor bien de los que me rodean, al mayor bien de todos los hombres. Había de ser la utilidad de ellos, no la mía, lo que me impulsare a elegir estudio, carrera, trabajo, vocación. Esa fue siempre la norma de Jesús, que entró en el mundo diciendo: «Aquí estoy para hacer tu voluntad» (Hebr. 10,7). Y esa voluntad es que salve: para eso viene al mundo, para ser Jesús, es decir, Salvador: y es constante y fiel a su nombre.

3) Imitemos a Jesús en su vida en Nazaret, copiando el amor, delicadeza y entrega que El tuvo con su familia, y en el trato que tuvo con sus coetáneos, con los mayores, con

los ancianos a los que honraba: Jesús oculta y disimula su grandeza y honor para no pensar más que en el honor y bien debido a los demás. Procure tratar a los demás como El los trataría, creciendo, como El «en edad, sabiduría y gracia delante de Dios y de los hombres» (Lc. 2,52).

Pero sobre todo procure imitarle en sus relaciones familiares. En treinta años sólo una vez dio un disgusto a María y a San José. Qué delicia sería nuestra vida si sólo un disgusto ocasionáramos a nuestros padres y familiares que nos rodean. Y aun ese disgusto fue para enseñarnos que antes hay que cumplir la voluntad del Padre Celestial que la de los padres terrenos, y para poder insinuar a los Doctores de la Ley su condición divina: «¿Por qué me buscábais? ¿No sabíais que yo he de ocuparme en las cosas que son de mi Padre?» (Lc. 2,48.49). Respuesta a que da ocasión la pregunta afligida de la Virgen, y en la que Jesús nos muestra el motivo superior por el que quiso darle esa aflicción de quedarse en el Templo sin avisarla.

Pero es el único disgusto que en treinta años les dio. Fuera de ese caso único, «en todo les estaba sometido» (Lc. 2,51), en todo buscó el agrado de ellos y su interés.

Busque yo siempre el bien, agrado e interés de los familiares que me rodean, y no ande dando vueltas para que los demás busquen mi interés y utilidad. Y sea en esto constante, porque es fácil inmolarse un día, pero cuánto cuesta inmolarse todos los días, haciéndose siervo de los demás, buscando el agrado ajeno y prescindiendo del propio.

Jesús ordenaba a mi enseñanza y salvación esa su vida de sumisión y de silencio. Igualmente hemos de ordenar la caridad practicada en familia en inmolación continuada a salvar a los mismos familiares, y ofrecerla a Jesús para que, hecha oblación por sus manos al Padre, sirva para la salvación de todos los hombres.

4) Imitemos a Jesús en su vida pública dando sin tasa nuestro tiempo a los demás, siempre que nos busquen o necesiten. Jesús enseña incansablemente, no teniendo con frecuencia tiempo ni para comer, según nos dice el Evan-

gelio. Y cuando alguno, como Nicodemo, le busca por temor, de noche, Jesús renuncia a su sueño e incluso a la oración para atenderlo: condesciende con su cobardía, porque lo ve necesitado y que busca la verdad, y Jesús «vino para dar testimonio de la verdad» (J. 1,7; 18,37).

Y no sólo recibía a todos, sino que los invita a todos, especialmente a cuantos sufren y se sienten desgraciados: «Venid a Mí todos cuantos sufrís y estáis agobiados, y Yo os aliviaré o confortaré. Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de Mí, que soy manso y humilde de Corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas, porque mi yugo es suave y ligera mi carga» (Mt. 11,28-30).

Dicen que el tiempo es oro. Quizá por eso nos cuesta tanto entregarlo a los demás. Y lo hemos de dar a manos llenas, no negándonos a nadie que nos busque, y haciéndonos encontradizos con aquellos que veamos nos necesitan, con los que vemos afligidos y desorientados. No huyamos el contacto diciendo: esa tribulación yo no la puedo remediar. Con sólo escucharles y dejarles desahogarse hallarán la paz.

Puedo siempre remediarlos como Jesús los remediaba. El no cambió las situaciones materiales de los que le hablaban: si curó muchos enfermos, fueron muchos más los que no curó; y sólo dos veces en tres años multiplicó los panes para remediar un hambre que era endémica en la región. El promete a todos descanso, pero no el quitarles la tribulación. Por el contrario les enseña a amarla, a hallar su paz y dicha en ella: «Dichosos los pobres... dichosos los que lloran, dichosos los que tienen hambre y sed de justicia... dichosos los misericordiosos... dichosos los mansos... dichosos los limpios de corazón... dichosos los que buscan la paz... dichosos los perseguidos y calumniados» (Mt. 5,2-12), dichosos, en definitica, los que van a ser crucificados.

Y ese es el consuelo y remedio que al igual que Jesús podremos siempre dar nosotros en toda situación, recordándoles lo dichosos que son al ser tan amados de Jesús que los asocia a su pasión y les lleva por el camino de salvación que El mismo enseñó como el mejor. Y hallarán la

paz. No queramos remediarlos a nuestro modo, sino al modo de Jesús, recordándoles su doctrina y enseñanza.

Y si de verdad están afligidos y sufren, la recibirán y hallarán paz y descanso, porque Jesús se la repetirá en su interior. Si alguien viene a mí, es que Jesús me lo trae para atenderlo a través mío: y El lo atenderá si yo, en vez de querer arreglar el problema, me limito a servir de canal para que Jesús se le comunique y lo arregle.

No seamos egoístas ni tacaños en la donación de nuestro tiempo y nuestra actividad. Ni digamos nunca: No estoy para perder mi tiempo con fulano o con fulana. ¿Quién dice *mi tiempo*? No es mío. Ni es mía mi vida, ni mi cuerpo, ni mi alma, ni mi pensamiento, ni mi corazón: mucho menos es mío mi tiempo. El tiempo es un regalo y limosna de Dios que durará hasta el morir: no lo use como mío, úselo como de Dios, y atienda a todo el que El me envíe. Sólo con dar sin tasa nuestro tiempo, ¡cuánta caridad haríamos, y cómo consolaríamos a los demás!

5) Imitemos a Jesús en dar su vida por nosotros. Si El así la dio «también nosotros hemos de dar nuestra vida por los hermanos» (1.ª Jo. 3,16).

Y todos la hemos de dar: o trocito a trocito, día tras día, viviendo para los otros y no para mí; o de golpe si Dios nos lo pide y el bien del prójimo lo exije. Y eso es imitar a Jesús. Pero imitémoslo no sólo materialmente, sino afectivamente, en su entrega interior, en su deseo de prodigarse: «Amaos unos a otros como Yo os he amado» (Jo. 13,34; 15,12).

6) Imitemos a Jesús en su vida del Sagrario, tratando y sirviendo a los demás como El nos trata y sirve en el Sagrario.

Aquí hay tantos aspectos que imitar que sólo podemos indicar y sugerir algunos.

Lo primero, El está siempre a disposición mía: aunque pase días, semanas e incluso años sin acordarme de El, siempre que a El acudo lo hallo a mi disposición. Esté yo siempre a disposición de los demás, cuando quieran, como quie-

ran, para lo que quieran, siempre que quieran, que usen de mí y vengan a mí, aunque sólo se acuerden de venir cuando me necesitan, y no cuando yo deseo su compañía o los necesito a ellos. Copiemos esa generosidad de Jesús.

Jesús sacramentado se fía totalmente de mí: me cree y se me entrega cuando le digo que le amo, aunque poco antes le ofendiera, y poco después le vuelva a ofender: siempre vuelve a fiarse de mí cuando le pido perdón. Fíeme yo así de cuantos me rodean, pues «la caridad lo cree todo» (1.ª Cor. 13,17), todo del prójimo, y se fía de él por muchas veces que le falle, y no quiere alejarse de él porque le falle, sino intimar con él. Si Jesús quiere darse a mí, y tenerme cuanto más cerca mejor, haga yo igual con el prójimo.

Jesús en el Sagrario recibe a todos y siempre, lo escucha todo, lo atiende todo. Sea así yo capaz de recibir a todos y siempre, oportuna e importunamente, oyéndolos con agrado, y no haga por evitar la compañía de nadie, por antipático que me sea, puesto que Jesús nunca evita el encontrarse conmigo.

Jesús lo comparte todo conmigo: me da como Padre a su mismo Padre, por Madre a su misma Madre, y se me entrega El mismo en posesión para que disponga de El como quiera. Comparta yo todos mis afectos con los demás, hágales participar de lo que a mí me hace feliz, no tenga celos de que me roben los afectos, antes compártalos generosamente con todos. ¡Cuántas secesiones y grupitos evitaríamos si lo hiciéramos así!

Jesús tiene conmigo aguante incansable: me perdona todo, lo olvida cada vez todo, me lo aguanta todo. Perdone yo y olvide las pequeñas ofensas y cicaterías que me hacen quienes conviven conmigo.

No basta decir «perdono»: hay que olvidar. Que Jesús lo olvida todo cuando voy a El, y me trata con todo afecto y confianza, apreciándome como si jamás le hubiera ofendido. Trate yo con el mismo afecto a cuantos me rodean, de tal modo que puedan gustar en mí el amor con que Jesús

los ama y el aprecio que les tiene: muéstreles siempre aprecio sincero y amor entrañable.

Jesús en el sagrario no quiere juzgarme, sino absolverme. El es Juez de vivos y muertos, pues «el Padre no juzga a nadie, sino que todo juicio lo dio al Hijo» (Jo. 5,22). Mas el Hijo no quiere juzgar, aunque su juicio es verdadero si lo hace (Jo. 9,15,16). Y así nos dice: «El que cree en Mí, es decir, el que me acepta como Salvador, como Jesús, el que cree que Yo soy Jesús y como tal me quiere, no será juzgado, porque no ha enviado Dios a su Hijo para que juzgue al mundo sino para que el mundo se salve por El» (Jo. 3,17.18). Ni siquiera juzga al que no cree en El, porque «el que no cree en Mí ya está juzgado» (Jo. 3,18), sin necesidad de que Jesús lo juzgue: sólo agarrándome al Salvador puedo salvarme: si lo rechazo no es menester me condene nadie, pues ya estoy de antemano perdido y condenado.

Jesús quiere le imite en este no juzgar: «No juzguéis, y no seréis juzgados» (Lc. 6,37). Si Jesús mismo no quiere juzgar, El que puede, ¿quién soy yo para juzgar al prójimo, o acusarlo aunque sea solo en mi interior? Jesús quiere absolverlo, y si cree en El lo absolverá: no ose yo condenarlo, usurpando la autoridad de Jesús.

La promesa es magnífica al que le imita: «No juzguéis y no seréis juzgados»: aunque tuviera todos los demás pecados del mundo, iría derecho al cielo si no hubiera juzgado a nadie, pues Jesús me diría: «Como Tú no has juzgado, tampoco Yo te juzgo.» Y a pesar de eso, cuán difícilmente evitamos el juzgar a los demás, y aun el manifestar esos juicios interiores en crítica exterior. Críticas inadvertidas muchas veces, lo que las excusa entonces de pecado formal; pero aun entonces precede a ellas un juicio interior que no está libre de pecado. Cuidemos de no juzgar a nadie.

Jesús excusó hasta a los que le insultaban en la cruz: «Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen.» Y eran los más sabios, escribas, fariseos y sacerdotes quienes le insultaban. Excuse también yo, y no se me ocurra pensar o decir: ¡Pero él bien sabía lo que me hacía, y me lo hizo!

ran, para lo que quieran, siempre que quieran, que usen de mí y vengan a mí, aunque sólo se acuerden de venir cuando me necesitan, y no cuando yo deseo su compañía o los necesito a ellos. Copiemos esa generosidad de Jesús.

Jesús sacramentado se fía totalmente de mí: me cree y se me entrega cuando le digo que le amo, aunque poco antes le ofendiera, y poco después le vuelva a ofender: siempre vuelve a fiarse de mí cuando le pido perdón. Fíeme yo así de cuantos me rodean, pues «la caridad lo cree todo» (1.ª Cor. 13,17), todo del prójimo, y se fía de él por muchas veces que le falle, y no quiere alejarse de él porque le falle, sino intimar con él. Si Jesús quiere darse a mí, y tenerme cuanto más cerca mejor, haga yo igual con el prójimo.

Jesús en el Sagrario recibe a todos y siempre, lo escucha todo, lo atiende todo. Sea así yo capaz de recibir a todos y siempre, oportuna e importunamente, oyéndolos con agrado, y no haga por evitar la compañía de nadie, por antipático que me sea, puesto que Jesús nunca evita el encontrarse conmigo.

Jesús lo comparte todo conmigo: me da como Padre a su mismo Padre, por Madre a su misma Madre, y se me entrega El mismo en posesión para que disponga de El como quiera. Comparta yo todos mis afectos con los demás, hágales participar de lo que a mí me hace feliz, no tenga celos de que me roben los afectos, antes compártalos generosamente con todos. ¡Cuántas secesiones y grupitos evitaríamos si lo hiciéramos así!

Jesús tiene conmigo aguante incansable: me perdona todo, lo olvida cada vez todo, me lo aguanta todo. Perdone yo y olvide las pequeñas ofensas y cicaterías que me hacen quienes conviven conmigo.

No basta decir «perdono»: hay que olvidar. Que Jesús lo olvida todo cuando voy a El, y me trata con todo afecto y confianza, apreciándome como si jamás le hubiera ofendido. Trate yo con el mismo afecto a cuantos me rodean, de tal modo que puedan gustar en mí el amor con que Jesús

los ama y el aprecio que les tiene: muéstreles siempre aprecio sincero y amor entrañable.

Jesús en el sagrario no quiere juzgarme, sino absolverme. El es Juez de vivos y muertos, pues «el Padre no juzga a nadie, sino que todo juicio lo dio al Hijo» (Jo. 5,22). Mas el Hijo no quiere juzgar, aunque su juicio es verdadero si lo hace (Jo. 9,15,16). Y así nos dice: «El que cree en Mí, es decir, el que me acepta como Salvador, como Jesús, el que cree que Yo soy Jesús y como tal me quiere, no será juzgado, porque no ha enviado Dios a su Hijo para que juzgue al mundo sino para que el mundo se salve por El» (Jo. 3,17.18). Ni siquiera juzga al que no cree en El, porque «el que no cree en Mí ya está juzgado» (Jo. 3,18), sin necesidad de que Jesús lo juzgue: sólo agarrándome al Salvador puedo salvarme: si lo rechazo no es menester me condene nadie, pues ya estoy de antemano perdido y condenado.

Jesús quiere le imite en este no juzgar: «No juzguéis, y no seréis juzgados» (Lc. 6,37). Si Jesús mismo no quiere juzgar, El que puede, ¿quién soy yo para juzgar al prójimo, o acusarlo aunque sea solo en mi interior? Jesús quiere absolverlo, y si cree en El lo absolverá: no ose yo condenarlo, usurpando la autoridad de Jesús.

La promesa es magnífica al que le imita: «No juzguéis y no seréis juzgados»: aunque tuviera todos los demás pecados del mundo, iría derecho al cielo si no hubiera juzgado a nadie, pues Jesús me diría: «Como Tú no has juzgado, tampoco Yo te juzgo.» Y a pesar de eso, cuán difícilmente evitamos el juzgar a los demás, y aun el manifestar esos juicios interiores en crítica exterior. Críticas inadvertidas muchas veces, lo que las excusa entonces de pecado formal; pero aun entonces precede a ellas un juicio interior que no está libre de pecado. Cuidemos de no juzgar a nadie.

Jesús excusó hasta a los que le insultaban en la cruz: «Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen.» Y eran los más sabios, escribas, fariseos y sacerdotes quienes le insultaban. Excuse también yo, y no se me ocurra pensar o decir: ¡Pero él bien sabía lo que me hacía, y me lo hizo!

Jesús continúa esa excusa en el cielo, donde interpela por nosotros, y hace de abogado nuestro ante el Padre; y sigue excusándonos en el Sagrario, donde se ofrece como Víctima al Padre por nosotros, Cordero de Dios que toma sobre Sí nuestros pecados para expiarlos El y destruirlos. Imitando en todo eso a Jesús, no acuse nunca a los demás, antes excúselos siempre y justifíquelos ante Jesús, y ofrézcame a reparar como propios míos los posibles pecados que tengan.

7) Finalmente, imitemos al Corazón de Jesús en su vida en nuestro corazón, donde permanentemente mora no menos que en el Sagrario: «Estaré con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos» (Mt. 28,20), «No os dejaré huérfanos, vendré a vosotros» (Jo. 14,13). «Si alguno me amare, mi Padre le amará, y Yo le amaré, y vendremos a El, y estableceremos en él nuestra morada» (Jo. 14,23), «y Yo me manifestaré a Mí mismo a él» (Jo. 14,21).

Mire cómo Jesús me trata y sirve en mi corazón, y trate y sirva yo de igual modo a los demás.

Imite el aguante que El tiene conmigo: cuántas veces le he echado de mi corazón y vuelto a recibir: y El siempre ha vuelto, siempre amándome, ya dentro de mí o fuera de mí. Estemos siempre dispuestos a recibir a los demás, olvidando toda ofensa o menosprecio, gozosos de que vuelvan a nosotros, aunque sea por egoísmo o necesidad.

Jesús no nos recuerda nunca los pecados pasados: si ahora le amamos, El ya se goza y se nos da. Olvidemos así del todo toda ofensa nosotros, no recordemos nunca las ofensas pasadas acumulándolas a la ofensa actual. ¡Qué ligero nos sería entonces soportar a los demás!

Y practiquemos este olvido especialmente en las relaciones familiares. «Como la cuesta arenosa para los pies del anciano, así la mujer gruñona para su marido» (Eccli. 25,21). Pero si el marido olvidare siempre las regañinas pasadas, y tras veinte años de matrimonio pudiera decir con sinceridad: «es la primera vez que me gruñe», porque de verdad ha olvidado todas las anteriores, el carácter de su mujer no le sería cuesta arenosa, antes se maravillaría de su buen ca-

rácter, que en veinte años sólo una vez, ahora, le levantó la voz.

Imitemos el olvido de los niños, que nunca recuerdan los azotes y reprensiones anteriormente recibidas, sino sólo la presente que enseguida olvida, y gracias a ese olvido está encantado con sus padres, pues «si no os hicieréis como los niños no entraréis en el reino de los cielos» (Mt. 18,3), que es el reino del amor.

Todas las disensiones y desarmonías familiares vienen de esta falta de olvido, de que nos da tan maravilloso ejemplo Jesús en nuestro corazón, y de que nos dan ejemplo los niños en quienes Jesús quiere nos inspiremos.

«A un pastel de rica miel diez mil moscas acudieron, que, por golosas murieron, presas de patas en él.» ¡Qué pequeña es una mosca! pero nadie es capaz de comer sin vomitar un pastel con diez mil moscas. Que en nuestro pastel de amor, más dulce que la miel, no haya nunca más que una mosca, la del pequeño choque recientemente ocurrido: no acumulemos con el recuerdo todas las moscas anteriormente caídas; y aun ésta saquémosla enseguida por el olvido pleno, para que el amor mutuo sea gustoso.

El olvido pleno es propio del amor. Por eso Jesús lo tiene en tanto agrado, porque nos «ha amado hasta el extremo» (Jo. 13,1). Imitando a Jesús, olvide yo enseguida todas las perrerías que me hayan hecho.

Jesús está siempre conmigo, atento a mí, deseoso de que le pida cuanto quiera, ansioso de que converse con El. Esté yo atento a los que me rodean, deseoso de que pidan mis servicios, ansioso de sacrificarme por ellos, y de estar con ellos siempre que me necesiten, sin tener en cuenta me hagan perder tiempo. Eso es imitar a Jesús.

Mas recordemos que toda la imitación del Corazón de Jesús se condensa en la frase de Jesús: «Un precepto nuevo os doy: amaos unos a otros como Yo os he amado. En esto se conocerá que sois mis discípulos en que os améis mutuamente como Yo os he amado» (Jo. 13,34.35).

Y para amar como Jesús me ama no hay más que un

medio: ser simple canal de su amor hacia los demás, ser como el cristal del farol que transmite la luz que lleva dentro, la luz que es Cristo que mora en mí.

Sólo podré amar como Jesús me ama si me dejo totalmente informar por El, entregándome a El para que de mí use como de miembro suyo para amar El en mí y conmigo a los demás. Y eso sólo sucederá si me uno en intimidad con El, y en El me inserto como sarmiento en la cepa para que a través mío El obre y ame.

Sólo entonces nuestro amor no será nuestro, sino de Jesús en nosotros y a través nuestro, como las uvas que produce el sarmiento son uvas de la cepa en el sarmiento. Entonces, al ver los hombres nuestras obras y nuestro amor a ellos alabarán al Padre (Mt. 15,16), porque verán en el amor del Hijo en nosotros cuánto el Padre los ha amado.

Esa es la verdadera imitación del Corazón de Jesús. Decir corazón es decir amor. Imitar su Corazón es imitar su amor, su entrega absoluta y total, su dedicación a los hombres, su inmolación por ellos, su vivir por ellos y para ellos, su comprensión con ellos, su aguante conmigo, su paciencia conmigo, su perdón conmigo, su olvido continuo conmigo, su excusarme continuamente. Haga yo en todo igual con los demás. Pero hágalo de tal modo unido a El y conformado a El, que al mirarme los demás no vean nada mío, sino sólo a Jesús obrando a través mío.

Sólo entonces habremos acertado con la imitación del Corazón de Jesús. Mas sólo la lograremos viviendo en intimidad con El en brazos de la Virgen María.

Apéndice

NUESTRA SEÑORA DEL SAGRADO CORAZON Y LA REPARACION

En el título de Nuestra Señora del Sagrado Corazón contemplamos a la Virgen en sus relaciones de amor con el Corazón de su Divino Hijo. Tres son las relaciones del amor: ser amado, amar, y asociación en el ser, actividad y bienes entre amante y amado, pues el amor hace común todo lo de los que se aman. Es la Virgen María como Amada, Amante, y Asociada en todo al Corazón de su Divino Hijo.

Por esa triple vía nos introduce la Virgen en la verdadera devoción al Corazón de Jesús, que, sin Ella, no podríamos practicar de un modo medianamente satisfactorio.

Como Amada nos muestra la infinitud del amor divino, que es el objeto de la devoción al Corazón de Jesús. Amor divino que se nos da a conocer en el amor con que la ama a Ella, y en los dones con que la enriquece: ahí entendemos el amor con que nos ama también a nosotros, pues haciéndola nuestra Madre nos muestra querer hacer en mí lo que ha hecho en Ella, amarme a mí con el amor con que la ama a Ella. María es el espejo sin mancha en que vemos la imagen del amor divino que en Ella se refleja.

Como Amante, es María el espejo en que vemos cuál y cómo ha de ser nuestra correspondencia al Amor, amando como Ella a quien tanto nos ha amado y ama.

Como Asociada en todo al Corazón de Jesús, en el ser, la gracia, la acción, la economía de salvación, nos es María espejo de cómo hemos de utilizar los tesoros del Corazón de Jesús para la salvación de los hombres. Y además de espejo, nos es, como Madre, Suplente maravillosa que suple mi de-

bilidad, ayudadora, guía y maestra nuestra, e intercesora omnipotente para concedernos cuanto a nosotros falta.

En todos los aspectos de la devoción al Corazón de Jesús nos es así indispensable la unión con la Virgen María y la contemplación de nuestra Madre. Pero aquí destacaremos solamente su importancia en lo que mira a la reparación.

1. LA AMADA.

María es la Amada por antonomasia. En cierto modo, la Unica Amada, pues todas las demás cosas son amadas porque Ella ha sido amada.

En efecto, ni siquiera existirían si no fuese por la existencia de Ella. Dado que todo ha sido creado para gloria del Verbo hecho hombre, para que en su Humanidad atrajera a sí todas las cosas, y, hechas suyas, las sometiera al Padre y con ellas le glorificara, es evidente que nada hubiera existido de no haberse hecho Jesús hombre. Pero no se hubiera hecho hombre de no existir la Virgen María, de la que toma su ser humano. Por tanto nada hubiera existido de no existir la Virgen María.

Que Jesús no se hubiera encarnado de no existir la Virgen María aparece claro del hecho de que el Padre los predestinó a ambos por un mismo y único decreto eterno de predestinación: la salvación de uno lleva consigo necesariamente la del otro. Pero Jesús hecho hombre de necesidad había de ser predestinado y salvarse. Mas de no existir la Virgen, no hubiera sido predestinada, y por tanto tampoco Jesús en cuanto hombre. Luego Jesús no se habría hecho hombre, y nada hubiera existido, pues todo fue creado para El.

Pero aún hay más. Aun en el caso de que sin Ella hubieran sido creadas las cosas, no hubieran podido ser objeto del amor divino, pues es Ella la que hace que las criaturas sean amables a Dios. Así nos lo asegura la Iglesia en la lectura de San Anselmo que nos ofrece el día de la Inmaculada: «Cielo, tierra, astros, ríos, día y noche... se congratulan, Se-

ñora, de haber sido devueltas por Tí a la hermosura perdida, y haber sido enriquecidas de nueva gracia inefable. Todas estaban muertas... y por Tí se alegran como resucitadas... todos estos bienes les derivaron por el fruto bendito de tu vientre bendito, oh María. Por la plenitud de tu gracia se alegran liberadas las creaturas que estaban en el infierno, y restauradas las que están sobre el mundo... Oh Mujer, llena y superllena de gracia que con la redundancia de su plenitud así vuelve a hacer enverdecer toda creatura! Oh Virgen bendita y superbendita, por cuya bendición es bendecida toda naturaleza... Dios, que lo hizo todo, se hizo a Sí mismo de María, y así rehizo todo cuanto había hecho. El que pudo hacerlo todo de la nada no quiso rehacerlo, una vez violado, sin María. Dios es Padre de todas las cosas creadas, y María es Madre de todas las cosas creadas. Dios es Padre de la creación de todo, María es Madre de la restitución de todo... Dios engendró a Aquel sin el cual nada existe; María engendró a Aquel sin el cual nada existe bien. Verdaderamente Dios contigo, a la cual dio el Señor que tanto le debiera l creatura junto con El».

Es, pues, evidente que si la creación es agradable a Dios y Dios puede complacerse en ella, se debe a la Virgen María, y a la complacencia omnímoda que Dios tuvo en Ella, llenándola de gracia para que la difundiera en toda la creación. Por eso, todo el amor que Dios pueda tener hacia afuera, hacia la creación, lo tiene hacia la Virgen María, y a Ella le da toda gracia y riqueza que luego por medio de Ella y de su Hijo quiere distribuir a las creaturas.

Pero aún hay más: Todos los tesoros de gracia, perfección y amor con que había de ser adornada la humanidad del Verbo los da la Trinidad Beatísima a la Virgen María, para que de Ella los recibiera Jesús en cuanto hombre, de modo que su gracia y hermosura y amor son los mismos que adornan a la Humanidad de Cristo, a Cristo en cuanto hombre. El Hijo la hizo tal cual El quería ser hecho hombre, a imagen y semejanza perfecta de lo que El había de ser. Por eso no sólo es Madre de su Hijo, sino «hija bienaventurada

de su Hijo» cual la cantamos en el himno de Maitines de los sábados. Y también Esposa de su Hijo, del Verbo encarnado, pues si los esposos son tales por ser dos en una misma carne, Jesús y la Virgen tienen unión mucho mayor: dos en un mismo ser, ya que Jesús recibe el mismo ser humano de la Virgen y lo hace suyo.

Mas ninguna perfección del Universo, ninguna gracia o benevolencia divina a las creaturas puede estar ausente de Jesús en cuanto hombre, pues El tiene la primacía en todo, primogénito de todos, y todo en El subsiste, hecho en El, con El y por El (Colos. 1,15-19), y de su plenitud todos recibimos (Jo. 1,16). Y como todo cuanto posee el Hijo en cuanto hombre se lo dio la Madre y de Ella lo recibe, en María ha reunido Dios cuanto de gracia, hermosura, perfección, grandeza, amor, verdadera realidad y bien ha desparramado y desparramará en el universo. Ella, junto con su Hijo, tiene la primacía en todo, y de Ella nos deriva todo.

Mas veamos los modos con que esa relación de Amada de Dios nos ayuda a la reparación.

1) Un primer modo de reparar a Jesús y consolarle, levantándole los ánimos al sentirse desconocido y despreciado por los hombres, es ofrecerle como nuestra toda esa perfección de amor, de gracia, santidad y hermosura de su Madre. Si tanto se enamoró de su hermosura que, siendo Dios, «descendió de los cielos, y se hizo hombre de María Virgen» para poseerla y hacerla suya, y tanto le encantó que dio por bien empleado vivir entre los hombres y ser por ellos crucificado, igualmente ahora se sentirá contento si, en nuestra pobreza, le ofrecemos como nuestra la hermosura y el amor de María, creada y corona de la creación, para que en su creación se goce al ver en ella tanta hermosura.

Es verdad que ya es de El. Pero también es mía, y como mía puedo ofrecérsela para consolarle, pues hecha para eso Madre mía, mía es Ella y todas sus riquezas y bienes para que pueda ofrecerla a Jesús y contentarle. Tanto más que el amor de mi Madre agota toda la capacidad del corazón humano de Jesús para recibir amor. Viéndole, pues, descono-

cido, despreciado y desamado por los hombres, sentirlo, pero decirle: No te quejes: aquí tienes esta riqueza que te ofrecemos, con su amor te basta. Y viendo cuánto lo desconozco yo, y cómo en su presencia me distraigo y me duermo, sentirlo también, pero decirle: No te quejes mucho de ello, pues te ofrezco a mi Mamá como mía, en cuya comparación nada sería cuanto yo de amor pudiera darte.

Sepamos así usar de la Madre que Jesús nos dio, del tesoro que en Ella nos entregó, para tenerlo siempre contento pese a nuestra tibieza.

2) Un segundo modo de consolar al que ama y alegrarle es mostrar gozo de que nos ame, aunque nada podamos darle en cambio. Tal hace el niño pequeño con sus padres, que exulta de contento cada vez que le miman o acarician, y no otra correspondencia piden de él los padres.

Esto lo entendió tan bien la Virgen María que en su *Magnificat* sólo se goza en ser amada, sin ofrecer nada a Dios en cambio más que ese gozo: «Engrandece o enarra mi alma las grandezas del Señor, y exulta mi espíritu en Dios mi Salvador, porque miró la pequeñez de su sierva, e hizo en mí grandes cosas el que es poderoso. He aquí que desde ahora me llamarán dichosa todas las generaciones» (Lc. 1,46-48). Nada ofrece a Dios por sus beneficios, si no es el gozo intenso de ser amada. Y sólo con ese gozo agradó sobremanera el corazón de Dios su Salvador, que exulta también al verla, cual exultan los padres al ver la alegría del pequeñín.

Ofrezcamos a Jesús, ahora, si queremos consolarle, ese gozo de María en ser amada, y el gozo que Ella experimenta al ver cómo ama a todos sus hijos.

Digámosle que no se queje de que su amor es menospreciado, pues que tiene la alegría y aprecio de la Virgen, no sólo por lo que la ama a Ella, sino por lo que ama a los hombres sus hijos: que con ese gozo se contente, ya que no podemos darle otro. Y que nosotros, que en nuestra indiferencia, murria y pesadez, somos incapaces de apreciar el amor que nos tiene y alegrarnos en él, al menos nos gozamos de verdad en lo que ama a nuestra Mamá y estamos con-

tentísimos por ello; que me gozo en ese amor que a Ella tiene, aunque yo no hubiera nunca de participarlo.

Y como este gozo mío en Ella es de todos modos tan pequeño, le ofrezco como propio el gozo de Ella: porque todo lo que goce mi Mamá es gozo mío, todo lo que Ella ve es visión mía, ya que todo lo de mi Mamá es mío, aunque yo no lo entienda. Y Jesús quedará contento y ya no sentirá más que es despreciado su amor.

3) Desde el momento que Jesús me ha dado por Madre verdadera a la Virgen María me está diciendo que me ama con el mismo amor con que ama a su Madre: se ha comprometido a eso, al hacerme hijo de Ella. Y se ha comprometido a hacer en mí lo que ha hecho en la Virgen.

La única diferencia que hay entre el amor con que ama a la Virgen y me ama a mí, no está en el amor mismo, que es único, sino en que a Ella la ama por sí misma, Ella es la Amada, y a mí me ama por Ella, porque soy hijo suyo. Pero sólo puede mostrar el amor a la Madre amando a sus hijos y haciéndolos a Ella semejantes.

Por eso, en este tercer aspecto de la reparación, copiando a la Virgen, y poniéndonos en sus brazos como pequeñines, gozarme en ser amado como Ella, y hacer actos de fe hasta saborear y sentir que soy amado en brazos de Ella con el mismo amor con que Ella es amada, mirado con la misma mirada de benevolencia, beneficiado con los mismos bienes, dones y beneficios con que Ella ha sido enriquecida. No me hubiera hecho hijo de Ella, amándola tanto, si pensara dejarme ruín y feo, y no hacerme retrato vivo de su hermosura.

Cante, pues, como hijo de Ella, igual que Ella, con Ella y gracias a Ella su mismo cántico de exultación y gozo: «Engrandece mi alma al Señor, y mi espíritu exulta en Dios mi Salvador, porque miró la pequeñez de su esclava, e hizo en mí grandes cosas el que es poderoso».

Mi pequeñez la miró al hacerme hijo de Ella. Las grandes cosas las hará, aunque no ahora todas, que el pequeñín sólo gradualmente va adquiriendo la semejanza con su Madre. En

tanto los dones a mí reservados se le dan a la Madre, para que Ella me los vaya dando según yo vaya creciendo para no estropearlos ni perderlos: todo regalo precioso al pequeño se le confía a la madre, para que se lo guarde y a su debido tiempo se lo entregue: a Ella se le dan las joyas preciosas para que las guarde y las entregue a su pequeña cuando sea grande y ya no pueda perderlas.

Yo nada tengo que dar a Jesús, fuera del gozo de sentirme y saberme amado. No me inquiete de ello, pues con eso contentaré a Jesús, y le mostraré el aprecio que tengo de su amor. La misma Virgen, que tantas cosas podía ofrecerle, ya vimos que sólo le ofreció su gozo de ser amada. Que ése es el mayor gozo del amante: ver la alegría con que el amado recibe su amor.

Por eso, si quiero que Jesús esté contento conmigo, esté yo contento de El. Que no hay mayor consuelo para el que ama que ver que el amado se da cuenta de ser amado, gusta de ser amado, goza y exulta en ser amado. Aunque en todo lo demás sea incapaz, como el pequeño, de reciprocidad alguna, de generosidad alguna.

Góceme, pues, en fe, alégreme, exulte y cante las grandezas de Jesús que tanto me ha amado, y esté entusiasmado con El. Sólo con eso también El estará entusiasmado conmigo. Si quiero que Jesús esté contento conmigo, esté yo contento de El.

4) Por la misma vía reparemos y consolemos a Jesús por los que todavía no le conocen y desprecian su amor. Ofrecerle el gozo de la Virgen al ver cómo ama a todos sus hijos: Ella aprecia ese amor, y eso ha de bastarle. Si hacemos un regalo a un pequeño morrudo, que no sabe ni quiere dar gracias, nos basta ver la alegría y agradecimiento de la madre para estar contentos de haber hecho el regalo.

Y unamos a la Virgen nuestro propio gozo, diciendo a Jesús: También yo, junto con mi Mamá, te doy gracias por lo que amas a los hombres todos, mis hermanos, y estoy contentísimo de que los mires con mirada benigna y llena de misericordia: mira de una vez su pequeñez, y atráelos a Tí.

Resumiendo: Mirando a la Virgen como Amada, ofrezcámosle la maravilla que Ella es: Todo el mundo es bello desde el momento que Ella está en el mundo. Hasta tal punto bello, que, enamorado, quisiste hacerte hombre y creatura, tomando el ser de Ella. Esa misma belleza que te enamoró para aguantar toda la pesadez de las creaturas te la ofrecemos ahora en el Sagrario y en nuestro corazón, para que ahí estés contento y reboses de gozo.

Segundo, ofrecerle el gozo de Ella. Ya que nosotros no sentimos gozo de ser amados, y así ve su amor a mí menospreciado, decirle: Te ofrecemos como propio, porque es de nuestra Mamá, el gozo, alegría y exultación de Ella al ser amada, y el agradecimiento que por ese amor Ella te tiene. Mira en el Magnificat su canto de gozo en ser amada.

Tercero, al sentirme yo hijo de María, saberme amado con el mismo amor con que Ella es amada, ejercitar en lo posible esa fe en ser amado, y procurar en brazos de Ella gozarme de ser amado con el mismo amor con que es amada Ella.

Y si a pesar de todo no lograre sentir gozo, diga a Jesús: Conténtate de que mi Mamá se goce, alegrándose de que me estés amando a mí, que soy su pequeñín. Alegrándose tanto Ella de que me ames, ya tu amor a mí no es menospreciado. Yo te ofrezco el gozo que Ella tiene de que me ames; y el gozo que Ella tiene de que ames a todos los hombres, sus hijos. Es la acción de gracias de la Madre por sus hijos: no digas ya que tu amor es menospreciado. Nosotros somos pequeñajines todavía, no valemos la pena: somos morrudos, déjanos morrudos. Pero Tú quédate bien contento, que la Mamá te está bien agradecida.

2. LA AMANTE.

Si como Amada nos es María modelo de reparación, no menos lo es como Amante, enseñándonos a corresponder al amor con el amor, y empleando todos los recursos de este amor activo a Jesús para repararle y consolarle.

Queriendo Jesús, «hecho de Mujer» (Gál. 4,4) recibir todo lo humano que asumió tomándolo de la Virgen María, es evidente que el amor de Esta es el mismo que el amor humano de Jesús, y cuanto de éste se diga debe igualmente decirse del de Aquélla.

En el Corazón humano de Jesús puso el Padre cuanta riqueza de amor pudiera haber en la creación, tanto porque nada podía negar a su Hijo que a otra creatura hubiera dado cuanto porque San Pablo nos afirma que Cristo tiene la primacía en todo, siendo el Primogénito y el primero en todo (Col. 1,15-19), y no tendría esa primacía en todo si algún amor creado no estuviera en su Corazón y de El manara. Todo amor creado lo puso así el Padre en el Corazón de su Hijo, en quien tiene todas sus complacencias. Y como el Hijo lo recibe de la Madre, todo amor creado y creable está en el Corazón de María para con él amar a su Jesús. Ni un amor puede concebirse que no esté en Ella: por eso es la verdaderamente llena de gracia y de amor.

De aquí se deduce en primer lugar que no puedo corresponder al amor de Cristo separado de María. Pues todo amor que yo pueda darle ya lo ha gustado en la Virgen María; pero en Ella sin mancha ni mezcla de egoísmo, en mí manchado y mezclado de egoísmo, por lo que no podrá agradarle.

Sólo mi amor le será aceptable, pese a los defectos y egoísmos que yo añada, si de tal modo me uno a la Virgen que Ella pueda amarle a través mío, y así reconozca en mi amor no mi amor, sino el amor de Ella.

Nuestra correspondencia y reparación al Corazón de Jesús hemos de hacerla en brazos de Ella como niños pequeñitos, cuyas manos usa la Madre para acariciar a Jesús. Entonces agradará a Jesús mi amor y mi caricia, por imperfectos que sean, porque en ellos verá el amor y la caricia de su Madre.

Y se deduce también en segundo lugar, que siendo igual la capacidad de amor de la Virgen María que la capacidad del Corazón humano de Jesús de ser amado, Jesús en su Hu-

manidad se sintió del todo feliz y saciado con la correspondencia de amor de su Madre.

Como en su naturaleza divina se siente totalmente lleno y saciado por el amor del Padre, porque uno mismo es el Ser de los dos, igualmente en su naturaleza y ser humano se siente saciado y lleno por el amor de la Madre, porque uno mismo es el ser humano de los dos. De ahí la eficacia reparadora de Maria, y el que nosotros unidos a Ella podamos reparar, aunque no separados.

Esto establecido, recorramos algunos de los aspectos de esa reparación.

1) El primer y más seguro indicio del amor es el gozo de ser amados. Ese gozo vimos lo tuvo inenarrable la Virgen, cual aparece en el Magnificat, y con él llena de alegría y consuelo a Dios su Salvador, al ver cuán apreciado es su amor.

Si Jesús, anonadado en el Sagrario para estar con nosotros, viera que no acertamos a amarle, pero que tenemos gozo inmenso de ser por El amados, y que estamos con gozo en su presencia, contentos de que él esté con nosotros, ya El se sentirá consolado, tendrá contento de amarnos. Mas en nuestra tibieza nos es muy difícil a veces exultar. Pero si como pequeñines estamos en brazos de la Virgen y la miramos, participaremos de la exultación de Ella, y llenaremos de gozo al Corazón de Jesús.

2) El que ama goza en el agradecimiento del amado. Nadie podrá expresar el agradecimiento de la Virgen al verse infinitamente amada, y aun más al verse enriquecida con la capacidad de corresponder al amor humano con que su Hijo la ama en plan de igualdad, sabiendo le sacia totalmente con la correspondencia de su amor.

Ofrezcamos nosotros a Jesús como propio ese agradecimiento de nuestra Madre, y en sus brazos agradezcamos también el que nos haya dado capacidad para en Ella y con Ella corresponder a su amor.

3) El amor consagra todas sus fuerzas al Amado: «Toda mi fortaleza guardé para Tí» (Sal. 58,10). Nada hay en María que no se ordene a Jesús, no vibre por Jesús. Ella ha cumpli-

do con toda perfección el primer mandamiento: Amarás al Señor con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas, con todo tu ser. Ella atendió la súplica de su Hijo en el Cantar de los cantares: «Pónme como sello sobre tu corazón, como sello sobre tu brazo» (Cant. 8,6). Todos los afectos y obras —corazón y brazo— de María van sellados y reservados a Jesús: El es el sello, y para El es la carta.

También nosotros sellamos con la señal de la cruz nuestra frente, boca, pecho y hombros, para que para El y para la Trinidad Beatísima sean todos nuestros pensamientos, palabras, afectos y obras. Pero nuestro sello es tan débil que muchas veces lo rompemos y violamos, y la carta no llega a su destino: no llega el pensamiento al Corazón de Jesús por la disipación, ni la palabra que le dirigimos por fría y distraída, ni el afecto de nuestro corazón que permanece helado, ni las obras por las miras egoístas que en ellas tenemos.

Ofrezcámosle entonces como nuestros los pensamientos, palabras, afectos y obras de María, y Jesús se sentirá correspondido; en mi pobreza de pequeñín ofrézcale como mío todo lo de mi Mamá, y Jesús quedará saciado y contento, mucho más que cuando le ofrezco mi propio amor, por perfecto que lo crea.

4) El amor sirve de refugio al Amado. María fue el refugio seguro para el Corazón de Jesús en su vida terrena, y lo sigue siendo en su vida eucarística, ofreciéndole seguro asilo contra la frialdad del mundo, arropándolo con su amor incomparable.

Jesús viene para darse al mundo, y quiere darse al mundo para salvarlo; pero ante el desamor con que el mundo lo trata, y las injurias a que lo somete, hasta convertirlo «en gusano y no hombre» (Sal. 21,7), su Corazón se encoge y tiene miedo, cual lo vemos en el Huerto de Getsemaní: «empezó Jesús a sentir tedio y pavor» (Mc. 14,33). Miedo y pavor que experimentó desde el momento primero de su encarnación decidido a darse al mundo que así lo trataría, que por eso «toda la vida de Jesús fue cruz y martirio» (*Imitación de Cristo*).

Por eso dice a María en el Cantar de los Cantares (5,2): «Abreme, hermana mía, amiga mía, paloma mía, inmaculada mía, porque mi cabeza está llena de rocío, y mis cabellos destilan las gotas de la escarcha nocturna». Jesús es amor, y no puede subsistir sin ser amado: no hubiera resistido en el mundo —ni de hecho se dio al mundo— de no contar con el amor de su Madre, como no resistiría ni un solo día en la Eucaristía sin la presencia de Ella que le consuela y hace feliz con su amor.

Ya en el mundo Jesús por la encarnación, María lo mantiene aislado y protegido del mundo durante nueve meses en su seno, haciéndolo del todo feliz con su amor.

Dado al mundo por el nacimiento, empieza a experimentar el desamor: los betlemitas no lo quieren recibir ni que nazca entre ellos, Herodes lo persigue a muerte; en Egipto y Nazaret experimenta, siendo niño, los menosprecios y desamores de los que le rodean. Pero halla refugio y gozo y consuelo incomparable en los brazos de su Madre.

Y cuando llega la hora de la gran inmolación, la hora de entregarse a la muerte en medio del desprecio y odio del mundo, el mismo amor de la Virgen le hace entregarse gozoso: «Con un gran deseo he deseado celebrar esta Pascua con vosotros» (Lc. 22,15). Es el amor incomparable de la Virgen lo que le hace superar todo miedo y pavor.

Y ahora, en la Eucaristía, es ese mismo amor de la Virgen el que le hace aguantar con gozo todos nuestros desprecios y desamores, todas nuestras blasfemias y odios, y le mantiene perseverante en el amor de sus hijos por amor a la Madre.

Imitemos a la Virgen, sirviendo de refugio de amor al Corazón de Jesús con nuestro amor. Desde el Sagrario, donde está amando sin ser amado, olvidado de los más, y por muchos odiado y blasfemado, nos dice también como a María: Abreme, hermana mía, porque están mis vestidos empapados de la humedad helada, y mis cabellos destilan las gotas del rocío: dame un poco de abrigo y refugio en tu corazón. Imitando a la Virgen, recibámoslo en nuestro inte-

rior, protegiéndole de la frialdad ambiente, amándole de tal modo por los que no le aman que impidamos le lleguen el desamor y la frialdad ajenos.

Y lo mismo en el ambiente en que vivimos: alegrémonos de ser en él despreciados y ridiculizados por amar a Jesús, y sintiéndonos con El en la misma barca, gocemos en participar de los menosprecios que El recibe, amémosle por los que no le aman y blasfeman, intercedamos por ellos, y excusémoslos ante Jesús.

Y ofrezcámonos, como miembros suyos, a recibir en nosotros los golpes contra El dirigidos, que eso hacen los miembros con la cabeza, dejándose incluso cortar por defenderla a ella. Así le consolaba María al pie de la cruz, haciéndole ver en su hermosura que el mundo no es tan malo como parece. Así estemos con El en esos ambientes en que se le desprecia y se nos desprecia, amando por todos, intercediendo por todos, excusando a todos, amables con todos aunque con nosotros no lo sean. Protejámoslo afectivamente en medio del mundo, y también físicamente no dejando nos lo arrebaten de nuestro corazón en donde mora: que en mí se sienta seguro.

Pero si quiero que Jesús esté contento en este albergue y morada de mi corazón, haga a la Virgen ama de la casita de mi ser, que ese es el oficio de la Madre, ser ama de casa.

Jesús no resistiría en mí mucho tiempo si en mí no hallare a su Madre que le cuide y ame: es muy pequeñín en la Eucaristía, y el pequeñín estará con gozo en una pocilga si con él está su Madre, pero no aguantará en el mejor palacio, y escapará de él, si allí no está su Madre.

Así, si quiero ser refugio y morada de Jesús, ha de morar en mí como Dueña y Reina la Virgen Madre. Entonces, aunque mi amor sea imperfectísimo, estará en mí contento el Corazón de Jesús; ya no le contristarán mis desatenciones si la Virgen María en mi nombre le está cuidando y amando. Aunque yo muchas veces me distraiga, está siempre atenta Ella, y eso basta para el consuelo y gozo del Corazón de

Jesús. Y con Ella, amarle yo un poquito también; pero sobre todo ofrecerle como mío el amor de su Madre.

5) Siendo María del mundo como creatura, ama a Jesús en nombre de todo el mundo, llevando consigo a todos. Ella le ofrece como amor de toda la creación todos los amores creados con que Dios la ha enriquecido.

Imitándola, amemos nosotros a Jesús como partecita de la creación y en nombre de toda ella. Pero hágalo puesto en brazos de María: Aquí viene toda la creación conmigo a alabarte y adorarte. Todo el amor creado está en María, y yo vengo a Tí arrastrado por Ella como otro amorcito más que nada añade al de Ella, pero es muestra de que detrás viene toda la creación a adorarte y quererte.

6) En virtud de ese amor representativo que lleva consigo a la creación entera, tiene María otro aspecto reparador que hemos de copiar. Y es que presenta todas las creaturas a Jesús como propiedad y dominio suyo: no sólo le ama en nombre de todos, sino que lleva en su Corazón a todos. Primero, porque condensando en sí todo amor creado, se siente obligada a amar en todos y en cada uno, ya que condensa en Sí el amor de todos. Y segundo, porque es Madre y Reina.

Como Madre, lleva en su corazón a todos sus hijos, y habla de ellos singularmente a Jesús en el Sagrario: de los que sufren y de los que gozan, de los que pecan y de los que se justifican. Todos se los presenta, de todos habla bien, a todos excusa y defiende, pues como Madre nuestra no puede menos de hablar bien de todos nosotros en la presencia de su Hijo. Por eso confiados la pedimos: «Ruega por nosotros pecadores, *ahora*».

Como Reina y Señora de todo el Universo, ha de hablar a Jesús de todas sus posesiones, ofreciéndoselas, y ha de llevarle todos los corazones.

Imitándola a Ella, y como hijos suyos, también nosotros en nuestra parcelita hemos de llevar a todos a Jesús, hablarle de todos, excusarlos a todos. Primero a los que individualmente conocemos, contándole sus necesidades, excusando su olvido, sus blasfemias o su odio por la ignorancia en que han

sido educados, y ponderándole lo mucho que le amarán el día que les haga oír su voz. Que se revele pronto a ellos, y verá cómo le aman.

El mismo Jesús dice: «Y tengo otras ovejas que no son de este redil, y es menester que las atraiga a Mí, y oirán mi voz, y se hará un solo rebaño y un solo Pastor» (Jo. 10.16). Cuántas ovejas de Jesús hay ahora en nuestro ambiente entre los que le desprecian y blasfeman! Demos prisa a Jesús para que les haga oír su voz: que El pida a su Papá que se las atraiga ya ahora, que no espere a más tarde.

Como María daba prisas a Jesús para que atrajera a Sí los hombres: y a esas prisas se debe la fe de los pastores, de los Reyes Magos, de Simeón y Ana, de los apóstoles que siguieron a Jesús, de los discípulos. Si toda conversión y bien nos viene por sus manos, a su oración se debe la conversión de todos ésos. Y cómo porfiaría en el caso de San Pablo: «Hazle oír tu voz», hasta que logró que Jesús se le manifestara y le convirtiera en apóstol de los más grandes.

Con qué facilidad sabríamos excusar a todos, y hablar bien de todos a Jesús, si los miráramos no como son ahora, sino como serán cuando Jesús les haga oír su voz. Cómo sabríamos ponderarle lo poquito bueno que ahora hacen, aun sin conocerle, como primicia de las maravillas de amor que se obrarán en ellos cuando le conozcan: Hazles oír tu voz.

Presentarle así también todos los hombres, cuantos sólo colectivamente conozco: como creatura, no puedo yo ir a Dios sin en cierto modo arrastrar a El conmigo toda la creación. Y sobre todo, como hijo de la Virgen, no puedo presentarme ante El sin hablarle de todos los demás hijos de esa Madre. Excúselos e interceda por ellos, porque son hijos de Ella, y Jesús no podrá rechazarlos. No los presente ni pida por ellos porque a mí me interesen, aunque sean padres o hermanos, sino porque interesan a su Mamá como hijos de Ella. Y por Ella pídale los remedie de los males temporales, o al menos los consuele si aún no les conviene el remedio; y que les quite todos los males espirituales porque son hijos de su Mamá.

Y si tarda en hacerlo, no desespere ni desconfíe en mi oración: que a veces conviene curar largo tiempo su orgullo con el barro del pecado para que cuando oigan la voz de Jesús la acepten con gozo, y le reciban como Redentor: déjele a El confiado la hora y el momento de atender mi petición por ellos. Que también esperó a hacer oír su voz a San Pablo para que su orgullo se quebrara cuando al fin le llamó.

7) Finalmente, mencionemos una última vertiente de la reparación que hace María como Amante: es el sufrir con su Jesús, sintiendo como propios los desprecios y ofensas, desconocimientos y desamores de que Jesús fue y es objeto entre nosotros.

No sólo en la cruz hizo suyos todos los dolores y afrentas de Jesús, sufriéndolos con creces, sino que, no habiendo secretos entre Ellos, sintió desde un principio con su Hijo, cuya vida entera fue cruz y martirio.

Con El, y más que El sufrió al ver no le recibían los Betlemitas cuando iba a nacer, y su dolor apresuró la llamada a los pastores. Con El sufrió la indiferencia con que en general lo tratan en el Templo cuando allí lo presenta y ofrece, pese a las palabras y difusión que a la noticia dieron Simeón y Ana. Cómo le dolieron los desprecios que de niño recibió en Egipto, y las pedradas que sin duda le dieron los otros niños; cómo sufrió de verle desconocido y menospreciado en Nazaret. ¡Y cómo se multiplicaba Ella para darle honor, atención y amor!

Imitando a la Virgen María, es esencial en nuestra reparación sentir como propios los desprecios y ofensas que Jesús recibe: que no me importe ser yo desconocido, despreciado, desamado, dado de lado, perseguido u odiado mientras Jesús sea amado.

Por faltarnos amor nos pasa lo contrario: reaccionamos violentamente cuando nos atacan a nosotros, y de ahí las disensiones y riñas incluso violentas. Quedamos indiferentes cuando ofenden a Jesús, o a lo sumo decimos alguna jaculatoria reparadora, pero sin de verdad sentir profunda pena

y malestar de que El sea ofendido. Mas a la Virgen era y es esto lo único que la aflige, y la hace sentir profundo malestar. Unidos a Ella, y enamorados de Jesús como una Madre lo está de su pequeñín, que para mí ha de ser Jesús como un hijo, sólo me reventará el que a mi pequeñín lo traten mal: que pequeñín se ha querido hacer Jesús para vivir en la Eucaristía, pequeñín para morar en mi corazón.

Siendo tan incapaz de ese sentir como míos los desprecios que Jesús recibe, y tan sensible en cambio a los desprecios de que yo soy objeto, sólo podré practicar un poco decentemente esa reparación uniéndome a la Virgen, teniéndola conmigo, mirándola a Ella para copiarla, ofreciéndola a Ella a Jesús como mía: Incapaz de sentir tus ofensas como mías, te ofrezco el sentimiento que de ellas tiene tu Madre: siendo también mi Mamá, todo lo de Ella es mío: toma ese sentimiento de Ella como mío, y hazme más y más semejante a Ella.

Jesús se sentirá entonces satisfecho y gozoso: no se quejará más ya de «no recibir más que injurias y menosprecios», porque está recibiendo el aprecio, amor y atenciones de su Madre, que yo le ofrezco como mías y de todos sus hijos, y eso le basta.

¡Qué fácil nos será, así unidos a María, consolar a Jesús y asociarnos a sus sentimientos, sufriendo con El! Y cómo Jesús derramará su misericordia ante nuestra plegaria intercesora, viéndonos así unidos a El y a su Madre, viendo que le amamos en nombre de todos, no sólo con nuestro propio amor pequeñín y raquítico, sino con el amor de la Madre de todos ellos, con el amor de su misma Mamá para que esté contento.

Resumiendo: La Virgen María como Amante es la delicia del Corazón de Jesús: su delicia en vida, pues ni se hubiera hecho hombre ni venido al mundo de no hallar en él esa delicia; la delicia en su pasión y muerte; la delicia del Corazón de Jesús en el Sagrario; su delicia ahora en el mundo; la delicia del Corazón de Jesús en nuestro corazón donde Ella le atiende y ama como ama y señora de la casa de mi ser.

Ella es la verdadera consagrada, la verdadera reparadora y consoladora del Corazón de Jesús: la que le hace alegre y suave el amarnos a todos como hijos de Ella, por ruines que seamos y por más que le ofendamos: no nos aguantaría si no viera en nosotros hijos de su Madre.

Y yo puedo ser también la delicia del Corazón de Jesús en el Sagrario, en los ambientes del mundo en que me muevo, y en mi corazón, si me uno a la Virgen María y sé amarle con el amor de Ella, esforzándome un poquitín en imitarla.

Y donde no alcance a imitarla, saber decir a Jesús: Para eso tengo el arca y la despensa: ahí tienes el Corazón de tu Mamá y mía: Ella es la riqueza de la casita, toma cuanto quieras. Que aunque mi casita sea un pesebre, siendo la Virgen María el ama de ella, toda la riqueza del ama es riqueza de la casa: sírvete a tu gusto, Jesús. Yo ahora nada tengo que ofrecerte como sacado de mi alcancía; pero en mi casita hallarás cuanto Tú quieras, porque en ella está María, y Ella te atiende en mi nombre.

Entonces empezaré a ser verdadero reparador porque habré acertado a usar de la riqueza y el amor de mi Madre.

3. LA ASOCIADA

Cuando uno es amado y ama como es amada y ama la Virgen María, el amor hace común todo lo de los que se aman. El mismo ser es común, porque cada uno se pertenece al otro, es del otro.

Esta comunidad de ser llega en Jesús y María a una verdadera identidad, cual vimos en MADRE VIRGEN (Lib. II, capítulos IV y V).

María recibe su ser del Hijo, que la crea a semejanza perfecta de lo que El mismo quiere ser cuando se haga hombre. Por eso es «dichosa hija de su Hijo», que como a su Hija pequeñina la defiende y protege. Por eso la Virgen se siente tan pequeña: «Miró la pequeñez de su esclava» (Lc. 1,48), y «Congratulaos conmigo, porque siendo pequeñita agradé al

Altísimo, y de mis entrañas engendré a Dios y hombre» (Liturgia).

Y ese mismo ser que Ella recibe y es, lo proyecta sobre el Verbo como una sombra que adquiere consistencia y existencia al ser por el Verbo recibida. No sólo se da así semejanza de ser cual no es dable hallar en filiación alguna creada, ya que todo lo recibe de la Virgen, sino también identidad de ser, dándose y recibiéndose, copiando el misterio de la Trinidad Beatísima, en que uno mismo es el Ser de las Tres Personas: en el Padre dándose, en el Hijo recibiéndose y dándose, en el Espíritu Santo recibiéndose. Así el ser humano de la Virgen es un ser poseído por dos, por la Virgen y por el Verbo encarnado, Jesús. Mas en esto no insistimos, por haberlo tratado en MADRE VIRGEN.

Consecuencia de esa identidad de ser, es la asociación eterna en el decreto de predestinación: de toda eternidad, nos dicen Pío IX y Pío XII, en sus respectivas definiciones de la Inmaculada y de la Asunción, el Padre predestinó por un mismo y único decreto a la Virgen María y a Cristo en cuanto hombre. Ambas predestinaciones se coexigen mutuamente, y en realidad son una sola, porque uno solo es el ser predestinado, aunque poseído por dos: no se puede salvar en uno si no se salva en la otra.

De ahí procede la asociación en todo, de modo que María es «partícipe en todo de la misma suerte de su Hijo» (Pío XII, def. de la Asunción). De ahí que San Alberto Magno, en su *Mariale*, dé siempre a María el título de *socia*, asociada y compañera de Jesús en todo.

Los Santos Padres, ya desde el siglo II, y los Papas ilustran esta asociación con el símil de Cristo como segundo Adán y María como segunda Eva (Cf. Rom. 5,12.15.17). Como Eva procede de Adán, así la Virgen María procede de Jesús: Ella es la primera engendrada. Pero así como Adán después no transmitió ya vida alguna a sus descendientes él solo, sino en Eva y a través de Eva, así Jesucristo no transmite vida, ni salva a nadie, ni actúa en nadie, sino en, con y a través de María. Nacemos así a la vez hijos de Dios e hijos de María, y

cuando en el cielo aparezca lo que somos veremos no sólo que somos semejantes al Padre, sino también a la Madre, pues recibimos el ser divino como poseído y sellado por Ella.

Todo esto nos significó Jesús al dárnosla en la Cruz por verdadera Madre: «He ahí a tu hijo.» Palabra creadora: hágase la luz, y la luz fue hecha; he ahí a tu hijo, y yo he sido hecho hijo de María y Ella mi Madre. Es como si nos dijera: «Yo vine para que tengáis vida y la tengáis más abundante» (Jo. 10,10), pero esa Vida de la que Yo soy la fuente sólo en, con, por y a través de la Virgen María os la transmito, y con el sello que Ella la posee por donación mía.

Y si por Ella nos transmite la vida, también todas las demás gracias y cuidados. Y sobre todo mientras soy pequeñito, es María la más directamente ocupada en cuidarme y desarrollarme como Madre con los tesoros de que Jesús la hace depositaria y poseedora. No es la misma en mí la acción de Jesús y la de mi Madre; pero ambas son complementarias y del todo inseparables.

Si así la asocia Jesús a Sí en todas sus operaciones como fuente de la Vida, hubo también de comunicarle cuanto de riquezas, poderío y gracia posee como Salvador, para que conmigo los usara María como Madre: tesorera y poseedora de todos los tesoros de luz y de salvación que encierra el Corazón de Jesús.

También esta asociación y donación plena quiso plasmarla Jesús en un simbolismo enormemente expresivo. Como del costado de Adán dormido nace Eva, así del costado de Cristo muerto nace la Iglesia, nacemos todos hijos de Dios. Nacemos así del Corazón traspasado de Jesús, símbolo de su infinito amor a nosotros, somos hijos del Amor que Dios nos tiene.

Pero cuando nacemos del Corazón de Jesús, ese Corazón ya no es suyo, El se ha ido: es Corazón de su Madre, porque el cadáver no es propiedad del muerto, sino del pariente más cercano, en el caso, de la Virgen María. De Ella es ese Corazón, de Ella cuanto de El mana, y especialmente el agua con que renacemos hijos de Dios por el bautismo, y la Sangre con la que como hijos hemos de ser alimentados. Todos los

sacramentos y gracias nos manan del Corazón de Cristo, todo es consecuencia del amor con que nos ama, y ese Corazón simboliza: todo, pues, nos mana de El como propiedad y posesión de María nuestra Madre, todo se le ha dado a Ella para que lo use en favor de sus hijos.

El Padre lo da todo a su Hijo, y lo envía al mundo para que el Hijo me lo dé a mí. Pero el Hijo me dice: Para cumplir la voluntad de mi Padre te abro mi Corazón entregándote todos sus tesoros, pero todo te lo entrego cuando es de mi Madre, para que sepas que todo lo mío es de Ella, como todo lo de Ella es mío, que me lo entregó al proyectar su ser en mí como sombra para que al recibirse en Mí cobrara realidad y existencia.

Teniendo en cuenta esa asociación perfecta, esa donación total que el Hijo hace a la Madre de todo lo suyo, y que a la vez es Madre nuestra, y Madre omnipotente, veamos de asociarnos a Ella en la práctica de la reparación.

1) La Virgen María da satisfacción perfecta al Padre ofreciéndole como Víctima propia de Ella a su Hijo en la Cruz, y lo sigue ofreciendo en el Sagrario, dándole toda honra, adoración, alabanza y acción de gracias de parte de la creación, y pagando toda deuda con la inmolación y ofrenda de su Hijo. Oblación que hace con gozo inefable, porque en ella está la salvación del mundo y de todos sus hijos; y a la vez con dolor y pena enorme al ver el sufrimiento de su Hijo, que Ella con gozo sobre sí tomara, y de hecho toma padeciendo indeciblemente con El.

También nosotros ofrecemos como paga y satisfacción al Padre su mismo Hijo Unigénito, hecho nuestro, y con esa oblación honramos infinitamente al Padre. Pero teniendo a mi Mamá que me lo entrega para que pueda ofrecerlo, no lo ofrezca solo, sino unido a Ella y con Ella y desde sus brazos en el sacrificio de la Misa. Sólo entonces estará Jesús contento de ofrecerse, al ver que es su Madre quien conmigo lo ofrece y compadece. Sólo entonces el Padre, aceptada la ofrenda, no me rechazará a mí como oferente, porque me ve en brazos de la Madre. Sólo entonces no contarán nuestras distraccio-

nes y frialdad, porque todo lo compensará el amor ardiente con que María lo ofrece por nuestra mano.

2) María no sólo ofrece a Jesús como Víctima al Padre, sino que se ofrece también Ella junto con Jesús, y por eso es Corredentora. Y en esa oblación se unió en la cruz a todos los sufrimientos de Jesús haciéndolos suyos, y se une ahora a los sentimientos de Jesús en el Sagrario, sintiendo como propias las ofensas, desatenciones y desamor que El recibe, en todo asociada a El.

Incapaz yo de esa asociación, póngame en brazos de la Virgen, y en Ella y con Ella ofrézcame a Jesús para padecer cuanto El padece, y ofreciéndome junto con El por todos los hombres. Pida a la Virgen María que Ella misma me ofrezca como víctima a Jesús, y con Jesús al Padre, dispuesto al menos a aceptar todo sufrimiento mientras sea en sus brazos de Madre y a Ella unido, que ya sé que Ella me los tamizará según mi capacidad de pequeñín.

3) En esa oblación nuestra de Jesús al Padre, y de nosotros mismos con María unidos a Jesús, unámonos a las intenciones por las que María hace esa oblación: primero, para que sea santificado el nombre divino, recibiendo el honor y adoración de toda la creación en Jesús; para darle gracias de lo infinitamente que nos ha amado al darnos a su Hijo; para satisfacer mediante ese Cordero de Dios que le ofrecemos por todo lo que continuamente pecamos. Y luego, pedirle que glorifique a Jesús entre nosotros, como lo pide la Virgen y con Ella.

En la cruz pedía su glorificación en el cielo. Mas ahora, glorificado ya en el cielo, pide y desea su glorificación en la tierra, donde permanece eucarísticamente glorificado ya en Sí mismo, pero desconocido y desamado por los hombres con los que mora, sediento de amor, y no correspondido. Viéndose despreciado y desamado, y sintiéndose cargado con los pecados del mundo y por ellos avergonzado, la pasión de su alma sigue la misma que en la Cruz: por eso en la Eucaristía se reproduce el sacrificio de la cruz, actualizándose y viviéndose con cada uno.

María se une a esa pasión de su alma, y pide intensamente al Padre le glorifique entre nosotros, haciéndolo conocer y amar. También nosotros, unidos a la Virgen, hemos de insistir al Padre Celestial que no se contente con hacerlo feliz en el cielo, sino que lo haga también feliz ahora entre nosotros, atrayéndonos a todos a su amor y a su obediencia, pues sólo sintiéndose amado será feliz.

4) Hecha la reparación al Padre en brazos de María, viene la reparación directa al Corazón de Jesús, devolviéndole amor por amor, como Ella lo hace. En esto poco puedo darle, fuera de sentirme dichoso de ser por El tan amado: con esto ya le haría feliz, viendo que su amor no es menospreciado. Pero qué poco dura nuestra exultación de ser amados, y cuán pronto nos distraemos del todo en su presencia! Por eso, ante esta nulidad mía para hacer feliz a Jesús por más que lo desee, he de usar de la Virgen María como suplente, si quiero reparar y consolar a Jesús.

Para honrar al Padre me dio el Padre a su mismo Hijo para que como propio mío se lo ofreciera. Para honrar y agradar a Jesús, me dio el mismo Jesús a su Madre como Madre mía, para que como propia mía se la ofrezca. Y como el Padre goza y se siente satisfecho cuando en mi pobreza absoluta le ofrezco a su Hijo, con todos sus deseos y peticiones hechos míos, así Jesús se siente satisfecho cuando le ofrezco el amor de su Madre como mío, su gozo, su inocencia, sus atenciones maravillosas.

Hecho esto, si paso toda una hora distraído, he de creer que nada ha perdido Jesús, ni yo tampoco: sólo un parloteo mío que ninguna falta hacía. La Madre en tanto le ha estado amando en mi nombre, y así Jesús se ha sentido amado por mí.

Así, en nuestra frialdad, ofrezcámosle como propio el amor de nuestra Mamá; como propia su inocencia cuando hemos pecado; como propio su dolor por los pecados y desgracias de sus hijos, cuando yo me hallo insensible a ellos; como propia su acción de gracias cuando yo hallo dificultad para sen-

tirme agradecido. ¡Si supiéramos usar de esa suplencia, qué contento tendríamos a Jesús!

Y así, a lo largo del día, sabiéndome en fe en brazos de la Virgen, mirar a Jesús en mi corazón cuando me acuerde, y decirle he encargado a su Madre lo atienda y no lo olvide ni un momento. Y lo mismo en la Comunión, encargarle a Ella atienda a Jesús en nuestro nombre, que no es el pequeño quien ha de atender al huésped, sino la Madre del pequeño: entonces Jesús estará contento en mi corazón. Aunque yo no le dé nada, si le ofrezco y doy a mi Mamá le he ofrecido y dado uanto El pudiera desear.

Y saber guardar paz en nuestros desfallecimientos y pecados; porque mi Madre nunca desfallece, y le presenta su propia inocencia como mía. Eso basta a Jesús, y le hace feliz.

5) Y en ese oficio suplente de la Virgen no olvidemos su omnipotencia suplicante. Si el amor perfecto hace entrega total de sí, Jesús es Señor total de María disponiendo de ella como quiere, pero no menos la Virgen María es verdadera Señora del Corazón de Jesús, y de El dispone a su gusto.

Estando así todo el poderío y riqueza del Corazón de Jesús en manos de la Virgen, yo puedo obtenerlo todo de Ella. Por eso no hagamos nuestras peticiones solos, sino en brazos de la Virgen, comenzando por las del Padrenuestro en que, como pequeñín en brazos de su Madre, hablo con mi Papá aunque tan poco lo conozca; pero en brazos de Ella no hallaré dificultad.

Y cuando en la oración nos distraemos y se nos hace imposible el concentrarnos, digámosla tranquilos: Ya que eres omnipotente, si te place, Mamá, hazme ahora atento a Jesús; mas si te agrada que tu pequeñín duerma, haz que duerma en tus brazos, y estaos amando Tú y Jesús, los dos contentos, pero conmigo en medio, dormido y en tus brazos.

No me importe mi impotencia y fracaso en la oración: Ella lo puede todo, y si no me remedia, es que quiere hacerlo todo Ella por mí, y, sabiendo lo hará mucho mejor que yo lo haría, quédeme tranquilo.

Qué manía de fiar en nosotros mismos, de querer reparar

nosotros. Y sí, he de reparar, pero en brazos de Ella, dejándola a Ella reparar en mí, conmigo y a través mío. Y cuando a mí me invade la impotencia, dígala: Bien, Mamá, ahora te toca a Ti sola: a mí se me acabó la cuerda: mientras Tú sigues amando, voy a dormir en tu regazo hasta que Tú quieras despertarme. Cuando Jesús quiera que le diga algo, despiértame enseguida.

Que eso hace la madre con su pequeño dormido; cuando llega el padre le despierta un poquito, y le dice: Dale un beso. Y adormilado se lo da, quedándose de nuevo enseguida dormido. Pero mi beso de niño medio dormido, cuánto agradará a Jesús al verme en brazos de Ella. ¡Si así supiéramos usar de Ella para la reparación!

6) Jesús recibe su ser humano de María, hecho con Ella un mismo ser poseído por los dos. Al hacerme a mí hermano suyo, injertándome en su humanidad, me comunica a mí también el mismo ser de su Madre, al hacerla mi Madre: mi propio ser es sombra de Ella, proyección de Ella, y así de Ella inseparable. No sólo todo lo de Ella es mío, sino que formamos como una sola realidad poseída por Ella y por mí. Y decirle: De estos dos que poseen la misma realidad, el uno, que soy yo, no sabe administrarla: soy tan pequeñín que no acierto a usar nada aunque todo sea mío. La otra, que eres Tú, Mamá, lo sabe administrar y usar maravillosamente todo. Hagámoslo, pues, todo juntos, como todo juntos lo hacéis Tú y Jesús.

Si así nos dejamos unir por Ella, no queriendo ya obrar independientes, nuestra reparación, nuestra oración y actividad, todo nuestro comportarnos, tendrá el mismo valor que el de la Virgen, porque en todo actuará Ella con nosotros: Ella suplirá lo que a mí me falte, arreglará lo que yo desarregle, cual hace en casa la Madre del pequeño.

Demos gracias al Padre porque no sólo nos ha dado a su Hijo sino también a la Madre de su Hijo: gracias por lo hermosísima y llena de gracia que la ha hecho; gracias al Espíritu Santo porque sobre Ella se ha volcado. Todo se lo dieron para gozo del Hijo, y para que de Ella el Hijo lo recibiera.

Todo se lo han dado también para gozo mío, y para que yo de Ella lo reciba. Tal fue la voluntad de Jesús al hacerla Madre mía.

Sepamos usar de Ella para la reparación, pidiendo al Padre el consuelo de Jesús, ofreciéndoselo en unión con Ella, y pidiéndole a Ella me ofrezca también a mí junto con ella como víctima unida a Jesús.

Y luego, que Ella nos enseñe a amar a Jesús, que nos despierte cuando Ella quiera para hacerle una caricia, que nos deje dormir cuando Ella quiera. Pero que en todo caso, en todo momento nos esté supliendo, amando a Jesús en nuestro nombre, y en nuestro nombre ofreciéndose. Y que por sus manos nos ofrezca a nosotros.

INDICE

Prólogo 5

Libro Primero. LA CONSAGRACION AL CORAZON DE JESUS.

Capítulo I. LA CONSAGRACION SEGUN LOS DOCUMENTOS PONTIFICIOS.

1. Significado de la Consagración 9
2. Fundamentos de la Consagración 10
3. Efectos o frutos de la Consagración 11
4. Consagración individual 13
5. Consagración de la familia 14
6. Consagración del mundo 15

Capítulo II. LA CONSAGRACION SEGUN LA SAGRADA ESCRITURA.

A) EL TEMOR Y LA CONSAGRACION.

1. Relación entre temor y amor 17
2. Síntesis de la doctrina del temor 18
3. El temor en el Evangelio 19
4. Doctrina del temor en los Salmos 26
5. El temor en la predicación apostólica 29
6. Dios, Creador y Padre: Ley de Amor y Ley de Temor 38

B) LA CONSAGRACION Y EL AMOR.

1. El temor no basta 40
2. Sin amor no es posible la perseverancia . . . 41
3. Sin amor no es posible contentar a Dios . . . 52

4. La Ley del Amor 54
5. La verdadera Consagración y sus diversos grados . 59

Capítulo III. PRIMER GRADO DE LA CONSAGRACION INDIVIDUAL: LA HUIDA DEL PECADO MORTAL.

1. Diversos modos de disgustar al Amado 63
2. El pecado mortal 67
3. Las fuentes del pecado 75
4. Efectos del pecado, según la Sagrada Escritura . . 87

1) *El espejo sin mancha* 87
2) *La flor del campo* 88
3) *«Huerto cerrado, fuente sellada»* 91
4) *Viña de Dios* 93
5) *Ciudad de Dios* 94
6) *Templo de Dios* 96
7) *Esposa de Dios* 97

5. El pecado y las postrimerías del hombre . . . 102
6. La huída del pecado 110

Capítulo IV. SEGUNDO GRADO DE LA CONSAGRACION: LA HUIDA DEL PECADO VENIAL.

1. El afecto al pecado venial 115
2. El afecto al pecado venial es incompatible con la vida de amor 117
3. El afecto al pecado venial es incompatible con las exigencias de Dios 124
4. El pecado actual y el pecado habitual 129

Capítulo V. EL TERCER GRADO DE LA CONSAGRACION Y LA TENDENCIA A LA PERFECCION.

1. Noción de perfección e imperfección 133
2. La imperfección y el pecado 135
3. Imputabilidad moral de las imperfecciones, y su existencia en las diversas etapas de la vida espiritual . 139
4. Imperfecciones morales y deficiencias naturales . 145

5. El progreso en el amor y el sentimiento de la propia imperfección 149
6. Nuestra actitud con relación a las imperfecciones . 150
7. El placer en la economía Divina 152
8. La mortificación del propio gusto 157
9. La naturaleza caída y la mortificación del propio gusto 160

Capítulo VI. LA CONSAGRACION INDIVIDUAL, FAMILIAR Y MUNDIAL AL CORAZON DE JESUS.

1. La Consagración individual personal 173
2. La Consagración familiar 178
3. La Consagración mundial 185

Libro Segundo. LA REPARACION AL CORAZON DE JESUS.

Capítulo I. CONCEPTO DE LA REPARACION.

1. El concepto de la Reparación y las peticiones del Corazón de Jesús a Santa Margarita María 197
2. El significado de los términos usados por Pío XI para designar la Reparación 200

1) *Reparación* 201
2) *Expiación* 210
3) *Satisfacción* 213
4) *Purificación* 218
5) *Propiciación* 220
6) *Desagravio* 221

3. Síntesis de los elementos contenidos en esos términos y su práctica en la oración 223
4. La Reparación en la enseñanza de la Encíclica . . 225
5. La fórmula del acto de Reparación al Corazón de Jesús 228
6. Resumen y aplicación a la oración reparadora . . 231
7. El Reino de Cristo y la Encíclica de Pío XI . . . 233

Capítulo II. LA REPARACION AL CORAZON DE JESUS EN SU ESTADO DE SIERVO.

1. Doble término de la Reparación 241
2. Necesidad de la unión con María para Reparar a Jesús 242
3. La Reparación al Corazón de Jesús unidos a María: sentir con Jesús y consolarle acompañándole . . 243
4. La Reparación como consuelo presente y actual, y como consuelo retroactivo al Corazón de Jesús. La oración del huerto 249
5. La Reparación como consuelo actual a Jesús Eucaristía 254
6. Contenido y matices de la Reparación Eucarística . 256
7. La Reparación a Jesús presente en nuestro corazón . 259

Capítulo III. LA REPARACION AL CORAZON DE JESUS PRESENTE ENTRE NOSOTROS.

1. La presencia de Jesús entre nosotros 263
2. Gozo y aflicción de Jesús en esa presencia . . . 264
3. La presencia de la Virgen María entre nosotros, asociada en todo a Jesús y participante de su suerte . 269
4. Unidos a María, consolar a Jesús con nuestro amor: gozarse en ser amados; entregarse al Amado . . 272
5. Gozo y entrega de María 277
6. La entrega como víctima y la oración del Padrenuestro 278
7. Unidos a María, sentir con Jesús, haciendo nuestro todo lo de El 283
8. La Reparación por otros: llevar a Jesús cuantos ausentes conocemos y hablarle bien de ellos . . 285
9. Presentar y llevar a Jesús todos los hombres, hablándole bien de ellos 288
10. Presentar a Jesús todas las creaturas, alabarle en nombre de ellas y pedirle por todas ellas . . . 289

Capítulo IV. LA REPARACION AL CORAZON DE JESUS EN NUESTRAS RELACIONES CON EL PADRE CELESTIAL.

1. El oficio del Padre: someter todas las cosas a Jesús y atraernos a El por la fe y el amor 291

2. Con María, y a Ella unidos, pedir al Padre atraiga ya a Jesús un grupo de amadores que le consuele . 307
3. Pedir al Padre glorifique a su Hijo entre nosotros ya que su Hijo le glorifica a El entre nosotros . 308
4. Pedir al Padre me someta a su Hijo 310
5. Pedir al Padre le someta un grupo que sirva de canal a la eficacia salvadora de su Hijo 311
6. Pedir insistentemente al Padre la ampliación y multiplicación de ese grupo 313
7. Ofrecerse al Padre para aliviar el dolor de Cristo; pidiéndole lo ahorre a nuestra Cabeza y nos lo haga padecer a nosotros como miembros suyos . 315
8. La Reparación y la venida del Reino de Cristo . . 317
9. La petición al Hijo como Dios para que glorifique a su Madre y alegre su Corazón 319
10. Petición al Padre y al Espíritu Santo por la Virgen María 321

Capítulo V. LA REPARACION O SATISFACCION AL PADRE, DEBER DE JUSTICIA.

1. Nuestra insuficiencia radical para satisfacer a Dios 323
2. Nuestra oblación de Jesús al Padre, como Víctima nuestra y de nosotros mismos como miembros de El 324
3. Necesidad de unirnos a la Virgen para hacer esa doble oblación 325
4. Nuestra oblación de Jesús al Padre unidos a María . 328
5. Al ofrecer a Jesús como Víctima al Padre le ofrezco algo verdaderamente mío, aunque dado a mí por el mismo Padre y por María 329
6. El Amor infinito del Padre y el Amor incomprensible de la Madre en esa donación a mí de su Hijo como Víctima para que como mía pueda ofrecerla . 331
7. Al ofrecer a Jesús al Padre pago sobreabundantemente toda deuda de la Creación 333
8. Nuestra petición al Padre por Jesús: que lo consuele, glorifique y haga dichoso entre nosotros . 337
9. La oblación de nosotros como víctimas al Padre, unidos a Jesús como miembros suyos, y en brazos de la Madre 343
10. En qué consiste nuestro estado de víctima . . . 347
11. El estado de víctima y el sufrimiento moral . . 355

Capítulo VI. INTIMIDAD E INTERCESION EN LA REPARACION.

1. La intimidad y la intercesión unidos a María: su importancia y su continuidad 359
2. La intimidad: su relación con la Consagración y la Reparación 361
3. Práctica de la intimidad con el Corazón de Jesús: en el Sagrario, y en nuestro propio corazón a lo largo del día 364
4. La Virgen María presente y actuante en nuestra intimidad con el Corazón de Jesús 367
5. La intercesión en la Reparación 368
6. Práctica de la intercesión 372

Capítulo VII. IMITACION DEL CORAZON DE JESUS EN LA REPARACION.

1. Imitación del Corazón de Jesús en su trato con el Padre 378
2. Imitación del Corazón de Jesús en su trato con la Madre 388

1) *Imitar el trato de Jesús antes de la Encarnación* . 389
2) *Imitar a Jesús en la Encarnación* 389
3) *Imitar a Jesús en el seno de su Madre* 390
3 b) *Imitar a Jesús recién nacido* 391
4) *Imitar a Jesús en su convivencia con María en Nazaret* 393
5) *Imitar sus relaciones con la Madre en la Pasión* . 394
6) *Imitar a Jesús en su Ascensión* 395
7) *Imitar su asociarla a El en todo en la Asunción* . 396

3. La imitación del Corazón de Jesús en el trato con los hombres 397

1) *Imitar su Amor antecedente y eterno* 397
2) *Imitar la dedicación de su vida por nosotros* . . 398
3) *Imitar a Jesús en su trato con los hombres en la vida oculta* 398
4) *Imitar a Jesús en su trato con los hombres en la vida pública* 399
5) *Imitar a Jesús en dar su vida por los hombres* . 401

6) *Imitar a Jesús en su trato con los hombres en el Sagrario* 401
7) *Imitar a Jesús en su vida en nuestro Corazón* . . 404

APENDICE

NUESTRA SEÑORA DEL SAGRADO CORAZON Y LA REPARACION.

1. La Amada . . . . . 40[illegible]

1) *Ofrecer a Jesús como nuestra toda la perfección de su Madre* 410
2) *Ofrecer a Jesús como propio el gozo de María al sentirse amada* 411
3) *Gozarme en ser amado en brazos de la Virgen con el mismo Amor con que Ella es amada* . . . 412
4) *Ofrecer a Jesús el gozo de la Virgen en el amor que El tiene a todos sus hijos* 413

2. La Amante 414

1) *En brazos de María tener con Ella gozo de ser amados por Jesús Eucaristía* 416
2) *En brazos de María en Ella y con Ella darle gracias de que nos ha dado capacidad de corresponder a su amor* 416
3) *Ofrecerle como nuestro todo lo de nuestra Madre: Pensamientos, afectos, deseos, acciones* . . . 416
4) *En María y con María ofrecernos a Jesús como refugio que le proteja de la frialdad y odio del mundo* 417
5) *En María y con María alabar y amar a Jesús en nombre de toda la creación* 420
6) *En María y con María llevemos a todos a Jesús y hablémosle de todos* 420
7) *En María y con María sentir como propios todos los dolores y desprecios de Jesús* 422

3. La Asociada 424

1) *En María y con María ofrezcamos a Jesús como oblación al Padre* 427

2) *En María y con María ofrecerme como víctima a Jesús, y con Jesús al Padre* 428
3) *En María y con María asociarme en esa oblación a las intenciones de Jesús y su Madre, pidiendo especialmente que Jesús sea feliz y glorificado entre nosotros* 428
4) *Reparar y consolar a Jesús ofreciéndole como propia la correspondencia de la Virgen en suplencia de la que a mí me falta* 429
5) *En brazos de María usar de su omnipotencia suplicante en nuestras relaciones con Jesús* . . 430
6) *Nuestra unión con María en todo* 431